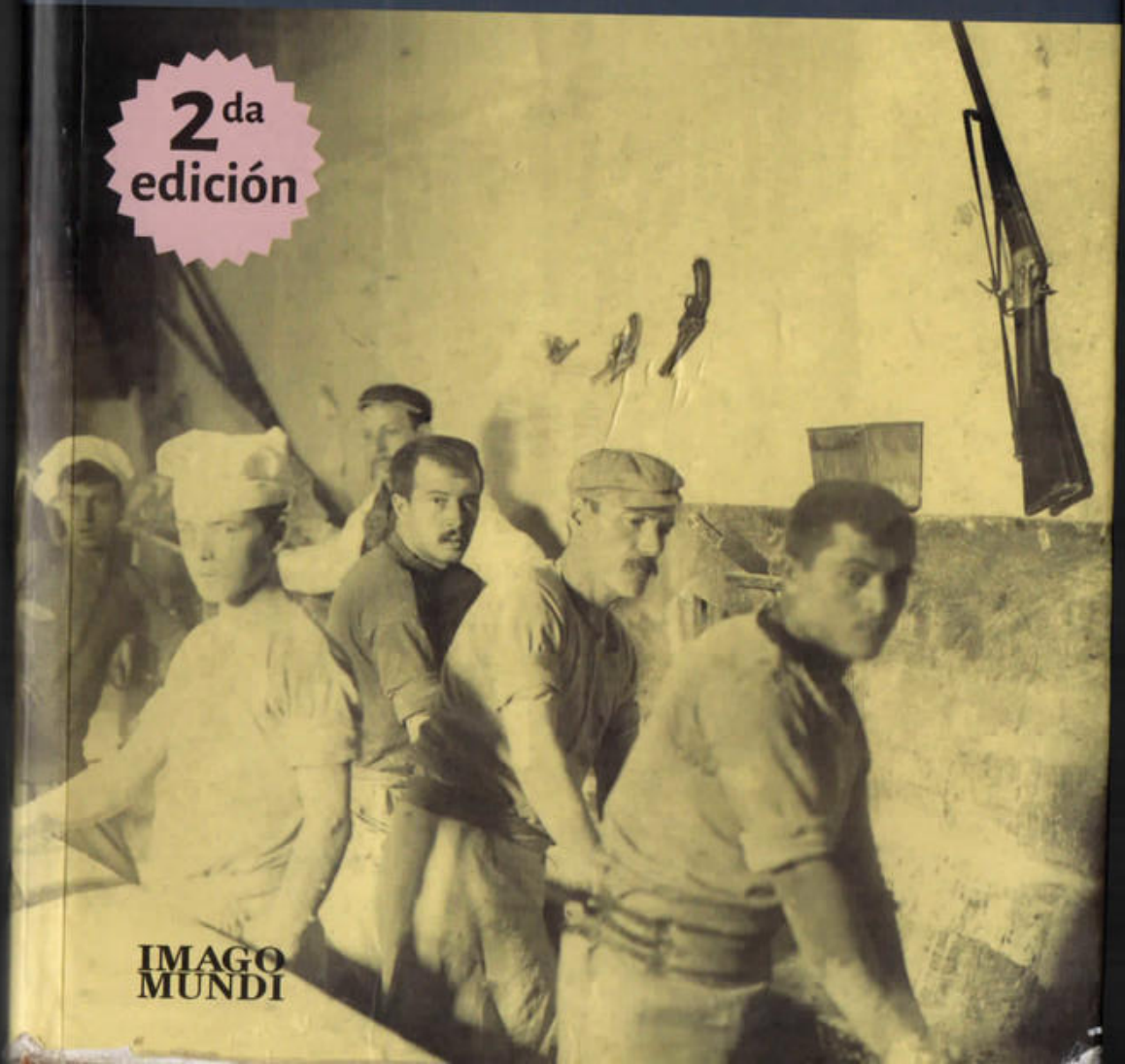
COLECCIÓN 1 ARCHIVOS

Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

2da edición



IMAGO MUNDI

Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

IMAGO MUNDI

Callaca Gerbaudo

Índice general

Agradecimientos XI

Sobre los albores de la clase obrera y la izquierda en la Argentina: una nueva apuesta historiográfica
Hernán Camarero XV

Introducción. «El mal del siglo» XXI

1 No tan Buenos Aires. La ciudad obrera a fines del siglo XIX . . 1

2 *Tu quoque trabajador?* La agitación obrera de 1888 y 1889. . . . 43

3 Cuatro años difíciles. Crisis social y retracción de las luchas obreras, 1890-1893. 77

4 En el camino de las ocho horas. Las luchas por la reducción de la jornada laboral, 1894-1895 113

5 La «huelga grande». La agitación obrera de 1896 y la cuestión de la huelga general 153

6 Las sociedades de resistencia y los primeros intentos federativos, 1887-1896. Una mirada de conjunto 187

7 Organizadores y «antiorganizadores». Los anarquistas y el movimiento obrero de Buenos Aires a fines del siglo XIX . . . 229

8 La lucha de clases en los noventa y la formación del Partido Socialista. De las agrupaciones al partido 267

Palabras finales 311

Referencias 319

Agradecimientos

Este libro se basa en una tesis de doctorado defendida a fines de 2013 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A lo largo de los cinco años que requirió la investigación, contraje numerosas deudas con colegas y amigos que colaboraron con ella, de una manera u otra. Alberto Lettieri, director de la tesis y titular de la cátedra de Historia Argentina II en la cual me desempeño como docente, estuvo siempre a disposición para asegurar que el trabajo llegara a buen puerto. Con Pablo Rieznik, codirector de la beca de investigación, me une un lazo de admiración, amistad y compañerismo que se reforzó en estos años con el trabajo conjunto y su lectura crítica. A pesar de la distancia, Daniel Gaido, de la Universidad Nacional de Córdoba, fue un permanente interlocutor a lo largo de estos años, en los cuales compartimos además la coescritura de varios artículos y desenvolvimos una colaboración que continuará en el futuro. Quiero agradecer especialmente a los tres integrantes del jurado, Patricio Geli, Silvana Palermo y Nicolás Iñigo Carrera, por sus observaciones y sugerencias con vistas a la publicación del presente libro. En diferentes seminarios, talleres y congresos académicos también pude contar con los aportes de especialistas como Mirta Lobato, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. A todos ellos agradezco sus contribuciones y excluyo desde ya de toda responsabilidad por los errores que puedan haber subsistido. Hernán Camarero siempre estuvo presente para poner su amplio conocimiento sobre estos temas y jugó un papel muy importante en el proceso de transformación de la tesis en el presente libro, al igual que Hernán Díaz, Diego Ceruso, Alejandro Belkin, Carlos Herrera y todo el equipo de la revista *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*. Un agradecimiento especial para Laura Caruso, Ludmila Scheinkman, Luciana Alterleib, Pablo Rabey, Daniel Duarte, Natalia Casola, Ariel Eidelman, Marcos Schiavi y María Paula Luciani, colegas y amigos que aportaron su apoyo, sus comentarios y sus críticas.

Las convicciones que subyacen en las inquietudes que llevaron a este libro son el producto de una experiencia más extensa que estos cinco años de investigación. Este trabajo relata cómo, un 20 de octubre de 1888, los trabajadores de los talleres que el ferrocarril del Sud tenía en el barrio de

Barracas dieron comienzo a una de las primeras huelgas ferroviarias de la historia de la ciudad y del país, que se convertiría en el punto de partida de un ascenso de luchas obreras en los años posteriores. Un 20 de octubre, pero de 2010, también en el barrio de Barracas, fue asesinado Mariano Ferreyra cuando acompañaba a los trabajadores del ferrocarril en su lucha contra la tercerización laboral. La casualidad lo es solo hasta cierto punto: uno y otro episodio son jalones de una extraordinaria historia de militancia, organización y lucha que ha protagonizado la clase trabajadora de nuestro país, contra los empresarios, contra el Estado y –en períodos más recientes– contra la burocracia sindical. Reconstruir un capítulo temprano de esa historia es uno de los objetivos fundamentales de este libro.

No puedo dejar de agradecer y dedicar este trabajo, por lo tanto, a mis compañeros de militancia, con quienes comparto desde hace más de diez años un camino de lucha por transformar esta sociedad y construir una socialista, sin explotadores ni explotados.

A mis amigos, a mi vieja y mis hermanos, a toda la gente que quiero y me acompañó –me soportó– en estos años y espero siga haciéndolo en el futuro.

A los trabajadores y a los que luchan por cambiar las cosas, porque de eso se trata.

«Tantos o cuantos centenares de brazos en esta fábrica de tejidos; y tantos y cuantos centenares de caballos de vapor. Se sabe, a la libra de fuerza, lo que rendirá el motor; pero ni todos los calculistas de la Deuda Nacional pueden decir qué capacidad tiene en un momento dado, para el bien o para el mal, para el amor o el odio, para el patriotismo o el descontento, para convertir la virtud en vicio, o viceversa, el alma de cada uno de estos hombres que sirven a la máquina con caras impasibles y ademanes acompasados. En la máquina no hay misterio alguno; hay un misterio que es y será insondable para siempre en el más insignificante de esos hombres… ¿Por qué, pues, no hemos de reservar nuestra aritmética para los objetos materiales, recurriendo a otra clase de medios para gobernar estas asombrosas cualidades desconocidas?».

Charles Dickens, *Tiempos difíciles*.

«La guerra que deben emprender con otra clase es lo que liga a los individuos de una clase».

Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*.

Sobre los albores de la clase obrera y la izquierda en la Argentina: una nueva apuesta historiográfica

Hernán Camarero

.....

«La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación», escribía E. P. Thompson hace ya medio siglo en la apertura de *The Making of the English Working Class*. Lo que el historiador socialista británico postulaba en esa, su obra más clásica, referida al período constitutivo de la clase trabajadora en la Inglaterra de fines del XVIII y comienzos del siglo XIX, era la necesidad de examinar combinadamente los aspectos objetivos y subjetivos que allí habían operado. La palabra *formación* apenas puede traducir la riqueza contenida en el término inglés *making*. En cualquier caso, es la clave de bóveda de la apuesta interpretativa thompsoniana: «Formación, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento». Se trataba de reconstruir los caminos a través de los cuales se podía reconocer cómo una clase aparecía en la escena de la historia, aguijoneada por la expansión del capitalismo, al mismo tiempo que «se hacía» al calor de la lucha y bajo la forja de una conciencia de clase propia. Los debates en torno al lugar o poder explicativo que tienen la estructura social y el peso de las determinaciones, o bien la acción voluntaria del sujeto social, acabaron recorriendo toda la historiografía de la clase obrera en el mundo. Pero esos dilemas teóricos adquirieron particular intensidad cuando se refirieron a los fenómenos de constitución de dicha clase. ¿Cómo, cuándo, por qué, dentro de qué contextos estructurales y bajo qué dimensiones subjetivas, políticas y culturales, se formó la clase obrera? Esas siguen siendo preguntas muy inspiradoras y relevantes, a la vez que muy difíciles de abordar. Por eso, este libro de Lucas Poy, *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades*

de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896, en el cual cobran sustancia estos y otros interrogantes, es una obra importante y necesaria.

El lector se encontrará aquí ante un análisis del proceso de conformación del mercado de fuerza de trabajo, de los modos en que este se alimentó de población local y extranjera y de los mecanismos a través de los cuales se fue extendiendo un nuevo mundo de talleres, fábricas y trabajo a domicilio, dentro del paisaje de una ciudad en auge geográfico, económico y demográfico. En sus páginas, despunta un novedoso balance acerca de las condiciones materiales de existencia de esta nueva masa laboral, tanto en el plano ocupacional y salarial como en el habitacional. Con mayor intención aún, se ofrece una apasionante recreación de las experiencias de las huelgas por empresas y oficios, así como del itinerario de decenas de sociedades de resistencia y sindicatos entre los trabajadores panaderos, ferroviarios, del calzado, constructores de carruajes, gráficos, de la confección, del puerto, de la construcción y de varias otras ramas. Asimismo, se describe la aparición de los más relevantes periódicos proletarios de raigambre gremial y política, la fundación de los primeros intentos federativos del sindicalismo y la constitución de las dos grandes corrientes de las izquierdas obreras de la época, el anarquismo (en ese momento, aún bajo precaria hegemonía de los «antiorganizadores») y el socialismo. Este último tópico incluye un seguimiento de la intervención de algunas de las figuras más significativas de ambas fuerzas, como Errico Malatesta, Rafael Roca, Juan Creaghe, Eduardo Gilimón, Germán Avé Lallemant, Carlos Mauli, Esteban Giménez, Adrián Patroni y el todavía joven Juan B. Justo. En menor medida, la obra permite abrir ciertas reflexiones acerca de las formas de participación de los inmigrantes en la vida política local y sobre algunos de los rasgos y dinámica del régimen oligárquico conservador de fines del siglo XIX frente al tratamiento de la «cuestión social».

Es claro que este libro no es el primer intento de reconstruir los períodos germinales de la clase trabajadora en la Argentina, o más específicamente, del movimiento obrero y de las corrientes político-ideológicas que actuaron en su seno y coadyuvaron a su constitución. Existió una tradicional literatura militante (representada en Augusto Kühn, Sebastián Marotta, Jacinto Oddone, Diego Abad de Santillán o José Ratzer, entre muchos otros), que había considerado aquellos momentos fundacionales, en general, destacando el papel de los cuadros libertarios y socialistas. Luego, llegaron algunos estudios históricos y sociológicos, que sondearon en las peculiaridades del emergente mercado de fuerza de trabajo, en las condiciones de vida de los asalariados (en contrapunto entre visiones optimistas y pesimistas) y en el despliegue de un movimiento gremial. No faltaron las contribuciones de investigadores extranjeros: Samuel Baily, Hobart Spalding, Richard Walter o Jeremy Adelman, por mencionar solo a algunos.

Ciertas obras de carácter académico, sin renunciar a sus motivaciones políticas, lograron brindar visiones de conjunto sobre ese ciclo originario del movimiento obrero argentino, entre las cuales cabe mencionar las de Edgardo Bilsky y, especialmente, las de Ricardo Falcón. Las etapas iniciales del anarquismo en el país merecieron un examen sistemático de Iaacov Oved, Gonzalo Zaragoza Ruvira y Juan Suriano, así como las del socialismo marxista fueron abordadas por José Aricó, y luego por Horacio Tarcus y Ricardo Martínez Mazzola, entre otros. No obstante, en toda esta materia continuaban existiendo y, en cierta medida persisten, lagunas documentales, imprecisas descripciones y endebles argumentaciones, que resulta imperioso superar. La obra de Lucas representa un aporte valioso en este sentido.

Lo es, en primer lugar, por la rigurosidad con la que aborda su objeto de estudio (con un recorte temporal y problemático novedoso) y por la originalidad de las hipótesis que enuncia y de las conclusiones a las que arriba. Sobresale por su meticulosa exploración sobre un conjunto muy vasto de fuentes primarias, en especial de varias colecciones de periódicos de las sociedades gremiales y de los grupos anarquistas y socialistas (*Vorwärts, El Obrero, El Socialista, La Vanguardia, La Questione Sociale, El Perseguido, L'Avvenire, El Oprimido, La Revolución Social, El Obrero Panadero* y *La Unión Gremial*, entre otros, y que en ciertos casos habían sido insuficientemente indagadas hasta el momento), así como de la prensa comercial, publicaciones estatales y de origen patronal. La obra se presenta como un estudio situado en los límites de la ciudad de Buenos Aires y sus más cercanos alrededores, donde se fue desplegando el mundo de los trabajadores de mayor envergadura y nivel de concentración del país, pero en verdad se trata de un análisis que, en buena medida, coopera decisivamente para una visión de alcance nacional, toda vez que remite a una serie de hechos, datos y protagonistas que marcaron la impronta global del proceso formativo del movimiento obrero argentino.

Uno de los defectos más comunes de encontrar en la bibliografía acerca de los orígenes de la clase trabajadora y el movimiento obrero en la Argentina es la tendencia a desatender o hacer borrosas las necesarias periodizaciones dentro de la extensa etapa que cubre las últimas dos o tres décadas del siglo XIX. Existieron señalamientos de los ciclos que signaron al socialismo y al anarquismo en la década de 1890 y de los procesos constitutivos del gremialismo. Se fijaron ciertos puntos de inflexión o momentos clave, por ejemplo: en 1890, con la primera conmemoración del 1° de Mayo como día internacional de los trabajadores o del inicio de los más embrionarios intentos por crear una organización que federara a los distintos gremios; o en 1896, con la definitiva conformación del Partido Socialista; o en 1901 con la fundación de la Federación Obrera Argentina (FOA). Siguen que-

dando en cierto cono de sombra los tiempos anteriores a esas fechas. Pero el punto a señalar aquí es que se carecía de una adecuada enunciación de los factores, explicaciones y acontecimientos que pudieran hacer historiográficamente inteligible y mensurable las fases del proceso. No es que no existieran referencias sobre muchos de los hechos ocurridos, pero sí resultaba claro que se tendía a aplanarlos bajo la identificación de un fenómeno de larga duración. Faltaba precisar con más exactitud los ciclos de ascenso, estancamiento o retroceso en la conflictividad laboral y la organización obrera, y los momentos exactos en los que estos se vincularon a la actividad de las corrientes ideológico-políticas. En esta materia la obra que aquí prologo representa una contribución clave, al menos en lo que hace a la última parte de los años 1880 y a la primera mitad de la década de 1890. Es obvio que se extraña la posibilidad de una extensión del análisis para algunos de los años previos y posteriores.

Los orígenes de la clase obrera argentina se inspira en el enfoque historiográfico habilitado por Marx y por los que siguieron elaborando y potenciando en esa perspectiva: E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Ellen Meiksins Wood y muchos otros. En la tradición de esa historiografía social marxista, en especial, cuando se reconoce que es en la lucha donde acaban por constituirse las clases (en especial, la clase trabajadora), la presente investigación coloca en primer plano las dinámicas del enfrentamiento social. Desde ese ángulo se nos propone una novedosa periodización, dispuesta según el ciclo de huelgas y protestas: partiendo de las embrionarias pero ya significativas de 1888-1889 (una «agitación obrera» poco advertida por los estudiosos); y cerrando con otro, de más consistente y sofisticada escala, el de la «huelga grande» de 1896. Se trata de un recorrido cuya mayor parte estuvo signado por el estallido y las estelas de la profunda crisis económica, social y política existente en la Argentina desde 1890. La comparación del comienzo con el fin de este lapso le permite al autor señalar el acto de constitución de un nuevo movimiento social, un sujeto que asiste a la escena de la historia, coagulando, creciendo y cobrando cierta madurez al calor de las disputas con la burguesía y el Estado.

Pero este nuevo movimiento social, en tanto pretendió confrontar y ser alternativo al orden de la clase dominante, como efectivamente lo fue el movimiento obrero en todo su largo período inicial, no pudo ser el exclusivo resultado de disposiciones o enfrentamientos «objetivos». Fue una condición necesaria pero no suficiente, pues el papel de la subjetivación política fue esencial. En la adquisición de una conciencia propia estuvieron los discursos, proclamas, debates e intervención, precisamente, de los agentes políticos, productos pero a la vez impulsores de la lucha y organización. No es históricamente demostrable que la protesta obrera opere bajo un mecanismo subjetivamente ciego o vacío, pues los programas, las

caracterizaciones, las líneas de acción o las estructuras políticas, también actúan como constituyentes de la propia lucha y de aglutinamiento de los explotados. La obra de Lucas brinda una evidencia de ello para el caso de la conformación, en las décadas de 1880-1890, del movimiento obrero argentino, pues este se torna explicable no solo a partir de la experiencia de la explotación, la creciente subsunción del trabajo al capital, la resistencia más elemental de los oprimidos a dicho proceso, el agrupamiento de estos a partir de sus comunes intereses y opuestos a su enemigo de clase, sino también al decisivo papel de los anarquistas y socialistas.

Este libro remite a un proceso histórico ocurrido hace más de un siglo atrás, cuando los perfiles de la economía capitalista, de la sociedad burguesa, del Estado y del régimen político presentaban formas distintas a las actuales. Y sin embargo, aún en toda la riqueza que esta reconstrucción proporciona para restaurar aquella particularidad histórica, es notable advertir la vigencia de ciertas problemáticas o, al menos, es posible acometer una lectura que recupere para el presente ciertas enseñanzas. La clase obrera argentina se fue constituyendo y reconstituyendo como sujeto bajo el desafío de superar algunas de las limitaciones que aún hoy están aherrojando sus potencialidades de desarrollo. En los años 1880-1890, la disparidad de los oficios, el peso de las jerarquías y desigualdades de tareas en los fenómenos productivos y la identidad corporativa debieron ceder, al menos parcialmente, para que emergiesen la solidaridad y la asociación común de los trabajadores como clase. Tantos años después, la clase obrera enfrenta la disyuntiva de elevarse por encima de la estrechez corporativa que frecuentemente reproduce la burocracia sindical, la cual incentiva los exclusivismos y se refugia en la pretendida defensa de ciertas posiciones conquistadas para desentenderse del destino global de los trabajadores y en no pocas oportunidades incluso para competir por el encuadramiento de «sus» representados. Asimismo, si en aquellos momentos originarios los trabajadores tuvieron que sobreponerse a las formas de agrupación exclusivamente regionales, étnicas o nacionales para lograr soldar un destino común como proletariado, hoy más que nunca este requiere de una conciencia común e internacional que arrolle los inútiles o falsos tabiques nacionalistas que, otra vez, la burocracia sindical y las ideologías burguesas (el peronismo), no hacen más que recrear regularmente. También, los debates que en la propia clase se desplegaron en pos de articular la lucha gremial al plano más elevado de la acción política contra el Estado y los representantes institucionales del Capital, los cuales son analizados en este libro, parecen un llamado a las necesidades actuales de los trabajadores por constituirse como partido propio, emancipado de toda dominación burguesa. Por último, como ya hemos adelantado, esta investigación demuestra el papel crucial que los militantes anarquistas y socialistas

cumplieron en la constitución práctica y teórica del movimiento obrero. El nacional-populismo burgués, que ha insistido siempre en intentar disociar a la clase trabajadora argentina de cualquier experiencia clasista, socialista o revolucionaria, procurando naturalizar no solo su pertenencia sino hasta su propia existencia histórica al dominio del nacionalismo (es decir, de la burguesía), vuelve a sufrir un rotundo mentís en este libro. Y ello implica también un llamado a reconstruir los destinos comunes del movimiento obrero y la izquierda.

El joven autor de este libro pertenece a una nueva generación que está consolidándose en el estudio, la enseñanza y la difusión de la historia de la clase obrera y la izquierda en la Argentina; ella se va enlazando con camadas anteriores de investigadores/as que pudieron sostener esta motivación con ahínco, en buena medida, a contracorriente de los cantos de sirena de la historiografía dominante. Luego de haberse proclamado varias veces el ocaso de estos enfoques y expresiones temáticas, los mismos hoy se presentan como unos de los más potencialmente dinámicos del quehacer historiográfico local. Un ejemplo de ello es el proyecto hoy en pleno desarrollo, del que Lucas y varios otros compañeros y compañeras forman parte. Me refiero a la revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, fundada en 2012, en la que estamos elaborando y publicando, no solo nuestros propios trabajos, sino también el de muchos otros colegas con los que venimos convergiendo en los deseos por recuperar, renovar y relanzar la historia de los trabajadores y de las corrientes de izquierda, en una perspectiva internacional y mutidisciplinaria.

Y ahora debemos sumar este nuevo emprendimiento: una colección propia de libros, *Colección Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda*, que editamos con Ediciones Imago Mundi. El objetivo de esta serie, que se inaugura con este volumen, es canalizar los mejores resultados que este campo está ofreciendo, con la publicación de textos surgidos de investigaciones de largo aliento, que se destaquen por su originalidad, profundidad analítica, amplio relevamiento empírico y fertilidad teórico-metodológica. Los escritos no serán solo los provenientes de nuestro propio espacio sino también de otros con los que podamos conjugar a partir de una misma vocación por aportar en este terreno, siempre bajo las exigencias de la mayor rigurosidad historiográfica. Y que, como afirmábamos en el primer número de la revista antes señalada, pretenda no solo «examinar el modo en que, en años pretéritos o más recientes, se desarrollaron experiencias prácticas y teóricas de carácter emancipatorio, contra la explotación, la opresión y por la liberación de los trabajadores, sino también contribuir a seguir pensándolas y proyectándolas en los tiempos presente y futuro».

Buenos Aires, junio de 2014.

Introducción. «El mal del siglo»

> «Nuestra industria recién nacida padece los achaques de las industrias viejas. Nuestra población obrera, todavía tan rala, sufre las penurias propias de las agrupaciones humanas demasiado compactas. Nos ha invadido el mal del siglo, la lucha entre las clases sociales».
>
> *La Nación*, enero de 1895.

Hacia el final de la primavera de 1888, una huelga iniciada entre los trabajadores de los talleres del ferrocarril se había extendido a prácticamente la totalidad de los establecimientos metalúrgicos de la ciudad de Buenos Aires y amenazaba contagiar a otros gremios, provocando una honda preocupación entre las asociaciones patronales y el propio gobierno. En ese cuadro, el diario *La Prensa* creyó oportuno dejar sentado en su editorial una posición compartida por una clase dominante que –más allá de las diferencias políticas que la separaban y llevarían pocos meses más tarde al estallido de un golpe cívico-militar que provocó la renuncia del presidente– mostraba en este aspecto una posición homogénea:

> «Aquí el trabajo sobra –señalaban– y cuando a un obrero no le conviene trabajar en un taller, por razón del salario, se puede ir a buscarlo en otros y otros: los brazos faltan en el país, a diferencia de Europa, en donde sobran (...). Estas huelgas son artificiales, y por lo tanto infundadas: el estado del país no las autoriza bajo ningún concepto: los obreros están mal aconsejados. Reclamen de sus sueldos o salarios, fundándose en razones muy buenas, como es el encarecimiento real y positivo de la vida, pero no se alcen, no presionen, no levanten bandera socialista, en un país joven y vigoroso, en donde el trabajo sobra y los brazos faltan».[1]

1. «Las huelgas», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1888.

Casi diez años más tarde, al presentar a sus lectores un estudio sobre la situación de los trabajadores en la Argentina, el obrero pintor y dirigente socialista Adrián Patroni lo justificaba sobre la base de una perspectiva polémica que revelaba que seguían conservando su vigencia las interpretaciones comúnmente aceptadas por los grandes medios de prensa comerciales y la «opinión pública», en un contexto en el cual todavía se sentían las repercusiones de la gran huelga del personal ferroviario y de los talleres mecánicos de 1896:

> «Se ha repetido –decía Patroni– no una sino mil veces, "que en este país, ningún obrero tiene motivos para quejarse y que todo el clamoreo de la clase trabajadora solo responde a la insensata propaganda de unos cuantos cabecillas extranjeros". Aún se oyen por ahí los ecos de la huelga grande, como llamaron los grandes diarios a la huelga de mecánicos y ferrocarrileros; y es difícil olvidar los juicios descabellados de la prensa de esta capital respecto a aquel grandioso movimiento (...). Como la mayoría [de los medios de prensa] solo se preocupó en fustigar a los que luchaban dentro del terreno legal, acusándoles de "exigentes huelguistas de profesión", etc., es por esto que hemos creído conveniente reunir cuantos datos nos ha sido posible obtener; a fin de dar a conocer la situación de los trabajadores en la Argentina» (Patroni 1898, pág. 73).

En la década que había transcurrido entre uno y otro episodio huelguístico, no obstante, se habían producido grandes cambios. Ya en ocasión de las huelgas ocurridas en 1895, el periódico *El Tiempo* destacaba que era notable un cambio de época: si hasta hace poco, señalaba, se creía a la Argentina como un país «libre de este fenómeno terrible», los acontecimientos de los últimos años, «las crisis repetidas, los impuestos enormes y la mala distribución de la población», habían traído como consecuencia que en varias ciudades, particularmente la de Buenos Aires, hubiera «exceso de trabajadores con relación a la demanda» y que los salarios se mantuvieran «a un nivel insuficiente o hubieran descendido todavía, mientras las exigencias de la vida material iban en aumento».[2] Un periódico mucho menos progresista como *La Nación* también debía admitir, a mediados de la década de 1890, que era necesario reconocer las transformaciones ocurridas en los últimos años: según un editorial publicado en enero de 1895,

> «... nuestra población cosmopolita está dotada de una especial receptividad para las corrientes de ideas y de pasiones que le

2. «La huelga actual», *El Tiempo*, 12 de enero de 1895.

> llegan de allende el Océano (...). *Pero algo más ha de haber en el fenómeno*, porque hemos recibido largo tiempo, y especialmente después del 71, una inmigración tan predispuesta, o más, como la que ahora nos manda Europa, a usar, en las relaciones entre el capital y la mano de obra, de los procedimientos airados que ahora se han implantado. Sin embargo, *jamás, hasta una fecha muy reciente*, esta clase de lucha por los salarios había echado raíces entre nuestros obreros.
>
> »(...) La desvalorización de la moneda, el encarecimiento de la vida, la mala alimentación, el alojamiento caro y pésimo, estos son los factores que han transformado radicalmente las condiciones de existencia, y con estas el carácter de la clase trabajadora, creando una *cuestión obrera* en una tierra que tiene recursos sobrados para que todo el mundo viva en la abundancia».[3]

La inquietud había llegado a las propias filas de la clase dominante, y comenzaba a abrirse paso la preocupación por comprender las causas de la agitación obrera. En 1895, por primera vez el mensaje presidencial al Congreso incluyó una referencia a las luchas de los trabajadores. Aunque intentaba reducir su importancia señalando que no habían tomado «proporciones alarmantes» ni traído «mayores consecuencias y trastornos para el orden público», el presidente Uriburu se refirió a las huelgas que habían «tenido lugar en varios gremios y obedecen al desarrollo creciente del socialismo en esta capital», obligando a la intervención policial para evitar «desorden, amenazas y coacciones» (citado por Solomonoff 1971, pág. 233). En un folleto anónimo publicado en 1896 con el seudónimo *Tex*, que alcanzó gran repercusión en las filas de la prensa comercial y entre la propia Unión Industrial Argentina, se caracterizaba

> «... el espectáculo que ofrece en la actualidad la ciudad de Buenos Aires, con el trabajo industrial paralizado casi por completo, con los talleres clausurados o poco menos, las usinas de gas amenazadas de no poder suministrar el alumbrado de las calles, con miles de obreros de diferentes ramos y categorías resistiendo desesperadamente bajo la bandera de la huelga las condiciones en que el trabajo les es ofrecido...
>
> »(...) La historia contemporánea del trabajo en la Argentina autoriza a afirmar que *las huelgas entre nosotros son de un período reciente; el pasado no las había conocido* (...). Es que en 1870 y después, el ambiente no era propicio, el medio económico era distinto y las abstracciones de la ciencia social caían entre nosotros en el vacío, porque los hechos de la vida real se encargaban

3. «Las huelgas», *La Nación*, 8 de enero de 1895, cursivas nuestras.

> de demostrar su inconsistencia. El trabajador, el obrero, hallaba en la retribución de su trabajo lo suficiente para vivir, sin descuidar el ahorro en previsión de enfermedades o vejez. El terreno que debía ser fecundo para la germinación de las huelgas empezó a prepararse después; hoy, en plena labor, nos da la cosecha de frutos amargos que era natural, lógico y científico esperar» (Tex 1896, cursivas nuestras).

El objetivo de este libro es analizar las transformaciones que ocurrieron en el seno de la emergente clase obrera en los años que transcurrieron entre las primeras huelgas de envergadura que estallaron en la ciudad de Buenos Aires, a partir de 1888, y la virtual huelga general que se desenvolvió durante el invierno y la primavera de 1896. Al inicio del período estudiado, la ciudad de Buenos Aires ya había sufrido un proceso de transformaciones profundas que habían dado lugar a una creciente población trabajadora, de origen mayoritariamente inmigrante. Eran prácticamente desconocidas todavía, sin embargo, las organizaciones y las huelgas obreras. Poco menos de una década más tarde, las cosas habían cambiado sustancialmente: decenas de sociedades de resistencia y varios intentos de formar una federación, un Partido Socialista casi definitivamente constituido, diversos grupos anarquistas, varios periódicos obreros, numerosas huelgas e incluso una casi general, habían colocado a la clase trabajadora como un actor insoslayable en la vida del país. Se trató de una década marcada por la mayor crisis económica que hubiera conocido el país hasta entonces: al colapso de 1890 lo siguió todo un lustro de dificultades económicas con enorme impacto social. La aparición en escena de la clase trabajadora fue un producto de estos años convulsionados.

El presente trabajo traza un recorte geográfico en la ciudad de Buenos Aires y su periferia inmediata, como el barrio obrero de Barracas al Sud, actual Avellaneda. Debido a su importancia económica, social, política y demográfica, Buenos Aires ocupaba un rol absolutamente central en el proceso de transformaciones que estaba experimentando el país en este período: como se argumenta en la primera parte, las características del desarrollo económico del período concentraron en la ciudad portuaria a grandes contingentes de inmigrantes recién llegados y fue en ese espacio urbano donde se procesaron las transformaciones económicas y las experiencias colectivas que dieron lugar a la formación de las primeras organizaciones obreras. Sería en muchos casos a partir de agrupaciones sociales y políticas surgidas en la capital que iniciarían su lento desarrollo las experiencias de organización obrera en otros puntos del país. La huelga de 1896 marcó también en este punto un salto cualitativo, en la medida en que por primera vez la agitación alcanzó a ramas enteras de la economía de diferentes ciudades, y tuvo lugar una huelga prácticamente general tanto

en Buenos Aires como en Rosario. El desarrollo de investigaciones sobre el mundo de los trabajadores en otras zonas del interior del país, que ha conocido en los últimos años un desarrollo importante, permitirá en el futuro ampliar nuestro conocimiento sobre el proceso de formación de la clase obrera en las diferentes regiones, que permita trazar un cuadro de conjunto.

¿A través de qué mecanismos se procesó una progresiva diferenciación clasista en las sociedades que agrupaban a los trabajadores según su nacionalidad o su oficio? ¿Qué llevó a que la solidaridad o identidad de clase se sobrepusiera en muchos casos a los vínculos étnicos, nacionales o regionales que eran tan fuertes en una sociedad heterogénea y cosmopolita? ¿Qué promovió la transformación de las primeras identidades corporativas que unían a los trabajadores de cada oficio en una creciente solidaridad *obrera* a través de la cual se unían oficiales de diferentes gremios con jornaleros y operarios en una referencia común como *trabajadores*? ¿En qué momentos y por qué vías se dio esta transición? ¿Cuáles fueron las distintas propuestas de superación del régimen capitalista que enarboló ese naciente proletariado? ¿Cuál fue el papel que jugaron en este proceso los militantes de las corrientes políticas activas en el mundo de los trabajadores? Nuestra investigación busca analizar el complejo proceso por el cual en un período de tiempo relativamente breve se produjo un salto en la organización y la conciencia de esos miles de trabajadores que vivían en la ciudad de Buenos Aires y, hacia fines del siglo XIX, ya eran una referencia ineludible en la situación política del país. Aunque algunos apologistas del orden oligárquico intentaran negarlo, a mediados de la década de 1890 la «cuestión obrera» ya había llegado para quedarse. A reconstruir ese proceso se dedica este libro.

La historiografía sobre los orígenes del movimiento obrero argentino: un balance

Al igual que en otros países, los trabajos pioneros sobre la historia de los trabajadores en Argentina fueron obra de autores vinculados de manera directa con las corrientes políticas que intervenían en el mundo del trabajo: así fue como las principales vertientes teórico-políticas de la izquierda escribieron sus historias sobre los orígenes del movimiento obrero. Si en una primera etapa estas lecturas aparecieron en forma de breves folletos o artículos en diferentes publicaciones partidarias,[4] algunos años más tarde comenzaron a publicarse los primeros libros clásicos en la materia. Abad de Santillán (1930 y 1933), histórico dirigente e historiador anarquista, ela-

4. Véase, por ejemplo, Reguera (1909), Gilimón (1911), E. Dickmann (1913), Bravo (1915), Kühn (1916, 1918 y 1926) y A. Dickmann (1926) entre otros.

boró trabajos centrados en recuperar la experiencia de la FORA de orientación libertaria pero que incluían una reflexión más amplia sobre el movimiento obrero del período y sobre otras fuerzas políticas que intervenían en el mismo. Poco después siguieron su camino varios autores vinculados al Partido Socialista: si bien Oddone (1934 y 1949) fue el más destacado, con una historia del socialismo y otra del movimiento sindical argentino en la etapa previa al peronismo, hubo en esos años muchos otros autores vinculados al socialismo que publicaron memorias militantes, trabajos históricos de relevamiento del pasado de su propia corriente política y particularmente obras de reivindicación de Juan B. Justo, el máximo dirigente del socialismo argentino.[5] El período fundacional del movimiento obrero argentino y del socialismo local –que es objeto de nuestra investigación– ocupaba sin embargo un lugar secundario en este tipo de trabajos, más interesados en desarrollar una reivindicación de la línea de Juan B. Justo y por lo tanto en examinar la historia del socialismo tomando como punto de partida la aparición en escena del fundador de *La Vanguardia*, cuyo primer número data de abril de 1894. Algunas décadas más tarde aparecieron los volúmenes de Marotta (1960, 1961 y 1970), que conforman la historia canónica de la corriente llamada *sindicalista revolucionaria* y constituyen la mejor y más documentada de las «historias militantes» elaboradas a lo largo de esas décadas. En el primero de los volúmenes, dedicado a la «génesis y desarrollo» del movimiento sindical hasta 1914, Marotta dedicó unos seis capítulos al período que es objeto de estudio en este trabajo, centrándose particularmente en reconstruir algunos grandes ciclos de agitación huelguística y los primeros intentos de constituir federaciones gremiales.[6]

Si bien es cierto que en muchos casos estos trabajos desarrollaban una interpretación vindicatoria de la corriente a la cual pertenecían sus autores que dificultaba la posibilidad de trazar un cuadro de conjunto de mayor riqueza historiográfica, la crítica que se ensañó, años más tarde, con estos historiadores militantes por no cumplir ciertas reglas del oficio de la historiografía profesional –a la cual, por otra parte, estos no tenían pretensiones de pertenecer– suele hacer perder de vista que los trabajos de

5. Véase Ghioldi (1933), Cúneo (1943 y 1945), E. Dickmann (1946), Palacín (1946), Casaretto (1946), E. Dickmann (1949), Pan (1956 y 1964). Para un análisis extenso de la historiografía del Partido Socialista, véase Camarero y Herrera (2005) y Poy y Gaido (2011).

6. Desde las filas del Partido Comunista se elaboraron varios trabajos, aunque posiblemente el más destacado sea el de Iscaro (1958): su obra dedicó, no obstante, menos espacio que las de otros historiadores militantes a este período temprano de la historia del movimiento obrero. Mayor interés en esta etapa, dado que fue publicado en fecha tan temprana como la década de 1920, muestra en cambio el trabajo pionero de Weil (1923), prácticamente desconocido por la historiografía. Para un análisis reciente véase Camarero (2010).

todos estos autores representaron obras pioneras en un terreno que hasta entonces permanecía absolutamente inexplorado. En no pocas ocasiones, además, se trató de trabajos de importante rigor, que contaban con acceso a material documental –dada su cercanía política e incluso personal con las corrientes y personalidades estudiadas– que luego se perdería y dejaría de estar al alcance de los investigadores.

Desde otro ángulo del espectro político, durante las décadas de 1950 y 1960 aparecieron un conjunto de trabajos dedicados a analizar la historia del movimiento obrero desde la perspectiva de autores vinculados al revisionismo histórico, particularmente de la corriente conocida como «izquierda nacional». La mayoría de esos trabajos tendieron a considerar a las corrientes socialistas y anarquistas como «flores exóticas» llegadas del extranjero, que se adaptaban mal a los intereses de una clase obrera argentina que solo habría encontrado su representación más auténtica con el movimiento peronista.[7] Si parecían colocarse como el reverso de la moneda de las obras clásicas de los historiadores vinculados a las corrientes de izquierda, en la medida en que desarrollaban también una abierta toma de posición política pero que buscaba reducir la importancia histórica de las fuerzas que habían tenido un papel hegemónico en el movimiento obrero antes de la aparición del peronismo, no es menos cierto que la obra del revisionismo –en buena medida por ese fuerte rechazo a las fuerzas políticas que estudiaban– produjo, a diferencia de la de aquellos, trabajos de escasa calidad en el campo de la historia de los trabajadores: el carácter polémico hacia las corrientes de izquierda ocultaba mal una falta de rigor historiográfico y trabajo con las fuentes del período. En tanto consideraban que la clase obrera no se habría constituido como tal sino hasta la aparición del peronismo, estos abordajes eran incapaces de advertir el complejo proceso de estructuración de la misma como sujeto social y político independiente en un período mucho más temprano de la historia del país.

Durante la década de 1960 el interés por el estudio de la clase trabajadora llegó al campo académico: si bien el interés de los nuevos investigadores –no solo historiadores sino también politólogos y sociólogos– se concentró mayormente en períodos posteriores y particularmente en discusiones sobre los orígenes del peronismo, se realizaron algunos importantes aportes sobre el proceso inmigratorio y la estructuración de la clase trabajadora en las últimas décadas del siglo XIX –un trabajo clásico fue, en este sentido, el de Germani (1966)–. Entre fines de los sesenta y comienzos de la década siguiente aparecieron algunos trabajos históricos dedicados específicamente a los orígenes del movimiento obrero (Panettieri 1967; Spalding

7. Véase entre otros, Belloni (1960), Puiggrós (1965), algo más tarde López (1971) y Hernández Arregui (1972).

1970; Solomonoff 1971; Godio 1972). La historiografía «militante», por otra parte, siguió contribuyendo con algunas producciones dedicadas más específicamente a los orígenes del socialismo argentino, en parte como consecuencia de la ruptura política en el interior del Partido Comunista que dio lugar al surgimiento de grupos maoístas (Ratzer 1970; en respuesta a este último, Paso 1974).

En los años posteriores, y en buena medida debido al contexto político marcado por la dictadura militar iniciada en 1976, los principales aportes surgieron de la labor de historiadores extranjeros. Se trató de una producción heterogénea, tanto por su calidad como por su objeto de estudio. Un grupo de investigaciones se dedicaron a estudiar las primeras etapas de las corrientes políticas activas en el mundo de los trabajadores del período: mientras el israelí Iaacov Oved (1976 y 2013) y el español Zaragoza Ruvira (1972a; 1972b; 1976 y 1996) publicaron los primeros trabajos profesionales sobre el origen del anarquismo argentino, el estadounidense Richard Walter (1977 y 1980) editó una historia general del Partido Socialista desde sus orígenes hasta la década de 1930, que superó los aportes más parciales de Woodbury (1971), Spencer Wellhofer (1975) y Weinstein (1978). Con otras inquietudes y abordaje, cabe mencionar un trabajo como el de Bourdé (1973), que se interesaba menos por la historia política de las izquierdas que por las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores.

En esta dirección, de hecho, comenzaría a desarrollarse la producción historiográfica en los años inmediatamente posteriores: hacia fines de la década de 1970 aparecieron dos destacados trabajos que, si bien no estaban dedicados específicamente a la historia de la clase obrera, incluyeron un análisis sobre las condiciones de vida y la situación de los trabajadores durante el período del «orden oligárquico» y abrieron el terreno para un debate que se enriquecería más tarde. Tales interpretaciones se procesaron en dos niveles: por un lado se ubicó el análisis de Cortés Conde (1976 y 1979), que apuntó a estudiar la evolución de los salarios reales y sostuvo –a partir de datos de solo dos sectores: los empleados de Bagley y los peones de la policía– que la situación de los trabajadores había mejorado durante el período; un análisis que contradecía la interpretación que hasta entonces había sido predominante, basada en los trabajos de autores contemporáneos al período estudiado como Patroni (1898) o Álvarez (1914), que sostenían que los salarios reales habían disminuido. En torno a cuestiones menos vinculadas a la evolución salarial que a las condiciones de vivienda, pero en cualquier caso con conclusiones que apuntaban en el mismo sentido, se inscribieron por otro lado los trabajos de James Scobie (1972; 1975 y 1977) sobre el desarrollo urbano de Buenos Aires de fines del siglo XIX y comienzos del siguiente, que concluía señalando que la tendencia que podía advertirse hacia fines del período estudiado era que la

sociedad porteña no promovía los choques y contradicciones de clase sino la integración entre sus diversos sectores.

Algunos años más tarde de publicados los análisis de Scobie y Cortés Conde aparecieron los trabajos de Gutiérrez (1981a y 1981b), que cuestionaban lo fundamental de sus conclusiones y abrían el terreno para el desarrollo de una nueva perspectiva que cobraría fuerza en los años posteriores. Criticando las interpretaciones de los autores «optimistas», Gutiérrez señaló que la heterogeneidad de situaciones laborales, la inestabilidad en el empleo, las fluctuaciones estacionales y la desocupación establecían fuertes limitaciones a una interpretación de estas características y apuntó que era más fructífero analizar las «condiciones de vida material» en un sentido amplio.

Buena parte de los planteos esbozados por Gutiérrez encontraron mayor impulso en los años posteriores a 1983, cuando tuvo lugar un importante desarrollo historiográfico del área, a partir de una serie de nuevas formulaciones que colocaron en primer plano a la historia de los trabajadores como un tema de interés dentro de la agenda de investigación profesional. El interés por el tema se enmarcó en un contexto de renovación historiográfica que combinaba una valorización de la historia social marxista británica y la experiencia francesa de la escuela de *Annales* con una reivindicación de la profesionalización del historiador que se suponía debía verse acompañada de un alejamiento respecto a fuertes adscripciones políticas. Se planteó así un escenario en el cual, al mismo tiempo que la historia de la clase trabajadora ocupaba por primera vez un lugar destacado en la historiografía profesional, cobraba fuerza una interpretación que miraba con recelo la toma de posición política del investigador, en particular si esta se procesaba en las filas de la izquierda.

Así, si bien la renovación historiográfica recuperaba explícitamente la experiencia de la historia social británica y de autores como Edward P. Thompson o Eric Hobsbawm, esas lecturas se producían desde un posicionamiento académico-político distinto: el alejamiento respecto a cualquier ámbito de militancia en las filas de los trabajadores, en los historiadores de la renovación historiográfica argentina de la década de 1980, era sustancialmente mayor que en los autores británicos que pretendían tomar como referencia. En parte como consecuencia de ese posicionamiento menos empático para con su objeto de estudio, la crítica a la «historiografía militante» ocupó un lugar destacado y el tópico de la crítica a las obras centradas en los avatares y disputas políticas en el seno del movimiento obrero cobró fuerza para convertirse en uno de los ejes comunes de los nuevos trabajos. Partiendo, por tanto, de una crítica a los trabajos entonces existentes sobre los orígenes del movimiento obrero, la renovación historiográfica se trazó como un objetivo general promover un análisis que corría

del centro del análisis la historia política –y el estudio de los conflictos y huelgas– y ponía el énfasis en diferentes aspectos vinculados a la estructuración histórica de los trabajadores como grupo social.

Se trató, de todas formas, de una producción heterogénea entre sí: si bien compartían una serie de inquietudes generales referenciadas en una peculiar interpretación de la historia social, anclada en una valoración de la profesionalización que iba de la mano con una rápida inserción en los diversos espacios institucionales de la disciplina, las investigaciones se orientaron en diversas direcciones y abordaron, con mayor o menor nivel de desarrollo, distintas problemáticas. Si los trabajos dedicados a analizar el proceso de industrialización y de transformación económica en un sentido global fueron escasos –una excepción es el artículo de Korol y Sábato (1987)– y hubo que esperar hasta la publicación de la tesis de Rocchi (2006) para contar con un estudio superador de la historiografía previa, fueron en cambio más abundantes en esos años los estudios sobre el proceso específico de conformación de un mercado de trabajo en la Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX (Pianetto 1984; Kritz 1985; Sábato 1985; Sábato y Romero 1992). Profundizando en un tema que había sido explorado también en el citado trabajo de Cortés Conde, estas investigaciones comenzaron a echar luz sobre el modo en que la estructuración económica del país en torno a la producción agropecuaria fue conformando un mercado de trabajo donde jugaban un papel decisivo la movilidad y el trabajo temporal, fenómeno de gran importancia que será analizado en la primera parte de este libro. También conocieron un desarrollo importante las investigaciones sobre el masivo flujo inmigratorio que caracterizó al período (Devoto y Rosoli 1985; una síntesis posterior en Devoto 2004) y sobre las sociedades de socorro mutuo basadas en las diferentes nacionalidades que agruparon a muchos de los recién llegados en lo que sería una de las primeras formas asociativas de los inmigrantes en la metrópoli (Baily 1982; Devoto 1984; Munck 1988 y Devoto 1992 entre otros).

Siguiendo el camino en parte abierto por Leandro Gutiérrez, fueron importantes los aportes realizados en el terreno del análisis de las condiciones de vida, trabajo y vivienda de los trabajadores en el período. Se realizaron avances pioneros en la historia de las mujeres trabajadoras, que habían quedado casi siempre al margen de cualquier reflexión en las antiguas «historias militantes»: la principal obra de síntesis en este sentido es el trabajo reciente de Lobato (2007), pero no pueden dejar de mencionarse los importantes aportes de Guy (1981), Feijoo (1990) y Feijoo (1991), Nari (2004) o la compilación editada por Panaia y Knecher (1994). También se desarrollaron investigaciones sobre el trabajo de los menores, que ocupaban un lugar fundamental en la fuerza de trabajo del período. Algunas de las investigaciones intentaron incluso articular la historia de los trabajadores con un análisis del proceso de desarrollo de las metrópolis sudamericanas (Armus 1984; Suriano y Gutiérrez 1985; Armus 1990; Liernur y Silvestri 1993).

Como ha señalado Suriano (2006), sin embargo, la discusión no llegó en su momento a alcanzar el nivel que conoció en la historiografía británica el debate sobre las condiciones de vida de los trabajadores: los autores defensores de la tesis «pesimista» encontraron una serie de dificultades para encontrar datos cuantitativos capaces de refutar las series desarrolladas por Cortés Conde algunos años antes, y argumentaron que era a partir de fuentes cualitativas, que ponían de manifiesto las penurias atravesadas por la clase trabajadora en el período, que podía defenderse una interpretación alternativa. Una investigación reciente de Juan Iñigo Carrera, de todos modos, ha puesto de manifiesto que incluso en términos cuantitativos puede confirmarse una baja en los salarios reales en el período examinado en este libro. En efecto, teniendo en cuenta la evolución de los salarios nominales y de la inflación, y tomando a 1882 como base 100, Iñigo Carrera mostró que el salario real llegó a un pico de 105,8 en 1886 y luego inició un marcado descenso, cuyo punto más bajo fue 65,1 en 1893. Recién volvió a superar el nivel de 1886 en el año 1898, cuando alcanzó 109,5 (J. Iñigo Carrera 2007, pág. 204).

Pero además es importante destacar que no se trata solamente de analizar cuánto pudo haber mejorado el salario real de distintos sectores de trabajadores, sino de aprehender en qué medida las transformaciones económicas del período dieron lugar a una consolidación de la estructura capitalista dependiente que bloqueó las posibilidades de ascenso social de la población migrante, entendido esto no como una mejora en el poder adquisitivo sino como la capacidad de contar con acceso a los medios de producción y de ese modo evitar la proletarización. Por otro lado, consideramos que no solo corresponde –tal como planteaba Gutiérrez– ampliar la mirada a un estudio de las condiciones materiales de vida y trabajo en lugar de limitarse a un estudio sobre la evolución del salario real, sino que tampoco es posible reducirse a analizar dichas condiciones sin concentrarse en la forma en que fueron interpretadas por los propios trabajadores y dieron forma a procesos de movilización para enfrentarlas. Como se expone más adelante, en este libro entendemos que el estudio de las transformaciones urbanas, el desarrollo demográfico, la distribución ocupacional o la situación de vivienda es un *punto de partida* para establecer el escenario en el cual se desarrolla el proceso vivo de conformación de organización de los trabajadores, dando lugar a un análisis del modo en que los trabajadores *se organizaron y enfrentaron la nueva situación*.

La pérdida de fuerza de la discusión sobre las condiciones de vida debe ponerse en relación, además, con el hecho de que la renovación historio-

gráfica de los años ochenta comenzó a desarrollar un interpretación que tenía importantes vasos comunicantes con las tesis «optimistas», en la medida en que consideraba que la conflictividad social se habría visto diluida por la existencia de diferentes mecanismos de integración. Quien fue más lejos en este sentido fue uno de los principales referentes de la nueva generación, Luis Alberto Romero, con un cuestionamiento a la propia utilización del concepto de *clase obrera* que encontró eco en buena parte de la historiografía académica del período. Con una perspectiva que sostenía que la historia social y los estudios culturales debían implicar un abordaje complejo que superase las interpretaciones marxistas, los trabajos de Romero (1987 y 1988, entre otros) desenvolvieron una caracterización según la cual el período previo a los gobiernos radicales habría estado marcado por un mayor peso de una identidad clasista que luego se habría diluido para dar lugar a una más ambigua agregación de *sectores populares*, concepto cuya utilización defendía como más «rico» que el de *clase obrera*. En la importante tesis de Suriano (2001) sobre el anarquismo, se reflejaron algunos de estos puntos de vista: por un lado porque se promovía un análisis del movimiento libertario menos centrado en los debates políticos que en su despliegue como fenómeno social e incluso cultural; por el otro porque una conclusión fundamental del trabajo era la que interpretaba el declive del anarquismo en el período posterior a 1910 como una consecuencia de esas transformaciones sociales que estaban diluyendo la delimitación de una clase obrera excluida de mayores posibilidades de ascenso social y para la cual el anarquismo era una expresión política adecuada.[8]

Creemos que sería un error, de todas maneras, dotar de una extrema homogeneidad a una producción historiográfica que conoció matices. Es interesante observar, en este sentido, que en algunos casos las diferencias de enfoque también estaban relacionadas con las trayectorias de los autores que las desenvolvieron: fueron, en efecto, dos investigadores que provenían de filas «militantes» quienes elaboraron varios trabajos de características académicas y ancladas en el nuevo contexto de renovación pero que mantenían una preocupación mayor por elaborar una perspectiva de análisis global sobre los orígenes del movimiento obrero y no soslayaban la historia política. Es el caso, por ejemplo, de Ricardo Falcón, militante trotskista durante su juventud en los años sesenta y setenta, que se exilió durante la dictadura y completó sus estudios en Europa, desarrollando

8. En un balance historiográfico reciente, de todos modos, Suriano señalaba que si bien había aportado «matices teóricos y metodológicos interesantes», la utilización de la categoría *sectores populares* poseía también un conjunto de limitaciones, entre otras cosas porque «la ambigüedad del término fue desdibujando el rostro de los trabajadores (y de la clase obrera) en el seno de un magma complejo y difuso» (Suriano 2006, pág. 296).

su investigación doctoral en los archivos del Instituto de Historia Social (IISG) de Holanda. Falcón (1979) en uno de sus primeros trabajos, publicado durante la dictadura, mostraba un interés por la historia política del socialismo argentino en sus años iniciales. Su propia tesis doctoral (1984 y 1986) pretendió desarrollar una historia de los orígenes del movimiento obrero: si bien compartía con los autores de la renovación que caracterizó a los ochenta una inquietud por colocarse en el terreno de la historia social e incluso cultural, mantenía una preocupación por la historia política de las corrientes activas en el seno del movimiento obrero que lo coloca en cierta forma en la tradición de los historiadores militantes, carácter que él mismo compartía por lo menos hasta comienzos de la década de 1980 (para un balance de conjunto de su obra, véase Poy 2013). Algo similar ocurre con los trabajos de Bilsky (1984; 1985; 1987 y 1992), quien de hecho compartía militancia con Ricardo Falcón –en la corriente que antecedió al actual Partido Obrero– y también debió exiliarse y completar sus estudios en Europa. Sus trabajos sobre la FORA y sobre la Semana Trágica compartían la inquietud por una historia social de los orígenes del movimiento obrero argentino que no perdiese de vista una discusión de las estrategias de las corrientes políticas activas en el seno del mundo de los trabajadores.

De conjunto, es posible señalar que si bien contribuyó a revitalizar el campo de la historia de los trabajadores, la importante renovación historiográfica que tuvo lugar luego de 1983 comenzó a orientarse hacia otras temáticas antes de consolidar un *corpus* sólido sobre los orígenes del movimiento obrero en nuestro país: con algunas excepciones, como Juan Suriano, Mirta Lobato o Ricardo Falcón, que siguieron investigando en el campo de la historia de los trabajadores, la mayor parte de los autores que habían enriquecido la renovación historiográfica de los ochenta se pasaron a otras temáticas, en lo que el propio Suriano caracterizó como «una fuga masiva de investigadores hacia el campo de la historia política» (Suriano 2009, pág. 30).

En los últimos años, de todas formas, aparecieron una serie de trabajos que marcan un auspicioso interés por recuperar un análisis de las corrientes políticas que intervinieron en los orígenes del movimiento obrero y particularmente de las agrupaciones socialistas y vinculadas al marxismo. La aparición de un conjunto de artículos en la revista *Políticas de la Memoria* contribuyó en primer término a volver a poner a los primeros núcleos socialistas –en los cuales los inmigrantes alemanes jugaban un papel fundamental– en el centro de atención de la investigación académica (Martínez Mazzola 2004; Tarcus 2004; Zeller 2007; Tarcus 2007a). Aunque más enfocada en el siglo XX y a pesar del carácter heterogéneo de sus contribuciones, la compilación de artículos sobre la historia del Partido Socialista argentino editada por Camarero y Herrera (2005) marcó otro paso

adelante en esta renovación del interés por la historia política de la izquierda. Otro importante aporte fue la publicación de *Marx en la Argentina*, de Tarcus (2007b), que desarrolla un análisis de los principales agrupamientos y dirigentes del socialismo argentino en el último tercio del siglo XIX y la primera década del siguiente. Con una perspectiva más anclada en la historia intelectual que en la historia social, Tarcus analiza el problema de la «recepción» del marxismo en las periferias y en ese sentido profundiza menos en la cuestión de la vinculación de los agrupamientos socialistas con las organizaciones obreras que en las particularidades de sus planteamientos políticos y teóricos.[9]

Los aportes de la historiografía sobre el período específico de nuestra investigación –*grosso modo*, la década que va desde 1886 hasta 1896– son menos abundantes de lo que podría sugerir el amplio espectro de trabajos sobre el mundo de los trabajadores anterior al Centenario que acabamos de presentar. Ocurre que un rasgo común a la mayor parte de las investigaciones, de una u otra perspectiva historiográfica, fue colocar lo sucedido en ese período en el plano de un análisis de los «antecedentes» de la historia del movimiento obrero antes que como un objeto de estudio específico. Se trató de un aspecto compartido tanto por las viejas historias militantes como por la más reciente historiografía académica: si en las primeras lo ocurrido antes de mediados de la década de 1890 era analizado en clave de antecedentes del proceso de formación del Partido Socialista, de las primeras centrales obreras o de los agrupamientos anarquistas que se consolidarían en la década de 1900, en la segunda fue común encontrar una interpretación que ubicaba el punto de partida del análisis en los primeros años del siglo, particularmente con la sanción de la ley de Residencia en el año 1902. El período previo, por lo tanto, ocupó un espacio sustancialmente menor en la mayor parte de las investigaciones, y no fueron pocas las que explícitamente señalaron que hasta comienzos del siglo XX la conflictividad obrera no supuso un factor de importancia en la escena política de la ciudad de Buenos Aires y del país. El hecho de que, por lo general, los trabajos que se planteaban trazar un análisis en clave de «orígenes del movimiento obrero» tomaran como punto de referencia inicial la fundación de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, en 1857, no implicaba un mayor desarrollo del análisis sobre esta etapa: en efecto, debido a la escasez de fuentes documentales y a las escasas investigaciones realizadas, los trabajos se limitaron a trazar algunos grandes hitos de esa «prehistoria» del movimiento obrero, que permanecía en buena medida desconocida.

9. Aportan en este mismo sentido la aparición de un *Diccionario biográfico de la izquierda* (VVAA 2007) y de una antología bilingüe del *Vorwärts*, periódico que fue editado entre 1896 y 1901 por socialistas alemanes residentes en Buenos Aires y constituye una fuente fundamental para el período, hasta ahora prácticamente inexplorada (Tarcus, Zeller y Carrera 2008).

El trabajo de Falcón (1984) es posiblemente el que llegó más lejos en el intento de trazar un cuadro de conjunto: su investigación buscó remontarse a la década de 1850 y realizó importantes aportes respecto al período de influencia de militantes vinculados a la Primera Internacional que han sido ampliados en el último libro de Tarcus (2007b). De todas formas, debido a su intención de abordar un período tan amplio –casi cuarenta años– el libro de Falcón no llegó en muchos puntos más que a abrir importantes líneas de trabajo con aportes sugestivos, que posteriormente no han sido retomados en una obra de esa escala. Si el análisis de la situación estructural del mercado laboral y las condiciones de vida y trabajo son objeto de un tratamiento cuidadoso, hay otros aspectos de gran importancia, como los ciclos de agitación huelguística de 1888-1889 y 1894-1896 o la estructuración de las principales sociedades de resistencia en esa década, que son apenas mencionados, sin un análisis en profundidad que resulta esencial para periodizar con precisión el proceso de delimitación de una conciencia de clase entre los trabajadores de la urbe. Suriano (2003) publicó un importante artículo donde advertía la trascendencia del impacto que tuvo sobre la clase trabajadora la coyuntura decisiva de 1890, cuando el país enfrentó una gravísima crisis económica, pero la investigación sobre el tema no fue profundizada, y la mayor parte de las obras sobre esos años siguieron siendo las que analizaban, de manera más o menos aislada, la celebración del 1° de Mayo o la formación de los primeros grupos socialistas, sin avanzar en trazar un cuadro de conjunto sobre la vinculación existente entre esos importantes aspectos de la historia política de los trabajadores y la dinámica de conflictividad social y transformaciones económicas del período. El trabajo de Tarcus, por su parte, como señalamos antes, se concentró en un análisis de la «recepción de Marx» en el país, proponiendo un ensayo de historia intelectual que realiza importantes aportes sobre los posicionamientos y debates del naciente socialismo local en el período objeto de nuestro estudio pero no profundiza en una discusión sobre los vínculos de los militantes socialistas con el movimiento obrero y su relación con los principales ciclos de agitación huelguística, que son objeto de estudio en nuestra investigación.

Este libro busca contribuir al conocimiento de la historia de los trabajadores examinando con detalle un período de tiempo relativamente breve en el cual se procesaron cambios decisivos. Al analizar una década que no recibió una atención especial por parte de la historiografía previa buscamos además desarrollar un estudio que aborde el problema de la *formación de la clase obrera* de Buenos Aires con una perspectiva que no lo entiende solamente como una cuestión de orden sociológico ni como un estudio polí-

tico del movimiento obrero. En efecto, consideramos que es fundamental desarrollar un análisis que ponga en relación el proceso de luchas y enfrentamientos de la clase trabajadora con el desarrollo de las corrientes políticas que intervenían en ese movimiento, a fin de estudiar las vinculaciones mutuas entre ambos fenómenos. No se trata de buscar, como hizo cierta historiografía «oficial» del socialismo, de qué manera la actividad de algunos dirigentes exiliados contribuyó a «crear» al movimiento obrero argentino; pero tampoco de soslayar la relación existente entre la construcción de organizaciones obreras en el contexto del enfrentamiento social y la consolidación de agrupamientos políticos. La vinculación es, por otra parte, en dos direcciones: no solo el papel de los militantes políticos contribuyó, de un modo u otro, a la conformación de la clase obrera y al desarrollo de su conciencia sino que, al mismo tiempo, los flujos y reflujos de las luchas obreras impactaron en el proceso organizativo –y en las perspectivas políticas y estratégicas– de las corrientes políticas intervinientes en el movimiento.

La formación de la clase obrera como problema histórico

Este trabajo comparte el punto de partida que proponía Eric Hobsbawm en una serie de conferencias que dictó sobre la obra de Georgy Lukács: aquel que supone un acuerdo básico en torno a «que las clases sociales, los conflictos de clase y la conciencia de clase existen y desempeñan un papel en la historia» (Hobsbawm 1983, pág. 61). Creemos, en efecto, que los argumentos en favor de la utilización de otros términos, como *sectores populares*, no son satisfactorios para rechazar la utilización de un concepto como el de *clase*, que resulta mucho más preciso y sólido teóricamente. El concepto de clase obrera utilizado por Marx tiene un alcance amplio y no se limita a aquellos obreros fabriles empleados en grandes industrias: en la medida en que se refiere a los expropiados de condiciones materiales de existencia que deben vender su fuerza de trabajo, se trata de un término que alcanza a lo que muchas veces se pretendió englobar, con menos rigor teórico, bajo el mote de «sectores populares» o «subalternos». Siguiendo una perspectiva marxista, se argumentará aquí entonces que para analizar el «mundo de los trabajadores» de la Argentina de fines del siglo XIX es apropiado utilizar el concepto de *clase*; que el proceso de conflictividad social puede y debe analizarse en términos de *lucha de clases* y que en ese contexto puede observarse a una *clase obrera* que ocupa decisivamente su lugar en la sociedad argentina, con un importante desarrollo de su *conciencia*.

En el citado trabajo, Hobsbawm señalaba que es posible advertir, en la obra de Marx, dos sentidos diferentes respecto al concepto de clase. En primer término, «aquellos grandes núcleos de gente que pueden clasificarse con un criterio objetivo, por estar en relación semejante respecto a los medios de producción». En segundo lugar, un sentido que incluyera «un elemento subjetivo», relacionado con la conciencia de los trabajadores de pertenecer a dicha clase. En un clásico pasaje de *Miseria de la Filosofía*, por ejemplo, se destacaba que

> «... las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política» (Marx 1987, pág. 136).

En el terreno de la investigación histórica, este tipo de análisis ha quedado indudablemente vinculado a los trabajos de Edward P. Thompson sobre el proceso de formación de la clase obrera en Inglaterra. Subrayando que su perspectiva no implicaba sino un retorno a interpretaciones «clásicas» –en oposición a lecturas economicistas o sociológicas que ponían en primer lugar la evaluación de datos cuantitativos sobre la evolución de variables económicas, sin atender a la lucha de clases– Thompson sostuvo en efecto que el análisis del proceso de *formación de la clase obrera* no podía limitarse a un estudio de las transformaciones económicas y sociales impuestas por el desarrollo capitalista, sino que debía advertir el proceso concreto de experiencias y luchas comunes de los trabajadores:

> «La formación de la clase obrera –decía Thompson– es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa –la "Revolución industrial"– que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente en una "nueva estirpe de seres" (...). La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros» (Thompson 1989, págs. 203-204).

Sería un error suponer que esta interpretación soslaya los condicionantes estructurales, en tanto, como ha señalado Ellen Meiksins Wood, son precisamente las relaciones de producción las que «distribuyen a las personas en situaciones de clase», con determinados antagonismos y conflictos de intereses. En realidad, plantear que «la lucha de clases precede a

la clase» significa reconocer que «las condiciones de explotación, las relaciones de producción, están ahí, de manera objetiva para ser experimentadas» y que «la conciencia de clase es posible porque existen las situaciones de clase» (Meiksins Wood 1995, pág. 83). En este libro se argumenta que la base de esas determinaciones es el desarrollo capitalista que tuvo lugar en Argentina a fines del siglo XIX, con el correlato de la conformación de un mercado de trabajo capitalista de características peculiares, el cierre de las perspectivas de ascenso social de los recién llegados y un cuadro general que mostraba un incremento en la explotación. A lo cual se agrega el cuadro de grave crisis de los años 1890-1893, con sus consecuencias: una grave carestía, primero; desocupación, miseria y emigración, más tarde; concentración y centralización de capitales, ruina de pequeños propietarios y artesanos, etc. En otros términos, es el desarrollo del *capitalismo* en Argentina, y en particular su primera gran crisis, lo que está en la base y condiciona el desarrollo de la clase obrera.

Cuando a fines de la década de 1880 las luchas obreras hicieron su aparición en la escena política de la ciudad de Buenos Aires, la prensa comercial y la oligarquía buscaron la causa en la actividad de «agitadores extranjeros» porque consideraban de otra manera inexplicable su estallido imprevisto en un país que, desde su perspectiva, ofrecía todas las posibilidades a los recién llegados. En realidad, la oleada de huelgas de 1888-1889 era la manifestación de un proceso que venía incubándose en la experiencia de los trabajadores urbanos de la metrópoli. Para la segunda mitad de la década de 1880 la ciudad de Buenos Aires ya había sufrido un proceso de profundas transformaciones demográficas, económicas y sociales que habían convertido a centenares de miles de inmigrantes en trabajadores asalariados, obligados a vender su fuerza de trabajo ante la imposibilidad de acceder a la pequeña propiedad agraria. El proceso de formación de la clase obrera no puede analizarse sin embargo atendiendo únicamente a esas transformaciones estructurales, sino que debe ponerse en relación con el modo en que dichas condiciones fueron interpretadas por los propios trabajadores y dieron forma a procesos de movilización para enfrentarlas.

En efecto, si hacia 1887 los datos del Censo Municipal de Buenos Aires ponían de manifiesto que centenares de miles de los habitantes de la ciudad no tenían otra alternativa que vender su fuerza de trabajo al capital para asegurar su supervivencia, prácticamente no existían aún sociedades u organizaciones obreras, y las huelgas eran casi desconocidas en el país. Apenas una década más tarde, sin embargo, la situación había cambiado radicalmente: la clase trabajadora era ya un actor irremplazable en la escena del país. En ese lapso de una década, a través de un proceso de movilización y lucha, la naciente clase obrera de Buenos Aires recorrió una

experiencia colectiva en la cual delimitó sus intereses comunes y solidificó una fuerte conciencia de clase.

Nuestro trabajo se estructura en torno a tres ejes:

1. ¿cuál era la situación de los trabajadores hacia las últimas dos décadas del siglo XIX, entendida esta en un sentido amplio que tenga en cuenta la estructura demográfica y laboral tanto como las condiciones materiales de vida de los trabajadores?
2. ¿Cuál fue la dinámica de la agitación obrera en la ciudad en el decisivo período que va desde 1887 hasta 1896, una década durante la cual hicieron su aparición las primeras huelgas masivas, las sociedades gremiales y los grupos militantes anarquistas y socialistas?
3. ¿Qué relación existió entre el proceso de conformación de organizaciones obreras y la crisis económica y política?

Sostenemos que la crisis económica que estalló en el país hacia 1889-1890 puso de manifiesto los límites que habían surgido a la integración económica y social de los inmigrantes y creó las condiciones para una creciente agitación social en la ciudad, que conoció un salto significativo en los años 1888-1896 y dio lugar a la consolidación de organizaciones permanentes de trabajadores, contribuyendo así a definir, a través de un proceso de movilización, la presencia de la clase obrera en la sociedad argentina. Si existe consenso respecto a que en la primera década del siglo XX –particularmente luego de la fundación de la Federación Obrera Argentina, en 1901, y la huelga general del año siguiente– el movimiento obrero fue un protagonista destacado de la situación política del país, este libro busca demostrar que en los años inmediatamente anteriores, menos atendidos por la historiografía, se habían producido ya un conjunto de transformaciones de mucha envergadura, que dieron forma a algunos de los rasgos característicos de la clase obrera local.

La que transcurre entre 1887 y 1896 fue una década marcada por la crisis económica más importante que hubiera conocido el país hasta entonces: la fuerte carestía que caracterizó a los años inmediatamente anteriores al *crack* de 1890 creó las condiciones para un agudo proceso de movilización huelguística que atravesó a la ciudad de Buenos Aires en los años 1888 y 1889. Ese ciclo de huelgas fue un primer hito en este proceso de consolidación de una identidad obrera: la agitación recorrió a los más importantes gremios y al calor de las luchas se fueron conformando «comisiones» y sociedades obreras que contribuyeron a delimitar una identidad de oficio y de clase entre los trabajadores en huelga. La acción de militantes socialistas y anarquistas coadyuvó a reforzar ese proceso y al mismo tiempo esa agitación impactó en los primeros núcleos organizados de ambas corrientes, que hacia 1890 impulsaron las primeras manifestaciones públicas y

la edición de publicaciones políticas en español de carácter permanente. Desde comienzos de 1890 la agitación obrera entró en un reflujo marcado por el impacto de la crisis económica y sus secuelas de desocupación y emigración, durante el cual, sin embargo, continuó un proceso molecular de organización de sociedades obreras en distintos gremios. El período 1891-1892 estuvo marcado por un retroceso relativo de la influencia socialista y un crecimiento en la importancia de los grupos anarquistas «antiorganizadores», nucleados en torno al periódico *El Perseguido*: la acción conjunta de socialistas y anarquistas «organizadores» que tuvo lugar durante 1888 y 1889 se vio entonces fuertemente limitada por el predominio que comenzaron a ganar los anarquistas contrarios a la organización. Luego del reflujo impuesto por las duras condiciones económicas de 1890-1893, hacia mediados de la década se relanzó con fuerza la actividad huelguística y organizativa de los trabajadores de Buenos Aires, con particular énfasis en la reivindicación de reducción de la jornada laboral. En este nuevo cuadro se produjo una retracción del grupo anarquista antiorganizador y un desarrollo importante tanto de los incipientes núcleos socialistas que se unificarían en un nuevo partido, como de diversos grupos de orientación ácrata pero partidarios de la organización gremial. El año 1896 representa el punto culminante de ese nuevo ascenso obrero. Durante los meses de invierno y primavera de ese año tuvo lugar una virtual huelga general en Buenos Aires y en Rosario: sin ser nunca declarada como tal, la huelga se extendió de unos gremios a otros a partir de la paralización del trabajo en los importantes talleres ferroviarios. Una de nuestras hipótesis es que lo ocurrido en 1896 representa el cierre de toda una etapa que culminaba no solo con una presencia destacada de la clase trabajadora en la escena pública, sino también con un conjunto de transformaciones en el anarquismo y el socialismo local que ya habían definido buena parte de los rasgos que los definirían en el período de mayor desarrollo inmediatamente posterior.

Sobre las fuentes utilizadas

La historia de los trabajadores siempre le plantea al investigador un conjunto de problemas en lo que se refiere a la disponibilidad de fuentes y otros materiales documentales. Los hombres y mujeres que protagonizan nuestra historia pertenecían a las clases explotadas de la sociedad y solían permanecer al margen de las preocupaciones de las clases dominantes, salvo en aquellos momentos de conflictividad social durante los cuales pasaban al primer plano, por lo general para ser atacados por parte de quienes no alcanzaban a comprender del todo el origen de esos movimientos rebeldes.

En el caso de un estudio sobre la formación de la clase obrera en un período temprano, estos problemas se agudizan. Los trabajadores de las

últimas décadas del siglo XIX, buena parte de los cuales eran analfabetos o carecían de posibilidades concretas para acceder a publicar sus opiniones e ideas, no pudieron dejar muchos testimonios escritos de sus experiencias. No existían, en el período, organismos estatales que se ocupasen de relevar datos estadísticos específicos sobre la conflictividad laboral, como ocurriría luego de la primera década del siglo XX con el Departamento Nacional del Trabajo. Hemos utilizado otras fuentes estadísticas, en primer lugar los censos nacionales (1869 y 1895) y municipales (1887) del período, así como el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, publicado a partir de 1891. En el primer capítulo se discuten particularmente las dificultades metodológicas que plantea la utilización de materiales cuyas clasificaciones a menudo no coinciden, complicando el establecimiento de series confiables a mediano plazo. Para la reconstrucción de un cuadro de la situación de los trabajadores en el período, hemos debido combinar este tipo de información estadística con otras fuentes de tipo «cualitativo»: particularmente diversos informes o materiales editados en la época con referencias a las características del desarrollo industrial en la ciudad y a las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores en la ciudad de Buenos Aires, como los de Manuel Chueco, Dimas Helguera, William Buchanan, Juan Alsina o Pablo Storni, así como a las extensas introducciones que incluían los censos antes de los datos estadísticos. Han sido de utilidad los estudios sobre las condiciones de vivienda en los conventillos y barrios obreros como los elaborados por Samuel Gache, Guillermo Rawson y otros, además de denuncias publicadas por los propios trabajadores en periódicos obreros. También hemos utilizado algunas guías de la ciudad con notable información sobre las características urbanas y comerciales, como las publicadas por Kraft y Peuser.

La principal fuente disponible para la reconstrucción de una historia de los trabajadores en este período es la prensa escrita, que podemos dividir en dos grandes grupos. Por un lado, la que podemos llamar «comercial» y que los trabajadores del período caracterizaban como «burguesa», es decir los grandes periódicos de la ciudad de Buenos Aires de la época. Casi toda la prensa comercial porteña otorgó, a partir de fines de la década de 1880, un lugar muy destacado a la conflictividad obrera y a los procesos de organización gremial y política que se desarrollaban en su seno. En coyunturas de agudo conflicto era habitual encontrar los principales editoriales dedicadas a la *cuestión social*. Pero además de esos editoriales los periódicos incluían extensas crónicas de los conflictos, junto con información suelta sobre otras actividades protagonizadas por los trabajadores: era habitual que las sociedades gremiales solicitaran espacio en las columnas de los periódicos para anunciar sus actividades e informar de sus reuniones, y que las crónicas informaran de lo resuelto en esas asambleas obreras.

Más interesante aún resulta advertir que en las columnas de los periódicos dedicados al movimiento obrero era habitual encontrar extensas reproducciones de circulares o manifiestos editados por los propios trabajadores, que hacían llegar a las redacciones de los periódicos y estos publicaban, en ocasiones en versión resumida y otras veces en toda su extensión. A lo largo de este libro se encontrarán numerosas referencias a estos documentos, que han sido escasamente utilizados en la historiografía previa y representan una fuente de primera mano de las diferentes sociedades y agrupamientos obreros y no han sido conservados en su versión original, salvo escasas excepciones, en ningún archivo ni repositorio documental.

No todos los periódicos comerciales, de todos modos, dedicaban el mismo espacio al movimiento gremial. Particularmente se destacaban los dos más importantes, *La Prensa* y *La Nación*, que contaban con una mayor cobertura noticiosa en términos generales en comparación con otros periódicos más afines políticamente a algún grupo o personaje público. De ambos, *La Prensa* era sin duda el que cubría con mayor cuidado el movimiento huelguístico y la actividad de las sociedades obreras, y sobre todo en forma más constante. En *La Nación* puede observarse, en cambio, un seguimiento minucioso con crónicas detalladas en momentos de aguda conflictividad, que contrasta con lapsos prolongados sin referencias a la actividad de las sociedades obreras. No hay que dejar de tener en cuenta, por otro lado, que en ese diferente interés por la conflictividad obrera influían también otros fenómenos, como por ejemplo la relación del periódico con el gobierno de turno (Lobato 2009, pág. 176). Así, por ejemplo, la conflictividad obrera de 1889 encontró amplio espacio y positiva valoración en las columnas de *La Nación*, abiertamente opositora al gobierno de Juárez Celman, mientras que su importancia era minimizada en publicaciones oficialistas como *Sud-América*.

El caso de *La Prensa* merece una observación particular. Más allá de sus posicionamientos políticos respecto a los gobiernos de turno, el periódico solía mantener en este período una posición progresista respecto a la cuestión obrera, que se reflejaba tanto en el espacio más extenso que brindaba a las noticias sobre la actividad gremial como en diferentes artículos editoriales, que reclamaban la atención del gobierno sobre el tema y recomendaban vías de entendimiento entre los trabajadores y los empleadores en conflicto. Esta postura, sin embargo, se vio modificada cada vez que la agitación obrera alcanzaba niveles preocupantes y, particularmente, cuando afectó al núcleo de la burguesía industrial local.

Otros periódicos comerciales de menor importancia resultaron fuentes útiles para la reconstrucción de la historia de los trabajadores en el período. Algunos porque en determinadas coyunturas políticas resolvían dedicar mayor atención al movimiento obrero: ocurre por ejemplo con *El Nacional*, a fines de la década de 1880, o con *El Argentino*, órgano del radicalismo, en diferentes momentos de la primera mitad de la década siguiente. Existen también algunos casos notables, como el periódico *El Tiempo*, aparecido en 1895, que era abiertamente favorable a los reclamos obreros y en los cuales era columnista habitual el socialista Adrián Patroni. Periódicos de orientación católica, como *La Voz de la Iglesia* o *La Defensa*, proporcionan menor información sobre la conflictividad obrera, dado que se colocaban en una posición fuertemente hostil al movimiento obrero y pocas veces contaban con un conocimiento de primera mano sobre las vicisitudes de la agitación social; sus editoriales, particularmente en tiempos de agudo conflicto, representan no obstante una fuente interesante para pulsar el cuadro más general de preocupación que creaba en todo un sector de las clases dominantes la presencia de la clase obrera. Una mención aparte hay que hacer para algunos periódicos estrechamente vinculados a sectores patronales, como el *Boletín de la Unión Industrial Argentina* o el *Review of the River Plate*, órgano del capital británico en el país: ambos solían reflejar en forma directa las posturas de la patronal en momentos de aguda conflictividad obrera.

El segundo grupo está formado por la prensa militante en un sentido amplio: incluimos aquí bajo esa denominación a las publicaciones editadas por sociedades gremiales y grupos políticos socialistas y anarquistas activos en el movimiento obrero de la época. Se trata de publicaciones de muy distinto carácter, periodicidad y formato, pero comparten el rasgo común de ser editadas en forma militante por diferentes colectivos de obreros, sin ningún respaldo gubernamental ni empresario, con el objetivo de desarrollar una lucha en el plano de la palabra escrita, por el desarrollo de la conciencia de los trabajadores. Si la posibilidad de acceder a volantes o folletos editados por las sociedades y grupos políticos de la época es casi imposible, la disponibilidad de estos periódicos tampoco resulta sencilla: el tiempo transcurrido, la precaria situación de los archivos del país, los ataques de grupos patronales o de fuerzas represivas a los locales obreros que los conservaban, e incluso diferentes avatares políticos de los propios grupos obreros que llevaron a que antiguos materiales se pierdan o arruinen, han hecho que algunas colecciones estén muy incompletas y algunas se hayan perdido para siempre.

Las publicaciones militantes pueden dividirse en tres grupos: las editadas por grupos socialistas, las publicaciones de grupos anarquistas, y aquellas –más escasas en este período– editadas por sociedades gremiales. Las socialistas son menos numerosas, pero al mismo tiempo más estables a lo largo del tiempo: la primera de ellas fue el periódico *Vorwärts*, editado en alemán por la sociedad del mismo nombre, cuyo primer número apareció en 1886 y se editó hasta 1901. Algunos años más tarde aparecieron

las primeras publicaciones socialistas en español, conforme avanzaba el proceso de surgimiento de las diferentes agrupaciones locales que darían cuerpo al Partido Socialista algunos años más tarde: *El Obrero*, entre 1890 y 1892, y más tarde –luego de una ruptura– *El Socialista* y *El Obrero*, segunda época, ambos de breve existencia durante 1893. En abril de 1894 apareció el primer número de *La Vanguardia*, que se constituyó en uno de los ejes fundamentales en torno al cual se fueron agrupando los diferentes grupos que constituyeron el partido dos años más tarde. Durante esos mismos años sabemos de la existencia de publicaciones editadas por dos de los grupos nacionales que formaban parte del socialismo local: los italianos del Fascio dei Lavoratori y los franceses de Les Egaux. Se trata, lamentablemente, de materiales prácticamente inaccesibles para la investigación: del periódico del Fascio, *La Rivendicazione*, solo se conservan dos números, mientras que *L'Egalité*, editado por Les Egaux, no está disponible.

Las publicaciones de grupos anarquistas son más numerosas aunque menos estables, lo cual tiene que ver con la propia dinámica de muchos agrupamientos libertarios de la época, que tenían escasa continuidad. Al igual que ocurre con los periódicos socialistas, son pocos los materiales disponibles para la década de 1880, cuando el desarrollo de los grupos era aun embrionario: contamos con algunos ejemplares de *La Questione Sociale*, editado en 1885 y 1886, y de *Il Socialista*, publicado algunos años más tarde. El material es más abundante en la década de 1890, a medida que se iba ampliando el campo de desarrollo de los grupos libertarios. La fuente clave para este período es *El Perseguido*, el principal periódico de los anarquistas de orientación individualista, que se publicó en Buenos Aires entre 1890 y 1897. Se han utilizado también otras publicaciones de grupos individualistas, de existencia más o menos efímera, como *La Miseria*, *La Liberté*, *La Anarquía* (de La Plata), *La Riscossa*, *Le Cyclone*, *La Voz de Ravachol* y *La Revolución Social*, entre otros. Hacia mediados de la década, cuando comenzó a cobrar fuerza la vertiente antiindividualista que cristalizaría años más tarde en la publicación de *La Protesta Humana*, aparecen otro conjunto de periódicos que expresan, si bien compartiendo el punto de vista ácrata, una perspectiva diferente: entre ellos cabe destacar *El Oprimido*, de Luján, *L'Avvenire* y la segunda época de *La Questione Sociale*.

El último grupo de periódicos militantes, los editados por sociedades gremiales, es el más reducido pero uno de los más importantes, dado que ha sido escasamente utilizado en la historiografía. Debido a que se trata de un período en el cual las sociedades de resistencia recién estaban dando sus primeros pasos, fueron pocas las que llegaron a editar una publicación de carácter más o menos permanente –más común fue que publicaran folletos o manifiestos, muchos de los cuales hemos rastreado gracias a su publicación en periódicos comerciales– del cual hayan quedado

copias disponibles. En particular hemos utilizado tres periódicos de este tipo: el periódico de la sociedad de resistencia de panaderos, llamado *El Obrero Panadero*, el editado por la sociedad de herreros y mecánicos, afín al socialismo, llamado *El Mecánico* y un periódico singular, llamado *La Unión Gremial*, publicado entre 1895 y 1896 por un conjunto de sociedades gremiales hostiles a la confederación impulsada en esos años por los gremios vinculados a la militancia socialista y estructurada en torno a los oficios de la construcción.

El presente libro se basa en un extenso trabajo de archivo con todo este conjunto de fuentes y testimonios de la época. En las páginas escritas por los cronistas contemporáneos, en los estudios que acompañaban a los datos censales o en las editoriales y crónicas de los periódicos comerciales es posible advertir la mirada que una clase dominante preocupada por la extensión de la agitación obrera trazaba sobre ese nuevo actor social que ocupaba la escena del país. En los manifiestos y circulares publicados por las nacientes sociedades gremiales, en las columnas de los periódicos obreros, editados con mucho esfuerzo por grupos de militantes en los pocos ratos libres que les dejaban las extensas laborales o en los llamamientos y proclamas impresas con objeto de convocar a manifestaciones y celebraciones obreras, por su parte, puede pulsarse la vitalidad de ese movimiento obrero en gestación. A partir de un análisis exhaustivo de todo este *corpus* documental, el objetivo de este libro es realizar un aporte novedoso a la historiografía existente y contribuir a la reconstrucción de las experiencias de los grupos más explotados de la sociedad en este período clave de la historia argentina.

✠✠✠

Los ocho capítulos de este libro están estructurados en tres partes.

El objetivo de la primera parte (capítulo 1) es analizar la situación de los trabajadores de Buenos Aires en el período estudiado. El capítulo desarrolla, en primer lugar, un cuadro de las transformaciones económicas experimentadas por el país en el último tercio del siglo XIX y se enfoca en el proceso de inmigración masiva que está en la base de las transformaciones sociales que dieron lugar a la formación de la clase obrera local. Se analizan el acelerado crecimiento demográfico, las transformaciones urbanas, la conformación del mercado de trabajo y las características de los principales núcleos en torno a los cuales se estructuraba la población obrera de la ciudad hacia 1890.

Un segundo núcleo, con un abordaje diacrónico, busca desarrollar un análisis cronológico de la conflictividad obrera en Buenos Aires en el período estudiado. El segundo capítulo está dedicado al destacado proceso de agitación huelguística que atravesó la ciudad de Buenos Aires en los dos

últimos años de la década de 1880, el cual, aunque prácticamente desatendido por la historiografía previa, constituye a nuestro entender el auténtico punto de partida de la experiencia de la clase obrera de Buenos Aires, a partir del cual ya no se interrumpirá un hilo de continuidad. El tercer capítulo desarrolla un estudio del período 1891-1893 con un abordaje doble que atiende tanto a la dinámica de la agitación huelguística –que entró en un fuerte reflujo pero conoció no obstante algunos episodios de importancia– como a las vicisitudes de las fuerzas políticas activas en el seno del mundo de los trabajadores. El cuarto capítulo examina la reversión del ciclo de retracción de la agitación obrera que se produjo hacia fines de 1893 y comienzos de 1894 y estuvo indiscutiblemente vinculada a la organización de los trabajadores de los gremios de la construcción. De conjunto, el capítulo pretende mostrar el salto cualitativo que puede observarse en la actividad obrera durante 1894 y 1895. El quinto capítulo estudia la llamada «huelga grande» de 1896. Desde fines del invierno y durante la primavera de ese año, a partir de un conflicto iniciado por los trabajadores de los talleres ferroviarios, estalló una huelga de enormes proporciones que tuvo una repercusión inmediata entre los trabajadores de la ciudad, provocó una generalización de conflictos huelguísticos en múltiples gremios y se extendió incluso a otras ciudades como Rosario y La Plata.

Un tercer núcleo busca abordar el desarrollo que tuvier[illegible] esos años, las diferentes organizaciones que surgieron del seno de e[illegible]ase trabajadora: tanto aquellas de rasgos específicamente gremiales [illegible]mo las de carácter político. El sexto capítulo se concentra en un análisis de la dinámica y características de las sociedades de resistencia que conocieron un desarrollo acelerado en la década que es objeto de nuestro estudio. Allí se estudia, además, los diferentes intentos que se desarrollaron en el período para lograr estrechar los vínculos entre las diferentes sociedades y formar federaciones obreras: para ello se examinan tanto la experiencia de 1890-1893 como las menos conocidas de 1894 y 1895. El objetivo del séptimo capítulo es reconstruir el desarrollo del anarquismo local en el período 1887-1896, en su relación con el proceso de estructuración de la clase obrera. Si bien el momento de máximo desarrollo del anarquismo argentino llegaría durante la primera década del siglo XX, el período indagado en este libro representó una etapa de importante crecimiento para el movimiento libertario local, particularmente en la ciudad de Buenos Aires, con la aparición de numerosas publicaciones y agrupamientos. Este proceso estuvo marcado por el desarrollo de importantes polémicas que enfrentaron no solo a los anarquistas con las incipientes agrupaciones socialistas sino también a los propios militantes libertarios entre sí. El capítulo sostiene que los ciclos de ascenso y reflujo de las luchas establecieron un contexto general que enmarca el desarrollo de unos y otros sectores al interior del anarquismo.

Por último, el octavo capítulo busca proveer una interpretación global de lo que ha sido llamado la «prehistoria» del socialismo argentino: es decir el complejo proceso que precedió a la constitución formal del Partido Socialista, en el año 1896. La intención es desarrollar un análisis del fenómeno que supere las limitaciones de una historiografía previa que por lo general se limitó a una historia institucional o una discusión más vinculada a la historia intelectual sobre la recepción del marxismo en el país: el capítulo busca analizar el proceso de formación del Partido Socialista en relación con el proceso de formación de la clase obrera que se desarrollaba al mismo tiempo.

Capítulo 1

No tan Buenos Aires. La ciudad obrera a fines del siglo XIX

En el último tercio del siglo XIX, la Argentina sufrió una serie de profundas transformaciones económicas que modificaron la fisonomía de su sociedad y marcaron decisivamente su futuro. Durante las presidencias de Bartolomé Mitre (1862-1868), Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874) y Nicolás Avellaneda (1874-1880) se consolidaron las principales instituciones del Estado nacional y fueron derrotados militarmente los últimos restos de resistencias internas, particularmente durante el conflictivo período de la guerra del Paraguay (1865-1870), en la cual una triple alianza integrada por Uruguay, Brasil y la Argentina –que contó con el apoyo poco disimulado de Gran Bretaña– devastó literalmente al pueblo paraguayo y a su régimen político y económico. En paralelo, se profundizaba la penetración de capitales extranjeros. La ocupación militar del territorio indígena –mal llamada «conquista del desierto»– y la resolución de la «cuestión capital», luego del enfrentamiento militar entre fuerzas porteñas y nacionales a mediados de 1880, parecieron consolidar definitivamente el poder central y así abrir una etapa que para los contemporáneos parecía marcada indiscutiblemente por el «orden» y el «progreso». La consolidación del poder estatal aseguró las condiciones de un desarrollo económico basado en el flujo de inversiones extranjeras y la llegada masiva de inmigrantes europeos y contribuyó a la conformación de un mercado nacional estructurado en dirección a la ciudad-puerto. Si en la década de 1870 la Argentina aún debía importar trigo para consumo local, en la década siguiente el enorme crecimiento económico había colocado al país como un destacado exportador de productos primarios en el mercado mundial.

Estas transformaciones estructurales en la sociedad argentina de fines del siglo XIX dieron lugar a la aparición de contradicciones sociales de nuevo tipo: no solo por la masiva llegada de inmigrantes extranjeros desprovistos de medios de producción sino también por las características de la sociedad receptora, que dificultaba las posibilidades de esos recién lle-

gados de acceder a la tierra. El desarrollo económico, basado en las exportaciones agrícolas, implicó también una expansión de los transportes y las comunicaciones, así como un incipiente desarrollo industrial. De conjunto, el proceso creó las condiciones para la formación de una clase trabajadora de origen mayoritariamente inmigrante y fuertemente concentrada en las ciudades del litoral. En este capítulo analizamos este proceso de cambios, entendiendo que se trata del punto de partida fundamental para un análisis que pretenda comprender el proceso de conformación de la clase trabajadora y del movimiento obrero en nuestro país. En primer término examinamos las transformaciones demográficas que, acicateadas por la inmigración masiva, modificaron profundamente a una ciudad de Buenos Aires que hacia mediados de la década de 1880 no solo había crecido aceleradamente sino que había sufrido un proceso de diferenciación social y espacial. En segundo lugar, analizamos las características del mercado de trabajo que se estructuró en torno a las últimas décadas del siglo XIX, examinando cuáles eran los principales núcleos de absorción de mano de obra. De conjunto, el capítulo busca poner de manifiesto que hacia mediados de la década de 1880 decenas de miles de trabajadores, mayoritariamente inmigrantes, compartían –tanto en los barrios y viviendas obreras como en jornadas laborales marcadas por la precariedad, la estacionalidad y la inestabilidad– una experiencia común de explotación y miseria que constituía el terreno en el cual emergerían, muy poco después, las primeras expresiones de movilización y conflictividad social.

Inmigración, crecimiento demográfico y desigualdad social: historia de «dos ciudades»

La «gran aldea» se transforma

Son habituales las referencias al notable incremento demográfico que conoció la Argentina a partir del último tercio del siglo XIX. Los datos censales son, por cierto, impactantes: si en 1869 la población total del país sumaba aproximadamente 1.800.000 personas, el siguiente censo, realizado en 1895, informaba que la Argentina había superado los cuatro millones de habitantes. El enorme aumento de la población respondía en primer término al notable incremento de la migración masiva de ultramar, que conoció un salto decisivo en la década de 1880: mientras que en el período 1880-1886 el saldo migratorio fue de casi 380.000 personas, en el decisivo trienio posterior llegaron al país, para quedarse, nada menos que 466.000 personas (Alsina 1895, pág. 128). El impacto de la crisis económica provocó luego una inmediata y brusca retracción de la inmigración, a punto tal que el año 1891 fue el único de todo el período en el cual el saldo fue negativo (véase figura 1.1).

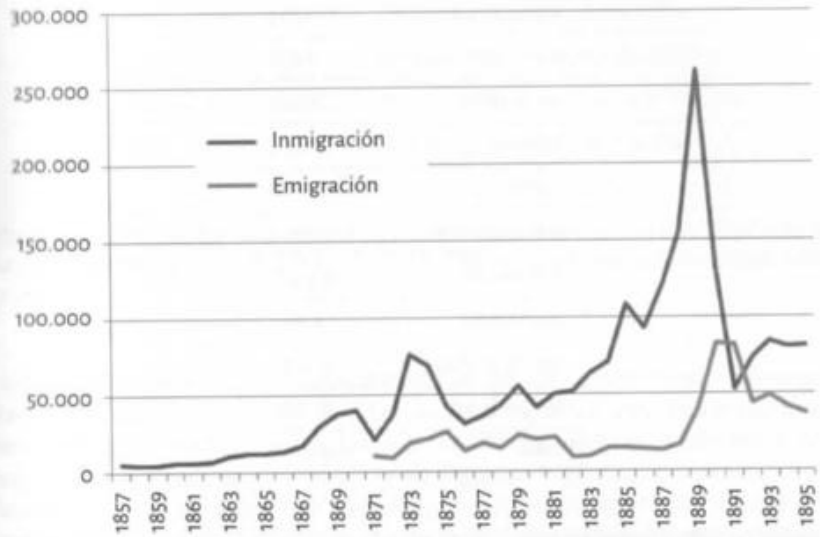


Figura 1.1 – Comparación inmigración y emigración (1857-1895). Fuente: elaboración propia a partir de datos de Alsina (1895, pág. 128).

Italianos	934.195	Rusos	15.165
Españoles	265.815	Holandeses	4.809
Franceses	148.233	Portugueses	2.577
Británicos	31.510	Daneses	1.947
Austríacos	25.400	Estadounidenses	1.508
Suizos	22.845	Suecos	920
Alemanes	23.544	Varios	26.384
Belgas	18.152	Total	1.523.004

Cuadro 1.1 – Nacionalidad de los inmigrantes de ultramar (1857-1895). Fuente: Alsina (1895, págs. 126-127).

La notable significación cuantitativa de este incremento demográfico debe ser examinada, de todas maneras, a la luz de un análisis que tenga en cuenta el impacto regional de esta inmigración masiva. A pesar de que, como se observa en el cuadro 1.2, la mayor parte de los inmigrantes declaraban ser agricultores en sus países de origen, el fenómeno migratorio

Agricultores	708.315
Albañiles	23.832
Artesanos	41.298
Artistas	21.276
Colonos	59.018
Comerciantes	20.964
Jornaleros	124.312
Jardineros	4.964
Varias profesiones	61.202
Sin profesión	128.260
Total	1.193.441

Cuadro 1.2 – Profesiones declaradas por los inmigrantes de ultramar (1876-1895). Fuente: Alsina (1895, pág. 129), antes de 1876 el dato sobre las profesiones no era registrado por las autoridades de Inmigración.

implicó, en la Argentina de fines del siglo XIX, un profundo proceso de crecimiento demográfico *de los sectores urbanos*, dadas las características de un régimen de tierras que, salvo excepciones muy puntuales, consolidó la expansión del latifundio. Mientras los datos del censo de 1869 informaban que el 28 % de la población residía en centros urbanos de más de 2 mil habitantes, ese número había alcanzado el 37 % en el censo de 1895. En este contexto Buenos Aires conoció un desarrollo espectacular: entre 1869 y 1887, fecha del Censo Municipal, la población de la ciudad creció a una tasa anual del 7,3 %. El mismo desarrollo urbano se convertía en un factor que retroalimentaba el proceso de crecimiento demográfico de la ciudad: la construcción de ferrocarriles, la renovación y ampliación del puerto, la extensión de las líneas tranviarias, el tendido de cloacas, la pavimentación de las calles y la industria de la construcción en su conjunto se convertían en un atrayente polo de demanda de mano de obra que retenía en la ciudad a muchos de los recién llegados.

Según el Censo Municipal de 1887, vivían en la ciudad 433.375 personas, de las cuales 228.641, es decir un 52,8 %, eran extranjeras. Como en el conjunto del país, en esa Babel cosmopolita que era la ciudad de Buenos Aires los italianos eran la principal comunidad inmigrante: 138.166 habitantes de esa nacionalidad constituían el 60 % del total de los extranjeros y casi un tercio de la población total de la ciudad. Si en una primera etapa fueron predominantes los inmigrantes del norte de la península – piamonteses, lombardos, vénetos – hacia el final del siglo comenzaban a alcanzar un predominio los llegados de las más pobres regiones del sur de Italia, como Calabria, Basilicata y Sicilia. En un segundo y lejano lugar se ubicaban los 39.652 españoles, que conformaban un 17 % de la población extranjera y un 9 % del total de habitantes de la ciudad: los gallegos representaban el grupo más numeroso, pero también era importante la inmigración de otras zonas pobres y rurales de la península ibérica, como Andalucía y Extremadura; los llegados de Cataluña, el País Vasco o Madrid eran menos numerosos en términos relativos, pero contaban por lo general con mayor calificación y recursos. Los franceses eran poco más de 20.000 y los uruguayos sumaban más de 11.000, seguidos por ingleses y alemanes, cuyas comunidades no superaban los cinco mil habitantes cada una (véase cuadro 1.4).

Año	Habitantes	Argentinos	Extranjeros
1869	177.787	85.629 (48,1 %)	92.158 (51,9 %)
1887	433.375	204.734 (47,2 %)	228.641 (52,8 %)
1895	663.854	318.361 (47,9 %)	345.493 (52,1 %)

Cuadro 1.3 – Población de la ciudad de Buenos Aires. Fuente: *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, 1895 (pág. XXXVI) sobre la base de los censos de 1869, 1887 y 1895.

Argentinos	47 %
Italianos	32 %
Españoles	9 %
Franceses	5 %
Otros extranjeros	3 %
Orientales	2 %
Alemanes	1 %
Ingleses	1 %

Cuadro 1.4 – Población total de la ciudad de Buenos Aires según lugar de nacimiento, 1887. Fuente: Censo Municipal de 1887.

Diferenciación espacial y social

Al calor de estas transformaciones demográficas, la ciudad de Buenos Aires sufrió un desarrollo urbano muy acelerado. Si aún en 1869 el núcleo urbano prácticamente no sobrepasaba las dimensiones de la vieja ciudad criolla, y seguía limitado por Retiro, hacia el norte, San Telmo, hacia el sur, y la zona de plaza Once hacia el oeste, en las dos décadas posteriores había crecido en forma extraordinaria. La Buenos Aires de fines de la década de 1880 se parecía poco a aquella que, algunas décadas antes, había comenzado a conocer un proceso de grandes transformaciones y crecimiento demográfico. Para aquellos trabajadores que llevaban más tiempo en el país, era indiscutible que los años transcurridos a partir de 1880 representaron una profunda transformación en las condiciones de vida, de trabajo y de vivienda. El ya citado Adrián Patroni, que había nacido en Montevideo en 1867 y llegado a Buenos Aires a comienzos de la década de 1880, ponía de manifiesto la gran transformación que había sufrido la ciudad en muy pocos años. Si en la época de su llegada todavía podía decirse que «Buenos Aires era una gran aldea» que conservaba el aspecto colonial y donde «lo que más llamaba la atención era el sin número de iglesias y grandes barracas o depósitos de frutos del país», durante el transcurso de esa década de 1880 la situación se había modificado sustancialmente:

> «En pocos años –señalaba Patroni– Buenos Aires toma otro aspecto; antes solo se destacaba un sin número de campanarios; pero bien pronto, las elevadísimas chimeneas se divisaron por doquier, dominándolo todo. Al Buenos Aires de antaño, lleno de puentes y terceros, con sus calles toscas y malamente empedradas, iluminada apenas por unos cuantos faroles a kerosene, sucedió la ciudad moderna, con sus cloacas, adoquinados, líneas de *tramways* por todas partes; barrios obreros por acá y por acullá» (Patroni 1898, págs. 80-82).

Esa acelerada transformación, de todas formas, debe ser analizada poniendo especial atención al proceso de diferenciación entre los distintos barrios de una ciudad que al tiempo que crecía se hacía cada vez más heterogénea. Un punto de quiebre en ese sentido fue constituido por la epidemia de fiebre amarilla de comienzos de la década de 1870, que tuvo un impacto devastador: en una ciudad que contaba entonces con 190.000 habitantes, la cifra de muertos superó los 13 mil, con un ritmo de fallecimientos que llegó a varios centenares por día en el momento más álgido.[1] La fiebre provocó un masivo éxodo de los sectores más ricos hacia el norte y las quintas de la periferia de la ciudad: la burguesía y una incipiente clase media se ubicaban en el flamante «Barrio Norte», la Recoleta e incluso Flores

1. *Censo Municipal* de 1887, pág. 50.

o Belgrano, donde surgían edificios lujosos que imitaban los que sus habitantes encontraban en sus viajes por Europa (Bertoncello 2010, págs. 102-104). Según el cronista Emilio Daireaux, las grandes residencias de esos barrios recordaban «los palacios de París, los chalets de Noruega, los alcázares moriscos, los palacios de Italia, los grandes castillos de Francia, y algunos, tal vez menos sólidos que magníficos, los castillos de España... Todo ese lujo no tiene ningún sello local» (Daireaux 1888, pág. 125).

Mientras tanto, una ciudad mucho más plebeya se extendía desde la plaza de Mayo hacia el sur, donde se concentraban la enorme mayoría de las industrias y talleres y donde se hacinaban los trabajadores en conventillos y casas de alquiler.[2] La concentración de las viviendas obreras en el sur de la zona céntrica de la ciudad y en los barrios de Barracas y La Boca debe ponerse en relación no solo con la ubicación geográfica de los principales centros de empleo de mano de obra, sino también con las características de un sistema de transporte que limitaba seriamente las posibilidades de acceder a zonas más alejadas. Tal como señala Scobie, al ubicarse cerca del centro, «los obreros estaban cerca de sus lugares de trabajo, sea en la construcción, en el acarreo, en la estiba, en los almacenes, en las calles y en los diques» (Scobie 1977, págs. 45-46).

Las necesidades de las nuevas industrias, que requerían de la energía hidráulica provista por los ríos y arroyos, consolidaron este proceso de diferenciación urbana, concentrando a fábricas y talleres en la zona aledaña al Riachuelo (Silvestri 2003). Los suburbios donde se concentraban estas fábricas eran zonas bajas y de bañados, que se inundaban periódicamente y convertían a los arrabales en zonas intransitables, donde florecían todo tipo de enfermedades. Mientras que en el Centro todas las calles estaban pavimentadas, en La Boca y Barracas estaban empedradas con bloques de granito. Casi toda la zona norte –Retiro, Barrio Norte, Palermo, Recoleta– estaba adoquinada o asfaltada, mientras que hacia el oeste, en dirección a plaza Flores, el pavimento solo cubría las calles por donde pasaba el tranvía. «En el resto del ejido urbano, en cambio, especialmente al sur y al oeste, se carecía de todo tipo de pavimento, con calles de tierra y sin veredas» (Rapoport y Seoane 2007, pág. 131). Una crónica publicada en el diario *El Tiempo* en enero de 1895 denunciaba la gravedad de la situación en el barrio de La Boca:

> «Las zanjas, focos y pantanos de la mayoría de las calles de La Boca, no se forman por el estancamiento de las aguas de lluvia,

2. Viñuales (1984, pág. 164), habla del «mito» creado «alrededor del barrio sud como zona maldita, de pestes, donde aún habrían quedado vestigios en los fondos de los patios o en los rincones de las piezas» y que llevaba a que «toda familia que tuvo facilidades pecuniarias para trasladarse al norte lo hiciera con toda premura».

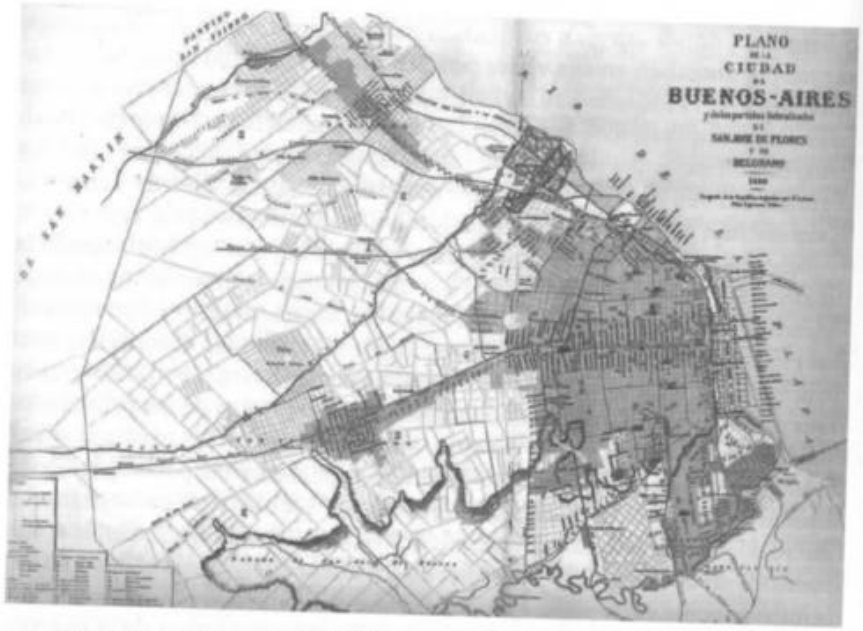


Figura 1.2 – Mapa: La ciudad de Buenos Aires hacia 1889 (Lattes 2010).

> no. Son el conjunto de barro blanco, materias fecales, orgánicas, aguas servidas, animales muertos, etc, y la explicación de su existencia es sencillísima. Por esas calles no pueden transitar carros y por consiguiente los habitantes se ven obligados a arrojar adonde pueden, las basuras y aguas servidas. Respecto a las materias fecales, como los pozos de letrina, no pueden tener mucha profundidad, pues ordinariamente las aguas se encuentran a 3,30 metros de la superficie, fácilmente se desbordan y corren sus materias a la calle, sobre todo cuando llueve, y de ahí el olor pestilente».[3]

En la zona sur de la ciudad, las enfermedades tenían consecuencias más graves y el número de víctimas fatales se elevaba. Según los análisis de un higienista de la época como Rawson (1885), la epidemia de viruela de 1883 había hecho estragos particularmente en las casas de inquilinato: el número de defunciones en las parroquias del norte, comparado con el de meses anteriores, había aumentado un 19 %, mientras que en las parroquias del sur el incremento había sido del 45 %.

3. «La Boca. Sus condiciones antihigiénicas. Un peligro constante para la salud pública», *El Tiempo*, 2 de enero de 1895.

Carlos D'Amico, destacado miembro de la oligarquía, publicó en el marco de la crisis de 1890, con seudónimo, un trabajo que sacó a relucir buena parte de las cuentas pendientes entre diferentes sectores de esa elite que atravesaba una profunda crisis; allí el intendente municipal Francisco Seeber escribía al asumir su cargo, en 1888, unas líneas que eran toda una confesión de las condiciones en que se vivía en la ciudad de Buenos Aires:

> «No creo obra fácil – decía, según D'Amico, el intendente – ordenar la marcha de una ciudad como Buenos Aires, totalmente mal empedrada, con tres mil cuadras sin afirmado alguno, con hospitales y lazaretos repletos, con pantanos inmundos en sus alrededores; con cincuenta mil habitantes en La Boca del Riachuelo, que viven en casas donde las materias fecales y las aguas servidas se estancan debajo de las casillas y flotan en los patios; con tres mil conventillos donde viven 150.000 habitantes, todos construidos en flagrantes oposición a las ordenanzas vigentes, donde la gente vive apiñada tradicionalmente, durmiendo diez personas en un solo cuarto, violando las reglas de la higiene y de la moral (...); con mercados y puestos de carne insuficientes y sucios, con mala, escasa y cara luz; con tráfico de vehículos desordenado; con empresas de tranvías mal servidas, y concesiones en todas las calles, y aún duplicadas en las más angostas; con ferrocarriles que cruzan a nivel las calles de más circulación, y que no han construido barreras siquiera; con teatros donde no se han cumplido las ordenanzas y peligra la vida de los espectadores; con montones de tierra del barrido en las calles, que no se remueven, y la quema de basuras inmediata a centros poblados; con un escaso servicio de barrenderos, de carros de limpieza, de barrido y de riego; con las obras de salubridad, cinco compañías de gas, y otras de luz eléctrica que remueven y descomponen diariamente los afirmados; con compañías de teléfonos, que cruzan con alambres y cables las calles y obstruyen las veredas con sus postes, y con perros sueltos que rabian y muerden a la gente, y a los que no se puede matar sin que todos se subleven!» (D'Amico 1952, págs. 152-153).

En suma, como sugería José Panettieri en su clásico y pionero trabajo sobre la situación de los trabajadores en este período, a fines del siglo XIX era posible distinguir «dos» ciudades que coexistían en esa gran urbe: junto al de la oligarquía «existía el "otro" Buenos Aires, el que yacía soterrado sobreviviendo en la indigencia, el de los nativos y extranjeros pobres» (Panettieri 1967, pág. 47). En la zona céntrica del trazado urbano porteño era

posible observar la coexistencia de ambas «ciudades». Como señala Scobie, «los distritos céntricos presentaban una mezcla de riqueza y pobreza, elegancia y suciedad, mansiones y conventillos, familias tradicionales y humildes inmigrantes recién desembarcados de algún transatlántico» (Scobie 1977, pág. 46). Pero a medida que uno se alejaba de la zona cercana a la plaza de Mayo, se ponía en evidencia la fuerte diferenciación social de una ciudad que ya entonces estaba marcada por el contraste entre la opulencia de los barrios del norte y la pobreza de los arrabales del sur. Dávila (1886) escribía que la zona norte se había convertido «en una nueva ciudad, recreativa, elegante y llena de lozanía en su centro y contornos; allí la edificación luce sus galas y primores en preciosas quintas y casas de caprichosa construcción, en calles amplias y perfectamente pavimentadas» (ibíd., pág. 44). Diez años más tarde, en 1896, uno de los dirigentes de las agrupaciones socialistas locales de lengua francesa, Hipólito Curet, captaba el mismo proceso de diferenciación social que podía observarse en la ciudad en un artículo publicado en *La Vanguardia*. Allí se ponía de relieve la penosa situación del obrero:

> «... (que) sale del taller, va a su casa, que está más o menos en las mismas condiciones que el taller, situada generalmente en la parte sudoeste del municipio, donde la mayor parte de las calles están sin empedrar, teniendo pozos llenos de aguas putrefactas, verdaderos focos de infección; llegan los fuertes calores, y las enfermedades infecciosas sientan sus reales cebándose en los habitantes de esos barrios, los que ni tienen los medios para darse los cuidados más indispensables (...). ¡Qué contraste ofrecen con los barrios donde habita la *creme* de los zánganos de la colmena social, donde todo es lujo y confort! Parecen dos ciudades distintas».[4]

(Mal) vivir en Buenos Aires: los conventillos y las viviendas obreras

En esa ciudad en acelerada transformación, donde se profundizaba la diferenciación social entre diferentes barrios y la precariedad de las condiciones de vida en aquellos donde se concentraba la mayor parte de la clase obrera, el enorme encarecimiento del suelo urbano como consecuencia del crecimiento demográfico y la especulación inmobiliaria habían hecho que para cualquier inmigrante comprar una vivienda fuese prácticamente imposible. La gravedad del problema fue advertida por los propios observadores de la época, de uno u otro origen social y alineamiento político. En el ya citado trabajo firmado con el seudónimo «Tex», que circuló durante la

4. «Los talleres antihigiénicos», *La Vanguardia*, año III, núm. 4, 25 de enero de 1896.

huelga de la primavera de 1896 y presumiblemente fue editado por dirigentes de la propia Unión Industrial Argentina, se ponía de manifiesto que el problema de la vivienda era uno de los principales causantes del malestar en las filas obreras:

> «Inquiérase de cualquiera de esos obreros en huelga lo que le cuesta el humilde techo que le abriga y se verá qué parte de su jornal le arrebata. Los alquileres aquí ejercen en la actual agitación obrera una acción muy importante, quizás más importante de la que nosotros mismos le atribuimos y que no es poca (...). Y es precisamente de esto, de la vida cara, de la mayor cantidad de dinero que hoy se requiere para satisfacer las necesidades más premiosas de la existencia, de donde arranca la razón fundamental de las huelgas» (Tex 1896).

Desde el otro extremo del espectro político, por supuesto, el problema era desarrollado en forma insistente: los periódicos obreros incluían sistemáticamente denuncias sobre la penosa situación que atravesaban los trabajadores para asegurarse un techo donde alojarse junto a sus familias. En las páginas de *La Vanguardia*, por ejemplo, podía leerse a mediados de 1894 en un artículo de Adrián Patroni que cuando culminaban las agotadoras jornadas laborales, el obrero...

> «... llega a su hogar, penetra en uno de esos depósitos de seres humanos, llamados conventillos. Allí que es su único asilo (pagando 15 o 20 pesos) tiene que vivir hacinado con sus hijos en una miserable covacha. No puede vivir en una *casa decente*, y mientras aquellos que han saqueado los bancos o viven explotando a todo el mundo, tienen 50 habitaciones para cinco o menos personas, el obrero no tiene el oxígeno necesario para respirar durante las horas de la noche (...). No puede criar a sus hijos con educación ni con moral: primero porque tiene que tener en una pieza, comedor, dormitorio, cocina, y... todo allí; y porque apenas saben leer y escribir, es necesario que ayuden al padre».

Patroni culminaba invitando «a esos señores que suponen que el obrero no tiene motivo para quejarse y que creen que puede convertirse en propietario» a que solamente por una semana «se convirtieran ellos con sus familias en obreros y luego verían que del dicho al hecho hay un gran trecho».[5] Observadores más «neutrales», como Juan Alsina, mostraban que aun a comienzos del siglo XX la situación seguía siendo muy grave:

5. «Enfermedad que debe combatirse» (Adrián Patroni), *La Vanguardia*, núm. 18, 4 de agosto de 1894.

> «... salvo pequeñas excepciones, domina en las ciudades y principalmente en Buenos Aires el conventillo, aglomeración de gentes de todas las naciones, que por su ignorancia y descuido personal, desobedecen las ordenanzas municipales, dictadas para salvar en mínima parte los inconvenientes de las viejas casas, que no son hechas a propósito para numerosos inquilinos. En tales habitaciones de reducida superficie y capacidad, se agrupan los obreros de varios oficios ínfimos (basureros, limpiadores de cloacas, peones, barrenderos, caballerizos, etc.) y algunos de las nacientes industrias manufactureras, que no han podido aún alquilar pieza en mejores casas u obtener beneficios que les permitan establecerse fuera de la Capital Federal y otras ciudades, o constituir barrios en torno de la usina o talleres» (Alsina 1905, pág. 221).

Hacia 1904 el 94 % de los conventillos se concentraba en los distritos de San Juan Evangelista-Boca, Balvanera Sud, Concepción, Montserrat, San Nicolás y Socorro. «En las nuevas secciones», informaban los redactores del Censo de 1895, «que son las que formaban los antiguos partidos de Flores y Belgrano, el censo actual no menciona la existencia de conventillos; no siendo esto extraño, porque los moradores de los conventillos son siempre jornaleros y operarios que, por razón de sus ocupaciones, no pueden alejarse del centro del municipio». En su trabajo de 1905, Juan Alsina incluía un relevamiento de precios de alojamientos para obreros, sobre la base de una encuesta girada a las municipalidades. Los precios más elevados se encontraban en los distritos de la zona norte de la ciudad, como La Piedad, San Miguel o La Concepción, mientras que los más bajos eran los de la zona centro-sud, donde se concentraba la población obrera: San Juan Evangelista (La Boca), San Cristóbal o Barracas. Si bien los precios variaban mucho, incluso en los mismos barrios, el relevamiento de Alsina ponía de manifiesto que en cualquier caso ocupaban una parte muy considerable de un ingreso obrero. En una época, la primera década del siglo XX, en que el jornal de un obrero calificado podía ascender a unos 5 pesos pero el de un jornalero o peón difícilmente superaba los 2 o 3 pesos –a razón de unas 20 jornadas trabajadas completas por mes, en promedio– el alquiler de una pieza en un conventillo oscilaba entre los 12 y 20 pesos mensuales. «Una casita completa para obrero», en los pocos barrios en que existían, ascendía a más de 40-60 pesos y se colocaba por fuera de las posibilidades de la mayor parte de los trabajadores (ibíd., pág. 227).

La grave situación de vivienda que relataban los observadores de principios de siglo se había gestado en las décadas anteriores. En 1881 ya había en la ciudad más de mil ochocientos conventillos, y en ese decenio la situación se agravó aún más. Según el Censo Municipal de 1887, había en la

ciudad un total de 2.835 conventillos, que reunían al 27 % de la población. Es interesante analizar los datos diferenciando los pobladores nativos y los extranjeros: a pesar de que argentinos y extranjeros se repartían casi por mitades en la población total de la ciudad, no sucedía lo mismo con los habitantes de los conventillos, dado que allí residían el 19,46 % de los argentinos y el 33,38 % de los extranjeros.

Los análisis contemporáneos eran concluyentes, por otra parte, a propósito de las lamentables condiciones habitacionales de estas viviendas. En un trabajo de 1883, Eduardo Wilde describía la habitación de un conventillo como un sitio que, además de dormitorio, era

> «... comedor, cocina y despensa, patio para que jueguen los niños y sitio donde se depositan los excrementos, a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia, si la hay; morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de combustibles; sitio donde arde de noche un candil, una vela o una lámpara; en fin, cada cuarto de estos es un pandemónium donde respiran, contra todas las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y del buen gusto y hasta contra las exigencias del organismo mismo, cuatro, cinco o más personas» (citado en Panettieri 1967, págs. 47-48).

La preocupación de destacados higienistas y de otros especialistas, que se expresaba en numerosas columnas editoriales de diarios como *La Prensa*, por las lamentables condiciones de higiene y salubridad de las viviendas obreras, contrastaba con la absoluta ausencia de cualquier avance concreto para remediar tal estado de cosas, en tanto eso hubiera implicado un cuestionamiento a intereses creados en la especulación hipotecaria de tierras urbanas. El hacinamiento de los trabajadores en viviendas con pésimas condiciones de infraestructura e higiene, en efecto, no constituía una mera imprevisión: la falta de habitación en la ciudad de Buenos Aires daba lugar a una enorme especulación que aprovechaban los propietarios de las antiguas casonas utilizadas como inquilinatos, subdivididas hasta extremos asombrosos con tal de obtener una mayor renta. El fenómeno era admitido en la época por los propios redactores del Censo Municipal de 1887, quienes reconocían que «la existencia de tan crecido número de conventillos, hasta en los parajes más centrales de la ciudad, tiene por razón de ser la gran renta que producen», que resultaba desproporcionada «con relación al poco valor de esas construcciones». En 1888, un observador de la ciudad como Emilio Daireaux advertía que el precio de los terrenos e inmuebles se había elevado con tal rapidez que se hacía difícil encontrar vivienda «sin pagar precios desproporcionados con los recursos ordinarios de la población» (Daireaux 1888, pág. 130). La consecuencia era el elocuente

fracaso de los publicitados proyectos de «casas para obreros», que habían sido planteados desde la década de 1870 por reconocidos higienistas como Guillermo Rawson o Eduardo Wilde.[6]

No solo en las fábricas, talleres y obras en construcción, sino también en estas viviendas precarias, donde la intimidad de cada grupo familiar era escasa y los espacios comunes abundantes, se procesaba la experiencia de los trabajadores del período. Scobie reconstruía la vida cotidiana: las jornadas solían comenzar muy temprano, a las 4.30 en verano y a las 6 en invierno, «cuando los hombres se marchaban sin hacer ruido y con frecuencia sin desayunar para no despertar a los niños en estas hacinadas viviendas». Más tarde, «comenzaba el ajetreo de las mujeres y los niños»: los mayores salían a recorrer las calles en busca de trabajo, mientras que los más pequeños asistían a los primeros grados de la escuela primaria. Las mujeres que trabajaban a domicilio, por su parte, ya habían comenzado sus tareas, cosiendo, armando cigarros, planchando o lavando. Los que habían salido «volvían del trabajo a las 6 o 6:30 y poco después cenaban, por lo general un guiso; a las 10:30 casi todo el mundo estaba en la cama». Esta rutina cotidiana solo se rompía en los días feriados, cuando «los acordeones, violines y guitarras tocaban danzas y canciones del Viejo Mundo, dando vida a estos ambientes grises» (Scobie 1977, págs. 192-193).

En no pocas ocasiones, además, los conventillos reunían a grupos familiares que compartían vínculos previos, como la pertenencia a una determinada región en Europa, ciertos lazos familiares o relaciones laborales. *La Prensa* en 1901 citaba a unos empleados de empresas de transporte:

> «Yo y cinco de mis compañeros, los amigos más íntimos que tengo, vivimos en la misma casa (conventillo) en dos piezas; nos ayudamos mutuamente en los gastos y compartimos la abundancia y las privaciones. Con tan escasa suma nos arreglamos como podemos durante los primeros días de la semana; los dos o tres que siguen al del pago semanal, comemos con relativa abundancia, es decir, dejamos la mesa satisfechos; pero luego, el viernes, sábado, domingo... hasta el lunes por la noche... le aseguro, señor, que sufrimos privaciones sin cuento» (González 1984, pág. 49).

El énfasis puesto en la gravedad de la situación de los conventillos no debe hacer perder de vista que todo un sector de la clase trabajadora vivía en otras viviendas, en condiciones muchas veces igualmente gravosas: Gutiérrez y Suriano (1992) destacaron que muchos trabajadores vivían en

6. Según Viñuales (1984, pág. 176), al finalizar la década de 1880 las casas construidas por la municipalidad solo tenían capacidad para albergar a unos dos centenares de personas.

pensiones, fondas, cuartos de hotel, pequeños departamentos o casas que eran compartidas entre varias familias. Según Scobie, «el 60 % o 70 % de la población que no vivía en conventillos o en unidades individuales de familia –en el centro tales unidades estaban generalmente reservadas para las clases altas– ocupaban casas de pensión, departamentos pequeños, o estrechas casas de dos pisos que albergaban a dos o más familias», aunque «la vida en esas casas difería poco de la del conventillo en cuanto al tamaño de las habitaciones, las condiciones de hacinamiento y los servicios» (Scobie 1977, págs. 187-188). Contamos con mucha menos información sobre este tipo de viviendas, dado que tanto los censos como los informes de los higienistas concentraban la atención en la situación de los conventillos. Tampoco hay que dejar de lado que los miles de trabajadores «domésticos» y empleados de comercio que existían en la Buenos Aires del período solían vivir en sus propios lugares de trabajo, en condiciones absolutamente precarias.

Los trabajadores en Buenos Aires a fines de la década de 1880

Las características fundamentales del mercado de trabajo

Según el Censo Municipal de 1887, había en la ciudad de Buenos Aires 6.128 «establecimientos industriales» que empleaban un total de 42.321 personas, de las cuales 7.339 eran contabilizadas como «propietarios» y las 34.982 restantes como «dependientes». El Censo Nacional realizado en 1895, por su parte, registraba para la ciudad de Buenos Aires un total de 8.439 «casas de industria» que empleaban a un total de 70.469 personas. Ambos censos, de todas formas, proveían al mismo tiempo de información sobre la diferenciación de los habitantes según sus «profesiones»: si el personal empleado en las «industrias» apenas superaba en 1887 las cuarenta mil personas, los habitantes que «ejercían alguna profesión, arte u oficio» alcanzaban según el mismo censo un total de 203.272. El Censo de 1895, por su parte, proporcionaba información mucho más detallada sobre profesiones diversas, desde «rentistas» y «militares» hasta diversas ocupaciones industriales y «personal de fatiga sin empleo fijo», sumando un total de más de 450 mil personas. Una mirada de conjunto sobre ambos censos, trabajando sobre las clasificaciones que resultan comparables en los dos relevamientos, permite trazar un primer cuadro del mercado de trabajo de la ciudad de Buenos Aires en el período que es objeto de nuestro estudio, que se muestra en el cuadro 1.5.

Estas cifras permiten obtener una apreciación general sobre cuáles eran las principales ocupaciones de los trabajadores urbanos de Buenos Aires y cuáles las principales ramas empleadoras de mano de obra pero confunden, de todas formas, a pequeños talleres con establecimientos mucho más

amplios y a aquellos trabajadores que desempeñaban su labor en forma autónoma o independiente con los que se empleaban por un salario. El análisis de las fuentes censales requiere ser tomado con suma cautela, dado que las diferentes categorizaciones utilizadas por distintos relevamientos –e incluso en distintas áreas de un mismo censo– eran por lo general difíciles de comparar entre sí. La principal dificultad que se hace evidente es que la mayor parte de los relevamientos contemporáneos realizaban dos tipos de clasificaciones del personal empleado: en unos casos agrupando según la «industria» y en otros según las «profesiones». En el primer caso incorporaban, en el cómputo de los trabajadores adscriptos a las diferentes ocupaciones, a los numerosos jornaleros o peones ocasionales de cada industria, mientras que en el segundo registraban a estos por separado, incluyendo además a los numerosos trabajadores que desempeñaban el oficio en forma autónoma.[7] En un período donde, como veremos, muchas ramas contaban con numerosas estratificaciones internas entre trabajadores de distintos oficios, la utilización de uno u otro criterio puede dar lugar a serias divergencias a la hora de intentar establecer la cantidad de trabajadores ocupados en determinada industria u rama de la producción. Un problema similar surge respecto al trabajo femenino e infantil, que algunas clasificaciones censales agrupaban por separado y otras incluían entre los trabajadores de las distintas ramas, y especialmente en lo que se refiere al trabajo a domicilio, que alcanzaba proporciones numéricas muy notables y solía quedar «invisibilizado» en las estadísticas censales.

Saltan a la vista, por otra parte, las cifras acerca de los casi treinta mil trabajadores categorizados como «jornaleros» y la más elevada que se mencionaba como «sin profesión»: casi cien mil en 1887 y 150 mil en el censo realizado ocho años más tarde. Más allá de las dificultades metodológicas con el manejo de las fuentes censales, incluso esta primera mirada a los datos provistos por los censos de 1887 y 1895 permite advertir una de las características fundamentales del mercado de trabajo de la ciudad de Buenos Aires hacia fines del siglo XIX: que casi la mitad de los habitantes no podían ser clasificados con una profesión fija. Estas características del mercado de trabajo fueron tempranamente advertidas por los observadores de la época. En un análisis de comienzos de siglo se apuntaba, en efecto, que

> «... los operarios verdaderos, hábiles en las artes y oficios que llegan del exterior, son muy contados, y el personal de las manufacturas, fábricas y algunos talleres se forma con gente jornalera, sin oficio determinado, sin educación especial, a la que se adiestra en el manejo de la maquinaria en breve tiempo, siendo muchas veces personal mudable, al que se puede someter al salario mínimo, y que se traslada de un oficio a otro, o abandona el que ha tomado por casualidad, para salir en los meses de septiembre a junio, a ocuparse de la esquila, siega y trilla de cereales y recolección del maíz» (Alsina 1905, págs. 42-43).

7. Como ha mostrado Sábato (1985), los trabajadores «autónomos» conservaban un lugar importante en la economía. Esta autora ha calculado que para fines de la década de 1880, este sector todavía constituía una tercera parte del mercado de trabajo de la ciudad, si bien en una relación de subordinación y creciente dependencia con el sector capitalista.

	1887	1895		1887	1895
Profesiones liberales	5.184		Panaderos	2.056	3.374
Personal sanitario	1.005	1.915	Cigarreros	1.787	2.203
Militares y clero	11.949	14.125	Tipógrafos	1.211	1.548
Comercio en general	32.909	56.845	Talabarteros	1.122	1.294
Agricultura y ganadería	3.005	6.545	Peluqueros	1.098	1.663
Costureras	12.270	13.250	Otros	10.914	
Albañiles	10.410	11.304	Domésticos	29.870	21.571
Carpinteros	10.074	9.444	Jornaleros	27.284	28.463
Cocineros		9.553	Carreros	4.621	5.530
Zapateros	7.354	10.418	Lavanderas	4.536	4.295
Marinos	4.366	8.540	Planchadoras	4.515	6.247
Herreros	3.716	4.195	Cocheros	2.656	4.905
Sastres	3.687	4.626	Lustradores	116	
Pintores	3.123	4.286	Sin profesión	96.568	149.908
Modistas	2.434	4.991			

Cuadro 1.5 – División de la población según sus profesiones en Buenos Aires. Fuente: Censo Municipal de 1887 y Censo Nacional de 1895.

Algunos años antes, en una introducción a un extenso análisis de la situación de «las clases obreras en Buenos Aires», que publicó a comienzos del siglo el diario *La Prensa* a lo largo de varios números, se registraba en el mismo sentido, como elemento característico del mercado de trabajo porteño, la división entre «aquellos individuos [que] dedican sus fuerzas a oficios que han requerido largo y costoso aprendizaje» y «el numeroso

grupo de trabajadores que llegan al país, sin más elementos que su buena voluntad y el deseo vehemente de dar todo lo que pueden y todo lo que valen a cambio de un modesto salario» (González 1984, págs. 17-18).

Para caracterizar el fenómeno es preciso tener en cuenta que el desarrollo de las industrias y servicios de la ciudad tuvo lugar en forma subsidiaria del sector agroexportador que representaba el núcleo fundamental de la estructura económica del país. La alta significación del personal temporario o sin profesión fija revelaba la importancia, en el mercado de trabajo de entonces, de la mano de obra empleada en las tareas agropecuarias, que residía solo temporariamente en la ciudad y buscaba trabajo en la campaña en las épocas de cosecha. La conformación de un mercado de trabajo que pudiera atender a las necesidades de este proceso de estructuración capitalista estuvo basado en dos mecanismos fundamentales: por un lado la incorporación de la población rural local a un mercado de mano de obra de características capitalistas, a través de recursos coercitivos que limitaran sus posibilidades de autosubsistencia. Por el otro, la masiva llegada de población a través de la inmigración de ultramar. El bajo nivel de calificación era una característica fundamental de esta mano de obra y daba lugar a un mercado de trabajo cuya característica esencial era el desplazamiento constante de trabajadores entre ocupaciones urbanas y rurales (Sábato 1985). Tal como ha planteado Andreassi Cieri (1997), en este contexto el mercado de trabajo urbano «se adaptó al tipo de mano de obra que afluía atraída predominantemente por la posibilidad del acceso a la propiedad de la tierra y que requería esa actividad agrícola» y estuvo marcado por las necesidades de la producción agropecuaria orientada a la exportación: de ahí que su principal característica fuera el peso decisivo de la estacionalidad, la rotación entre distintos sectores y el predominio de una mano de obra con baja calificación. Coincidimos con la caracterización de este autor cuando señala que el

> «... desarrollo desigual y combinado del sector industrial no era más que el producto de la particular adaptación de todos los factores económicos a la actividad del núcleo agroexportador, que exigía al factor trabajo capacidad de desplazamiento entre actividades diversas, lo que imponía la baja calificación y la escasa utilización de tecnología a nivel industrial» (ibíd., págs. 61-62).

Jeremy Adelman ha planteado que, en este contexto, no es posible encontrar en nuestro país «la imagen de la frontera como una válvula de seguridad para los trabajadores urbanos», planteada en la historiografía estadounidense. En realidad, «ocurría lo contrario: peones desempleados que abandonaban el sector rural e iban a la ciudad al término de la cosecha, saturando el mercado de trabajo» (Adelman 1992, pág. 107).[8] La estacionalidad característica de la producción primaria extendía sus efectos a otras actividades conexas, como el transporte de esos productos, la comercialización y la estiba o las grandes obras públicas, y a través de ellos impactaba sobre el conjunto de la economía. Como veremos más adelante en esta sección, la industria de la construcción, las tareas de carga y descarga en el puerto o en las barracas y depósitos del sur de la ciudad eran algunos de los principales núcleos de utilización sistemática de trabajadores ocasionales y estacionales. Pero incluso esa delimitación podía hacerse brumosa, en tanto incluso los trabajadores más calificados podían tomar parte ocasionalmente en otras tareas, tanto en momentos de crisis y desocupación como en el marco de largos conflictos huelguísticos o en coyunturas de crisis económica.

La estacionalidad y la inestabilidad como rasgos fundamentales del mercado de trabajo eran advertidas y denunciadas por los trabajadores de la época. En efecto, con la excepción de algunos pocos oficios como los tipógrafos, los maquinistas ferroviarios o algunos oficiales mecánicos muy calificados, que podían tener un trabajo estable durante los doce meses del año, para la gran mayoría de los trabajadores de la ciudad la inestabilidad en el empleo –que podía obligarlos a cambiar de oficio o incluso a trasladarse a las zonas rurales– era una constante. Este conjunto de características del mercado de trabajo hacen difícil trazar conclusiones generales a partir de los datos censales agregados: se impone la necesidad, por lo tanto, de hacer –como varios cronistas de la época– un recorrido por los diferentes núcleos empleadores de mano de obra para poder elaborar una caracterización más completa sobre los rasgos fundamentales del mercado laboral del período.

8. Es habitual en la historiografía señalar el hecho de que, así como la producción agropecuaria tenía un peso decisivo en la economía del período pero los trabajadores rurales no jugaron un papel destacado en los primeros años de desarrollo del movimiento obrero local, algo similar ocurre con los varios miles de trabajadores que se desempeñaban en los frigoríficos y otros núcleos vinculados a la exportación de carne, ubicados por lo general en las afueras de la ciudad y de los cuales no tenemos registros de agitación obrera en el período estudiado en este libro. Se han elaborado al respecto distintos tipos de explicaciones: mientras Gino Germani postuló una interpretación que centraba su pasividad en el hecho de que se trataba de trabajadores de origen mayoritariamente argentino, lo cual los habría desvinculado de un movimiento obrero más ligado a los militantes extranjeros, otros autores como Solomonoff han planteado lecturas más complejas, que ponen en primer lugar el impacto de la fuerte «violencia represiva» que sufrían por parte de unas patronales de capital muy concentrado, que incluía incluso la actividad de «grupos armados privados» (Solomonoff 1971, págs. 55-57).

Fábricas y talleres en una ciudad que se transforma

Es cierto que en las décadas de 1850 y 1860, cuando la expansión del lanar daba inicio a un período de crecimiento de las exportaciones pecuarias que sería la principal fuerza impulsora del proceso de la «organización nacional», habían comenzado a surgir en la ciudad de Buenos Aires algunos establecimientos que buscaban satisfacer la demanda de productos manufacturados. Todavía se trataba, sin embargo, de talleres de escala muy modesta, con escasa inversión inicial de capital. Hacia la década de 1880 la transformación paulatina de las incipientes industrias porteñas se hizo más rápida. En el contexto del desarrollo de las exportaciones y de un creciente flujo de inversiones externas, la ciudad de Buenos Aires conoció un acelerado proceso de cambios y crecimiento que dio lugar a un marcado aumento de los establecimientos que empleaban trabajadores asalariados y se orientaban fundamentalmente a proveer de algunos productos de consumo al creciente mercado urbano. Tal como señala Jeremy Adelman, el desarrollo industrial era heterogéneo, tanto en cuanto a los medios de producción, como en lo que refiere a los mercados de destino de las mercancías:

> «El desarrollo industrial era desigual en la medida en que pequeñas unidades de producción se expandían a la par de modernas fábricas, y combinado en la medida en que las pequeñas unidades de producción era funcionales a las modernas fábricas, tanto como fuentes de reserva de mano de obra en caso de escasez de fuerza de trabajo, como en cuanto repositorios temporales en caso de creciente desempleo en los sectores líderes de la economía. El avance del capitalismo en Argentina no dio lugar a un proceso lineal de grandes fábricas que dominan y reemplazan a la producción artesanal. Tampoco desaparecieron los artesanos y trabajadores autónomos frente a un proletariado urbano en ascenso» (Adelman 1992, pág. 9).

Así es que, hacia fines de la década de 1880, en una Buenos Aires que no podía considerarse una metrópoli industrial como las que existían en Europa, ya existía de todas formas un amplio sector de trabajadores que vivía en fábricas y talleres la experiencia del moderno proletario fabril, característica del sistema capitalista. Si bien representaban todavía un sector minoritario en la economía de la época, existían para esa fecha más de una decena de establecimientos que nucleaban a centenares de trabajadores y donde despuntaban procesos de trabajo con elementos característicos de la gran industria capitalista moderna (véase cuadro 1.6).

Nombre	Industria	Obreros
J. Serret (1889)	Fábrica de bolsas	700
Cayetano Dellacha	Fábrica de sombreros	550
Fábrica Argentina	Alpargatas	530
La Proveedora de M. Durán	Cigarrillos	434
Sánchez Hnos.	Calzado	400
Spinetto Hnos.	Aserradero	315
Talleres del Lloyd Arg.	Reparaciones navales	300
Compañía Gral. Fósf. (1889)	Fábrica de fósforos	270
Casa Amarilla	Metalúrgica	250
Bieckert	Cervecería	230
C. Gómez	Talabartería	230
G. Gurri	Calzado	200
Cranwell y Cía	Fábrica de pomos	180
G. Irastorza	Fábrica de camisas	180
J. M. Scott y Cía	Jabones y derivados	150
Salinas	Fábrica de bolsas	150
G. Storn	Carpintería mecánica	130
Polero Hnos.	Molino harinero	130
Noel	Dulces	130
Bolondo, Lavigne y Cía	Fábrica de fósforos	120
Ansaldo Hnos.	Talabartería	120
A. Zanotti	Carpintería aserradero	120
Silvestre Zamboni	Fundición y herrería mecánica	120
R. Ayerza y Cia	Cerámicos	115
C. Sackmann	Carpintería mecánica	100
A. Prat	Fábrica de paños	150-200

Cuadro 1.6 – Establecimientos fabriles en Buenos Aires con más de 100 obreros. Datos aproximados (*circa* 1886-1887). Fuente: Chueco (1886/1896), Dorfman (1986) y Rocchi (2006).

Las crónicas contemporáneas denunciaban las malas condiciones que debían sufrir los operarios de estos establecimientos. En *La Prensa* de noviembre de 1892 podía leerse que

> «En Buenos Aires se levantan fábricas y talleres, sin más formalidad que la intervención del ingeniero municipal, encargado de garantir la solidez de los muros y la estabilidad de los edificios; pero una vez levantada la fábrica y con la garantía de que no se caerá al suelo, los patrones mandan a sus obreros a sótanos o habitaciones sin ventilación, que son al propio tiempo que talleres depósitos de drogas y otras materias de aplicación industrial, cuyas emanaciones constituyen un verdadero peligro para la salud. Las más elementales nociones de higiene no son siempre tenidas en cuenta por la mayoría de los que están al frente de nuestras industrias. Prescindiendo de los locales húmedos, sin luz y mal ventilados, los encargados de dirigir las manipulaciones de ciertas fábricas que utilizan materias peligrosas, en la mayoría de los casos no indican a sus obreros las precauciones que la práctica sugiere para librarlos de una lenta intoxicación».[9]

Las ramas donde estaba más desarrollada la experiencia del trabajo fabril eran las industrias de bolsas, sombreros, cigarrillos y fósforos, con talleres que nucleaban a centenares de operarios con escasa calificación y gran proporción de mujeres. En muchos casos estas industrias combinaban estos avances en la tecnificación con la utilización intensiva de trabajo manual. Uno de los ejemplos más característicos es la industria del tabaco. Según Fernando Rocchi, en la década de 1880 la industria conoció una importante transformación con la generalización de los cigarrillos, un artículo barato y popular que provocó modificaciones en el proceso productivo. Surgieron así grandes fábricas que concentraban a centenares de obreras: una máquina estadounidense llamada Bonsack fue implementada por primera vez en 1889 por la «Fábrica Nacional de Tabacos», lo cual permitió una reducción de costos a través de la utilización de trabajadores menos calificados que simplemente empaquetaban el producto que salía de las máquinas (Rocchi 2006, pág. 31). Una investigación realizada en 1892 confirmaba el desarrollo de grandes fábricas en la rama: si bien aclaraba que

9. «Por los obreros. La higiene en los talleres», *La Prensa*, 23 de noviembre de 1892. En las páginas de la prensa obrera las críticas no eran menores: según *La Vanguardia*, por ejemplo, «las habitaciones de los animales de los burgueses reúnen mejores condiciones higiénicas que los talleres en que trabajamos». «Los talleres antihigiénicos», *La Vanguardia*, año III, núm. 4, 25 de enero de 1896.

todavía coexistían con pequeños talleres, donde «apenas se hacen 1.000 ataditos de cigarrillos», destacaba la presencia de

> «... espléndidos establecimientos dotados de la más perfecta maquinaria que se conoce en la fabricación del cigarrillo de papel, en cuya forma se emplea más del 40 % del tabaco consumido (...) notables fábricas que cuentan con centenares de obreros y abundante maquinaria» (Helguera 1893, págs. 113-114).

Aunque los censos de 1887 y de 1895 cifraban el total de «cigarreros» de la ciudad en 1.787 y 2.203, respectivamente, el informe elaborado por Helguera en 1892 estimaba el personal empleado en la industria en «alrededor de 6.000 personas, entre las que se cuentan niños de ambos sexos hasta 8 y 9 años de edad», que posiblemente estaban invisibilizados en los registros censales. Algunos años más tarde, Juan Alsina confirmaba el peso de los operarios de escasa calificación, que en los censos podían aparecer bajo otra categoría, cuando señalaba que en la industria del tabaco «abunda el peonaje ambulante que se ocupa en este gremio como en cualquier otro» (Alsina 1905, pág. 47).

Otros casos típicos de la experiencia del operario fabril en grandes establecimientos manufactureros eran el de la industria del fósforo – particularmente en torno a la Compañía General de Fósforos, resultado de la unión en 1889 de las tres principales empresas de la rama – y el de la Fábrica Argentina de Alpargatas, que había logrado un peso decisivo en la rama como resultado de una fusión, en 1885, entre un empresario argentino y una firma escocesa que desarrolló la técnica para ensamblar este tipo de calzado. La empresa logró un tercio del mercado argentino de alpargatas y también producía una lona para proteger a las cosechas de la lluvia y la humedad camino al puerto. Según Alsina, el establecimiento empleaba a más de medio millar de trabajadores, «hombres, mujeres y muchachos, aunque no supieran nada del oficio», que trabajaban más de diez horas por día.

Junto a estas grandes fábricas que concentraban centenares de trabajadores, habían surgido también una cantidad de establecimientos de menor tamaño que contaban no obstante con un importante desarrollo técnico y empleaban a decenas de obreros. Uno de los núcleos de este desarrollo giraba en torno a la industria de la alimentación, donde habían surgido desde muy temprano emprendimientos que producían diversas clases de confituras y dulces. Si el de los panaderos era un gremio donde, por las características del tipo de producción, aun predominaba la pequeña producción y los más de tres mil trabajadores que mencionaban los censos se encontraban desperdigados en una multitud de establecimientos,[10] en la

10. El Censo de 1887 mencionaba la existencia de 2.056 panaderos repartidos en 243 establecimientos, y el de 1895 daba cuenta de 3.374 trabajadores divididos en

elaboración de otros productos, y debido a una combinación de circunstancias –tarifas proteccionistas, aumento de la demanda– se había comenzado a desarrollar una producción en mayor escala de tipo industrial. Noel, que se desarrolló a partir de la producción de dulce de membrillo, o Bagley, que pasó de la Hesperidina a la producción de galletitas, son dos de los ejemplos más importantes de la rama. También conoció un gran desarrollo la industria cervecera, tanto con la fábrica fundada por el francés Emile Bieckert como por la instalada en Quilmes en 1890. Otro ejemplo era la producción de fideos, una rama que creció impulsada por la fuerte demanda generada por la inmigración italiana, donde coexistían algunas grandes fábricas con una multitud de talleres pequeños. Aunque según los censos se trataba de una rama que empleaba a no más de un millar de trabajadores, tendría un papel importante en los orígenes del movimiento obrero local, dado que durante la década de 1890 se desarrollarían en ella destacados conflictos huelguísticos. Rocchi (2006) ha mostrado cómo el desarrollo de estas industrias vinculadas a la alimentación impulsó también otras industrias complementarias. La industria de la cerveza, por ejemplo, facilitó el desarrollo de la industria del vidrio, cuyo principal establecimiento era el de Rigolleau. Algo similar sucedía con la industria de fósforos y su impulso a la producción de papel y cajas, o la industria de alimentos y la producción de recipientes metálicos.

Otro núcleo importante de la incipiente estructura fabril de la ciudad estaba compuesto por los establecimientos metalúrgicos en sus diversas variantes. A fines del siglo XIX se trataba de una industria que estaba en pleno proceso de transformación y donde aún coexistían las viejas herrerías, hojalaterías y pequeños talleres semiartesanales con algunos establecimientos de mayor envergadura que concentraban a centenares de obreros, como «Casa Amarilla» de Schwartz, en el barrio de La Boca, el establecimiento de Silvestre Zamboni, en el centro, o la fábrica de Ottonello y Huergo que a comienzos del siglo XX se fusionaría con Rezzonico para formar TAMET (véase Chueco 1886/1896). Estos grandes establecimientos metalúrgicos fabricaban y reparaban calderas, instrumentos para la construcción, repuestos para la industria ferroviaria, maquinaria industrial y agrícola. En las últimas décadas del siglo XIX ya comenzaba a observarse una división del trabajo de tipo manufacturero: la antigua labor del herrero se dividía ahora en diferentes oficios, como el de fundidor, fraguador, forjador, modelista, herrero de obra, calderero, ajustador o tornero.

494 casas, lo cual da un promedio en torno a los 7 u 8 trabajadores por panadería, que parece consistente con la información sobre establecimientos particulares que se encuentra en las fuentes utilizadas para analizar los conflictos llevados adelante por este gremio. Para un análisis extenso del papel de la sociedad de resistencia de panaderos, véase el sexto capítulo.

Por lo general los establecimientos donde ya se ponía de manifiesto esta diferenciación eran los más importantes y desarrollados de la rama, que eran incluidos en los censos bajo rubros como «Fundiciones, talleres mecánicos y de fabricación de maquinaria», mientras que aquellos con menor cantidad de trabajadores y maquinaria seguían siendo mencionados como simples «herrerías». En muchos casos se trataba de establecimientos muy vinculados a las oscilaciones de la industria de la construcción, y un número importante de sus empleados –particularmente en el caso de las herrerías– trabajaba en las propias obras que existían en la ciudad. En los talleres convivían trabajadores calificados que manejaban los oficios metalúrgicos con peones y jornaleros sin calificación: casi todos ellos serían protagonistas de algunos de los principales conflictos huelguísticos que analizamos en este libro.

En estrecha relación con estos establecimientos deben señalarse dos sectores productivos donde se experimentaba también el desarrollo de la manufactura moderna y que serían núcleos destacados de la agitación obrera. Por una parte los talleres de construcción de carros y carruajes, una rama que había conocido importantes adelantos en los años precedentes, cuando las dificultades económicas limitaron la importación y dieron lugar a un cierto desarrollo de la producción local. Se trataba de establecimientos que nucleaban a trabajadores de diferentes oficios, en un período en el cual la producción no había alcanzado aún el nivel de la gran industria y se basaba en el trabajo de carpinteros, herreros, fraguadores y pintores. A pesar de pertenecer a diferentes oficios, los trabajadores de estos establecimientos habían desarrollado algunos vínculos organizativos comunes. Algo similar ocurría con los grandes talleres de las empresas ferroviarias, que nucleaban desde trabajadores calificados como torneros, fundidores y fraguadores hasta jornaleros sin calificación, además de pintores, trabajadores en madera y otros oficiales de diferentes profesiones. Según las crónicas periodísticas publicadas en ocasión de las huelgas en estos talleres, en los del ferrocarril del Sud trabajaban unos mil quinientos obreros y unos seiscientos en los de Tolosa, cerca de La Plata, pertenecientes al ferrocarril del Oeste.

Un caso especial estaba dado por la industria gráfica, que estaba a punto de atravesar un período de transición con la introducción de nuevas máquinas –como la linotipo, en 1901– que impulsarían el desarrollo tecnológico de los talleres y promoverían una centralización y concentración de capitales pero que a fines del siglo XIX todavía mostraba una importante presencia de pequeños talleres (Bil 2007). La industria reunía a unos cinco mil trabajadores de diferentes oficios: si los más especializados –y particularmente los empleados en los talleres de diarios– eran de los pocos trabajadores de la ciudad que podían contar con un trabajo estable durante

los doce meses del año, muchos otros debían enfrentar dificultades estacionales, además de la competencia de los productos gráficos importados y de los elaborados en los talleres de la Penitenciaría Nacional. En los grandes talleres era abundante el empleo de mano de obra femenina e infantil para las tareas menos calificadas, con un salario sensiblemente inferior al de los hombres.

En todos estos talleres y fábricas que comenzaban a poblar la ciudad, los trabajadores debían enfrentarse a estrictas reglamentaciones y controles impuestos por la patronal. Tal como ha señalado Andreassi, se trataba de sistemas reglamentarios que buscaban ejercer «un control "externo" y disuasorio sobre la potencial resistencia obrera, pero no sobre secuencias de tareas que seguían dependiendo de la peculiar destreza y formación de cada trabajador» (Andreassi Cieri 1997, pág. 85). El objetivo era regimentar el cumplimiento estricto de la jornada laboral y de la conducta general de los obreros y obreras al interior de los establecimientos durante el transcurso de esa jornada.

El trabajo a domicilio, la confección y el calzado. Las obreras «invisibles»

Si en un conjunto de industrias ya predominaba, hacia fines del siglo XIX, la concentración de los trabajadores en algunas grandes fábricas y talleres, en otras ramas que nucleaban a un amplio sector de la población obrera de la ciudad era muy importante el trabajo a domicilio. Si bien estaba presente en muchos sectores de la producción, se trataba de un recurso particularmente importante en las ramas del vestido y de la industria del calzado, que empleaban en conjunto a decenas de miles de trabajadores, en gran proporción de sexo femenino. Las dificultades metodológicas para trabajar con fuentes estadísticas y análisis de casos cuyas clasificaciones no son coincidentes, a las cuales hicimos referencia antes, se acrecientan en el caso de las ramas con gran desarrollo del trabajo a domicilio, dado que este se prestaba particularmente a quedar «invisibilizado» en muchos de los relevamientos, y ello sin mencionar que en no pocas ocasiones el trabajo a domicilio de uno de los miembros del grupo familiar implicaba también la participación de otros integrantes de su familia, en general menores.

La industria del vestido conoció un rápido desarrollo en las últimas dos décadas del siglo XIX, con un importante incremento en el personal empleado. Las cifras son, como en otros casos, dispares: en su investigación realizada en 1892 Dimas Helguera mencionaba que la «confección» empleaba a unas 25.000 trabajadoras de todas las edades, mientras que Adrián Patroni, basándose en información provista por la sociedad de resistencia de sastres, daba en 1897 la cifra de 13.000 obreros, que se dividían en unos novecientos «cortadores y preparadores», más de cuatro mil oficiales y unas siete mil «pantaloneras, chalequeras y costureras». Según Pascucci (2007), es posible realizar una primera distinción entre los trabajadores encargados de las tareas de corte y preparación de las telas y aquellos que se ocupaban propiamente de la confección. Por lo general la primera de las tareas, que empleaba a una cantidad mucho más reducida de trabajadores, era la que se realizaba al interior de los talleres, mientras que la confección se derivaba a las obreras domiciliarias, quienes desde sus casas se encargaban de la costura de las prendas trabajando a destajo.

Helguera ponía de relieve la importancia de la industria del vestido y la confección como empleadora de mano de obra y subrayaba asimismo las gravosas condiciones de explotación a las cuales se veían sometidas miles de trabajadoras:

> «De todas las industrias, artes y oficios, la confección de ropa hecha es la que en esta ciudad da ocupación a mayor número de brazos, aunque es también la peor retribuida a causa de que a ella acuden todas las familias que necesitan trabajar y que por cierta condición social, por educación y otras mil causas bien conocidas, se resisten a ejercer otros trabajos en los numerosos talleres y fábricas que demandan su contingente y en las que hallarían mejor retribución que en la costura de ropa de fábrica» (Helguera 1893, pág. 191).

En 1895, un manifiesto editado por obreras costureras denunciaba que las jornadas de trabajo se extendían hasta doce horas diarias y que las trabajadoras debían «costearse las máquinas de coser, los gastos de entretenimiento y conservación, el valor del hilo y el gasto del *tramway* para entregar el trabajo», lo cual hacía que tras una agotadora jornada no se quedaran sino con un ingreso de unos treinta centavos.[11] De conjunto, la del vestido era una rama con un predominio mayoritario de trabajadoras mujeres, con la excepción del sector dedicado a la fabricación de sombreros y de las sastrerías, que mostraban mayor proporción de trabajadores varones. Era masiva, asimismo, la presencia de mano de obra infantil, muchas veces subrepresentada en las fuentes dado que era común que los patrones escondieran dicha información a los censistas o que estos ni siquiera la registraran en una categoría distinta. Las denuncias de los periódicos obreros ponían de relieve que

> «... en las trastiendas de las modistas, cuántas niñas pálidas, flacas, anémicas, de 6, 8 y 12 años, ocupadas en trabajos delicados de aguja, para lo cual se prestan tan maravillosamente

11. «Manifiesto de las obreras costureras», *La Prensa*, 25 de enero de 1895.

> los deditos finos y flexibles. Allí están toda la vida, durante 12 y aun 16 horas del día; día tras día, semana tras semana, año tras año, haciendo el mismo trabajo, mecánicamente, estúpidamente».[12]

Algo similar sucedía en la industria del calzado: según Kabat (2005), hacia fines del siglo ya era posible advertir el desarrollo de una división del trabajo en el antiguo oficio que había dado lugar a tres ocupaciones distintas: cortadores, aparadores y zapateros. Tal como sucedía en la industria de la confección, solamente una de estas tareas –el corte– se realizaba en los talleres, mientras que las restantes se desarrollaban a domicilio, en muchos casos bajo un régimen de subcontratación que «invisibilizaba» a las aparadoras que trabajaban a domicilio.

De acuerdo con Nari (2004), hacia fines de la primera década del siglo XX, por cada persona empleada en los talleres de confección de ropa, otras nueve trabajaban a domicilio. En la industria del calzado, en tanto, un tercio de los trabajadores/as eran domiciliarios. Como ha señalado esta autora, es importante resaltar el lugar fundamental que ocupaba el trabajo femenino en el mercado laboral de la época, evitando una «invisibilización» a la que muchas veces se prestan las fuentes y muchos observadores de la clase dominante de la época. En su tesis doctoral sobre «La miseria en la República Argentina», rechazada por las autoridades de la Facultad de Derecho en los primeros años del siglo XX, Alfredo Palacios sostenía que la mayor parte de las mujeres trabajadoras no habían sido registradas en el Censo Nacional de 1895. Una década antes el problema era advertido por un cronista como Francisco Dávila, que señalaba en 1886 que

> «... la mujer en Buenos Aires, como queda dicho, es hoy tan trabajadora como el hombre, si bien por la condición de su sexo no luce y rinde tanto su trabajo. Sus fuerzas se ven explotadas por los comerciantes que con ellas lucran o mantienen seria competencia con sus émulos, mermando así la retribución que percibir debieran esas resignadas obreras. La labor que tantas dificultades presenta por su preparación y esmero, apenas les produce una tercera parte de lo razonable. Muchas infelices, a pesar de contar con buenas manos y pasarse horas y horas en incesante movimiento de la máquina y la tijera, apenas ganan para poder pagar la casa. En esto la mujer se encuentra en condiciones muy desfavorables respecto al hombre, con todo de ser su trabajo relativamente tan importante y siempre el más penoso» (Dávila 1886, pág. 154).

12. *El Obrero*, 21 de febrero de 1891, citado en Mafud (1976, pág. 146).

En suma, las mujeres no solo desarrollaban en sus casas un conjunto de tareas –relativas a la limpieza, la cocina o el vestido– esenciales para la reproducción de la fuerza de trabajo, sino que en una gran proporción eran también trabajadoras asalariadas cuyo ingreso era indispensable para la supervivencia de la economía doméstica. El trabajo a domicilio constituía un aspecto fundamental de la experiencia de los trabajadores de Buenos Aires de fines del siglo XIX: concentrado en las industrias del vestido, la confección y el calzado, el sistema alcanzaba a decenas de miles de trabajadores, en su mayoría mujeres pero también menores, y su impacto se extendía prácticamente al conjunto de la población obrera de la ciudad, dada su importancia para la reproducción de la fuerza de trabajo de las familias. El trabajo a domicilio no constituía una rémora de un pasado precapitalista, sino que era un engranaje fundamental del desarrollo de la industria en la ciudad de Buenos Aires, proporcionando fuerza de trabajo a bajo costo a numerosas ramas que requerían una dotación intensiva de mano de obra.

La industria de la construcción

En el contexto de una ciudad en constante expansión y crecimiento, no es de extrañar que las industrias relacionadas con la construcción se convirtieran en una de las ramas más activas de la economía y en uno de los principales núcleos de absorción de mano de obra. Para los cronistas contemporáneos, era indudable que cualquier examen de la situación de los obreros en la metrópoli debía otorgar un lugar destacado a los miles de trabajadores de la industria de la construcción: en la ya citada serie que el diario *La Prensa* consagró en 1901 a estudiar la situación de los trabajadores en la ciudad, por ejemplo, se dedicaba a los albañiles el primero de los artículos sobre las diferentes profesiones existentes en la ciudad, y se los caracterizaba como «el más importante de los gremios de Buenos Aires» (González 1984, pág. 33).

Los datos censales confirman la importancia de los trabajadores de esta industria. En su relevamiento de las profesiones declaradas por los trabajadores de la ciudad, el Censo Municipal de 1887 registraba la presencia de 10.410 albañiles, mientras que el Censo Nacional de 1895 anotaba que en la ciudad existían 11.304 obreros con dicho oficio. De todas maneras, sería un error reducir los trabajadores empleados en la industria de la construcción a los registrados en los censos como «albañiles» de profesión. El relevamiento hecho por Patroni, concluido apenas algunos meses después que el Censo de 1895, cifraba por ejemplo en 20.000 a los trabajadores de la construcción, el de Pablo Storni en 16.000 y el del diario *La Prensa* de 1901 en 18.000; esto a pesar de tratarse de una época de crisis y elevada desocupación. La divergencia en las cifras tiene que ver con la elevada proporción de trabajadores estacionales u ocasionales que eran empleados en

distintos sectores de la economía y eran clasificados en los censos como «jornaleros», «personal de servicios» o «personas sin profesión».

Sábato (1985) mencionaba explícitamente a la construcción como uno de los sectores que mostraba una «utilización sistemática de trabajadores ocasionales y estacionales». Junto con los antiguos «maestros» de obra se habían desarrollado en la década de 1880 importantes empresas constructoras que empleaban a un gran número de trabajadores: además de los oficiales y medio oficiales albañiles, los más calificados de la rama, existía una buena cantidad de peones y jornaleros que realizaban diversas tareas en las obras en construcción de la ciudad. Para todos estos trabajadores, pero especialmente para los menos calificados, la construcción ofrecía un mercado de trabajo con marcadas oscilaciones coyunturales, provocadas en primer lugar por los ciclos de una economía donde la especulación inmobiliaria impulsaba fuertemente los emprendimientos urbanísticos en épocas de ascenso pero tenían lugar bruscos frenos, con un saldo de desempleo y cierre de obras, durante los momentos de crisis.

Las dificultades creadas por las oscilaciones estacionales no solo tenían que ver con los ciclos económicos coyunturales, sino que se reproducían a lo largo del año: para los trabajadores de la construcción la cantidad de jornadas trabajadas dependía de diversos factores, como las condiciones climáticas o la disponibilidad de materiales de construcción.[13] Patroni calculaba que los albañiles trabajaban aproximadamente unos 250 días por año, porque debían descontarse los domingos, las jornadas festivas, los días de lluvia y las suspensiones de obras por faltante de materiales necesarios para la construcción (Patroni 1898, pág. 87); a comienzos del siglo XX, Storni calculaba el total de jornadas anuales en 210. Los meses con más trabajo eran habitualmente los de buen clima: por lo general el invierno era una temporada de escasez de trabajo y dificultades. La jornada laboral, en cualquier caso, también oscilaba bruscamente a lo largo del año: mientras en invierno la jornada podía extenderse unas nueve horas, en los meses de verano se llegaba a trabajar más de doce.

En suma, entre quince y veinte mil personas encontraban en la industria de la construcción una fuente de trabajo hacia la última década del siglo XIX en Buenos Aires. Si bien con importantes estratificaciones inter-

13. En un tramo de su libro *Devaluaciones de la moneda* dedicado a analizar la evolución de los salarios y en el cual desarrolla una crítica a las tesis de Cortés Conde, Panettieri (1983, pág. 80) ha apuntado correctamente que constituye un error calcular un «ingreso mensual» multiplicando por 25 el jornal diario, dado que «en esa estimación no se consideran ciertos factores que determinan el paro forzoso del trabajador y por lo tanto la pérdida de su jornal: mal tiempo, falta de materiales, enfermedad, etc.». A todo ello se debe agregar «otro número apreciable de obreros sin trabajo o con trabajo alternado –sobre todo en períodos de crisis– que solamente obtenían jornales de ocho a quince días por mes».

nas, desde el oficial frentista más calificado hasta el jornalero sin calificación que se volcaba ocasionalmente a la construcción, todos estos trabajadores desarrollaban una experiencia común en las duras condiciones de trabajo que se imponían en los momentos de alza y sufrían las dificultades de las reversiones de ciclo, que paralizaban las obras y dejaban un tendal de desempleados. En estrecha relación con la industria de la construcción, por otra parte, se encontraba un amplio sector de trabajadores de diferentes gremios que desarrollaban tareas vinculadas con esa rama: pintores, yeseros, trabajadores de los hornos de ladrillos y de las fábricas de cal, vidrieros, herreros de obra, etc. Los casi diez mil carpinteros a los cuales hacían referencia tanto el Censo de 1887 como el de 1895 estaban en muchos casos vinculados estrechamente a la industria de la construcción: en algunos casos trabajaban directamente en las propias obras y otros se empleaban en las más desarrolladas «carpinterías mecánicas» que producían diferentes insumos para la industria, donde predominaba el trabajo asalariado; los más calificados –a veces clasificados como «ebanistas»– se dedicaban a la producción o reparación de muebles en pequeños comercios. Los vínculos entre todos estos trabajadores eran mucho más estrechos de lo que dejan en evidencia las clasificaciones censales: día a día compartían experiencias en sus lugares de trabajo, sufrían la posibilidad de graves accidentes que los dejaban incapacitados para seguir trabajando y se veían afectados por las mismas oscilaciones del ciclo económico que podía llevarlos a situaciones de inestabilidad extrema en muy poco tiempo.

Según las fuentes de la época, los pintores eran unos tres mil en toda la ciudad,[14] divididos entre los más calificados decoradores y empapeladores y aquellos pintores «de liso», con menor calificación. Trabajaban en el gremio, de todas maneras, numerosos peones y jornaleros, que en temporadas de mucha demanda de trabajo podían incrementar el total de personas empleadas en el oficio en más de un millar. Más reducido y calificado era el gremio de los yeseros, posiblemente no más de mil en la ciudad. Debido a que realizaban un trabajo que requería mayor calificación, los yeseros serían capaces de negociar en mejores condiciones la venta de su fuerza de trabajo y se convertirían, como veremos, en el primer gremio de la ciudad en obtener mediante la huelga la jornada de ocho horas.

La industria de la construcción requería el trabajo de otros obreros menos calificados, como los picapedreros, que sumaban más de dos mil, o los marmoleros, algo menos de un millar. Hay que mencionar también a los trabajadores de los hornos de ladrillos, que representaban una de las fracciones más explotadas y pauperizadas de la rama. En 1892 Helguera hacía referencia a la existencia de unos 70 hornos en la ciudad y sus alrededores,

14. 3.123 según el Censo de 1887, 4.286 según el de 1895, 2.500 según el relevamiento de Adrián Patroni en 1897 y 3.000 según el del diario *La Prensa* en 1901.

mientras que algunas fuentes de fines del siglo XIX elevaban la cifra a casi un centenar. El funcionamiento de los hornos estaba sujeto a las oscilaciones coyunturales de la industria de la construcción a la cual proveían: se calcula que la producción de ladrillos empleaba en la época a unas dos mil personas, poco menos de la mitad eran «ladrilleros», es decir aquellos que cortaban y preparaban el material, mientras que el resto estaba compuesto por peonada. Los testimonios de la época dan cuenta de las penosas condiciones de trabajo de este sector obrero, cuyas jornadas laborales superaban las once horas, con jornales muy bajos: como ocurría con buena parte de los trabajadores de la construcción, las jornadas perdidas por condiciones climáticas adversas eran habituales e impactaban fuertemente en el salario mensual del obrero.

El vínculo con la industria de la construcción alcanzaba a otras ramas, como por ejemplo las «herrerías de obra», que trabajaban en la producción de materiales y herramientas para las obras. En el mismo informe realizado por el periódico porteño se ponía de manifiesto que cuando la construcción atravesaba dificultades el impacto se hacía sentir en estas ramas. En mejores condiciones podían encontrarse los que trabajaban en los «talleres de mucha importancia en donde se fabrican materiales de construcción y forma especial» (Helguera 1893), pero en cualquier caso las oscilaciones cíclicas de la construcción de la ciudad de Buenos Aires producían un fuerte impacto en un conjunto de industrias subsidiarias. Los censos solían incluir en la rama de la construcción, además de «empresas de construcción», otras como alfarerías, aserraderos, astilleros, fábrica de cal, carpinterías, fábrica de ladrillos, marmolerías, fábrica de tejas, de baldosas, de cerámicos, mosaiquerías, yeserías, talleres de composturas, empresas de asfalto, empresas de pavimentación, herrerías de obra, etc.

El trabajo en el puerto y los jornaleros sin ocupación fija

En una ciudad que se había desarrollado desde la época colonial en torno al puerto, y en un contexto en el cual el crecimiento económico del país se apoyaba en la exportación de materias primas demandadas por el mercado mundial, la actividad portuaria en general se convertía en otro de los focos de demanda de mano de obra en la Buenos Aires de la época: como veremos en este libro, fue el puerto el escenario de buena parte de los más importantes conflictos obreros del período.

El puerto de ultramar funcionaba, desde 1878, en La Boca del Riachuelo. Debido a su escasa profundidad, sin embargo, no permitía el ingreso de barcos de gran calado como requería el creciente tráfico comercial de la ciudad, por lo cual comenzaron las obras para su ampliación, a cargo

de Eduardo Madero, en los años inmediatamente anteriores a 1890.[15] La construcción del nuevo «Puerto Madero» estaría concluida recién en 1897: las obras de construcción de la nueva terminal portuaria, de todas formas, fueron un importante foco de empleo de mano de obra durante la década previa, excepto en los años más agudos de recesión económica que siguieron a 1890, cuando se paralizaron.

Los trabajadores vinculados con la actividad portuaria se dividían en dos grandes sectores: los «marítimos», que trabajaban embarcados, y todos aquellos que realizaban sus tareas en tierra, en las múltiples ocupaciones que requería la operación diaria del puerto. Los trabajadores embarcados no eran únicamente los de las grandes embarcaciones transatlánticas que llegaban y salían del puerto de Buenos Aires y eran la base del tráfico marítimo de mercancías: dadas las características del puerto de la época, era fundamental el papel de todo un conjunto de embarcaciones que aseguraban el tráfico portuario. En la última década del siglo XIX todavía una gran proporción de estas embarcaciones de tráfico interior funcionaban a vela. Según Laura Caruso,

> «... las embarcaciones donde diariamente desarrollaban sus tareas los obreros de a bordo fueron de varios tipos y funciones, de diverso tamaño, tecnología y utilidad. Las lanchas, chatas, remolcadores y pontones eran fundamentales para el tráfico al interior del puerto y también para la navegación de los ríos. Barcazas y grandes lanchones descubiertos transportaban la carga de los buques transatlánticos a tierra, o viceversa, y realizaban infinidad de tareas auxiliares en el río o en el puerto, relacionadas en general con el alije o trasbordo del cargamento desde una embarcación mayor».[16]

Como ocurría con casi todos los gremios de la época, la estacionalidad era un rasgo característico del trabajo de los obreros portuarios en este período. También en este caso las oscilaciones estacionales tenían que ver con los ritmos de la producción agropecuaria: en la época de la cosecha, durante los meses de verano, la actividad de carga y descarga era intensa y generaba un alza en la demanda de fuerza de trabajo, tanto en el puerto como a bordo. Según Caruso, para 1895 ascendían a más de ocho mil los trabajadores embarcados que desarrollaban sus tareas en el puerto de

15. Para un extenso análisis de los importantes debates que tuvieron lugar respecto a las características del nuevo puerto a construir en la ciudad, y el enfrentamiento entre los proyectos de Huergo y Madero, véase Scobie (1977) y Silvestri (2003).

16. Tesis de maestría presentada en la UNSAM, 2012, inédita. Agradezco a la autora por sus aportes en la elaboración de esta sección.

Buenos Aires. Una cifra más amplia, aunque con permanentes oscilaciones coyunturales, era la representada por los miles de trabajadores que se desempeñaban en las diferentes tareas vinculadas con la actividad portuaria, desde la carga y descarga de los buques hasta la reparación de las embarcaciones. El trabajo en el puerto, de hecho, es uno de los más difíciles de cuantificar a partir de las estadísticas censales dado que se trataba de un ámbito donde predominaba el empleo de jornaleros y peones, que buscaban trabajo como estibadores en el puerto durante los meses de mayor demanda de trabajo. Los censos de 1887 y 1895 no incluyen referencias a los estibadores como una categoría específica: el relevamiento realizado por el diario *La Prensa* en 1901 hablaba de unos cuatro mil, pero hacía referencia también a la presencia de unos diez mil «peones de ribera sin ocupación fija». Los estibadores solían ser conchabados por «contratistas» que seleccionaban en cada ocasión a aquellos trabajadores que podrían integrar las cuadrillas y obligaban a los no admitidos a buscarse otra forma de conseguir un jornal diario. En las épocas de mucha actividad se trabajaba todos los días, sin descansos, con jornadas de más de diez horas: fuera de la época de la exportación de la cosecha, sin embargo, el trabajo escaseaba; según Storni (1908) los estibadores trabajaban unas 120 jornadas por año.

El trabajo de los estibadores nos vuelve a poner en presencia de ese rasgo decisivo del mercado de trabajo de Buenos Aires que era la rotación y estacionalidad en el empleo. Para miles de trabajadores no calificados, las tareas de carga y descarga en el puerto o en las barracas y depósitos cercanos representaban la vía de ingreso a un mercado de empleo marcado por la inestabilidad laboral y la incertidumbre sobre la continuidad en el puesto. En épocas de crisis eran los principales afectados por la retracción en la oferta de empleo, y los primeros en quedar desocupados. Según una crónica de 1901, podían encontrarse

> «... más de 6.500 peones que vagan a la pesca de un jornal en La Boca y Barracas o en los alrededores de las calles donde se levantan edificios. Los peones no tienen ocupación preferida: tanto se ofrecen para cargar maderas o hierros en la ribera del Riachuelo como para ayudar a los oficiales albañiles y para cualquiera otra ocupación» (González 1984, pág. 23).

No solo las tareas de estiba en el puerto o las barracas proporcionaban una salida laboral para los trabajadores menos calificados que solo podían ofrecer su capacidad física a cambio de un jornal: en toda la ciudad, particularmente en las zonas cercanas a los almacenes y estaciones ferroviarias, podía encontrarse un amplio número de changadores callejeros o «mozos de cordel». El Censo de 1895, único en registrarlos en una categoría propia, cifraba su número en 2.240 en toda la ciudad, un número coincidente con

el relevamiento de *La Prensa* realizado seis años más tarde, que mencionaba, con trazo grueso, la presencia de dos mil «changadores». Se trataba de un oficio dominado en general por españoles y más reducido que el de los estibadores, toda vez que no resultaba tan sencillo ingresar en él y era necesario contar con vínculos con aquellos que lo desempeñaban. Muchos miles de trabajadores se dedicaban a la venta ambulante de carne, verdura, fruta o pescado, desde aquellos más consolidados que podían contar con algún personal a cargo hasta aquellos que apenas juntaban lo necesario para sobrevivir día a día. Si bien en algunos casos estos trabajadores «autónomos» habían podido ascender socialmente a partir de la acumulación de un pequeño capital, en la mayor parte de los casos la venta callejera era el último recurso al que debían apelar aquellos trabajadores que se quedaban sin ningún otro recurso. El diario *La Prensa* señalaba en 1901 que

> «... fuera de los afiladores, que bien o mal representan un oficio para el cual se requieren ciertas habilidades, los demás son desgraciados a quienes la crisis de trabajo ha dejado sin ocupación, por lo cual se han visto en la dura necesidad de recorrer las calles entregados a la venta de masitas, fainá, globitos de goma, cartuchos con suerte, cebollas, ajos, papas, gallinas o con un tosco cajón de lustrar el calzado» (ibíd., págs. 62-63).

Los trabajadores del transporte, el comercio y los servicios

En una ciudad que se expandía velozmente, incluyendo a nuevos barrios que ampliaban la extensión del tejido urbano, los distintos medios de transporte empleaban a miles de trabajadores de distintos gremios y calificaciones, aunque en conjunto se trataba de oficios con jornadas muy extensas, retribuciones salariales escasas y condiciones laborales duras. El Censo de 1887 cifraba el total de conductores de carros a caballo, utilizados para el transporte de mercancías, en 4.621, mientras que el de 1895 mencionaba la existencia de 5.530. Estas cifras globales, también en este caso, encubrían sin embargo una situación heterogénea: algunos eran propietarios de sus «chatas» o carros pero la mayor parte de los carreros eran trabajadores asalariados. Según el examen de *La Prensa*, era un poco más favorable la situación de «los conductores de vehículos de las grandes casas al por mayor del centro de la ciudad, mejor recompensados y con menor recargo en el servicio», quienes además cobraban salarios mensuales y solían tener el almuerzo incluido. La mayor parte del gremio, que trabajaba en las «grandes tropas» de carros, estaba mucho peor: las jornadas laborales solían superar las 11 horas y los jornales eran bajos. Algo similar ocurría con los cocheros, es decir los conductores de carruajes que transportaban

pasajeros: algo menos de tres mil según el Censo de 1887 y más de cinco mil según el realizado ocho años más tarde.

El sistema de tranvías de la ciudad conoció un rápido desarrollo en las últimas décadas del siglo XIX. En 1895 existían en Buenos Aires nueve empresas, entre las cuales sobresalían la «Anglo Argentino», que manejaba catorce líneas, y la «Ciudad de Buenos Aires», que hacía lo propio con otras diez. Hacia fines del período estudiado el sistema de *tramways*, como se los conocía en la época, empleaba aproximadamente a unos cinco mil trabajadores, entre mayorales y cocheros: aproximadamente medio millar trabajaba en los tranvías eléctricos y el resto en los todavía mayoritarios tranvías a tracción a sangre que recorrían las calles de Buenos Aires. Todas las fuentes de la época coinciden en señalar que, si bien los salarios variaban según la empresa, se trataba de un gremio que sufría gravosas condiciones de explotación, con salarios muy bajos y jornadas laborales de hasta doce horas diarias. A eso se agregaba un régimen muy estricto de multas y suspensiones que las empresas aplicaban ante demoras, accidentes u otras incidencias a pesar de las denuncias de los empleados, que manifestaban que en la mayor parte de los casos no eran su responsabilidad. La importancia de las multas y suspensiones reducía fuertemente el jornal obrero: las fuentes de la época testimonian que la mitad de los mayorales y cocheros podía sufrir suspensiones de hasta ocho a diez días por cada mes. El mecanismo, además, generaba todo un círculo de trabajadores suplentes, quienes podían llegar a trabajar cinco o diez días por mes y según las crónicas «se pasan las horas y los días en los alrededores de las estaciones a la espera de trabajo por uno, dos, tres o cuatro días; el tiempo que dura la suspensión o enfermedad de los titulares» (González 1984, pág. 47).

También era destacada la importancia de la población empleada por el comercio: según los datos censales existía en 1887 un total de 9.009 casas de comercio en la ciudad de Buenos Aires, que empleaban un total de 33.904 personas. En el análisis de los datos censales se impone también aquí un estudio atento, ya que ese total incluía tanto a los 13.871 «propietarios y socios industriales» como a los 12.533 «dependientes y similares», además de sumar a los que trabajaban en pequeños comercios y los que lo hacían en grandes tiendas. Un análisis detallado permite diferenciar entre los que trabajaban en una multiplicidad de pequeños locales y almacenes y los que eran empleados en grandes establecimientos: había por ejemplo, 78 casas que empleaban más de 20 empleados, sumando un total de 17.236 personas, mientras que 3.873 establecimientos empleaban solamente a una o dos personas, sumando un total de 5.300. Se advierte de este modo, por ejemplo, que un 0,86 % de las casas empleaban al 86 % del total de las personas ocupadas en el comercio, mientras el 43 % de las casas empleaba al 15,63 %. En 1901 *La Prensa* mencionaba la existencia de unos veinte mil dependientes de comercio, y caracterizaba su situación como una de las más duras de todo el personal empleado en la ciudad: las jornadas eran muy extensas, a veces de más de doce horas diarias, con una gran presencia de trabajo infantil. Era habitual que los empleados en pequeños comercios vivieran en el propio lugar de trabajo: un poco más favorable era la situación de los empleados de los grandes almacenes y tiendas de la época. En relación con los establecimientos comerciales pero también con el servicio a las grandes familias de la burguesía debe analizarse la enorme cantidad –casi treinta mil– de trabajadores clasificados en los censos como «domésticos»: se trata de una clasificación que incluía en muchos casos a mozos y cocineros de restaurantes.

La municipalidad de la ciudad empleaba a unas cuatro mil personas para comienzos del siglo XX. En un período donde todavía las oficinas y dependencias públicas tenían dimensiones reducidas y empleaban a una escasa cantidad de mano de obra, los trabajadores municipales se dedicaban principalmente a tareas de limpieza y de mejoramiento urbano, afirmado y pavimentación de las calles, etc. Había también un número de albañiles, pintores y peonada en general. Se trataba de un sector muy explotado, con remuneraciones muy bajas, que debía sufrir periódicamente demoras de varios meses en el pago de los salarios, en aquellos momentos en que las finanzas municipales entraban en crisis. Su importancia en nuestro período estará dada porque a mediados de la década de 1890 se llegó a discutir en el Concejo Deliberante un proyecto de resolución para limitar a ocho horas la jornada de trabajo de estos obreros. El proyecto, finalmente rechazado, fue apoyado por el conjunto de las sociedades gremiales de la época que advertían que, aunque no los afectaba directamente, implicaba una mejora sustancial que podría repercutir en el conjunto de los trabajadores de la ciudad.

✠✠✠

A mediados de la década de 1890, la ciudad de Buenos Aires ofrecía el cuadro de una urbe en pleno crecimiento donde se mezclaban casi medio millón de habitantes repartidos prácticamente por igual entre nativos y extranjeros. La inmigración crecía año tras año y había alcanzado, en el trienio que precedió a la crisis de 1890, uno de los puntos más altos de la historia; luego de una reducción significativa en los años de recesión y desempleo que siguieron al colapso económico de comienzos de la década, recuperó un ritmo ascendente que llegaría a nuevos récords en los primeros años del siglo siguiente. Los recién llegados, mayoritariamente italianos y en segundo término españoles, aunque también de otras naciones de una Europa atravesada por la crisis, encontraban a poco de llegar que la Argentina se parecía poco al país promisorio que le habían asegurado

los agentes de inmigración. Privados del acceso a la tierra por el predominio del latifundio, esos inmigrantes buscaban su sustento cotidiano en la gran ciudad: aquellos que contaban con un oficio podían, en el mejor de los casos, obtener un pequeño capital y ejercer la propia profesión de manera independiente; la mayoría debía resignarse, sin embargo, a emplearse en un abigarrado conjunto de talleres y fábricas de distinta envergadura, dedicados fundamentalmente a la producción y la reparación de bienes de consumo o la provisión de diversos servicios requeridos por una población siempre en aumento.

Las experiencias de estos trabajadores eran heterogéneas: los más calificados podían aprovechar su control del proceso de trabajo para imponer mejores condiciones a los empresarios, pero debían enfrentar constantes avances de los patrones, con reglamentaciones, salario a destajo, multas y un creciente disciplinamiento en los talleres. Menos suerte, en cualquier caso, tenían los que, careciendo del conocimiento de un oficio mejor remunerado, debían trabajar en un amplio espectro de establecimientos comerciales y en distintos núcleos de empleo de mano de obra temporaria, fundamentalmente concentrados en la industria de la construcción y en el puerto. Algunas grandes fábricas eran importantes empleadoras de personal con escasa calificación, en muchos casos femenino: alpargaterías, cigarrerías, fábricas de bolsas, fábricas de fósforos. Se vivía allí la experiencia del operario no calificado, típico de la era fabril. Para otros miles de recién llegados sin especialización, la única salida era buscarse la vida como jornaleros o peones en distintos empleos ocasionales. En general irían al campo en las épocas de cosecha y volverían a la ciudad el resto del año, a tratar de conseguir un empleo como changadores, estibadores en el puerto, peones en las barracas de la ribera o en los hornos de ladrillos, ayudantes en la industria de la construcción en los momentos de auge inmobiliario, etc. Miles de mujeres, niños y niñas eran parte fundamental de este mundo obrero, concentrados en algunas industrias que demandaban particularmente esa mano de obra y en el trabajo a domicilio. Salvo contadísimas excepciones, todos los trabajadores carecían de cualquier tipo de protección ante enfermedades y accidentes y sufrían jornadas laborales muy extensas, de diez horas o más. En 1903, un informe presentado por el Partido Socialista al congreso internacional de Ámsterdam apuntaba que «los obreros de oficios» tenían jornadas laborales de nueve y media a diez horas, mientras que «para los otros trabajadores no hay en general limitación alguna de jornada».[17] Aún en 1909, Pablo Storni decía que

> «... respecto a las horas de trabajo que constituyen la jornada diaria, de los datos suministrados por los patrones se puede deducir que ella es sumamente variable y que no está sujeta a una duración determinada. Las jornadas de 9 a 10 horas diarias, parecen ser el término medio de las jornadas actuales, pues, si bien es cierto que en algunas fábricas y talleres se trabaja 7 y 8 horas, no lo es menos el hecho de que en otras la labor diaria alcanza a jornadas de 11, 12, 14 y más horas» (Storni 1908, pág. 7).

17. «El Partido Socialista Argentino ante el congreso de Ámsterdam», *La Vanguardia*, 19 de diciembre de 1903.

Los salarios variaban, como es lógico, en los distintos oficios, de acuerdo a distintos factores como la calificación de los operarios y la cantidad de jornadas mensuales trabajadas. Eran una minoría los trabajadores que cobraban su salario mensualmente, y resultaba mucho más habitual el pago por jornal o directamente a destajo. En su conjunto, de todas maneras, los ingresos que podían recibir los trabajadores de Buenos Aires hacia fines de la década de 1880 y comienzos de la siguiente eran notablemente bajos, si se los pone en relación con el costo de los bienes y servicios más elementales para la reproducción de la fuerza de trabajo. Patroni sostenía, a mediados de la década de 1890, que el promedio de jornal no llegaba a superar los $ 2,50 por día, y ello después de la gran inflación que tuvo lugar a fines de la década de 1880, como analizamos en el próximo capítulo. Las cifras de Storni o Alsina, en la década siguiente, no mostraban en su conjunto un incremento significativo. El 7 de agosto de 1889, en el marco de una huelga portuaria, *La Nación* entrevistó a un huelguista que denunciaba una situación que era común a buena parte de la población obrera:

> «Gano veinticuatro pesos mensuales, trabajando doce horas diarias, y pago dieciocho pesos por un cuarto miserable que ocupo con mi familia, a la que tengo que sostener con los seis pesos restantes, habiendo duplicado el precio de todo, hasta del pan».[18]

Si bien algunos oficiales calificados como los constructores de carruajes, los empleados de los talleres ferroviarios o de establecimientos mecánicos podían llegar a ganar un jornal algo más alto, la gran masa de operarios sin calificación, jornaleros y sobre todo las mujeres y los niños cobraban sin dudas salarios inferiores, que a veces no superaban el $ 1,50 diario. Una pieza en un conventillo insumía unos $ 15 o $ 20, mientras que la alimentación, según Patroni, no implicaba un gasto menor a $ 30 mensuales. Si se tiene en cuenta que, como vimos, casi nunca los jornales recibidos en un mes superaban los 20 o 25, debido a diferentes circunstancias relativas a la inestabilidad en el empleo, es sencillo advertir que los ingresos de los

18. «La huelga de La Boca», *La Nación*, 7 de agosto de 1889.

trabajadores no lograban superar el nivel más elemental de la subsistencia. La comparación con los ingresos recibidos en Europa, para poner de manifiesto que los salarios cobrados en Argentina en la época eran generalmente más altos, suele perder de vista, en primer lugar, algo tan elemental como que los gastos que debían afrontar los trabajadores aquí también eran más elevados, pero además que esa diferencia era una de las claves que estimulaban a muchos trabajadores a emigrar y que en consecuencia el «ahorro» que pudieran realizar sobre la base de los ingresos recibidos en Argentina, debe ser considerado como parte integrante de la reproducción de la fuerza de trabajo, sea porque debían enviar parte de su salario a Europa o porque buscaban pagar el viaje de sus familiares para venir a América.

El rasgo decisivo del mercado de trabajo del período era la fuerte estacionalidad en el empleo, las marcadas oscilaciones coyunturales en la demanda de mano de obra y la fuerte rotación de trabajadores de escasa calificación entre distintas ramas de la economía. Como hemos visto, estas características de la estructuración del mercado de trabajo deben entenderse a la luz de una economía organizada en torno a la producción agropecuaria, que ofrecía una importante demanda de mano de obra solo en determinados períodos del año. La permanencia en un empleo estaba sujeta a bruscas oscilaciones debidas a la coyuntura económica, y en tiempos de crisis las divisiones entre unos y otros oficios se desdibujaban; ante la menor dificultad, un ebanista podía verse obligado a trabajar de carpintero, un yesero de albañil y aquellos que no tenían profesión –jornaleros, peones, estibadores, lavanderas, etc.– tenían que «rebajarse» al nivel de la marginalidad (Gutiérrez 1981a). Una de las primeras consecuencias –la más evidente– de estos rasgos del mercado de trabajo era la permanente incertidumbre sobre las posibilidades de supervivencia que pesaba sobre la experiencia de los trabajadores, particularmente en una coyuntura de crisis como la que estudiamos en este trabajo. Tal como denunciaban los obreros sastres en uno de sus manifiestos fundacionales, en 1895:

> «No queremos, y hemos de luchar hasta conseguirlo, ser por más tiempo muebles utilizables de las circunstancias. Sabido por todos es, que nuestro oficio con su intolerable calma, nos condena la mitad del año a la miseria: de obreros, en este desastroso período, pasamos a *limosneros y tramposos*; las circunstancias nos obligan a tal orden de concepciones, que cuando echamos a trabajar no bastan las veladas, ni aun echar el pulmón para satisfacer las mendicidades de la *mala estación*, como le llamamos. La *buena estación* se compone como sigue: un mes de trabajo desesperado ¡que apretando como bestias!, puede conseguir el oficial pagar dos meses de alquiler de los cuatro o cinco atrasados, tomar un poco de vino en la comida y comprar cuatro giñapos para su familia; dos meses restantes de trabajo natural que no hay de su producto más que para hacer la vida sin ningún orden de extraordinario; y a la *mala*. Mientras sufres, si es invierno, el patrón está envuelto en magníficos abrigos mientras tú, el causante de esas comodidades lujosas, yaces de frío; y si es verano, el patrón está de baños, mientras a ti te comen los inseptos [sic] en un cuarto sombrío en que estás obligado a habitar toda tu vida con toda tu familia y sufrir todas las enfermedades causantes por la atmósfera corrompida que se respira».[19]

Las características de la estructura laboral de la época tenían otras consecuencias importantes. A pesar de la segmentación provocada por la división entre calificados y no calificados y por la estructura corporativa-artesanal de algunos gremios, estos rasgos del mercado de trabajo creaban fluidos vínculos entre todos estos grupos de trabajadores. Una de nuestras hipótesis es que esta permanente inestabilidad actuaba, a su modo, como un factor de vinculación de los trabajadores de distintas profesiones, que contrarrestaba las tendencias a la segmentación características de la estructura de oficios.[20] La industria de la construcción, uno de los principales focos de empleo de mano de obra en el período, actuaba en este contexto como un gran vinculador de gremios diferentes –albañiles, yeseros, carpinteros, herreros, marmoleros y otros– y de peonada en general, en particular en los momentos de conflicto. Algo similar sucedía, de todos modos, también con gremios más calificados, como veremos en este trabajo: los «mecánicos y anexos» estaban relacionados con casas que trabajaban para la construcción y también, a través de su especialidad, con los obreros empleados en los grandes talleres del ferrocarril, los cuales, a su vez, tenían vínculos con los demás empleados del transporte. En una ciudad que luego de la epidemia de fiebre amarilla había profundizado una división espacial en términos clasistas, por otra parte, los barrios con mayor predominio obrero eran también un ámbito donde se forjaban los lazos de solidaridad entre los trabajadores: en las escasas horas libres que les dejaban las jornadas laborales de más de diez horas, todos ellos se apiñaban en las miserables viviendas obreras, donde se procesaba también la experiencia de una constante explotación y miseria.

19. «A todos los obreros sastres», *La Unión Gremial*, núm. 2, 25 de abril de 1895.

20. Hilda Sábato advertía uno de los rasgos de este fenómeno cuando señalaba que una de las consecuencias de la baja especialización de la fuerza de trabajo era «la escasa formación de tradiciones profesionales, aquellas que, transmitidas de padres a hijos, hacían de la calificación una suerte de patrimonio personal» (Sábato 1985, pág. 582).

En suma, el desarrollo de una industrialización incipiente, en el marco de la expansión demográfica acicateada por la inmigración masiva, fue dando forma a una Buenos Aires obrera que, hacia las últimas décadas del siglo XIX, tenía poco en común con la ciudad de los burgueses, profesionales y políticos. En ella se procesaban, a espaldas de las miradas y la atención de la clase dominante, las experiencias de miles y miles de inmigrantes y trabajadores nativos que sufrían cotidianamente la explotación y la opresión en las fábricas y talleres, en el puerto, en las obras en construcción, en los conventillos, en los barrios obreros. Esa situación de explotación y marginación era un caldo de cultivo para el desarrollo de una experiencia y una acción colectiva de los trabajadores de Buenos Aires no solo por la gravedad de las penosas condiciones de la vida material, sino también por el contraste brutal que implicaban con las expectativas que esos trabajadores tenían de las posibilidades de superar las condiciones de existencia que llevaban en Europa. Esa experiencia compartida daría forma al reforzamiento de una identidad de clase a partir de un proceso de agitación huelguística que, luego de un primer estallido a fines de la década de 1880, fue profundizándose a lo largo de sucesivos ciclos en los años posteriores.

Capítulo 2

Tu quoque trabajador?
La agitación obrera de 1888 y 1889

El 20 de agosto de 1889, luego de que un grupo de jóvenes realizara un banquete de agasajo al presidente Juárez Celman, que se acercaba a cumplir la mitad de su mandato, un joven abogado entrerriano publicó en *La Nación* un artículo que a pesar de su breve extensión alcanzaría una enorme trascendencia. El texto, titulado *Tu quoque juventud (En tropel al éxito)* había sido escrito por Francisco Barroetaveña y usaba la famosa frase atribuida a un diálogo entre Bruto y Julio César para lamentar dichas manifestaciones juveniles de apoyo al gobierno que, a su juicio, no significaban «otra cosa que la renuncia a la vida cívica activa de los jóvenes» y los convertían en «meros instrumentos del jefe del Poder Ejecutivo». El artículo actuó como catalizador de un movimiento de oposición al gobierno que venía gestándose en las filas de diversos grupos de la clase dominante y daría lugar a la formación de la llamada Unión Cívica de la Juventud. Menos de un año más tarde, el presidente que había sido elegido prácticamente sin oposición debía renunciar en medio de una de las crisis políticas y económicas más profundas de la historia argentina.[1]

Los choques entre diferentes sectores de la clase dominante, en el marco de los desequilibrios económicos producidos como consecuencia de la reversión del flujo de capitales externos, no fueron, de todas formas, el único factor de crisis que apareció en la coyuntura crítica de 1890. Pocas semanas antes de la Revolución del Parque se había realizado la primera celebración del 1° de Mayo, en el local del Prado Español, en lo que fue

1. Para un análisis de la Revolución del Parque y la dinámica política de la crisis que llevó a la renuncia al presidente Juárez Celman, véanse Sommi (1957), Gallo y Sigal (1963), Botana (1977), Balestra (1986) y Alonso (2000). Una discusión reciente sobre la crisis económica puede encontrarse en Gerchunoff, Rocchi y Rossi (2008). También siguen siendo de utilidad para los asuntos económicos trabajos más antiguos como los de Ford (1956), Hodge (1970), Panettieri (1984), Cortés Conde (1989) y Ferns (1992).

considerado como la aparición de un nuevo actor social en la escena del país: los medios de prensa reseñaron en ese momento, con sorpresa pero también con preocupación, un acto que reunió a miles de trabajadores para conmemorar una jornada internacional que había sido impulsada por un congreso obrero realizado en París a mediados del año anterior. Como mostraremos en este capítulo, de todas formas, la movilización del 1º de Mayo de 1890 no fue un rayo en cielo sereno. Los observadores de la Argentina de fines de la década de 1880 encontraban en el país un ejemplo de desarrollo pujante y desprovisto de las contradicciones y conflictos sociales que agitaban a los países europeos, pero tras la apariencia de un desenvolvimiento armónico y una estabilidad política impensable en las décadas anteriores se incubaban una serie de profundas contradicciones. En las vísperas de la Revolución del noventa, incluso desde antes que se consolidara un movimiento de oposición dentro de las filas de la propia oligarquía, la clase trabajadora de la ciudad de Buenos Aires se había puesto en movimiento. Tal como lo definió Marotta en su clásico libro, 1888 y 1889 fueron «años de acción» (Marotta 1960, pág. 43).

En realidad, desde mucho antes de la coyuntura de crisis de 1890 habían comenzado a desarrollarse vínculos de sociabilidad entre la población obrera que llegaba a Buenos Aires. En una sociedad urbana en agudo proceso de transformación, donde la lucha por la subsistencia y el desarraigo se combinaban para crear unas condiciones difíciles para los recién llegados, no resulta sorprendente que estos buscaran agruparse para afrontar junto a sus pares las vicisitudes de la vida en el nuevo país. El primer objetivo que buscaban los inmigrantes a través de sus agrupamientos era garantizar algún tipo de *ayuda o socorro mutuo*: tal como señala Hilda Sabato, «se trataba de organizarse, reunir fondos y crear, para los socios y sus familiares, mecanismos de asistencia en materia de salud y enfermedad, de protección en casos de desempleo e invalidez y, en ocasiones, de apoyo educativo» (Sábato 1998, pág. 53). Así, un amplio conjunto de sociedades se estructuró en torno a la identidad que los recién llegados advertían como la más fuerte en la nueva urbe: la de sus naciones o regiones de origen. Las más numerosas fueron por supuesto las que agrupaban a los italianos, la primera comunidad inmigrante del país, pero los de otras naciones no se quedaron atrás: los franceses crearon la primera en 1854 y tres años más tarde los españoles fundaron la Asociación Española de Socorros Mutuos, de larga existencia. En la medida en que el rasgo identitario que las definía era la nacionalidad y no una determinada posición socioeconómica, la composición social de estas sociedades era heterogénea: algunas nucleaban a sectores más acomodados y otras a grupos de menores recursos, aunque casi todas ellas incluían miembros de diferentes estratos sociales. En todos los casos la dirección correspondía, sobre todo, a los sectores de

mayores ingresos de cada comunidad inmigrante: eran los miembros de la *elite* de cada nacionalidad los que conformaban casi siempre los consejos directivos y en algunos casos las sociedades tenían vínculos estrechos con distintas facciones políticas de la oligarquía criolla.[2]

Debido a este carácter policlasista, y dado que nuclearon a lo largo de un extenso período a un amplio sector de la población inmigrante de la ciudad, las sociedades mutuales de base nacional se convertirían, como mostraremos en el sexto capítulo, en un importante adversario para el naciente movimiento obrero de la ciudad. Relativamente diferente sería el caso del otro tipo de sociedades que había comenzado a surgir en las décadas de 1860 y 1870: aquellas que nucleaban a los inmigrantes que compartían un mismo oficio. En este caso el rasgo que ocupaba el lugar determinante no era la nacionalidad, sino el lugar ocupado en la estructura laboral. La primera fue la Sociedad Tipográfica Bonaerense, fundada en 1857, reconocida en muchos trabajos sobre los orígenes del movimiento obrero argentino como el primer sindicato del país.[3] En realidad, no se trataba estrictamente de sindicatos tal como los conocemos en la actualidad, ni de sociedades «de resistencia» tal como surgirían en un período posterior, en la medida en que tenían un carácter fuertemente corporativo de defensa de un oficio y reunían muchas veces a artesanos y oficiales que contaban con un pequeño capital. Eran agrupamientos propios de un período donde aún predominaban los pequeños productores y artesanos, que poseían sus propios medios de producción: muchas veces se agremiaban para defender las tarifas que podían cobrar y tras haber obtenido la reivindicación la sociedad se disolvía.

A diferencia de las sociedades de base étnica, provistas como señala Devoto de «una fuerte solidaridad interclasista de matriz regional o nacional entre sus miembros» que las colocaba «más como una alternativa que como un complemento de las asociaciones de reivindicación gremial o social», las sociedades basadas en los oficios reforzaban el peso del lugar en la estructura laboral por sobre la pertenencia nacional a la hora de constituir lazos identitarios entre los recién llegados. Tal como plantea este autor,

> «... las sociedades de oficios fueron creciendo en número y cambiando de carácter en las décadas posteriores. En una transición que recuerda bastante al proceso de evolución sufrido

2. También cabe destacar la importancia que jugó la prensa escrita en el desarrollo de una vida asociativa de las diferentes comunidades. Entre los periódicos más destacados cabe mencionar: *L'Operaio Italiano* (1872-), *El Correo Español* (1872-), *La Patria Italiana* (1877-), *L'Amico del Popolo* (1879-). Para un análisis global del periodismo en la Argentina del período, véase Alonso (2004).

3. Véanse entre otros, Marotta (1960) y Falcón (1984).

> por sus congéneres europeas en general e italianas en particular, muchas de estas sociedades de ayuda mutua fueron adquiriendo paulatinamente los rasgos propios de las sociedades de resistencia» (Devoto y Rosoli 1985, págs. 142-143).

En este libro buscamos analizar precisamente las características principales de ese proceso de delimitación clasista. Para mediados de la década de 1880, las profundas transformaciones sociales y económicas que había conocido la ciudad, analizadas en el capítulo anterior, ya habían provocado importantes cambios en la situación de decenas de miles de inmigrantes que veían bloqueadas sus posibilidades de ascenso social en una ciudad que se parecía poco a la que habían esperado encontrar a su llegada. Fue precisamente en los años finales de la década cuando este proceso de organización dio un salto, en el marco de un proceso de agitación obrera hasta ese momento nunca visto en la ciudad. En este capítulo analizamos el desarrollo huelguístico que tuvo lugar en Buenos Aires en el bienio 1888-1889. La historiografía ha prestado una merecida atención a lo sucedido en el año decisivo de 1890, cuando la clase obrera apareció en la escena pública con la manifestación del 1° de Mayo y la publicación de varios periódicos en español. Pero la etapa inmediatamente anterior, marcada por una profunda conflictividad obrera y por la actividad incansable de organización y difusión política de los grupos socialistas y anarquistas, permanece sin embargo prácticamente inexplorada, contribuyendo así a reforzar la idea –planteada en primer lugar por las historias «canónicas» del socialismo– según la cual lo sucedido en 1890 fue una simple consecuencia de lo resuelto en la conferencia internacional de París, que decidió en 1889 fundar la Segunda Internacional y realizar manifestaciones en todo el mundo el 1° de Mayo del año siguiente. Como veremos, lo ocurrido en 1890 debe ponerse en relación con el impacto de las resoluciones de dicho congreso pero también contextualizarse a partir de un análisis de esa «prehistoria», prácticamente olvidada, de la ola de huelgas que marcó al último tramo del gobierno de Juárez Celman.

Carestía y agitación obrera: Buenos Aires en 1888

Si en el capítulo previo hemos analizado el contexto general de la situación económica y social de los trabajadores de Buenos Aires que enmarca el proceso de agitación obrera que tendrá lugar a fines de la década de 1880, es fundamental hacer referencia también al profundo proceso de encarecimiento del costo de la vida que tuvo lugar en los años inmediatamente anteriores al estallido de la crisis de 1890, y sin cuyo análisis es imposible comprender la movilización de los trabajadores. La ley 1.130, sancionada el 25 de noviembre de 1881, había establecido que un peso oro sería equivalente a 1,033 de los antiguos «pesos fuertes» y a 1,6129 gramos de oro, al igual que la libra esterlina. A partir de enero de 1883 un peso oro, que correspondía aproximadamente a 25 de los antiguos pesos «moneda corriente», pasó a ser equivalente a un peso de la nueva moneda, llamada «peso moneda nacional». La convertibilidad, no obstante, no duró más que dos años, y a partir de 1885 el peso moneda nacional comenzó a devaluarse, tal como se pone de manifiesto en la figura 2.1. A comienzos de 1888, la moneda nacional ya se había depreciado en un 45 %, lo que provocó una fuerte carestía que impactó directamente en el bolsillo de los trabajadores.

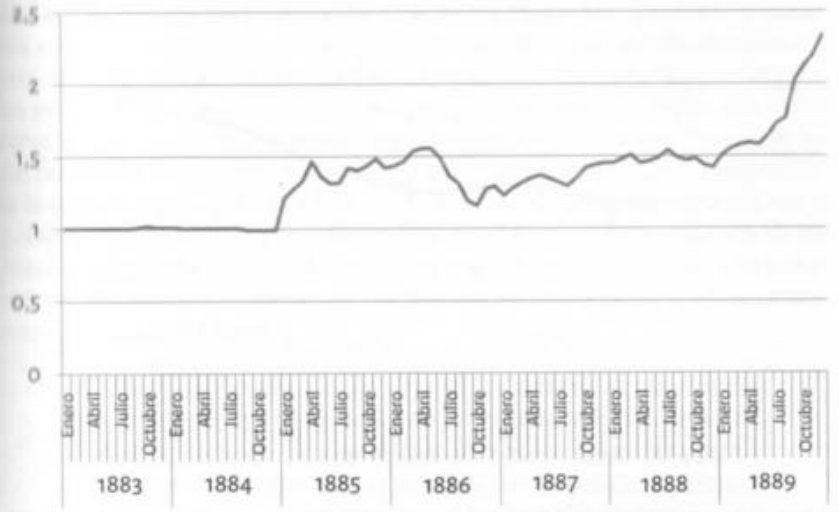


Figura 2.1 – Valor de un peso oro en pesos moneda nacional (1883-1889). Fuente: elaboración propia a partir de datos de Álvarez (1914).

El papel jugado por la carestía de fines de la década de 1880 en el desarrollo de la agitación obrera fue tempranamente advertido por atentos observadores contemporáneos, como Eduardo Gilimón: en un trabajo publicado en la segunda década del siglo XX, este dirigente anarquista notaba que en este período,

> «... el malestar era más hondo, más intenso, en los hogares obreros, que son siempre los que carentes de reservas económicas, quienes primero y en mayor grado sufren las consecuencias de todo trastorno económico (...). Los jornales de los trabajadores sin alteración alguna en su valor numérico, habían sufrido la depreciación inherente a la desvalorización de la moneda nacional, del billete-papel».

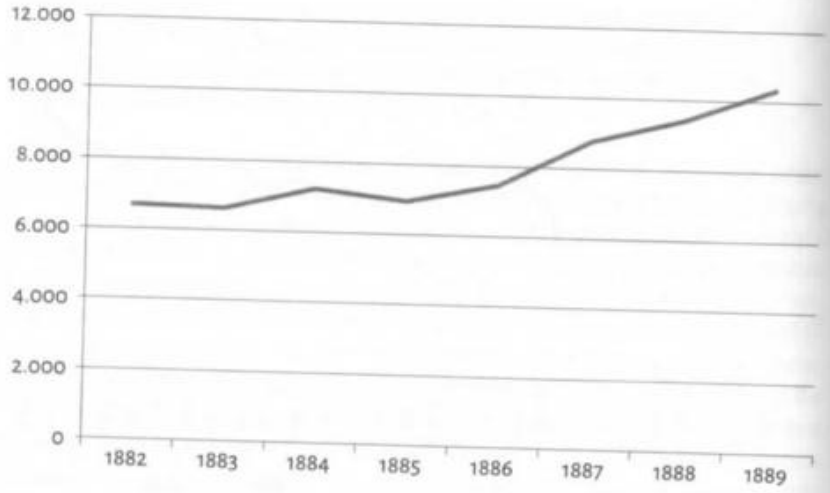


Figura 2.2 – Evolución índice de precios (1882-1890). Fuente: J. Iñigo Carrera (2007). Base 1993=10[17].

Gilimón recordaba que «los productos necesarios al consumo valían cuatro veces más» mientras que «los salarios continuaban lo mismo, sin variación alguna». La consecuencia era no solamente un empeoramiento en las condiciones de vida sino un cuestionamiento más profundo sobre las perspectivas de los recién llegados al país:

> «El anhelo de enriquecerse que a la América fabulosa había atraído millares y millares de hombres aprovechando los pasajes subsidiados facilitados por el gobierno argentino, se esfumaba. La miseria, en cambio, esa miseria que parecía patrimonio exclusivo de los países europeos sobrecargados de población, se enseñoreaba de los hogares proletarios (...). Empezó a germinar el odio al país, juntamente con el odio al gobierno. Y la riqueza de los ricos despertó una feroz antipatía de clase» (Gilimón 1971, pág. 28).

La denuncia obrera de la carestía aparece en forma insistente en las fuentes del período. Era fácil encontrar en los periódicos de la época denuncias como la de una comisión de panaderos que enviaba una solicitud a los patrones a comienzos de 1888 y sostenía que «desde mucho tiempo el valor de las cosas más necesarias para la vida, como ser alimentos, alquileres, etc., va en aumento, mientras que el sueldo de todos los obreros y específicamente el de nosotros, los obreros panaderos, ha quedado desde mucho tiempo siempre atrás». La consecuencia «de este estado anormal entre los salarios y los gastos más necesarios» era que los trabajadores eran incapaces de «satisfacer sus necesidades y las de sus familias», y por consiguiente se encontraban «en un estado de pobreza tal que necesita un pronto remedio».[4] En el mismo sentido se expresaban trabajadores de otros oficios: algunos meses más tarde, cuando los obreros de los talleres del ferrocarril iniciaron una huelga que, como veremos, llamó fuertemente la atención de la prensa y la opinión pública de la ciudad, destacaban la gravosa situación que enfrentaban debido al permanente aumento de los precios sufrido en el período inmediatamente precedente. En una solicitud presentada al jefe de la tercera sección de los ferrocarriles de la provincia, denunciaban que

> «... de algún tiempo a esta parte, se va haciendo insoportable nuestra existencia por motivo de los precios subidos de los artículos de consumo en general y las viviendas en esta localidad, y que los jornales que se nos abonan en compensación de nuestros trabajos, no están en relación con el aumento que tenemos que soportar en muchos casos, a tal punto, de tener que economizar con nuestro hambre y nuestra sed».[5]

El reclamo obrero ante la carestía provocada por la fuerte devaluación del peso sería, como veremos, el eje fundamental de la agitación huelguística de los años inmediatamente anteriores al estallido de la crisis de 1890. La chispa que dio inicio al ciclo de huelgas no fue provocada, sin embargo, por un reclamo salarial, sino por el rechazo a un intento de imponer una regimentación sobre el personal de servicio. Una reglamentación arcaica se convertiría así en el detonante de un proceso de conflictos de carácter indiscutiblemente «moderno».

La chispa en pleno verano: la huelga de «domésticos» de enero de 1888

A las nueve de la mañana del viernes 20 de enero de 1888, un inspector municipal se presentó en el café Philip, ubicado en la calle San Martín entre Cangallo y Cuyo – actuales Perón y Sarmiento – y exigió al encargado que le facilitara la «libreta de trabajo» de sus empleados. Si bien el propietario, «con su delantal blanco, sus grandes patillas más blancas que el delantal, y su bonhomía habitual, contestó que por su parte ningún inconveniente tenía en aceptar su libreta», no sucedió lo mismo con el resto del perso-

4. «Una verdadera huelga», *La Prensa*, 31 de enero de 1888.
5. «Otra huelga en perspectiva», *La Prensa*, 10 de noviembre de 1888.

nal. Pocos minutos después los mozos y cocineros del establecimiento, «se retiraron, tomaron sus sombreros y salieron a la calle».[6]

La huelga se extendió como un reguero de pólvora. Los empleados «pasaron la voz a los colegas de los hoteles y restaurants vecinos y pocas horas después el movimiento se hizo general: la huelga era completa».[7] Al día siguiente, los principales diarios dedicaban sus notas editoriales y las más extensas crónicas al sorpresivo episodio: según *La Nación*, «dos o tres mil personas quedaban repentinamente sin tener donde acudir en busca del pan nuestro de cada día». A lo largo de toda la ciudad, un cartel se repetía en la puerta de restaurantes, cafés, hoteles y casas de huéspedes: «cerrado por falta de mozos y cocineros».[8]

El conflicto se debía a la decisión de la municipalidad de establecer una ordenanza –que se basaba en una anterior, sancionada el 7 de marzo de 1875 pero suspendida por el intendente Torcuato de Alvear en 1881– que establecía que los patrones tenían no solamente el derecho sino la obligación de expresar en una libreta cuál había sido la conducta de sus sirvientes mientras estos se hubiesen desempeñado bajo sus órdenes. La ordenanza prácticamente condenaba a los trabajadores a una dependencia total respecto a sus patrones y a la imposibilidad de continuar trabajando en caso de ser despedidos o de no contar con el certificado de «buena conducta». Para complicar aún más las cosas, la ordenanza era sumamente confusa a la hora de establecer quiénes eran los trabajadores que quedaban sujetos a sus disposiciones. Así las cosas, el movimiento generado por el rechazo a la «libreta» no se redujo al personal empleado en restaurantes y hoteles: el sábado 21 de enero los cocheros se declararon en huelga «por no querer aceptar las prescripciones municipales sobre servicio doméstico al cual no pertenecían, según su opinión».[9]

Tanto los cocheros como los cocineros y mozos comenzaron a sufrir persecuciones policiales, que impidieron la realización de reuniones y asambleas: desde un primer momento se produjeron incidentes menores y detenciones en restaurantes, hoteles y otros lugares de reunión de los huelguistas.[10] Para el intendente municipal, Antonio Crespo, la huelga debía ser enfrentada simplemente como un asunto policial. En una carta enviada al presidente, planteaba que el conflicto era «un escándalo que creo que debe ser reprimido con toda la energía que reclaman estos movimientos vergonzosos» (Rivero Astengo 1944, págs. 466-467). El domingo 22 una reunión de doscientos cocheros en un corralón del Bajo fue desalojada por la policía y más tarde sucedió lo mismo en Palermo. El mismo día, unos seiscientos cocineros y mozos se reunieron en el hipódromo de Lanús, ante la prohibición policial de hacerlo en la jurisdicción de la ciudad.[11]

A pesar de que los periódicos hablaban de un movimiento sorpresivo, en los días posteriores los huelguistas pusieron en evidencia un importante nivel de organización, que permite considerar la existencia de vínculos previos. Las crónicas hacen mención, por caso, de una «Sociedad de Artistas Culinarios», que declaraba tener un «fondo de reserva» que alcanzaba la altísima suma de 25.000 pesos, lo cual pone de manifiesto que seguramente incluía tanto a empleados como a pequeños propietarios y trabajadores que desarrollaban sus tareas en forma autónoma.[12] Incluso se había establecido que de dicho fondo se concedería 1 peso con 50 centavos diarios a aquellos huelguistas que lo necesitasen. Los «artistas culinarios» llegaron a reclamar y obtener la solidaridad de sus compañeros de la ciudad de Mar del Plata, lo cual resulta notable si se tiene en cuenta que la exigencia de libretas al personal era limitada a la jurisdicción de la ciudad de Buenos Aires. Los trabajadores no solo organizaban asambleas y recaudaban fondos de reserva, sino que se daban una política activa para difundir el conflicto y promover el abandono del trabajo, mediante la formación de comisiones especiales que recorrían los lugares de trabajo para «incitar a la huelga» a quienes aún se mantuvieran en sus puestos. Algo similar hicieron los cocheros, que difundían y pegaban en las puertas de las cocherías una hoja que era reproducida por *La Prensa* y advertía «a los del gremio» que «no deben trabajar y caso que lo hicieran aténganse a las consecuencias. Se han nombrado comisiones encargadas de ejecutar órdenes recibidas».[13]

La huelga del llamado «personal doméstico» contó con una acogida favorable por parte de los principales periódicos y medios de prensa. En la medida en que el conflicto se originaba en el rechazo a una reglamentación que buscaba disciplinar la oferta de trabajo a través de un mecanismo administrativo, era visto por buena parte de la prensa comercial como un reclamo justo contra una medida que afectaba la «libertad de trabajo» y constituía por lo tanto una disposición arcaica que debía ser eliminada.

6. «La huelga», *La Nación*, 21 de enero de 1888. «Los cocineros y mozos de café», *La Prensa*, 21 de enero de 1888.

7. Ibíd.

8. «La huelga», *La Nación*, 21 de enero de 1888.

9. Ibíd.

10. Según *La Nación*, «la policía se puso en activo movimiento (...) por la noche se convirtió la comisaría 3ra en un campamento militar (...). Hasta en el local de la sociedad La France, donde debían reunirse los huelguistas para deliberar sobre su situación y lo que les correspondía hacer, estaba custodiado por la policía». «La huelga», *La Nación*, 21 de enero de 1888.

11. «Huelga de cocineros, mozos y cocheros», *La Prensa*, 26 de enero de 1888. «El ukase municipal», *La Nación*, 22 de enero de 1888.

12. Ibíd. Según la crónica, «un cocinero de categoría ha donado 5.000 nacionales para ese fin».

13. «Huelga de cocineros, mozos y cocheros», *La Prensa*, 26 de enero de 1888.

En la postura que tomaron respecto al conflicto, por otro lado, tenía mucha influencia el enfrentamiento que mantenían con el gobierno. Se criticaba la huelga pero se insistía en denunciar a la ordenanza municipal como violatoria de las libertades individuales y se reclamaba una respuesta no solo de los trabajadores sino incluso de los patrones de establecimientos que eran obligados a cumplir la disposición de la libreta. Aunque el intendente municipal recibió mensajes de apoyo del gobierno nacional e incluso un documento de adhesión firmado en la Bolsa de Comercio por aproximadamente 180 personas, la generalización del rechazo a la ordenanza en la opinión pública comenzó a hacerse evidente cuando las críticas llegaron desde la propia prensa oficialista.[14]

El creciente peso de «la opinión» contraria a la ordenanza, que reflejaba la fuerza de la huelga y también la presión de los propietarios –que advertían que la extensión a sus establecimientos de una disposición planeada para los trabajadores domésticos estaba teniendo como consecuencia, contradictoriamente, un fortalecimiento de la organización obrera– fue quebrando la resistencia de la intendencia municipal. El 25 de enero, cuando se dio a conocer la iniciativa de un grupo de concejales de reformar los artículos de la cuestionada ordenanza, la «comisión de cocheros en huelga» llamó a volver al trabajo.[15] A comienzos de febrero, *La Nación* informaba que los mozos y cocineros retornaban al trabajo, «en virtud de arreglos que impedirán los efectos de la libreta, en lo que tienen de atentatorios, mientras no se reforme o se suspenda la ordenanza que se impone, como sucederá inevitablemente y antes de mucho».[16] En efecto, tiempo después la ordenanza sería derogada y el propio intendente renunciaría a su cargo. La primera huelga del agitado bienio de 1888-1889 concluía así con un importante triunfo para los trabajadores.

La huelga de los panaderos

Pero el impacto causado por la huelga contra la libreta municipal no solo había impulsado a la acción a los trabajadores de los gremios afectados: actuó en realidad como un catalizador para impulsar otras medidas de lucha e intentos de organización obrera. A fines de enero de 1888, *La Nación* informaba que

14. *Tribuna Nacional*, un órgano afín al gobierno, planteaba el 22 de enero que «no es admisible que por medio de una simple ordenanza municipal se establezcan clasificaciones de oficios que dan por resultado colocar a los individuos a quienes afectan fuera del derecho común, o de las relaciones civiles que ligan a los demás hombres entre sí».

15. «La huelga», *La Prensa*, 26 de enero de 1888. «El ukase municipal», *La Nación*, 26 de enero de 1888.

16. «Alrededor del ukase», *La Nación*, 2 de febrero de 1888.

> «... entre los gremios de tapiceros, carpinteros y oficiales de aserradero se agita la idea de construir una sociedad cooperativa, temerosos de que se les someta a una ordenanza municipal análoga a la que pesa sobre los cocineros y los mozos de hotel. Ya se han hecho los trabajos preliminares, y *se han puesto en comunicación directa con los miembros de la sociedad de Artistas Culinarios*».[17]

La consecuencia más importante de la huelga de los domésticos fue el estallido de otra similar en el gremio de los panaderos. Aunque en algunas crónicas se señalaba el temor de los panaderos a la aplicación de la ordenanza municipal sobre los trabajadores de su gremio –y es evidente que dicho temor jugó un papel en la organización y agitación obrera– el reclamo de los obreros panaderos no se centraba en el rechazo a la «libreta» sino que obedecía a reivindicaciones salariales, y en ese sentido marcaba la línea general de lo que serían los conflictos de los meses venideros. El sábado 29 de enero los panaderos enviaron una nota a los patrones en la que se fijaban los reclamos que los llevaban al conflicto: firmada por «la comisión» del gremio, la circular denunciaba el constante incremento del costo de vida y reclamaba «a todos los dueños de las panaderías situadas en el municipio de Buenos Aires y en el de Barracas al Sud, un aumento de 30 por ciento sobre los sueldos actuales, 60 cts. por lo menos y un kilo de pan por día, para poder comer donde les gusta; y también el pago del sueldo cada semana». La comisión ponía un plazo de dos días para recibir una respuesta y advertía que, «en caso de ser rechazada la demanda», se vería obligada a «tomar todas aquellas medidas que creerá oportunas en el interés de los obreros panaderos».[18]

A diferencia de lo ocurrido con la huelga de cocineros y cocheros contra la libreta del personal doméstico, la de los panaderos enfrentó desde un principio la oposición de los principales medios de prensa. El intendente municipal se reunió con los propietarios de panaderías pocas horas después de iniciado el conflicto y les aseguró que la municipalidad estaba dispuesta a «suministrar mil o mil quinientos peones municipales» para elaborar el pan y a disponer «lo necesario para que se trajera pan de Montevideo, Rosario, Mercedes, La Plata y otros pueblos cercanos».[19] A pesar de la oposición de la prensa, los patrones y el gobierno, sin embargo, los panaderos mantuvieron firme su medida de fuerza y, con el correr de los días, fueron logrando que los propietarios de panaderías cedieran a sus reclamos. Para lograr ese desenlace tuvo una importancia fundamental la

17. «El asunto del día», *La Nación*, 28 de enero de 1888, cursivas nuestras.

18. «Una verdadera huelga», *La Prensa*, 31 de enero de 1888.

19. «La huelga de panaderos», *La Prensa*, 1 de febrero de 1888.

organización con la que contaban, que les permitió actuar de forma unificada ante unos patrones panaderos que encontraron serias dificultades para ofrecer una respuesta unívoca.

En efecto, como veremos en el sexto capítulo, la Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos era anterior al conflicto y en buena medida lo había preparado: se trataba de una organización fundada en julio de 1887 por panaderos fuertemente influidos por el anarquismo. Apenas iniciado el conflicto, *La Nación* informaba que circulaban «numerosas listas de suscripción para los fines de la huelga», a través de los cuales los panaderos decían haber recolectado la suma de veinte mil pesos. Durante la huelga, la sociedad mostró una capacidad organizativa importante: los patrones que aceptaban el acuerdo pronto podían restablecer el trabajo en sus establecimientos porque «los huelguistas tienen varias comisiones en la Fonda "Panaderos de Aplano" y en un café de la calle Suipacha, las que al recibir la adhesión del patrón disponen el envío de las cuadrillas necesarias».[20]

Al constatar que muchos propietarios cedían individualmente a los reclamos de los obreros, un grupo de dueños de panaderías intentaron organizarse para dar una respuesta unificada. El 4 de febrero se realizó incluso una reunión conjunta de los trabajadores con este grupo de patrones, en el teatro Goldoni, que culminó sin embargo en un fracaso.[21] Aunque los propietarios intentaron continuar con su actitud, estableciendo una multa para todos aquellos que cediesen al reclamo obrero, la huelga de los panaderos concluyó con un triunfo de los trabajadores una semana después de iniciada. El 6 de febrero el intendente aceptó reunirse con una delegación de ocho obreros en la que «quedó demostrado que carece de fundamento la especie publicada sobre aceptación de los obreros de la propuesta Duprat [se refiere a la propuesta de los patrones] para terminar la cuestión y que por el contrario pasan de cien los dueños de panaderías que han aceptado las proposiciones de sus empleados».[22] La huelga de los panaderos, que mostraba los principales rasgos que caracterizarían a la agitación obrera en el período inmediatamente posterior, dio como resultado una victoria que reforzaba el proceso de incipiente organización de los trabajadores de la ciudad.

Las huelgas de octubre y noviembre de 1888

Luego de los conflictos del verano de 1888, la agitación obrera conoció un nuevo ascenso, mucho más profundo que el anterior, durante la primavera. Esta vez la conflictividad alcanzó a uno de los núcleos más importantes del mercado de trabajo de la ciudad, como eran los grandes talleres de las empresas ferroviarias. Como destacamos en el capítulo anterior, estos talleres constituían una de las más importantes concentraciones obreras: reunían a centenares de trabajadores de diferentes oficios y calificaciones, que más allá de sus segmentaciones internas realizaban sus labores en un mismo lugar de trabajo y enfrentaban a una misma patronal. A fines de la década de 1880, en el marco de una carestía creciente, la decisión del gobierno de autorizar a las empresas ferroviarias de origen extranjero a trasladar a sus tarifas la devaluación de la moneda, mientras mantenían congelados los salarios, provocó una reacción de los trabajadores, que dieron los primeros pasos en su organización gremial. El 20 de octubre un grupo de encargados de sección de los talleres del ferrocarril del Sud ubicados en la estación Sola, en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, presentaron una petición a la gerencia, solicitando que los jornales de los 750 trabajadores del taller fueran pagados en oro. Ante la respuesta negativa del gerente, el 24 de octubre fue presentada una nota firmada por «todos los trabajadores» en la que se planteaba nuevamente el reclamo y se argumentaban los motivos por los cuales, a juicio de los trabajadores, la empresa debía acceder a su pedido:

> «En contestación a nuestro pedido sobre mejoramiento de nuestra condición sobre el asunto de sueldos, Vd. dice que siente no poder avisar a la compañía que nos pague en oro. No podemos comprender la razón por qué la compañía no nos paga en oro o su equivalente, porque sabemos que la compañía cobra el por ciento en oro en cargas, tarifa, etc., y pagándonos como lo hace ahora, resulta una gran reducción en nuestros sueldos de lo que fue años pasados, lo cual consideramos muy injusto y sobre todo en el estado próspero en que se encuentra la compañía del Gran Ferro Carril del Sud».[23]

El viernes 26 por la mañana, cuando el gerente anunció a los trabajadores que la decisión del directorio era no tomar ninguna medida hasta tanto no se consultara con las restantes empresas ferroviarias, los obreros de los talleres de Sola se declararon en huelga y se dirigieron hacia la plaza Herrera de Barracas, donde fueron reprimidos por fuerzas policiales que arrestaron a más de un centenar de trabajadores.[24] El comisario de la seccional llegó incluso a pedir tropas del ejército como refuerzo, lo cual fue rechazado por el jefe de la policía. Al día siguiente el presidente del

20. «La famosa ordenanza y sus efectos», *La Nación*, 31 de enero de 1888. «La huelga de los panaderos», *La Prensa*, 2 de febrero de 1888.

21. «El conflicto entre los obreros panaderos y sus patrones», *La Nación*, 5 de febrero de 1888.

22. «Los dueños de panadería», *La Nación*, 5 de febrero de 1888.

23. «La huelga de los obreros del ferrocarril del Sud», *La Prensa*, 27 de octubre de 1888.

24. «La huelga en el ferrocarril del Sud», *El Nacional*, 27 de octubre de 1888.

ferrocarril del Sud mandó una nota a este último, agradeciendo la acción de sus fuerzas: según *Sud-América*, «el señor Abbott nos habló complacido de la actitud de la policía, prudente hasta donde ha podido estarlo, para reprimir una manifestación imponente».[25]

La huelga, y sobre todo los incidentes producidos en la plaza Herrera, tuvieron un enorme impacto en la opinión y en los periódicos, que volvieron a dedicar un gran espacio al problema de la conflictividad obrera, tal como habían hecho en los primeros meses del año. La mayoría de los medios de prensa comenzó adoptando una posición favorable a los huelguistas, considerando que sus reclamos eran justos y obedecían al grave encarecimiento de la vida que había tenido lugar en los meses previos. La magnitud de la movilización obrera llevó incluso a la empresa a ofrecer una propuesta, el mismo lunes 29: la gerencia del ferrocarril del Sud anunció que había decidido otorgar un aumento de sueldo, aclarando que lo había acordado con el resto de las compañías ferroviarias (Norte, Rosario, Sur y Pacífico) y convocaba a los trabajadores a regresar a los talleres a partir del viernes 2 de noviembre. Aunque la decisión del directorio implicaba un paso adelante para los obreros, para la empresa no resultó sencillo lograr el retorno al trabajo. Los trabajadores, que habían establecido vínculos organizativos entre ellos a pesar de no contar con una sociedad preexistente, respondieron con un comunicado firmado por «la comisión» en el cual se rechazaba la oferta: sostenían que no pedían aumento de sus jornales sino su pago en moneda fuerte (pesos oro), como un modo de evitar la permanente devaluación.[26] Cuando llegó el día pautado para el regreso al trabajo, los periódicos constataban que eran «muy pocos» los obreros que habían concurrido a los talleres.

Cuando aún no se había cerrado el conflicto de los ferroviarios de los talleres de Sola, las crónicas periodísticas comenzaron a ocuparse del estallido de huelgas en otros establecimientos mecánicos de la ciudad, poniendo de manifiesto los estrechos vínculos existentes entre los trabajadores de los talleres ferroviarios y los de otros establecimientos. El domingo 2 de noviembre los trabajadores de la fundición «Fénix», propiedad de los hermanos Bash, enviaron una solicitud a los patrones; en sus breves párrafos era posible advertir no solo la importancia de la reivindicación salarial como eje del reclamo sino también el impacto causado por otros conflictos laborales:

> «Ilustres señores Bash y Com: la grande cuestión que todavía se agita en la República Argentina, por una causa justa y sacrosanta en pro del trabajador, que es el aumentación del su sueldo, nosotros creemos que sea a Vs. bien nota, por eso limitámonos a decirse que nosotros trabajadores del suyo taller, sentimos en esta guerra económica los mismos menesteres y también hemos los mismos derechos.
>
> »El aumento de estipendio que nosotros deseamos, no defieriense mucho de lo que los nuestros compañeros de desventura, han dirigido a los suyos rispectivos principales. No el oro, ne tampoco el equivalente, perque un juego de bolsa para hacerle perder el su valor que tien hoy y bajar el al valor del billete: pues un aumento que queda, que sea constante: quedando así, sin embarco, todos el motivos de cuestión entre trabajadores y padrones. Tenido cálculo de lo incarecer de todos los género de alimento, del alquiler y vestidos, parecenos no fuera de la honestad el 25 por 100 de aumento».[27]

Ante la respuesta negativa de la patronal, los 160 trabajadores de Bash se declararon en huelga a partir del domingo 4 de noviembre, iniciando un ciclo de conflictos entre los obreros de los establecimientos metalúrgicos. El miércoles 7 se declararon en huelga, en reclamo de un aumento del 25 %, los trabajadores del taller de Wohler y Cía, ubicado en la calle Montes de Oca a poca distancia del de los hermanos Bash. Lo mismo hicieron ese día los más de doscientos obreros del establecimiento mecánico de Schwartz y Cía, en Casa Amarilla, cerca de La Boca, reclamando un aumento salarial del 40 %. El 9 de noviembre fueron a la huelga los fundidores del establecimiento de J. Raimondi y Vetere, solicitando un 25 % y el 12 lo hicieron los ciento treinta trabajadores de la casa Drysdale. El martes 13 se sumaron los obreros de dos nuevas fábricas: «La Platense» y Rey y Chavanne.[28] En poco más de una semana la huelga se había extendido a los principales establecimientos metalúrgicos de la ciudad.

La primera respuesta de los propietarios fue rechazar cualquier tipo de acuerdo con los trabajadores: Wohler y Schwartz anunciaron el despido de todos los operarios. Contaron enseguida, como había sucedido en los conflictos de principios de año, con el apoyo de las fuerzas policiales,

25. «Continúa la huelga», *Sud-América*, 27 de octubre de 1889. Jacinto Oddone destacaba, en su clásico *Gremialismo proletario argentino*, que la huelga de los talleres de Sola había tenido «una importancia distinta, para el gobierno, que las dos o tres que se habían producido hasta entonces. Era una huelga declarada a una poderosa empresa, que tenía vastas influencias en las altas esferas gubernativas, razón por la cual la policía tomó seriamente cartas en ella» (Oddone 1949, pág. 72).

26. «La huelga», *La Prensa*, 1 de noviembre de 1888.

27. «La nueva huelga», *La Prensa*, 7 de noviembre de 1888. Se mantienen los errores ortográficos del original.

28. «Huelgas», *La Prensa*, 8 de noviembre de 1888. «Huelga», *La Prensa*, 10 de noviembre de 1888. «Más huelguistas», *Sud-América*, 13 de noviembre de 1888.

que destinaron piquetes de vigilancia en las inmediaciones de los talleres. A pesar de ello, las huelgas lograron mantenerse, con comisiones y piquetes de trabajadores que buscaban asegurar el cumplimiento de la medida: el jueves 8, por ejemplo, «concurrieron a los talleres mecánicos de los señores Bash hermanos 45 de los obreros en huelga, retirándose a las 11 am, después de manifestar su temor de que si continuaban el trabajo fuesen perjudicados por el resto de sus compañeros».[29]

El 24 de noviembre, el diario *La Prensa* señalaba que había circulado «profusamente» un «manifiesto suscrito en "nombre de todos los huelguistas" por "La Comisión" y por "los trabajadores huelguistas de los talleres de Bash, Wohler, Schwartz y Raimondi, a sus compañeros", en que exhortan a los obreros a sostenerse en su actitud, hasta conseguir el aumento de salarios». La nota de *La Prensa* señalaba la existencia de otro manifiesto «dirigido "a los obreros del arte de fierro y demás mecánicos" por "los obreros de Sola", en que estos hablan en el mismo sentido del manifiesto anterior», lo cual da cuenta de que existían vínculos de solidaridad y organización entre los trabajadores que habían salido a la huelga en esa agitada primavera de 1888.[30]

Al calor de la huelga de los metalúrgicos de los talleres industriales, el conflicto que habían iniciado los ferroviarios de Sola se extendió a otros talleres del ferrocarril: el 9 de noviembre unos cuatrocientos trabajadores de los talleres de Tolosa y Once de Septiembre presentaron una solicitud reclamando un aumento del 25 %. El impacto de la agitación obrera ante la carestía era indiscutible y se ponía de manifiesto en las argumentaciones de su solicitud:

> «... de algún tiempo a esta parte –sostenían– se va haciendo insoportable nuestra existencia por motivo de los precios subidos de los artículos de consumo en general y las viviendas en esta localidad, y que los jornales que se nos abonan en compensación de nuestros trabajos, no están en relación con el aumento que tenemos que soportar en muchos casos, a tal punto de tener que economizar con nuestro hambre y con nuestra sed».[31]

La agitación entre los trabajadores de los talleres ferroviarios se extendió al interior de la provincia de Buenos Aires: el 13 de noviembre fueron a la huelga 150 obreros de los talleres que el ferrocarril al Pacífico tenía en la localidad de Junín, reclamando un aumento de 25 %. A diferencia de los

29. «Las huelgas», *La Prensa*, 9 de noviembre de 1888.
30. «Las huelgas», *La Prensa*, 24 de noviembre de 1888.
31. «Otra huelga en perspectiva», *La Prensa*, 10 de noviembre de 1888.

propietarios de establecimientos metalúrgicos, el directorio de la empresa ferroviaria mostró una vez más la intención de cerrar rápidamente el conflicto cediendo en parte a las exigencias de los trabajadores, y dos días más tarde se anunció un acuerdo sobre la base de un aumento del 10 % y el compromiso de la empresa de «costear médico y botica» a los obreros de los talleres. También algunas crónicas informaban sobre un conflicto ferroviario en Campana, durante el cual «la policía tuvo que intervenir contra los obreros que trabajan en la línea férrea y pretendían bloquear el paso de trenes».[32]

«Existe organizado el socialismo en Argentina»: las primeras respuestas patronales a las huelgas obreras

Las huelgas de octubre y noviembre de 1888 comenzaron a sembrar alarma entre los empresarios. El 10 de noviembre, en el salón de la Unión Industrial, se realizó una reunión con la presencia de más de veinte propietarios de establecimientos metalúrgicos, en la cual se decidió que en ningún caso cederían «a la presión de una huelga» y que en ninguno de los talleres de los presentes sería «admitido un obrero alzado en huelga en cualquiera de los otros». Varios de los industriales que intervinieron reconocieron el aumento del costo de la vida, pero argumentando que afectaba por igual a trabajadores y patrones. Ante la extensión del movimiento, el Consejo de Administración de la UIA convocó a una reunión para el 19 de

32. «Huelgas», *La Prensa*, 14 de noviembre de 1888; «Los obreros del ferrocarril de la Provincia», *La Prensa*, 15 de noviembre de 1888; «Los huelguistas de Campana», *La Prensa*, 17 de noviembre de 1888. La agitación se extendió a algunos otros gremios en ese mismo mes de noviembre. El día 17 los trabajadores sombrereros de la fábrica de Rolando La Vigni y Cía se declararon en huelga en reclamo de aumento de sueldos y pusieron «a disposición de los demás obreros del mismo oficio que quieran imitarlos una modesta suma de dinero que han formado por suscripción levantada entre ellos». Dos días más tarde, los peones del alumbrado público de la ciudad presentaron una solicitud al gobierno municipal «exponiendo que se verán en la necesidad de dejar sus puestos, y a la ciudad a oscuras, si no se les paga dentro de tres días en la forma que lo solicitan, es decir, lo atrasado que se les adeuda, y, en adelante, en los últimos días de cada mes». Los trabajadores obtuvieron el pago, y la municipalidad rescindió el contrato de la empresa encargada del alumbrado. El 20 de noviembre se logró evitar una huelga de marineros a partir de la concesión, por parte de los empresarios, de un aumento salarial. Marotta indica que en diciembre los zapateros obtuvieron un aumento del 20 % luego de realizar una asamblea conjunta con un grupo de patrones (Marotta 1960, págs. 56-57). «Las huelgas», *La Prensa*, 18 de noviembre de 1888. «Los peones del alumbrado público», *La Prensa*, 20 de noviembre de 1888. «La huelga de lanchoneros», *La Prensa*, 21 noviembre de 1888.

noviembre, donde se resolvió la formación de una comisión «que estudiase con especial detención y empeño esas huelgas, sus causas diversas y los medios de prevenir sus efectos».[33]

Lo más destacado de las reuniones patronales, de todas formas, fue que cobró fuerza un planteo que había sido avanzado tímidamente hasta entonces pero que se generalizaría en el marco del clima de conflicto: la denuncia de que detrás de las huelgas se encontraba «la propaganda insana de malos obreros contaminados con los errores del socialismo». La reunión en la Unión Industrial decidió formar una segunda comisión «que proyectase una protesta de los industriales ante dicha propaganda y la actitud que esta determinaba».[34]

El día 23 de noviembre, una nueva reunión de industriales se dedicó a analizar un proyecto de manifiesto elaborado por una de las comisiones creadas en la reunión anterior. Allí se volvía a señalar «lo contraproducente que son estos métodos [las huelgas] y los perjuicios inútiles que causan a la industria nacional, a los industriales y en especialidad a los obreros» y se insistía en que los propietarios tenían «la mejor buena voluntad para oír los reclamos que les dirijan al respecto siempre que se haga uso de una forma culta y amigable, despojada de los caracteres odiosos de una imposición inaceptable». En la reunión se discutió, además, una «invitación dirigida por los obreros a los patrones o dueños de establecimientos industriales, para que concurran, si desean, a la reunión que mañana celebrarán aquellos, los obreros en la calle de Comercio, para tratar y discutir su propia suerte, las huelgas y las cuestiones relativas a estas». Los empresarios decidieron que varios de ellos concurrieran a la reunión, en forma particular y sin representar con su presencia a la Unión Industrial.[35]

Dicho encuentro, que tuvo lugar en el local del Verein Vorwärts, ubicado en la calle Comercio 880, el 25 de noviembre de 1888, es un episodio de extraordinario interés que proporciona muchos elementos de análisis para el estudio de la agitación obrera del período. Los principales dirigentes y militantes anarquistas y socialistas se dieron cita en una multitudinaria asamblea que provocó una honda impresión en los principales medios de

33. «Las huelgas», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1888. «Las huelgas», *La Prensa*, 20 de noviembre de 1888. Rocchi (2006) ha mostrado que el proceso de consolidación de una «identidad empresaria» fue complejo y no debe ser entendido como una consecuencia directa y lineal de la formación de la UIA en 1887. Algunos señalamientos de esta sección y de próximos capítulos contribuyen a confirmar una de las hipótesis de Rocchi, referidas al papel que jugó la conflictividad obrera como uno de los factores que colaboró en la delimitación y fortalecimiento de los agrupamientos patronales.

34. «Las huelgas», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1888. «Las huelgas», *La Prensa*, 20 de noviembre de 1888.

35. «Las huelgas», *La Prensa*, 24 de noviembre de 1888.

prensa y entre las organizaciones empresariales. Aunque fue mencionada en algunos trabajos, se trata de un episodio prácticamente inexplorado por la historiografía. El diario *La Prensa* publicó una crónica bastante detallada del acontecimiento en su edición del día 27:

> «Presidía la asamblea el Sr. Hector [Ettore] Mattei, anarquista italiano. Declarada abierta la reunión, tomó la palabra, en italiano, el Sr. Malatesta, que fue el discurso más aplaudido en la asamblea. Su tema fue las huelgas y la condición de la clase obrera en Europa y en América, que estudió con preparación y buen conocimiento del asunto, lo que le valió una verdadera ovación de parte de la mayoría de los concurrentes. Le siguió en la palabra, D. Zacarías Rabassa, español, que habló en su idioma sobre el mismo tema, y como el orador preopinante, entre manifestaciones de aprobación y desaprobación de un auditorio que se permitía también interrumpir a los oradores cuando le parecía bien».[36]

Lo más destacado fue lo que ocurrió a continuación, cuando tomó la palabra un miembro de la Unión Industrial Argentina, en un incidente que pone de manifiesto los límites que aún encontraba el proceso de diferenciación y organización independiente de los trabajadores en esos últimos años de la década de 1880 y al mismo tiempo, ofrece un retrato del modo en que esta diferenciación se procesaba a través del propio desarrollo de los conflictos y de la experiencia de los obreros. Vale la pena citar en extensión la crónica del periódico porteño:

> «En seguida subió a la tribuna un obrero, socio de la "Unión Industrial Argentina", el señor Eduardo Lluch y pronuncia un breve discurso, correcto y mesurado, combatiendo de raíz las ideas de Malatesta e impugnando razonablemente la propaganda socialista.
>
> »La concurrencia protesta y solo un insignificante número de personas tributan aplausos al orador. Este exclama al terminar: "En fin, señores, nuestro afán, el deseo de todo obrero que se estime, debe ser el de buscar una solución para este estado de cosas. Propongo que nombréis una comisión que en contacto con otra que nombrará la «Unión Industrial Argentina», trabaje por encontrar el resultado que todos apetecemos. Exponer las causas y consecuencias de las huelgas, será sin disputa muy útil para el obrero que no acierta a explicárselas, pero

36. «Reunión de obreros», *La Prensa*, 27 de noviembre de 1888. La crónica de *La Nación* es más breve pero proporciona un relato similar de lo acontecido en la reunión: «Guerra al capital», *La Nación*, 27 de noviembre de 1888.

si solamente nos hemos de circunscribir a este tema, el resultado me parece poco práctico. Yo creo que abierta la llaga debe aplicársele el cautiverio".

»Esta moción del señor Lluch fue mal recibida (...). El orador catalán [se refiere al anarquista Zacarías Rabassa] vuelve de nuevo a la tribuna y dice: "Esa moción es una celada. Se quiere juntar a ocho lobos con ocho carneros. Los carneros somos nosotros, los que trabajamos. Los lobos son ellos, los que no trabajan, y sin embargo imperan". Otro señor, francés de nacionalidad, ocupó luego el puesto de los oradores, pronunció una proclama abundante en denuestos contra el capital, pintando con sombríos y conmovedores detalles la triste situación del obrero.

»(...) El señor Lluch se levanta entonces de su asiento, y encarándose con el auditorio, exclama: "Los infames y los farsantes son los que, faltando descaradamente a la verdad, pretenden embaucar a los obreros con utopías ya pasadas de moda, y aseguran que la situación económica del obrero es tan precaria aquí como en Europa, y que estamos pereciendo de hambre, y notad que el que eso dice usa botines de flamante charol y traje nuevo y su cara, lejos de acusar los caracteres de la anemia como consecuencia de la mala alimentación, reboza salud y robustez".

»Aquí se produce un desorden general: todos hablan en voz alta en sus respectivos idiomas; hasta que por fin, un señor de color, Alejandro Duharte, cubano, consiguió hacerse oír y pronunciar un discurso, regularmente aplaudido, sobre el socialismo, el matrimonio civil y las huelgas, asuntos que trató con criterio abiertamente radical».[37]

La asamblea concluyó con un claro repudio a la moción de Lluch: la crónica publicada por *Vorwärts* señalaba que la agitación era explicable, «en vista de los sumamente variados elementos y de los diversos caracteres de los presentes, como también del ánimo, bastante agitado en la actualidad, que domina en muchos círculos de trabajadores» y denunciaba al «sujeto miserable, que apareció con sombrero de copa, pero que evidentemente había venido con el encargo o con el propósito de perturbar la asamblea a través de todas las provocaciones posibles».[38] Los incidentes no impidieron que la reunión tomase una serie de medidas: se aprobó una resolución que establecía una posición ante las denuncias y persecuciones que comenzaban a surgir desde diversos medios de prensa, acusando a los socialistas de ser los causantes de las huelgas. La moción caracterizaba que las huelgas eran, en general, «el producto social del orden capitalista» y, en el caso particular de las que estaban en curso en Buenos Aires, «el producto natural de la situación actual lastimosa de la clase obrera, de la situación creada por la injusta política financiera del gobierno (impuestos indirectos) y por la especulación desenfrenada de la bolsa y de los capitalistas». La resolución destacaba, por otra parte, que las huelgas constituían «un derecho natural derivado de la libertad individual, cuyo ejercicio libre solicitan los obreros sin condición para defender sus intereses» y en consecuencia protestaba «contra la *invectiva mentirosa* por la cual afirma una parte de la prensa capitalista que las huelgas actuales sean la obra artificial de los socialistas», así como contra «la conducta de la policía y los arrestos arbitrarios de los huelguistas».[39]

37. «Reunión de obreros», *La Prensa*, 27 de noviembre de 1888.

38. «Ein Arbeitertag in Buenos Aires», *Vorwärts*, núm. 102, 1 de diciembre de 1888. Las traducciones de este periódico corresponden a la edición de Tarcus, Zeller y Carrera (2008).

Luego de las definiciones de los empresarios en las reuniones de la Unión Industrial, y sobre todo después de la experiencia de la reunión realizada el 25 de noviembre, se modificó sustancialmente la perspectiva de los principales medios de prensa con respecto a la agitación huelguística. El diario *La Prensa* ya había comenzado a deslizarse, a comienzos del mes de noviembre, de su posición inicialmente condescendiente con los reclamos obreros a considerar que las huelgas iban «tomando un carácter alarmante» y eran «artificiales».[40] El 29 de noviembre dedicó una extensa editorial al problema, en la cual se señalaba que la asamblea realizada en el local del Vorwärts «complica muy desagradablemente el panorama», en tanto desde su tribuna se habían «lanzado proclamas incendiarias, verdaderas amenazas de perturbación pública, explosiones de ira concentrada al orden social actual», colocando el reclamo del aumento de salario «bajo el patrocinio de la bandera socialista». La consecuencia, para el periódico, era que el reclamo dejaba de ser justo, «para transformarse en una franca provocación a la lucha social». *La Prensa* planteaba en este punto una advertencia a los trabajadores de Buenos Aires, en un tenor de ideas que prefiguran buena parte de las argumentaciones que algunos años más tarde servirían de fundamentación para las leyes represivas de expulsión de los trabajadores extranjeros:

> «Queremos presentar a los obreros la cuestión tal cual es, con toda claridad, para que procedan con perfecto conocimiento de lo que hagan. Desde luego: ningún argentino es socialista, porque no hay en la República causas para el socialismo.

39. Ibíd., cursivas del original.

40. «Las huelgas», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1888.

> Y agregamos; que ningún extranjero trabajador, con familia, que no ha pertenecido a esa secta en su país, se hace socialista en la República Argentina: el socialismo es un ingrato producto de la miseria, explotada por las exageraciones de los fanáticos, quienes encuentran allí el medio ambiente propicio para la prédica de sus doctrinas.
>
> »(...) Esos hechos evidentes indican que para este país la lucha con el socialismo turbulento es muy fácil. La semilla no puede prender, porque el trabajo abunda: no hay opresión de miseria. Partiendo de esa base, una ley de defensa del país contra aquel elemento perturbador, que faculte a los Poderes Públicos para embarcar a todo individuo convicto de la prédica mencionada contra el orden social, y devolverlos a sus países, matará la única simiente posible y allí terminará la lucha.
>
> »(...) Si no están contentos en este país, que no es su patria; si no les agrada la organización política que nos hemos dado; si les choca nuestra complexión civil, váyanse a sus respectivos países (...). ¿No les gusta nuestra organización? ¡Váyanse! ¿No se quieren ir y resuelven fundar partidos perturbadores de nuestra organización social? No lo consentiremos: del fondo del derecho a la propia conservación, surgirán leyes que compelan a embarcarse con destino a las playas de sus patrias a los que se declaren enemigos de la Nación».[41]

Otros periódicos, más cercanos al oficialismo, llevaban esta campaña de denuncia a extremos más grotescos pero que son indicativos, de todas formas, del clima de persecución contra los militantes socialistas y anarquistas. *Figaro*, un diario juarista, reivindicaba a los inmigrantes latinos, por oposición a los politizados trabajadores alemanes y planteaba un firme llamado a la represión:

> «Un alemán me tradujo los sueltos del Vorwaerts: esto es tremendo, estupendo, horripilante! (...). La inmigración latina, los tipos de la Europa meridional, donde todo es calor y luz, vida y alegría, esto es lo que nos conviene (...). Mañana, si por confianza de nuestras autoridades, o porque quieran dejar que la libertad exista hasta el abuso, llegamos a ser víctimas de un levantamiento encabezado por la asociación que parece dirigir a la clase obrera, será preciso emplear medidas tremendas que pueden evitarse desde ahora, yendo derecho a la causa y destruyéndola, cuando empieza a manifestarse».[42]

41. Ibíd.
42. «El socialismo y las huelgas», *Figaro*, 14 de noviembre de 1888.

Sin dudas existían matices entre las imprecaciones sin sustento del *Figaro* y las largas editoriales de *La Prensa*, un periódico que solía combinar la inquietud por mejorar la situación de los trabajadores con fuertes ataques a los obreros que decidían tomar el camino de la huelga. De todos modos, las denuncias sobre el papel de los «cabecillas extranjeros», los llamados a arbitrar medidas represivas y, más en general, los editoriales y largos artículos dedicados a abordar de una u otra manera la «cuestión obrera», tomados en su conjunto, ponían de manifiesto que en fecha tan temprana como 1888 la agitación de la clase trabajadora en la ciudad de Buenos Aires se había convertido en una fuente de preocupación para la clase dominante y las autoridades. La continuidad de la conflictividad laboral en el año siguiente no haría sino profundizarla.

Las huelgas en 1889

Si 1888 mostró un importante salto en la conflictividad de los trabajadores de Buenos Aires, el año siguiente la agitación huelguística sería aún más pronunciada, en un contexto que ya estaba marcado por la agudización de la crisis económica y política. La agitación comenzó desde principios de año, cuando a mediados de enero se desató un conflicto en el puerto. Unos trescientos obreros que trabajaban en las obras del Riachuelo, que habían presentado una solicitud de aumento salarial varios meses antes, se declararon en huelga el lunes 14 luego de no obtener ninguna respuesta a su exigencia de incremento del 25 %. Al día siguiente, según las crónicas, los obreros comenzaron «a volver al trabajo» luego de que una delegación de huelguistas aceptara el aumento de 10 % para oficiales y 20 % para marineros, otorgado por la Comisión de Obras del Riachuelo, en acuerdo con el ministro del Interior. Ese mismo día, *La Prensa* incluía una breve noticia sobre una huelga de «parte de los operarios de los talleres del ferrocarril al Rosario, situados en la sección 13», que culminó con el arresto de 17 operarios que intentaron «impedir que sus compañeros penetraran a los talleres».[43]

Hacia fines del mes de enero, se inició un nuevo conflicto protagonizado por los trabajadores de peluquerías, un gremio que reunía a un importante número de oficiales y aprendices distribuidos en locales concentrados sobre todo en el centro de la ciudad, algunos de ellos con decenas de empleados. Tal como había sucedido con los panaderos el verano anterior, en este caso también es posible encontrar una organización previa entre los trabajadores y fuentes que evidencian incluso la forma en que este con-

43. «Huelga», *La Prensa*, 15 de enero de 1889; «La huelga», *La Prensa*, 16 de enero de 1889. «Huelga de obreros», *La Nación*, 15 de enero de 1889. «Operarios en huelga», *La Prensa*, 16 de enero de 1889.

flicto fue preparado y organizado. El conflicto no llegó a transformarse en una huelga, dado que algunas semanas después la mayoría de los propietarios resolvió otorgar un aumento del 20 % en los sueldos pero disponiendo al mismo tiempo de un aumento equivalente en los precios a los clientes.[44]

Si bien no se produjeron nuevos movimientos huelguísticos de magnitud, es posible rastrear durante el resto del verano y el otoño de 1889 una serie de elementos que muestran que continuaba el proceso de agitación y organización de los trabajadores. En algunos casos se trataba de conflictos breves pero que dan cuenta del malestar reinante entre los trabajadores y los intentos de organizarse para plantear sus reclamos y reivindicaciones. El 15 de febrero, por ejemplo, *La Prensa* informaba sobre una agitación entre los 170 obreros que trabajaban en la obra de demolición del edificio del Cabildo y construcciones adyacentes, producida luego de que les fuera informado el despido de uno de los operarios.[45] En abril tuvo lugar un reclamo de los maquinistas del ferrocarril del Sud como consecuencia del encarcelamiento sufrido por dos de sus compañeros luego de un accidente ferroviario, una demanda que los maquinistas y su asociación gremial – La Fraternidad, fundada en 1887 – plantearían en numerosas ocasiones, muchas veces con el respaldo de las propias empresas. En mayo fueron a la huelga los trabajadores gráficos de Peuser, en rechazo al establecimiento de medidas de control del personal, y en julio lo hicieron los trabajadores cigarreros (Marotta 1960, págs. 61-63). Al calor de esta agitación obrera se procesaba la actividad política por parte de grupos socialistas y anarquistas en la ciudad, que analizaremos en detalle en los capítulos 7 y 8.

Las huelgas de agosto y septiembre de 1889

Hacia fines del invierno, una nueva ola de agitación huelguística, más fuerte que todas las anteriores, sacudió a la ciudad. Por la tarde del viernes 2 de agosto, se declararon en huelga los marineros y trabajadores empleados en las obras del Riachuelo, los empleados de las lanchas que efectuaban un servicio de carga y descarga a las lanchas y los barraqueros próximos a la ribera. El conflicto empezó cuando unos trescientos trabajadores de las obras del Riachuelo dirigieron una solicitud a sus superiores en reclamo de aumento salarial: los obreros invocaban la carestía de todos los artículos de primera necesidad para pedir que sus jornales – que iban de 2 a 2,40 pesos moneda nacional por día – fueran elevados a 2 pesos oro o su equivalente. Pronto el reclamo comenzó a extenderse a otros trabajadores de la

44. «Los peluqueros», *La Prensa*, 27 de enero de 1889. «Los peluqueros», *La Prensa*, 6 de febrero de 1889. «La querella de los peluqueros», *El Nacional*, 13 de febrero de 1889. «Los peluqueros», *La Prensa*, 17 de febrero de 1889.

45. «Obreros municipales», *La Prensa*, 15 de febrero de 1889.

zona portuaria, como los que desempeñaban sus tareas en los corralones cercanos a la ribera y a los mismos marineros. Para *La Prensa*, era entre este grupo de trabajadores donde la huelga tomaba «proporciones alarmantes y graves para el comercio», dado que eran «no menos de mil quinientos» los marineros en huelga, reclamando un aumento salarial que incrementase a 30 sus sueldos mensuales de alrededor de 24 pesos. *Sud-América* informaba que la huelga venía siendo preparada por la actividad de grupos de obreros, que en los días previos «andaban recorriendo fondas y almacenes, incitando a sus colegas a un levantamiento en masa».[46]

La «huelga del Riachuelo», como pronto empezó a ser llamada, se convirtió en un movimiento general de agitación de los trabajadores de toda la zona portuaria, en la cual la reivindicación salarial actuaba como un factor de unificación del reclamo de los trabajadores de diferentes oficios. Con el correr de los días, cuando aumentaba el número de huelguistas, el barrio entero de La Boca se vio conmovido por la actividad y la agitación obrera. Las crónicas hablaban de «grupos de doscientos y trescientos marineros» que se agrupaban en la ribera y eran disueltos por la policía.[47] Según *La Nación*, La Boca ofrecía «un espectáculo excepcionalmente animado», donde «hombres de todas nacionalidades discuten en todas partes la cuestión palpitante, y su crecido número, con el de los agentes de diversas autoridades, moviéndose todos en un radio limitado, cercano a la ribera, llama la atención del que llega por allí ignorante de lo que ocurre».[48] En el mismo sentido se expresaba *El Nacional*, que advertía ahora con preocupación que la huelga tomaba «serias proporciones»:

> «Hoy el aspecto de La Boca era hasta cierto punto imponente, pues no se veía más que grupos numerosos de peones. Sabemos que anoche un peón que no quiso seguirlos en la propaganda de la mayoría fue maltratado groseramente. Se temen disturbios que tendrán graves consecuencias por el espíritu un tanto revolucionario de los huelguistas. La huelga de hoy no es más que un indicio del profundo malestar que produce el alto cambio del oro».[49]

La Prensa calculaba en siete mil el número de huelguistas y señalaba que el barrio de La Boca presentaba «el aspecto de los días festivos», con «gran aglomeración de gente que transitaba por las veredas, pero el movimiento de carros interrumpido por completo».[50] Aunque la cifra pueda ser exage-

46. «Huelga de marineros», *Sud-América*, 3 de agosto de 1889.

47. Ibíd.

48. «La huelga de La Boca», *La Nación*, 7 de agosto de 1889.

49. «La huelga del puerto», *El Nacional*, 3 de agosto de 1889.

50. «Huelga en La Boca y Barracas», *La Prensa*, 6 de agosto de 1889.

rada, no cabe duda que el conflicto portuario movilizó a miles de trabajadores a la huelga, causó un profundo impacto en los medios de prensa e impulsó la agitación en otros gremios. El 7 de agosto la huelga se extendió a las obras del Puerto Madero, donde carpinteros y braceros abandonaron el trabajo en reclamo de aumento salarial, «promoviendo desórdenes que obligaron a la policía a intervenir y hacer 45 prisiones».[51] El malestar se extendió incluso a gremios no portuarios: *La Prensa* informaba que en el gremio de carreros «notábanse anoche ciertos síntomas precursores de contratiempos» y que circulaban volantes de los panaderos que discutían la convocatoria a una huelga por aumento de jornal.

A diferencia de conflictos anteriores, las crónicas señalaban que los trabajadores no contaban con organizaciones previas. Con el paso de los días, de todas formas, aparecen menciones a «comisiones» que comenzaron a reunirse con los funcionarios responsables de las obras del Riachuelo y con los propietarios de corralones y lanchas. Una semana después del inicio de la huelga, la situación comenzó a normalizarse luego de que la mayoría de los patrones llegasen a un acuerdo con los trabajadores. Según informaba *Sud-América* el viernes 9 de agosto,

> «Con excepción de algunos huelguistas de las obras del Riachuelo, carpinteros, calafates y peones, todos los demás obreros han aceptado las proposiciones que les han sido hechas. Las bases del convenio se plantearon en una reunión a la que concurrieron el subprefecto del Riachuelo señor Victorica, representantes de corrales de madera, lancheros y huelguistas; después de algunas consideraciones, estos se declararon satisfechos con el sueldo mensual de 30 pesos, 15 para la manutención, los extras de viajes que les dan a cada uno diez pesos de sobresueldo por lo menos y, por fin, el pago de los jornales de los días de jolgorio».[52]

A fines de mes se dio a conocer un decreto que establecía un aumento salarial del 15 al 25 % para los trabajadores de las obras del Riachuelo, que habían sido los primeros impulsores de la huelga.[53]

En septiembre se produjo otro conflicto de importancia, que tuvo como protagonistas a los trabajadores de carpinterías. Una de las características distintivas de la huelga de los carpinteros es el rol jugado por una

51. «La huelga en vías de solución», *La Prensa*, 8 de agosto de 1889. La actuación de las fuerzas represivas fue una constante a lo largo de todo el conflicto: como había sucedido en la huelga ferroviaria de octubre anterior se solicitaron refuerzos a la tropa de línea.

52. «La huelga casi terminada», *Sud-América*, 9 de agosto de 1889.

53. «Los sueldos en las obras del Riachuelo», *La Prensa*, 29 de agosto de 1889.

comisión que desde un primer momento centralizó el reclamo de todos los trabajadores del gremio y que tenía vínculos muy estrechos con los socialistas alemanes nucleados en el Verein Vorwärts. En los primeros días de septiembre se hizo circular una solicitud a los patrones en la que se reclamaba un aumento del 20 % para todos los trabajadores del gremio: tal como había sucedido con la huelga de los panaderos del verano de 1888, los propietarios se encontraron con la dificultad de tener que enfrentar a un colectivo de trabajadores que actuaba de manera unificada y tenía la capacidad organizativa y de recursos para sostener la huelga. Al igual que en el caso de los panaderos, los propietarios que accedían al acuerdo contaban de inmediato con el personal necesario para reanudar sus tareas, debilitando de esta manera la acción de aquellos patrones que se negaban a ceder a los reclamos.

La acción de la comisión de obreros como eje articulador de la huelga puede observarse a través de múltiples episodios del conflicto. En el taller de Ocampo, Sackman y Cía, por ejemplo, que empleaba a varios cientos de trabajadores y estaba ubicado en Montevideo y Cuyo, «la solicitud fue presentada por una comisión de obreros *que no eran del establecimiento*, mientras una parte del personal en número de 150 esperaban la contestación reunidos en las inmediaciones».[54] Las reuniones de la comisión de carpinteros en huelga se realizaban, en un primer momento, en el local del Vorwärts. El jueves 12 de septiembre, por la tarde, se realizó allí una asamblea que contó con la presencia de más de quinientos trabajadores, «siendo demasiado pequeña la sala para contener más». En la crónica puede advertirse el papel destacado jugado por los militantes socialistas y el importante nivel de organización con que contaban los trabajadores carpinteros, a pesar de que aún no había sido formada ninguna asociación gremial. Según *La Prensa*,

> «... abrió la discusión el presidente, ciudadano Mariano Peral, español, quien expuso el motivo de la reunión y lo llevado ya a cabo por la comisión. Sucediéronle en el uso de la palabra un trabajador italiano, Carlos Mauli, quien habló sucesivamente italiano y alemán con el fin de hacerse comprender de todos, explayando bastante bien y con claridad la situación y recomendando la unión y moderación entre los obreros, "para combatir en pro de los intereses del gremio y nada más"; hizo saber que más de 40 dueños de carpintería habían ya accedido en acordar un 20 % de aumento. Habló de la formación de un sindicato y de un fondo de reserva para sostener la huelga

54. «Huelga de los carpinteros», *La Prensa*, 11 de septiembre de 1889, cursivas nuestras.

> y ayudar a los necesitados (...). Habiéndose dicho que algunos dueños de carpinterías asistían a la reunión, pidióse que se retirasen por no haber sido invitados, lo que se hizo sin el menor incidente».[55]

Hacia mediados del mes de septiembre el conflicto de los carpinteros llegó a su punto más alto, cuando se sumaron los trabajadores de las fábricas de billares, lo cual llevó a más de dos mil el número de los trabajadores implicados en la huelga.[56] Las asambleas se sucedían casi diariamente: incluso funcionaba una comisión en forma permanente en el mismo local del Vorwärts, para «recibir las nuevas adhesiones y facilitar socorros a los más necesitados de los obreros sin trabajo».[57] Un grupo de patrones intentó formar una comisión y ofreció a los trabajadores un aumento escalonado, que llegaría al 20 % solicitado luego de seis meses, pero la propuesta fue rechazada. Durante la segunda mitad del mes las crónicas periodísticas siguieron informando, día tras día, de nuevos establecimientos que aceptaban los reclamos de los trabajadores y de las reuniones y asambleas permanentes que estos realizaban. La huelga concluyó con una victoria de los trabajadores a comienzos del mes de octubre.

En otro ejemplo del modo en que la conflictividad obrera en una determinada rama generaba un contagio que se extendía a los trabajadores de otros oficios, la huelga de los trabajadores de las carpinterías, un oficio que estaba vinculado muy estrechamente a la industria de la construcción, extendió la agitación al conjunto de esa rama y promovió el primer gran conflicto de los albañiles. El sábado 21 de septiembre una reunión de trabajadores albañiles resolvió «pedir un aumento del 30 % y una reducción de las horas de trabajo a 9 horas por día en los meses de mayo, junio, julio y agosto, y a 10 horas y media en los demás meses del año».[58] La huelga comenzó el lunes 23 cuando se vieron paralizadas la mayor parte de las obras en construcción de la ciudad. Encontramos también en este conflicto la conformación de una «comisión» de huelguistas encargada de coordinar y

55. «Los huelguistas carpinteros y muebleros», *La Prensa*, 13 de septiembre de 1889.

56. «La huelga en las fábricas de billares», *La Prensa*, 13 de septiembre de 1889.

57. «La huelga de los carpinteros», *La Prensa*, 15 de septiembre de 1889. Los vínculos con los inmigrantes alemanes no solo se ponían de manifiesto por el papel jugado por militantes como Mauli o Schultz y por la sede de las reuniones: también se informaba «de los 160 y tantos pesos donados por la sociedad alemana de obreros muebleros y del ofrecimiento de la tipografía alemana para facilitarles la propaganda con la impresión de manifiestos». «La huelga de los carpinteros», *La Prensa*, 14 de septiembre de 1889.

58. «La huelga de los obreros de albañilería», *La Prensa*, 21 de septiembre de 1889.

difundir las medidas de lucha. Según *La Prensa*, ese mismo lunes se habían reunido «en el café ubicado en el ángulo formado por la calle 25 de Mayo, Paseo de Julio y calle Córdoba, siendo de calcularse en más de mil, los que en el café y calles adyacentes esperaban las resoluciones tomadas por la comisión por ellos nombrada».[59] El miércoles 25 los albañiles realizaron un importante acto público en la plaza Constitución –luego de que el gobierno se negase a autorizar la manifestación en la plaza de la Victoria, tal como había sido solicitado– en el que reunieron a miles de trabajadores.

El conflicto de los albañiles concluyó con acuerdos parciales entre trabajadores y distintos empresarios, aunque con exclusión de los dirigentes gremiales, que fueron «prácticamente descabezados» (Marotta 1960, pág. 65). En cualquier caso, la conflictividad continuó a comienzos de la primavera y a fines de septiembre de 1889 se renovó la agitación ferroviaria, que alcanzó esta vez no solo a los trabajadores de los talleres, sino que abarcó, aunque de manera segmentada, a todo el arco de los empleados del ferrocarril, desde los más calificados maquinistas y foguistas hasta los peones de carga de las estaciones. En efecto, el 24 de septiembre volvieron a entrar en conflicto los peones de la estación Constitución, que presentaron un reclamo a la gerencia para exigir un aumento de sueldo que llevase sus jornales de 1,80 a 2,50 pesos por día. El 1 de octubre hicieron lo propio los de la estación Once de Septiembre, en número de un centenar, reclamando que su jornal pasase de 1,70 a 2 pesos.[60] El jueves 26 de septiembre se produjo un conflicto de mayores proporciones en el ferrocarril de Buenos Aires al Rosario, porque fueron a la huelga los maquinistas y foguistas nucleados en La Fraternidad, que seguían reclamando por la libertad de un compañero que había sido detenido tras un accidente ferroviario.[61] La huelga produjo serios trastornos a todo el tránsito ferroviario del país, dado que la suspensión del servicio Buenos Aires-Rosario dificultaba el funcionamiento de otras líneas como el Andino, el Central Argentino y el Central Norte. En un folleto editado por La Fraternidad a fines de la década de 1910, en ocasión del 31 aniversario de la fundación del gremio, se recordaba que esta primera huelga se había motivado por «la severidad con que el maquinista fue tratado, su prisión en inmundos calabozos y la certeza de que la justicia lo iba a condenar como si se tratara de un criminal vulgar», todo lo cual «agitó de inmediato al personal de ese ferrocarril». La dirección de Correos y Telégrafos debió implementar un servicio urgente

59. «Las huelgas», *La Prensa*, 24 de septiembre de 1889. La misma crónica informaba que ese día, «en la calle Moreno esquina Alberti, agarráronse a pedradas un grupo de huelguistas albañiles con otros del gremio que seguían en el trabajo, teniendo la policía que intervenir y reducir a prisión a varios».

60. «Sigue la huelga», *El Nacional*, 1 de octubre de 1889.

61. «La huelga de maquinistas», *El Nacional*, 28 de septiembre de 1889.

de envío de correspondencia por vía fluvial, a través de vapores, y se produjeron varios incidentes en los trenes cuando diversos pasajeros intentaron reemplazar a los maquinistas que acababan de abandonar el trabajo. El conflicto se resolvió en pocos días, cuando un juez de La Plata terminó de resolver la liberación y el sobreseimiento del maquinista detenido, en un trámite acelerado que solo se explica por la huelga convocada por sus compañeros de trabajo.[62]

Además de los peones de carga y descarga y los maquinistas de La Fraternidad, hacia fin de mes volvieron a entrar en conflicto los trabajadores de los talleres ferroviarios. Las crónicas dan cuenta de que la agitación obrera buscaba responder a diferentes represalias tomadas por las empresas ferroviarias, que advertían el alcance que había tomado la organización de los trabajadores de los talleres y buscaban disciplinar, a través de despidos, a las nacientes «comisiones» y sociedades gremiales obreras. El lunes 30 se informaba de una huelga de los «ajustadores, torneros, caldereros, fraguadores, limpiadores y carpinteros del ferrocarril a la Ensenada que trabajan en los talleres de la estación Gral. Brown», quienes reclamaban contra el despido de tres de sus principales activistas, echados por la empresa cuando supo de los preparativos de una huelga por aumento salarial.[63] A mediados de octubre, por su parte, volvió a estallar un conflicto en los talleres ferroviarios de Sola, que denunciaban el despido de veinte trabajadores, en un episodio que parecía mostrar una represalia patronal originada en las huelgas previas. Mientras la gerencia argumentó que se trataba simplemente de dejar cesantes a un conjunto de obreros recién incorporados por «parecerle que sobraba gente en los talleres», los trabajadores respondieron que los despedidos eran «empleados que desde hace varios años han trabajado en los talleres, sin incurrir en la menor falta y sin dar lugar al menor reproche; pero que algunos figuraron entre los cabecillas de la última huelga».[64]

La huelga se inició el jueves 18 de octubre por la mañana y de inmediato la comisión de los trabajadores, que había tenido un rol fundamental en los conflictos previos, tomó una serie de iniciativas para coordinar la acción obrera: se solicitó permiso a la policía para realizar una reunión pública y se convocó a una asamblea en el Café Tivoli, ubicado en la avenida Montes de Oca, para el día siguiente. A ella concurrieron «la mayoría de los 1.200 obreros que están ahora sin ocupación», mientras los talleres

62. «Huelgas de maquinistas y foguistas», *Sud-América*, 27 de septiembre de 1889. «La huelga y los viajeros del interior», *Sud-América*, 28 de septiembre de 1889.
63. «Otra huelga», *El Nacional*, 30 de septiembre de 1889.
64. «Nueva huelga en los talleres del ferrocarril del Sud», *La Prensa*, 18 de octubre de 1889.

permanecían cerrados y con vigilancia policial, y se sucedieron discursos de los dirigentes de la comisión.[65]

Como en conflictos anteriores, los huelguistas coordinaron las acciones de la medida de fuerza y enviaron notas a los principales medios de prensa para argumentar en favor de la huelga. Las circunstancias hacia fines de 1889, no obstante, no eran las mismas que un año antes, y la huelga comenzó a extenderse y a tomar un carácter más duro ante la cerrada negativa de la empresa a negociar. El 25 de octubre la comisión mantuvo una reunión con el jefe de los talleres y le planteó que estaban dispuestos a levantar la huelga y a reducir los salarios de cada uno de los trabajadores en la medida necesaria para poder mantener en sus puestos a los trabajadores despedidos, pero la propuesta fue rechazada. Al día siguiente, sábado 26 de octubre, se realizó una nueva reunión en el café Tivoli de Barracas, con la asistencia de unos ochocientos trabajadores, en la cual se aconsejó «a los que encontrasen ofertas de trabajo, el aceptarlas con el fin de prevenir dificultades ulteriores». El mismo día se informaba que «otro número crecido de obreros de los talleres de Sola han resuelto dar por terminada la huelga, e invitar a sus compañeros a volver al trabajo».[66]

✠✠✠

El 1 de octubre de 1889 los lectores de *El Nacional* podían encontrar un curioso artículo en la primera página del periódico. Bajo el título «Huelga inesperada», la nota informaba que:

> «Los mendigos de la capital tratan de declararse en huelga. Al efecto se habla de una reunión a celebrarse hoy o mañana y en la cual se discutirán los siguientes puntos:
>
> 1. Elevación del *mínimum* de la limosna a recibir, de 5 centavos a 10, que es lo menos que puede recibir un pobre que se estime en algo, con el alto precio que alcanza el oro.
> 2. Nombramiento de comisiones que impidan el ejercicio de la honrosa y lucrativa profesión de mendigo, hasta que el público acepte dicho aumento de limosna.
> 3. Constitución de un sindicato permanente encargado de representar los intereses de la clase. Los atorrantes harán lo mismo: se declaran en huelga porque encuentran que los caños no son bastante cómodos».[67]

65. «La huelga», *La Prensa*, 19 de octubre de 1889.
66. «Obreros de Sola», *La Prensa*, 27 de octubre de 1889.
67. «Huelga inesperada», *El Nacional*, 1 de octubre de 1889.

El artículo tiene interés porque posee la capacidad de resumir las características fundamentales del proceso huelguístico que había llegado para quedarse a esa ciudad de Buenos Aires que se había convertido, hacia el final de la década que parecía ofrecer una prosperidad inevitable, en un hervidero de conflictos obreros en medio de una crisis económica y política sin precedentes. Porque el artículo no solo dejaba en evidencia la postura fuertemente hostil a los trabajadores de uno de los medios de prensa más tradicionales de la ciudad, que no dudaba en asimilar los reclamos obreros a los de «mendigos» y «atorrantes». También resumía los principales rasgos de los procesos de organización y agitación huelguística que recorrieron los años previos. En primer lugar, el lugar absolutamente central que ocupó la reivindicación salarial como eje de las demandas obreras, en un cuadro marcado por la devaluación de la moneda y una carestía creciente. Con excepción del primer conflicto, que como vimos estuvo provocado por la imposición de una «libreta» que restringía los movimientos de los trabajadores domésticos y provocó una rápida reacción obrera, el resto de las huelgas del período tuvieron eje, casi sin excepciones, en la demanda de aumentos de jornales. En algunos casos se llegó, como entre los trabajadores de las empresas ferroviarias, a reclamar el pago de los salarios en pesos oro, lo cual en un contexto inflacionario era un modo de exigir un aumento salarial que se mantuviera «indexado» en el tiempo y surgía de parte de trabajadores pertenecientes a empresas de capital británico a las cuales el gobierno permitía mantener esa indexación en las tarifas que cobraban al público.

En segundo lugar, el artículo irónico de *El Nacional* ponía de manifiesto otro elemento central de la dinámica de la conflictividad obrera de ese bienio: la convocatoria de reuniones preparatorias, por parte de trabajadores que en la gran mayoría de los casos carecían de una organización previa, el planteo de un pliego reivindicativo y su difusión a través de circulares a los patrones y «manifiestos» al resto de sus compañeros y la opinión pública. En efecto, un fenómeno característico que puede observarse al analizar las huelgas de 1888 y 1889 es que en casi todos los casos la puesta en pie de organizaciones obreras no precedía a los conflictos sino que se consolidaba al calor de las luchas. El punto tres de la nota de *El Nacional* daba cuenta de que un rasgo típico de las huelgas del período era la insistencia, por parte de los trabajadores en conflicto, de consolidar de manera más estable los avances organizativos reflejados en el conflicto en la forma de «comisiones», para evitar que en momentos de retracción de la actividad los pasos dados para reforzar la solidaridad entre los trabajadores se perdieran y volviera a dominar la disgregación entre las filas obreras. Vimos cómo, incluso, en algunos conflictos del período los trabajadores fueron a la huelga para defender los primeros avances realizados en su organización gremial, ante los intentos de los empresarios de avanzar en despidos que lograran disciplinar y doblegar a las nacientes sociedades obreras.[68]

En tercer lugar, la referencia irónica a la extensión de las huelgas entre los «mendigos» ponía de relieve otro de los elementos característicos del proceso de luchas del período, que saltaba a la vista de los observadores de la época: el impacto que tenían los conflictos de un gremio sobre el conjunto de los trabajadores de la ciudad, que veían en ellos un impulso para impulsar sus propios reclamos. En efecto, y como mostramos en este capítulo, a lo largo del bienio se observa en forma permanente que el ejemplo dado por algunos gremios que se declaraban en huelga actuaba como un poderoso factor de estímulo para la organización de trabajadores de otros oficios. En muchos casos esto tenía que ver con lazos existentes entre esos trabajadores: por ejemplo, el vínculo entre panaderos, mozos y cocineros de restaurantes, o entre los mecánicos y carpinteros de los talleres ferroviarios y los que desempeñaban oficios similares en establecimientos más pequeños. En otras ocasiones se trataba de la cercanía geográfica de unos y otros trabajadores: un ejemplo es el caso del puerto, donde encontramos una generalización de la conflictividad huelguística en diferentes gremios, que a pesar de pertenecer a distintos oficios y enfrentar a diversos empleadores se vieron llevados a una acción conjunta que se basaba en el hecho de tener a la zona portuaria y sus alrededores del barrio de La Boca como lugar de trabajo e incluso de residencia. Pero incluso se observa que el contagio alcanzaba en ciertos casos a oficios aún más diversos y con escasa relación entre sí, poniendo de manifiesto que el impacto de la conflictividad obrera en la opinión pública de la ciudad actuaba como un factor estimulante, en un contexto marcado por la carestía y donde todavía no se hacía sentir con fuerza la desocupación, para la movilización de los trabajadores.

Si echamos una mirada de conjunto, advertimos que las huelgas de 1888 y 1889 alcanzaron a una gran parte de los principales núcleos de concentración de mano de obra de la ciudad. Entraron en conflicto, en efecto, trabajadores de ramas dedicadas a la producción de bienes y servicios, como los panaderos, los sastres y los zapateros, así como también ese gran núcleo empleador de mano de obra que era la industria de la construcción y algunas de sus ramas subsidiarias, como las carpinterías. La agitación tuvo

68. En *Miseria de la filosofía*, Marx caracterizaba que el paso de la lucha salarial a la lucha por la defensa de sus propias organizaciones era uno de los primeros saltos en el desarrollo de la conciencia de clase. «Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario» (Marx 1987).

un desarrollo muy importante, además, en toda la zona portuaria, fundamental para la economía exportadora. Las empresas ferroviarias extranjeras, otro núcleo fundamental de la estructura económica de la época, debieron enfrentar muy tempranamente una respuesta obrera concentrada en los talleres de reparación del material rodante, centros de gran concentración de trabajadores de diferentes oficios que desarrollaron una acción conjunta a pesar de sus diferentes profesiones; una unidad que, sin embargo, no lograría alcanzarse con los conductores y foguistas de locomotoras, agremiados desde 1887 en La Fraternidad. La agitación en los talleres ferroviarios, como vimos, se extendió pronto a los talleres mecánicos y metalúrgicos de la ciudad, cuyos propietarios constituían un núcleo fundamental de la recientemente fundada Unión Industrial Argentina: las huelgas en los talleres industriales instalaron seriamente en las filas del empresariado local la preocupación ante el ascenso de una movilización obrera que ya no se limitaba a trabajadores de pequeños oficios o de locales comerciales sino que afectaba la producción de algunas de las principales industrias del país.

En suma, si en 1887, cuando el crecimiento económico parecía imparable y el «unicato» no mostraba fisuras, los reclamos obreros eran vistos como un fenómeno impropio de esta tierra promisoria y ajena a las contradicciones sociales características de Europa, dos años más tarde la situación había cambiado. Con buena razón se ha enfatizado el papel clave que jugó el año 1890, como un momento de quiebre y que presenta un marcado simbolismo por reunir en pocos meses la crisis económica, el estallido de un golpe cívico militar que terminó con el gobierno y, en el terreno que nos ocupa, la aparición en la escena pública de la clase trabajadora con un conjunto de periódicos y manifestaciones públicas. Pero la importancia de los años inmediatamente anteriores no debe ser soslayada. Al incluir en el análisis el desarrollo huelguístico de 1888 y 1889 es posible comprender los acontecimientos de 1890 –que incluyeron, como veremos, no solo la manifestación del 1° de Mayo sino el indudable salto cualitativo que implicó la aparición de un periódico anarquista estable, *El Perseguido*, y del primer periódico socialista en español, *El Obrero*– menos como un rayo en cielo sereno o una «importación» de decisiones tomadas en el extranjero que como un producto de la combinación de la acción de los militantes políticos y del proceso de ascenso y organización de los trabajadores.

Capítulo 3

Cuatro años difíciles. Crisis social y retracción de las luchas obreras, 1890-1893

Si el año 1890 ha quedado decisivamente asociado con la crisis, tanto en el plano del colapso financiero que coronó todo el conjunto de contradicciones económicas incubadas en los años previos como en el terreno de la crisis política que llevó a la llamada «Revolución del Parque» y a la renuncia de Juárez Celman, no debe perderse de vista que los años inmediatamente posteriores estuvieron marcados por una profundización e incluso un agravamiento de las dificultades económicas y la inestabilidad política. Como quedó inmortalizado con una clásica frase del senador cordobés Manuel Pizarro, quien señaló que «aunque la revolución había sido vencida el gobierno estaba muerto», luego del alzamiento cívico-militar de junio de 1890 el presidente Miguel Juárez Celman debió presentar su renuncia y dejó el cargo al vicepresidente Carlos Pellegrini, quien completó su mandato hasta octubre de 1892. Durante el bienio de su gobierno se procesó una acelerada crisis política, en el marco de la cual se desarrollaron distintos reacomodamientos entre diversas facciones en un contexto de grave crisis económica. Si un sector de la Unión Cívica, dirigido por Bartolomé Mitre, comenzó pocos meses después del levantamiento del Parque a entablar negociaciones para un acuerdo con roquistas y pellegrinistas, otro sector, cuyos principales referentes eran Leandro N. Alem y Bernardo de Irigoyen, se opuso a cualquier compromiso: caracterizados como «radicales» por su hostilidad al acuerdo con el roquismo, dieron nacimiento así a la Unión Cívica Radical, una formación política que tendría un rol protagónico de larga data en la historia del país.

El acuerdo entre mitristas y roquistas, no obstante, no resistió hasta la convocatoria electoral de comienzos de 1892 y el propio Mitre renunció a su candidatura en octubre de 1891: ante el agravamiento de la crisis política y el surgimiento de una posible candidatura de sectores llamados «modernistas» que levantaron la figura de Roque Sáenz Peña, la salida de compromiso que encontraron Julio A. Roca y sus aliados fue proponer la

candidatura del padre de aquel, Luis Sáenz Peña, con la intención de hacer declinar a su hijo de la candidatura, objetivo que lograron. La presidencia de Luis Sáenz Peña, una figura respetada en las filas de la oligarquía pero con escaso peso propio, estuvo caracterizada por una profundización de la crisis política: durante 1892 y 1893 se sucedieron diferentes gabinetes en los cuales se procesaban las disputas entre las distintas facciones, mientras la UCR llevaba adelante una política de oposición que dio lugar, a mediados de 1893, a una serie de alzamientos en diferentes provincias del país.

Este cuadro convulsionado que caracterizó a la política argentina de la primera mitad de la década de 1890, en un claro contraste con la década anterior, se procesaba en el contexto de una gravísima coyuntura económica, en tanto los peores efectos de la crisis se hicieron sentir durante el gobierno de Pellegrini. Los quebrantos bancarios y bursátiles no se limitaron a los meses de crisis de 1890 sino que continuaron durante los años posteriores, al tiempo que la paralización de la actividad económica promovía un incremento masivo del desempleo, la ruina de pequeños comerciantes y la pauperización de amplios sectores de la población. En abril de 1891 se cerraron los dos bancos oficiales y el mes siguiente hubo una grave corrida contra los depósitos de los bancos privados, mientras el oro alcanzaba sus niveles más altos desde el estallido de la crisis. Si bien estudios posteriores suelen fechar en los últimos meses de 1891 el inicio de una lenta recuperación, los efectos de la recesión y la paralización de la actividad económica se hicieron sentir gravemente durante todo un largo período. El año 1891 fue el único en más de medio siglo en el cual las cifras netas de inmigración resultaron negativas, porque a la reducción de la entrada de inmigrantes se sumaba la salida de miles de personas que intentaban escapar de la desocupación y la miseria.[1]

En este capítulo examinamos el modo en que la crisis de este «quinquenio difícil», como lo caracterizó Gallo (1980), afectó a los trabajadores porteños que se habían puesto en movimiento en los años inmediatamente anteriores al estallido de la crisis. Como veremos, la grave recesión económica limitó seriamente las posibilidades de acción de los trabajadores, y durante este período se redujo sensiblemente la conflictividad laboral: las huelgas fueron esporádicas y orientadas menos a obtener nuevas conquistas que a defender condiciones de trabajo y avances organizativos obtenidos previamente. La permanente inestabilidad política, agravada por la amenaza de los levantamientos radicales, afectó también la actividad en las filas obreras, en un período donde fue habitual la implantación del estado de sitio: si bien este no estaba, como ocurriría en años posteriores, particularmente dirigido a las sociedades gremiales, no es menos cierto que afectaba gravemente la posibilidades de organización e incluso de reunión de los trabajadores. No obstante este cuadro general marcado por las dificultades, el desarrollo organizativo de los trabajadores porteños no volvió a los niveles previos al ascenso de 1888 y 1889: aun en el cuadro de las dificultades impuestas por la crisis muchas sociedades gremiales mantuvieron su actividad, preparando así el terreno para un nuevo salto en la agitación obrera que tendría lugar a partir de 1894.

1. La bibliografía sobre la crisis económica y política en este período es muy vasta. Sobre la dinámica política véase Botana (1977), Gallo (1980), Balestra (1986) y Rock (1977), entre otros. Respecto al desenvolvimiento de la crisis económica ver los clásicos aportes de Ford (1956) y Cortés Conde (1979), y el segundo capítulo del reciente trabajo de Gerchunoff, Rocchi y Rossi (2008), dedicado al desarrollo de la crisis después de la caída de Juárez Celman. Sobre la Unión Cívica y la UCR, véase el trabajo de Alonso (2000).

El presente capítulo se concentra, de un modo general, en un análisis de la situación de los trabajadores porteños durante esos cuatro años de fuertes dificultades que se extendieron entre comienzos de 1890 y fines de 1893. Con ese objetivo, examinamos el impacto de la crisis sobre las filas obreras, en un contexto que como veremos estuvo marcado por la desocupación, la recesión y el deterioro en las condiciones de vida. Si los episodios huelguísticos fueron menos numerosos que en el período anterior, en tanto las dificultades económicas y el desempleo actuaban como un freno para la organización de los trabajadores, veremos que de todas maneras la actividad en el mundo de los trabajadores se mantuvo aun a pesar de todas las adversidades. Además de analizar los episodios de conflictividad obrera que no dejaron de estallar en el período, el capítulo estudia las primeras manifestaciones de tipo político protagonizadas por los trabajadores en Buenos Aires, que tomaron como eje la fecha del 1° de Mayo en consonancia con lo que ocurría a nivel internacional. Intentamos hacer una primera aproximación, en este punto, al modo en que tanto anarquistas como socialistas encararon a lo largo de este período de reflujo una lucha política por la hegemonía en el naciente movimiento obrero. El capítulo estudia, por último, el surgimiento de un nuevo actor político que intentaba hacer pie en las filas obreras en el marco de la retracción de la agitación huelguística y la crisis económica: los círculos de obreros católicos, que comenzaron a aparecer en estos años como consecuencia de la doctrina impartida por la Iglesia luego de la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* en el año 1891.

Tiempos de crisis: el impacto de la retracción económica en la conflictividad obrera, 1890-1893

En la mayor parte de las historias clásicas del movimiento obrero argentino, el año 1890 aparece como un hito que marca una suerte de punto

de partida para el desarrollo de las organizaciones obreras y de izquierda, particularmente porque fue ese año cuando se realizó la primera celebración del 1° de Mayo en coincidencia con las manifestaciones que se desarrollaban en distintos lugares del mundo. La enorme trascendencia de esa celebración, no obstante, no debe hacernos perder de vista que tuvo lugar en un momento en el cual empezaba a revertirse el ciclo de ascenso huelguístico y agitación obrera que había caracterizado al bienio anterior y hemos analizado en el capítulo previo.

En los primeros meses de 1890, en efecto, ya podía advertirse cómo en el marco de la crisis económica los conflictos obreros empezaban a entrar en una etapa de reflujo. Un ejemplo lo ofrece el conflicto que llevaron adelante los trabajadores panaderos, que dos años después de la primera gran huelga que había marcado el inicio de los reclamos salariales, a comienzos de 1888, volvieron a entrar en conflicto en el verano de 1890. A principios de febrero, la «Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación» que los agrupaba envió una nota a los dueños de panadería en la que planteaban la necesidad de convenir «una nueva tarifa nacida de meditado estudio y basada en los conocimientos adquiridos», además de reclamar un incremento en la asignación diaria reservada para la alimentación de los obreros. Dado que la respuesta de los patrones fue negativa, la Sociedad dispuso el comienzo de una huelga a partir del lunes 10 de febrero.[2]

Como en conflictos anteriores, se advierte el papel activo jugado por la sociedad de resistencia, que organizó asambleas en un salón del barrio de La Boca y mostró una vez más su interés, tal como había ocurrido con otras comisiones de huelguistas en los meses previos, por dirigirse al conjunto de los trabajadores y a la «opinión pública» para defender la legitimidad de la medida adoptada. El 13 de febrero, por ejemplo, se dio a conocer un «manifiesto» que justificaba la huelga sobre la base de una exposición de las penosas condiciones de vida y trabajo de los obreros y buscaba crear incluso una complicidad con los lectores por la vía de denunciar ciertas prácticas de los propietarios. En el manifiesto, los panaderos insistían en aclarar que no pedían «exageraciones» ni «imposibles», al tiempo que explicaban que conocían «de una manera exacta todos los extremos del ramo de panadería» y sabían por lo tanto de «las lucrativas ganancias que obtienen los dueños con la mala calidad que cada día sirven y con el peso que cada día merma: abusando del público a sabiendas y valiéndose de que es artículo imprescindible». Aclaraban, por otra parte, que eran los primeros en lamentar la escasez de pan, pero no veían otra alternativa que declararse en huelga al ver «cómo languidece y se diezma la juventud obrera con un trabajo excesivo».[3]

2. «Huelga de panaderos», *La Prensa*, 11 de febrero de 1890.
3. «La huelga de panaderos», *La Prensa*, 13 de febrero de 1890.

La huelga se extendió ante el rechazo de los propietarios a ceder al reclamo. El viernes 14 se realizó una asamblea de más de mil personas en el local de la Sociedad La France, ubicado en Lavalle 849 y centro habitual de reuniones obreras. El jueves siguiente apareció en algunos medios un nuevo manifiesto que llamaba a la solidaridad de los trabajadores de otros oficios.[4] Estas apelaciones a la solidaridad de otros oficios y al boicot de los productos de la rama de panadería, sin embargo, no lograron revertir la situación, y ese mismo jueves 20 de febrero la asamblea resolvió dar por finalizada la huelga. Si bien se anunciaba brevemente que «otros dueños de panadería» habían accedido al reclamo obrero, la medida de fuerza se levantaba en esta ocasión sin haber obtenido un triunfo. Del mismo modo que la huelga de los talleres de Sola de octubre de 1889, la de los panaderos de 1890 mostraba que estaba llegando a su fin la etapa de ascenso obrero y que se abría un período en el cual la fuerza de la crisis económica y la desocupación creaban condiciones mucho más desventajosas para la lucha de los trabajadores.

Desocupación, emigración y miseria obrera

Por esos meses, las consecuencias de la paralización de la actividad económica ya se hacían sentir. Desde 1889, cuando había alcanzado su punto más alto, la construcción comenzó un proceso de retracción sostenido, tanto en el ámbito privado como en el de las obras públicas, que iba de la mano con el colapso de todo un ciclo de especulación inmobiliaria que había dado dinamismo a la rama en los años inmediatamente anteriores. En una economía en la cual, como hemos visto en el primer capítulo, la industria de la construcción constituía uno de los más dinámicos núcleos de absorción de mano de obra y representaba además un eje en torno al cual se articulaban un conjunto de otros oficios y ocupaciones comerciales e industriales, la paralización de la edificación tenía un impacto directo sobre toda la actividad económica.

Para los observadores contemporáneos, el principal síntoma del impacto de la crisis económica sobre los trabajadores era el fuerte incremento del desempleo y de la emigración. La carencia de series estadísticas para un período tan temprano ha dado lugar a un cierto debate historiográfico, fundamentalmente a partir de los señalamientos de Cortés Conde (1979), quien caracterizó que la movilidad de la mano de obra al sector agrario y la interrupción de los flujos migratorios actuaban como factores de equilibrio que aseguraban la elasticidad de la oferta de fuerza de trabajo y así habrían limitado el impacto de la crisis sobre los trabajadores. No faltaban en la época quienes caracterizaban el problema de este modo. En julio de 1890,

4. «La huelga de los panaderos», *La Prensa*, 20 de febrero de 1890.

por ejemplo, el diario *La Prensa* advertía que una de las consecuencias del fuerte incremento del desempleo era la emigración de trabajadores, que abandonaban el país ante la imposibilidad de asegurarse el sustento: para el periódico, «en las actuales circunstancias» la emigración no era una mala noticia, en la medida en que el agudo crecimiento del desempleo hacía «conveniente que busquen ocupación en otros países los que aquí no han de encontrarla fácilmente hasta que las faenas de la recolección de la cosecha aumenten la demanda de brazos».[5] Como ha señalado Suriano (2003), no hay que perder de vista de todos modos que estos «mecanismos de equilibrio» no podían operar sino en el mediano o incluso en el largo plazo, debido a lo cual la retracción de la actividad económica no podría evitar el aumento de la desocupación y un deterioro general en las condiciones de vida de los que permanecían en el país. La emigración, que Cortés Conde se limita a caracterizar como una suerte de «válvula de escape» que permitía asegurar el equilibrio del mercado de trabajo, comenzaría por otra parte a ser vista por los propios contemporáneos como el principal *síntoma* de la crisis, en tanto el incremento del número de los que buscaban abandonar del país ponía de manifiesto el agravamiento de las condiciones de vida para miles de trabajadores. «La detención del arribo de inmigrantes», planteaba *La Prensa* en el citado editorial, «también es un claro indicio de la crisis: esas personas deciden no venir a la Argentina porque los salarios disminuyen y hay escasez de trabajo; el aumento en el índice de retornos es también una evidencia de la crisis y de la desocupación».[6]

Si se analiza el detalle mensual de los saldos migratorios, se pone de relieve que ya en 1890 –un año que mostró en su conjunto un saldo todavía positivo– hubo varios meses con una salida neta de población: era en agosto, septiembre y octubre, es decir aquellos meses en los cuales la demanda de fuerza de trabajo en el campo se reducía a su menor nivel, cuando las cifras mostraban un saldo migratorio negativo de entre dos mil y tres mil personas por mes. Luego de una breve recuperación en los meses finales de 1890, la emigración volvió a incrementarse, y alcanzó sus puntos más altos entre marzo y julio de 1891, como se observa en el cuadro 3.1.

Los redactores de los informes que compilaban estos datos en el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires* eran concluyentes en su balance: caracterizaban que el saldo migratorio negativo era «producto de la crisis

5. «Emigración de braceros», *La Prensa*, 17 de julio de 1890. Hacían notar, por otra parte, que según «informes fidedignos» de los propios empresarios, gran parte de los obreros que emigraban no retornaban a Europa sino que se dirigían a Brasil.

6. Al día siguiente, *La Prensa* volvía a abordar el problema, expresando su preocupación por las consecuencias sociales de la creciente emigración y planteando que, aunque respondía a una «lógica económica», era preocupante que «pudiesen faltar brazos» para la cosecha. *La Prensa*, 18 de julio de 1890.

Fecha	Total población	Variación interanual	Crecimiento vegetativo	Crecimiento migratorio
diciembre 1887	437.875			
diciembre 1888	455.167	17.292 (3,9 %)	6.002	11.290
diciembre 1889	523.452	68.285 (15 %)	8.693	59.592
diciembre 1890	547.144	23.692 (4,5 %)	6.603	17.089
diciembre 1891	535.060	-12.084 (-2,2 %)	11.577	-23.658
diciembre 1892	554.713	19.653 (3,6 %)	9.914	9.739
diciembre 1893	580.371	25.658 (4,6 %)	12.805	12.853
diciembre 1894	603.012	22.641 (3,9 %)	12.203	10.438

Cuadro 3.1 – Población de la ciudad de Buenos Aires, 1887-1894. Fuente: *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, 1891 (pág. 17), 1892 (pág. 11), 1893 (pág. XI), 1894 (pág. XI). Los autores afirmaban haber elaborado estos datos tomando como base el total de población registrado por el Censo Municipal de 1887, «adicionándole cada mes el crecimiento vegetativo y el migratorio». El criterio metodológico utilizado para elaborar el segundo de los índices es problemático, toda vez que era posible determinar con cierta precisión las cifras de ingresos y salidas del país pero no la cantidad de inmigrantes que fijaban su residencia en la ciudad de Buenos Aires y aquellos que continuaban en tránsito a otros puntos del país. El método adoptado por el *Anuario* consistía en calcular que aproximadamente un 20 % de los recién llegados permanecían en la ciudad de Buenos Aires. Los propios editores reconocían, en su edición de 1894, que tal criterio podía subvalorar la población porteña, en la medida en que no tenía en cuenta las migraciones internas a la ciudad; efectivamente, el Censo Nacional realizado en mayo de 1895 reveló que la población porteña era algo superior a lo que habían calculado los estadísticos municipales. Reproducimos los datos aquí, de todas maneras, porque se trata de un margen de error pequeño y sobre todo porque las variaciones interanuales son lo suficientemente significativas como para ilustrar el enorme salto de la inmigración en los años previos al estallido de la crisis y la abrupta caída que tuvo lugar inmediatamente después.

financiera que aflige al país». Para «atenuar en algo lo que estos resultados tienen de alarmantes», pero poniendo al mismo tiempo de manifiesto el impacto que tenía la crisis sobre el mercado de trabajo, el *Anuario* de 1892 destacaba que una parte de los emigrantes que habían salido del país en 1891 estaba constituida «por la masa de individuos sin oficio serio, que se aglomera en las grandes ciudades a explotar el comercio fácil, y la cual se aleja siempre que una paralización comercial o que una crisis se produce;

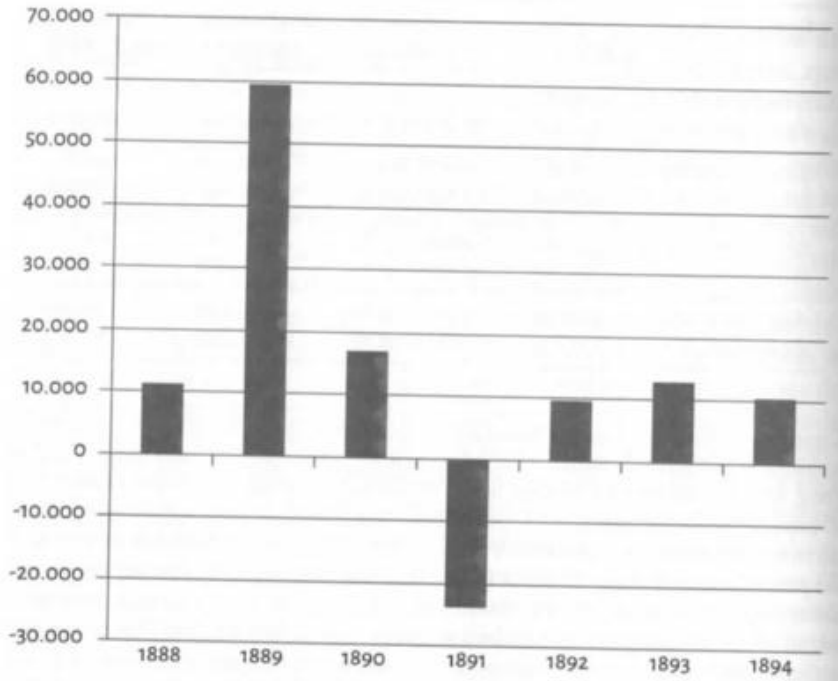


Figura 3.1 – Saldos migratorios, ciudad de Buenos Aires, 1888-1894. Fuente: Ibíd.

y otra por individuos reclutados por medio de pasajes gratis para naciones vecinas».[7]

Si muchos de los que tenían oportunidad de hacerlo abandonaban el país para escapar de la crisis, es indudable que los que se quedaban sufrían un fuerte deterioro en sus condiciones de vida. A comienzos de 1891 una recién formada Federación Obrera – surgida, como veremos, del núcleo de militantes que había impulsado la primera celebración del 1° de Mayo el año anterior y hegemonizada por los socialistas – hizo una presentación al presidente Carlos Pellegrini que planteaba las causas «que contribuyen a agravar la triste situación de estas clases», y daba cuenta del contexto de crisis en curso. En su nota, la Federación enumeraba las principales consecuencias que imponía la crisis sobre las filas obreras:

> «La carestía de los artículos de primera necesidad, que impide que el obrero pueda obtener una alimentación suficiente, satisfaciendo apenas la tercera parte de lo necesario. La gran mortandad de párvulos, que acusa la estadística y que depende en gran parte de la insuficiencia de la alimentación y de la falta absoluta de higiene. La mala calidad del agua que se consume en esta capital, y que sirve de vehículo a la propagación de graves enfermedades. Las pésimas condiciones e insalubridad de las viviendas, que sin embargo tienen precios muy elevados. El aumento de criminalidad, que reconoce por causa principal la miseria. El gran número de obreros sin trabajo que los exponentes calculan por lo menos en 10.000. La transformación de los pequeños industriales y comerciantes en proletarios por falta de recursos para resistir las contrariedades de una crisis tan prolongada. La reducción de los jornales y del número de trabajadores por parte de los grandes capitalistas y hacendados».[8]

Los trabajadores no eran los únicos que caracterizaban la grave situación social que sufrían la mayoría de los habitantes de la ciudad. En la prensa comercial de la época es posible encontrar referencias al cuadro de crisis social.[9] El agravamiento de las condiciones de vida de amplios sectores populares llevaba por ejemplo a un periódico como *La Prensa* a plantear su preocupación por las consecuencias sociales que podría traer un incremento en la miseria obrera y a comienzos de enero de 1891 una editorial reclamaba «una ley que asegure con más eficacia que hasta ahora, el derecho que tiene el obrero a que como acreedor privilegiado se le pague sus haberes sin demoras eternas, en los casos de quiebra o clausura transitoria de un negocio o establecimiento industrial», tras denunciar que numerosos establecimientos habían «suspendido últimamente de repente, puede decirse, sus trabajos, dejando en la calle a los obreros y con cien dificultades a estos para conseguir el pago inmediato por el concurso, de sus haberes indispensables».[10] Analizando los datos que mostraban un incremento de la criminalidad, por su parte, los redactores del *Anuario Estadístico* correspondiente al año 1891 caracterizaban que 1888 y 1889 habían constituido «el período de incubación de la crisis económica», años de «crisis moral» que habían puesto de relieve «el estado patológico del organismo social». A partir de 1890 había tenido lugar el propio «estallido de la crisis», con consecuencias que afectaban al conjunto de la sociedad:

> «... el crédito desaparece, los bancos cierran sus puertas, las industrias se paralizan, el trabajo disminuye, los salarios de-

7. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, 1892, pág. 19.

8. «La cuestión social. Federación Obrera. Exposición al presidente de la República. Nuevos impuestos», *La Prensa*, 16 de enero de 1891.

9. Suriano (2003) ha examinado cómo este clima de época puede advertirse también en la literatura, por ejemplo en la novela *La Bolsa* de Martel (1891).

10. «En favor de los obreros», *La Prensa*, 25 de enero de 1891.

crecen, se produce la carestía de todos los artículos de primera necesidad, la vida se hace difícil: en una palabra, la miseria aparece con su cortejo obligado de males: el ocio, la prostitución, el vicio, y finalmente, el delito».[11]

Estallidos huelguísticos y derrotas en tiempos de crisis, 1890-1892

Si volvemos al análisis de la conflictividad obrera, es posible profundizar el estudio del modo en que la crisis impactó sobre los trabajadores en este período. En primer lugar porque se observa cómo a partir de 1890 se reducen la frecuencia y la intensidad de las huelgas, mostrando un claro cambio de ciclo respecto al período 1888-1889 que es sintomático de las dificultades que encontraban los obreros para encarar medidas de fuerza en un contexto de recesión y desempleo. En segundo término, porque es posible advertir en los conflictos que efectivamente se desarrollaron cómo perdía peso el reclamo salarial y pasaba a ocupar un lugar más importante la defensa de los puestos de trabajo.

En efecto, en los meses que siguieron a la mencionada huelga de panaderos de febrero de 1890 las huelgas comenzaron a espaciarse, reduciéndose a reclamos defensivos y encontrando serias dificultades para obtener las reivindicaciones. El 10 de marzo, por ejemplo, surgió un reclamo salarial en la gran fábrica de tejidos de Adrián Prat, que ocupaba varios centenares de trabajadores, pero los huelguistas no fueron más que treinta operarios del sector tejeduría. El 18 del mismo mes, se declararon en huelga unos cien obreros de las obras en construcción en la zona de Catalinas, en reclamo de salarios adeudados, pero volvieron al trabajo pocas horas más tarde al recibir la promesa de que serían pagados al día siguiente.[12]

En marzo y abril una huelga de maquinistas y foguistas del ferrocarril de la Provincia, en rechazo al despido de dos trabajadores, fue enfrentada con especial dureza por la empresa y el gobierno, que encarceló a decenas de obreros y aseguró la partida de los trenes con personal administrativo e incluso policial. En un folleto editado por La Fraternidad a fines de la década de 1910 se recordaba que los despidos habían sido una respuesta de la empresa a un conflicto que había comenzado antes para reclamar salarios adeudados: la crónica del gremio de los maquinistas ponía de relieve que la huelga había tenido lugar en el marco de un clima de dificultades, en el cual

> «... la anarquía política-económica por que atravesaba el país en aquella época hacía sentir duramente sus perjuicios sobre el personal de ese ferrocarril, al cual el gobierno adeudaba tres meses de sueldo. Como las continuas reclamaciones no lograron mejorar esa situación, se pensó realizar una protesta enérgica. Esta se llevó a cabo en fecha 22 de marzo de 1890 y en la siguiente forma: Al llegar el tren de pago a Merlo – primer galpón de importancia de la línea – se apersonó al empleado pagador el presidente de la Comisión Ejecutiva de la sociedad en esa sección, maquinista Morixe, a fin de averiguar si se abonaría todos los sueldos atrasados, de acuerdo a lo solicitado».[13]

La patronal respondió con una negativa y despidió al maquinista: cuando el presidente de La Fraternidad, José Molinari, se presentó en persona para reclamar ante la empresa por los sueldos caídos y el trabajador despedido, la empresa resolvió cesantearlo también a él. En ese momento, «el personal se lanzó al movimiento en toda la línea del ferrocarril provincial» y el gobierno «utilizó todos los elementos de fuerza de que disponía para reducir a los huelguistas, los que fueron severamente perseguidos, encarcelándose a todos los dirigentes».[14] La fuerte respuesta represiva logró quebrar la resistencia de los maquinistas: hacia fines de la primera semana de abril, el servicio de trenes funcionaba con regularidad y la empresa reafirmó el despido de los dos trabajadores, agregando además el de los dirigentes de la huelga y firmantes de los comunicados.[15] La Fraternidad recordaba que el fracaso de la huelga dejó «un tendal de víctimas» y marcó un duro golpe para el gremio, que «tenía el núcleo más importante de socios en ese ferrocarril [pero] se desorganizó al quedar sin trabajo sus más activos dirigentes», como consecuencia de lo cual «durante seis años las actividades sociales fueron absolutamente nulas».[16]

A fines de mayo los obreros de los talleres de Sola volvieron a ser protagonistas de un avance patronal, que permite advertir cuánto había cambiado la situación respecto a los conflictos que habían llevado adelante estos mismos trabajadores poco tiempo antes para obtener distintos tipos de mejoras en sus condiciones de trabajo. El día 23 la gerencia dispuso un recorte salarial del 25 %, acompañado de una reducción de la jornada laboral de la misma proporción, argumentando que la medida se motivaba en «la gran paralización del trabajo y el mucho personal permanente».

11. *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, 1891, páginas 460-461.
12. «Huelga», *La Prensa*, 12 de marzo de 1890; «Huelga de obreros», *La Prensa*, 18 de marzo de 1890.
13. La Fraternidad, folleto sin fecha ni mención editorial. Fondo Dardo Cúneo, Archivos y colecciones particulares, Biblioteca Nacional de la República Argentina (caja 31).
14. Ibíd.
15. «Los maquinistas del ferrocarril de la Provincia», *La Prensa*, 4 de abril de 1890; «La huelga de maquinistas», *La Prensa*, 6 de abril de 1890; «Huelga de maquinistas», *La Prensa*, 8 de abril de 1890.
16. Folleto de La Fraternidad.

Un síntoma del nuevo clima reinante en unas filas obreras que ya se veían golpeadas por el desempleo y las dificultades económicas es la respuesta planteada por la comisión de los trabajadores, que se limitó a pedir una distribución diferente de la reducción laboral, solicitando «que se les de cinco días completos de trabajo a la semana y que el sábado les quede libre por completo, para destinarlo a otras ocupaciones».[17]

Durante el mes de julio y en las vísperas del estallido de la Revolución del Parque, se produjo una huelga de cigarreros de «La Proveedora», una empresa que con más de seiscientos obreros constituía una de las principales fábricas de la ciudad. Las crónicas daban cuenta de la existencia de tensiones previas al interior del taller, que no habían llegado a transformarse en huelgas por sucesivas concesiones del propietario. En el invierno de 1890, sin embargo, el propietario Manuel Durán consideró llegado el momento de enfrentar a los trabajadores y despidió a tres operarios, acusándolos de robar tabaco y papel. La respuesta de los obreros fue declararse en huelga y concentrarse en la puerta de la fábrica, ante lo cual Durán dio aviso a la policía y se produjeron varias detenciones. El «Club Unión Cigarreros» tenía su sede en la calle Moreno 1213, adonde se produjeron algunos incidentes en el marco de la huelga. El 10 de julio, en efecto,

> «... habiendo tenido conocimiento el jefe de policía de que con fines poco tranquilizadores habíanse reunido los obreros en la casa situada en Moreno 1213 trasladóse allí un oficial de policía y cinco vigilantes que detuvieron a Horacio Tierzi, que actúa de presidente en la unión de cigarreros aunque no sea ni haya sido obrero de esta profesión, pero sí director de un diario anarquista desaparecido poco tiempo ha. Conjuntamente arrestaron nueve personas más que se hallaban comprometidas».[18]

El propietario de la empresa mostró su decisión de ir a fondo en el conflicto, y el mismo día de los incidentes publicó un anuncio en el que se ofrecía trabajo para «mil obreros, hombres, mujeres y niños mayores, en los talleres de elaboración de cigarrillos a mano». La presión de la patronal,

17. «Obreros de los talleres en el F.C. del Sud», *La Prensa*, 24 de mayo de 1890. «Los obreros del F.C. del Sud», *La Prensa*, 27 de mayo de 1890. Las dificultades que enfrentaban los trabajadores de Sola en el nuevo cuadro creado por la crisis se pondrían en evidencia algunos meses más tarde, en agosto, cuando un pequeño suelto publicado informaba que los documentos de una «Sociedad Cosmopolita de obreros» «que fue organizada por los talleres de Sola y que recientemente ha quedado disuelta, han pasado al archivo del Centro Unión Obrera Española» «Sociedad cosmopolita de obreros», *La Prensa*, 10 de agosto de 1890.

18. «La huelga de los cigarreros», *La Prensa*, 11 de julio de 1890.

en un contexto de crisis y desempleo y en una industria que como vimos estaba marcada por un gran predominio del trabajo descalificado que podía fácilmente encontrar reemplazos, provocó que una gran cantidad de trabajadores regresara al trabajo, manteniéndose en huelga solamente setenta al día siguiente de iniciado el conflicto, mientras los dirigentes del «Club Unión Cigarreros» permanecían detenidos e incomunicados.

Ante esta combinación de represión policial e intransigencia patronal, en un contexto de crisis económica, el conflicto comenzó a deshilacharse rápidamente. Después de la huelga de los cigarreros de La Proveedora se inició una etapa de pronunciado reflujo durante el cual –en el contexto del estado de sitio dispuesto por el gobierno luego del levantamiento de la Unión Cívica– prácticamente desaparecen los registros de medidas huelguísticas. A comienzos de septiembre de 1890 fueron a la huelga los aguateros de la ciudad, protestando contra el aumento de la tarifa impuesto por la empresa de Obras de Salubridad para proveerse de agua en las fuentes públicas. La policía intervino y realizó varias detenciones en plaza Constitución, donde grupos de huelguistas intentaban evitar que otros compañeros cargaran agua de dichas fuentes. El 1 de noviembre un grupo de mayorales y cocheros de una de las empresas de tranvías se declaró en huelga por algunas horas. A mediados de diciembre, hicieron lo propio unos doscientos trabajadores de la carpintería mecánica de Antonio Zanotti, por adeudárseles dos mensualidades. El 19 de enero, se declararon en huelga una veintena de peones que trabajaban en los depósitos de aguas corrientes de la Recoleta, que fueron inmediatamente detenidos por la policía cuando intentaban evitar que otros compañeros realizaran sus tareas.[19] A mediados de junio de 1891 encontramos un nuevo avance patronal sobre los trabajadores de los talleres de Sola: argumentando que la crisis había disminuido considerablemente el trabajo, la gerencia dispuso el despido de un tercio de los obreros y la reducción a tres cuartos de día de la jornada laboral de los restantes. Como había ocurrido el año anterior, los trabajadores buscaron obtener algún tipo de negociación aceptando incluso una reducción de sus ingresos para evitar los despidos.[20]

19. «Huelga», *La Prensa*, 2 de septiembre de 1890. «Los aguateros en huelga», *La Prensa*, 3 de septiembre de 1890; «Huelga de mayorales y cocheros de *tramway*», *La Prensa*, 1 de noviembre de 1890; «Huelga de obreros carpinteros», *La Prensa*, 16 de diciembre de 1890; «Novedades de policía», *La Prensa*, 20 de enero de 1891. Nótese que este conflicto gremial aparece en la sección de noticias policiales.

20. En la nota que enviaron a la gerencia pedían «que no se despida a ninguno de sus compañeros y, en cambio, para que la empresa no resulte perjudicada si continúa la escasez de trabajo, que se reduzca a los firmantes el jornal de tres cuartos de día, dejándolo en medio solamente». «Economías en los talleres de Sola», *La Prensa*, 16 de junio de 1891.

En medio del duro reflujo impuesto por la crisis y la desocupación, no obstante, estalló en pleno invierno de 1891 un importante conflicto en los talleres que el ferrocarril del Oeste tenía en la localidad de Tolosa, cerca de La Plata, iniciado cuando los más de quinientos operarios se declararon en huelga el día 22 de agosto. Aun en el contexto de crisis, no se trataba de un conflicto defensivo como los de los meses previos sino de una huelga en reclamo de aumento de sueldos, que ponía énfasis particularmente en la diferencia salarial existente con respecto a los trabajadores de los talleres del ferrocarril del Sud.[21]

Los quinientos trabajadores mantuvieron con firmeza la huelga durante más de una semana: como en conflictos ferroviarios previos, sus denuncias ponían en primer plano que las empresas mantenían su salario devaluado mientras ataban –gracias a las disposiciones oficiales– sus tarifas a la evolución de la prima del oro, y reclamaban que lo mismo sucediera con sus salarios o que al menos se les diera un aumento equivalente al recibido por los operarios de otras compañías. Finalmente la huelga logró arrancar una concesión a la patronal, y el 5 de septiembre los trabajadores volvieron al trabajo luego de que la empresa se comprometiera a un peculiar arreglo, que establecía una suerte de «indexación» salarial de acuerdo a la evolución de la prima del oro: según lo acordado, cuando la prima del oro se encontrara entre 351 y 400 los salarios aumentarían un 30 %, cuando se encontrara entre 301 y 350 lo harían un 20 % y cuando se ubicara entre 250 y 300 subirían un 10 %.[22]

Luego de la huelga de los talleres de Tolosa de mediados de 1891 volvemos a encontrar un extenso período sin registros de conflictividad obrera. A mediados de febrero de 1892 fueron a la huelga los foguistas, carboneros y cabos de la empresa de vapores «La Platense», reclamando un aumento salarial equivalente al incremento de tarifas establecido por la compañía. A fines del mismo mes, se produjo una huelga de los lecheros de la ciudad, en protesta por lo que consideraban medidas arbitrarias dispuestas por la municipalidad, que los acusaba de vender leche adulterada. En marzo volvió a producirse un conflicto serio en una fábrica productora de cigarrillos: esta vez fue el caso de la cigarrería «La Popular», ubicada en México y Maza. Los trabajadores se declararon en huelga tras el despido de un capataz, en el marco de la cual se produjo un grave enfrentamiento entre los obreros y la policía que dejó un saldo de nada menos que setenta detenidos y provocó una honda impresión en los medios de prensa de la ciudad. Recién se encuentran registros de nuevos episodios huelguísticos en septiembre de ese duro año de 1892, cuando se declararon en huelga unos doscientos oficiales «alpargateros a mano», rechazando un intento de los patrones de

21. «En los talleres de Tolosa», *La Prensa*, 24 de agosto de 1891.
22. «Terminación de la huelga», *La Prensa*, 6 de septiembre de 1891.

rebajar la tarifa pagada por cada docena de alpargatas elaboradas a mano. Los alpargateros reclamaban, para volver al trabajo, que se dejase sin efecto la reducción y que se incrementase la tarifa «a 1 peso por el surtido grande y 80 centavos por el pequeño», argumentando que «trabajo tan fuerte y nocivo para la salud no está remunerado ni siquiera como el de otros obreros también de alpargatería». Con el correr de los días fueron varios los patrones que aceptaron la nueva tarifa.[23]

La gran huelga de zapateros de noviembre de 1892

El principal conflicto de esa primavera, no obstante, fue el que protagonizaron los trabajadores del gremio de zapatería, quienes llevaron adelante una gran huelga en el medio de una etapa de reflujo de las luchas obreras y protagonizaron importantes movilizaciones callejeras. En plena crisis económica, los zapateros plantearon un conflicto de carácter ofensivo, reclamando un aumento salarial del 50 % y una disminución de la jornada laboral, poniendo de manifiesto que aun a pesar del contexto de retracción de la conflictividad huelguística habían podido establecer y consolidar vínculos organizativos para llevar adelante la medida de fuerza. La huelga comenzó el 7 de noviembre y enfrentó desde un primer momento la represión policial: el primer día de la huelga la policía detuvo a un número importante de huelguistas que pretendían, como en todos los conflictos del período, evitar que otros compañeros fueran a trabajar. El día 9 el jefe de policía dirigió una circular a los comisarios seccionales, en la que requería que disolvieran «todo grupo de huelguistas zapateros que recorra las calles, a causa de que no tienen permiso de la policía para verificarlo».[24] La preocupación policial y patronal por evitar la tarea de difusión del conflicto por parte de los trabajadores tenía una justificación evidente, en tanto se trataba de un gremio cuyos trabajadores se repartían en numerosos talleres y zapaterías esparcidos por toda la ciudad. Para los obreros y para los patrones, por otra parte, se trataba de asegurar, en un caso, y evitar, en el otro, la participación en la huelga de los trabajadores de la gran Fábrica Nacional de Calzado, ubicada en el barrio de Chacarita y principal empleadora del gremio.

A pesar de la acción de la policía, el 10 de noviembre los obreros de esa gran fábrica finalmente resolvieron adherirse a la huelga. Ese mismo día tuvo lugar una jornada de deliberación y movilización de la que probable-

23. «Huelga de foguistas», *La Prensa*, 18 y 19 de febrero de 1892; «Huelga de lecheros», *La Prensa*, 29 de febrero de 1892. «El asunto de los lecheros», *La Prensa*, 1 de marzo de 1892; «Huelga de cigarreros», *La Prensa*, 18 y 19 de marzo de 1892. «Huelga de alpargateros», *La Prensa*, 28 de septiembre de 1892. «Los alpargateros», *La Prensa*, 29 de septiembre de 1892.
24. «La huelga de zapateros», *La Prensa*, 10 de noviembre de 1892.

mente no existían hasta ese momento precedentes en la ciudad. Desde primeras horas de la mañana los trabajadores se concentraron en el local de la Unión Obrera Española –ubicado en Chacabuco 661– convocados por la comisión organizadora de la huelga, donde se pronunciaron discursos exhortando a continuar con la medida de fuerza. Luego de obtener un permiso policial, se organizó por la tarde una gran manifestación que recorrió buena parte de la ciudad, desde San Telmo hasta Chacarita, por las calles Chacabuco, Belgrano, Entre Ríos y Corrientes, pasando por el frente de la Fábrica Nacional de Calzado.[25] Según las crónicas:

> «Los huelguistas recorrieron tan largo trayecto con el orden más completo. La policía confiesa no haber visto manifestación obrera mejor ordenada, máxime siendo, como lo era, muy numerosa. Al pasar por frente a la fábrica [nacional de calzado] hubieron unos gritos, vivando la huelga, y siguióse hasta la Chacarita, donde se detuvo la columna para oír la palabra de los oradores, trepados en una mesa a manera de tribuna improvisada. Los discursos pronunciados por los señores Real, Morales, en español, y otro en italiano, fueron breves y muy tranquilos, solo se trató del derecho que al aumento de salario tenían los zapateros y de la necesidad de continuar la huelga hasta que los dueños de zapatería cedan en las justas peticiones de sus obreros. Todos concluyeron con vivas al jefe de policía, al comisario Quintana, a sus subalternos y a los vigilantes».[26]

Con el correr de los días y la continuidad de la huelga, los zapateros continuaron fortaleciendo su organización a través del funcionamiento de un comité de huelga permanente que coordinaba la realización de asambleas periódicas e incluso la formación de «comisiones encargadas de visitar en sus domicilios a los obreros que siguen trabajando y excitarlos a que dejen el trabajo y se adhieran a la huelga». Volvemos a encontrar el método de la publicación de «manifiestos» con los cuales buscaban ganar la confianza de otros compañeros del gremio y al mismo tiempo defender la legitimidad de la acción obrera frente a los cuestionamientos patronales y gubernamentales. A poco de iniciada la huelga se editaron diez mil ejemplares de un manifiesto que buscaba «desmitificar» ciertas suposiciones

25. En otros capítulos examinamos otras manifestaciones callejeras que recorrieron diferentes puntos de la ciudad. Lobato (2009, págs. 174-175) ha hecho referencia al impacto de este tipo de movilizaciones y a algunos de sus rasgos más característicos.

26. «La huelga de oficiales zapateros», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1892.

hechas en los medios de prensa sobre el nivel de ingresos que podían obtener los trabajadores zapateros y concluía con un llamado a la unidad de acción y a la continuidad de la huelga, poniendo de relieve de todas maneras las dificultades que enfrentaban quienes se decidían a seguir una huelga prolongada en un contexto de crisis económica. Como ocurriría en otros conflictos del período, se referían particularmente a aquellos que podían carecer de medios «para aguantar el paro» y los llamaban a no dudar en «proporcionarse trabajo de peón, en la ciudad o en el campo, hasta que acabe la huelga». Concluían confiando en el triunfo y asegurando que en ese momento podrían «levantar la cabeza orgullosamente y dar a registrar un hecho más a la historia del trabajo honrado; y una fecha más a la cronología de la miseria y un artículo más a la reivindicación del proletariado».[27]

El 13 de noviembre se realizó una nueva manifestación callejera por las calles de la ciudad, dirigiéndose esta vez desde el local de la Unión Obrera Española hasta la plaza Once. De la lista de oradores que tomaron la palabra en la plaza puede advertirse que la huelga de zapateros había vuelto a promover una acción conjunta de militantes socialistas y anarquistas, que en el contexto del conflicto confluían con otros oficiales del gremio sin filiaciones políticas definidas. Socialistas como Carlos Mauli y Alberto Manresa o anarquistas como Luigi Gervasini se turnaron entre los oradores de un acto a cuyo término «tocóse el Himno Argentino, dióse unas vivas a la policía y a la huelga».[28]

Los socialistas, si bien intervenían en la huelga, criticaban el modo en que era conducida por la «comisión» de los zapateros que se colocaba como dirección del conflicto. En su número del 19 de noviembre, el *Vorwärts* planteaba que la huelga se encontraba estancada, y que

> «... a lo sumo, las posiciones entre trabajadores y patrones se han agudizado (...). Es claro que esta circunstancia no puede mantenerse durante mucho tiempo (...). Además, la huelga no es general. Lo que llama especialmente la atención es la incertidumbre sobre el número total de huelguistas. Esto demuestra que no existe un control preciso. Y los "vivas" lanzados a la policía, que no deja de vigilar a los huelguistas, demuestran que falta el ánimo adecuado. No es que haya que atacar innecesariamente a la policía –esto empeoraría aún más las cosas– pero no hay el menor motivo para celebrar y adular a la policía».[29]

27. «La huelga de los zapateros», *La Prensa*, 12 de noviembre de 1892.

28. «La huelga de los zapateros», *La Prensa*, 14 de noviembre de 1892.

29. «Zum Streik der Schuhmacher», *Vorwärts*, núm. 307, 19 de noviembre de 1892. Traducido en Tarcus, Zeller y Carrera (2008).

La huelga incluyó la convocatoria a una manifestación pública en plaza Once que los zapateros extendieron a todas las sociedades obreras de la ciudad: en el punto más álgido del conflicto, los huelguistas buscaban la solidaridad de las restantes organizaciones para quebrar la resistencia de los patrones. El *meeting*, convocado para el domingo 20 de noviembre, no resultó, sin embargo, un éxito de convocatoria. Según la crónica,

> «... aunque la lluvia no empezara sino a las tres, es decir a la hora en que debía darse comienzo a los discursos, solo unos trescientos manifestantes rodeaban el círculo formado por las 4 tribunas improvisadas en el "rond point" de la plaza Once de Septiembre. Junto con el aguacero empezó la retirada, quedando únicamente las comisiones de la Federación y de los huelguistas, los vigilantes, y un centenar de personas».[30]

A pesar de que las crónicas continuaron informando durante todo el mes de noviembre de la continuidad del conflicto, comentando incluso que diversos patrones habían cedido al reclamo de aumento del 50 %, hacia fines del mes las noticias sobre la huelga comienzan a espaciarse y a dar mayor lugar a la decisión de los trabajadores de establecer una suerte de cooperativa de trabajo –cuya sede era la citada Unión Obrera Española, en Chacabuco 661– que ofrecía servicios de zapatería como un modo de asegurar el ingreso a los huelguistas y al mismo tiempo de enfrentar a los patrones que pretendían seguir trabajando sin ellos. El día 30 de noviembre, una bucólica nota en *La Prensa* informaba que «la huelga de los zapateros ha terminado por falta de recursos para continuarla, y así lo hacen saber al gremio».[31]

30. «Reunión obrera de ayer», *La Prensa*, 21 de noviembre de 1892.

31. «La huelga de los zapateros», *La Prensa*, 30 de noviembre de 1892. Durante el resto del año 1892 y la totalidad de 1893 se mantuvo la situación de reflujo de las luchas obreras y prácticamente no se produjeron grandes huelgas, más allá de algunos estallidos parciales que fueron en su mayor parte derrotados. En los últimos días de diciembre de 1892 tuvo lugar una huelga de unos sesenta estibadores del puerto, en reclamo de aumento salarial y reducción de la jornada laboral, que fue desbaratada por los empresarios al disponer que las propias tripulaciones de los barcos realizaran las tareas de carga y descarga. En febrero de 1893, por su parte, fueron a la huelga los oficiales peluqueros en reclamo de una reducción de la jornada laboral. En marzo se produjo una importante huelga en reclamo de aumento salarial por parte de los oficiales toneleros, y al parecer fueron varios los patrones que debieron ceder a las exigencias obreras. A mediados de abril de 1893 se realizó una huelga en la cigarrería «La Popular», en rechazo al despido de catorce operarios acusados de falsificar el producto. «Huelga de estibadores», *La Prensa*, 29 de diciembre de 1892; «La huelga de los peluqueros», *La Prensa*, 9 y 10 de febrero de 1893; «Oficiales toneleros», *La Prensa*, 8 de marzo de 1893; «Huelga de toneleros», *La Prensa*, 20 de marzo de 1893; «Huelga de cigarreros», *La Prensa*, 16 y 18 de abril de 1893.

De un 1° de Mayo a otro: las primeras manifestaciones políticas del movimiento obrero en Buenos Aires

Estos estallidos huelguísticos que, a pesar de las adversidades, es posible rastrear incluso en estos años de crisis, no eran de todas formas la única expresión de la actividad obrera en esta etapa. En efecto, en esta coyuntura marcada por la crisis económica y la retracción de la agitación huelguística, pero bajo el influjo más general del amplio proceso de movilización que había tenido lugar en el bienio previo, tuvieron lugar las primeras manifestaciones de tipo político llevadas adelante por el naciente movimiento obrero porteño, fundamentalmente a partir de la celebración del 1° de Mayo, jornada internacional de lucha de los trabajadores. Son numerosas las referencias, en la bibliografía sobre los orígenes del movimiento obrero, a aquella pionera manifestación celebrada en 1890, impulsada por un comité en el cual jugaban un papel predominante los socialistas alemanes e inseparable de la decisión adoptada en el Congreso realizado en París en 1889 de celebrar en todo el mundo una manifestación internacional de los trabajadores.[32] Estas repetidas referencias al 1° de Mayo de 1890 dan cuenta, sin dudas, de la trascendencia que tuvo esta manifestación en el desarrollo de las organizaciones de trabajadores y del impacto que generó en los propios contemporáneos. El énfasis puesto en la manifestación de 1890, así como la interpretación que se hace de la misma, se basaron de todos modos en gran medida en la clave propuesta por la historiografía canónica del Partido Socialista y el Partido Comunista, que si marcaron correctamente la trascendencia de ese *meeting*, lo cubrieron asimismo con una suerte de

32. En 1913, el socialista Enrique Dickmann publicó un breve folleto que reseñaba someramente, en unas treinta páginas, lo que la perspectiva de su partido consideraba los puntos más destacados de las manifestaciones celebradas desde 1890 hasta esa fecha (E. Dickmann 1913). Casi treinta años después, desde las filas del Partido Comunista se elaboró una nueva reconstrucción histórica del 1° de Mayo en nuestro país; a pesar del paso del tiempo, el problema seguía abordándose en clave más propagandística que histórica, con un pequeño folleto del cordobés Contreras (1941) dedicado casi exclusivamente a reseñar la manifestación de 1890. Veinte años más tarde, Iscaro (1961) publicó un texto de mayor envergadura donde desarrollaba, si bien con un trabajo documental más extenso, una interpretación similar a la formulada por Contreras. A comienzos de la década de 1990 apareció uno de los únicos trabajos sobre el tema elaborados desde el campo de la historia profesional, elaborado por Viguera (1991), que intentó abordar las transformaciones en la forma de celebrar el 1° de Mayo en un período de más de medio siglo, entre 1890 y el ascenso del peronismo, enfocándose en el problema de la «invención de una tradición» y dedicando, en cualquier caso, un espacio reducido a las celebraciones de la última década del siglo XIX.

velo marcado por un «mito de origen» que oscurece el contexto en el cual tuvo lugar.[33] En efecto, dicha manifestación, de indiscutible importancia, ha sido analizada por lo general de manera aislada, sin prestar atención al contexto de agitación huelguística previa en la cual se enmarcó ni a las dificultades que tuvo ese mismo grupo de socialistas para darle continuidad a la celebración en los años subsiguientes. Como veremos, la celebración del 1° de Mayo en los años inmediatamente posteriores planteó una aguda lucha política que podemos tomar como un prisma para analizar la dinámica de la actividad del movimiento obrero en esos años marcados por la retracción de las luchas reivindicativas.

El primer 1° de Mayo y sus vísperas

La iniciativa para impulsar en Buenos Aires un movimiento de agitación en torno a la fecha partió del grupo de socialistas nucleados en el Verein Vorwärts, bajo el impulso de uno de sus principales dirigentes, el suizo José Winiger. Muy pronto surgieron, sin embargo, fuertes tensiones entre socialistas y anarquistas en torno a la preparación de la manifestación. El 30 de marzo, en una reunión preparatoria celebrada en el local del Vorwärts, surgió una discusión entre quienes proponían «que se invite a los obreros a no trabajar aquel día para concurrir a un *meeting* obrero» y aquellos que planteaban «que se celebre además una manifestación en columna por las calles de la ciudad». Incluso se produjeron incidentes cuando un militante anarquista tomó la palabra y rechazó los planteos de los socialistas, planteando que debía «apelarse a la fuerza como único medio para la emancipación del proletariado». La crónica de *La Prensa* informaba que «el presidente se vio en la necesidad de invitar al orador a abreviar su discurso», ante lo cual «los anarquistas le contestaron con gritos frenéticos, acabando por retirarse».[34]

El *Vorwärts* consideró la reunión como un gran paso adelante para el movimiento, y responsabilizó por los incidentes a los grupos anarquistas.[35] Después de la retirada de los militantes libertarios, la actividad preparatoria para la manifestación cobró impulso y los socialistas lograron, a través del «comité internacional», ponerse a la cabeza del movimiento. Fue cuando la iniciativa cobró fuerza y se perfiló como un evento capaz de articular a diversos sectores del mundo de los trabajadores, que los adversarios políticos de los socialistas decidieron sumarse a la iniciativa. A fines de

33. No es casual que una de las más destacadas historias «anarquistas» del movimiento obrero argentino, escrita por Abad de Santillán (1933), dedique solamente tres renglones a mencionar la celebración del 1° de Mayo de 1890 y el papel del comité internacional dominado por los socialistas.

34. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 1 de abril de 1890.

35. «El primer éxito», *Vorwärts*, núm. 171, 5 de abril de 1890.

marzo, una reunión de sociedades republicanas italianas (Círcolo Mazzini, Alleanza Republicana, Círcolo Campanella, y otros) debatió qué actitud tomar ante la manifestación proyectada, resultando finalmente victoriosa la posición que planteaba sumarse a la convocatoria.[36] Y pocas horas antes del *meeting* también se resignaron a ser de la partida los militantes anarquistas que habían abandonado la reunión del 30 de marzo y veían con recelo los avances realizados por los socialistas en la organización de la manifestación, pero finalmente decidieron que «a pesar de los principios radicales que profesan asistirían a la manifestación, salvando su disidencia con las ideas moderadas de los marxistas que son los iniciadores de ese movimiento universal».[37]

Finalmente, hacia el mediodía del jueves 1° de mayo de 1890, desafiando a una lluvia intermitente, se reunieron en el Prado Español «de mil quinientas a mil ochocientas personas, figurando en mayoría el elemento alemán e italiano»; afuera, «en una de las aceras de la avenida República, estaba formado un piquete de vigilantes mientras en el local se encontraban dos o tres comisarios que se condujeron correctamente».[38] El acto comenzó con un discurso de Winiger, presidente del comité organizador, y luego se leyó un informe que resumía las actividades desplegadas en los meses anteriores, «por iniciativa del club alemán Vorwärts», y luego de las cuales los impulsores entendían que «habían propagado sus ideas en toda la República y, felizmente, no sin gran éxito». Después de Winiger hablaron cuatro oradores designados por el comité: Bernardo Sánchez en castellano, M. Jäckel en francés, Adolf Ühle en alemán y Carlos Mauli en italiano: todos ellos dirigentes del grupo socialista.[39] A continuación habló un orador en flamenco y dos militantes anarquistas, Alcini y O. Gilbert, que según la crónica del *Vorwärts* se habían anotado previamente de acuerdo a las instrucciones del comité. Luego se produjo el único incidente de la jornada, cuando

> «... el escaso grupito de anarquistas intentó generar un tumulto: los conocidos héroes [Jean] Raoux y [Orsini] Bertani saltaron al escenario. Cuando sus acalorados ánimos fueron enfriados por el comisario de policía presente y por los miembros de

36. «Reunión de las sociedades republicanas italianas», *La Prensa*, 2 de abril de 1890.

37. «Círculo socialista internacional», *La Prensa*, 30 de abril de 1890.

38. «El *meeting* obrero de ayer», *La Prensa*, 2 de mayo de 1890.

39. En VVAA (2007) se señala que Sánchez era un «cigarrero de orientación anarquista». En realidad, era en 1890 partidario del socialismo y se convirtió al anarquismo algún tiempo después. En la sección anterior de este capítulo mencionamos su participación, ya como militante libertario, en el *meeting* organizado en el marco de la huelga de zapateros de 1892.

> la comisión, siguió la votación sobre las solicitudes, que fueron aprobadas por unanimidad por la asamblea, que en ese momento contaba con 2.000 hombres, a excepción de los mencionados anarquistas, que apenas si llegaban a dos docenas, y que callaron, deprimidos, ante la imponente votación».[40]

El periódico socialista trazó un balance muy positivo de la actividad: para el *Vorwärts*, «la primera aparición pública de los socialistas» había sido «la asamblea de discusión, realizada en la sala del Vorwärts hace aproximadamente un año y medio, en ocasión de la huelga de los ferroviarios», analizada en el segundo capítulo. El segundo hito a destacar era «la asamblea del 30 de marzo» y el tercero, por supuesto, la manifestación del 1° de Mayo. El periódico socialista destacaba que entre el primero y el tercero de estos acontecimientos se había producido un importante crecimiento en términos de participación obrera: «la primera y la segunda vez», señalaba el *Vorwärts*, «la asamblea contó con unos 500-600 hombres; el 1° de Mayo hubo, a pesar de las condiciones climáticas muy desfavorables, entre 2.000 y 2.500». Además de este desarrollo numérico, los socialistas caracterizaban también un crecimiento cualitativo, en términos del incremento de su propia influencia *vis-a-vis* el peso de la militancia anarquista. El artículo concluía señalando que era posible observar un «progreso triple; numérico, moral y organizativo», que deberían «atesorar» y consolidar en lo sucesivo.[41]

1891: la lucha política y el primer acto obrero en plaza de Mayo

El Congreso de París de 1889 había tomado la iniciativa de convocar a manifestaciones el 1° de Mayo de 1890, pero no estableció su continuidad en años sucesivos. Luego del éxito obtenido, distintos partidos socialistas fueron manifestando su voluntad de repetir la iniciativa todos los años: en agosto lo decidieron el partido escandinavo y el español; el partido obrero francés y el SPD alemán hicieron lo propio en octubre y los italianos en noviembre. En nuestro país, en cambio, el camino a recorrer por los socialistas que pretendían repetir lo realizado en 1890 iba a ser mucho más dificultoso. El «progreso» y la «supremacía del elemento moderado» celebrados por el *Vorwärts*, en efecto, no iban a seguir profundizándose en los términos esperados por los socialistas alemanes.

La celebración del 1° de Mayo de 1890 había tenido lugar en el contexto del cierre de una primera etapa de conflictividad obrera en la ciudad, durante la cual los socialistas habían jugado un papel destacado. Pero desde

40. «La jornada de mayo en Argentina», *Vorwärts*, núm. 176, 10 de mayo de 1890.

41. Ibíd.

los meses previos a la manifestación del Prado Español, como vimos, las huelgas habían comenzado a espaciarse, reduciéndose a reclamos defensivos y encontrando serias dificultades para obtener las reivindicaciones. Como veremos en el séptimo capítulo, este es el cuadro en el que debe ubicarse el crecimiento de la influencia de los anarquistas de orientación «antiorganizadora» –contrarios a las huelgas económicas y a los reclamos salariales por considerarlos «inútiles» y condenados al fracaso– que se articularon en torno a la publicación del periódico *El Perseguido*. En la segunda mitad de 1890, por su parte, los socialistas encontraron dificultades para dar constitución real a la Federación Obrera y al periódico impulsados en las jornadas de mayo: *El Obrero* recién vio la luz en diciembre, es decir en el momento en que la influencia de los socialistas comenzaba a disminuir.[42] Así las cosas, los preparativos para la celebración del 1° de Mayo de 1891 se convirtieron en el escenario de una dura lucha política: mientras los socialistas pretendían repetir la experiencia de la manifestación realizada el año anterior, los grupos de afinidad anarquistas buscaban hacer valer la nueva correlación de fuerzas que –entendían– existía entre las distintas corrientes en el seno de las sociedades obreras, para darle a la fecha un carácter y una orientación propia.

El lunes 23 de marzo de 1891 se realizó una reunión en el club Vorwärts, convocada por el «comité internacional» impulsado por los militantes socialistas. La propuesta original incluía, además de la realización de un *meeting* para «celebrar el 1° de Mayo como fiesta obrera universal», hacer una «tirada extraordinaria de *El Obrero*» e ir al Congreso Nacional «a recordar la petición mandada el año pasado y que ha sido olvidada».[43] En estos términos, como es lógico, no había acuerdo posible. Una nueva reunión se realizó una semana más tarde, nuevamente en el local del Vorwärts, con la participación de unas doscientas personas. De las crónicas se desprende que la asamblea fue gravemente interrumpida, una y otra vez, por las peleas entre la mesa socialista y los anarquistas presentes, que se negaban a aceptar que no hubiera «palabra libre» para todos y rechazaban todo intento de los socialistas por dirigir el sentido de las deliberaciones.[44] El 6 de abril se realizó una tercera reunión, importante por su convocatoria, en la cual participaron varias sociedades gremiales de la ciudad como los panaderos, los sombrereros y los tipógrafos, además de grupos republicanos, socialistas y anarquistas. En el curso de la asamblea las posiciones de los

42. Al igual que los anarquistas organizadores se vieron debilitados luego del abandono del país de Malatesta, hay que destacar que los socialistas sufrieron la emigración de José Winiger, el dirigente más destacado en la etapa previa, que se exilió en Brasil tiempo después de la manifestación del 1° de Mayo de 1890.

43. «Reuniones», *El Perseguido*, núm. 19, 5 de abril de 1891.

44. «¡La liquidación social!», *El Perseguido*, núm. 20, 19 de abril de 1891.

socialistas fueron derrotadas: en una votación dividida, se estableció que el 1º de Mayo debería celebrarse al aire libre, «con o sin permiso» policial. También resultaron derrotadas las mociones de presentar una petición al Congreso y de realizar una tirada extraordinaria de *El Obrero*.

Si en 1890 los anarquistas habían admitido sumarse a la convocatoria aun cuando estaba hegemonizada por sus adversarios, un año más tarde los socialistas no estaban dispuestos a hacer lo mismo. El día 9 de abril tuvo lugar una nueva reunión, pero esta vez no en el local del Vorwärts sino en el de la Unión Obrera Española. En la reunión, «se leyó el acta de la sesión del 6 del presente en la cual decía que la manifestación se haría en público y no en *meeting* en local cerrado», ante lo cual, según la crónica de *El Perseguido*, «los representantes de las sociedades Club Vorwärts, los periódicos *La Unión Obrera* y *El Obrero* manifestaron su disgusto por tal aceptación diciendo que en la asamblea del 6 hubo hasta violencias y no podía considerarse como votación». Luego de verse en minoría, los socialistas abandonaron la reunión. Ya sin su presencia, se estableció que la manifestación tendría lugar en la plaza de Mayo, «por estar en ella representada por los edificios la Casa Rosada, Senado, Bolsa, Banco y demás baluartes del autoritarismo contra quien podemos protestar». El debate sobre el programa que debía presidir la convocatoria se zanjó resolviendo que «cada sociedad o agrupación de obreros conociendo más eficazmente sus necesidades lo harían como mejor les pareciese, pues sería tarea difícil reanudar en un programa las aspiraciones en general para el mejoramiento de la vida del obrero».[45]

A partir de entonces las convocatorias se dividieron. Los socialistas admitieron en el *Vorwärts* las dificultades que habían encontrado para repetir la celebración del año anterior, plantearon sus diferencias con la propuesta de los anarquistas y aconsejaron a los trabajadores que faltasen al trabajo aquellos que pudieran hacerlo «sin sufrir por ello perjuicios duraderos» pero que en caso contrario la situación no debía forzarse, dado que «el 1º de Mayo no debe ser un día consagrado a la resistencia de los trabajadores, sino un día de *advertencia* a los círculos dirigentes del Estado y la sociedad, para que contribuyan con total seriedad a alcanzar una mejora de las circunstancias dentro del marco del orden económico presente».[46] En términos similares se pronunciaba *El Obrero*, que era incluso más explícito al admitir que el año transcurrido desde la manifestación anterior había sido «un tiempo de muchas dificultades por nuestros trabajos», entre otras cosas porque «la crisis nos ha quitado muchos buenos campeones de nuestro lado por haberse ausentado del país», por los coletazos de la «revolución de

45. «Reuniones», *El Perseguido*, núm. 20, 19 de abril de 1891.

46. «Las demandas de los trabajadores y el 1º de Mayo», *Vorwärts*, núm. 224, 18 de abril de 1891.

julio» y por «el estado de sitio». A la hora de explicar a sus lectores por qué consideraban que debían alejarse de «la manifestación ya convocada por algunas agrupaciones obreras bajo el régimen anarquista», *El Obrero* dejaba traslucir que en lo fundamental la decisión de los socialistas se basaba en su preocupación por el desenlace que pudiera tener una manifestación dominada por el elemento anarquista: según el periódico socialista, esta nunca podría tener «un carácter tan tranquilo y disfrutado», como ellos pretendían.[47]

El Perseguido dedicó, como era de esperarse, un extenso espacio en sus columnas a la manifestación, destacando que era la primera vez que se realizaba una concentración obrera al aire libre en la ciudad de Buenos Aires. Los editores informaban que *El Perseguido* había sido repartido «de a miles» y que se habían agotado los ejemplares sin poder abastecer a todos los que lo solicitaban. La crónica señalaba que el clima era festivo y que «todo el mundo se sentía emocionado», con trabajadores «conmovidos pues era la primera vez que los obreros de la República desconfiaban de los diputados, del gobierno, de los banqueros, de los curas, de los doctores y abogados y de todos aquellos que aspiran al poder», en una velada referencia a los socialistas. En la misma noche del 1º de Mayo, el vespertino *Sud-América* cifraba la concurrencia en «unas quinientas personas que llegaron de diferentes puntos de la ciudad en grupos de 10, 20 y 30 obreros». La tranquilidad, sin embargo, no duró mucho. Poco antes de las dos y media, hora en que estaban previstos los discursos –esto a pesar de ser un día laborable– hizo su intervención la policía, «de todas clases: a pie, a caballo y secreta» que «disolvía a los manifestantes desarmados y reunidos pacíficamente desde el momento que todavía no había empezado el *meeting* y los que no se disolvían prontamente era a rebencazos, a machetazos, a pisadas de los caballos y por fin llevados presos».[48] Según *Sud-América*, los vigilantes, «machete y rebenque en mano, atropellaban a la concurrencia propinando sendos golpes a las personas que no obedecían en el acto la orden de dispersarse».[49]

Los socialistas consideraron que había sucedido lo previsible, «gracias a la táctica insensata y estúpida de los anarquistas». El *Vorwärts* intentó quitar importancia a la manifestación, señalando que «una asociación tras otra denegó de antemano su participación» y denunciando incluso que «ni siquiera los líderes principales de los anarquistas aparecieron». El periódico de los socialistas alemanes atribuía la convocatoria a «un número ma-

47. «La Federación Obrera y el 1º de Mayo», *El Obrero*, núm. 18, 25 de abril de 1891.

48. «La manifestación del 1º de Mayo en Buenos Aires», *El Perseguido*, núm. 22, 17 de mayo de 1891.

49. *Sud-América*, 1 de mayo de 1891, tercera edición.

yor de curiosos, que rodearon la plaza a fin de asistir al espectáculo». Para *El Obrero*, los trabajadores de Buenos Aires debían «a los anarquistas que el festejo del 1° de Mayo haya fracasado».[50] Los socialistas pensaban que lo ocurrido confirmaba las críticas que habían realizado a los anarquistas en los meses previos: destacaban, en particular, que había evidenciado su fracaso el planteo simplista, sostenido por grupos anarquistas, de convertir la jornada en un estallido huelguístico y revolucionario. Marcaban con sorna que los anarquistas «habían proclamado la huelga general, después de la cual no volverían los obreros al taller, sino como libres productores y libres consumidores», pero que ni ellos mismos habían comprendido «lo que quería decir esta frase tonta, sin sentido común».[51]

Si la manifestación de 1890 puso de relieve una hegemonía socialista y la del año siguiente mostró el avance de los anarquistas «antiorganizadores» en las filas obreras, las celebraciones de los años posteriores son un buen testimonio de las dificultades que encontraron las distintas corrientes políticas activas en el mundo de los trabajadores para sostener una actividad pública masiva en el marco de la profunda crisis que golpeaba a la clase obrera. En 1892, en el contexto de reflujo y dispersión de las fuerzas obreras, ni siquiera los diferentes grupos socialistas de la ciudad fueron capaces de organizar una actividad unitaria.[52] La novedad más significativa, de todos modos, fue el planteo de los anarquistas de rechazar la realización de cualquier tipo de actividad ese día. En su edición del 1° de mayo, *El Perseguido* dedicaba un espacio reducido a plantear la posición de los antiorganizadores al respecto, en una sección –«Rebencazos»– dedicada por lo general a polémicas e ironías contra sus adversarios políticos:

> «El 1° de Mayo. Es necesario darle rebencazos a este día. En primer lugar porque son muchos los que creen que con manifestarse el 1° de Mayo, ya han llenado su compromiso con la propaganda y en todo el año no se ocupan de nada. Como si no hubiera más días que ese para trabajar para la causa».

50. «El primero de mayo», *El Obrero*, núm. 22, 24 de mayo de 1891.

51. «La fiesta de mayo», *Vorwärts*, núm. 227, 9 de mayo de 1891.

52. El 18 de abril de 1892, un pequeño suelto en el diario *La Prensa* daba la pauta del clima que reinaba en las organizaciones obreras: «Esta fecha –decía *La Prensa*– que tanto preocupa en Europa, ha de pasar entre nosotros con más calma todavía que en los años anteriores. Las sociedades alemanas de la sociedad "Vorwarts", que tienen como órgano el periódico del mismo nombre, divididos del otro grupo que fundó "La Federación Obrera", celebrarán ese día en su local, con una fiesta íntima. La Federación Obrera, que tiene por órgano *El Obrero*, nada ha resuelto todavía a pesar de sus opiniones radicales respecto de la cuestión social. Celebrarán cuando más una reunión en honor de Carlos Marx, su apóstol». «1° de Mayo», *La Prensa*, 18 de abril de 1892.

El planteo de *El Perseguido* dejaba traslucir que en las filas anarquistas se había producido un balance luego de lo ocurrido el 1° de Mayo de 1891, que había sido esperado con cierta ingenuidad por la militancia libertaria como la ocasión de un estallido revolucionario: «los que fijan su estúpida esperanza en el 1° de Mayo», señalaba, «en cuanto pasa ese día y vean que no se hizo la revolución social, caen en el desaliento». La conclusión era tajante:

> «El 1° de Mayo no significa nada; ha sido elegido por el partido obrero para hacer sus manifestaciones, y los anarquistas solo han procurado darle un carácter revolucionario, por no quitarle las procesiones, nada más. Cualquier día es bueno para la propaganda, y la revolución social se hará en cualquier momento menos en aquel en que se tome un acuerdo con dicho objeto. Con que amiguitos: es necesario ser anarquista todo el año y hacer lo que se pueda en cualquier momento».[53]

Dado que el 1° de Mayo de 1892 fue domingo, jornada habitual para asambleas y actividades obreras, distintos grupos de anarquistas antiorganizadores celebraron algunas reuniones en diversos puntos de la ciudad. Se esforzaron, sin embargo, por dejar sentado en el periódico libertario que no le conferían ningún carácter especial a esa actividad.[54] Para los socialistas la fecha pasó sin pena ni gloria. Los diarios de la capital no incluían en esta ocasión mención alguna sobre la actividad de la Federación Obrera. La celebración organizada por el Vorwärts en su local, por su parte, tampoco atrajo la atención.[55]

El surgimiento de los círculos de obreros católicos

Mientras socialistas y anarquistas intentaban desenvolver su actividad política en el seno del movimiento obrero, con las dificultades que imponía el contexto de retracción de las luchas que siguió al agravamiento de la crisis económica, por esos años también hacía su aparición un nuevo tipo de asociación en las filas obreras, impulsada abiertamente por la Iglesia. Los «círculos católicos» que aparecieron en esos años respondían, en primer lugar, a la encíclica *Rerum Novarum* dictada en el año 1891 por el papa León XIII, que establecía la nueva doctrina de la Iglesia frente a la llamada «cuestión social». Representaban, además, una respuesta local frente al

53. «Rebencazos», *El Perseguido*, núm. 41, 1 de mayo de 1892.

54. «El 1° de Mayo en Buenos Aires», *El Perseguido*, número 42, 22 de mayo de 1892.

55. Según Tarcus, se realizó una fiesta «con discursos, declamaciones y música» (Tarcus 2007b, pág. 70).

desarrollo de la agitación obrera que había tenido lugar en los años anteriores, a lo cual se agregaba la aparición de corrientes políticas activas en el movimiento obrero, de orientación socialista y anarquista. Si los círculos desarrollarían, como veremos, una estrategia de conciliación de clase y amortiguación del conflicto social, es importante destacar que –a diferencia de las sociedades étnicas o mutuales que existían desde antes en la ciudad con perspectivas también contrarias a la delimitación clasista de sus miembros– se presentaban no como parte de un lento proceso de transición hacia el surgimiento de organizaciones propiamente obreras sino como una *reacción* a ese desarrollo, impulsada por la Iglesia Católica para frenar la organización independiente de los explotados.

Existían en el país algunos antecedentes de una preocupación de la Iglesia por intervenir en la cuestión social: en el primer Congreso de los Católicos Argentinos, por ejemplo, que se celebró en 1884 en el contexto del debate surgido a partir de la sanción de la ley 1.420, se aprobó una resolución que establecía que los diferentes centros católicos debían «propender, en la esfera de su posibilidad, a la creación de escuelas de Artes y Oficios, unidas o separadas de la primera enseñanza; el establecimiento de talleres para obreros y casas de trabajo continuo y en ellas o separadamente, oficinas para procurar colocación a los necesitados que no pudiesen ser ocupados en las casas y talleres establecidos, así como a la formación por parroquias o distritos de círculos sociales de trabajadores».[56] De todos modos, fue en el marco de crisis de los años finales de la década de 1880 cuando los católicos argentinos comenzaron a advertir la importancia que estaba adquiriendo la «cuestión social» y a mostrar su preocupación por el avance de la organización de los trabajadores.

En agosto de 1889, cuando se generalizaba la agitación huelguística, el periódico *La Voz de la Iglesia* publicó una editorial que ponía de manifiesto su preocupación por la sucesión de huelgas, que si «hasta ayer no revestían otro carácter que el de acontecimientos aislados y sin importancia, hoy ganan terreno y se pronuncian indistintamente en todos los gremios industriales, con manifestaciones coercitivas y tumultuosas». El periódico, vocero de las inquietudes clericales, sostenía que en el contexto de crisis, «apremiados por la ruda labor diaria y por la insuficiencia de los escasos recursos que ella les proporciona», los obreros se veían impulsados a «buscar la solución del problema de sus intereses por la violencia y la resistencia, declarando indirectamente una guerra funesta a los capitales invertidos en industrias y empresas sobre que, en gran parte, está basado el porvenir del país». Los editorialistas de *La Voz de la Iglesia* consideraban, en este contexto, que había llegado el momento de preocuparse seriamente «de las causas de semejante conflicto, cuyo desenlace puede ser acaso la reproducción de las aterradoras escenas perpetradas en otros países por las sectas que hoy conspiran contra el orden social, inspirando a las masas el odio a los ricos y a la propiedad». La «resignación a la pobreza», prescripta por la fe y la moral cristiana, estaba perdiendo su «benéfica influencia».[57]

56. Véase Recalde (1985) y Santos Martínez (2000).

En otra editorial, publicada en el mismo contexto huelguístico, el periódico lamentaba que las penurias sociales fueran un caldo de cultivo ideal para el desarrollo de las corrientes revolucionarias:

> «Las masas populares, alejadas de sus habituales tareas y exasperadas por la triste y apremiante situación en que la suerte las coloca, pueden muy bien llegar a constituir un elemento subversivo, y a buscar la realización de sus aspiraciones por medios violentos y de consecuencias bien deplorables. Las ideas socialistas y comunistas hoy cuentan entre nosotros también sus pseudo-apóstoles».[58]

Si la inquietud clerical ante el avance de la agitación obrera y de las ideologías revolucionarias ya estaba, como se observa, plenamente presente en el bienio de ascenso huelguístico de 1888 y 1889, aun no estaba clara la respuesta que proponía la Iglesia. En efecto, si bien *La Voz de la Iglesia* ya planteaba en esa ocasión que era necesario «prestigiar a la religión, el único freno capaz de contener a las masas dentro de los límites del orden», aún no aparecía plenamente desenvuelto el argumento en favor de una acción decidida de los católicos en el seno de las filas obreras. Una nueva etapa se iniciaría, en este sentido, al igual que en el resto del mundo, con la sanción de la encíclica papal *Rerum Novarum*, que marcó todo un nuevo eje de intervención para los católicos frente a la *cuestión social*.

La encíclica «sobre la situación de los obreros», promulgada por el papa León XIII el 15 de mayo de 1891, dejaba establecida la posición eclesiástica frente al nuevo cuadro creado por el desarrollo de la agitación obrera y las organizaciones revolucionarias.[59] Constituía un intento de salir al cruce del avance del socialismo y el anarquismo promoviendo una intervención activa de la Iglesia en el seno de las propias filas obreras: según la *Rerum Novarum*, resultaba «urgente proveer de la manera oportuna al bien de las gentes de condición humilde, pues es mayoría la que se debate indecorosamente en una situación miserable y calamitosa». El principal peligro no era, de todas maneras, esa situación miserable, sino el hecho de que en ese cuadro hubieran encontrado eco las teorías revolucionarias:

57. «Las huelgas y sus causas», *La Voz de la Iglesia*, 9 de agosto de 1889.

58. «Siguen las huelgas», *La Voz de la Iglesia*, 11 de septiembre de 1889. Véase también «Notas de redacción», *La Voz de la Iglesia*, 2 de octubre de 1889.

59. Todas las citas subsiguientes están tomadas de la encíclica.

> «Para solucionar este mal, los socialistas, atizando el odio de los indigentes contra los ricos, tratan de acabar con la propiedad privada de los bienes, estimando mejor que, en su lugar, todos los bienes sean comunes y administrados por las personas que rigen el municipio o gobiernan la nación».

La encíclica desenvolvía en este sentido una cerrada defensa del derecho a la propiedad privada, argumentando que los socialistas perjudicaban en última instancia los intereses de los trabajadores al despojarlos «de la esperanza y de la facultad de aumentar los bienes familiares» y proponer «un remedio en pugna abierta contra la justicia, en cuanto que el poseer algo en privado como propio es un derecho dado al hombre por la naturaleza». El texto se extendía en largos párrafos que justificaban el derecho de propiedad como algo «fundado en la naturaleza»: era, en cambio, algo antinatural plantear que existiera un antagonismo irreconciliable entre las diferentes clases de esa sociedad en acelerada transformación ante la cual la Iglesia buscaba intervenir de un nuevo modo:

> «Es mal capital, en la cuestión que estamos tratando, suponer que una clase social sea espontáneamente enemiga de la otra, como si la naturaleza hubiera dispuesto a los ricos y a los pobres para combatirse mutuamente en un perpetuo duelo (...). Ambas se necesitan en absoluto: ni el capital puede subsistir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital. El acuerdo engendra la belleza y el orden de las cosas; por el contrario, de la persistencia de la lucha tiene que derivarse necesariamente la confusión juntamente con un bárbaro salvajismo».

En este contexto, para limitar los choques entre las clases sociales aparecía como fundamental el papel que debería desempeñar la Iglesia, encargada de «arreglar entre sí y unir a los ricos con los proletarios, es decir, llamando a ambas clases al cumplimiento de sus deberes respectivos y, ante todo, a los deberes de justicia». La encíclica recomendaba moderación a los patrones, que no debían «considerar al obrero como un esclavo» sino «respetar la dignidad de la persona y la nobleza que a esa persona agrega el carácter cristiano»: en este sentido aconsejaba dar impulso a una serie de medidas que mejorasen la situación de los trabajadores, como un mejor salario, reducción de la jornada y descanso dominical. La encíclica, además, llamaba a los «obreros cristianos» a asociarse «bajo la dirección de jefes prudentes» para llevar adelante ellos mismos este trabajo de proselitismo en las filas de los trabajadores.

El impulso dado por la nueva «doctrina social» de la Iglesia a partir de la encíclica tuvo un efecto inmediato en la Argentina, fundamentalmente

a partir de las iniciativas del sacerdote redentorista alemán Federico Grote (1853-1940), que jugaría un papel decisivo en el desarrollo de las organizaciones obreras de orientación católica locales. Grote había nacido en Münster, Westfalia, y se ordenó como sacerdote en 1878: al año siguiente se trasladó a América, cuando le asignaron como primer destino la ciudad de Cuenca, Ecuador, donde aprendió el español. En noviembre de 1884 viajó a Buenos Aires y se instaló en nuestro país.

El 2 de febrero de 1892, menos de un año después de la promulgación de la *Rerum Novarum*, el padre Grote fundó en Buenos Aires el «Círculo Central de Obreros», con el objetivo de «promover y defender el bienestar material y espiritual de la clase trabajadora, de acuerdo con las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia». Desde su propia creación quedaba claro que los círculos tenían como un objetivo explícito enfrentar el ascendiente que habían adquirido sobre los trabajadores las ideologías revolucionarias: se establecía, en efecto, que la sociedad no debía ser «una escuela de combate para concretar el esquema ideológico del marxismo, sino una institución laboral, de educación cívica y moral» (Santos Martínez 2000, pág. 58). La prensa comercial de la ciudad le había dado una calurosa acogida a la nueva sociedad: a mediados de mayo, el diario *La Prensa* reseñaba una de sus asambleas y realizaba una valoración elogiosa de la nueva asociación, que debía ser «del favor del público» por sus propósitos «generosos y simpáticos, consagrados a la propagación de las buenas ideas entre los obreros».[60]

El desarrollo de las «buenas ideas», de todas formas, no era la única tarea de la nueva asociación. Las actividades del Círculo incluían una importante cantidad de eventos de tipo social, que buscaban acercar a los trabajadores a sus reuniones y actividades y por esa vía restar adherentes a las sociedades de resistencia y otras organizaciones políticas proletarias. El Círculo ofrecía, en efecto, escuelas para los hijos de los socios y clases nocturnas para los adultos, reuniones, conciertos, «rifas mensuales de objetos útiles y comestibles» y «recreos honestos los domingos». En su local, ubicado en la calle Callao 1270, se ofrecían además diversos servicios, como consultas médicas y medicinas para los socios y sus «esposas, hermanas, madres e hijas». Además se brindaban ayudas económicas que resultaban de especial importancia en el contexto de la crisis y que aún pocas sociedades gremiales habían conseguido desarrollar, como subsidios para el caso de desempleo, enfermedad o muerte, además de una agencia de colocación para los socios desocupados.

60. «Noticias», *La Prensa*, 23 de mayo de 1892. Algunos años más tarde, un balance publicado por *La Voz de la Iglesia* caracterizaba como «verdaderamente providencial la empresa acometida» por Grote, por considerar que en el momento de su creación «el catolicismo militante de esta capital parecía aletargado». «Peregrinación obrera», *La Voz de la Iglesia*, 11 de agosto de 1896.

También ocupaban un lugar fundamental, por supuesto, las actividades propiamente religiosas, como cursos de formación, conferencias y peregrinaciones. Particularmente los viajes realizados a la Basílica de la Luján eran las actividades más visibles del nuevo Círculo, a punto tal que provocaban menciones en la prensa comercial y respuestas por parte de las sociedades de resistencia y agrupaciones obreras. El domingo 29 de octubre de 1893 se realizó la primera: según la crónica de *La Prensa*,

> «... unos 400 a 500 socios del Círculo Católico de Obreros de esta capital, asistieron a la romería que el domingo salió del Once de Setiembre para Luján, desde cuya estación fueron al Santuario en ordenada procesión, presidida por el iniciador de la romería, Grotte, redentorista; el presidente del Círculo, Sr. Bóveda, y el director de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, presbítero J. Villanova Sanz».

Luego de oír misa y almorzar un asado con cuero, los peregrinos escucharon un discurso del propio Grote, que justificó la importancia de los círculos de obreros advirtiendo que «la moral cristiana debía levantar al obrero de su humilde estado, santificando el trabajo y dándole los consuelos de la fe para obrar en el mundo con paciencia, resignación y tranquilidad». Concluyó planteando que «León XIII es el Papa de los obreros y quiere verlos congregados para practicar sus sabias enseñanzas».[61]

Para ser socio el Círculo cobraba una inscripción de un peso y una cuota de ochenta centavos al mes. Se trataba de una cifra accesible, con el pago de la cual los trabajadores podían acceder a beneficios sociales que difícilmente obtuvieran por ese valor en las sociedades mutuales y mucho menos en las sociedades de resistencia, que enfrentaban serias dificultades económicas e incluso para mantener su funcionamiento básico en esos años de crisis. Aunque no tenemos acceso a los libros de cuentas de los círculos católicos, resulta lógico suponer que no se sostenían únicamente a partir de las contribuciones de los socios, sino que contaban con un apoyo financiero de las propias filas eclesiásticas, lo cual les permitía este mayor margen de maniobra para acercar a sus filas a trabajadores que se sintieran atraídos por esas facilidades sociales en un período en el cual el propio Estado no contribuía con ningún tipo de beneficio social. El desarrollo de los círculos católicos, no obstante, fue dificultoso: el propio Grote, en una de sus intervenciones en las peregrinaciones a Luján, admitía «las dificultades que hubo que vencer para dar animación al Círculo Central de Obreros», al tiempo que exhortaba a los presentes a «buscar socios entre los parientes y amigos».[62] Luego del primer «Círculo Central», se abrieron

61. «Los obreros católicos en Luján», *La Prensa*, 31 de octubre de 1893.
62. Ibíd.

centros barriales en las parroquias de Concepción, Santa Lucía y San Cristóbal. Recién en 1895 se logró organizar una Federación de Círculos Católicos de Obreros, que comenzó a editar un periódico llamado *La Defensa* y realizó, en 1898, su primer congreso.

Con la reactivación de la conflictividad obrera que tendría lugar, como veremos, en los años 1894 y 1895, se pondría aun más en evidencia el carácter pro patronal de los círculos católicos: luego de la huelga de la construcción de 1894, por ejemplo, el propio Grote giró una invitación «a todos los señores constructores» (los patrones) para una reunión «familiar» en el local del Círculo Central, «con el objeto de cambiar ideas y arbitrar medidas para evitar en el porvenir los conflictos pasados en sus lamentables consecuencias».[63] De igual manera sucedería durante los grandes estallidos huelguísticos de los años posteriores, en cada uno de los cuales los círculos católicos se ocupaban de subrayar a través de notas a los medios de prensa que ellos no participaban de ninguna de las medidas de fuerza. Con el paso de los años, por otra parte, las propias sociedades gremiales y las corrientes políticas activas en el movimiento obrero tomarían una actitud de fuerte polémica y delimitación con respecto a los círculos obreros, que iba desde la agitación con volantes y manifiestos en sus jornadas y peregrinajes hasta la organización de un debate conjunto entre católicos y socialistas, como ocurriría a mediados de 1895.

✠✠✠

A fines de 1893, la policía detuvo y deportó a un conjunto de militantes anarquistas, a quienes se acusaba de preparar atentados terroristas como los que se producían en Europa. Algunos meses antes, la prensa había dado a conocer un sensacional complot para hacer estallar bombas en diversos edificios públicos, y dedicaba grandes columnas a recomendar la toma de medidas represivas contra los militantes libertarios. En realidad, nunca pudo probarse ninguna conspiración terrorista ni se registraron atentados: si bien, como veremos en el séptimo capítulo, los periódicos anarquistas «antiorganizadores» se oponían a condenar la llamada «propaganda por los hechos» que llevaban adelante militantes libertarios en Europa y en muchos casos la reivindicaban, a lo largo de todo este período los anarquistas argentinos no desarrollaron una actividad vinculada a la preparación de atentados u otras medidas de esas características. A partir de las noticias que llegaban de Europa, sin embargo, y en el contexto de una grave crisis económica y social, diferentes medios de prensa y círculos oficiales aprovechaban la ocasión para reforzar una política represiva que, si se enfocaba principalmente en los militantes libertarios, alcanzaba de diversas

63. «Invitación», *La Prensa*, 14 de septiembre de 1894.

formas a un conjunto más amplio de activistas que actuaban en las filas obreras.[64]

Ese año de 1893 marcaba el punto más álgido del reflujo que se inició a comienzos de 1890, cuando el impacto de la crisis hizo sentir sus consecuencias sobre las filas obreras y cerró la etapa de aguda conflictividad huelguística que caracterizó a los dos años finales de la década de 1880. En este capítulo analizamos el modo en que los trabajadores de Buenos Aires enfrentaron esos cuatro años de penurias y dificultades, marcados por una retracción de la actividad económica que trajo como correlato una fuerte desocupación y un marcado deterioro de las condiciones de vida. La crisis que siguió al colapso bursátil de 1890 no fue simplemente un episodio financiero, sino que impactó profundamente al conjunto de la sociedad y descargó sus peores consecuencias sobre los más explotados. Fueron años de emigración para los que pudieron irse, de padecimientos y malas condiciones de vida para los miles y miles que se quedaron, de zozobra e inseguridad para todos.

En este capítulo intentamos mostrar que aún en estos años difíciles la actividad en las filas obreras no se interrumpió. Si la aparición y el desarrollo de los círculos de obreros católicos, a partir de la encíclica *Rerum Novarum* de 1891, puede interpretarse como un intento de avance de una institución conservadora como la Iglesia Católica en el mundo de los trabajadores, no hay que perder de vista que ese desembarco clerical en las filas obreras se producía precisamente porque se caracterizaba con preocupación el desarrollo de sociedades de resistencia y agrupamientos políticos anarquistas y socialistas en el seno de la clase trabajadora. Aunque el impacto de la crisis provocó una retracción en la conflictividad, los trabajadores de Buenos Aires mantuvieron en el período inmediatamente posterior una actividad que permitió mantener un hilo de continuidad entre el ascenso huelguístico de fines de la década de 1880 y el que tendría lugar a mediados de la de 1890.

Ese hilo de continuidad puede advertirse en los episodios huelguísticos que, a pesar de todas las dificultades, diversos gremios llevaron adelante en el período que transcurre entre 1890 y 1893. Como vimos en este capítulo, en muchas ocasiones esos conflictos ya no giraban en torno a reivindicaciones de aumento salarial, como en la etapa anterior, sino que se concentraban en defender a los trabajadores de ataques patronales, fundamentalmente de despidos, en el marco de la crisis económica. Los obreros buscaban, en muchos casos, defender también los avances que habían ob-

64. Véase por ejemplo, «Los atentados del anarquismo», *La Prensa*, 12 de diciembre de 1893; «Noticias de policía: deportación de anarquistas», *La Prensa*, 15 de diciembre de 1893.

tenido en términos de organización obrera en el período inmediatamente anterior.

Pero también se observa esa continuidad en las actividades que, ya no en un terreno estrictamente reivindicativo sino más abiertamente político, llevaban adelante los trabajadores para presentarse como clase a los ojos de la sociedad. La celebración del 1° de Mayo de 1890 representó un salto imposible de subestimar en términos de la actividad política de la clase obrera de Buenos Aires. Para el grupo de militantes socialistas que tuvo un rol protagónico en esa primera manifestación, la nueva etapa de retracción de la actividad obrera significó un obstáculo en su intento de consolidar una federación de gremios, como veremos en el sexto capítulo. En ese mismo contexto, por otra parte, los anarquistas «antiorganizadores» encontraron un espacio para avanzar con sus posiciones contrarias a la actividad gremial y a la organización sindical de los trabajadores, que les permitió tener un rol hegemónico en la manifestación del 1° de Mayo de 1891, que ha sido prácticamente olvidada por la historiografía a pesar de su importancia. En cualquier caso, lo que se observa es que aun en el marco del reflujo de las luchas, la actividad de socialistas y anarquistas en torno a la celebración del 1° de Mayo contribuyó a hacer sentir la presencia de los trabajadores como clase en el escenario político y preparó el terreno para el salto que tendría lugar hacia mediados de la década. Es el tema de los próximos capítulos.

Capítulo 4

En el camino de las ocho horas. Las luchas por la reducción de la jornada laboral, 1894-1895

El año 1894 estuvo fuertemente marcado por la inestabilidad política, que se profundizó a comienzos del año siguiente con la renuncia del debilitado Luis Sáenz Peña y la asunción de su vicepresidente, José Evaristo Uriburu –encargado de completar su mandato bajo un cuadro político dominado por la figura de Julio A. Roca– pero la situación económica del país había comenzado lentamente a salir de la gravísima crisis que había caracterizado a los años previos. En ese cuadro se procesó un descenso del desempleo y una reactivación de la actividad económica que enmarcó un cambio de ciclo en el plano de la agitación obrera: en efecto, a partir de 1894 se inició un ciclo ascendente en la lucha de clases que llegó a un punto culminante dos años más tarde. En este capítulo analizamos los principales episodios de ese período, que tuvo como punto de partida las huelgas protagonizadas por distintos oficios de la industria de la construcción, en las cuales se puso en primer plano, como veremos, la demanda de reducción de la jornada de trabajo, llamada a jugar un papel decisivo en esta nueva etapa.

Además de los conflictos propiamente huelguísticos, en este capítulo analizamos el destacado proceso de agitación y movilización obrera que se desarrolló, pocas semanas después del fin de la huelga de la construcción, en torno a la presentación de un proyecto en el Concejo Deliberante de la ciudad que proponía establecer en ocho horas la jornada legal de los peones contratados por el municipio. La iniciativa, presentada por el radical Eduardo Pittaluga, no iba más allá de disponer una limitación en la jornada de trabajo para los empleados municipales, pero tanto sus defensores como sus adversarios advirtieron enseguida que podía sentar un precedente importante en relación a una consigna que se generalizaba en el movimiento obrero de la época. Aunque el proyecto, como era previsi-

ble, fue rechazado en forma expeditiva en el Concejo, tuvo una repercusión muy importante en el movimiento obrero y dio lugar a una de las más importantes movilizaciones obreras del período, el 14 de octubre de 1894. Casi exactamente un año más tarde, en octubre de 1895, tuvo lugar una nueva manifestación callejera del conjunto de las sociedades gremiales de la ciudad, esta vez a la plaza de la Victoria, para rechazar una modificación en el horario de trabajo de los peones municipales.

En ambos casos se trataba de medidas que afectaban únicamente las condiciones de trabajo de un sector reducido de la fuerza de trabajo de la ciudad –los empleados por el municipio– pero el activismo obrero las caracterizó correctamente como modificaciones que tendrían consecuencias sobre el conjunto de los trabajadores. En este capítulo intentamos mostrar cómo un análisis de estas manifestaciones, a la par que el examen de las huelgas y conflictos del período, permiten trazar un cuadro de la composición de fuerzas políticas y debates que se procesaban en el interior del incipiente movimiento obrero local, así como el modo en que el ascenso de 1894 y 1895 abrió un nuevo escenario que llevaría a la «huelga grande» del año siguiente.

Las huelgas de la construcción de 1894

Tal como analizamos en el primer capítulo, las industrias relacionadas con la construcción se convirtieron en uno de los sectores más activos de la economía y en uno de los principales núcleos de absorción de mano de obra de una ciudad en constante expansión y crecimiento. Con numerosas estratificaciones internas y en un contexto marcado por profundas oscilaciones estacionales y coyunturales, unas quince a veinte mil personas encontraban en la industria de la construcción una fuente de trabajo en Buenos Aires hacia la última década del siglo XIX. La agitación entre estos trabajadores no era una novedad hacia mediados de la década de 1890: como observamos en el segundo capítulo, durante el importante proceso huelguístico que recorrió a los principales oficios de la ciudad de Buenos Aires en el bienio 1888-1889 tuvo lugar un primer proceso de movilización de los trabajadores albañiles, que a pesar de haber concluido en una derrota marcó una primera experiencia de lucha y organización entre los obreros de la construcción porteños.

La disminución de la conflictividad obrera que se observa en los años 1890 a 1893 fue particularmente notable en la industria de la construcción, una rama sensible a las oscilaciones del ciclo económico. Tan pronto como empezó a advertirse una reactivación de la actividad económica y de la construcción, no obstante, se reanudó la actividad organizativa entre los trabajadores del gremio: en esta ocasión la conformación de una sociedad de albañiles sería anterior al estallido huelguístico y en buena medida lo prepararía.

Las fuentes dan cuenta, en efecto, de un reanimamiento de la actividad desde 1893: una «comisión provisoria de obreros albañiles y oficios anexos», que estaba en la calle Chile 2481, resolvió convocar a una reunión el 23 de abril, en la que se propondría a los obreros del gremio «la constitución de una sociedad de resistencia». Según la información periodística, los organizadores editaron y difundieron 5.000 copias de un manifiesto que llamaba a sus compañeros a sumarse a la sociedad. El domingo 23 unos trescientos albañiles se dieron cita en la calle Belgrano 1279 y aprobaron por unanimidad los estatutos de la nueva sociedad. Entre los fines que se proponía la asociación se destacaba el objetivo de la protección mutua «a los compañeros del oficio» y el socorro a los consocios «en caso de desgracia ocurrida durante el trabajo», pero se incluía también la perspectiva de una organización para preparar futuros conflictos, en la medida en que planteaba la intención de solicitar «de los maestros constructores, en una próxima oportunidad, la reducción del trabajo diario a 10 horas en verano; y 8 horas y media en invierno». El domingo siguiente y «ante una concurrencia más numerosa», se celebró una nueva reunión en el mismo salón, que reafirmó a la comisión provisoria como comisión directiva de la nueva sociedad y refrendó los estatutos.[1]

En los meses siguientes la sociedad aceleró la actividad con la realización de asambleas preparatorias y el nombramiento de una comisión encargada de recoger firmas de adhesión, entre empresarios y constructores, al horario impulsado por los trabajadores para poner en práctica a partir del 1° de enero del año siguiente. Este establecía una jornada de diez horas para los meses de septiembre a marzo y de ocho horas para la temporada invernal de abril a agosto y disponía, en un breve «artículo único» que «después de aceptado el horario», los patrones y empresarios «no podrán bajar el jornal al obrero».[2]

Una pulseada de varios meses

Los empresarios constructores, sin embargo, no estaban dispuestos a aceptar una concesión semejante. Aunque varios constructores habían manifestado su acuerdo con la propuesta de la sociedad de albañiles en forma individual, en una reunión realizada el 27 de diciembre la mayor parte

1. «Obreros albañiles», *La Prensa*, 19 de abril de 1893. «Sociedad cosmopolita de obreros albañiles», *La Prensa*, 24 de abril de 1893. «Sociedad cosmopolita de obreros albañiles», *La Prensa*, 1 de mayo de 1893.

2. «Centros sociales. Sociedad cosmopolita de obreros albañiles», *La Prensa*, 22 de noviembre de 1893. «Obreros albañiles», *La Prensa*, 17 de diciembre de 1893.

de los empresarios resolvió echarse atrás y ofrecer una respuesta corporativa, rechazando el horario exigido por los obreros. Así las cosas, con el comienzo del año estalló el conflicto: el 2 de enero la prensa porteña informaba que se habían declarado en huelga «numerosos obreros albañiles de las obras en construcción de la ciudad», y que el jefe de policía había dispuesto «una vigilancia constante en las obras, a fin de impedir que los huelguistas pretendieran ejercer presión sobre los que quisieran trabajar», lo cual dejó un saldo de numerosos detenidos.[3] Ante la continuidad de la huelga, los empresarios buscaron actuar en forma unificada para enfrentar a los trabajadores: una reunión de más de un centenar de constructores resolvió continuar trabajando en el horario dispuesto por ellos y «ayudarse mutuamente para no paralizar las obras», además de constituir una comisión para negociar con los obreros. Hacia fines del mes de enero, no obstante, un primer capítulo de la huelga se cerró con un éxito para los obreros, que habían logrado imponer en la mayor parte de las obras el cumplimiento de las diez horas de trabajo que correspondían a los meses de verano.

Se trataba, sin embargo, tan solo de una primera batalla: un nuevo episodio se abrió en el mes de abril, cuando tenía que implementarse la primera de las reducciones del horario laboral. Los trabajadores reclamaban, en efecto, que el 1° de abril comenzara a regir el horario de invierno, que reduciría la jornada laboral a ocho horas y media. En la segunda mitad del mes los empresarios intentaron hacer caso omiso de la modificación horaria ya aceptada y los trabajadores repartieron una circular que llamaba a la huelga. El conflicto volvió a cerrarse provisoriamente, con una victoria parcial para los obreros, a comienzos del mes de mayo, a partir del cual los empresarios constructores se mostraban de acuerdo en cumplir con el horario reducido vigente para los meses de invierno.

Luego de las huelgas parciales de enero y de abril, la prueba de fuerza decisiva tuvo lugar en el mes de agosto de 1894. Ocurre que mientras constructores y albañiles se mostraban de acuerdo en la jornada laboral que debía regir en los meses de mayo, junio y julio –ocho horas y media, de 7 a 11 y de 12:30 a 17– existía una divergencia respecto a los meses de abril y agosto, en los cuales los albañiles reclamaban que se trabajase con los mismos horarios que durante el resto del invierno y los empresarios, a pesar de que en un primer momento habían firmado dando su aprobación, exigían que la jornada se extendiese una hora más. Si en abril había tenido lugar la primera disputa por estas modificaciones, en el mes de agosto los patrones plantearon una nueva ofensiva contra los obreros albañiles, en un momento del año tradicionalmente difícil para los trabajadores, por la escasez de trabajo que caracterizaba al período invernal.

3. «Huelga de albañiles», *La Prensa*, 3 de enero de 1894. Entre los obreros detenidos en esos días figura el socialista Carlos Mauli.

El 29 de julio se realizó una gran asamblea en el local de Unione e Benevolenza, donde la comisión directiva de la sociedad de albañiles informó sobre los resultados de una entrevista que habían realizado con empresarios de la construcción. Luego de oír el informe de los delegados, la asamblea resolvió que se declararan en huelga, a partir del primero de agosto, los obreros que trabajasen para los patrones que se oponían a aceptar el horario de la sociedad en dicho mes. Se estableció, además, que la sociedad daría tres pesos diarios a cada uno de los huelguistas, y que todos los patrones que hubieran firmado su aceptación del horario exigido podrían solicitar «el número de obreros que necesiten». Una nueva asamblea extraordinaria se realizó en la noche del 31 de julio, donde se ultimaron las medidas para el lanzamiento de la huelga a partir de las 7 de la mañana del 1 de agosto.[4]

Luego de varios días de «huelga parcial» –suspensión del trabajo solo en aquellas obras y empresas que se negaran a aceptar el horario, mientras las labores continuaban en las casas que se manifestaban dispuestas a aceptarlo– se planteó un debate acerca de la necesidad de profundizar el reclamo y tomar medidas más duras. El domingo 5 más de mil quinientos albañiles se dieron cita en el local de Unione e Benevolenza, donde discutieron en un clima de agitación general sobre las medidas a tomar para profundizar la lucha contra los empresarios que rechazaban la reducción de la jornada laboral. Según la crónica, la comisión explicó que la huelga parcial no había dado resultado y en consecuencia planteó «la conveniencia de promover una huelga general por medio de la cual lleguen a conseguir el horario de trabajo firmado por la mayoría de los constructores y que actualmente quieren estos no reconocer». La propuesta fue aprobada en forma unánime y se resolvió ponerla en marcha a partir del día siguiente: se decidió además convocar a los trabajadores albañiles al local de la sociedad, ubicado en Juncal 1479, donde se formarían comisiones para asegurar la difusión y el cumplimiento de la huelga.[5] El viernes 10 de agosto *La Prensa* lamentaba que el conflicto entraba en un «período álgido» e informaba que los constructores, «obligados unos por la actitud de los obreros y otros por creer que no deben ceder a las condiciones impuestas por estos», habían resuelto paralizar todas las obras.[6] El domingo 12 una nueva asamblea general, reunida en el salón de la Sociedad San Martín (Rodríguez Peña 344) ratificó la huelga general y convocó a los trabajadores de la construcción a reunirse, a partir del día siguiente, en el Prado Español,

4. «Asociaciones obreras», *La Prensa*, 30 de julio de 1894; «Obreros albañiles», *La Prensa*, 1 de agosto de 1894.

5. «Reuniones obreras», *La Prensa*, 6 de agosto de 1894.

6. «Albañiles y constructores. Huelga general. Suspensión de obras», *La Prensa*, 10 de agosto de 1894.

«donde podían ir a almorzar todos los socios y llevar a sus casas carne y comestible para sus familias».[7]

A mediados del mes de agosto, cuando la huelga se encontraba en su apogeo, los albañiles elevaron una petición al jefe de policía para celebrar una manifestación que estimaban contaría con la participación de seis mil personas y saliendo desde el Prado Español «recorrería la avenida República hasta Juncal, de esta por Artes hasta Belgrano, por esta hasta Entre Ríos y luego Callao hasta el punto de partida». A diferencia de lo sucedido en otros conflictos, y probablemente debido a la magnitud e importancia que había alcanzado la huelga, el jefe de policía no se creyó en condiciones de dar una respuesta y elevó el pedido obrero al Poder Ejecutivo Nacional. Así es que el mismo presidente de la Nación dispuso firmar un decreto para responder al reclamo de los huelguistas albañiles: allí se planteaba

1. «Que la precedente solicitud no asigna a la manifestación proyectada razones ni propósitos de orden público.
2. Que sus términos revelan, a pesar de las protestas que contiene, gran excitación de espíritu de parte de los solicitantes.
3. Que las manifestaciones en días de trabajo, de largo trayecto, y por calles frecuentadas traban la libertad de la circulación.
4. Que la de que se trata será, por sus causas y conexiones, expuesta a desórdenes que la autoridad debe prevenir para no verse en la necesidad de reprimir.
5. Que en vez de fomentar el entredicho existente entre constructores y obreros albañiles, conviene procurar que sea decorosa y equitativamente solucionado a la mayor brevedad posible.
6. Que uno de los medios más adecuados en la situación actual de las cosas, es la interposición prudente y oficiosa del jefe de policía para acercar a los patrones y obreros y mediar imparcialmente a fin de que arreglen sus diferencias».

En consecuencia, la resolución de Sáenz Peña, que también firmaba su ministro Manuel Quintana, disponía

1. «Que el jefe de policía niegue el permiso solicitado para la manifestación proyectada por los obreros albañiles.

7. «Albañiles», *La Vanguardia*, núm. 20, 18 de agosto de 1894.

2. Que manifiesta a los solicitantes que no pondrá dificultad para que se reúnan en el Prado Español u otro paraje cerrado que escojan al efecto.
3. Que invite a los maestros constructores y obreros albañiles a nombrar por cada parte una comisión de igual número de personas que prosigan los arreglos iniciados para la solución de sus dificultades.
4. Que les preste con ese objeto toda su colaboración moral, mediando e influyendo imparcialmente para que arriben de común acuerdo a una solución definitiva dentro de los límites de la equidad y de las conveniencias mutuas.
5. Comuníquese y publíquese, volviendo todo original a la jefatura de policía» (PEN 1894).

La «mediación» policial, sin embargo, culminaría en un fracaso. El jefe de policía, general Campos, citó a los dirigentes de la sociedad de albañiles y a los empresarios constructores a su despacho, a fin de comunicarles formalmente el decreto presidencial y plantearles la formación de una comisión negociadora, que tuvo su primera y única reunión por la noche del 24 de agosto. Allí, frente a tres representantes patronales y tres de la sociedad de albañiles – Fernando Balmelli, Félix Garavaglia y Pedro Derodi – el jefe de policía propuso sin éxito que los huelguistas aceptaran una transacción basada en una jornada laboral de diez horas y media para los meses de verano. Según la crónica periodística, «los constructores aceptaron la proposición del general Campos, mas los albañiles se resistieron a aceptarla, dándose entonces por terminada la reunión».[8]

Hacia fines de agosto, es posible advertir que la huelga comenzaba a enfrentar dificultades y una mayor hostilidad por parte de la policía. Si bien el hostigamiento policial había sido una constante desde el inicio de la huelga, las informaciones sobre detenciones de trabajadores que realizaban piquetes en las obras en construcción de diversos puntos de la ciudad se hacen más repetidas hacia fines de mes, luego del fracaso de la mediación del general Campos.[9] La huelga, en efecto, concluyó a fines del mes de agosto, sin que los obreros albañiles pudieran imponer sus reclamos sobre los empresarios.[10] Las dificultades que habían llevado a un cierre del con-

8. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 25 de agosto de 1894.

9. «La policía y las reuniones obreras», *La Prensa*, 27 de agosto de 1894.

10. Un artículo publicado casi un año más tarde recordaba que «el primero de agosto comenzó la huelga parcial y el día diez del mismo mes se declararon en huelga general; pero desgraciadamente tres mil obreros se mostraron fieles a la causa y otros tres mil desgraciados traicionaron a sus compañeros y siguieron trabajando como podían. Tal fue el motivo para que la huelga durara por espacio de un mes». «Obreros albañiles y constructores», *La Unión Gremial*, núm. 6, 20 de junio de 1895.

flicto en condiciones no totalmente ventajosas para los obreros se ponían de manifiesto en una nota enviada a *La Vanguardia* por Fernando Balmelli, uno de los principales dirigentes del gremio. El autor, que no era militante socialista, enviaba su misiva desde Montevideo, adonde había debido exiliarse tras el fin de la huelga, y justificaba la decisión de haber cerrado el conflicto con un compromiso. Según Balmelli,

> «La Sociedad de Obreros Albañiles, ayudada por las demás sociedades de resistencia con su solidaridad y sacrificios, ha despertado el ánimo de los obreros en general, los cuales no dejarán de comprender la extrema necesidad de asociarse todos los gremios, para poder defenderse unidos en un momento dado. Los huelguistas agradecen el apoyo demostrado de parte de los otros gremios, y demás obreros que los han ayudado, pero desgraciadamente, la unión no existía por completo entre los obreros de dicho gremio en huelga. Mas no importa. Lo que no se ha podido conquistar en un año, se conquistará en dos, y los que no se han unido en un año, en dos se unirán, y comprenderán que la unión vale más que el capital».[11]

El debate sobre el cierre de la huelga de 1894 provocaría en los meses siguientes profundas divergencias al interior de la sociedad de albañiles: con el trasfondo de acusaciones cruzadas de corrupción y mal uso de los fondos gremiales,[12] lo que estaba en discusión era el balance de una huelga de enormes proporciones que, a pesar de haber mejorado la situación de la jornada laboral de los trabajadores de la construcción, no había logrado conseguir el establecimiento de la jornada de ocho horas ni del régimen horario con variaciones estacionales exigido por los obreros. En realidad, en una rama tan heterogénea como la industria de la construcción en el período estudiado, en la cual trabajaban miles de obreros de diferentes categorías y oficios que sufrían bruscas oscilaciones estacionales y coyunturales, era impensable, en una fecha tan temprana como 1894, que pudiera establecerse una jornada laboral uniforme que los patrones estuvieran dispuestos a respetar en momentos de menor organización y agitación obrera. La importancia de la huelga estuvo dada menos por el saldo concreto de

11. «Correspondencia», *La Vanguardia*, núm. 25, 22 de septiembre de 1894. Otra carta de Balmelli puede leerse en *El Perseguido*, núm. 79, del 13 de abril de 1895, en la cual respondía a las críticas de albañiles de orientación anarquista antiorganizadora.

12. La lucha interna en la sociedad de albañiles se prolongó de manera bastante penosa durante el resto de 1894 y 1895. Recién hacia fines de ese año una asamblea rechazó la expulsión sufrida por Balmelli y lo refrendó en su puesto como uno de los principales dirigentes de la sociedad. Véase «Calumnia, maldad e hipocresía. Obreros albañiles», *La Unión Gremial*, núm. 15, 21 de noviembre de 1895.

las reivindicaciones obtenidas que por el hecho de haber puesto en movimiento a un enorme contingente de trabajadores, en una de las principales industrias de la ciudad que contaba con vasos comunicantes hacia un conjunto muy amplio de otros oficios y profesiones, a partir no de un reclamo excluyente de un solo oficio o de características corporativas, sino de una reivindicación –la reducción de la jornada laboral– que podía ser tomada por el resto de los obreros de la ciudad. En ese sentido, Fernando Balmelli no se equivocaba al apuntar que la huelga de los obreros de la construcción por la reducción de la jornada laboral había «despertado el ánimo de los obreros en general», y estaba llamada a tener importantes consecuencias. La más destacada de ellas fue sin duda la huelga declarada por los trabajadores yeseros, a comienzos del mes de noviembre, en reclamo de la jornada de ocho horas, el fin del trabajo a destajo, y un aumento salarial que llevara el jornal a cuatro pesos diarios.

La huelga «silenciosa» de los yeseros: el primer triunfo en la lucha por las ocho horas

Si el conflicto de los yeseros ha ocupado un lugar más importante en la historiografía sobre los orígenes del movimiento obrero, por ser el primer gremio que obtuvo la jornada de ocho horas en nuestro país, es fundamental no perder de vista que su huelga se desarrolló a partir del agudo clima de agitación que reinaba en la industria de la construcción en su conjunto. El de los yeseros era un gremio pequeño, compuesto por trabajadores calificados, que podía ejercer una presión mayor sobre los empresarios del gremio de la construcción: todo indica que se habían organizado en sociedad incluso antes que los albañiles reorganizaran su asociación.[13] Ya en las semanas previas al 1° de Mayo de 1891, una «sociedad de yeseros de lengua francesa», de la cual no existen más datos, aparecía firmando junto a otras sociedades que rechazaban la política del Vorwärts y los socialistas en las asambleas de organización de la manifestación. Más tarde, en fuentes periodísticas de noviembre de 1894, se señalaba que los yeseros celebraban una reunión para conmemorar el segundo aniversario de su fundación, y en el mismo mes del año siguiente se convocaba a una asamblea para celebrar el tercero, lo cual permite inferir, aunque carecemos de fuentes directas, que los primeros pasos de la sociedad se habían dado en efecto en el marco del reflujo, a fines de 1892. En los años siguientes encontramos, en cualquier caso, referencias a una actividad permanente de la so-

13. Según Adrián Patroni, los primeros avances organizativos de los yeseros, que les permitieron obtener una jornada de nueve horas, «demostraron a los albañiles, que a la sazón trabajaban de estrella a estrella, que si se unían podían obtener un horario más equitativo» (Patroni 1895b).

ciedad de yeseros, que se consolidaba al calor de la agitación huelguística de los trabajadores de la construcción: el 30 de abril de 1894 participaron de la movilización por el primer aniversario de la sociedad de albañiles, en agosto en la de los panaderos y en octubre en la manifestación que se realizó en apoyo al proyecto del concejal Pittaluga donde un representante de la sociedad reclamó la jornada de ocho horas y la abolición del trabajo a destajo.

Gracias a sus avances organizativos, los yeseros habían logrado imponer una reducción de la jornada laboral a los constructores, estableciendo un límite de nueve horas diarias. Al calor de la agitación general que sacudía a los trabajadores de la construcción –diversas crónicas daban cuenta de la decisión de los yeseros de secundar a los albañiles durante sus huelgas– se crearon las condiciones entre los trabajadores del gremio para reclamar una nueva reducción de la jornada laboral. Luego de que los empresarios rechazaran la exigencia, los yeseros se declararon en huelga sin mostrar fisuras a partir de fines de noviembre. Las características del gremio –pequeño y con trabajadores calificados– les permitía llevar adelante con éxito una huelga extensa y concentrada solo sobre los empresarios reticentes a aceptar el reclamo obrero, mientras la organización de la sociedad de resistencia se ocupaba de garantizar un ingreso de emergencia a los trabajadores de las casas en huelga.

Debido a que implicaba a un número pequeño de trabajadores, la huelga de los yeseros ocupó un lugar notablemente inferior en los medios de prensa comerciales que otros conflictos del período. Fue seguida mucho más atentamente en las crónicas publicadas por *La Vanguardia*, que tomaba a esta «huelga silenciosa» como un conflicto ejemplar –aunque los socialistas no tenían un rol dirigente en ella– porque daba muestras de «orden» y porque seguía el criterio por ellos defendido de no generalizar el conflicto sino concentrarlo en enfrentar a los patrones que se negaban a ceder, reforzando financieramente a los huelguistas.[14] Durante el transcurso de la huelga, como ocurría habitualmente, los yeseros realizaban reuniones impulsadas por la sociedad de resistencia: a comienzos de diciembre una asamblea resolvió en forma unánime que los integrantes de la comisión directiva, que según los estatutos debía ser renovada, permanecieran en sus puestos hasta el término de la huelga. También recibieron aportes solidarios de otros gremios, como los pintores y los herreros, que anunciaron que ponían a disposición de los yeseros sus respectivos fondos de caja a fin de sostener la huelga.

La medida de fuerza se mantuvo durante todo el verano, privando de oficiales a los empresarios que se negaban a aceptar la reducción horaria

14. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, núm. 36, 8 de diciembre de 1894.

y enviando trabajadores a aquellos constructores dispuestos a conceder al reclamo obrero. Una de las claves que explica la capacidad de resistencia que mostraban los yeseros era que, dadas las características del oficio, era posible para los huelguistas trabajar en forma independiente, del mismo modo que ocurriría en otras huelgas de oficios, como panaderos o sastres.[15] Los patrones que resistían finalmente debieron capitular a comienzos de marzo de 1895, y de ese modo los yeseros se convirtieron en el primer gremio del país en obtener la jornada de ocho horas (véase Patroni 1895a).

Poco antes que los yeseros iniciaran su huelga, había tenido lugar una importante movilización obrera en torno a un proyecto presentado al Concejo Deliberante a fines de 1894 para implementar una reducción de la jornada laboral de los empleados municipales. El proyecto de resolución, presentado por el concejal radical Pittaluga, y la movilización obrera que lo acompañó, han sido prácticamente inexplorados por la historiografía, a pesar de que constituyeron un episodio muy importante en la consolidación de las fuerzas obreras que siguió al período de reflujo de 1891-1893 y estuvieron estrechamente vinculados a la movilización huelguística de los trabajadores de la construcción.

El proyecto de reducción de la jornada laboral del concejal Pittaluga: rechazo legislativo y movilización callejera

Eduardo Pittaluga era un exponente de la juventud profesional porteña que se había alineado con el radicalismo en los años de la gran crisis: nacido en Buenos Aires en 1862, se graduó como farmacéutico y como médico en la Universidad de Buenos Aires, en 1888, y se vinculó con la UCR luego de la escisión con las fuerzas mitristas en 1891. De acuerdo con Víctor García Costa, Pittaluga era reconocido en la parroquia de Monserrat, donde se desempeñaba además como médico seccional de la Asistencia Pública. A fines de 1891 «había reclamado desde ese cargo la aplicación de multas a los dueños de catorce conventillos del barrio, que contaban con una pésima situación higiénica», lo cual le dio un prestigio en la zona que le permitió ser electo como concejal en los comicios de junio de 1894 (García Costa 1992, pág. 29).

15. *La Prensa* del 17 de febrero apuntaba que «los obreros, en vista de la resistencia opuesta por los patrones, han fundado una sociedad cooperativa de trabajo denominada "La Trinidad", donde trabajan 60 obreros de los declarados en huelga». El diario *El Tiempo* hacía notar en enero que «actualmente, fuera de los obreros que en el primer momento se fueron a la campaña, a fin de no ser gravosos a la sociedad, solo existen 10 obreros sin ocupación, a los cuales se abona dos pesos por día». «Ejemplo digno de ser imitado», *El Tiempo*, 16 de enero de 1895.

Poco después de resultar electo, Pittaluga presentó un proyecto para la regulación de la jornada laboral de los peones municipales, que inició su tratamiento en el Concejo el 17 de septiembre de 1894. Según los socialistas, la iniciativa había sido elaborada por el propio Juan B. Justo, con quien Pittaluga había trabado relación en ocasión de la revolución del Parque de 1890, en la cual participaron juntos como parte del cuerpo médico de los revolucionarios.[16] El proyecto era breve y estaba compuesto por cinco artículos y otros tantos considerandos. Estaba formulado en los siguientes términos:

Considerando:

1. Que además del reposo físico indispensable, el trabajador debe tener tiempo para el cuidado de su persona y de su espíritu, y para la vida de familia.
2. Que en ese punto la ciencia económica está en el más perfecto acuerdo con la moral y con la higiene, demostrando que las largas jornadas deprimen los salarios y dejan sin ocupación a muchos hombres útiles.
3. Que el desconocimiento de esta verdad ha determinado ya grandes trastornos en países más adelantados que el nuestro, como es Estados Unidos.
4. Que sin faltar a la doctrina económica liberal actualmente en boga, la municipalidad puede establecer para sus obreros un horario moderado de trabajo y contribuir de esa manera a acortar el horario de los obreros en general.
5. Que muchos municipios extranjeros (ciudades australianas, Roubaix, París, algunas ciudades italianas y españolas) nos dan el ejemplo de una reglamentación sabia y humana, no haciendo trabajar más de ocho horas diarias a los obreros de sus obras y servicios municipales.

El Concejo resuelve:

Artículo 1. Los trabajadores empleados en los servicios y obras municipales no trabajarán más de ocho horas diarias.

16. Así lo destacaba *La Vanguardia* en octubre de ese mismo año, recordando que «cuando el doctor Pittaluga tuvo la excelente idea de hacer valer en bien de la clase trabajadora su puesto en el Concejo, se dirigió a uno de los redactores de *La Vanguardia* pidiéndole informes sobre lo que en ese sentido podría hacerse. El consultado (Juan B. Justo), miembro del Centro Socialista Obrero, le presentó un proyecto de ordenanza fijando la jornada de ocho horas para los trabajadores del municipio». «El *meeting* por las ocho horas. Su significado», *La Vanguardia*, núm. 28, 20 de octubre de 1894.

Artículo 2. Este horario empezará a regir inmediatamente para los trabajadores que dependen directamente de la municipalidad (barrenderos, empedradores, desinfectadores, etc.)

Artículo 3. Los contratos que la municipalidad celebre con empresarios para la conclusión de obras o la ejecución de servicios, establecerán en adelante, como condición uniforme, el horario máximo de ocho horas diarias para los trabajadores empleados en dichos servicios y obras.

Artículo 5. Esta ordenanza no comprende a los guardianes de plaza, paseos, a los porteros, ni a los sirvientes de oficina.[17]

Como puede observarse, el proyecto estaba redactado en tono moderado, sin excesivas fundamentaciones, y planteaba una medida que solo afectaría a algunos de los trabajadores empleados directamente por la municipalidad. A diferencia de proyectos presentados en años previos, sin éxito, al Congreso Nacional, que reclamaban la sanción de leyes que reglamentaran la jornada laboral de todos los trabajadores, en este caso el Concejo Municipal solo podía disponer una modificación para sus propios empleados. A pesar de esa limitación, tanto los defensores como los opositores al proyecto advirtieron enseguida que sus alcances iban más allá: en caso de ser aprobado, sería la primera disposición legislativa en establecer una regulación del mercado de trabajo en un sentido favorable a los trabajadores. En un contexto en el cual se estaba reactivando la conflictividad obrera tomando a la reducción de la jornada como eje central de las reivindicaciones, además, la aprobación de una medida de esas características para los empleados municipales daría un gran impulso a los reclamos para los trabajadores de todos los oficios. Los medios de prensa de la ciudad recibieron con frialdad el proyecto, y algunos como *La Nación* y *El Diario* le salieron al cruce. El propio radicalismo, al que pertenecía Pittaluga, le dio virtualmente la espalda: en *El Argentino*, órgano del partido, no hay ninguna mención al mismo, en ningún momento del trámite legislativo. Otros periódicos, como *La Prensa*, hicieron una valoración más favorable de la propuesta, advirtiendo que estaba concebida en términos moderados que no debían confundirse con las propuestas radicalizadas que caracterizaban al movimiento obrero de otros países.[18]

En defensa del proyecto de Pittaluga se movilizó todo el espectro del movimiento obrero activo en el período. *La Vanguardia* se ocupó de defender el proyecto en su edición del 22 de septiembre: destacaban allí que nada podía «echarse de menos» en el mismo, en tanto estaba «fundado en

17. Reproducido en García Costa (1992, pág. 48).
18. «Eco de la manifestación obrera», *La Prensa*, 16 de octubre de 1894.

términos perfectamente aceptables para el más doctrinario socialista».[19] Los apoyos al proyecto de Pittaluga no se limitaron, de todas formas, a las fuerzas socialistas, sino que alcanzaron también a las sociedades gremiales que no se alineaban con esta corriente política ni tenían a sus militantes como dirigentes. La sociedad de albañiles, por ejemplo, tomó la iniciativa de apoyar el proyecto y organizar activamente una manifestación en su apoyo, ejemplo que fue seguido por prácticamente todas las sociedades de resistencia activas en ese momento. *La Prensa* reproducía una de las notas enviadas por sociedades gremiales al concejal radical, en agradecimiento por la iniciativa: en este caso era de la «comisión iniciadora de la sociedad cosmopolita obreros de hornos de ladrillos», un gremio pequeño sin una definida filiación política:

> «Señor Dr. D. Pittaluga. —Muy señor nuestro: La comisión iniciadora de la sociedad cosmopolita "Obreros de hornos de ladrillos", agradecidos por su generosa iniciativa ante el Honorable Concejo Deliberante con el fin humanitario de aliviar los trabajos al pobre obrero en general —rogamos se sirva recibir esta humilde prueba de agradecimiento, pues con ese noble proyecto viene a aliviar los trabajos forzados a que injustamente todos los jornaleros estamos sometidos, y al mismo tiempo a fortalecer la idea que todas las sociedades obreras de resistencia venimos combatiendo, que es puramente reclamar nuestros derechos».[20]

De un tenor similar era la nota dirigida a Pittaluga por la sociedad de sastres, en la cual los socialistas tenían una influencia –a través de uno de sus dirigentes, Manuel García– pero en la cual dominaba un planteo «apolítico» que se dejaba traslucir en la misiva:

> «... Ese proyecto digno de más alto honor, felizmente nos hace comprender, no obstante la preocupación constante hacia la política, existen, a pesar de todo, hombres que como V., reconociendo el estado deplorable del proletariado, movido sin duda por un sentimiento de humanidad, se ocupa en mejorar la situación del obrero como compensación, puesto que ellos son los productores de la riqueza social, empezando por gestionar de los poderes públicos la reducción de algunas horas a

19. «Un proyecto. Las ocho horas para los trabajadores municipales. Por caridad!», *La Vanguardia*, núm. 25, 22 de septiembre de 1894. El *Vorwärts* del mismo día publicó una nota con título en español, «Bravo, Pittaluga!», que reproducía el proyecto y apoyaba la iniciativa, agregando que también era necesario tener en cuenta la necesidad de reducción de la jornada para el resto de los trabajadores.

20. «Por los obreros», *La Prensa*, 25 de septiembre de 1894.

> su penoso y esclavo trabajo. Los que como nosotros nos agitamos a fundar sociedades de resistencia ajenas a todo carácter político y únicamente inspiradas en el mejoramiento del gremio, no por medios mezquinos, solo sí por la razón dentro del terreno legal, sin agitaciones ni temperamentos exaltados, nos es sumamente grato ver que haya quien se ocupe de tan delicada tarea».[21]

Los socialistas consideraban este tipo de expresiones como un triunfo político, en tanto mostraban un apoyo activo de las asociaciones obreras a una iniciativa que buscaba mejorar las condiciones de los trabajadores por la vía de la acción político-legislativa. Según *La Vanguardia*, al reivindicar la presentación de un proyecto en el Concejo Deliberante, las sociedades gremiales reconocían «implícitamente que la clase trabajadora no mejorará notablemente sus condiciones de existencia, ni se emancipará de la tiranía capitalista, desarrollando solo su acción económica, y que para llegar a ese fin necesita forzosamente entrar en la lucha política, como han hecho, tras de larga experiencia, los trabajadores de Europa y Estados Unidos».[22]

El rechazo en el Concejo Deliberante

El trámite legislativo fue entorpecido desde un primer momento por un Concejo Deliberante que no consideraba de ningún modo la posibilidad de darle una resolución satisfactoria. El proyecto fue enviado primero a la comisión de beneficencia, y luego también a la de interpretación. A comienzos de octubre, cuando el reclamo por la aprobación del proyecto cobraba fuerza en las filas obreras y se preparaba una manifestación para la semana siguiente, el Concejo aceleró los trámites para asegurar el rechazo de la iniciativa y dar por cerrado el clima de movilización. En la sesión ordinaria del 5 de octubre, el proyecto fue presentado sobre tablas, sin estar incluido en el orden del día y sin dar aviso previo al propio Pittaluga. En un trámite sumario, el Concejo consideró el dictamen unánime, por el rechazo, que habían emitido ambas comisiones. Pittaluga defendió su proyecto con gran presentación de datos sobre las deplorables condiciones de trabajo de los peones municipales, pero solo fue respaldado por un concejal, de apellido Morel. En su intervención, reproducida extensamente por el diario *La Prensa*, Pittaluga defendió su proyecto en nombre de «razones de orden higiénico y humanitario»: en su perspectiva era inadmisible desde el

21. «Los sastres y las ocho horas de trabajo», *La Prensa*, 29 de septiembre de 1894.

22. «Los trabajadores en la política. Un caso elocuente», *La Vanguardia*, núm. 26, 29 de septiembre de 1894.

punto de vista de la higiene que un obrero se viera obligado a trabajar «un número de horas que excedan lo que aconseja la humanidad y el sentido común». La municipalidad, sostenía el concejal radical, debía tomar medidas activas para evitar una «degeneración metódica de los individuos» y de sus familias y hogares, que sufrían un deterioro de sus condiciones físicas y morales como consecuencia de las extensas jornadas laborales. En el razonamiento que Pittaluga desarrollaba ante sus colegas del Concejo, la extensión de la jornada laboral se presentaba como una cuestión de salud pública, similar a las que planteaban las epidemias y enfermedades ante las cuales no rechazaban tomar medidas: se preguntaba por qué, si el municipio tomaba «medidas profilácticas de todo género contra las enfermedades que amenazan diezmar la población, no habría de hacer nada en favor de un número importante de trabajadores que la sirven, con riesgo de perder la salud».

Pittaluga sostenía que, de aplicarse la reducción horaria, los trabajadores no «frecuentarán más los despachos de bebidas»: al contrario, la mayor disponibilidad de tiempo libre redundaría en un reforzamiento de la familia y también en una mejora de la vida democrática, en tanto «el pueblo tendrá tiempo para instruirse y tomará en la política la participación que le corresponde». En última instancia, y preanunciando en buena medida el razonamiento que algunos sectores reformistas de la burguesía empezarían a desarrollar años más tarde, Pittaluga concluía planteando a sus colegas del Concejo que el otorgamiento de una reforma de estas características podría jugar un rol positivo para evitar un cuestionamiento al régimen social en su conjunto:

> «(...) Solucionar, con anticipación, el problema del mejoramiento de los obreros de nuestro país, es cortar males sociales, que pudieran acarrearnos grandes perjuicios; y la municipalidad procedería sabiamente, si contribuyese, con su ejemplo, a esa tan deseada solución».[23]

En fecha tan temprana como 1894, no obstante, estos razonamientos reformistas no movilizaban todavía las simpatías de la burguesía local. El resto del cuerpo se opuso firmemente al proyecto: entre los principales oradores que criticaron la iniciativa se encontraban destacados empresarios de la ciudad, como el concejal Videla, dueño de talabarterías y curtiembres, y el concejal Biedma, imprentero. El concejal Zapiola, miembro de la comisión de interpretación, sostuvo que la aprobación de una medida como la propuesta era «contraria a la libertad de trabajo». En un trámite breve, el Concejo dispuso el pase a archivo del proyecto.

23. «En el Concejo Deliberante. Horario para los obreros municipales. Exposición del Dr. Pittaluga», *La Prensa*, 7 de octubre de 1894.

Luego del fracaso de la iniciativa, *La Vanguardia* argumentaba que, en última instancia, se había tratado de un «experimento», a través del cual habían intentado poner de manifiesto un hecho ya sabido previamente por ellos: que los representantes legislativos de los partidos adversarios serían incapaces de llevar a buen puerto cualquier iniciativa favorable a los trabajadores. Consideraban que, aunque el proyecto había sido rechazado, la apuesta no había sido en vano, ya que había dado lugar a una convocatoria unitaria de las sociedades obreras en favor de la jornada de ocho horas y había «convencido a muchos trabajadores de que si quieren mejorar su situación, tienen que conseguirlo por su propio esfuerzo» y organizarse para «representar una fuerza poderosa en la lucha política».[24]

La gran movilización obrera del 14 de octubre de 1894

Aunque era aventurado suponer que el conjunto de las sociedades gremiales sacaría como conclusión del fracaso del proyecto la necesidad de presentar sus propios candidatos en la lucha legislativa, –en cierto sentido ocurriría lo contrario, en tanto el rechazo sumario a una iniciativa tan moderada produjo en todo un sector una reacción contra todo tipo de presentaciones a los gobiernos y contra la acción política en general– *La Vanguardia* no se equivocaba en caracterizar que una de las consecuencias más importantes del proyecto de Pittaluga fue la gran movilización de fuerzas obreras que se motorizaron en su apoyo, que tuvo su máxima expresión en la manifestación callejera del 14 de octubre de 1894, la más importante que hubieran desarrollado los trabajadores locales hasta el momento. En efecto, superó en convocatoria a la celebración del 1° de Mayo de 1890 y de 1891, y también a las actividades callejeras realizadas en ocasión de la huelga de zapateros de 1892. La amplitud de la convocatoria permite trazar, a través de las crónicas, un cuadro de las fuerzas activas en el movimiento obrero de la época.

La movilización fue preparada con una serie de reuniones de más de veinte sociedades de resistencia, que el 1 de octubre enviaron una nota al jefe de policía solicitando autorización para la realización de «un gran *meeting* obrero con el mayor orden y solemnidad posible, cual se merece un representante del municipio, que, sin mezquinos propósitos, se esfuerza en mejorar la deplorable situación del obrero». La nota aclaraba cuál sería el recorrido de la manifestación y aseguraba que en la misma no se permitirían «gritos subversivos y hostiles impropios a la solemnidad del acto a realizar», para lo cual se nombrarían «comisarios de nuestro seno, cuya designación se hará en personas serias, quienes se encargarán de conservar el orden y buena dirección que el acto requiere». A diferencia de lo

24. «Al archivo», *La Vanguardia*, núm. 28, 13 de octubre de 1894.

ocurrido con la solicitud denegada a los huelguistas albañiles en el marco del conflicto, algunos meses antes, esta vez el pedido fue aprobado por las autoridades, luego de lo cual la comisión organizadora dio a conocer una serie de instrucciones que debían seguir las diferentes sociedades obreras interesadas en participar.[25]

La manifestación, convocada originalmente para el domingo 7, fue postergada una semana, debido al mal tiempo. La convocatoria era en la plaza Rodríguez Peña, ubicada en Paraguay y Callao. Con un día soleado, hacia el mediodía del domingo 14 comenzaron a llegar las columnas de las diferentes sociedades obreras, que se ubicaron en la plaza y las calles adyacentes. *La Vanguardia* publicó la crónica más detallada de la concentración:

> «A las 12 del día llegaban a la plaza Rodríguez Peña las sociedades Pintores, Herreros y Fundidores, Yeseros, etc. En pocos minutos las calles de Rodríguez Peña, Paraguay y plazoleta del Carmen estaban repletas de obreros. A la 1 en punto entraba por la calle que da frente a los Tribunales, la sociedad de Albañiles, con su bandera y banda de música. La columna estaba compuesta de unos 3.000 obreros de ese gremio.
>
> »Empezaron desde ese momento a ponerse en orden todas las sociedades, ocupando la mitad de la cuadra comprendida en Paraguay entre Callao y Rodríguez Peña los Yeseros, con un cartel que decía: Abolición del trabajo a destajo-8 horas; a continuación de los Yeseros, los obreros Herreros con un cartel que decía: ¡Viva los derechos de los obreros! A continuación los Pintores, los cuales tenían un cartel con esta inscripción: Vivan las 8 horas, y en el anverso: Los pintores en general queremos la jornada legal de 8 horas. Seguían los Marmoleros, y después los Mayorales y Cocheros de *tramways* con un cartel que decía: Justa recompensa-8 horas.
>
> »Siendo las 2 menos cuarto, llegaban los obreros Panaderos en corporación por la calle de Callao, con su bandera social y un cartelón donde se leía: Abolición del trabajo nocturno-Solidaridad obrera. Esta sociedad que traía una banda de música, tomó colocación en la bocacalle de Callao y Paraguay. Los Albañiles de la sección Barracas entraron por la calle de Paraguay. Venían en corporación con banda de música y un cartel que decía: Sección Barracas-La Sociedad Obreros Albañiles-Apoya las 8 horas-Viva la emancipación obrera. Este grupo se colocó detrás de los Albañiles del Centro.

25. «Noticias de policía. Reunión obrera», *La Prensa*, 4 de octubre de 1894; «Manifestación obrera», *La Prensa*, 5 de octubre de 1894.

> »A las 2 en punto llegaba la columna del Centro Socialista Obrero, Hojalateros y Gasistas, Carpinteros y anexos, Zapateros, Sastres y Obreros de La Plata, Constructores de Carruajes. El Club Vorwärts y el Fascio dei Lavoratori estaban también muy bien representados».[26]

Poco después de las dos de la tarde, la marcha se puso en movimiento por la avenida Callao. *La Vanguardia* indicaba que cuando la cabecera llegó a la avenida Rivadavia aun quedaba gente en la plaza Rodríguez Peña, lo cual daba una dimensión de la magnitud de la convocatoria, que según el periódico socialista alcanzaba las diez mil personas y según otros periódicos unos cuatro mil. La marcha tomó luego por Rivadavia, Virrey Cevallos y Moreno, para retomar la calle Entre Ríos. La manifestación, escoltada por unos cincuenta vigilantes a caballo, se detuvo entre las calles Independencia y Chile, donde el propio Pittaluga habló a la multitud desde un balcón. El autor del proyecto reconoció que cuando presentó la iniciativa solo había «tenido en cuenta que el obrero necesita el descanso necesario para reponer las fuerzas gastadas en largas jornadas de trabajo» y que jamás había pensado que «repercutiría tanto, y que habría de despertar en vosotros tanta simpatía».[27]

Luego la marcha siguió por Entre Ríos hasta Brasil, donde se hizo un acto. Hablaron diferentes trabajadores en representación de cada una de las sociedades: un rápido análisis de los oradores presentados por cada gremio permite trazar un cuadro de la influencia que habían alcanzado, en muchas sociedades, los militantes socialistas. En efecto, hablaron en el acto casi una decena de dirigentes de esa filiación política: Adrián Patroni, por los pintores, Francisco Cúneo, por los herreros, Enrique Masó, por los carpinteros, Mariano García, por los tipógrafos, Miguel Pizza, por los hojalateros, Manuel García, por los sastres, Alberto Manresa Herrero, en representación de los trabajadores de La Plata y Tolosa, Ángel Giménez, del Centro Socialista Obrero y Carlos Mauli, en nombre del Fascio dei Lavoratori. También tomaron la palabra otros dirigentes de mayor afinidad con el anarquismo, como Adrián Troitiño de los panaderos y Fernando Balmelli de los albañiles, además de otros sin un claro alineamiento político, como el pintor Bonnafont, el yesero Pujol y el albañil Costa.

Un rasgo común de las intervenciones fue destacar que la gran manifestación ponía en evidencia de manera indiscutible la existencia de una «cuestión obrera» en el país, a pesar de la insistencia de los medios de prensa comerciales por negarlo, y la decisión de los trabajadores locales a «despertar», «dejar de ser mansos corderos» y «romper el yugo de la esclavitud». Para ello era necesario, coincidían todos los oradores, fortalecer la

26. «Movimiento obrero», *La Vanguardia*, núm. 28, 20 de octubre de 1894.
27. Ibíd.

organización de los trabajadores para defender sus derechos y preparar las luchas que permitiesen obtener las reivindicaciones reclamadas. Los oradores socialistas agregaban, algunos de manera más explícita que otros, comentarios sobre la necesidad de llevar esa organización al plano de la acción política: Adrián Patroni sostuvo por caso que la situación del proletariado no se modificaría «hasta tanto no tratemos de pensar en nuestra emancipación poniendo en juego todos los medios legales para llegar a ese fin». En el mismo sentido se expresó Carlos Mauli, planteando que «todo lo que se pudiera intentar en pro del proletariado no dará ningún resultado si no se recurre a la política». Aunque *La Vanguardia* no hacía ninguna referencia a ello, en la crónica de *La Prensa* se señalaba que las intervenciones de algunos de los militantes socialistas no habían sido bien recibidas por los presentes: según este periódico, cuando Giménez «comenzó a hablar del socialismo» fue «interrumpido por el auditorio, que no quiso oír hablar de política socialista». Los oradores de la sociedad de albañiles, por su parte, aprovecharon la oportunidad para recordar a los empresarios constructores que la gran convocatoria mostraba que «la última huelga no había sido obra de *cabecillas*» sino una consecuencia del hecho de los obreros ya «distaban mucho de ser los mansos corderos de ayer».[28]

Balances del proyecto y de la movilización

Pese a su previsible rechazo en el Concejo Deliberante, el proyecto de reducción de la jornada laboral para los empleados municipales tuvo un destacado impacto en el movimiento obrero local, promoviendo un generalizado apoyo entre las sociedades obreras y dando lugar a la mayor movilización pública realizada hasta entonces por los trabajadores en la ciudad. Para los socialistas había resultado un paso adelante: la propia redacción del proyecto había sido obra de Juan B. Justo junto con el concejal radical y en torno a esa iniciativa habían logrado movilizar al conjunto de los trabajadores locales en apoyo de un proyecto parlamentario.

La amplia adhesión que tuvo la iniciativa presentada por Pittaluga y la convocatoria a la movilización excedían, de todas formas, las fuerzas propias del socialismo local, y deben comprenderse en el contexto de reversión del ciclo de reflujo que estaba en curso en ese año de 1894. En efecto, la organización y la convocatoria de la marcha estuvieron, como vimos, a cargo del conjunto de las sociedades gremiales de la ciudad, con un peso especial de la sociedad de albañiles, en la cual los socialistas ya no ocupaban un rol dirigente como en el momento de su fundación. Es indudable,

28. «Manifestación obrera. Los discursos. La jornada de ocho horas», *La Prensa*, 15 de octubre de 1894; «Movimiento obrero», *La Vanguardia*, núm. 28, 20 de octubre de 1894.

en cualquier caso, que el socialismo local encontró, en esta coyuntura, un espacio importante para entroncar con una demanda que se abría paso entre los trabajadores y en un período en el cual no estaba aún cristalizada la oposición cerrada, de parte de muchos gremios influidos por el anarquismo, a cualquier tipo de presentación a los poderes públicos debido a los sistemáticos rechazos de estos a atender a las demandas obreras.

Aunque el tema del proyecto dejó de estar en agenda una vez que el Concejo lo archivó, en los meses siguientes se planteó una nueva polémica, esta vez entre Pittaluga y los propios socialistas. Se trataba de un debate hasta cierto punto inevitable, que venía postergándose por la acción relativamente común que desarrollaron el concejal y los grupos socialistas mientras el proyecto proseguía su trámite legislativo: en efecto, si la presentación de un proyecto parlamentario para la mejora de las condiciones de los trabajadores era un eje fundamental de la perspectiva socialista, existía una tensión subyacente en el hecho de que el mismo había sido presentado por un concejal del radicalismo, una fuerza política con la cual el socialismo se enfrentaba abiertamente.

El debate lo iniciaron los socialistas, con un artículo en *La Vanguardia* del 22 de diciembre, titulado «El socialismo de salón», que criticaba a «la gran mayoría de la clase burguesa» por desconocer «lo más elemental de economía política y ciencias sociales y odiar al socialismo». La nota reivindicaba que, de todas maneras, «la ciencia socialista se [iba] haciendo paso y penetra[ba] gradualmente hasta en las filas de la indócil burguesía», y ponía como ejemplos, «sobre todo [a] los elementos burgueses más adelantados que se ocupan de estudios serios sobre filosofía y economía política, así como muchos médicos». En este contexto incluían la referencia al concejal Pittaluga, quien, según *La Vanguardia*, había iniciado «una discusión marcadamente socialista en nuestra municipalidad, pero asustadísimo adjuró el otro día en *La Nación* sus convicciones socialistas».[29]

Pittaluga respondió con una «Aclaración», fechada el 25 de diciembre y publicada en *La Vanguardia* del 5 de enero. Allí denunciaba que no podía aceptar que se lo catalogara como un «cobarde moral» dado que había demostrado ser capaz de impulsar acciones prácticas como su proyecto en el Concejo. Pittaluga aclaraba que con su carta a los periódicos simplemente había intentado demostrar la moderación de las medidas que reclamaba, poniendo de manifiesto que no eran «inconvenientes ni inoportunas».[30] *La Vanguardia* respondió en su número siguiente, con un artículo que sostenía su posición anterior: planteaba que su respuesta no los había convencido de que hubieran estado en un error al caracterizarlo como «socialista de salón», es decir alguien «convencido de la verdad de las teorías

29. «El socialismo de salón», *La Vanguardia*, núm. 38, 22 de diciembre de 1894.
30. «Aclaración», *La Vanguardia*, año II, núm. 1, 5 de enero de 1895.

socialistas pero a quien le falta el valor moral suficiente para romper con las prevenciones burguesas y entrar a formar como un miembro activo en las filas del partido socialista». Los socialistas le agradecían y celebraban la presentación del proyecto, pero advertían nuevamente que la carta que había enviado a los periódicos mostraba que «no quiere ser socialista, que *teme* que por tal le pudiesen denunciar los periodistas de los diarios capitalistas». Concluían acusándolo de haber «borrado con el codo», en esas cartas a los periódicos, lo que había escrito con la mano en su proyecto ante la municipalidad.[31]

Pittaluga volvió a recoger el guante, y su respuesta se publicó en *La Vanguardia* el 26 de enero. Allí sostenía, con una argumentación confusa, que estaba «convencido de la verdad de las teorías socialistas, en cuanto ellas reconocen al obrero, el derecho de mejorar su estado físico y moral, de oponerse a que, debido al trabajo excesivo, sus fuerzas se agoten, y de exigir que la remuneración sea, siquiera proporcional al producto de su trabajo», y que había elaborado su proyecto «fundado en razones de higiene, humanidad y de orden económico bien conocidas». Planteaba que tanto la presentación como la defensa del proyecto mostraban que la redacción del periódico socialista era injusta al acusarlo de «falta de valor moral para romper con ciertas prevenciones burguesas». Pittaluga sostenía que sus convicciones «podían no satisfacer a los intransigentes», pero cubrían «en la actualidad las aspiraciones de la gran mayoría de los trabajadores, que no se alucinan con programas, algunos de cuyos artículos tienen hoy mucho de utópico». Al llegar al final de su nota Pittaluga abordaba el meollo de la discusión: su militancia en las filas radicales y no en las agrupaciones socialistas:

> «Ignoraba – decía – que entre nosotros los socialistas constituyeran un partido político organizado. Ahora, que sé por esa Redacción, que dicho partido existe, y en atención a la insinuación que me hacen de formar en sus filas, créome en el deber de expresarle que, actualmente, milito en las filas del partido político que se denomina Unión Cívica Radical, y que, a pesar de mis convicciones socialistas, arriba expresadas, no me es posible, sin correr el riesgo de cometer una ligereza, afiliarme al partido socialista, sin haber estudiado, con la atención que merecen, las teorías y el programa del socialismo, algunos de cuyos artículos, repito, parecen ser utópicos».

La respuesta de la redacción, incluida en el mismo número, era breve y daba por cerrado el debate. Apuntaba que Pittaluga estaba en su derecho

31. «El socialismo de salón y el Dr. Pittaluga», *La Vanguardia*, año II, núm. 2, 12 de enero de 1895.

de ser «socialista a su manera» y ellos en el suyo de diferenciarlo de aquellos que habían «roto con sus prevenciones de clase y lanzado de lleno a defender la causa del proletariado». El artículo concluía en un tono amistoso, en tanto *La Vanguardia* confiaba en que muy pronto los «poco convencidos» se unirían a las filas del socialismo.[32] El balance de la discusión era importante, en la medida en que dejaba claros algunos de los puntos fundamentales del planteo del naciente socialismo argentino: por un lado se sostenía fuertemente la importancia de la acción política y de las presentaciones parlamentarias como vía para el mejoramiento de las condiciones de la clase trabajadora local; por el otro, se ponía de manifiesto que esa acción política debía procesarse de forma independiente, desde las filas del socialismo, y no militando dentro de variantes más o menos progresistas de los partidos «inorgánicos» que caracterizaban a la política criolla.

Desde el puerto hasta la plaza de la Victoria: la agitación obrera en 1895

En su «Retrospecto» del año 1895, publicado en la primera edición de enero de 1896, el diario *La Prensa* incluyó, por primera vez, una sección especial dedicada al movimiento obrero. El agregado del nuevo apartado en el resumen del año tenía que ver con la importancia que, según el periódico, había adquirido la agitación de los trabajadores en los doce meses anteriores, convirtiendo a 1895 en un año «fecundo en huelgas».

En efecto, la reactivación económica que había comenzado en 1894 continuó en el año siguiente, y con ella se profundizó el reanimamiento de la agitación en las filas obreras. El punto más álgido de la conflictividad tuvo lugar en enero, aunque continuó durante el resto del año, a la par que se desarrollaba un proceso de consolidación de las sociedades obreras, las cuales protagonizaron en el mes de octubre una nueva acción callejera de características masivas que colocó al movimiento obrero en el centro de la atención pública.

La huelga portuaria

El conflicto en el puerto comenzó el primer día del año 1895, cuando los trabajadores de la estiba se declararon en huelga. Dos días más tarde se sumaron los marineros, lo cual provocó una completa paralización en las dársenas. Según un balance publicado algún tiempo más tarde en el periódico *El Tiempo*, el total de huelguistas era de unos dos mil estibadores y más de cuatro mil marineros. *La Vanguardia* era algo más cauta, y hacía referen-

32. *La Vanguardia*, año II, núm. 4, 26 de enero de 1895.

cia a unas 2.800 personas en total.[33] Como vimos en el primer capítulo, el trabajo en el puerto era uno de los más difíciles de cuantificar debido al fuerte peso de la estacionalidad y a las divergencias en las clasificaciones censales. En cualquier caso, se trataba de una paralización masiva del trabajo en uno de los núcleos fundamentales de empleo de mano de obra de la ciudad.

La generalización del conflicto con la intervención de los trabajadores embarcados aceleró la resolución de la huelga de los estibadores, que obtuvieron una respuesta rápida a sus reclamos. En efecto, el mismo 3 de enero habían vuelto al trabajo, después de obtener una satisfacción a sus reivindicaciones: pasaron a cobrar 4 pesos diarios por la carga y descarga de la mercadería y 5 pesos por la carga y descarga de carbón y cueros salados. La rápida resolución del conflicto en el caso de los estibadores también mostraba un rasgo común en las agitaciones portuarias de la época: en plena temporada de cosecha, la paralización de las tareas de estiba, llevadas adelante por personal temporal y mucho menos calificado que el marítimo, ponía en cuestión toda la cadena de exportación de mercancías. Por ello era habitual que se buscara llegar a alguna solución inmediata en las primeras horas, para destrabar el conflicto. En el contexto de la huelga de los marítimos, la concesión otorgada a los estibadores buscaba evitar una generalización de la huelga que paralizara toda la actividad portuaria.

Los marineros, por su parte, dirigieron una nota a Nicolás Mihanovich, principal referente de la patronal y presidente del Centro Nacional Marítimo, donde resumían lo fundamental de sus reivindicaciones: una paga mensual de $ 50 m/n, con un jornal adicional de $ 2 por cada día festivo o hábil en que se trabajase hasta media noche. Por trabajar la noche entera, pedían un jornal de $ 4. Reclamaban, además, que la comida que se daba a los trabajadores estuviera en buenas condiciones. En caso contrario, se exigía que los patrones cedieran la manutención a la propia tripulación.

Al mismo tiempo que presentaban las demandas a la patronal, los marineros huelguistas hicieron circular un manifiesto a sus compañeros y a la opinión pública, informando que el mismo se expondría en un «almacén de La Boca, para que pueda firmarse». Los patrones lancheros, por su lado, no perdieron el tiempo: el mismo día de iniciado el conflicto se reunió el CNM, que resolvió «rechazar toda proposición» por parte de los marineros, y denunció las «acciones violentas» que los huelguistas llevaban adelante para impedir que las tripulaciones trabajaran con normalidad. Como era habitual en este tipo de huelgas, la patronal marítima reclamaba la defensa del «derecho al trabajo», y señalaba que la extensión del conflicto

33. «Movimiento obrero durante el año 1895. Situación de la clase obrera. Su organización. Resultados de las huelgas», *El Tiempo*, 2 de enero de 1896; «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, año II, núm. 1, 5 de enero de 1895.

no se debía a la adhesión de los trabajadores sino a la acción de algunos pocos «cabecillas» que impedían por vías violentas que la mayor parte de los obreros realizaran su trabajo. A pocas horas de iniciada la huelga, la patronal reclamó al Poder Ejecutivo la intervención represiva en el puerto para desarticular la resistencia obrera: el mismo día 4 de enero el propio presidente recibió en su despacho a los delegados de la patronal, manifestándoles que se preocuparía del asunto y comprometiéndose a hablar con el jefe de policía, el ministro del Interior y el prefecto marítimo para enviar de inmediato las fuerzas policiales que fueran necesarias.[34]

La inmediata intervención del poder político apenas horas después de iniciado el conflicto ponía de manifiesto el lugar central que ocupaba la actividad portuaria en la economía –y aún más en ese momento del año, cuando debía exportarse la cosecha– y la dinámica fuertemente violenta que solían tomar las huelgas de los trabajadores del puerto. En efecto, una característica fundamental de los conflictos portuarios era el papel decisivo que tenía el control físico de las embarcaciones y amarraderos, por parte de los huelguistas o de la policía, que resultaba clave para el desenlace de la huelga. Al tiempo que reclamaba la intervención policial, la patronal tomaba medidas inmediatas para enfrentar con fuerzas propias a los huelguistas, tal como sería característico de los grandes paros portuarios de las décadas siguientes.

El gobierno dispuso el envío de numerosos efectivos, encargados de vigilar la zona de los diques, la dársena y La Boca del Riachuelo. Se organizó también una policía marítima, constituida por varios destacamentos embarcados en vapores que recorrían la zona portuaria. El 5 de enero la policía detuvo a unos cincuenta huelguistas. Con este respaldo policial, diferentes armadores intentaban quebrar la huelga poniendo en movimiento algunas de sus embarcaciones.[35] La respuesta de los trabajadores, no obstante, era firme. Al calor de la huelga volvemos a encontrar una dinámica de fortalecimiento de sus vínculos asociativos. Los huelguistas realizaron reuniones diarias en diferentes locales del barrio de La Boca, enfrentando muchas veces dificultades por las prohibiciones que imponía la policía. En las asambleas se acordó formar una «sociedad de resistencia y protección mutua de marineros», abriendo además una suscripción a favor de los huelguistas más necesitados y nombrando una comisión directiva y otra de propaganda. Además de recibir solidaridad de otras sociedades y dar cuenta del estado del conflicto, en las asambleas se impulsaba la formación de «comisiones de propaganda» encargadas de recolectar fondos en-

34. «La huelga marítima. Actitud de los marineros huelguistas. Los estibadores vuelven al trabajo», *La Prensa*, 4 de enero de 1895.

35. «La huelga marítima. Vigilancia militar del puerto», *La Prensa*, 5 de enero de 1895.

tre los comercios de La Boca y reforzar el cumplimiento de la huelga en dársenas y diques del puerto.[36] Vemos así, en primer lugar, una dinámica que ya habíamos observado en conflictos previos, por la cual el propio desarrollo de la lucha era el que promovía la conformación de sociedades gremiales. Pero, por otro lado, notamos también una profundización de la organización: mientras en huelgas previas se había llegado hasta el nivel de establecer «comisiones», ahora ya se adoptaba la forma de sociedad de resistencia.

En este clima de agitación general, nuevos gremios portuarios se sumaron al conflicto: el día 7 lo hicieron unos quinientos foguistas, editando un manifiesto en el cual señalaban que hacían «causa de solidaridad con los compañeros marineros» y reclamaban un aumento mensual de 45 a 60 pesos, un nuevo régimen laboral con mayores descansos diarios y el importe de la comida, para elaborarla ellos mismos. El martes 8 de enero, por otra parte, la huelga se extendió a los calafates y los carpinteros de la ribera.[37]

Los carpinteros y los calafates obtuvieron un rápido éxito en sus demandas, y en poco menos de 48 horas la huelga había triunfado, pasando sus jornales de 4 a 5 pesos diarios. Empujados por ese éxito, el viernes 11 abandonaron el trabajo unos trescientos trabajadores caldereros, que también reclamaban aumento salarial. En un manifiesto firmado por una comisión de los trabajadores del gremio, sostenían que

> «... *la huelga sostenida con ahínco por los marineros y foguistas ha hecho romper nuestro silencio y sumisión, infundiéndonos la idea lógica de seguir sus huellas.* Al sugerirla, no nos guía otro móvil que el de mejorar nuestra situación por demás angustiosa y precaria, cuya causa es el mísero salario que se nos asigna en cambio de una labor penosa, que requiere capacidad y mucha práctica para cumplir a satisfacción de los constructores. En efecto, ¿qué trabajador se encuentra en peores condiciones que nosotros? Los peones mismos, mil veces inferiores a nuestro rango, disfrutan mejores sueldos!».[38]

El 10 de enero la huelga había tomado proporciones enormes: según un preocupado editorial de *La Prensa*, el número de huelguistas se acercaba a cinco mil y provocaba «pérdidas de ingentes sumas a la riqueza positiva del país».[39] Ante el rechazo de los trabajadores de su contraoferta de 45 pesos mensuales, y alarmados por la extensión del conflicto a otros trabajadores del sector, los armadores resolvieron declarar un *lock out*: una asamblea del CNM del 9 de enero resolvió «la paralización de todos los buques del cabotaje nacional por tiempo indeterminado, en vista de no ser posible, por falta de garantías, continuar trabajando».[40]

El mismo día 9, una asamblea de más de mil huelguistas desbordó el local de la Sociedad Anticlerical de La Boca. Se recibieron notas de las sociedades de sastres, yeseros, albañiles, herreros y pintores, ofreciendo aportes para el fondo de huelga: todo el arco de las sociedades gremiales activas en la época, más allá de sus alineamientos políticos, aparecía así respaldando la gran huelga portuaria. Se informó también de noticias de huelga en La Plata, Campana, Zárate, Goya, Baradero, San Nicolás y Rosario. En los días siguientes, mientras las posiciones de ambos sectores se mantenían intransigentes, avanzó la militarización del puerto, completamente paralizado por la huelga y el *lock out* y ocupado por las fuerzas represivas. Según *La Nación* «con la llegada de esta fuerza cesaron los grupos de huelguistas en su persecución a los que tripulan las lanchas, no recomenzando el trabajo porque los armadores habían contraído el compromiso de no hacer ninguna operación y amarrar las embarcaciones».[41]

Fortalecida por ese respaldo sin fisuras del aparato estatal y sus fuerzas represivas, la patronal marítima se sintió en condiciones de suspender

36. Los socialistas jugaron un papel activo en este proceso de organización obrera al calor del conflicto. *La Vanguardia* del 12 de enero adjudicaba el éxito de las asambleas y el surgimiento de la sociedad gremial «a la constancia de nuestros compañeros García, Giménez y Pizza», y el propio Adrián Patroni –que no era marinero– sería uno de los tres miembros de la comisión votada en asamblea para representar a los trabajadores. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, año II, núm. 2, 12 de enero de 1895.

37. Los calafates eran aquellos trabajadores encargados de la tarea de sellar las juntas de madera del casco con brea y estopa, asegurando la estanqueidad a la embarcación; un oficio que desaparecería con la generalización de las embarcaciones de hierro.

38. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, año II, núm. 2, 12 de enero de 1895. En las reuniones de este gremio, que según las crónicas podían reunir hasta trescientos obreros, intervinieron dirigentes socialistas activos en el gremio de herreros y mecánicos de la ciudad, que impulsaron a los caldereros a conformarse en sociedad de resistencia e incorporarse luego a la sociedad gremial de mecánicos.

39. «La huelga marítima», *La Prensa*, 10 de enero de 1895.

40. Los principales empresarios pusieron los fondos necesarios para respaldar el éxito del paro patronal: «Los armadores ricos protegerán en este movimiento a los más pobres a cuyo efecto se suscribirán las sumas necesarias. Entendemos que el señor Mihanovich contribuirá con cincuenta mil pesos, veinte mil pesos Gardella, cinco mil Camozzi, y así por este orden, para cubrir los perjuicios que se reciban». «Huelga contra huelga. Los armadores también. El movimiento del puerto paralizado. Se armó la gorda», *El Tiempo*, 9 de enero de 1895.

41. «En el puerto. La huelga de marineros», *La Nación*, 11 de enero de 1895.

su medida de fuerza el sábado 12. Los armadores convocaron a los trabajadores a regresar el trabajo con un ofrecimiento final de 45 pesos para marineros de ríos, 35 para barraqueros, 40 para los de vapores y 50 para los foguistas. Lentamente el paro se iba deshilachando. El día 13 ya había movimiento de embarcaciones en el puerto y se esperaba terminar de quebrar la resistencia de los huelguistas en pocos días, con la llegada de marineros de puertos del litoral. Las detenciones de piquetes de huelguistas eran cotidianas y las crónicas ponían de manifiesto el papel de la militarización y la represión en las dificultades para sostener la huelga.[42] El 16 el CNM rechazó una nota de los trabajadores, en la que aceptaban bajar sus pretensiones para volver a establecer una negociación. Algunos diarios informaban que «reinaba anarquía entre los huelguistas» y el viernes 18 los mismos «no pasaban de 200». El 20 de enero, *La Prensa* informaba lacónicamente que la huelga había terminado, «volviendo a sus tareas los que se hallaban en tierra, cediendo en último momento a las exigencias de sus patrones».[43]

El saldo del conflicto era ambiguo: aunque habían obtenido una mejora en sus condiciones –sueldo de 45 pesos, 2 pesos para los días de fiesta, pago del trabajo nocturno– el hecho de que la huelga se hubiera ido debilitando, ante la doble presión represiva y de la patronal, dejaba a los marineros en condiciones difíciles en su correlación de fuerzas al retornar al trabajo. En efecto, como ocurría a menudo en conflictos que se cerraban con un acuerdo precario en los momentos de mayor demanda de trabajo, los armadores lograron poco después revertir todas las concesiones e incumplir las promesas firmadas. En el caso de los otros gremios, el balance era más positivo. Tanto los calafates como los carpinteros de ribera y los caldereros habían obtenido sus demandas luego de huelgas más breves que la de los marineros. Se habían reforzado, además, sus niveles de organización, con la constitución de comités permanentes y, en el caso de los caldereros, con su integración en la sociedad de resistencia de herreros y mecánicos. En el caso de los peones y estibadores también se habían producido avances, no solo por el éxito de la medida de fuerza impulsada en los primeros días del año sino también por los trabajos realizados, con activa participación de militantes socialistas, para formar una sociedad de trabajadores del gremio.

Como en la huelga portuaria de mediados de 1889, encontramos una generalización de la conflictividad huelguística en diferentes gremios, que

42. Según una crónica de *La Prensa*, «la vigilancia militar que se ejerce en los diques, dársena y ribera, ha contribuido indudablemente a que la huelga de los marineros disminuya en sus proporciones». «La huelga marítima», *La Prensa*, 19 de enero de 1895.

43. «La huelga marítima», *La Prensa*, 20 de enero de 1895.

a pesar de pertenecer a distintos oficios y enfrentar a diversos empleadores, se vieron llevados a una acción conjunta que se basaba en el hecho de tener a la zona portuaria y sus alrededores del barrio de La Boca como lugar de trabajo. Al igual que había ocurrido en el invierno de 1889, los testimonios de la época daban cuenta de un cuadro de agitación obrera en todo el barrio: *La Vanguardia* reseñaba en esos días que la actividad portuaria estaba paralizada y que «las calles de La Boca estaban llenas de huelguistas», mientras *El Tiempo* advertía que dicho barrio parecía «una romería», presentando un aspecto «nunca visto, pues por sus calles se ven hormiguear numerosos grupos de huelguistas que tratan de someter por la fuerza a aquellos que no quieren secundarlos».[44]

Las semejanzas con la huelga portuaria que había tenido lugar seis años antes no deben hacer perder de vista las diferencias entre ambos conflictos. Fundamentalmente porque en los años transcurridos desde 1889 la organización obrera de Buenos Aires había conocido un desarrollo importante: en este sentido la huelga portuaria de 1895 se insertó en un cuadro de mayor fortaleza de las sociedades gremiales porteñas y de mayor desarrollo de una experiencia colectiva de clase entre los trabajadores de la ciudad. La participación de militantes socialistas, anarquistas y dirigentes de otras sociedades gremiales ya existentes se convirtió en un factor que impulsó el desarrollo de la huelga y aceleró la organización de sociedades permanentes entre los trabajadores del puerto, aun cuando los resultados de la huelga no fueran del todo exitosos.

La huelga de los panaderos por la abolición del trabajo nocturno

En simultáneo con la huelga portuaria, estalló desde los primeros días de enero una nueva huelga de panaderos. El reclamo que llevó nuevamente a la huelga a este importante gremio de la ciudad no era un aumento salarial, sino una demanda relacionada con la jornada laboral: la abolición del trabajo nocturno, una reivindicación muy sentida entre los trabajadores panaderos que desempeñaban gran parte de su jornada de trabajo en horas de la madrugada.

La huelga comenzó el 1 de enero, después de que los patrones rechazaran el reclamo presentado por los trabajadores. *La Nación* consignaba en su edición del 3 de enero que «de las 305 panaderías existentes en esta capital, en las que trabajan de 4.000 a 5.000 obreros, pocos fueron los que pudieron conservar completo el personal hasta el día de ayer». Al día siguiente diversas informaciones periodísticas señalaban que el número de huelguistas alcanzaba los tres mil. El día 5 los repartidores de pan resolvie-

44. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, año II, núm. 2, 12 de enero de 1895; «Las huelgas. La de estibadores y marineros», *El Tiempo*, 3 de enero de 1895.

ron sumarse a la huelga, al igual que los panaderos de La Plata. Como era habitual en este tipo de huelgas, la sociedad de panaderos estableció una suerte de cuartel general en el Prado Español, donde se reunían diariamente los trabajadores en huelga y se repartían las donaciones recibidas solidariamente de otras sociedades obreras. El 6 *La Prensa* informaba que se había pedido permiso para una manifestación en Palermo, el cual fue negado.[45]

Los patrones reunidos en la sociedad «Unión Panaderos», tal como ocurriera en huelgas anteriores, anunciaron su rechazo a los reclamos. En esta ocasión se produjo no obstante una temprana división en las filas de los propietarios de panaderías, dado que la mayor parte de los patrones del barrio de La Boca cedieron a las demandas y abolieron el trabajo nocturno. En parte debido a la distinta reacción ofrecida por los diferentes dueños de establecimientos, el conflicto de los panaderos del verano de 1895 estuvo atravesado por una discusión sobre el carácter general o parcial que debía adoptar la medida de fuerza: mientras un sector de los huelguistas consideraba que la huelga debía limitarse a los establecimientos que rechazaban las reivindicaciones obreras, aceptando mientras tanto enviar cuadrillas de trabajadores a los patrones que aceptaran las demandas, otros consideraban que la huelga debía ser general. Ya en las primeras asambleas, las crónicas daban cuenta de algunas propuestas que planteaban enviar cuadrillas de panaderos a los empresarios que hubiesen manifestado su acuerdo con la demanda de los obreros, que sin embargo fueron rechazadas por la mayor parte de los huelguistas.

Estas divisiones internas llevaron a un rápido cierre del conflicto: si en las huelgas anteriores la clave para la prolongada resistencia de los obreros panaderos había sido la unidad mostrada ante la inflexibilidad de los patrones, en este caso las divergencias explícitas surgidas en torno a la cuestión de la huelga parcial debilitaron la acción obrera y la huelga fue levantada el día 11 de enero. El día siguiente *El Tiempo* apuntaba que «en una reunión de doscientos huelguistas panaderos habida ayer en el Prado Español, se resolvió declarar que la huelga había terminado, en vista de las defecciones que de días atrás venían produciéndose en sus filas. Ahora cada cual tiene la libertad de buscar su trabajo de la manera que mejor le acomode».[46]

La Vanguardia trazó un cuadro crítico de la huelga y de su fracaso, que atribuía a la dirección anarquista de la sociedad de panaderos. El periódico socialista planteaba que desde que se iniciara la huelga «tenían el presentimiento del resultado final», debido a que consideraban que sus organizadores no habían sabido pulsar en forma apropiada el estado de ánimo de los trabajadores de todo el gremio, dejándose llevar a una huelga generalizada que les impidió obtener mejoras parciales. *La Vanguardia* criticaba a la dirección de la sociedad de panaderos, que en lugar de enviar cuadrillas a los establecimientos que habían aceptado «para demostrar que el trabajo diurno era practicable», habían optado por sostener la huelga general. El balance de los socialistas era claro en el sentido de atribuir a sus adversarios políticos una responsabilidad directa en el fracaso del conflicto. Por otra parte, aprovechaban la oportunidad para volver a insistir en su postura favorable a las huelgas parciales: a pesar de que finalmente los panaderos habían decidido plegarse a la misma, la demora en tomar esa decisión había llevado a la derrota de «una huelga al paladar de los anarquistas, fomentada por ellos, que fracasa por falta de organización y disciplina».[47]

Las críticas a la sociedad no venían solo de filas socialistas, sino que incluso todo un sector anarquista –el que se referenciaba en la ideología «antiorganizadora» del periódico *El Perseguido*– era fuertemente crítico, aunque por razones opuestas, de la forma en que se había planteado el conflicto. Para *El Perseguido* la huelga había fracasado «porque nada tuvo de anarquista», dado que se habían concentrado en obtener reformas en el marco de la legalidad.[48] Pero incluso el periódico que representaba a la comisión directiva de la sociedad trazaba un balance muy negativo del conflicto: en uno de los primeros números publicados después de la huelga, sostenían que esta había sido «fatal», y que «causas múltiples» habían provocado una derrota que de todos modos se caracterizaba como «momentánea». Durante el mes de mayo, no obstante, se ponía de manifiesto que el impacto de la derrota había sido fuerte en el conjunto del gremio, y planteaba que «causa verdaderamente lástima ver que muchos de nosotros han quedado abatidos por la última propaganda».[49]

La agitación huelguística durante 1895

Si bien no se mantuvo el alto nivel de conflictividad del verano, durante el resto de 1895 encontramos evidencias de otros conflictos en oficios importantes de la ciudad. En el mes de mayo fueron a la huelga los traba-

45. «Huelga de panaderos. Supresión del trabajo nocturno», *La Nación*, 3 de enero de 1895; «Huelga de panaderos. Obreros y patrones siguen en sus trece», *La Prensa*, 6 de enero de 1895.

46. «La huelga», *El Tiempo*, 12 de enero de 1895.

47. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, año II, núm. 3, 19 de enero de 1895.

48. «Los obreros panaderos y el trabajo de noche», *El Perseguido*, año VI, núm. 74, 1 de enero de 1895; «Rebencazos», *El Perseguido*, año VI, núm. 76, 27 de enero de 1895.

49. «A nuestros compañeros», *El Obrero Panadero*, año I, núm. 11, 14 de marzo de 1895; «A los Obreros Panaderos», *El Obrero Panadero*, año I, núm. 14, 23 de mayo de 1895.

jadores sastres, reclamando un aumento salarial y la supresión del trabajo en los días festivos. El conflicto duró poco más de una semana y culminó con una victoria para los trabajadores. En septiembre se produjo una huelga de los «fideleros» –tal como se conocía en la época a los obreros de las fábricas productoras de fideos– de la empresa de Pegasano, la principal del gremio, por el despido de un obrero y el reclamo de aumento salarial. También se produjo un conflicto focalizado, con importante repercusión en la prensa, en la talabartería propiedad de Casimiro Gómez, una de las más importantes de la rama.[50]

En la segunda mitad del año, por otra parte, encontramos nuevos conflictos protagonizados por trabajadores vinculados a la industria de la construcción, poniendo en evidencia una vez más el fuerte impacto que había provocado la agitación de los albañiles de mediados del año anterior y la victoriosa huelga de los yeseros del verano de 1894-1895. En agosto fueron a la huelga los trabajadores de las marmolerías, un gremio pequeño que reunía aproximadamente a medio millar de trabajadores, y contaba para mediados de la década de 1890 con una sociedad de resistencia surgida al calor de las huelgas de la construcción del período previo y en la cual era fuerte la influencia de militantes de orientación libertaria.

En sus reclamos, la huelga de los marmoleros guardaba muchas semejanzas con los episodios huelguísticos de la industria de la construcción. En efecto, la exigencia de aumento salarial y el pago por quincena iba acompañada de una demanda de reducción de la jornada laboral. El de los marmoleros era, no obstante, un gremio que sufría condiciones de trabajo más gravosas que otros más calificados, como los yeseros: la demanda no exigía por tanto las ocho horas para todo el año sino solamente para la temporada invernal, y reclamaba una jornada de nueve y diez horas para los ocho meses restantes. Como en las huelgas de albañiles, los marmoleros en huelga pronto establecieron comisiones que recorrían los diferentes establecimientos para que los trabajadores abandonasen el trabajo.[51]

El 24 de agosto *La Prensa* informaba que la huelga podía darse por terminada, porque la mayoría de los empresarios había accedido a la petición de sus obreros, firmando el compromiso correspondiente. Pero el 2 de septiembre el mismo periódico citaba al gerente de la sociedad de propietarios de marmolerías, quien planteaba que seguían trabajando con el

50. «Sociedad de obreros sastres. Beneficios conquistados. Los anarquistas en acción», *La Vanguardia*, año II, núm. 26, 29 de junio de 1895; «Huelga de fideleros», *La Vanguardia*, año II, núm. 37, 14 de septiembre de 1895; «Retrospecto: movimiento obrero», *La Prensa*, 1 de enero de 1896; «Movimiento obrero durante el año 1895. Situación de la clase obrera. Su organización. Resultados de las huelgas», *El Tiempo*, 2 de enero de 1896.

51. «Reuniones obreras», *La Prensa*, 12 de enero de 1895.

horario anterior. Lo que ocurría, en realidad, al igual que había sucedido con la huelga de los albañiles, es que aunque algunos empresarios se mostraron dispuestos a ceder al reclamo obrero ante la necesidad de evitar una completa paralización del trabajo, resultaba sumamente dificultoso, por las características del gremio, obtener un compromiso definitivo que regulase una nueva jornada laboral capaz de ser mantenido en el tiempo. En realidad, la huelga continuaba en forma parcial, contra aquellos patrones que no habían aceptado los reclamos y con la sociedad buscando apoyar con fondos a los trabajadores que quedaban sin empleo.[52]

Si la huelga de los marmoleros mostraba algunas importantes semejanzas, en su desarrollo y en su desenlace, con la que habían llevado adelante los albañiles, a fines de 1895 encontramos otra huelga por parte de un gremio vinculado a la industria de la construcción, que mostraría importantes similitudes con la impulsada por los yeseros un año antes: se trataba en este caso de los pintores, que llevaron adelante un extenso conflicto para obtener de los diferentes patrones la reducción de la jornada de trabajo. La sociedad de pintores había sido fundada en marzo de 1894. Una de sus especificidades es que durante sus primeros años fue, a diferencia de otras donde la hegemonía de socialistas o anarquistas era más marcada, un campo de batalla política bastante equilibrado entre militantes de diferentes orientaciones, lo que dio lugar a fuertes tensiones internas. Durante los primeros meses de 1894 los socialistas parecen haber mantenido una posición dominante: todo indica que hacia fines de 1894, sin embargo, las tensiones internas se agudizaron y los socialistas perdieron posiciones.[53]

A pesar de las crisis y divergencias políticas, la organización de los trabajadores pintores había permitido un mejoramiento en las condiciones de trabajo de los oficiales del gremio. A fines de 1895, la sociedad impulsó una medida de fuerza para obtener del conjunto de los patrones de la rama un aumento salarial y una reducción en la jornada de trabajo. El 3 de noviembre una asamblea resolvió declarar la huelga parcial contra una serie de grandes empleadores que rechazaban las principales demandas obreras.

Como ocurría habitualmente en las huelgas de la construcción, la clave para el éxito del conflicto estaba en la capacidad de paralizar el trabajo en las diferentes obras ubicadas en distintos puntos de la ciudad. En este marco volvió a plantearse la discusión en torno a la cuestión de generalizar

52. «Reuniones obreras», *La Prensa*, 24 de agosto de 1895; «Reuniones obreras», *La Prensa*, 2 de septiembre de 1895; «Obreros marmoleros», *La Prensa*, 9 de septiembre de 1895.

53. «Movimiento obrero argentino. Pintores», *La Vanguardia*, año II, núm. 6, 9 de febrero de 1895; «Movimiento obrero», *La Vanguardia*, núm. 33, 17 de noviembre de 1894.

la huelga a todos los establecimientos de la rama o limitarla a aquellos que rechazaran la reivindicación del gremio, tal como recomendaban los socialistas. En una asamblea realizada el 6 de noviembre, en los bajos del teatro Victoria, se desarrolló una «discusión acalorada» en torno al punto, en la cual resultó victoriosa la huelga parcial «por muy poca mayoría».[54] Como en otros conflictos, se acordó otorgar a los obreros sin trabajo un jornal de 3,50, «de modo que ninguno tenga excusa de no adherirse al movimiento». Los empresarios, por su parte, se manifestaban dispuestos a ofrecer una concesión en lo salarial pero se mantenían firmes en cuanto a la extensión de la jornada laboral.[55]

Al igual que había ocurrido con la huelga de yeseros, la de los pintores cobró la forma de un conflicto prolongado y concentrado sobre las empresas y patrones que se negaban a conceder las ocho horas y el aumento de salario. Al tratarse de un gremio relativamente pequeño y con cierta calificación, los pintores fueron capaces de sostener un conflicto durante un período extenso dado que garantizaban un ingreso a los oficiales que trabajaban en las casas que no cedían al reclamo. Las crónicas periodísticas informaban ocasionalmente sobre la continuidad de la huelga, la organización de reuniones donde recibían solidaridad pecuniaria de otras sociedades y el listado de patrones que «cedían a las exigencias» de los obreros y solicitaban que les fueran enviadas cuadrillas para reiniciar las tareas. En su informe publicado el 1° de enero, *La Prensa* informaba que «las casas más importantes» ya habían accedido al reclamo de los pintores, sumando un total de 170 establecimientos, aunque aun restaban sin aceptar el compromiso algunos miembros de la sociedad de empresarios. En las siguientes semanas, terminaron de acceder al pedido la mayor parte de los establecimientos de la ciudad: el de los pintores se convertía así, luego de los yeseros, en el segundo oficio de la industria de la construcción que obtenía la jornada de ocho horas diarias.[56]

20 de octubre de 1895: un nuevo meeting obrero

Poco antes de que comenzara la huelga de los pintores, había tenido lugar una nueva manifestación callejera de las diferentes sociedades de resistencia de Buenos Aires. El acto se realizó el domingo 20 de octubre de 1895, en protesta contra el horario que había puesto en vigencia la municipalidad para el trabajo de albañiles y otros obreros de la construcción que dependían de ella. El núcleo del conflicto era que el municipio pretendía

54. «Reuniones obreras. Huelga de pintores», *La Prensa*, 7 de noviembre de 1895.

55. «Reuniones obreras», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1895.

56. «Retrospecto: movimiento obrero», *La Prensa*, 1 de enero de 1896.

adoptar, para los albañiles y trabajadores de la construcción que dependían de ella, un horario más gravoso que el que regía en la actividad privada. Al igual que en el *meeting* realizado exactamente un año antes, lo que movilizaba era una cuestión referida al horario de trabajo de los empleados públicos, pero que convocaba a la lucha a trabajadores que no se veían directamente afectados.[57] Tal como en 1894, el *meeting* representó una movilización callejera del conjunto de las sociedades gremiales activas en el período que consolidó la presencia de la clase trabajadora como una fuerza que excedía las diferentes luchas gremiales parciales.

En torno a la una del mediodía se congregaron todas las columnas obreras en la plaza Rodríguez Peña. *La Prensa* no quería arriesgar un número preciso, pero admitía que se trataba de «un conjunto de consideración». La columna iba encabezada por un piquete policial y se estructuraba de la siguiente forma:

> «Albañiles, con banda de música y bandera; albañiles de Belgrano, Lomas y Barracas con bandera; panaderos con bandera; yeseros con estandarte; herreros mecánicos y fundidores, con grandes carteles con el lema "Vivan los derechos de los obreros": pintores, con grandes carteles, "Protesta contra la imposición", "Queremos las ocho horas"; marmolistas, hojalateros y carpinteros con estandarte y grandes carteles; fideleros con grandes carteles en el anverso "Protesta contra los patrones que no dan ni una hora para comer" y en el reverso "La unión de los obreros hará temblar a los parásitos", "Vivan las 8 horas". Seguían por último los sastres, vidrieros y herradores».[58]

La columna, que estaba formada sobre la calle Paraguay, avanzó luego por Callao-Entre Ríos hasta avenida de Mayo. A pesar de la lluvia, siguió por esta última hasta la Intendencia, y a continuación por Bolívar y Rivadavia hasta 25 de Mayo, donde se realizó el acto, disponiendo el palco «en uno de los balcones de la casa amueblada "La Internacional", que mira a la plaza Victoria». Según la crónica de *La Vanguardia*, al palco subieron «los delegados, reporters, algunos corresponsales, el comisario de pesqui-

57. De hecho, los trabajadores municipales, según el diario *La Prensa*, «no se han quejado oficialmente del horario ni han pedido a la Intendencia, ni a la Oficina de Obras Públicas, ni a nadie su reforma». «El *meeting* de obreros. Irregularidades», *La Prensa*, 19 de octubre de 1895.

58. «El *meeting* socialista. La formación de la columna. Banderas, músicas y estandartes. Los discursos», *La Prensa*, 21 de octubre de 1895. La crónica de *La Vanguardia* incluye también a los talabarteros y a los constructores de carruajes.

sas Belisario Otamendi, el comisario Carlos Costa y uno que otro curioso que logró colarse».[59]

La lista de oradores del acto ofreció un cuadro de las principales fuerzas activas en las sociedades de resistencia en este período de transición. El primer discurso fue de un delegado de la comisión organizadora del *meeting*, que planteó que pese a que la municipalidad había querido «humillar» a los obreros con el cambio de horario, estos estaban demostrando con su manifestación que no podrían hacer lo que quisieran sin que se levantase la voz de «los oprimidos que gimen bajo el yugo de la clase explotadora». Luego habló un representante de los albañiles y dijo que «la única mira que se había tenido al fundar la sociedad del gremio, una de las más fuertes e influyentes entre la masa de obreros, era la de resistir por medio de la unión y el compañerismo, al abuso patronal». Más tarde hicieron uso de la palabra algunos de los principales dirigentes de las sociedades obreras, que respondían a diferentes orientaciones políticas. Por un lado intervinieron representantes de filiación anarquista, como el delegado de la sociedad de panaderos, Jaime Barba de los marmoleros o un representante de la sociedad «Los Oprimidos» de Lomas de Zamora; pero también otros que tenían una orientación política menos definida, pero en cualquier caso eran adversarios de los socialistas, como De Cicco, de la sociedad de sastres, y un representante de la sociedad de yeseros. Por otra parte, todo un conjunto de oradores socialistas, como Alberto Manresa Herrero, en representación de los trabajadores de La Plata, Ramón Potau, de la sociedad de herreros y mecánicos, Mariano García, de los tipógrafos y Adrián Patroni, de los pintores.[60]

El acto y los discursos estuvieron marcados por los incidentes y la tensión entre anarquistas y socialistas. A diferencia de lo que sucedía en general en los actos realizados en el marco de un conflicto huelguístico, e incluso de lo que había ocurrido en el *meeting* de octubre de 1894 en apoyo al proyecto de Pittaluga, en esta ocasión la mayor parte de los oradores no centró sus intervenciones en la reivindicación de la reducción de la jornada, sino en desenvolver algunos posicionamientos políticos básicos que marcaban una diferenciación clara entre las distintas orientaciones. Así es que las intervenciones de unos y otros eran recibidas con aplausos o abucheos por los diferentes grupos de asistentes al acto, que se convirtió en una virtual asamblea del activismo obrero de las sociedades gremiales actuantes en el período. Aunque, como vimos, la lista de oradores incluía una mayor cantidad de dirigentes vinculados al socialismo, de la lectura de las fuentes se desprende que el clima de opinión mayoritario en la movilización era de orientación anarquista. Casi todos los oradores socialistas, en efecto, fueron silbados y abucheados al momento de su intervención, en particular cada vez que hacían referencia a la necesidad de que los trabajadores se organizaran para participar en la «acción política». La animadversión de los anarquistas se concentró en Mariano García, que directamente no pudo hacer uso de la palabra, y en Patroni, quien llegó a iniciar su discurso y acusar a los anarquistas de «enemigos de los trabajadores», luego de lo cual, según la propia crónica de *La Vanguardia*, «se entabló una riña entre socialistas y anarquistas».

59. «Movimiento gremial. El *meeting* del domingo», *La Vanguardia*, año II, núm. 43, 26 de octubre de 1895.

60. «El *meeting* socialista. La formación de la columna. Banderas, músicas y estandartes. Los discursos», *La Prensa*, 21 de octubre de 1895; «Movimiento gremial. El *meeting* del domingo», *La Vanguardia*, año II, núm. 43, 26 de octubre de 1895.

El impacto de la importante presencia de militantes anarquistas durante el acto, destacado por toda la prensa comercial, reivindicado por la prensa libertaria y admitido por el periódico de los socialistas, no debe hacer perder de vista, de todas maneras, que cierto «clima de opinión» creado durante el *meeting* por parte del público no tenía un correlato directo en la orientación de las sociedades gremiales de la ciudad. Ya vimos cómo buena parte de los oradores eran socialistas designados como delegados por diferentes sociedades gremiales y señalamos que desde las propias páginas de *El Perseguido* se criticaban las consignas con las cuales se había convocado la movilización. Una polémica aún más abierta se planteó en torno a la decisión de los organizadores del *meeting* de presentar una petición al congreso nacional reclamando por la jornada de ocho horas. El anuncio fue hecho por el delegado Costa, de la sociedad de albañiles, y la propuesta fue repudiada por buena parte del público presente: en las siguientes semanas, por otra parte, la sociedad de panaderos emitió un comunicado informando que no compartía dicha decisión, la cual de ninguna manera podía considerarse tomada por los presentes en el *meeting* y «era solo un deseo de algunos miembros de la comisión organizadora».[61]

✠✠✠

Las incidencias del acto de octubre de 1895 permiten cerrar el cuadro de ese período de fuerte ascenso obrero que caracterizó al bienio y caracterizar cuál era el modo en que el naciente movimiento obrero local llegaba al decisivo año de 1896, en el cual tendría lugar el principal episodio huelguístico desarrollado hasta el momento. En primer término porque se trata de la segunda ocasión en esos dos años en que la cuestión de la jornada laboral de los empleados municipales motivaba una movilización callejera conjunta de las sociedades gremiales: si en la realizada en 1894 el

61. «Ecos del *meeting* último», *El Obrero Panadero*, año II, núm. 3, 24 de noviembre de 1895.

motivo había sido apoyar la iniciativa legislativa presentada por el concejal Pittaluga, en la desarrollada un año más tarde el eje fundamental era el de evitar una modificación desfavorable de la jornada laboral de los municipales. En ambos casos, de todos modos, encontramos que el conjunto de las sociedades de resistencia de la ciudad impulsaban una movilización para reclamar por una modificación en la jornada laboral que solo afectaba a un sector reducido de la fuerza de trabajo porteña pero que era acertadamente interpretada como una reforma que tendría impacto sobre la clase trabajadora en su conjunto.

Estas movilizaciones callejeras, a su vez, deben ser interpretadas a la luz del importante proceso huelguístico que se desarrolló a partir de 1894 al calor de la reactivación económica. Las huelgas de la construcción marcaron en este punto el cierre de una etapa de reflujo que se había extendido entre 1890 y 1893, en el cuadro de la crisis, y fueron el punto de partida del importante ascenso obrero que tendría lugar en el bienio posterior. Más allá del resultado inmediato del conflicto, que no logró obtener el conjunto de reivindicaciones exigidas, las huelgas de albañiles de 1894 jugaron un papel fundamental en la medida en que implicaron un amplio proceso de movilización de uno de los principales núcleos empleadores de mano de obra de la ciudad –que por las características del mercado de trabajo de la época estaba fuertemente vinculado con otros oficios– y pusieron en primer plano la demanda de reducción de la jornada laboral. Las huelgas llevadas adelante por otros gremios vinculados a la construcción, como yeseros, pintores o marmoleros, son una muestra del impacto que tuvo la agitación obrera en toda esa rama, que influenció incluso en un plano más general al conjunto del movimiento obrero de la ciudad.

El *meeting* de fines de 1895 mostraba, además, la fuerte lucha política que estaba en desarrollo en el seno del movimiento obrero local. A diferencia de lo ocurrido en la movilización de 1894, cuando la mayor parte de las sociedades gremiales se había manifestado en apoyo a una iniciativa legislativa impulsada por un concejal radical en colaboración con la dirigencia socialista, en el acto de 1895 puede observarse un clima de opinión más tenso, donde los militantes socialistas enfrentaron críticas de un sector anarquista que aparecía más consolidado. Si bien sería un error interpretar como definidamente anarquista la orientación de las sociedades gremiales no alineadas con el socialismo, que tuvieron un protagonismo en las huelgas de la construcción y en la convocatoria al *meeting*, es indudable que hacia 1895 se estaba produciendo una reactivación en las filas libertarias –que examinaremos en detalle en el séptimo capítulo– en el marco de una fuerte disputa política por la influencia en las sociedades de resistencia de la ciudad.

La clase trabajadora porteña, en suma, ingresaba al año 1896 en un clima de ascenso de la conflictividad, en el cual el reclamo de reducción de la jornada laboral ocupaba un lugar fundamental y se convertía en uno de los factores unificadores de las reivindicaciones de diversas fracciones obreras. Si todo un sector de las sociedades gremiales estaba influenciado por los militantes socialistas, existía al mismo tiempo otro bloque donde coexistían posturas abiertamente ácratas con planteamientos más concentrados en la lucha reivindicativa, pero en los cuales cobraba fuerza la reivindicación de la huelga como principal herramienta de lucha para obtener las demandas obreras. Dentro de este amplio espectro de sociedades y activistas, de todas formas, era posible advertir una fuerte heterogeneidad política, como se desprende de las polémicas entre distintos agrupamientos anarquistas o entre sociedades más afines a las ideas libertarias, como la de obreros panaderos, y otras como la de albañiles o yeseros, que sin compartir los puntos de vista socialistas mostraban mayor voluntad por llevar reclamos al plano institucional. En el cuadro de esta correlación de fuerzas se desarrollarían las grandes luchas del año 1896.

Capítulo 5

La «huelga grande». La agitación obrera de 1896 y la cuestión de la huelga general

En los capítulos previos hemos examinado cómo la dinámica de la conflictividad obrera en Buenos Aires permite trazar un conjunto de ciclos de ascenso y descenso de la agitación huelguística. En efecto, mientras 1888 y 1889 fueron dos años de fuerte conflictividad, los años inmediatamente posteriores al colapso financiero de 1890 estuvieron marcados por una retracción de la agitación obrera, en un contexto caracterizado por la recesión económica y la desocupación. El ciclo descendente se extendió por lo menos hasta 1893, cuando comenzamos a advertir una reversión de la tendencia: como vimos en el capítulo precedente, con las grandes huelgas de la construcción del año 1894 la agitación alcanzó a decenas de miles de trabajadores y contribuyó a «contagiar» a muchos otros oficios, que en el marco de la reactivación económica impulsaron diversas medidas de lucha.

El reclamo por la reducción de jornada contribuía a estrechar lazos entre distintos gremios y oficios de la clase trabajadora local, que encontraban en la demanda de las ocho horas un eje unificador que permitía consolidar su acción colectiva más allá de sus diferencias sectoriales. Fue surgiendo en este contexto una tendencia a la unificación de la actividad por parte de los diferentes colectivos obreros, observable tanto en la dinámica de «contagio» que se reproducía en diferentes momentos de aguda conflictividad como en la organización de actividades conjuntas, manifestaciones y actos en torno a demandas vinculadas a la jornada de ocho horas.

Ese ascenso obrero, que tuvo continuidad a lo largo de 1895, llegó a un punto culminante a mediados de 1896, cuando tuvo lugar la mayor generalización de la actividad huelguística que hubiera tenido lugar hasta ese momento en el país. Luego de un breve repaso por los conflictos que estallaron en los meses previos y consolidaron el clima de agitación que se extendía por diversos gremios y oficios de la ciudad, en este capítulo examinamos la llamada «huelga monstruo» o «huelga grande», que estalló a

fines de agosto de 1896 y conmovió no solo a los trabajadores sino al conjunto de la opinión pública de la época. Sin ser nunca declarada como tal, esta huelga se transformó durante algunos días en una virtual huelga general de la ciudad de Buenos Aires y como tal jugó un papel destacado en el proceso de conformación de la clase obrera local.[1]

Antecedentes: la agitación obrera en el verano y el invierno de 1896

Otra huelga de estibadores

Al igual que había sucedido en 1895, en los primeros días del año se declararon en huelga los estibadores del puerto, en reclamo de aumento salarial. La huelga del año anterior había concluido con una victoria y la obtención de un jornal de cuatro pesos para la carga y descarga de mercancías o cinco en el caso de carbón, pero tal como había ocurrido con los trabajadores marineros esa conquista se vio revertida por los empresarios poco después. Aprovechando nuevamente el período crítico de exportación de la cosecha, en enero de 1896 los trabajadores volvieron a la huelga: esta vez se encontraban ya organizados en una «sociedad cosmopolita de estibadores», fundada el año anterior y que nucleaba a unos mil trabajadores.[2]

La sociedad había estado reclamando un aumento a los patrones durante varios meses. Ante la falta de respuestas, luego de una asamblea realizada el 12 de diciembre decidieron imponer un plazo a los patrones hasta fin de año, amenazando con la huelga: su reclamo era de cinco pesos diarios para toda clase de trabajo, doble salario por el trabajo nocturno, y jornal y medio para los días festivos. A diferencia de los marineros e incluso de los peones de la aduana, los estibadores no tenían un ingreso mensual sino que cobraban por día, y en los meses de poco movimiento podían trabajar solamente «cuatro, seis u ocho días»: los meses de diciembre y enero eran, en este cuadro, el momento crucial para realizar una medida de fuerza, dado que la actividad en el puerto era intensa.

Esta vez la huelga se extendió durante varios días, sin llegar a un rápido acuerdo con la patronal: según las crónicas habían abandonado el trabajo unos tres mil trabajadores. Los empresarios intentaron hacer trabajar en la estiba a los marineros de los buques, y aunque la paralización del puerto no llegaba a ser total, la actividad se vio fuertemente limitada. En este cuadro, los contratistas intentaron poner en práctica un método que se repetiría en años posteriores: la creación de una «sociedad» de estibadores paralela a la de los huelguistas, que nucleara a peones dispuestos a trabajar por un jornal menor. Los empresarios recibieron, además, el envío de algunos contingentes de peones de la Aduana, enviados por las autoridades, y contaban con la solidaridad de otras empresas, como las ferroviarias, «que prefieren tener varios vapores sin descargar durante muchos días», dado que el fracaso de la huelga era «una cuestión de principio».[3] El mecanismo de reclutamiento de rompehuelgas no tuvo, sin embargo, demasiado éxito: si bien los patrones lograron reunir a algún número de peones, los huelguistas impidieron por la fuerza que realizaran sus trabajos. Según las crónicas periodísticas, la huelga no se limitaba a Buenos Aires sino que mostraba la capacidad de los estibadores de unificar la acción de su gremio en varias ciudades: la actividad de estiba se encontraba limitada, también, en La Plata, Campana, Bahía Blanca y Montevideo, y los huelguistas informaban que estaban en contacto con sus compañeros de Rosario para evitar el envío de rompehuelgas.

Tal como había sucedido en la huelga portuaria del verano de 1895, el gobierno accedió a los reclamos de la patronal y dispuso una fuerte militarización de toda la zona. Según una crónica de *El Tiempo*, «numerosas comisiones de huelguistas» recorrían los diques, la dársena y todo el barrio de La Boca, «exhortando a sus compañeros a la resistencia, y procurando convencer a los resistentes a que abandonaran el trabajo, plegándose al movimiento».[4] Los estibadores se reunían diariamente: en una asamblea realizada el domingo 5, se resolvió no aceptar ningún tipo de arreglo con empresarios aislados, debido a que en este tipo de conflictos un levantamiento parcial de la actividad podía debilitar toda la huelga y quebrar la unidad de la lucha. Se decidió establecer, sin embargo, negociaciones directas con los agentes de los buques, para realizar las tareas de estiba «por cuenta de los propios trabajadores». En efecto, algunos empresarios de buques, ante la necesidad de cargar y descargar sus embarcaciones, habían decidido entrar directamente en negociaciones con los huelguistas, aceptando sus demandas para conseguir personal, pasando así por encima de los contratistas, que eran los empleadores directos de los trabajadores de la estiba.

La huelga continuó durante casi dos semanas, hasta que el 13 de enero una asamblea de la sociedad de estibadores resolvió levantarla luego de llegar a un acuerdo con los empresarios que implicaba un compromiso entre ambas partes: un jornal de cuatro pesos diarios, seis en los días festivos y

1. A pesar de su trascendencia, la huelga de 1896 ha permanecido prácticamente inexplorada por la historiografía, con excepción de un trabajo de Maro (2005), quien realizó una primera aproximación al conflicto concentrada en examinar el papel jugado en él por los militantes socialistas. La tesis de maestría del mismo autor proporciona un excelente abordaje biográfico de Adrián Patroni (Maro s.f.).

2. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 3 de enero de 1896.

3. «La policía y las huelgas», *La Vanguardia*, año III, núm. 2, 11 de enero de 1896.

4. «La huelga de estibadores. Reaccionando», *El Tiempo*, 3 de enero de 1896.

ocho por la noche. Si bien no habían obtenido el jornal que reivindicaban, los trabajadores habían conquistado el aumento reclamado en el trabajo nocturno y en los días festivos. Más importante aún, habían logrado cerrar el conflicto de una manera organizada y en una posición de fortaleza, que se expresaba en el compromiso firmado, por el cual los contratistas garantizaban «que los pagos durante el corriente año se harán de acuerdo con la tarifa inserta, dando trabajo a todos los huelguistas, sin que los hechos producidos puedan motivar represalias ni excepciones de ningún género».[5] No resultaría tan sencillo tampoco luego de la firma de este compromiso, de todas formas, ya que pocos días más tarde los trabajadores denunciaron que algunos patrones ya habían empezado a reducir los salarios a 3,50 y a tomar represalias contra aquellos inscriptos en la sociedad de resistencia.[6]

Las huelgas de estibadores de 1895 y 1896, en efecto, ponen de manifiesto entre otras cosas uno de los fenómenos característicos de la conflictividad obrera del período: las dificultades que encontraban los trabajadores para mantener en forma permanente una determinada conquista obtenida en un conflicto particular. En un mercado laboral marcado por una fuerte movilidad y estacionalidad, era común que los patrones debieran ceder ante las demandas obreras en un conflicto agudo durante los meses de máxima actividad, para después tomar represalias contra los huelguistas y volver a las condiciones anteriores durante el período de menor movimiento. Una de las consecuencias de este mecanismo fue la rápida asimilación por parte de los trabajadores sobre la necesidad de establecer organizaciones gremiales de tipo permanente, que fueran capaces de garantizar el cumplimiento de las nuevas condiciones obtenidas a partir de la lucha. Las características del proceso de trabajo y de los mercados laborales de los diferentes gremios jugaban en este contexto un papel determinante: en aquellos empleos donde la estacionalidad era más marcada, o la baja calificación más abundante, era mucho más difícil para los trabajadores lograr asegurar el cumplimiento de las reivindicaciones obtenidas. En gremios más pequeños y con mayor calificación, la situación comenzaba a ser distinta: así lo habían demostrado los yeseros, con su conquista de las ocho horas, y lo mostrarían en ese mismo verano de 1896 los trabajadores de los talleres de construcción de carruajes, en una de las huelgas más importantes del período que precedió a la «huelga grande» de esa primavera.

5. «La huelga de los estibadores», *La Prensa*, 14 de enero de 1896.
6. «Estado de las huelgas», *El Tiempo*, 1 de febrero de 1896.

La huelga de los constructores de carruajes

Los talleres de fabricación de carros y carruajes reunían a trabajadores de diferentes oficios, que habían desarrollado vínculos organizativos comunes en el período previo. Aunque lo hicieron por separado, ambos colectivos obreros desarrollaron un conflicto en esos meses de verano de 1896, con el objetivo de obtener la jornada de ocho horas.

En el caso de los constructores de carros, el conflicto fue breve y culminó con una rápida victoria. El 3 de enero la sociedad se reunió en el local del Vorwärts y acordó designar una comisión que se presentara a los patrones para pedir una reducción de las horas de trabajo sin afectar el salario.[7] El día 4 *La Vanguardia* informaba que habían obtenido un triunfo: luego de declarar huelga en más de sesenta talleres, lograron que en pocas horas la mayor parte de los patrones accediesen a pasar por el local de la sociedad, en la calle Brasil 1070, para firmar el pliego de condiciones. En el número de la semana siguiente se anunciaba que 60 del total de 65 fábricas ya trabajaban con el horario exigido por los obreros. Se resolvió, en este cuadro, mantener la huelga en los establecimientos restantes, pagándoles el sueldo a sus operarios con los fondos de la sociedad. Se estableció, además, no trabajar en ninguna casa donde hubiera obreros no pertenecientes a la sociedad.[8]

El conflicto de los constructores de carruajes fue mucho más extenso y se convirtió en uno de los más importantes de todo el período. La huelga fue preparada durante el mes de diciembre de 1895, cuando se realizaron diferentes asambleas «por rama» de los diferentes oficios que componían el gremio. Luego se realizó una asamblea general, en el local del Vorwärts, en la cual se debatió cuál sería el eje de las reivindicaciones. Luego de una discusión sobre si era conveniente impulsar el reclamo de aumento salarial o el de reducción de la jornada, «la mayoría absoluta votó por la implantación de la jornada de 8 horas». Se sumó la demanda de la abolición del trabajo a destajo y se fijó a los patrones un plazo de ocho días. Los obreros reclamaban, además, que no se admitiera a trabajadores no afiliados al gremio.[9]

La huelga se declaró el viernes 10 por la noche, en una asamblea realizada en el Vorwärts con la presencia de unos seiscientos trabajadores. Al día siguiente, por la mañana, la paralización del trabajo en todos los talleres era completa: las principales fábricas estaban cerradas y con un vigilante en cada esquina, pero no había rastros de ningún obrero. Ante la fuerza de la huelga, que ni siquiera planteaba situaciones de tensión en cada taller,

7. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 3 de enero de 1896.
8. «Constructores de carros», *La Vanguardia*, año III, núm. 1, 4 de enero de 1896; «Movimiento gremial», *La Vanguardia*, año III, núm. 2, 11 de enero de 1896.
9. «Movimiento obrero. Varias reuniones», *El Tiempo*, 4 de enero de 1896.

dada la homogeneidad de la respuesta obrera, los empresarios se reunieron el mismo sábado y resolvieron cerrar sus establecimientos por quince días: algunos días más tarde un periódico informaba que en sus reuniones habían establecido una multa de 500 pesos para quien volviera a abrir sus puertas sin consultar con los demás. Según *La Prensa*, los huelguistas eran más de mil: en cualquier caso, todas las crónicas coinciden en señalar que en las asambleas periódicas realizadas por los huelguistas, en el inicio del paro, el número de asistentes superaba los quinientos.[10]

La huelga se extendió durante casi dos meses: uno de sus rasgos principales era la solidez de la organización de los trabajadores, pertenecientes a un oficio calificado y con una fuerte solidaridad gremial, capaces de mantener la medida de fuerza durante un tiempo prolongado. Los propios trabajadores caracterizaban, desde el propio inicio del conflicto, que serían capaces de presentar una mayor capacidad de resistencia que los patrones: en primer lugar, porque debido a la época del año, cercana a los carnavales, «los fabricantes no podrán resistir mucho tiempo con sus fábricas cerradas»; en segundo término, porque dado el carácter del oficio, «cualquier huelguista podría trabajar en otra parte, tanto los pintores como los herreros, carpinteros, talabarteros, etc., y continuar la huelga por tiempo indeterminado».[11] En efecto, este fenómeno sería observable durante el transcurso de la huelga: en una asamblea realizada a fines de mes, por ejemplo, se anunciaba que ya eran unos trescientos los del gremio que trabajaban en el Puerto Madero, cobrando un jornal de 3,50 a 4 pesos diarios, lo cual aseguraba su capacidad de sostener la huelga durante todo el tiempo que hiciera falta. Según *El Tiempo* los huelguistas buscaban trabajo en todas partes: «varios se han ido a la campaña; otros, están trabajando de pintores de casa, carpinteros de obras blancas, herreros y talabarteros; otros han ido a hacer bretes en los buques, y hasta hay algunos que están trabajando de estibadores».[12]

Encontramos muy instalada la idea de que retornar al trabajo en las condiciones anteriores implicaba una humillación a la que no estaban dispuestos a someterse, y ante lo cual era preferible cambiar de empleo, dado que contaban con una profesión que se los permitía, o incluso cambiar de oficio. Su identidad como trabajadores era un producto de la experiencia colectiva en el oficio, pero en el marco del conflicto se reforzaba en términos de clase antes que corporativos, hasta el punto que llegaban a plantear

10. Véase «Movimiento obrero», *El Tiempo*, 15 de enero de 1896; «Movimiento obrero», *La Prensa*, 16 de enero de 1896; «Movimiento gremial», *La Vanguardia*, año III, núm. 3, 18 de enero de 1896.

11. «Movimiento gremial», *La Vanguardia*, año III, núm. 3, 18 de enero de 1896.

12. «Movimiento obrero. Las huelgas. Varias reuniones», *El Tiempo*, 21 de enero de 1896.

como alternativa el abandono de la profesión, si la otra opción era volver al trabajo en forma humillante. La cuestión de la estacionalidad y la movilidad laboral de los trabajadores de Buenos Aires, habitualmente mencionada en trabajos de análisis de la estructura del mercado laboral, aparece aquí nuevamente como un factor que estaba presente en el proceso de delimitación de una identidad obrera que iba más allá de la conciencia del oficio. Tal como planteaba un trabajador durante una asamblea,

> «Compañeros, los patrones demuestran a las claras, con su actitud, que volveremos por el hambre a los talleres: pero eso no sucederá jamás. Felizmente aun en la Argentina no sucede lo que en el Viejo Mundo; todos, indistintamente, podemos hallar ocupación en cualquier parte; en el puerto Madero ya trabajan como unos 300, ganando 3,50 y 4 pesos diarios; pero aunque allí como en la campaña no hubiera trabajo, mejor que volver a las fábricas en las condiciones anteriores, sería preferible buscar una colocación de barrendero o basurero».[13]

El 20 de enero un cronista de *La Prensa* se mostraba seguro del éxito de los huelguistas luego de recorrer los talleres del ramo y constatar que en ellos «nadie trabaja». En las primeras semanas de febrero las asambleas continuaban siendo masivas y se rechazaban las propuestas de algunos patrones individuales que buscaban un compromiso: eran aproximadamente una decena los talleres que habían aceptado las condiciones obreras y quienes trabajaban en ellos enviaban regularmente sumas de dinero para colaborar al mantenimiento de la huelga. Ante la continuidad de la huelga se propuso que los obreros se presentasen en las fábricas «a retirar sus herramientas».[14]

La huelga se veía rodeada, además, de la solidaridad de otros gremios, más allá de sus filiaciones políticas: en las diversas asambleas participaron oradores y delegados de las sociedades de albañiles, pintores, marmolistas, carpinteros, torneros, herreros, yeseros y hojalateros, entre otras. A comienzos de febrero la Federación Obrera de Montevideo hizo llegar doscientos pesos oro. Un lugar particularmente destacado en el apoyo a la huelga lo jugó la militancia del Partido Socialista, que tenía un rol dirigente en el conflicto y juzgaba a la de los constructores de carruajes como una huelga «modelo». Se trataba de un gremio compuesto mayormente por oficiales calificados, que contaba con una sólida sociedad gremial afín a las ideas socialistas y en la cual los anarquistas no tenían influencia. El conflicto parecía seguir los criterios defendidos por los socialistas: la huelga había sido bien preparada y los trabajadores del gremio actuaban en

13. «Las huelgas», *El Tiempo*, 27 de enero de 1896.

14. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 20 de enero de 1896.

forma homogénea, sin ofrecer flancos a los empresarios, manteniendo el «orden» en las asambleas y evitando las discusiones promovidas por los anarquistas. El reclamo incluía los puntos fundamentales del programa mínimo en su parte económica: no se limitaba al aumento de salarios sino que reclamaba la supresión del trabajo a destajo y la reducción de la jornada laboral. Por último, seguía el método propuesto por los socialistas: concentrar la fuerza en el reclamo de ese gremio, evitando la huelga general, y al mismo tiempo fijando el reclamo solamente en los patrones que no cedieran a la demanda obrera, retornando al trabajo en aquellos establecimientos que hubiesen aceptado.

Hacia el 20 de enero, los patrones intentaron reabrir sus puertas, pero no lograron atraer a los obreros para reanudar el trabajo. Recién a mediados de febrero, cuando diversos talleres empezaron a ceder en forma aislada, los patrones aceptaron iniciar una negociación con los huelguistas, enviando una nota firmada por el presidente y el secretario de la sociedad de empresarios y convocando a los obreros a una reunión en el local de la Unión Suiza. Allí ofrecieron la jornada de ocho horas, pero con el salario de nueve –y no el mismo de la anterior de diez, como exigían los obreros–. La comisión convocó a una asamblea extraordinaria para discutir entre los huelguistas la respuesta a dar a los patrones. Ocurrió entonces algo notable: mientras la comisión, apoyada en ese punto por destacados miembros del Partido Socialista, recomendó la aceptación de la propuesta patronal, la mayoría de la asamblea se pronunció en contra.[15]

La cuestión se sometió a compulsa a través de una votación secreta, que arrojó 187 votos por el rechazo y 90 por la aceptación, según *La Vanguardia*, y 177 contra 95, según *La Prensa*. El resultado fue recibido «con gran entusiasmo, y durante un cuarto de hora se aplaudió con frenesí y se vivó a la huelga».[16] La decisión resultó ser acertada: pocos días más tarde, los patrones debían ceder a las exigencias de los huelguistas y la huelga era levantada con un éxito en toda la línea. En nombre de la «Sociedad Unión de Fabricantes de Carruajes», los empresarios declaraban hallarse

> «... conformes con la parte del reglamento que me fue remitido a mi propio domicilio el día 6 de enero del corriente año por una humilde y respetable comisión de obreros, en lo tocante a la jornada de 8 horas en vez de las 10 de antes, es decir, que por el nuevo jornal de 8 horas pagaré los mismos sueldos que antes pagaba por las 10, yo como fabricante que soy y de mi propia voluntad firmo la presente acta de compromiso para la

15. «Movimiento gremial. Las huelgas», *La Vanguardia*, año III, núm. 8, 22 de febrero de 1896.

16. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 21 de febrero de 1896.

> satisfacción de todos los obreros de la respetable Sociedad de Obreros Constructores de Carruajes».[17]

El 27 de febrero los trabajadores realizaron una asamblea en el Vorwärts y acordaron volver al trabajo el mismo día. Además se resolvió establecer formalmente una «sociedad de resistencia y de socorros mutuos». Algunos patrones intentaron una última resistencia, provocando que los trabajadores de esos establecimientos mantuvieran la huelga parcial durante algunos días más, hasta alcanzar una victoria.

Huelga de «fideleros»

Dedicados a abastecer el creciente consumo, los establecimientos que elaboraban diferentes alimentos, ocupaban uno de los lugares más destacados de la incipiente industria porteña de fines del siglo XIX. Dentro de ese sector aparecieron una cantidad importante de fábricas dedicadas a la producción de fideos, un alimento que apuntaba a satisfacer la demanda y los gustos de la enorme cantidad de trabajadores italianos que llegaban al país. Los trabajadores de estas fábricas, llamados «fideleros» en la época, enfrentaban un proceso de trabajo donde predominaban el empleo de baja calificación, los escasos salarios y un régimen disciplinario severo. El 18 de enero *El Tiempo* entrevistó a algunos trabajadores, que denunciaban las condiciones de trabajo, la longitud de la jornada laboral y los mecanismos de presión a través de multas. Los trabajadores señalaban que, más que una fábrica, el lugar de trabajo era «una cárcel», debido a la rigidez de las reglamentaciones impuestas. Sus comentarios son ilustrativos de las características del trabajo fabril en la época:

> «En primer lugar –denunciaban– es necesario hallarse a las cinco y media de la mañana en la puerta de la fábrica (tanto en verano como en invierno), pues la hora de entrada es a las 6 menos cuarto. El que llega unos minutos más tarde, no solamente pierde el día de trabajo, sino que tiene que abonar, de multa, el importe de su jornal. A las 7 am se da 10 minutos para tomar café, lo que hay que hacer a vapor, porque las máquinas no paran y a quien deja amontonar fideos se le cobra una multa de 2 pesos. A las 12 y 20 minutos van a almorzar, teniendo un descanso de ¡¡20 minutos!! Total: se trabajan 11 horas y 3 cuartos por día».[18]

17. «Movimiento obrero. Constructores de Carruajes. Huelga terminada», *La Prensa*, 26 de febrero de 1896.

18. «Las huelgas. Procedimientos medievales. Los nuevos parias», *El Tiempo*, 18 de enero de 1896. Además de la extensa jornada laboral, los trabajadores se que-

El miércoles 7 de enero los fideleros realizaron una asamblea donde acordaron pasar una circular a los patrones, dando una semana de plazo para responder: reclamaban un jornal de 3,20 para los «prenseros» y de 3 pesos para los secanteros, además de un aumento del 10 % para «los peones y demás personal» de las fábricas y la «supresión del trabajo de changa». Se trataba de un reclamo modesto en comparación con lo exigido por otros gremios, que ponía de manifiesto que, como hemos visto en otros casos, los operarios descalificados de las industrias de la ciudad ocupaban uno de los últimos escalones en la escala de las condiciones laborales junto con los jornaleros y changarines que tampoco contaban con un oficio.

Al vencerse el plazo, una comisión especial recorrió fábricas sin obtener ningún resultado concluyente. La respuesta de los obreros, en una reunión que nucleó a unas cuatrocientas personas el jueves 15 por la noche, fue declarar la huelga en las casas que se negaban a ceder a las demandas. Como era habitual, los huelguistas publicaron un manifiesto en el que ponían en evidencia el papel jugado por la generalización de la actividad huelguística en la ciudad como factor estimulante de la agitación en el gremio: los fideleros recordaban que durante 1895 «se han ganado dieciséis huelgas», contexto en el cual «sería una vergüenza que solamente los fideleros fuesen los únicos que se quedan a la retaguardia». Ahora, se trataba de no desfallecer en la lucha, aunque más no fuera por «vergüenza y dignidad», con el objetivo de torcer el brazo a los patrones que se habían negado a entrar siquiera en una discusión con los obreros: era preferible «cambiar de oficio antes que volver a esas fábricas».[19]

La industria de fabricación de fideos de la ciudad estaba repartida en un conjunto de fábricas donde se combinaban muchos establecimientos pequeños, de escasa envergadura y que empleaban a un reducido número de obreros, con la presencia de una gran fábrica, propiedad de Canesa y Pegasano, que nucleaba a una gran cantidad de trabajadores y ocupaba un lugar central en la producción de la época. Sin llegar a ser una situación tan extrema como la de la producción de alpargatas, donde la Fábrica Argentina, que reunía a casi un millar de obreros, monopolizaba prácticamente una rama donde el resto de los establecimientos eran talleres minúsculos, la fábrica de Canesa y Pegasano ocupaba un lugar decisivo en la rama y por lo tanto la huelga en ese taller, ubicado en las inmediaciones de la plaza Once, se convertía en la llave para el desarrollo de todo el conflicto.

Lejos de ceder al reclamo de los huelguistas, como hicieron en los primeros días del conflicto algunos talleres pequeños, la patronal de Canesa y

jaban del complejo mecanismo de multas y sanciones que regían la vida fabril, para controlar el comportamiento de los operarios en el lugar de trabajo.

19. El manifiesto fue reproducido en «Las huelgas. La policía al servicio de los fabricantes», *El Tiempo*, 23 de enero de 1896.

Pegasano despidió a todos los que fueran miembros de la sociedad gremial e intentó continuar la producción, lo que dio lugar a incidentes en toda la zona cercana al taller, con la policía realizando detenciones en la calle y en «almacenes y bares de las cercanías». Los resultados habían sido graves, dado que según una información periodística publicada al día siguiente, los huelguistas fueron «sustituidos por un personal que nunca había visto fideos» debido a lo cual «reventó una prensa y un cilindro, y un obrero se estropeó un brazo». El día 25 se concentraron desde la madrugada más de 300 obreros en la plaza Once, tal como habían votado en la asamblea del día anterior, para evitar el ingreso de los rompehuelgas a la fábrica.[20]

El mismo día se decidió transformar la huelga en general, abandonando el trabajo incluso en aquellos establecimientos cuyos dueños habían aceptado las exigencias obreras. Las fábricas más pequeñas parecían dispuestas a ceder al reclamo, ante las dificultades para resistir a una huelga continuada, pero temían que el aumento de precio que se verían obligados a hacer a continuación los colocara en una situación crítica frente a la competencia de la principal empresa, que se mantenía firme. La intransigencia de esa patronal los hacía temer que pretendieran utilizar el conflicto para consolidar su posición en el mercado, derrotando a los huelguistas y logrando mantener un precio todavía más bajo que sus competidores.

A comienzos de febrero se comenzó a observar una actividad unitaria de los trabajadores fideleros con los constructores de carruajes, que también seguían en huelga. Se trataba de dos gremios entre los cuales no existía una relación en términos de proceso de trabajo: uno era un gremio de oficiales calificados, con un amplio control del proceso productivo y una compleja estructura que reunía diferentes oficios al interior de las fábricas de construcción de carruajes; el otro era un gremio caracterizado por la primacía de los operarios fabriles de baja calificación. La acción conjunta, en este cuadro, era un producto de la dinámica de agitación obrera que recorría la ciudad y llevaba a trabajadores de diferentes gremios a buscar su mutua solidaridad. Se trataba, además, de dos gremios en los cuales los socialistas tenían una importante influencia. Además de asambleas comunes, se realizó una fiesta conjunta en el salón del Vorwärts. Las diferentes sociedades gremiales de la ciudad se suscribieron con una cantidad de entradas, para apoyar a los huelguistas.

A pesar de estas actividades conjuntas y de la solidaridad recibida de otros gremios, la huelga de fideleros comenzó a enfrentar serias dificultades durante el mes de febrero, mientras la de constructores de carruajes culminaba con un éxito. Se ponían en evidencia, una vez más, las dificultades que encontraban los trabajadores con escasa calificación, fácil-

20. «Huelga general de fideleros», *El Tiempo*, 24 de enero de 1896; «Las huelgas. Reuniones de obreros», *El Tiempo*, 25 de enero de 1896.

mente reemplazables, para lograr imponer sus reivindicaciones e incluso para poder mantener la resistencia durante un período prolongado. El 13 de febrero las crónicas informaban que la asistencia a las asambleas obreras, que seguían siendo diarias, había mermado sensiblemente, dado que eran muchos los obreros ocupados en otros oficios. La huelga se fue deshilachando y fue finalmente levantada a comienzos del mes de marzo: algunos establecimientos habían accedido a aumentar los salarios pero no se había conseguido obtener la firma de ningún patrón para confirmar su compromiso de cumplir con el reclamo obrero.[21]

La huelga de los tipógrafos

Al igual que había ocurrido en 1895, luego de los estallidos huelguísticos de los primeros meses del año la conflictividad se redujo a lo largo del otoño, si bien continuó la actividad de organización y deliberación en las filas obreras y se produjeron algunos conflictos en gremios pequeños como bronceros y joyeros. Fue durante el invierno de 1896 cuando tuvo lugar una importante huelga entre los trabajadores de las artes gráficas, que constituyó la antesala de la gran agitación huelguística de los meses posteriores.

Los obreros de las imprentas y tipografías de Buenos Aires constituían uno de los más importantes gremios de la ciudad y habían protagonizado algunas de las más tempranas experiencias de organización y agitación huelguística en las décadas previas: en el período de mayor despliegue de las luchas obreras que tuvo lugar a partir de 1888, sin embargo, los gráficos no habían tenido un protagonismo destacado, divididos internamente por el fuerte predominio de una orientación mutualista en la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Hacia mediados de 1896, de todas formas, se estaba procesando un reanimamiento en las filas de los trabajadores de las artes gráficas. Nuestra hipótesis sobre la existencia de vínculos fluidos entre trabajadores de distintos oficios en la Buenos Aires de entonces vuelve a ponerse de manifiesto en este caso: uno de los factores impulsores del nuevo activismo entre los trabajadores de las artes gráficas había sido una huelga llevada adelante por los trabajadores hojalateros, en tanto en la gran fábrica envasadora de Molet, una de las más importantes de esa rama, trabajaban también un grupo de litógrafos encargados de la elaboración de los diseños gráficos utilizados por los envases de conservas, que se sumaron al conflicto. La agitación se extendió luego a los tipógrafos de la Fábrica Nacional de Fósforos y a los trabajadores de los talleres de *La Prensa*, que abandonaron el trabajo el 17 de junio reclamando un aumento salarial y jornada de ocho horas para los trabajadores diurnos, jornada reducida de

21. «Las huelgas. Cómo han concluido», *El Tiempo*, 5 de marzo de 1896.

seis para los del turno noche, pago extra para las horas extraordinarias y rechazo a las intervenciones disciplinarias del administrador.[22]

Aunque la semana siguiente el cronista de *La Vanguardia* reconocía que la huelga de *La Prensa* había concluido «como una intentona fracasada», en tanto varios trabajadores habían desoído el llamado a la huelga y continuado en sus tareas, era evidente que seguía procesándose una reactivación del activismo: en el diario *La Nación*, por ejemplo, habían obtenido una serie de mejoras ante la amenaza de declarar una huelga, mientras que los trabajadores de Galli y de Peuser, dos de las principales casas del ramo, se habían reunido en asamblea en el club Vorwärts para «ponerse de acuerdo para reclamar mejoras». El domingo 28 de junio, en efecto, se realizó una asamblea de obreros de las artes gráficas en el local del Orfeón Gallego, donde se unificó un pliego de reclamos a los patrones que incluía la jornada de 8 horas, la «supresión del trabajo extraordinario» y un aumento salarial.[23]

La agitación obrera provocó, en las semanas siguientes, un realineamiento al interior de las filas de los trabajadores gráficos, con la conformación de una nueva asociación, que se definía como sociedad de resistencia y contaba con fuerte influencia de militantes socialistas.[24] En la reunión del 8 de julio, la nueva sociedad acordó enviar una circular a los dueños de imprentas, solicitando la jornada de ocho horas y la supresión del trabajo a destajo: luego de recibir una respuesta de los principales empresarios donde no se confirmaba ninguna fecha para dar una satisfacción al reclamo, se resolvió declarar una huelga a partir del 24 de julio «y persistir en esa actitud hasta tanto los patrones no firmasen la circular».[25] En pocos días la huelga alcanzó una gran extensión y se generalizó a las principales casas de la rama: *La Prensa* señalaba en una editorial, en los primeros días de agosto, que «la nota más alta en el actual movimiento obrero-socialista la está dando el gremio de las artes gráficas en general».[26]

El 6 de agosto, el diario *El Tiempo* destacaba que la huelga progresaba de día en día y que ya habían firmado la aceptación de las demandas un total de 25 establecimientos gráficos; al día siguiente la cifra se había elevado a 31. Los huelguistas gráficos recibían en sus asambleas la solidaridad activa

22. «A los tipógrafos en general», *La Vanguardia*, año III, núm. 25, 20 de junio de 1896.

23. «Tipógrafos», *La Vanguardia*, año III, núm. 27, 4 de julio de 1896.

24. En *La Vanguardia* del 18 de julio se publicaba el «manifiesto» de la flamante sociedad «Unión Artes Gráficas», el cual informaba de «la asamblea efectuada el 8 de julio en el Vorwärts, en la cual se ha deliberado la separación del Fomento Tipográfico y la constitución de una sociedad de resistencia, denominada Unión Artes Gráficas».

25. «Unión Artes Gráficas», *La Vanguardia*, año III, núm. 31, 1 de agosto de 1896.

26. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 2 de agosto de 1896.

de otros gremios, que hacían aportes al fondo de huelga, y la comisión resolvió que los obreros que ya trabajaban ocho horas debían «destinar una parte del salario en pro de la causa que hoy agita a ese gremio».[27] La huelga gráfica, de todos modos, no terminó con una victoria plena de los trabajadores, dado que encontró problemas para imponer las reivindicaciones sobre los patrones que demostraron mayor capacidad de resistencia. Hacia la segunda semana del mes de agosto, algunas crónicas hablaban de una disminución en la convocatoria de las asambleas, que parecían «menos numerosas que otras veces», lo cual demostraba probablemente las dificultades para obtener los reclamos en las empresas más importantes y capaces de resistir a los obreros. Dos meses más tarde, un artículo publicado en *La Vanguardia* discutía con «algunos pesimistas que sostienen que nuestra huelga ha tenido un fin desastroso» y planteaba que se habían logrado ciertos avances si bien no se habían conquistado todas las reivindicaciones.[28] Hacia mediados de agosto, el conflicto de los tipógrafos, en cualquier caso, había prácticamente desaparecido del lugar destacado que le dedicaban hasta entonces casi todos los periódicos, debido a la irrupción masiva de los trabajadores ferroviarios y otros contingentes obreros en el inicio de la «huelga grande».

El inicio de la «huelga monstruo»: los talleres ferroviarios en pie de lucha

Como hemos visto en los capítulos anteriores, en los años previos los talleres ferroviarios – particularmente el que el ferrocarril del Sud tenía en la estación Sola, en el barrio de Barracas – habían sido el núcleo de fuertes procesos de agitación obrera, que en muchos casos se habían generalizado a la población obrera de los alrededores y a trabajadores de oficios similares que trabajaban en talleres particulares en otros puntos de la ciudad: la huelga de 1896 se desarrolló sobre la base de todas estas experiencias previas, durante las cuales los trabajadores habían articulado demandas comunes en torno a aumentos salariales y otras reivindicaciones laborales, al tiempo que fortalecían sus vínculos organizativos.[29]

27. «La huelga de los tipógrafos», *El Tiempo*, 6 y 7 de agosto de 1896.

28. «¡Adelante! Al gremio de las artes gráficas», *La Vanguardia*, año III, núm. 41, 10 de octubre de 1896.

29. Los trabajadores de Sola eran considerados incluso un «ejemplo» para otras sociedades gremiales. En el contexto de una retracción de su actividad, por ejemplo, el periódico *La Unión Gremial* les reprochaba su pasividad y recordaba su tradición combativa: «Obreros de Sola: Ya es tiempo que dejéis esa gran indiferencia que tenéis para con vuestros compañeros. Ya es tiempo que os unáis; vosotros no sois los compañeros de las huelgas pasadas; porque si fuerais, seríais los primeros en emanciparos. Cuando estabais en mejor situación hacíais las huelgas, y hoy que os encontráis más mal que nunca, os mostráis indiferentes en todo». *La Unión Gremial*, núm. 6, 20 de junio de 1895.

El punto de partida del conflicto tuvo lugar el sábado 8 de agosto, cuando una comisión obrera de los talleres de Tolosa presentó ante la gerencia del ferrocarril del Oeste los puntos fundamentales del reclamo de los trabajadores: la jornada de ocho horas, la abolición del trabajo a destajo, el pago doble en las horas extraordinarias y la supresión del trabajo los días domingo. Los delegados que se presentaron a la patronal, Manresa Herrero y Echevarría, eran los principales dirigentes de la «Sociedad de Mejoramiento de los Obreros de Tolosa», una agrupación que nucleaba al activismo de los talleres de esa localidad, contaba con un local desde hacía varios años, y estaba estrechamente ligada al Partido Socialista. El gerente de los talleres rechazó el reclamo obrero y señaló que no contestaría peticiones hechas por dicha sociedad, «cuya personería le desconocía para inmiscuirse en esos asuntos».[30]

Luego de recibida la negativa patronal, que ponía de manifiesto la decisión de ir a un conflicto prolongado, los obreros se reunieron el domingo 9 en el local de la «Sociedad de Mejoramiento», ubicada en la calle 1 entre 35 y 36, y resolviendo declararse en huelga a partir del día siguiente. El lunes 10 de agosto,

> «... apenas dieron las nueve, el repique de la campana era el consabido santo y seña, todos absolutamente todos que eran en su totalidad unos 740, en medio de un silencio sepulcral, atravesaron por entre los vigilantes y se dirigieron en corporación al local social, calle 1 entre 35 y 36; y allí, al aire libre, celebraron una entusiasta reunión».[31]

Si bien la huelga era un hecho y abarcaba a la totalidad del personal de los talleres de Tolosa, para los trabajadores resultaba indispensable asegurar la extensión del movimiento a los demás talleres ferroviarios ubicados en la ciudad de Buenos Aires y en el resto del país. Aunque pertenecían a distintas empresas, solo una acción conjunta podía evitar que se derivaran reparaciones a otros talleres o que se enviaran obreros a romper la huelga: la dinámica del conflicto llevaba de este modo a los trabajadores de toda la rama a consolidar una actividad común. El mismo día en que abandonaron el trabajo, los huelguistas de Tolosa designaron una comisión encargada de dirigirse a los talleres de Rosario y Santa Fe y otra para los de Sola y Caballito, donde al atardecer se declararon en huelga los ajustadores del taller del ferrocarril del Oeste.[32] Al día siguiente, al mediodía, en el horario

30. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 10 de agosto de 1896.

31. «Huelga en los talleres ferrocarrileros», *La Vanguardia*, año III, núm. 33, 15 de agosto de 1896.

32. «La huelga en el ferrocarril del Sur», *La Nación*, 11 de agosto de 1896.

de salida de los trabajadores, se repartieron manifiestos en los talleres de Sola y en los de la estación Brown, convocando a hacer causa común con los huelguistas de Tolosa.

La asamblea realizada en Sola el martes por la noche, que según las crónicas reunió a casi un millar de trabajadores, fue abierta por Adrián Patroni, quien informó de la situación de la huelga en Tolosa y anunció que se habían recibido telegramas del Rosario informando que también allí irían a la huelga. Luego intervinieron trabajadores de los talleres de Caballito para informar que habían resuelto declararse en huelga desde el día anterior, con reclamos similares a los de sus compañeros de Tolosa. En un clima de entusiasmo general, los trabajadores del taller de Sola resolvieron nombrar una comisión para presentar el mismo reclamo a los gerentes de la empresa al día siguiente: ante la negativa de la empresa a ceder a lo exigido, el miércoles 12 a las 10 de la mañana los más de 800 operarios de los talleres de Barracas abandonaron sus puestos. En apenas 48 horas, la huelga se había generalizado a los más importantes talleres ferroviarios de Buenos Aires y sus alrededores.

En los días siguientes, el conflicto comenzó a extenderse como un reguero de pólvora a distintos talleres y oficios de la ciudad. Los primeros en sumarse fueron, al igual que había sucedido en otras grandes huelgas de los talleres de Sola, los establecimientos mecánicos de las inmediaciones, muchos de los cuales realizaban tareas similares a las desarrolladas en los talleres ferroviarios. Según *La Nación*,

> «... la noticia de la huelga había circulado por los barrios obreros de los contornos de los talleres, y antes de la hora indicada para levantarse, en las esquinas y en cuanta puerta de calle existe por ahí, era crecido el número de los curiosos que querían presenciar la salida de los huelguistas y la actitud que asumiría el escuadrón de seguridad que había concurrido».[33]

Como había ocurrido en 1888, el conflicto se extendió enseguida a los talleres de Bash, ubicados en las inmediaciones y donde se hacían con frecuencia trabajos para las empresas ferroviarias. En la misma tarde del miércoles 12 los más de cien operarios de dichos talleres fueron a la huelga, planteando reclamos similares a los de los obreros de Sola y Tolosa.[34] Al día

33. «Movimiento obrero. Huelga en los ferrocarriles», *La Nación*, 13 de agosto de 1896.

34. «Los operarios de la fundición El Fénix, del Sr. Bash hnos. que está próxima a la estación Sola, recibieron noticias de los dos levantamientos y *no pudiendo resistir al contagio*, a las 12 del día presentaban al gerente del establecimiento un pliego de condiciones análogo al de los ferrocarriles». «Movimiento obrero. Huelga en los ferrocarriles», *La Nación*, 13 de agosto de 1896, cursivas nuestras.

siguiente se declararon en huelga los doscientos operarios del importante taller metalúrgico de Schwarz en Casa Amarilla. Poco después la agitación se extendió a los principales talleres mecánicos de la ciudad: viuda de Félix Shaw, Guerra Carolini, La Platense, Merlo, Vasena, Giabelli y otros. En las reuniones y asambleas diarias que celebraban los huelguistas «se distribuían manifiestos entre los concurrentes, encargándoles hacer propaganda entre los demás talleres que hasta ahora se muestran indecisos».[35]

Existían fuertes lazos entre los trabajadores de los talleres de las empresas ferroviarias y los de establecimientos particulares, basados no solo en la similitud de las tareas que realizaban sino también en una experiencia de lucha conjunta realizada en años previos. Las crónicas daban cuenta de la conmoción general que recorría el barrio, paralizado por la huelga en los más importantes establecimientos: según *La Prensa*,

> «... este barrio fabril, donde el tráfico de carros es continuo desde la madrugada hasta la noche, donde era muy raro encontrar transeúntes sino en la hora que los obreros y las obreras iban al taller o cuando se retiraban a sus casas, ayer parecía haberse convertido en una romería, tanta era la gente que recorría sus calles».[36]

En términos similares se pronunciaba el cronista de *La Nación*, que vinculaba el conflicto en curso con la experiencia desarrollada por los mismos trabajadores en años anteriores pero ponía de relieve el salto cualitativo que representaba el nuevo movimiento:

> «La huelga que el año 1891 hicieron los trabajadores de Sola durante 54 días (...) a pesar de haber sido de alguna importancia comparada con la de ahora, queda limitada a un insignificante movimiento, pues en esta no solo se trata de los obreros de ferrocarriles sino que va pasando a establecimientos de mucha significación (...). El foco de la huelga está en Barracas al Norte, pues es allí donde las principales fábricas ya han apagado sus fuegos por no tener un solo hombre que les trabaje».[37]

Se trataba por otra parte de núcleos obreros donde tenían una influencia importante los militantes socialistas, que dirigían la sociedad de resistencia de trabajadores mecánicos desde su fundación, algunos años antes.

35. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 14 de agosto de 1896.

36. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 15 de agosto de 1896.

37. «Las huelgas. La segunda reunión de las alpargateras», *La Nación*, 21 de agosto de 1896.

Las crónicas informaban que «todos se convocan en el local de la calle Australia, al lado de la plaza Herrera»,[38] que se había convertido en una suerte de cuartel general de las comisiones de huelga de ferrocarrileros y mecánicos. El local, ubicado en Australia 1131, muy cerca de los talleres de Sola, era la sede del Centro Socialista Revolucionario de Barracas al Norte, la agrupación barrial del recién fundado Partido Socialista, y al mismo tiempo estaba adyacente a la vivienda de los Cardalda, una familia española cuyos integrantes eran referentes socialistas en la zona (véase VVAA 2007, págs. 113-114). En sus memorias, el dirigente socialista E. Dickmann (1949) recordaba que aquella huelga había sido para él una «escuela de gremialismo y socialismo prácticos», y rememoraba que el local de la calle Australia «se convirtió en un gran foco de propaganda y agitación, donde hicieron sus primeras armas casi todos los oradores socialistas».

El apogeo de la huelga: decenas de gremios en conflicto

Hacia mediados del mes de agosto, la huelga se había generalizado a los principales talleres ferroviarios del país (Tolosa, Sola, Caballito, Brown, Campana, Junín, Rosario), pero también a los de varias compañías de *tramways* y a numerosos establecimientos mecánicos y metalúrgicos particulares de la ciudad de Buenos Aires. Con el correr de los días, de todas formas, la agitación no se limitó a los trabajadores calificados de los oficios técnicos y mecánicos y se extendió a otros gremios. El miércoles 12, a primera hora de la mañana, se declararon en huelga los operarios que trabajaban en la fábrica de productos químicos de la compañía de gas La Primitiva. Lo mismo hicieron, algunos días más tarde, los trabajadores de la usina de gas La Nueva y los del «Gas Argentino», así como los mecánicos de los talleres del establecimiento de aguas corrientes. Temiendo que se cortase el suministro de agua y el alumbrado de la ciudad, el gobierno dispuso el envío de fuerzas policiales a los talleres de agua corriente y de destacamentos de bomberos a intentar poner en marcha las usinas de gas. En la usina de La Nueva se había montado prácticamente un campamento donde permanecían día y noche los bomberos y los pocos peones que habían aceptado continuar el trabajo, a quienes se pagaba el doble de su anterior jornal y se alojaba en el lugar, dado que «la mayor parte no se atreve a regresar a sus casas, temerosa de los reproches que pueden hacerles sus compañeros hoy huelguistas».[39]

38. Ibíd.

39. «La huelga monstruo. Todos sus detalles», *La Vanguardia*, año III, núm. 34, 22 de agosto de 1896; «Movimiento obrero. La huelga grande», *La Prensa*, 22 de agosto de 1896.

Obreras en huelga

El 14 de agosto la huelga alcanzó a una de las más grandes concentraciones obreras de la ciudad: la enorme Fábrica Argentina de Alpargatas, que empleaba a más de 700 trabajadores, casi todas mujeres. El abandono del trabajo en esta gran fábrica implicaba un salto cualitativo en el desarrollo huelguístico, que excedía ahora al sector más calificado de trabajadores mecánicos y técnicos y se extendía a una de los principales núcleos de empleo de trabajadores no calificados, fundamentalmente mujeres.[40] *La Vanguardia* advertía la trascendencia de la intervención de las operarias en la gran huelga, en tanto mostraba que ya no eran «solamente los obreros los que se congregan diariamente para discutir sus intereses, sino también las mujeres, que tienen tanta o más razón que los hombres para reclamar un mejoramiento en las condiciones de trabajo».[41] La generalización de la agitación huelguística llevaba al conflicto incluso a los sectores más explotados de la clase obrera.

Si bien no habían llegado a cobrar visibilidad en un conflicto abierto, encontramos algunos antecedentes de organización de las mujeres trabajadoras en los años previos. Fue particularmente a comienzos de 1895, cuando se llevaron a cabo una serie de reuniones y asambleas de costureras, otro de los gremios compuesto casi en su totalidad por trabajadoras mujeres. En efecto, en el marco de la agitación que recorría a la ciudad, el 13 de enero de 1895 se realizó una reunión en el local de la «Unión Suiza» que resolvió dejar constituida una «sociedad cosmopolita de resistencia y socorro mutuo de obreras costureras», cuya secretaria era María Mauli, esposa del dirigente socialista. Pocos días más tarde la sociedad editó un manifiesto que denunciaba las penosas condiciones de trabajo en un gremio donde las labores se extendían hasta doce horas diarias, con ingresos bajísimos y pago a destajo, lo cual implicaba que las costureras debían pagar ellas mismas los gastos de sus propias máquinas e insumos. El manifiesto llamaba a las trabajadoras del gremio a organizarse y así «romper la doble esclavitud en que las tiene el capital y su debilidad femenil».[42]

Los avances organizativos entre las obreras costureras, de todos modos, encontraron dificultades para consolidarse. A fines de enero se realizó una nueva asamblea, con la presencia de unas cien trabajadoras, en la cual la comisión explicó que el objetivo de la nueva sociedad era obtener una

40. *La Nación* informaba que «casi todas las obreras de la fábrica de alpargatas son italianas y allí trabajan niñas de corta edad y mujeres sexagenarias». «Las huelgas. Declinación del movimiento. Falta de adhesiones», *La Nación*, 16 de agosto de 1896.

41. «La huelga monstruo. Todos sus detalles», *La Vanguardia*, año III, núm. 34, 22 de agosto de 1896.

42. «Manifiesto de las obreras costureras», *La Prensa*, 25 de enero de 1895.

mejora en las tarifas y horas de trabajo, organizar un socorro mutuo para las asociadas y celebrar reuniones de propaganda para preparar las eventuales medidas que requiriera la satisfacción de estas demandas. Pronto se puso en evidencia, sin embargo, que existía una fuerte tensión al interior del gremio entre las militantes de orientación socialista –e incluso algunas afines al anarquismo– y otro sector más conservador, en el cual las propias crónicas señalaban que podía haber influencia de «patronas» que se habían sumado a las reuniones. La asamblea del 27 de enero eligió a una nueva comisión directiva que no contaba con la presencia de las militantes socialistas que habían impulsado la conformación de la sociedad: en la siguiente reunión, realizada el 3 de febrero, la nueva presidenta advirtió que no era socialista «porque mi condición y estado de mujer no me lo permite» y propuso que la sociedad fuera exclusivamente de socorros mutuos. A continuación la asamblea se dividió a partir de la intervención de María Mauli y otras militantes socialistas, que repudiaron a la nueva presidenta y reclamaron su dimisión.[43] Luego de una serie de incidentes, la reunión concluyó con la renuncia de la comisión directiva: los socialistas rechazaron en su periódico las conclusiones de *La Prensa*, que había caracterizado que la sociedad había quedado disuelta, y reivindicaron que había salido «más robustecida y consolidada que nunca, después de haber eliminado de su seno a la presidenta y otros elementos que trataban de quitar a la asociación su carácter de resistencia».[44] La influencia socialista era, en efecto, más evidente en el siguiente manifiesto, que reclamaba «mandar a paseo y rechazar de nuestro lado a las señoronas que, habitando palacios y costeando soberbios trenes, vienen a aconsejarnos la abstención del lujo, buscando quizás con esto que todas las mujeres, por el modo de vestir, parezcamos mucamas de ellas». Las costureras recordaban que no habían creado una sociedad «para formar una escuela de templanza», dado que su moralidad era «muy superior a la de las que no trabajan y nos vienen con buenos consejos»: el objetivo no era otro que mejorar las condiciones de trabajo, porque sería mejorando las condiciones de existencia que serían capaces de tener más tiempo para educarse e instruirse y así, en todo caso, «ser buenas esposas y buenas madres».[45]

Si bien los socialistas sostuvieron que la sociedad seguía en funcionamiento, bajo la influencia de sus militantes, ya no volverían a realizarse asambleas masivas de trabajadoras mujeres hasta la «huelga grande» del

43. «Reuniones obreras. Reunión de las costureras. La asamblea de ayer», *La Prensa*, 28 de enero de 1895; «Las costureras. Disolución de la sociedad. Una asamblea borrascosa. Incidentes», *La Prensa*, 4 de febrero de 1895.

44. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, año II, núm. 6, 9 de febrero de 1895.

45. «Movimiento obrero argentino. Costureras», *La Vanguardia*, año II, núm. 7, 16 de febrero de 1895.

año siguiente, y ni siquiera en *La Vanguardia* es posible hallar crónicas de alguna actividad realizada por las costureras. Con la entrada en huelga de las obreras de la Fábrica Argentina de Alpargatas, en 1896, vuelven a aparecer crónicas que dan cuenta de la realización de reuniones de trabajadoras. Como había ocurrido en las reuniones de costureras del año anterior, en las asambleas de las alpargateras en huelga se observaba, según las crónicas periodísticas, una «timidez» de la mayoría de las operarias, que no se atrevían a subir a la tribuna para dirigirles la palabra a sus compañeras.[46] Una de las principales activistas, llamada Rosario Diario, tomó finalmente la palabra en la primera asamblea y planteó:

> «Compañeras: nadie quiere hablar; yo lo voy a hacer: si los hombres quieren la jornada de 8 horas para instruirse y dedicar más tiempo al cariño de sus hijos, nosotras, las mujeres, las reclamamos para permanecer menos horas alejadas de nuestro hogar y tener más tiempo para remendarnos los vestidos».[47]

La generalización de la huelga y la actividad anarquista en el Prado Español

La generalización de la huelga en distintos gremios no respondía a una decisión tomada centralmente por un organismo coordinador sino que surgía en forma desordenada y tumultuosa, poniendo de manifiesto que el abandono del trabajo en algunos grandes talleres y fábricas actuaba como un factor de impulso a poderosas fuerzas sociales que estaban latentes entre los trabajadores de la ciudad: el reclamo de la jornada de ocho horas, y en muchos casos la abolición del trabajo a destajo, aparecían como el eje que articulaba y unificaba la reivindicación obrera. El 29 de agosto *The Review of the River Plate*, órgano del capital británico en el país, advertía con preocupación que la huelga era más «extensa de lo que haya sido ninguna otra», agregando que si su extensión se había limitado en alguna medida era únicamente debido a las concesiones otorgadas por una gran cantidad

46. La asamblea se realizó en un local del barrio de la calle Olavarría. Según *La Nación*: «el espacioso patio se hallaba animado por la presencia y la charla de la mitad de las muchachas que trabajan en la fábrica de alpargatas. La asamblea iba a empezar. Había necesidad de buscar a una que hiciera de presidenta, pero todas tenían vergüenza de aceptar el cargo, abochornadas por la presencia de los hombres que, unos como huelguistas del mismo establecimiento, y otros de curiosos, se habían introducido para presenciar la asamblea». «Las huelgas. La reunión de las alpargateras. Los anarquistas y el amor libre», *La Nación*, 19 de agosto de 1896.

47. «La huelga monstruo. Todos sus detalles», *La Vanguardia*, año III, núm. 34, 22 de agosto de 1896.

de empresarios.[48] El 25 de agosto, *La Prensa* señalaba que si bien la huelga no ofrecía grandes novedades entre los ferroviarios y los mecánicos, continuaba extendiéndose en otros gremios:

> «Ayer se declararon en huelga los albañiles, picapedreros y peones de las obras del Puerto Madero, por la causa ya conocida: las ocho horas de trabajo diarias. También la fábrica de papel de Zárate imitó el ejemplo, abandonando más de 300 personas la fábrica: el resto de los obreros, otros 300, se cree que hoy se unirá al grupo en huelga. Otro gremio se declaró en huelga: los hojalateros de La Boca (...). A estos hay que agregar los gremios de panaderos y zapateros, que a juzgar por las reuniones preparatorias de las que ya dimos cuenta, están para poner en práctica la huelga».[49]

En algunos casos, la influencia de los huelguistas ferroviarios y mecánicos era directa en el estallido de conflictos en otros gremios: en Quilmes, por ejemplo, se celebraban reuniones en el local del centro socialista local entre los huelguistas de los talleres y los de la recientemente fundada cervecería, que resolvieron finalmente presentar una solicitud pidiendo la jornada de ocho horas y un aumento salarial y se declararon en huelga ante la negativa.[50] En otros casos, la influencia era menos directa: el clima huelguístico era generalizado y surgían conflictos incluso en lugares de trabajo como las compañías telefónicas, donde no existían antecedentes de organizaciones ni activismo previo.

Hacia fines de agosto, en paralelo al núcleo del barrio de Barracas, centrado en torno a los huelguistas mecánicos y ferrocarrileros y con indiscutible hegemonía socialista, surgió un nuevo eje de agitación obrera en torno a la lucha de los panaderos, que se habían lanzado a la huelga en reclamo de un aumento salarial de $ 15 y el descanso dominical y se vieron acompañados por los trabajadores empleados en el reparto de pan. Como en huelgas anteriores, la sociedad de resistencia exigía a los patrones la aceptación de sus condiciones para luego proceder a enviarle cuadrillas de obreros, intentando así quebrar lentamente la resistencia de los empresarios más poderosos que eran quienes podían rechazar el reclamo obrero durante un período más largo.

48. «The strikers», *The Review of the River Plate*, 29 de agosto de 1896.

49. «Movimiento obrero. La huelga grande», *La Prensa*, 25 de agosto de 1896.

50. «Hicieron uso de la palabra los conocidos agitadores A. Manresa Herrero y José Ingegnieros, estimulando a los huelguistas a sostenerse en la actitud asumida». «Las huelgas», *La Nación*, 30 de agosto de 1896. Poco después también se declararon en huelga los trabajadores de la cervecería Bieckert, ubicada en la Capital.

La huelga de los panaderos tenía como centro el gran local del Prado Español, en el barrio de Recoleta, en el cual se concentraban diariamente centenares de trabajadores; allí también comenzaron a nuclearse los zapateros que llevaban adelante, con menor éxito, su medida de fuerza. Junto con el barrio de La Boca, donde los militantes anarquistas ejercían una indudable influencia, el Prado Español se convertía, de esta manera, en un foco paralelo –y en buena medida competidor– al núcleo formado en el local de la calle Australia en el barrio de Barracas, eje de las huelgas de ferroviarios y mecánicos, con predominio indudable de los militantes socialistas. Según una crónica publicada por *La Nación*, en el Prado Español, «los zapateros y panaderos, todos anarquistas, están en sesión permanente: cuando no suben al tablado a pronunciar discursos, entonan cánticos en que se proclama la revolución social».[51] Los discursos se sostenían durante todo el día: los oradores se turnaban para decir unas palabras de ánimo a la concurrencia, incitarlos a continuar con la huelga y acercar la solidaridad de otros gremios, pero también para difundir las ideas revolucionarias. «Los discursos de los que hablan», concluía *La Nación*, «eran saludados con vivas a la revolución social, a la libertad, a la anarquía y mueras a los "burgueses", a las "burguesas", y a todo lo que no esté en armonía con la doctrina anarquista».[52]

En los primeros días los panaderos lograron importantes avances: según *La Prensa*, al 30 de agosto «la mitad de las 773 panaderías del municipio» habían aceptado el reclamo de la sociedad. A comienzos de septiembre, de todas formas, comenzaron a hacerse sentir las dificultades ocasionadas por la organización de una resistencia por parte de los empresarios. En la asamblea realizada el 2 de septiembre, en efecto, se informó «del número extraordinario de patrones que deshicieron el compromiso que habían firmado», ante lo cual los panaderos resolvieron «entre atronadores vivas que se declarara la huelga general, para recoger el guante que les habían arrojado los patrones».[53]

Durante el mes de septiembre también se declararon en huelga los sastres, que habían logrado reorganizarse en los años previos en torno a una sociedad de resistencia. Bajo el impulso del clima huelguístico general, los sastres comenzaron a «hacer tareas de propaganda» en pro de la huelga y a comienzos del mes de septiembre enviaron una «carta ultimátum» a los

51. «Las huelgas», *La Nación*, 29 de agosto de 1896.

52. «Las huelgas», *La Nación*, 29 de agosto de 1896. En *La Vanguardia* es prácticamente inhallable cualquier referencia a las asambleas realizadas por sus adversarios en el local del Prado Español. En un artículo titulado «Hay que diferenciarse. Trabajadores y anarquistas», Antonino Piñero señalaba que «en el prado Español, no han faltado los discursos violentos, pero todo se ha reducido a amenazas ridículas». *La Vanguardia*, año III, núm. 36, 5 de septiembre de 1896.

53. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 3 de septiembre de 1896.

patrones en la que reclamaban un aumento del 30 % en los salarios, la jornada de ocho horas y los domingos y festivos libres. Ante el rechazo de los empresarios, resolvieron declararse en huelga a partir del día 8 y formar comisiones para promover la agitación y la difusión del conflicto en un gremio cuyos integrantes se repartían en centenares de talleres a lo largo y a lo ancho de la ciudad, con un buen número de trabajadores a domicilio. Bajo el impacto de la huelga de los sastres volvió a producirse un clima de agitación entre las costureras que trabajaban en talleres y en sus domicilios, que realizaron una serie de reuniones para «organizarse en comisiones y tratar de si harán causa común con los sastres».[54]

La huelga se extendió durante varias semanas: el día 23 se informaba que «los sastres están dispuestos a no cejar un ápice en las mejoras que piden a los patrones» y que desde el día anterior «los importantes talleres de los señores Gath y Chaves», una de las principales concentraciones de trabajadores textiles en la ciudad, habían aceptado los reclamos obreros. Hacia fines del mes, la huelga fue levantada con un compromiso: buena parte de los patrones aceptaron reducir la jornada laboral a nueve horas diarias y conceder un aumento del 10 %, con lo que la sociedad de resistencia resolvió suspender la medida de fuerza.[55] Por esos días, la atención de los periódicos, que dedicaban un gran espacio a la enorme agitación obrera que atravesaba la ciudad, estaba centrada no obstante en la conflictividad que recorría al gremio de los cocheros, que llevaban adelante el último gran estallido huelguístico de esa primavera.

La huelga de los cocheros pone de manifiesto de qué modo el clima de agitación general promovía movimientos huelguísticos incluso en oficios en los cuales jugaban todavía un papel importante los pequeños propietarios y no estaba delimitada completamente una identidad clasista. El punto principal del reclamo que detonó el conflicto, en efecto, no era una demanda salarial o una reducción de jornada sino la protesta contra una disposición policial que los obligaba a reducir la velocidad en las bocacalles, para evitar accidentes, lo cual era rechazado por los cocheros porque los perjudicaba en su labor. Con el correr de los días, sin embargo, y mientras se desarrollaban tareas de propaganda «contra las vejaciones que impone la policía», fue instalándose también una demanda por el aumento de la tarifa. El 22 de septiembre, finalmente, una gran reunión de cocheros de plaza resolvió por unanimidad declarar la huelga general. Poco después

> «... grupos de cocheros, subidos en cualquier carromato, recorrían las avenidas, plazas y calles principales, publicando a gritos la huelga, y excitando a ella a los pocos que aún no se habían enterado de la *buena nueva*. Pocas horas más tarde, no se encontraba en la ciudad un solo carruaje de plaza».[56]

54. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 16 de septiembre de 1896.

55. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 23 de septiembre de 1896; «Movimiento obrero», *La Prensa*, 28 de septiembre de 1896.

En los días siguientes la agitación se incrementó: aunque los cocheros de *tramways* y los carreros finalmente desistieron de sumarse a la huelga, sí lo hicieron los trabajadores de las caballerizas, lo cual agravó la parálisis del tráfico en la ciudad. Lo más interesante de la huelga de cocheros, de todas formas, es el modo en que a lo largo del conflicto fue procesándose una diferenciación al interior del propio gremio: al reseñar la situación, el diario *La Prensa* señalaba que podían advertirse tres grupos de diferente extracción social entre los cocheros de plaza: el de los patrones, dueños de flotas coches de alquiler; el de los empleados asalariados de ellos; y uno más numeroso de cocheros que eran propietarios de sus propios coches y caballos. El 25 de septiembre, una asamblea de más de dos mil personas realizada en un corralón de la calle Entre Ríos resolvió destituir a la primera comisión, que estaba integrada por los propietarios de flotas, y nombrar en su reemplazo a otra, en la cual dominaban los cocheros propietarios de sus propios vehículos: el cambio de comisión estuvo acompañado de un cambio en las reivindicaciones de los huelguistas, que pasaron a concentrarse en los abusos policiales. En los días siguientes, los dueños de flotas de coches intentaron sacar a la calle unos cuarenta vehículos, lo cual derivó en incidentes y detenciones cuando los huelguistas se enfrentaron con algunos de los peones que intentaban conducirlos. El conflicto se cerró hacia fines de mes, con un relativo avance para los huelguistas: el día 28 de septiembre, *La Prensa* informaba que

> «Los cocheros, o más bien dicho los pequeños propietarios de vehículos, reanudaron en su mayoría el servicio y hoy los imitará el resto del gremio. La comisión respectiva distribuirá hoy un manifiesto aconsejando al gremio que vuelva al trabajo, en vista de que el motivo fundamental de la huelga –el cruce de las calles al paso– ha sido modificado por la jefatura, recordando de paso que hará todo lo que pueda para que los intereses de los cocheros sean salvaguardados».[57]

56. «Movimiento obrero. La huelga de cocheros», *La Prensa*, 23 de septiembre de 1896.

57. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 28 de septiembre de 1896.

El apogeo y el reflujo. La larga resistencia de los ferrocarrileros y mecánicos

El impacto provocado por la huelga en los principales gremios instaló un clima de agitación y deliberación entre todos los trabajadores de la ciudad y también en otros puntos del país como Rosario, a tal punto que a lo largo de agosto y septiembre las crónicas periodísticas dan cuenta, además de la paralización del trabajo en los oficios que hemos reseñado, de un sinnúmero de tentativas de agitación y organización entre obreros de gremios que no se contaban entre los más movilizados. Hubo estallidos entre los trabajadores de la construcción, que tuvieron escaso éxito por tratarse de un período del año tradicionalmente difícil para los obreros de esa rama, por la baja demanda de brazos. Hacia fines de agosto llevaron adelante una breve huelga más de cien telefonistas de la sede central y las sedes barriales de la empresa Unión Telefónica, marcando una de las primeras huelgas de trabajadores de «cuello blanco» en la ciudad de Buenos Aires, en un oficio por otra parte compuesto mayoritariamente por mujeres.[58] En distintos momentos de esos meses de aguda conflictividad, la agitación alcanzó también a los constructores de carros, hojalateros de La Boca, cigarreros de hoja, dependientes de almacén, empleados de tiendas, y otros gremios: en muchos casos no se llegaba a una declaración de huelga, pero era evidente que el clima de movilización generalizado era el puntapié para la organización de los trabajadores, en aquellos oficios en donde no existían aún sociedades ni comisiones de resistencia, para la elaboración de pliegos de reivindicaciones con demandas salariales y laborales.[59]

El movimiento ascendente de la movilización obrera se mantuvo durante todo el mes de agosto y en los primeros días del siguiente: todavía el 5 de septiembre *The Review of the River Plate* advertía que si bien «una cantidad de obreros han retornado al trabajo en las viejas condiciones, aún permanece en huelga un gran número de trabajadores, e incluso en la última semana se han sumado nuevos sectores a las filas huelguistas».[60] Hacia mediados de ese mes, sin embargo, ya podía notarse que el punto más alto de la conflictividad había pasado, en tanto varios gremios habían dado por terminados sus conflictos y ya no aparecían, salvo casos excepcionales, nuevos contingentes de trabajadores que se sumaran a la huelga. El 4 de septiembre concluyó la huelga de las alpargateras de la Fábrica Argentina, con el regreso al trabajo de las últimas trabajadoras que se mantenían en conflicto. El mismo día los periódicos informaban que los zapateros habían «fracasado en su tentativa de huelga».[61]

58. «Las huelgas», *La Nación*, 30 de agosto de 1896.
59. «Movimiento obrero. La huelga grande», *La Prensa*, 23 de agosto de 1896.
60. «The strikes», *The Review of the River Plate*, 5 de septiembre de 1896.
61. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 4 de septiembre de 1896.

Un impacto mayor tuvo, de todas formas, el cierre de la huelga de los panaderos, que como vimos se había convertido en una de las más masivas de la ciudad: el 9 de septiembre se realizó una asamblea del gremio en la cual «parte de la comisión de la Sociedad Obreros Panaderos, que no se había mostrado nunca entusiasta por la huelga, resolvió acordar de sus fondos un subsidio a los huelguistas, consistente en 100 kilos de pan y $ 20 de queso» y dio por terminado el conflicto. Según la crónica, las palabras de la comisión directiva, «produjeron el efecto de una bomba, y fue la señal de retirada de la concurrencia, completamente desalentada».[62] El impacto negativo del cierre de esta huelga afectó al conjunto del movimiento, particularmente a aquellos sectores más influenciados por los anarquistas. El 14 de septiembre el cronista de *La Prensa* señalaba que el desenlace del conflicto de los panaderos «arrastró en su caída a los descontentos de otros gremios, sin organización y solo animados por el entusiasmo efímero que le infunden los eternos descontentos y enemigos de todo lo que represente sociabilidad, gobierno, autoridad».[63]

Hacia la segunda mitad del mes de septiembre la retracción del movimiento huelguístico era evidente. La lucha volvió a quedar concentrada entonces en los trabajadores de los talleres mecánicos y ferroviarios, que habían dado inicio al conflicto y se mantendrían en esa posición por más de un mes. La intención de los trabajadores de los talleres había sido, desde un primer momento, lograr la paralización del tráfico de trenes. La empresa consiguió evitarlo en primer término apelando a la intervención de bomberos para reemplazar a los huelguistas en las tareas más urgentes, en primer lugar la de asegurar el suministro de carbón a las aproximadamente cuarenta locomotoras que diariamente iban a los talleres de Sola a aprovisionarse, dado que los operarios encargados de hacerlo se habían sumado a la huelga convocada por sus compañeros de los talleres.[64]

El punto crítico que impidió que la huelga llevara a una interrupción de las líneas ferroviarias, no obstante, se produjo cuando los huelguistas no lograron sumar a los maquinistas y foguistas a la medida de fuerza. Desde los primeros días de la huelga, en efecto, los trabajadores de los talleres enviaron diversas comisiones a entrevistarse con los maquinistas, agrupados desde 1887 en La Fraternidad. La respuesta de estos últimos, sin embargo, fue cauta: enviaron su adhesión a los huelguistas y presentaron su propio pliego a las empresas ferroviarias, pero negándose a sumarse a la huelga.[65] Si bien las fuentes dan cuenta de debates e inquietudes al interior del pro-

62. «Movimiento obrero. Huelga terminada», *La Prensa*, 10 de septiembre de1896.
63. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 14 de septiembre de 1896.
64. «Movimiento obrero», *La Nación*, 14 de agosto de 1896.
65. «Las huelgas. Declinación del movimiento. Falta de adhesiones», *La Nación*, 16 de agosto de 1896.

pio gremio de maquinistas –los de Bahía Blanca, por ejemplo, llegaron a declararse en huelga– finalmente triunfó la postura de no intervenir en el conflicto: se realizaron varias reuniones privadas entre La Fraternidad y los gerentes de las empresas, a las cuales no se permitió acceder a los delegados de los talleres ni a los periodistas, y finalmente se anunció que luego de obtener algunas mejoras en términos de reducción de jornada, los maquinistas no tomarían ninguna medida de fuerza. La decisión de La Fraternidad cerraba la posibilidad de una huelga masiva que paralizara los ferrocarriles y permitiera una resolución rápida del conflicto y obligaba a los huelguistas de los talleres a emprender una larga resistencia contra las empresas ferroviarias.

Hacia fines de septiembre los mecánicos y los ferroviarios eran prácticamente los únicos contingentes obreros que continuaban en conflicto: se trataba de todas formas de varios miles de trabajadores, que trabajaban en algunas de las principales concentraciones obreras de la ciudad y en algunas del interior. El día 26 *The Review of the River Plate* reconocía que se habían hecho «muy pocos progresos» y la huelga se mantenía firme.[66] El foco del conflicto seguía siendo el local «de la calle Australia» en Barracas, donde se reunían periódicamente los huelguistas ferroviarios y numerosos militantes socialistas, y los locales que tenía la sociedad de herreros, mecánicos y anexos en distintos puntos de la ciudad, donde se reunían los trabajadores de los talleres y empresas metalúrgicas de los diferentes barrios. Debido a la extensión del conflicto, y a la importancia de las industrias afectadas, no tardaron en ponerse en marcha diferentes intentos de organización por parte de los empresarios metalúrgicos: en los primeros días de octubre, una de dichas reuniones resolvió enviar una nueva nota al jefe de policía, dado que una anterior no había encontrado respuesta, en la que se pedía «más rigor con los huelguistas, en vista de que los atropellos que cometen no son castigados».[67] Los empresarios comenzaron a armar listas de los trabajadores que caracterizaban como «cabecillas» e impulsores del movimiento en sus respectivos talleres, para asegurarse de que ningún otro industrial los contratase, y discutieron lanzar un sistema de «libretas» que cada operario debería poseer para poder ser aceptado en cualquier empresa.

Con el correr de los días y ante la continuidad de la resistencia obrera, de todas formas, los empresarios resolvieron apelar directamente al Poder Ejecutivo para obtener un respaldo a sus reclamos por parte del gobierno de Uriburu: el 14 de octubre una comisión de la Unión Industrial Argentina, conformada por algunos de los principales empresarios del país como J. Martínez Campos, Huergo, J. Videla y M. Chueco, se entrevistaron con el

66. «The strikes», *The Review of the River Plate*, 26 de septiembre de 1896.
67. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 7 de octubre de 1896.

ministro del Interior, Norberto Quirno Costa, «exponiendo los perjuicios que causaba a la industria metalúrgica la huelga general actual, agregando que los elementos de la huelga eran en su mayor parte extranjeros». El ministro llamó a su despacho al jefe de policía y le dio «las órdenes del caso, a fin de que se subsanen estas dificultades», pero fue incluso más allá y les hizo saber a los delegados de la UIA que «entre un grupo de senadores y diputados había el propósito de presentar un proyecto de ley para el año venidero, con el fin de impedir cierta inmigración de elemento perjudicial para el desarrollo de las industrias».[68] Al igual que había ocurrido durante la agitación huelguística de 1889, la conmoción provocada por la movilización obrera llevaba a distintos sectores del gobierno y las clases dominantes a plantear iniciativas represivas de mayor alcance, que prefiguraban y preparaban el terreno para lo que finalmente tomaría cuerpo –también en el marco de otra huelga– con la sanción de la ley 4.144, llamada de Residencia, a fines de 1902.

Poco más tarde, Quirno Costa recibió también a una delegación de trabajadores, que rechazaron las acusaciones de los empresarios y denunciaron que los industriales se habían negado, desde el inicio del conflicto, a celebrar conferencias y negociaciones con los obreros. Luego de estas primeras entrevistas, el gobierno anunció que daría curso a una mediación organizada por el jefe de policía, en términos similares a lo que se había propuesto durante la huelga de la construcción de dos años antes: la convocatoria a las reuniones de negociación, sin embargo, comenzaron a dilatarse, provocando inquietud entre los huelguistas, que veían con preocupación la extensión de una huelga que ya llevaba más de dos meses. El 22 de octubre, por ejemplo, cuando ya había pasado una semana del anuncio de una mediación, *La Prensa* informaba que las gestiones del jefe de policía se habían limitado «hasta ahora a simples consultas con miembros caracterizados de la Unión Industrial Argentina, los que prometieron ocuparse del asunto». Pocos días más tarde se leía que «el clima está enardeciéndose en las asambleas de Australia, ante la falta de respuesta de los patrones», mientras se multiplicaban las denuncias de abusos policiales y detenciones a trabajadores que intentaban, con menos éxito que al inicio del conflicto, evitar que otros obreros concurrieran a los talleres.[69]

Lo cierto es que, a casi tres meses de iniciada la huelga, la resistencia de los trabajadores estaba muy debilitada: las empresas aprovecharían la promesa de una mediación policial y de una eventual negociación para terminar de desarticular la resistencia obrera. A comienzos de noviembre, por ejemplo, el ferrocarril del Sud aceptó realizar una conferencia con algunos de los delegados huelguistas, en la que les anunció que se habían

68. «Los obreros ante el gobierno», *La Prensa*, 15 de octubre de 1896.
69. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 22 de octubre de 1896.

contratado en Europa a unos 300 mecánicos y ajustadores y que en consecuencia no podrían volver a trabajar sino un total de 500 obreros, del total de 900 que lo hacían antes del conflicto: respecto a las demandas que habían motivado la huelga, se limitó a señalar que el personal debía regresar al trabajo y nombrar una comisión que las formulara en forma «razonable y encerrada dentro de las instrucciones que tenía de la empresa». La respuesta obrera fue un lógico rechazo y una confirmación de la huelga, pero la situación estaba entrando en una etapa crítica: por esos días la prensa anunciaba que en los talleres de Campana ya habían retornado al trabajo más de cuatrocientos obreros «y que no se admiten más porque no se precisan».[70]

Algunos días más tarde se celebró una nueva entrevista, donde el gerente del ferrocarril del Sud informó que podría aceptar a unos 640 trabajadores, con una reducción de jornada a nueve horas, pero que no había posibilidades de reincorporar a todos los huelguistas. Las sucesivas reuniones provocaban un efecto desmoralizante entre los huelguistas, algunos de los cuales expresaron en asamblea el propósito de «romper definitivamente estas entrevistas por considerarlas depresivas para su causa». En efecto, en la cuarta de las reuniones realizadas «se puso en evidencia que Mr. Barrow no tiene por ahora inclinación a conceder siquiera alguna mejora de las tantas que piden los que trabajaban en los talleres de Sola», con lo cual las «negociaciones» quedaron suspendidas.[71] Al día siguiente los trabajadores de los talleres de Tolosa, iniciadores del movimiento, resolvían volver al trabajo en número de casi medio centenar, ante la inminente llegada de los trabajadores contratados por la empresa en Europa. Pocos días más tarde, el gerente del ferrocarril del Sud anunciaba que el día lunes «tocaría el pito normalmente» para que los trabajadores «que quieran presentarse normalmente con el viejo horario lo hagan».[72] La «huelga grande» había terminado.

✠✠✠

En las conclusiones elaboradas por los empresarios respecto al cierre del extendido conflicto de los talleres ferroviarios se ponía el acento en el lugar ocupado por la llegada de trabajadores de Europa, contratados especialmente para reemplazar a los huelguistas. En efecto, si hemos visto que en gremios con personal poco calificado –como estibadores u operarios fabriles– las huelgas solían ser breves y muy difíciles para los trabajadores, en tanto las empresas podían reemplazar al personal en forma más

70. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 5 de noviembre de 1896.
71. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 11 de noviembre de 1896.
72. «La huelga de Tolosa», *La Prensa*, 12 y 13 de noviembre de 1896.

o menos rápida, en aquellos oficios más calificados las huelgas podían extenderse y colocar en una situación difícil a los empresarios, que no podían cubrir con nuevos trabajadores los lugares abandonados por los obreros en huelga. Si bien no habían logrado sumar al conflicto a los maquinistas y foguistas, paralizando así el funcionamiento del ferrocarril, los trabajadores de los talleres ferroviarios habían sido capaces de llevar adelante una prolongada resistencia, que tenía puntos en común con lo que habían logrado los obreros constructores de carruajes en el verano previo. La capacidad de resistencia de los obreros de los talleres, la imposibilidad de derrotar la huelga por vías represivas u obteniendo rompehuelgas calificados para desenvolver las mismas tareas entre la población local, convencieron a los empresarios de la necesidad de apelar a la llegada de trabajadores de Europa para reemplazar a los huelguistas.

El balance de los adversarios de los huelguistas, de todas formas, iba aún más lejos, y planteaba que más allá de la gran cantidad de jornadas perdidas la derrota de la huelga debía verse como un paso adelante para la patronal. Quien desplegaba un posicionamiento más claro en este sentido era nuevamente *The Review of the River Plate*, que trazaba un balance de conjunto sobre lo que implicaba para la patronal la derrota de los trabajadores ferroviarios. En efecto, el periódico del capital británico hacía notar que la derrota de la huelga daba una posibilidad inmejorable a los empresarios para desprenderse de «hombres que ya están demasiado viejos para este trabajo, o que se han negado a adaptarse a los nuevos métodos». «Muchos de estos hombres», concluía *The Review*, «son mantenidos durante años a pesar de que los empresarios quieren despedirlos, dado que no tienen ninguna excusa para hacerlo». La huelga era nada menos que el pretexto que hacía falta: el periódico argumentaba así que no solo los huelguistas sino también todos los trabajadores considerados «incómodos» o sobrantes podían ser despedidos. «Puede sonar duro, pero una huelga es una declaración de guerra, y así son las guerras».[73]

A pesar de que fue poco estudiada en la historiografía previa, el generalizado conflicto del invierno y la primavera de 1896 ocupó un lugar destacado en el proceso de formación de la clase obrera argentina, que permite trazar una serie de conclusiones de conjunto. La huelga de 1896 se destacó en primer lugar por la amplitud de los contingentes obreros que participaron en ella: precedida por un conflicto de los tipógrafos, se sumaron luego los trabajadores mecánicos y ferroviarios pero también otros oficios que cubrían prácticamente todo el espectro de las ocupaciones de los trabajadores en la Buenos Aires de entonces: sastres, cocheros, panaderos, zapateros, albañiles, alpargateras, telefonistas, constructores de carros, dependientes de comercio, etc. Si en algunos casos era evidente que el estallido

73. «The Strikes», *The Review of the River Plate*, 7 de noviembre de 1896.

de una nueva huelga tenía que ver con vínculos preexistentes entre trabajadores de unos y otros oficios, tanto porque compartían experiencias laborales o por la existencia de relaciones políticas o gremiales entre sus militantes, en muchos otros casos lo que se observa es un clima generalizado de agitación huelguística que conmovió a masas de trabajadores antes poco organizados, electrizó a la ciudad y sembró preocupación en la opinión pública porteña. Aunque las distintas huelgas no fueron convocadas en forma coordinada por una organización conjunta de todos los trabajadores –tal como ocurriría pocos años más tarde– existía en los hechos un factor que unificaba a todos los reclamos y era la demanda de reducción de la jornada laboral, en muchos casos directamente a ocho horas, y la abolición del trabajo por pieza. En este sentido, más allá del resultado particular que pudo haber obtenido cada uno de los conflictos en términos reivindicativos, la huelga jugó un papel decisivo en el proceso de conformación de una conciencia de clase entre los trabajadores de la ciudad, y hasta cierto punto del país. Si las primeras movilizaciones huelguísticas de fines de la década de 1880 habían contribuido a fortalecer una conciencia «de oficio» entre trabajadores que comenzaban a agruparse en sociedades «cosmopolitas» según la tarea que realizaban en el lugar de trabajo y no de acuerdo a su nacionalidad, la huelga de 1896 coronó un proceso iniciado en 1894-1895 a través del cual los trabajadores de diferentes oficios comenzaron a consolidar sus lazos comunes y su identidad como trabajadores.

Un segundo elemento a destacar tiene que ver con el núcleo decisivo del conflicto, constituido por los trabajadores de los talleres ferroviarios de las diferentes empresas y luego de los establecimientos mecánicos y metalúrgicos de distintas firmas. Si bien a poco de iniciada la huelga los mecánicos comenzaron a realizar reuniones propias en sus locales, ubicados en el centro y en el barrio de Once, hasta el final del conflicto en el mes de noviembre actuaron en forma conjunta con los huelguistas de los talleres ferroviarios que se reunían periódicamente en el local de la calle Australia. La coordinación que mostraron los trabajadores de los talleres ferrocarrileros y mecánicos es uno de los fenómenos más significativos de la huelga de 1896: tal como fue puesto de manifiesto por N. Iñigo Carrera (2004), muestra una acción conjunta de todos los trabajadores de una rama de producción, más allá de las diferencias por oficio que existían en establecimientos que nucleaban a herreros, mecánicos, carpinteros, pintores, ajustadores, peones, etc. En esta acción común jugó un papel la experiencia previa que habían desarrollado estos trabajadores y la acción de los militantes del Partido Socialista, que tenían una fuerte influencia sobre los obreros de varios talleres ferrocarrileros y dirigían la sociedad de resistencia de herreros y mecánicos. Los trabajadores mecánicos y ferrocarrileros enfrentaron en su lucha a los principales industriales del país,

fuertemente vinculados con las empresas extranjeras propietarias de los ferrocarriles, que formaban por otra parte el núcleo dirigente de la Unión Industrial Argentina. La huelga de 1896 golpeó en este sentido a un sector muy poderoso de la burguesía nacional, que no dudó en ir a fondo en su política antiobrera, reclamando y obteniendo la intervención represiva del Estado, movilizando a centenares de trabajadores desde Europa para reemplazar a los huelguistas e incluso prefigurando una serie de «proyectos» de leyes que promovieran la expulsión de «cabecillas extranjeros», que poco después se plasmarían en la sanción de la ley de Residencia.

La huelga de 1896, por último, provocó un fuerte impacto en las sociedades obreras y en las corrientes políticas que intervenían en el mundo de los trabajadores, en tanto puso a prueba muchos de los posicionamientos sobre el modo de encarar las huelgas, la relación entre las huelgas parciales y la huelga general y, más en general, el vínculo entre la acción gremial y reivindicativa y la lucha política por la emancipación del proletariado. Es el tema que analizamos en la última parte de este libro.

Capítulo 6

Las sociedades de resistencia y los primeros intentos federativos, 1887-1896. Una mirada de conjunto

A lo largo de los diferentes capítulos de este libro hemos advertido que en el período objeto de nuestro estudio se produjo un salto decisivo en la generalización y consolidación de las sociedades gremiales de diferentes oficios entre los trabajadores de Buenos Aires. Se trata de un aspecto que era señalado en los trabajos clásicos de los «historiadores militantes»: Jacinto Oddone ubicó un primer punto de quiebre en 1887, momento en el cual, desde su perspectiva, podía advertirse el inicio del «movimiento permanente de resistencia de la clase obrera contra la clase patronal (...), intensificándose año a año y abarcando cada vez mayor número de obreros y de gremios» (Oddone 1949, pág. 71). Marotta, por su parte, advertía que en los primeros cinco años de la década de 1890 los trabajadores locales formaron «aproximadamente medio centenar de asociaciones», y que a las existentes antes de 1890 se les habían sumado «con resultados varios, las de casi todos los oficios» (Marotta 1960, pág. 110). Incluso algunas décadas antes un contemporáneo como Eduardo Gilimón caracterizaba del mismo modo el importante desarrollo de sociedades gremiales durante este período. En su libro *Hechos y comentarios*, publicado a comienzos de la década de 1910, Gilimón recordaba que «la primera sociedad de resistencia fundada algunos años antes mediante el concurso del revolucionario Malatesta, se vio pronto acompañada en su tarea asociacionista por incalculable número de pequeños núcleos de obreros que echaban las bases de sus respectivas sociedades de oficio» (Gilimón 1971, pág. 28).

Si en los capítulos precedentes hemos visto que fue al calor de los ciclos de agitación huelguística que aparecieron, se desarrollaron y consolidaron las sociedades de resistencia de los diversos oficios, el objetivo del presente capítulo es profundizar en el análisis de algunas características de su dinámica, organización y funcionamiento. En la primera parte veremos cómo

el surgimiento y la consolidación de las diferentes sociedades debe ponerse en estrecha relación con la conflictividad obrera del período, en tanto era sobre todo en el marco de las huelgas cuando se procesaba una delimitación clasista que buscaba interpelar, en muchos casos con gran éxito, al conjunto de los miembros de un oficio para que se agrupasen en un tipo de sociedad que definía explícitamente una identidad de clase y orientada a la «resistencia». Con el objetivo de introducirnos con más detalle en la dinámica de este tipo de entidades, en la segunda parte exploramos el funcionamiento y las características de la sociedad de obreros panaderos, que fue fundada al inicio de nuestro período de estudio y mantuvo una actividad permanente a lo largo de toda la etapa. La consolidación de vínculos organizativos no se limitó, de todas formas, a las diferentes asociaciones de oficio, sino que hubo varios intentos de avanzar en nuclear a las distintas sociedades en «federaciones» más amplias: la tercera parte del capítulo está dedicada a examinar estas primeras articulaciones, que aunque no lograron sostenerse en el tiempo jugaron un papel importante en la historia del movimiento obrero local.

La consolidación de las sociedades de resistencia al calor de las huelgas y el desarrollo de una delimitación clasista en las asociaciones obreras

Las «circulares» y «manifiestos» a los obreros del gremio: denuncia moral a los patrones y llamado a «despertar» a los compañeros de oficio

En general, la dinámica de organización de los trabajadores de distintos oficios en el período siguió un patrón característico: luego de algunas reuniones, un grupo de trabajadores del gremio resolvía impulsar una acción de propaganda entre sus compañeros con el objeto de convocarlos a sumarse a las actividades preparatorias para llevar adelante un reclamo ante los empresarios. Esta propaganda se desarrollaba casi siempre a través de la edición de «circulares» dirigidas a los empleadores y de «manifiestos» orientados al conjunto de los trabajadores del gremio e incluso a la opinión pública. En estos textos no solo se planteaban las reivindicaciones que habían llevado a un grupo de trabajadores del gremio a unirse y reclamar ante los patrones sino que se le otorgaba un lugar especial a denuncias más generales sobre las condiciones intolerables de explotación: un rasgo común a ellos era la apelación a terminar con la «esclavitud» y la «sumisión», consideradas como intolerables e impropias de seres humanos. El repudio al bienestar y a las comodidades gozadas por los patrones, poniendo de manifiesto el contraste con las condiciones de vida de los trabajadores, solía ir acompañado de una crítica a la «pasividad» de los trabajadores que toleraban este estado de cosas y una apelación a terminar con esa actitud y tomar una iniciativa para organizarse y luchar. Esta sería, por otra parte, una constante que puede reconocerse en la historia del movimiento obrero argentino durante las décadas siguientes y que refiere al lento y dificultoso proceso de agrupamiento seguido por los trabajadores en el país.

Un ejemplo es el de los trabajadores marmoleros, que al desarrollar sus primeros intentos organizativos publicaron un manifiesto que convocaba a los compañeros del gremio a sumarse a la sociedad de resistencia y criticaba la pasividad que según ellos era observable en un buen número de colegas del oficio:

> «Obreros todos en general de nuestro gremio; será posible que pueda albergar por más tiempo en nuestras sencibles fibras obreras tanta exclava y bruta sumisión? O es acaso que hemos algunas veces individualmente concedido a los vampiros que nos engañan y chupan, el derecho de mortificarnos a su antojo sin protestar? No; cada obrero, hasta los más ignorantes, resultaron en los momentos de comisión y de cansancio servil, hombres capaces de actos y contestaciones que dejaron a los patrones asombrados, creyéndose soñar una cosa imposible. Compañeros todos; unámonos como un solo hombre y estas contestaciones no sean ya el aislado lamento del hambriento, sino el coro social obrero de nuestro gremio que diga a estos infames y malditos ipocritas. Basta de mentiras, ya conocemos bastante cual fin tenga vuestra infame conducta con vuestras fingidas indecisiones».[1]

El mismo tono era encontrado en un llamado «A todos los cortadores de cortes y los de suelas y peones de zapaterías», editado en el mes de agosto de 1895, que convocaba a participar de una asamblea en la cual debía ponerse en discusión la formación de una sociedad. El manifiesto, que convocaba tanto a los cortadores que trabajaban a domicilio como a aquellos «peones que son ocupados con sueldo mensual en las grandes y chicas fábricas de calzado», llamaba especialmente a todos los trabajadores a concurrir a la reunión «y no limitarse a manifestar su conformidad a este o aquel compañero». La presencia de cada trabajador en la asamblea era vista como un paso más en el proceso de organización y toma de conciencia

1. «Obreros marmoleros», *El Obrero Panadero*, núm. 16, 11 de agosto de 1895. Se mantuvieron los errores de ortografía del original.

que impulsaba el grupo, más reducido, de miembros de la comisión de activistas del gremio.[2]

Si este tipo de llamamientos ocupaba un lugar destacado en aquellas sociedades que estaban dando sus primeros pasos, también podía encontrarse en aquellos casos en que se observaba una crisis en el gremio y una desarticulación de las comisiones o sociedades que habían surgido al calor de conflictos previos. Un artículo de un «amigo pintor», por ejemplo, publicado en *La Unión Gremial* en 1895, llamaba a «salir del letargo» a los compañeros de su oficio y utilizaba el mismo registro de interpelación que los manifiestos editados en ocasión de las primeras actividades de un gremio. Recordaba que «si el obrero sufre es por culpa de sí mismo» y que en consecuencia era hora de «despertar del letargo», «alzar la cabeza» y recordar que no eran sino ellos «los productores de la riqueza universal», merecedores por lo tanto del derecho «a vivir con el producto de nuestros sudores».[3]

El mismo tipo de apelaciones era observable también en artículos publicados en la prensa obrera de la época. Era habitual que allí se criticara a los obreros que permanecían pasivos e indiferentes a la miseria y explotación sufrida: en una nota publicada por un anarquista en el periódico *La Unión Gremial*, a mediados de 1895, se cuestionaba a quienes permanecían «sordos e inertes a la voz de la conciencia»:

> «Tu mujer y tus hijos desnudos estropeados de frío, mira esos cadáveres que casi por milagro caminan, qué haces, que no te mueves, que no llevas a tu lugar el necesario para la existencia de esos infelices que por desgracia la naturaleza te ha confiado (...). Oh miseria, oh sociedad infame, sociedad sin entrañas cuanto mi corazón te odia, cuanto te desprecio, mis hijos lloran de hambre, y al lado tocan el piano, se divierten, festejan, derrochan el dinero en cosas fútiles, y yo no tengo pan para saciar mis hiyuelos hambrientos; y esto diciendo de sus mejillas brotan lágrimas de sangre que tú evitas ver, huyes, vas buscando un consuelo que encuentras en el alcohol».[4]

Estos llamamientos solían ir acompañados de una reflexión sobre el hecho de que eran los trabajadores los que producían todos aquellos bienes que los patrones utilizaban para su bienestar. El argumento era planteado para reforzar la idea de que los obreros debían salir de cualquier actitud pasiva para engrosar las filas de las sociedades obreras. La nota principal del

2. «Una nueva sociedad gremial de resistencia», *El Obrero Panadero*, núm. 17, 31 de agosto de 1895.

3. «Appello ai pittori», *La Unión Gremial*, núm. 10, 15 de agosto de 1895. La traducción es nuestra.

4. «A los obreros», *La Unión Gremial*, núm. 4, 16 de mayo de 1895.

número 6 de *La Unión Gremial*, por ejemplo, recordaba a los trabajadores que eran ellos quienes fabricaban «palacios», mientras vivían «en inmundas chozas, pagando precios exorbitantes, hacinados en horrible promiscuidad de sexos», o confeccionaban «lujosos tejidos» mientras no tenían «cómo cubrir sus carnes». Las nacientes comisiones y sociedades de resistencia eran el lugar al que debían acudir los trabajadores que todo producían mientras los explotadores, «esos parásitos, verdaderos minotauros sociales, rechonchos, rebosando felicidad de todos sus poros, pavonean su incapacidad en todos los centros de diversiones».[5]

El «efecto contagio» y la apelación a la solidaridad y unidad obrera

Otro rasgo muy destacado en el proceso de formación de las primeras sociedades gremiales fue el impacto generado por la agitación de trabajadores de otros gremios, que actuaba como un factor revulsivo en las filas obreras de distintos oficios. En primer lugar la movilización de otros trabajadores actuaba como un impulso que empujaba a la acción a los miembros de otro oficio: el eje del planteo desenvuelto por los sectores más activos del gremio consistía en mostrar a sus compañeros que no debían «ser menos» que los obreros de otros oficios, quienes a través de la movilización habían conseguido mejoras que ellos también merecían. En fecha tan temprana como 1889, por ejemplo, *La Prensa* reproducía una extensa «invitación manuscrita» de trabajadores toneleros, titulada «A los operarios del gremio de tonelería», cuyo argumento central era que los trabajadores del gremio debían seguir el ejemplo de otros oficios:

> «Hemos visto no hace tiempo – decían los impulsores de la iniciativa – que todos los gremios de oficios y artes (menos nosotros!) se han unido y han conseguido de sus patrones lo que pedían, ¿y nosotros no podemos conseguir lo mismo? (...). Ahora compañeros seamos unidos, vengan con nosotros, nuestros planes son tan razonables que creemos que conseguiremos lo que deseamos».[6]

Además de actuar como un impulso a la acción, la actividad de otros gremios era vista como un ejemplo ilustrativo de la necesidad de que los trabajadores actuaran en forma unida frente a los patrones, reforzando así el proceso de consolidación de las distintas sociedades gremiales. En el contexto de la huelga portuaria de enero de 1895, por ejemplo, los trabajadores caldereros que habían decidido sumarse al conflicto ponían como ejemplo lo ocurrido con los operarios de otros oficios e insistían en llamar

5. «Obreros y burguesía», *La Unión Gremial*, núm. 6, 20 de junio de 1895.

6. «Iniciativa de unos obreros», *La Prensa*, 5 de noviembre de 1889.

a que sus compañeros participasen en las reuniones de la sociedad y no se limitasen a confiar en las «comisiones directivas».

> «Compañeros: la unión de todos los trabajadores es una necesidad tan evidente, que no necesita gastar palabras para demostrarlo (...). Los gremios de panaderos, estibadores y marineros nos dan un ejemplo de lo que puede hacer la unión aún incompleta de los obreros. ¿Si no estuvieran unidos, habrían podido realizar la huelga? No seguramente, ni se puede siquiera atribuirla a las iniciativas de Sociedades, pues los estibadores y marineros, guiados únicamente por la colectiva reivindicación de su derecho a la vida, y por la mutua solidaridad, se han unido espontáneamente por la íntima convicción de la justicia de sus pretensiones».[7]

El impacto que provocaba la actividad de otros trabajadores no solo jugaba un papel muy importante para convocar a la acción a diferentes contingentes obreros sino para reforzar entre ellos un sentido de pertenencia a un movimiento común, que excedía las diferencias de oficios. En uno de sus primeros manifiestos públicos, la sociedad de estibadores del puerto llamaba en 1895 a los obreros del gremio a sumarse a sus filas y dejaba sentado que se hacía solidaria «con los obreros de toda clase y oficios de todo el mundo, reconociendo ser una la causa del malestar de los trabajadores; la explotación y el monopolio capitalistico (sic)».[8] En el mismo sentido, cuando ese mismo año los mayorales y cocheros de *tramways* convocaron a la organización de sus compañeros, apelaban a seguir el ejemplo de otros gremios y al mismo tiempo ponían de relieve que la organización de diferentes contingentes obreros mostraba los vínculos existentes entre ellos como clase, más allá de sus diferencias corporativas:

> «Compañeros: ya son más que suficientes los abusos y la explotación que con nosotros los verdaderos esclavos modernos, han cometido y están cometiendo las compañías. Ya estamos viendo cómo *nuestros hermanos de infortunio, los trabajadores en general*, sumergidos en la miseria más inhumana por el egoísmo de todos nuestros explotadores, han comprendido la infamia de que se les hacía víctimas...».[9]

7. «La huelga marítima», *La Prensa*, 11 de enero de 1895.
8. «Obreros del puerto», *El Obrero Panadero*, año II, núm. 2, 20 de octubre de 1895.
9. «Mayorales y cocheros», *La Prensa*, 19 de enero de 1895, cursivas nuestras.

La delimitación de una identidad clasista: las sociedades de resistencia ante las asociaciones mutuales y nacionales. La cuestión del socorro mutuo.

Uno de los aspectos fundamentales del proceso de delimitación de una identidad de clase entre los trabajadores porteños de fines del siglo XIX fueron sus intentos de marcar una diferenciación con otros sectores sociales. En primer lugar, se trataba de establecer una delimitación con la participación de pequeños propietarios en las propias filas de las sociedades gremiales. En un período en el cual en muchos gremios todavía eran brumosos los límites entre aquellos oficiales más calificados que podían hacerse de un pequeño capital y contratar trabajadores asalariados y el resto de los operarios, la dinámica de luchas y organización en las sociedades de resistencia iba marcando progresivamente la necesidad de diferenciar los campos y dejar claro que se trataba de asociaciones «puramente obreras y de resistencia», como era habitual leer en las declaraciones de la época.

En el segundo capítulo hemos visto cómo al calor de las huelgas de fines de 1888 se produjeron interesantes discusiones en asambleas y reuniones en las cuales se reclamaba a los pequeños propietarios no mezclarse con los reclamos de quienes eran simplemente trabajadores asalariados. Se trató de debates, de todas formas, que recorrieron todo el período. En un gremio como el de los panaderos, donde era común la coexistencia entre pequeños patrones y obreros, este debate tenía gran importancia. En 1895 podía leerse en *El Obrero Panadero* una fuerte crítica al papel jugado por pequeños patrones, capataces y amasadores:

> «Es necesario que nos convenzamos que nuestro mejoramiento tiene que ser única y exclusivamente obra nuestra. Tenemos que acostumbrarnos a hacerlo todo nosotros. ¿Se comete un abuso en una panadería? Pues enérgicamente sin esperar a que reclame el maestro o el amasador porque ya sabemos que muchas veces estos están aliados en contra nuestra. Y aun cuando no lo estén, ¿acaso si la comida que dan es mala o la plata que dan es poca son el maestro y el amasador solos los que sufren? Justamente en muchos casos, estos son los menos dispuestos a reclamar. Si trabajamos demasiado, ¿son acaso el maestro y el amasador los que revientan por nosotros?».[10]

Es posible encontrar fenómenos similares de delimitación en otros gremios y oficios. Ya referimos cómo, en el marco del conflicto huelguístico

10. «Lo que nos interesa», *El Obrero Panadero*, año II, núm. 1, 20 de septiembre de 1895.

que llevaron a cabo los conductores de coches en 1896, se produjo una diferenciación entre aquellos que eran propietarios de flotas de vehículos, los que eran dueños de su propio coche y aquellos que eran simplemente empleados y no poseían la propiedad del vehículo que conducían. Con las particularidades de cada gremio, es posible encontrar otros casos de estas características en diferentes oficios: uno de los rasgos más destacados es que este tipo de delimitaciones se procesaba sobre todo al calor de las huelgas o conflictos reivindicativos. En el puerto, la recién fundada sociedad cosmopolita de estibadores establecía a fines de 1895 un llamado a «todos los obreros del gremio sin distinción de raza, de color y nacionalidad, para establecer entre ellos vínculos de solidaridad» y dejaba sentado que quedaban «rigurosamente excluidos los explotadores del gremio, o contratistas».[11]

En otros casos, estaba claro que los patrones estaban excluidos de la sociedad pero se consideraba importante subrayar la necesidad de que los trabajadores se alejaran de la influencia que intentaban montar los patrones para evitar el reforzamiento del gremio. Un manifiesto de la sociedad de torneros, por ejemplo, llamaba a los compañeros del oficio a «desconfiar de las falsas y engañosas palabras de los patrones, porque ellos tienen todo interés en engañarnos y tenernos en la ignorancia para saciar su codicia, y hacernos instrumentos dóciles e inconscientes de su bienestar». La sociedad tenía como objetivo, según el manifiesto, defender mutuamente los derechos de los torneros, mejorar su condición y «disipar los odios y rencillas que siembran los patrones para valerse de ellos».[12]

Una variante de esta delimitación con los pequeños patrones era la crítica desenvuelta desde las filas obreras a aquellos que preferían darse una salida individual, confiando en la expectativa de un ascenso social. En octubre de 1895, por ejemplo, un artículo de *La Unión Gremial* criticaba el ahorro de los trabajadores, por sus efectos negativos sobre la vida y la educación de los mismos y considerando que jugaba un papel de retraso en la toma de conciencia de la clase obrera. Para el autor de la nota, quienes buscaban ahorrar solo lograban empeorar sus condiciones de vida y las de su familia, dado que se privaban de recursos esenciales para llevar una vida algo más digna y podían sufrir enfermedades. La crítica, de todas formas, no se centraba en las penurias que pasaban aquellos que buscaban ahorrar sino fundamentalmente en las consecuencias que traía esa perspectiva para la conciencia del trabajador. En efecto, se planteaba que

11. «Obreros del puerto», *El Obrero Panadero*, año II, núm. 2, 20 de octubre de 1895.

12. «Sociedad de Resistencia entre Obreros Torneros en Maderas y Anexos», *El Obrero Panadero*, núm. 14, 23 de mayo de 1895.

> «... cuando el obrero egoísta ha llegado a tener una cantidad ahorrada, ha perdido ya toda noción de rebeldía para con su patrón, y al régimen existente pues considera que a él debe lo que tiene y se niega por tanto a escuchar a sus compañeros de oficio por varios motivos. Si se declara en huelga el gremio suyo, para no perjudicar sus intereses, se niega a dejar el trabajo» (Barba 1895).

Se trataba, además, de dar una lucha política para alejar a los trabajadores de los diferentes oficios de aquellas sociedades que se consideraban dominadas por otras clases sociales. Como es sabido, las nacientes sociedades de resistencia no eran las únicas asociaciones que contaban con trabajadores en su seno en las décadas finales del siglo XIX, sino que se desarrollaban en estrecha disputa con otro tipo de sociedades, mutualistas, de base étnica o de orientación católica. La autoproclamación de muchas sociedades como «cosmopolitas» buscaba, por ejemplo, mostrar que se trataba de asociaciones que nucleaban a todos los trabajadores de un determinado oficio, más allá de su origen nacional o étnico, delimitándose así de otras que podían agrupar a los oficiales de un cierto gremio que compartiesen un determinado origen nacional. En todo momento se buscaba dejar claro, incluso desde el propio nombre, que se trataba de sociedades «de resistencia», por oposición a aquellas que se limitaban a la ayuda y socorro a sus asociados.

Para algunos, como el socialista Patroni, el propio desarrollo que habían conocido las sociedades gremiales hacia mediados de la década de 1890 era expresión precisamente de la capacidad que habían mostrado para romper sus vínculos con otro tipo de asociaciones, ligadas de una manera u otra a la clase dominante. En un artículo escrito en 1894, sostenía que los problemas que habían encontrado para crecer en períodos previos se debían, fundamentalmente, a que se trataba de sociedades impulsadas por los propios patrones:

> «Todos protestábamos en el almacén, en la fonda, en el hogar, pero esas protestas eran individuales, y si bien es cierto que muchos trataron de unirse para que unidas tuvieran fuerza las protestas, hemos visto caer una a una esas agrupaciones. Hoy han cambiado felizmente las cosas. Ayer antes de estar constituida una agrupación caía. ¿Por qué? (...). Porque desgraciadamente, esas sociedades gremiales que hemos visto sucumbir a los pocos días de nacer, habían sido inspiradas por los mismos patrones; fueron una celada en que cayeron nuestros compañeros, pues los explotadores solo deseaban con su hipocresía desmoralizar al proletario».

El dirigente socialista resaltaba que, a diferencia de lo que ocurría anteriormente, las sociedades eran ahora «netamente fundadas y sostenidas por el obrero» y aunque aún muchos obreros continuaban ajenos a la actividad gremial, la propaganda sistemática oral y escrita le demostrarían que solo asociándose a sus compañeros podría obtener una mejora en sus condiciones.[13]

Lo cierto es que las sociedades de ayuda mutua o de base étnica continuaban existiendo en este período, influyendo sobre una enorme cantidad de trabajadores, para los cuales eran un espacio de sociabilidad y apoyo económico difícilmente reemplazable en una etapa donde cualquier tipo de seguridad social estatal era inexistente. Patroni no se equivocaba, de todos modos, al señalar que lo novedoso era la consolidación de un nuevo tipo de sociedad, que nucleaba ahora a los trabajadores sobre la base de una delimitación clasista y que se planteaba como objetivo principal la «resistencia» frente a los patrones. En gran medida ese proceso de delimitación tenía lugar al calor de las tensiones y conflictos, cuando los debates con las sociedades de socorros mutuos ocupaban un lugar destacado en la actividad propagandística de las sociedades de resistencia y otras agrupaciones políticas obreras.

En las páginas de *La Vanguardia*, Esteban Giménez publicó en 1896 una dura denuncia a las sociedades de socorros mutuos, caracterizando que respondían al interés de la burguesía, preocupada por evitar «que los trabajadores se den cuenta del dualismo de clases». Según Giménez, ese tipo de sociedades respondían «al interés burgués de evitar o retardar la emancipación moral» de los trabajadores: en la medida en que se trataba de asociaciones «donde están unidos pobres y ricos», ocurría que eran estos últimos, «a título de protectores privilegiados, los que manipulan y en muchos casos roban, haciendo siempre negocios productivos». Según el dirigente socialista, los trabajadores que se integraban a este tipo de asociaciones guardaban un «sentimiento de sumisión y respeto a los patrones, a quienes creen superiores porque bajo ellos viven eternamente en la política, en el taller, en los centros sociales». La alternativa que el periódico socialista planteaba a los trabajadores era que se independizaran de los patrones en cuanto fuera posible, y contribuyeran a su vez a «independizar a la gran masa de nuestros hermanos de trabajo, dando a nuestras organizaciones el alcance más amplio, de manera que ellas contengan y ofrezcan todos los beneficios materiales, directos e inmediatos, que atraen a innumerables obreros al seno de las sociedades dirigidas e influenciadas por burgueses con más o menos falta de escrúpulos».[14]

13. «Confederación obrera» (Adrián Patroni), *La Vanguardia*, núm. 10, 9 de junio de 1894.

14. E.G., «El socorro mutuo», *La Vanguardia*, 13 de junio de 1896.

Incluso desde una publicación adversaria de los socialistas, como *La Unión Gremial*, se desarrolló una crítica similar a las sociedades mutuales o católicas. El autor de un artículo de abril de 1895, por ejemplo, subrayaba los grandes recursos con que contaban las sociedades de socorro mutuo, un dato que a su juicio demostraba que no eran más que «sociedades de explotación», que construían sus «grandes palacios y salones decorados» gracias a los aportes de los obreros. Mientras quienes «pagaban el lujo vivían en una miserable choza privada de aire y luz», las sociedades de ayuda mutua contaban con «cientos de miles de pesos depositados en los grandes bancos». La nota criticaba a los trabajadores que preferían asociarse a esas sociedades para obtener algunos beneficios sociales y sostenía que, en realidad, las únicas que serían capaces de ofrecer un socorro a los trabajadores eran las sociedades de resistencia, dado que su objetivo no era «acumular fondos para que los disputen los banqueros» sino desenvolver una acción colectiva entre los miembros de una misma clase.[15]

También podemos encontrar un ejemplo de este tipo de debates en la publicación de la sociedad de obreros panaderos, que en 1895 polemizó con los dirigentes de Unione e Benevolenza y del Hospital Italiano. El argumento, nuevamente, era que su objetivo era lucrar con los ahorros de los trabajadores, que durante años aportaban sus mensualidades a las sociedades y cuando se encontraban en la necesidad de utilizar sus servicios recibían una atención deficiente.[16] Las sociedades gremiales, formadas únicamente por trabajadores, no solamente eran aquellas que podían llevar adelante una resistencia contra los abusos patronales sino además las únicas que podían verdaderamente proveer asistencia y socorro a sus miembros en caso de necesidad: en ambos casos, el razonamiento partía de la premisa de que la única garantía que tenían los trabajadores para defender sus intereses era confiar en sus propias fuerzas y no en las de otros sectores sociales.

La crítica a las sociedades mutuales giraba fundamentalmente en torno a una delimitación respecto a su carácter policlasista, pero no implicaba necesariamente un rechazo a la propia organización de algún tipo de ayuda mutua entre los propios asociados. En 1895, por ejemplo, el consejo directivo de la sociedad de albañiles presentó a la asamblea del gremio un «Reglamento de socorro mutuo» para llevar adelante entre sus miembros. El proyecto constaba de veintidós artículos y establecía derecho a asistencia médica y farmacéutica para todos los socios, además de un subsidio de un peso diario para aquellos obreros que debieran guardar cama y de

15. «A los albañiles», *La Unión Gremial*, núm. 2, abril de 1895.

16. «El pan en el Hospital Italiano», *El Obrero Panadero*, año I, núm. 17, 31 de agosto de 1895.

sesenta centavos para los convalecientes, siempre que se encontraran imposibilitados para trabajar.

No todos los que intervenían en las sociedades de resistencia en el período estaban de acuerdo con llevar adelante este tipo de mecanismos de socorro mutuo: mientras sus defensores consideraban que ello les permitiría acercarse a muchos trabajadores que debían apelar a las sociedades mutuales de base étnica ante la necesidad de contar con algún respaldo llegado el caso de que se vieran imposibilitados de trabajar, sus críticos sostenían que impulsar la ayuda mutua traería como consecuencia un debilitamiento de la sociedad, distrayendo recursos económicos que debían reservarse para medidas de lucha y haciéndole perder su filo revolucionario. En las mismas páginas de *La Unión Gremial*, que había publicado el reglamento impulsado por la comisión de la sociedad de albañiles, apareció una crítica a esta iniciativa. La idea de impulsar un socorro mutuo era vista desde esta perspectiva como un factor que alejaba a los trabajadores de la sociedad gremial: lo que estaba planteado, por lo tanto, «en lugar de hacer esfuerzos para organizar el socorro mutuo, basado en la farsa antigua y presente, como medio de humillación para mantener a los proletarios en el oscurantismo», era «difundir la propaganda sin descanso en la masa trabajadora». La conclusión: el mejor socorro mutuo era que cada trabajador fuera conciente de su situación y se aprestara a luchar para modificarla, porque en ese momento «nadie querría ver a su semejante sufrir».[17]

La dinámica de las sociedades de resistencia a fines del siglo XIX. El caso de la Sociedad de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos

Por lo general, el proceso de consolidación de las sociedades de resistencia en los últimos años del siglo XIX siguió un patrón característico: la «comisión» que había llevado adelante las primeras tareas preparatorias convocaba a una serie de asambleas en las cuales se establecía más formalmente un conjunto de normas de funcionamiento de la sociedad. El primer paso era la elección de una comisión directiva, que en general consistía en revalidar el mandato de los miembros de la comisión original. Las comisiones directivas solían tener alrededor de una decena de miembros, contando con un presidente, un vice, un secretario, un tesorero y una determinada cantidad de vocales: eran refrendadas anualmente o a veces incluso con mayor frecuencia. Por lo general también se avanzaba relativamente pronto en la sanción de un estatuto, que establecía los fines y objetivos de la sociedad y sus mecanismos de funcionamiento.

17. «A los obreros albañiles. Mutuos y resistencia», *La Unión Gremial*, núm. 19, abril de 1896.

Algunas sociedades, como la de yeseros, tenían rasgos más corporativos vinculados a la defensa de un determinado oficio con cierta calificación. El artículo 2 de su estatuto establecía, por ejemplo, que la sociedad tenía por objeto «recolectar fondos para defender los derechos profesionales y socorrer a sus miembros en caso de desgracia sucedida en el trabajo» así como asegurar «la colocación de los mismos». El artículo 6 disponía que estaban «absolutamente prohibidas las discusiones políticas o religiosas en el local de la sociedad». La mayor parte de las sociedades que surgieron en estos años, de todas formas, dejaban sentado en sus mismos estatutos que buscaban nuclear a todos los trabajadores de un determinado oficio, más allá de su calificación, y que surgían como asociaciones «de resistencia», es decir orientadas abiertamente a defender los derechos de sus miembros a través de un enfrentamiento con los empresarios. La sociedad de marmoleros y picapedreros, por ejemplo, establecía que «todo obrero que trabaje cualquier tipo de piedra o mármol, y cualquier grado de capacidad lleve en el oficio, tiene el sagrado deber de entrar en nuestra sociedad». El artículo 4 del estatuto de la sociedad de sastres, por su parte, señalaba que «esta sociedad se declara exclusivamente de resistencia a la explotación capitalista y solo se compondrá de oficiales sastres quedando esentes [sic] de formar parte de ella los dueños de sastrería, los cortadores y los capataces». Además, se establecía que el objetivo de la sociedad era «unir para siempre todos los oficiales sastres de la República Argentina en confraternidad con la gran familia obrera».[18]

Las asambleas ordinarias –cuyo objetivo solía ser elegir a la comisión directiva, aprobar balances, etc.– y las extraordinarias –convocadas sobre todo en el marco de conflictos huelguísticos– constituían el momento en el cual una gran parte de los trabajadores asociados participaba en la vida del gremio y se reforzaba la acción conjunta tanto como los debates y eventuales diferencias políticas. Si bien las sociedades más débiles podían quedar virtualmente disueltas luego de un conflicto que culminaba en una derrota, y tal vez durante meses o incluso años no se realizaban más asambleas ni reuniones, con el correr de la década de 1890 la actividad de las sociedades pasó a ser más estable, y muchas de ellas lograban mantener una vitalidad en forma permanente, que se expresaba por ejemplo en el hecho de que contaban con locales propios. En cualquier caso, para el análisis de todas ellas resulta indispensable tener en cuenta que su dinámica era fuertemente cíclica, en tanto su actividad se reforzaba en los momentos de conflicto y era más débil en los períodos de reflujo.

La base para la «resistencia» era, en este período, básicamente pecuniaria: en efecto, como hemos visto en el análisis de los ciclos de conflictividad, la capacidad de los obreros de obtener sus reivindicaciones era direc-

18. Véase *La Unión Gremial*, núm. 9, 1 de enero de 1895.

tamente proporcional a sus posibilidades de resistir sin trabajar más tiempo del que el patrón estuviera en condiciones de soportar. En este contexto, la tarea decisiva de la sociedad era contar con una caja que le permitiera hacer frente a un conflicto y cuya fuente de ingresos era el aporte mensual de los asociados. Por lo general, las sociedades establecían una cuota mensual no muy elevada, en torno a un peso, y una inscripción algo superior. Muchas sociedades establecían que los socios podían seguir siendo miembros sin cotizar en caso de perder el empleo, siempre y cuando se pusieran al día al momento de volver a encontrar ocupación. Las asambleas eran una ocasión para que los socios se pusieran al día y un buen momento para hacer colectas especiales para sumar más aportes o apoyar a trabajadores de otros gremios en conflicto.[19]

La cuestión de la unidad implicaba también hacer el máximo esfuerzo posible para nuclear al conjunto de los miembros de un gremio en torno a la sociedad de resistencia, aun cuando existieran entre ellos diferencias salariales o de calificación. En el marco de ascenso de la actividad huelguística y la puesta en acción de cada vez más amplios contingentes obreros, uno de los mecanismos adoptados por las sociedades fue reducir el valor de la cuota, para facilitar el ingreso de más trabajadores al sindicato. A mediados de 1895, por ejemplo, la sociedad de resistencia de obreros torneros resolvió, «en vista de que la sociedad ya cuenta con un fondo de caja suficiente para asegurar su existencia», reducir la cuota mensual a cincuenta centavos, con el objetivo de que pudieran sumarse «todos los obreros del gremio como así mismo los aprendices, que debido al escaso jornal que se les paga no hubieran podido hacerlo con la cuota anterior».[20] Algo similar habían hecho los pintores, un mes antes, cuando una asamblea ordinaria modificó algunos artículos del reglamento y permitió que los «socios morosos» o aquellos que aún no eran miembros pudieran ingresar en la misma pagando solamente un peso de entrada y uno de cuota.[21]

19. En una asamblea de albañiles de abril de 1895 se permitía «la entrada únicamente a los socios que hayan pagado todo el año 1894, presentando a la puerta, el recibo de diciembre del mismo año, para hacer la votación más pronto y legal. Los atrasados de sus cuotas tienen derecho a entrar después de cumplido con lo indicado». *La Unión Gremial*, núm. 3, 2 de mayo de 1895.

20. «Sociedad de Resistencia entre Obreros Torneros en Maderas y Anexos», *El Obrero Panadero*, núm. 14, 23 de mayo de 1895.

21. «Sociedad Cosmopolita Obreros Pintores», *La Unión Gremial*, núm. 2, 25 de abril de 1895. En ocasiones ocurría lo contrario: en momentos de dificultades se aumentaban las cuotas para engrosar las arcas de la sociedad de resistencia. El razonamiento de fondo, de todas formas, era similar: se consideraba que la sociedad jugaba un papel fundamental para asegurar la unidad obrera, y los recursos económicos eran fundamentales para poder mantenerla en funcionamiento.

La Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos

Más allá de este conjunto de rasgos generales, resulta dificultoso establecer con precisión las características del funcionamiento y la dinámica de las decenas de sociedades de resistencia que surgieron en la ciudad de Buenos Aires en este período, no solo por las diferencias que mostraban entre sí sino fundamentalmente porque la disponibilidad de fuentes para el caso de las sociedades más pequeñas o de duración efímera es mucho más limitada. Para avanzar en un análisis más específico de las características de las sociedades de resistencia en esta etapa abordamos aquí un estudio de caso de una de las más importantes del período: aquella que agrupaba a los trabajadores de panaderías de la ciudad.

Es habitual que la sociedad de resistencia de obreros panaderos ocupe un lugar destacado en toda referencia a los orígenes del movimiento obrero argentino a fines del siglo XIX y comienzos del XX: fue, en efecto, una de las primeras sociedades gremiales que se consolidó en la ciudad de Buenos Aires en fecha tan temprana como la década de 1880 y logró mantenerse en el tiempo como una de las asociaciones más importantes de la clase trabajadora local en el período inmediatamente posterior. Las reiteradas referencias a la sociedad de panaderos se relacionan, además, con la estrecha vinculación que tuvo con el movimiento anarquista local: en su propia fundación jugaron un papel muy destacado un grupo de militantes de orientación libertaria y en los años posteriores la sociedad se convertiría en uno de los puntos indiscutibles de referencia para las asociaciones y grupos obreros de tendencia anarquista que enfrentaban la creciente influencia de los socialistas. A pesar de las abundantes menciones en la historiografía, carecemos de un estudio en profundidad sobre la sociedad de panaderos, en buena medida debido a la escasez de materiales documentales, y la mayor parte de los trabajos que hacen referencia a la misma no van más allá de ciertos señalamientos generales sobre el papel de los anarquistas en su creación.

La principal tarea de la sociedad era organizar a los trabajadores para obtener mejoras en sus condiciones de trabajo, y la forma fundamental que adoptó esta búsqueda fue la agitación huelguística. Como hemos visto en los capítulos previos, los trabajadores panaderos llevaron adelante cuatro huelgas durante la década que es objeto de nuestro estudio, de las cuales solo la primera culminó con una victoria: tres de ellas se realizaron en los primeros meses del año, en 1888, 1890 y 1895; la cuarta tuvo lugar en el contexto de la «huelga grande» del invierno y la primavera de 1896.

A diferencia de lo ocurrido en otros conflictos, donde las sociedades de resistencia fueron surgiendo al calor de las huelgas y en muchos casos con posterioridad a las mismas, en el caso de los panaderos la sociedad

era anterior al estallido del primer conflicto y jugó un papel destacado en la preparación y organización de todas las huelgas. La sociedad publicaba «proclamas» y «manifiestos» que estaban firmados por la comisión directiva y tenían como uno de sus objetivos principales pedir la solidaridad con los huelguistas. Era habitual que los manifiestos aclararan que a pesar de la medida de fuerza los trabajadores se ocuparían de que no faltase pan en hospitales y otras instituciones benéficas, buscando así salir al cruce de los cuestionamientos de la prensa comercial y los empresarios, que los denunciaban por la escasez entre los sectores más desprotegidos.

El local de la sociedad de resistencia se convertía durante los conflictos en uno de los ejes fundamentales de la actividad obrera: allí se realizaban reuniones, funcionaba en forma permanente un comité de huelga y se organizaban las cuadrillas que recorrían la ciudad para difundir y garantizar la medida de fuerza. En general, de todas formas, el local de la sociedad era demasiado reducido para reunir al conjunto de los trabajadores en huelga: era habitual que durante el transcurso de los conflictos se realizaran asambleas y *meetings* en grandes locales ubicados en distintos puntos de la ciudad. Durante las huelgas, la sociedad no se limitaba a difundir los reclamos obreros y garantizar el cumplimiento de la medida sino que también protagonizó numerosos procesos de negociación con los empresarios e incluso con las propias autoridades, que solían intervenir en los conflictos del gremio dado que se trataba de la producción de un alimento de primera necesidad.

Asambleas, manifestaciones, aniversarios y socorros mutuos

Más allá del activo papel jugado en las huelgas del período, la sociedad de resistencia de obreros panaderos desarrolló una intensa actividad en otros aspectos de la vida social del gremio y del movimiento obrero local durante todos estos años. El buen resultado obtenido en la huelga de 1888, menos de un año después de su fundación, reforzó a la sociedad y le permitió consolidarse y mantenerse en funcionamiento incluso durante los duros años de la recesión y la retracción de la actividad huelguística, cuando muchas sociedades y comisiones que habían surgido al calor de los conflictos de 1888-1890 dejaron de existir. En este período la sociedad contaba con una cifra de asociados que oscilaba entre seiscientas y ochocientas personas, lo cual la convertía en una de las más importantes y estables de Buenos Aires.

Para mediados de 1889 ya encontramos referencias al funcionamiento del que sería el local de la sociedad de panaderos durante todo el período estudiado: ubicado en la calle Cuyo 1327 –actual Sarmiento– se convertiría en un punto de referencia para todo el movimiento obrero de la ciudad, no solo por la febril actividad desarrollada allí por los trabajadores del

gremio de panadería sino porque en el mismo local se llevaban adelante numerosas reuniones de otras sociedades de resistencia y trabajadores en conflicto. El local de Cuyo, al igual que sucedía con el del Vorwärts –y algunos años después con el del Centro Socialista Obrero o el de la sociedad de albañiles– era un núcleo en torno del cual se procesaba la experiencia del naciente movimiento obrero local, lo cual reforzó además la posición de la sociedad de panaderos como una de las más importantes de Buenos Aires.

Durante los años 1890, 1891 y 1892 encontramos algunos registros dispersos, en la prensa periódica, sobre asambleas regulares y extraordinarias realizadas por la sociedad, por lo general para la discusión de asuntos administrativos y renovación de sus comisiones directivas. Si bien no tuvieron lugar conflictos huelguísticos en el gremio, la sociedad logró mantener su presencia a partir de una activa vida interna. Además de las reuniones de comisión directiva y las asambleas ordinarias que se realizaban para renovar las autoridades, la vida cotidiana de la sociedad incluía actos convocados con el objetivo de celebrar los aniversarios de la fundación u otros avances realizados por el gremio, el préstamo del local social a otras sociedades obreras, la organización de eventos sociales, etc. En marzo de 1889 las crónicas informaban, por ejemplo, de la realización de una fiesta de los panaderos en el salón de «La France», ubicado en Lavalle 849, con el objetivo de «estrenar la bandera de la sociedad». Era un tipo de celebración que se convertiría en habitual en las sociedades de resistencia de la época: se realizaban en locales alquilados especialmente con el objetivo de celebrar aniversarios o eventos similares que reunían a los trabajadores del gremio con sus familias y también a obreros y sociedades de otros oficios, lo cual permitía estrechar vínculos sociales y políticos entre diferentes sectores gremiales, además de ofrecer una oportunidad de esparcimiento –gratuito o por una entrada reducida– a los asociados.

Desde los primeros años de la década de 1890, una actividad que comenzó a ocupar un lugar muy importante era el festejo anual que se realizaba en los meses de agosto o septiembre para celebrar el aniversario de la fundación de la asociación. La crónica de la celebración del quinto aniversario, realizada el domingo 7 de agosto de 1892, nos permite trazar un cuadro de las características de este tipo de actividad obrera:

> «A la una de la tarde salía de su local en columna, teniendo a la cabeza el comité y la banda de música "José Verdi", para dirigirse al circo de Carlo hermano, donde la fiesta había de efectuarse. En medio del circo habíase dispuesto un gran anfiteatro, donde se colocó el numeroso grupo cuya fotografía sacó el señor Sabatino Pazzoli, con éxito (...). En fin, a las cinco, siempre con la música que tocaba La Marsellesa, los himnos de G.

> Mameli y de Garibaldi, volvía la sociedad a su local donde por la noche hubo iluminación, canto, baile, etc.».[22]

Si en los años del reflujo las celebraciones eran reducidas, a veces en el propio local de la sociedad o en salones y restaurantes de tamaño medio, observamos que ya en 1894, cuando la agitación obrera volvía a cobrar fuerzas, la celebración del aniversario incluyó una manifestación callejera y un acto con la participación de representantes de otras sociedades gremiales, en el contexto de la huelga de trabajadores de la construcción. El aniversario era así más que una simple ceremonia para recordar la fundación de una determinada sociedad y se convertía en un episodio donde los trabajadores de diferentes gremios compartían una jornada de movilización y propaganda.[23]

Según la crónica de *La Prensa*, la manifestación realizada el 5 de agosto de 1894 contó con la participación de unos tres mil obreros, una cifra enorme que resulta más destacable aún si se tiene en cuenta que el mismo día se realizó un gran *meeting* de la Unión Cívica Radical: la gran asistencia a la manifestación convocada por los panaderos muestra que a pesar de la gran convocatoria popular que lograba el radicalismo en sus actos del período, el naciente movimiento obrero era capaz de movilizar al mismo tiempo a miles de trabajadores para una manifestación propia de sus sociedades gremiales. El 11 de agosto de 1895, en la celebración del octavo aniversario, la convocatoria parece haber sido menor, lo cual era un reflejo de las dificultades que atravesaba la sociedad después de la derrota de la huelga del verano. En cualquier caso se ponía en evidencia que, a diferencia de lo ocurrido en 1894, cuando la celebración se realizaba en pleno desarrollo de la huelga de la construcción, la asistencia de otras sociedades obreras al acto se limitaba a aquellas más afines a las posiciones libertarias de los panaderos, como los albañiles y los marmoleros, y era menor la presencia de militantes y gremios afines a las ideas socialistas.

La influencia anarquista en la sociedad de panaderos

La reticencia de los socialistas a participar en las manifestaciones o celebraciones de la sociedad de panaderos se relacionaba, como es lógico, con las luchas políticas que atravesaban al movimiento obrero del período y en las cuales esta ocupaba un lugar importante. Durante el acto obrero de octubre de 1895, por ejemplo, y según la crónica del diario *La Prensa*, el orador escogido por la sociedad de panaderos «empezó por declararse anarquista convencido, sin dedicar una palabra al hecho que motivaba la

22. «Sociedad obreros panaderos», *La Prensa*, 8 de agosto de 1892.
23. «Manifestación obrera», *La Vanguardia*, año II, núm. 18, 4 de mayo de 1895.

manifestación».[24] Pero incluso desde sus orígenes la actividad de la sociedad de panaderos estuvo directamente vinculada a la acción de militantes anarquistas: en efecto, la fundación de la sociedad el 4 de agosto de 1887 se debió a la iniciativa de un conjunto de activistas entre los cuales jugaban un papel destacado anarquistas como Ettore Mattei, uno de los históricos dirigentes de la sociedad, y el propio Errico Malatesta, que participó en la elaboración de sus estatutos.

En esos primeros años es posible encontrar diversas referencias que ponían de relieve la impronta libertaria que mostraba la sociedad: en 1890, por ejemplo, luego de aclarar que lamentaban la escasez de ese alimento y responsabilizar por ello a la intransigencia mostrada por los patrones, un manifiesto editado por la sociedad salía al cruce de las acusaciones, comunes en la época, que atribuían la huelga a la agitación política de «cabecillas socialistas» y no a legítimos reclamos obreros. Pero en lugar de rechazar sin más esa acusación, desligándose de cualquier bandería –como era común que hicieran las sociedades gremiales en estos casos– se sostenía la legitimidad del reclamo sin renunciar a la justeza de una demanda política:

> «Ciudadanos: se pretende confundir nuestra huelga y nuestra sociedad con los movimientos socialistas; y ante afirmación tal que envuelve intenciones no muy sanas contra el alcance de la huelga, debemos hacer constar públicamente: "Que si el pedir menos tiranía por parte de los patrones; equitativa distribución de las cuadrillas de obreros que hacen el pan para no ser tan penosa la producción, y mora y aumento en la alimentación que se nos da por los que tienen convertido dicho artículo en Bolsa de cotizaciones, cosas todas muy insignificantes, es ser socialistas, confesamos serlo; seguro de hallarse a nuestro lado desde el literato y periodista que no están conformes con que exploten su inteligencia y actividad al precio que quieren los editores, hasta el más oscuro y reaccionario obrero, ha de protestar para demostrar que es hombre y que sus naturales derechos nadie debe hollar"».[25]

La influencia anarquista en el gremio se ponía en evidencia en torno a cuestiones organizativas y políticas. A diferencia de otras sociedades gremiales, los panaderos rechazaban la práctica de contar con un presidente permanente y sostenían que era perfectamente posible y más positivo para la causa elegir en cada reunión o asamblea a quien debiera presidirlas.

24. «El *meeting* socialista», *La Prensa*, 21 de octubre de 1895.
25. «La huelga de panaderos», *La Prensa*, 13 de febrero de 1890.

Para el periódico de la sociedad, un presidente efectivo era «tan innecesario como inútil, y además contrario a los verdaderos fines que deben de perseguir las sociedades obreras».[26] Si bien, como vimos, la sociedad de panaderos no dudaba en realizar reuniones y negociaciones con las autoridades municipales o policiales en ocasión de las huelgas, se oponía abiertamente a las iniciativas impulsadas por los socialistas en torno a presentar peticiones y solicitudes a las autoridades gubernamentales: si lo primero implicaba asegurar un desenlace favorable para una medida de fuerza, lo segundo era considerado una confianza indebida en las autoridades y el orden constituido, que no traería resultados favorables y demoraría la emancipación obrera.

En sus manifiestos y publicaciones, por otro lado, se difundían posicionamientos y planteos que iban más allá de lo meramente reivindicativo y ponían en evidencia una impronta libertaria. En el manifiesto por el quinto aniversario, editado en 1892, la sociedad sostenía que sus objetivos no se limitaban a «la defensa moral de los intereses colectivos», sino que buscaban difundir entre los asociados «las ideas de fraternidad y solidaridad, tanto más necesarias cuanto más oscuras son las inteligencias por faltarnos el conocimiento exacto de todos los ramos del saber humano». Dos años más tarde, en la convocatoria a celebrar el séptimo aniversario, se recordaba que los objetivos de la sociedad eran «los mejoramientos intelectual y moral del organismo físico del obrero» pero también «la emancipación del esclavo de las garras de su opresor el capital».

Era habitual que la sociedad expresara sus críticas a la política de los socialistas y, en no pocas ocasiones, a «la política» en general. En mayo de 1895, con ocasión de una crítica a los socialistas a propósito de las manifestaciones del 1° de Mayo, *El Obrero Panadero* sostenía que la política no servía «sino para corromper a los individuos que de ella se ocupan, para adormecer a los obreros que cándidamente prestan fe a sus apariencias, y a dar pábulo a las ambiciones más mezquinas». La prueba era, para los editores del periódico, la actitud que habían tomado los socialistas respecto a la manifestación del 1° de Mayo, quitándole «todo carácter de espontaneidad y de protesta verdaderamente obrera», haciendo de ella «un pretexto más para exhibirse ante un público más o menos numeroso». La conclusión era que

> «... los intereses de los gobernantes burgueses no pueden ser sino los mismos de los gobernantes socialistas, desde el momento que la idea de gobierno es una sola, sea cual fuere el matiz de aquel, y esa idea no es sino la opresión y la explotación del fuerte sobre el débil».

26. «Sociedad de sastres», *El Obrero Panadero*, Año I, núm. 14, 23 de mayo de 1895.

Los editores se declaraban «convencidos de que la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de ellos mismos y no de ningún partido político, más o menos liberal o democrático», por lo cual rechazaban «todo compromiso con los especuladores de la política».[27]

A pesar de esta fuerte impronta libertaria, la sociedad de panaderos tenía roces y disputas con otros grupos anarquistas activos en el período. Las principales divergencias eran las que se planteaban con los anarquistas de orientación antiorganizadora, que consideraban que la sociedad de panaderos tenía rasgos autoritarios incompatibles con las ideas libertarias e incluso, como veremos en el próximo capítulo, cuestionaban la utilidad misma de las luchas reivindicativas y las huelgas.[28] De todos modos, no eran los antiorganizadores los únicos que, desde filas anarquistas, expresaban sus divergencias con la sociedad de panaderos: también había quienes reclamaban a los dirigentes de esa asociación un mayor compromiso para articular su actividad con otras sociedades gremiales. Ocurre que la sociedad de panaderos se esforzaba en dejar claro que, más allá de su explícita adhesión a las ideas libertarias, buscaba mantener un grado de autonomía en tanto organización gremial. La posición hegemónica en la sociedad de panaderos era la de una defensa de las ideas libertarias que de todos modos no perdía de vista el hecho de que, por tratarse de una sociedad gremial, debía buscarse la participación del conjunto de los trabajadores del oficio, aun cuando no compartieran la ideología libertaria. La clave estaba puesta en la confianza en que llevar adelante una actividad pedagógica haría que un número creciente de trabajadores se acercara a las ideas ácratas.

En suma, lo que se observa es que si bien en la sociedad de panaderos dominaba claramente una orientación libertaria, esta se desenvolvía no sin tensiones. Era habitual que la comisión directiva y la sociedad en general fueran cuestionadas por los sectores anarquistas antiorganizadores, que si bien no tenían capacidad para hegemonizar el gremio sí se daban la tarea de plantear sus diferencias y sus críticas con la conducción de la sociedad. Durante el período objeto de nuestro estudio, en realidad, la sociedad de panaderos expresó una cierta continuidad de una línea anarquista afín a la organización y favorable a participar en las luchas reivindicativas que, como veremos en el próximo capítulo, tuvo un primer desarrollo a fines de la década de 1880 y luego fue opacada por el predominio del anarquismo antiorganizador hasta mediados de la década siguiente, por lo menos. A lo largo de una década, la sociedad de panaderos logró mantener una impronta anarquista, que se expresaba en sus publicaciones y en

27. «El 1° de Mayo y la política», *El Obrero Panadero*, año I, núm. 14, 23 de mayo de 1895.

28. «Los obreros panaderos y el trabajo de noche», *El Perseguido*, año VI, núm.74, 1 de enero de 1895.

el lugar que ocupó como referencia para distintos gremios menos influidos por los socialistas. Esto no implicó, contra lo que podría creerse, una renuncia a mantener una organización permanente e impulsar las luchas reivindicativas.

Hacia la unidad de la clase obrera: avances y límites de los primeros intentos federativos, 1890-1896

El proceso de consolidación de sociedades gremiales de resistencia que tuvo lugar desde fines de la década de 1880 implicó un avance en la delimitación de una identidad de clase de un amplio sector de trabajadores de Buenos Aires. Agrupados en torno a asociaciones que, más allá de su heterogeneidad y sus diferencias, tenían en común el hecho de unir a los obreros para llevar adelante un enfrentamiento con los empresarios, se afianzó así entre un amplio sector de trabajadores un sentido de pertenencia al propio oficio. El mismo, sin embargo, implicaba también una creciente interpretación de sí mismos como parte de una clase obrera que tenía una unidad que excedía a las diferencias corporativas de cada gremio. En este proceso jugaron un papel los primeros intentos hechos por grupos de militantes de comenzar a tender vínculos entre las diferentes sociedades gremiales. Si bien los intentos federativos de la década de 1890 no resultaron exitosos, su estudio resulta importante porque ocuparon un lugar en el proceso de articulación de los diferentes gremios y en la toma de conciencia de muchos trabajadores de su pertenencia a un movimiento que excedía las diferencias de oficio y los unía en tanto explotados por el capital.

La primera Federación Obrera, 1890-1892

Hasta cierto punto las vicisitudes de la primera Federación Obrera de 1890-1892 son parte de dos historias: la de los diferentes intentos por conformar una unidad entre los distintos gremios y la de los orígenes del socialismo argentino. Si más adelante ambos seguirán un camino relativamente independiente, en 1890-1892 aún no se había desarrollado un nucleamiento político independiente de los socialistas locales, y el grupo de militantes impulsores de la manifestación del 1° de Mayo de 1890 pretendió darse una organización que era al mismo tiempo de tipo gremial y política.[29]

29. La experiencia de la primera Federación Obrera fue examinada por Oddone (1934, págs. 142-145 y 1949, págs. 105-120), Marotta (1960, págs. 99-102), Falcón (1984, págs. 85-86) y Tarcus (2007b, págs. 267-279).

En el número 3 de *El Obrero*, del 9 de enero de 1891, se publicaron los estatutos de una federación que pretendía surgir como continuidad del comité obrero que había organizado el acto de mayo y lanzado la publicación de ese primer periódico socialista en español. Eran muy extensos: incluían 9 «capítulos» y 21 artículos y contaban con un nivel de detalle que no se condecía con la debilidad organizativa y estructural de la organización. El artículo 1 señalaba que el objeto de la Federación era «realizar la unión de los obreros de esta región, para defender sus intereses morales y materiales, practicar la solidaridad con los hermanos de todas las regiones en lucha contra el capital y sus monopolizadores, lucha reconocida como uno de los medios para llegar a la completa emancipación del trabajo». Se establecía luego una compleja estructura organizativa, con «federaciones locales» que estarían compuestas por sociedades de oficios de distrito y deberían elegir un comité encargado de ponerse «en relación continua con el comité federal», integrado por once miembros «elegidos anualmente por el congreso de delegados». El estatuto incluía además detalladas disposiciones sobre la periodicidad que debían tener las reuniones de los comités, la forma de elección de los delegados al congreso y la revocación del comité federal.[30]

En realidad, la propia debilidad de la naciente Federación era lo que explicaba ese nivel de detalle en los aspectos organizativos: en la medida en que no debían conciliar a diversos grupos ya existentes, como ocurriría más tarde, los impulsores socialistas del primer intento federativo desarrollaron un planteo basado en lo que creían el funcionamiento «ideal» de una organización obrera de estas características. A poco de formarse, la Federación comenzó a sufrir las dificultades que planteaba la crisis económica, con su secuela de desocupación y reflujo de la conflictividad obrera.

En su breve existencia, la primera Federación Obrera dedicó una gran parte de sus esfuerzos a la presentación de peticiones y solicitudes a diversos poderes públicos del Estado, reclamando su intervención en el plano de la legislación y la administración para el mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de los obreros. En un lapso de dos años, la Federación elaboró peticiones que fueron presentadas al Congreso de la Nación, al propio presidente Pellegrini en forma directa y al Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires. La primera de estas presentaciones fue el petitorio trabajado durante la preparación de la movilización realizada el 1° de Mayo de 1890. El objetivo de la petición era solicitar «leyes protectoras a la clase obrera», en torno a las principales reivindicaciones de los trabajadores: jornada de ocho horas, prohibición del trabajo infantil, abolición del trabajo nocturno (excepto en aquellos oficios en que no fuera posible), prohibición del trabajo femenino «en todos los ramos de la industria que

30. *El Obrero*, núm. 3, 9 de enero de 1891.

afecten con particularidad al organismo femenino», descanso ininterrumpido de 36 horas, una vez por semana, prohibición del trabajo a destajo, inspección de talleres y fábricas por delegados estatales con participación obrera, seguro contra accidentes.[31]

El programa tomaba así prácticamente todas las reivindicaciones que desenvolverían en sus conflictos los trabajadores de Buenos Aires del período: superando el plano de las luchas puramente salariales, planteaba el problema de la reducción de la jornada, la abolición del trabajo a destajo, la prohibición del trabajo infantil, la reglamentación de las condiciones laborales, etc. Durante los meses siguientes, la presentación enviada al Congreso motivó numerosos artículos en *El Obrero* que desarrollaban extensas justificaciones sobre la legitimidad de cada uno de los reclamos. Este avance programático del núcleo fundador de la Federación Obrera no debe ser soslayado por el hecho de que la petición fuera rechazada sin más trámite en el Congreso y de que la propia Federación languideciera sin poder llevar adelante luchas importantes, en ese contexto de reflujo, para conquistar las reivindicaciones.

En enero de 1891, la Federación presentó un extenso texto al presidente Carlos Pellegrini. Allí se hacía una pormenorizada caracterización del impacto de la crisis sobre la clase trabajadora local, que mencionaba desde la carestía y el desempleo que afectaban coyunturalmente a los obreros hasta las deplorables condiciones de vida, trabajo y vivienda en la metrópoli. La Federación intervenía también en debates de política económica, criticando los proyectos proteccionistas que estaban en curso en el Parlamento, sosteniendo una defensa del librecambio como argumento para respaldar un abaratamiento de los medios de consumo de los trabajadores.[32] Casi un año más tarde, en febrero de 1892, la Federación hizo una tercera presentación a los poderes públicos: esta vez se trató de la entrega a la municipalidad de un proyecto para la creación de una «bolsa de trabajo» que incluía toda una denuncia sobre el impacto de la crisis en la situación de los trabajadores. Según la solicitud, la bolsa de trabajo tendría el objeto de «reunir en un solo establecimiento municipal todas las asociaciones gremiales existentes en la ciudad» y «ofrecerles un local decente en donde podrán reunirse con objeto de deliberar sobre los medios legales que pueden y deben tomarse para mejorar las condiciones de existencia, material e intelectual de los miembros de la clase asalariada».[33]

Todos estos planteamientos a los poderes públicos mostraban, en primer término, la importancia que daban los militantes socialistas a la cuestión del poder político como camino para lograr un verdadero mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. En este sentido las exigencias al gobierno y a los poderes legislativos buscaban poner de relieve que la «lucha económica» en la forma de huelgas no era sino una forma menos desarrollada de la acción obrera. En segundo lugar, de todas maneras, las peticiones públicas de la primera Federación Obrera también ponían de manifiesto una cierta confianza en la respuesta que podría venir por parte de los gobiernos, que se iría desdibujando con el correr de los años, a medida que las repetidas presentaciones hechas a los organismos estatales cayeran permanentemente en saco roto. El énfasis en la importancia de la resolución política de la cuestión obrera seguirá presente, pero subrayando la necesidad de la acción política independiente de los trabajadores, organizados tras las banderas del socialismo, para llevar al parlamento a sus propios representantes, capaces precisamente de tomar las reivindicaciones que los de otros partidos no incorporaban.

En el mes de marzo de 1891 la Federación anunció su decisión de «suspender toda reunión mientras rija el estado de sitio», con excepción de las reuniones semanales del comité central. Durante los meses siguientes, en efecto, la actividad pública de la Federación se redujo sustancialmente. Los esfuerzos de sus militantes se concentraron en la preparación del postergado primer congreso, que se realizaría a mediados de 1891 y era previsto por los organizadores como la oportunidad de convertir a la recién nacida Federación en el eje del movimiento obrero local. Como parte de los trabajos previos, la Federación impulsó la elaboración de una «estadística obrera», que se basaba en la elaboración de un cuestionario para cuya respuesta se pedía la colaboración de los «comités locales». La Federación también preparó, para su discusión en el congreso, un «reglamento sobre huelgas», uno de los primeros intentos por dejar sentada una posición acerca de una cuestión que dividiría fuertemente a las sociedades obreras. En fecha tan temprana como 1891 los socialistas ya planteaban la posición que, más allá de algunas variantes, sostendrían con respecto a las huelgas en todo este período: para evitar las derrotas provocadas por la incapacidad de los diferentes gremios de resistir a la presión económica de la patronal, debían evitarse las declaraciones de huelgas generales, priorizando en cambio el método de las huelgas parciales de diferentes gremios particulares, que podrían así contar con el apoyo financiero de otros trabajadores que seguirían trabajando y estarían en condiciones de aportar al fondo de lucha.[34]

A pesar de la amplitud de la cobertura que habían tenido los preparativos en la prensa comercial, las crónicas que reseñaban las sesiones del congreso fueron sumamente escuetas, poniendo de manifiesto que el mismo había revelado la debilidad de la joven Federación. El ambicioso orden

31. «Petición de obreros», *La Prensa*, 23 de julio de 1890.

32. «La cuestión social. Federación Obrera. Exposición al presidente», *La Prensa*, 16 de enero de 1891.

33. Ibíd.

34. «Los obreros y las huelgas», *La Prensa*, 22 de julio de 1891.

del día contrastaba de manera brutal con la exigüidad de la convocatoria: tan solo quince delegados se hicieron presentes en la sesión inaugural. La contracara de la debilidad organizativa de la naciente Federación era su decidida definición política en favor de los planteos socialistas. En efecto, el congreso resolvió designar una comisión encargada de formular «un programa análogo al de los partidos obreros europeos» y aprobó en forma unánime, a instancias de Augusto Kühn, una moción que consideraba «la propiedad individual de los medios de producción fuentes del malestar que soporta la clase obrera» y se manifestaba «en favor de la abolición completa de la propiedad individual, en conformidad con todos los partidos de todos los países». En un artículo publicado en diciembre de 1891 en *El Obrero* se reivindicaba que la Federación hubiera «hecho franca y espontánea confesión de fe socialista».[35]

El segundo congreso de la Federación, realizado en octubre de 1892, tuvo una convocatoria aún más débil. Si bien siguieron ocupando un lugar las reivindicaciones económicas, en torno a la jornada de ocho horas, el trabajo de las mujeres y menores, la seguridad, la higiene en el trabajo, la inspección en los talleres, la igualdad en los salarios de hombres y mujeres, las definiciones políticas volvieron a tener un lugar destacado. El programa de acción partía de una caracterización de la sociedad capitalista de corte netamente marxista. En sus considerandos caracterizaba que la sociedad era «injusta, porque divide a sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas», la burguesía y el proletariado, y sostenía que «el hecho de no poseer los productores –que son los trabajadores– los medios de producción, es la causa primera de la dependencia económica, y por consiguiente de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y físico y la dependencia política». En este cuadro, dado que «los privilegios de la burguesía capitalista están garantizados por el poder político», la respuesta del proletariado debía plantearse en ese mismo terreno. La Federación sostenía, así, que «la poderosa palanca con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que a la transformación de la propiedad se oponen, ha de ser el poder político, del cual se vale la burguesía para impedir las reivindicaciones de los derechos del proletariado» (citado en Spalding 1970, págs. 114-115).

El congreso de octubre de 1892, en realidad, tenía lugar cuando la experiencia de la primera Federación estaba llegando a su fin. Durante la huelga de zapateros, en noviembre de ese año, la Federación tuvo su última participación activa en la lucha de clases, cuando impulsó la organización de una manifestación pública en la plaza Once para expresar la solidaridad con los huelguistas.[36] La disolución formal de la Federación tendría lugar

35. «Nuestro primer año», *El Obrero*, núm. 49, 26 de diciembre de 1891.
36. «La huelga de los zapateros», *La Prensa*, 19 de noviembre de 1892.

poco después del cierre de esta huelga, cuando en una reunión realizada en el mes de diciembre, la mayoría de los miembros de su «sección varia» –en los hechos la única que existía– decidió convertirse en «Agrupación Socialista». La transformación de sociedad gremial en agrupación política era un reconocimiento de las dificultades que se habían encontrado en esa primera experiencia que había intentado construir una Federación Obrera que al tiempo que nucleaba al conjunto de las sociedades gremiales desarrollaba un posicionamiento político abiertamente socialista.

Los intentos federativos de 1894

A pesar de que un sector minoritario se opuso a convertir a la Federación en una agrupación socialista y buscó mantener la organización en funcionamiento, la primera Federación Obrera dejó de existir en los primeros meses de 1893. Fue con la recomposición de la agitación obrera, durante 1894, cuando tuvo lugar un nuevo intento de formar una federación que nucleara la actividad de las diferentes sociedades de resistencia activas en la ciudad, y fueron una vez más los socialistas quienes jugaron un papel destacado en su organización.[37] En efecto, desde los primeros números de *La Vanguardia*, cuya primera edición apareció a comienzos de abril de 1894, se hacía una valoración positiva del proceso de recomposición de las sociedades gremiales que estaba en curso en la ciudad y se convocaba a los militantes a intervenir en él para desarrollar sus posiciones y «fomentar la federación de los distintos gremios, para que la acción de cada uno de ellos sea más segura y eficaz».[38]

La nueva Federación no fue, sin embargo, una iniciativa puramente socialista, sino que buscó inicialmente un compromiso con sociedades influenciadas por militantes de diferentes orientaciones políticas. En realidad, el intento de constituir una segunda Federación debe analizarse en el marco más amplio de movilización obrera que cobró impulso durante 1894 en torno a la huelga de los trabajadores de la industria de la construcción. El núcleo impulsor de la nueva Federación, en efecto, estaba formado por los delegados de las sociedades de albañiles, pintores, yeseros, escultores

37. La experiencia de los intentos federativos del período 1894-1896 ha sido escasamente estudiada. La mayor parte de las referencias corresponden a los trabajos «canónicos» de la historiografía del Partido Socialista, que presentan los avances organizativos de estos años tomando en cuenta únicamente la perspectiva de los militantes y gremios que respondían a su misma filiación y sin distinguir las dos etapas que, como veremos, es posible advertir en la experiencia federativa de estos años: aquella protagonizada exclusivamente por militantes socialistas estuvo precedida por un intento de avanzar en una federación que nucleara a gremios de diferentes alineamientos políticos.
38. «En el buen camino», *La Vanguardia*, núm. 3, 21 de abril de 1894

y herreros: si entre estos últimos es indudable que los socialistas jugaban un rol hegemónico, en las sociedades vinculadas a los gremios de la construcción la presencia de militantes de orientación anarquista era mucho más notable.

Los primeros avances efectivos de la nueva Federación tuvieron lugar con una serie de reuniones realizadas a mediados de 1894. En junio se aprobó un «proyecto de programa» para la nueva Federación: en sus extensos considerandos, se denunciaban las gravosas condiciones de explotación sufridas por los trabajadores: particularmente los bajos salarios y el desempleo, consecuencia del «adelanto de la industria». Se denunciaba que el empleo de niños y mujeres en las fábricas era «causa de muchos males en las familias y de la disminución del ya escaso salario de los hombres». El proyecto de programa denunciaba que debido a las jornadas laborales excesivas los trabajadores carecían de tiempo para instruirse y desarrollarse intelectualmente, así como la ausencia de cualquier tipo de leyes protectoras de la clase obrera, que la defendieran de las «tiránicas pretensiones de los patrones». Se consideraba, por último, que «las huelgas gremiales y generales» no habían dado nunca «un resultado positivo o una mejora duradera», por lo cual era necesario «unirse todos los trabajadores con una sola aspiración, sus derechos y su bienestar».

A continuación de los considerandos se desarrollaba el programa, que constaba de dieciséis artículos. Definía a la Federación como «la unión de todas las colectividades trabajadoras en un pacto solemne de solidaridad y mutuo apoyo»: su objetivo era «representar a las sociedades frente al capital», para asegurar que se cumpliesen los compromisos contraídos. Los artículos desenvolvían diferentes puntos programáticos que la Federación se planteaba como pasos inmediatos, entre los cuales figuraban «normalizar las cuestiones de horario y de salario», estableciendo la jornada de ocho horas para todos los oficios y recomendando el estudio de que los sueldos fueran pagados en oro; abolir el trabajo por hora y a destajo; reglamentar el trabajo de las mujeres y de los niños y «estudiar el medio de asegurar de una manera eficiente a los obreros contra los accidentes de trabajo y contra la falta de este». Además de estas reivindicaciones, el programa de la Federación se planteaba la tarea de promover la organización de sociedades de resistencia en todos los gremios que aún no las tuvieran «y tratar de unir a todos los trabajadores en contra del capital», así como incentivar «un análogo movimiento en las provincias» y establecer lazos de solidaridad con federaciones de otros países. Se establecía además la intención de establecer «escuelas profesionales, periódicos y revistas», además de bibliotecas y círculos obreros que fomentaran la formación de los trabajadores. El artículo 12 planteaba la fundación de una bolsa de trabajo «exclusivamente para los obreros que entren en la Federación». El artículo 14 dejaba sentada la intención de «intervenir ante los poderes públicos en todas las cuestiones de interés vital para los trabajadores y peticionar de ellos las mejoras que se consideren necesarias», mientras que el 15 establecía que la Federación se abstendría «de todas las cuestiones políticas y religiosas».

El último tramo del proyecto del programa estaba compuesto por algunos artículos organizativos, mucho menos puntillosos que en la experiencia de la Federación anterior. Se establecía que la nueva organización estaría compuesta por «todas y solamente las sociedades esencialmente de resistencia», y se permitía la creación de una «sección varia» compuesta por aquellos trabajadores «que por la naturaleza de su oficio, o por la escasez de número, no pueden formar una sociedad gremial». Un «comité federal central» estaría formado por delegados de cada sociedad, en un número y proporción que deberían establecer los reglamentos. En cuanto a las finanzas, se disponía que «las sociedades de la capital y los comités provinciales entregarán al comité central una cuota fija por cada obrero federado».[39]

Los socialistas celebraron el avance logrado pero criticaron el explícito abstencionismo político que se había adjudicado a la incipiente federación.[40] Durante las semanas siguientes, en cualquier caso, el debate se trasladó a diferentes reuniones y asambleas de las distintas sociedades gremiales. Una de las discusiones más importantes fue, en este punto, la que tuvo lugar en una asamblea de la sociedad de panaderos, realizada el 12 de julio. Según la crónica, la asamblea fue «muy numerosa y se manifestó más bien hostil que entusiasta para con el referido programa». El proyecto fue debatido artículo por artículo, y la sociedad resolvió hacer llegar a los impulsores de la Federación un conjunto de modificaciones y críticas. Uno de los principales ejes de cuestionamiento fue el artículo 14, que resultó rechazado: la asamblea consideró que la propuesta de peticionar ante los poderes públicos resultaba contraria al principio según el cual «la emancipación de los obreros tiene que ser obra de ellos mismos». Los panaderos, por otro lado, insistían en que no aceptaban «enrolarse bajo bandera socialista alguna» y deseaban conservar «la más amplia autonomía y descentralización para todas las sociedades de resistencia». También fue rechazado el artículo que establecía que las sociedades debían abonar una suma fija por afiliado. El resto del programa fue aprobado, «con la recomendación de estudiar si conviene suprimir el artículo referente al trabajo a destajo y estudiar largamente antes de establecer bibliotecas públicas, porque para

39. Véase *La Vanguardia*, núm. 12, 23 de junio de 1894.

40. «Federación Obrera Argentina. Su programa», *La Vanguardia*, núm. 12, 23 de junio de 1894.

esas bibliotecas son necesarias grandes sumas de dinero y también para su mantenimiento».[41]

Los cambios propuestos por la sociedad de panaderos fueron respondidos por los socialistas en su periódico: para *La Vanguardia*, era aceptable la modificación que planteaba que las federaciones locales no dependieran de la federación de la capital. Las otras enmiendas, en cambio, eran caracterizadas como «muy imperfectas». Según los socialistas, el planteo descentralizador propugnado por los panaderos resultaría en un debilitamiento de la organización obrera. También salían al cruce de la esperable crítica desarrollada por la sociedad de panaderos a la apelación a los poderes públicos. Para *La Vanguardia*,

> «... el hecho de que la emancipación de los trabajadores tiene que ser la obra de ellos mismos, no quiere decir que los obreros deban privarse de un arma tan útil como es el derecho de petición a los poderes públicos. Es bien sabido que siendo estos poderes gobiernos de clase, no han de ser muy grandes concesiones a los reclamos de la clase obrera. Pero siempre puede ser bueno reclamar y pedir, para mostrar una vez más que los gobiernos burgueses mienten cuando dicen que defienden al pueblo trabajador».[42]

El lunes 27 de agosto se convocó una nueva reunión en el local de los albañiles, pero la negativa de numerosas sociedades gremiales de la ciudad a sumarse a la iniciativa comenzaba a enfriar los ánimos y ponía de relieve que la constitución de una nueva Federación no era una tarea sencilla. El 8 de septiembre *La Vanguardia* publicó un extenso artículo, titulado «A propósito de programas y de reglamentos», que ponía de manifiesto las dificultades que estaba encontrando la nueva Federación para salir del impasse en el que había entrado a partir del debate sobre su programa. Después del fracaso de la experiencia de 1891-1892 y de las dificultades que enfrentaba la nueva Federación para desarrollarse, *La Vanguardia* caracterizaba que en cuanto a reglamentos era «el sentido común» el que «debería ser la norma escrita de conducta para nuestras sociedades», en la medida en que las reglamentaciones no podían alcanzar a prever los asuntos más importantes y las dificultades que surgían de la vida de las sociedades.[43]

El 22 de septiembre *La Vanguardia* informaba que luego de varias reuniones de delegados se había llegado a la conclusión de que era mejor «prescindir de todo programa general y limitarse por el momento a una declaración de solidaridad entre las diferentes sociedades». Según este nuevo criterio, cada una de las sociedades podría proponer a las restantes las medidas que creyera convenientes y para su discusión se nombrarían delegados especiales y celebrarían convenios ad referéndum. El periódico socialista admitía que se trataba de un paso atrás respecto a sus objetivos originales, que se debía a la realidad del grado de desarrollo de las sociedades gremiales locales, cuya «comunidad de intereses y de opiniones no es todavía muy completa».[44]

El 20 de octubre Adrián Patroni insistió en la importancia de la Federación, en un artículo que volvía a convocar a todas las sociedades gremiales a debatir el problema a partir de una propuesta de programa enviada por la sociedad de pintores, que «si bien es muy lacónico abarca en sí todo lo que el buen sentido pueda dictar». Se trataba, en efecto, de un planteo modesto, que se limitaba a reclamar la solidaridad de unos gremios con otros: establecía que «cuando un gremio deseara obtener alguna mejoría, invitará a los demás gremios que estuvieran federados a nombrar sus delegados a fin de discutir el punto: estos darán cuenta a sus respectivas asambleas, las cuales aceptarán o rechazarán por voto secreto lo acordado en la reunión de delegados». Pero tampoco con este proyecto más limitado se logró un consenso: una semana más tarde el periódico reseñaba una reunión de gasistas, hojalateros y anexos que después de una amplia discusión habían decidido «no adherirse al proyecto de federación formulado por los pintores, considerándolo insuficiente para hacer efectiva la solidaridad entre los trabajadores».[45]

La Federación Obrera de 1895 y la experiencia de La Unión Gremial

Las diferencias entre las distintas sociedades de resistencia, que se expresaban particularmente en la oposición de aquellas que contaban con mayor influencia de militantes anarquistas a sumarse a una Federación que se veía dominada por los socialistas, impidieron que los avances realizados a mediados de 1894 cristalizaran en una organización estable. En abril de 1895 los socialistas recordaban a sus lectores que «los trabajos preliminares para constituir la Federación Obrera (...) después de un par de meses se paralizaron y la Federación quedó en proyecto». Algún tiempo antes, una nota de Adrián Patroni en *La Vanguardia* lamentaba que, existiendo en la ciudad más de treinta sociedades gremiales de resistencia, estas

41. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, núm. 22, 1 de septiembre de 1894.

42. Ibíd.

43. «A propósito de programas y de reglamentos», *La Vanguardia*, núm. 23, 8 de septiembre de 1894.

44. «Federación Obrera», *La Vanguardia*, núm. 25, 22 de septiembre de 1894.

45. «Movimiento obrero argentino», *La Vanguardia*, núm. 30, 27 de octubre de 1894.

permanecieran aisladas y no tratasen «de reconcentrar sus fuerzas para que la acción común dé mayor vigor a la lucha contra la clase capitalista».[46]

Los socialistas, por otro lado, vinculaban esta incapacidad para articular una federación de gremios con el debate sobre las huelgas parciales y generales. En efecto, consideraban que la generalización de conflictos huelguísticos no era necesariamente un fenómeno positivo: si bien mostraba una reactivación de la agitación de los trabajadores que era reivindicada, ponía de manifiesto asimismo la ausencia de una articulación entre las diferentes luchas parciales.[47]

Fue a partir de este balance crítico de la experiencia realizada desde mediados de 1894 que los socialistas impulsaron, en 1895, una Federación compuesta casi exclusivamente por los gremios en los cuales tenían una influencia política destacada. El 28 de marzo se realizó una reunión que contó con la participación de tipógrafos, hojalateros, herreros mecánicos, yeseros, carpinteros, constructores de carruajes y tabaqueros. Allí se nombró como secretario provisorio al socialista Aníbal Canavesio y se puso en discusión el proyecto de programa «que ya había sido presentado en setiembre de 1894, modificando algunos artículos». Las modificaciones eran pocas. El artículo 7 se limitaba ahora a plantear la intención de «promover un análogo movimiento en las provincias». Más importante, se eliminaba por completo el artículo que disponía la «abstención» de todas las cuestiones políticas y religiosas. Ya sin los yeseros, uno de las pocas sociedades que no estaban orientadas directamente por los socialistas, pero con el agregado de los fideleros y los toneleros, dos gremios orientados por activistas de esta orientación política, el viernes 3 de mayo «quedó definitivamente constituida la Federación Obrera y se nombró una comisión encargada de redactar los reglamentos internos».[48]

En octubre, el «comité federal» de la nueva Federación publicó un manifiesto que llamaba a los trabajadores a adherirse a ella y desarrollaba los planteamientos que definían a esta nueva experiencia federativa. Como era habitual en estos casos, el texto partía de una denuncia de las gravosas condiciones de explotación, caracterizadas como «cada día más graves». Para enfrentar esta situación los trabajadores eran llamados a salir de la «indiferencia»: el manifiesto recordaba que, «tal como ha dicho Marx, la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos», y llamaba a los obreros a sumar esfuerzos, integrarse a sus respectivas sociedades de oficio y contribuir al desarrollo de la Federación. El listado de sociedades confederadas confirmaba que se trataba de una iniciativa vinculada directamente a la militancia gremial de los socialistas: cinco de las once sociedades tenían su sede en el local de la calle Victoria 1398, domicilio del Centro Socialista Obrero, mientras que la de los constructores de carruajes lo tenía en el local del Vorwärts, la de fideleros en el local socialista del barrio de Balvanera y la de Tolosa en el local socialista de aquella localidad.

46. «Organización que se impone», *La Vanguardia*, año II, núm. 7, 16 de febrero de 1895.

47. «La federación obrera», *La Vanguardia*, Año II, núm. 14, 6 de abril de 1895.

48. «Movimiento obrero. Federación Obrera», *La Vanguardia*, año II, núm. 19, 11 de mayo de 1895.

La constitución de una Federación Obrera directamente vinculada al socialismo no fue el único emergente del proceso de recomposición de las fuerzas obreras y articulación de las diferentes organizaciones que comenzó a desarrollarse a partir de 1894. En efecto, a partir de los intentos de unir fuerzas de gremios con distintas orientaciones políticas que caracterizó, como vimos, al intento federativo de 1894, surgió una publicación llamada *La Unión Gremial*. Este periódico, que comenzó a aparecer a comienzos de 1895, era publicado por una redacción constituida por delegados de diferentes sociedades gremiales: un análisis de los cambios y tensiones en su interior permiten advertir que, si surgió como un resultado del compromiso precario que existía entre sociedades gremiales de diferente orientación política, se consolidó luego como un punto de referencia para los gremios adversarios a la Federación socialista.

El número 1 incluía un «Programa» como artículo principal, que estaba firmado por «La Redacción»:

> «Con un brazo de fierro nos presentamos en la arena, con la convicción de que los golpes que asestaremos a nuestros enemigos han de ser provechosos para la plebe, para los desheredados, para los esclavos y mártires del trabajo, en provecho de los que desde siglos y siglos van arrastrando una vida que tendría mucho que envidiar a la que pasan los animales favoritos de nuestros amos».

Los redactores del periódico aclaraban que no pretendían «un lugar por mínimo que sea en el periodismo»: su objetivo no era una publicación cuyos artículos tuvieran «las finezas de términos con que adornan sus escritos» los periodistas de oficio, sino un periódico con escritos «tan duros como dura es la mano callosa del trabajador», que fuera «portavoz de las miserias» que embrutecían a los trabajadores. *La Unión Gremial*, aclaraba ese primer número, no defendería «ambiciones personales ni de ningún partido político, porque es harto probado que jamás han hecho nada, y jamás harán nada respecto al mejoramiento de las clases oprimidas», pero sí daría «amplia propaganda a todo cuanto trate la economía social».

A pesar de estas explícitas definiciones en contra de las «ambiciones políticas», en los primeros números de *La Unión Gremial* participaban de la

redacción delegados de las sociedades de resistencia influenciadas por los socialistas, y el periódico difundió la convocatoria a las primeras reuniones para la organización de lo que sería la Federación Obrera de 1895. *La Vanguardia* saludó la salida del primer número y planteó que esperaban «que el colega sepa cumplir su cometido, cooperando a la organización de los trabajadores para luchar contra la explotación capitalista».[49]

Las contradicciones y el choque con los delegados que respondían al socialismo, no obstante, se hizo inevitable muy rápidamente, sobre todo en un contexto en el cual, como vimos, los militantes socialistas avanzaban ya decididamente por el camino de organizar una Federación a partir de las sociedades gremiales afines a su línea política. La tensión entre las diferentes fuerzas que actuaban en la redacción de *La Unión Gremial*, en realidad, estaba latente desde el primer número y en buena medida era una continuación de las tensiones que habían surgido el año anterior con los intentos, finalmente frustrados, de formar una Federación Obrera con sociedades gremiales de distintas orientaciones políticas. La polémica abierta estalló con la publicación, en el número 3, de un artículo sobre el 1° de Mayo, aparecido originalmente en *La Questione Sociale* y de orientación explícitamente anarquista. La sociedad de mecánicos, afín a los socialistas, criticó la inclusión de un artículo de esas características, denunciando que violaba la decisión tomada por los impulsores del periódico de evitar tomas de posición en el terreno político. Los mecánicos anunciaron, a través de un manifiesto, que se retiraban del periódico y algún tiempo más tarde comenzaron a editar uno propio, titulado *El Mecánico*.

En su número 5, editado el 6 de junio, *La Unión Gremial* respondió a las acusaciones, argumentando que los editores del periódico no habían violado su programa al publicar el artículo de *La Questione Sociale* por considerar que se trataba precisamente de una nota que «hablaba claramente contra todos los partidos políticos sin distinciones». Los militantes de orientación libertaria lograban presentar las cosas de un modo tal que el abstencionismo en términos de posicionamiento político era entendido en realidad como un cuestionamiento a una toma de posición afín al socialismo: la perspectiva política de los anarquistas podía presentarse, así, como una expresión «antipolítica», que por tanto no iba en contradicción con los principios del periódico gremial.[50]

Después de la ruptura de los mecánicos, las diferencias se profundizaron. Mientras los socialistas avanzaron, como vimos, en la construcción de una nueva Federación Obrera integrada casi exclusivamente por sociedades gremiales afines a su línea política, *La Unión Gremial* se consolidó como un espacio alternativo que nucleaba a un conjunto de sociedades de resistencia opuestas al socialismo y afines a la ideología libertaria. En julio se llegó a una polémica abierta entre ambos periódicos: en su número 7, *La Unión Gremial* dedicó su artículo principal a discutir con el periódico socialista. Rechazaba, en primer lugar, la acusación de ser un órgano anarquista, argumentando que respondía a las ideas de los delegados de las sociedades de resistencia que contribuían financieramente para su publicación y agregaba que la causa de los ataques que les dirigía *La Vanguardia* era que la aparición de su periódico había reducido las ventas.[51]

Hacia mediados de julio de 1895, en suma, ya comenzaban a quedar claros los campos de delimitación entre las diferentes sociedades gremiales de la ciudad. Mientras el reglamento de la Federación Obrera había sido suscripto por las sociedades de toneleros, fideleros, constructores de carruajes, carpinteros, hojalateros, tabaqueros, herreros y tipógrafos, en *La Unión Gremial* aparecían como integrantes de la redacción las sociedades de albañiles, yeseros, pintores, sastres, marmoleros y tabaqueros. Los panaderos parecían tener una actitud prescindente respecto a ambos bloques.

Con la ruptura ya consumada, las críticas a los socialistas y a su programa se hicieron más frecuentes en *La Unión Gremial*. La inicial «neutralidad» se fue transformando en una postura de denuncia de «la política» y de «los partidos». Ocasionalmente se publicaban, además, artículos de teóricos anarquistas y se difundían las publicaciones y folletos de *La Questione Sociale*. En el número 10, publicado a mediados de agosto, un artículo titulado «Autoridad» reclamaba a los obreros que rechazaran a «todo político», en tanto eran «enemigos y explotadores». En realidad, detrás de una fuerte crítica al socialismo y a la política en general se advertía la impronta anarquista, aunque no de manera abierta y siempre detrás de un fuerte componente gremialista. La idea era que los partidos y la política «tutelaban» a los trabajadores y eso debía ser rechazado:

> «(...) Desconfiad, compañeros, de toda política. *No debemos ser más que obreros*, y no debemos buscar más que combatir todo sistema capitalista, no ya deshacer uno para formar otro. No sé encontrar ninguna diferencia yo entre el dinero actual y los bonos valorizados que nos quieren regalar los socialistas. Queremos tener el derecho de producir tanto cuanto nuestras fuerzas intelectuales y materiales nos concedan, si las necesidades lo requieren, pero queremos también el derecho de consumir según la naturaleza con sus leyes absolutas y superiores nos impone.

49. *La Vanguardia*, año II, núm. 16, 20 de abril de 1895.
50. «Protesta», *La Unión Gremial*, núm. 5, 6 de junio de 1895.
51. *La Unión Gremial*, núm. 7, 4 de julio de 1895.

»(...) *No queremos saber nada de partidos.* Las sociedades de resistencia están formadas para mejorar en la actualidad las condiciones obreras, pero su fin es mucho más elevado, es sublime. Lo que debe preocupar más a los compañeros que se encuentren en condiciones de tener más convicciones, es el modo de propagar, sin crear más divisiones, pero propagar las necesidades de salirnos de toda clase de tutela. Todo ser que busque camino extraviado (como la política), es nuestro traidor, es un descarriado, es un camorrista. Hemos de buscar la emancipación por la vía recta y será suficiente un paso para obtenerla (...). Un viva a todas las huelgas, a todos los obreros que saben combatir y vencer en beneficio del proletario, un muera a todos los mistificadores».[52]

A comienzos de 1896, un artículo del sastre De Cicco, otro de los principales redactores de *La Unión Gremial*, sostenía que la política era «el enemigo más acérrimo» del obrero, porque lo convertía en víctima de las «ambiciones personales» de los políticos y bloqueaba su libre iniciativa. No era el «parlamentarismo» lo que debía interesar a los trabajadores sino «la instrucción que nos deshace de toda superstición». De Cicco argumentaba que los gremios eran «por su origen independientes de toda política» y sostenía que para obtener sus reivindicaciones los obreros debían confiar solamente en sus fuerzas, «evitando pedir ni aceptar de limosna» e impulsando huelgas para obtener aumentos salariales o reducción de la jornada de trabajo. El objetivo, en cualquier caso, no era la huelga en sí misma:

«... la lucha emprendida por el proletariado en contra del explotador no se concluye con la huelga, ni tampoco se llega al fin deseado por medio de la política, esta conquista de felicidad que deseamos será cierta por la abolición de la propiedad particular, y con ella desaparecerá la ambición, y sin ambición nos amaremos recíprocamente, y trabajaremos no para embrutecernos sino para el bienestar de todos, sin amos que nos manden ni mercaderes que nos compren diariamente a bajo precio por la miseria creada por ellos mismos, y todo se conquistará no con la política parlamentaria sino confiando en el momento histórico de la revolución social».[53]

A comienzos de 1896, de todas maneras, el núcleo de gremios impulsores de *La Unión Gremial* estaba atravesando un período de dificultades. En

52. *La Unión Gremial*, núm. 15, noviembre de 1895.
53. «Calamidad social», *La Unión Gremial*, núm. 18, 6 de marzo de 1896.

los números 17, 18 y 19 hay referencias explícitas a la situación de retracción y crisis que podía observarse en las sociedades de sastres, pintores, albañiles, yeseros y marmoleros, que constituían en ese momento los gremios más activos en la redacción de la publicación. En el gremio de pintores se había producido una recuperación de la influencia socialista, que trajo como consecuencia el alejamiento del gremio de *La Unión Gremial* y la publicación de un nuevo periódico, llamado *El Pintor*. En las huelgas que estallaron en el verano de 1895, analizadas en el cuarto capítulo, ninguno de los gremios referenciados en *La Unión Gremial* habían tenido un papel activo. En lo sucesivo la aparición de *La Unión Gremial* se hizo más esporádica, poniendo de manifiesto estas dificultades: mientras el número 19 apareció en abril, el siguiente recién lo hizo a principios de junio y el 21 fue editado el 12 de julio. En este, que es el último disponible, solo aparecían como integrantes de la editorial las sociedades de albañiles, marmoleros, yeseros y mosaiquistas.

La «Convención obrera» y el debate sobre la huelga general

Aunque la experiencia de *La Unión Gremial* languidecía, durante los primeros meses de 1896 buena parte de las sociedades de resistencia que permanecían por fuera de la Federación hicieron un intento de articulación más estable, que llevó el nombre de «Convención obrera». Se trata de una experiencia efímera que no logró consolidarse, pero cuyo examen resulta importante porque echa luz sobre las relaciones de fuerza que existían entre las sociedades gremiales del momento y acerca de la dinámica de organización que tenía lugar por fuera de la experiencia de la Federación Obrera orientada por los socialistas. La experiencia de la «Convención», además, presenta particular interés porque se articuló en buena medida en torno a una reivindicación de la huelga general como medida de lucha apropiada a la situación de los trabajadores en el período: como hemos visto, la cuestión era uno de los ejes principales de discusión en las sociedades gremiales y los agrupamientos políticos de la época.

Si *La Unión Gremial* había actuado en cierta medida como un polo que aglutinaba a las sociedades gremiales que se mantenían al margen de la Federación, la estructuración de vínculos organizativos más estrechos entre las mismas avanzaba a un ritmo más lento. Si bien, por un lado, los planteamientos afines al anarquismo de la mayor parte de esas sociedades explican su mayor reticencia a avanzar en una centralización que era vista con recelo, los avances realizados por la Federación impulsada por los socialistas actuaba, por otro lado, como un factor de estímulo al desarrollo de cierta articulación entre las sociedades que buscaban enfrentar su influencia.

Así las cosas, el 19 de septiembre de 1895 *La Unión Gremial* informaba de la realización de reuniones por parte de los gremios no alineados con los socialistas «para discutir sobre el tema de la protección mutua en tiempo de huelga». El periódico indicaba que habían estado presentes delegados de los pintores, los picapedreros, yeseros, albañiles y marmoleros: allí se había estudiado «con verdadero interés la proposición que se demuestra cada día más simpática y necesaria en una concreta afirmación de la protesta obrera» y se resolvió que los delegados llevasen el debate a sus respectivas sociedades.

En el anteúltimo número de *La Unión Gremial*, publicado el 4 de junio de 1896, salió un pequeño artículo que anunciaba que las sociedades de albañiles, marmoleros, yeseros, panaderos y estibadores habían decidido «dar reuniones de propaganda para la huelga general de todos los gremios», para lo cual esperaban «el apoyo de todas las demás sociedades y obreros conscientes» y convocaban a una reunión para el domingo 7 de junio. Las argumentaciones en favor de la huelga general, de hecho, habían comenzado a aparecer en *La Unión Gremial* desde comienzos de 1896. Un artículo firmado por «Carlos P.», publicado a comienzos de febrero, caracterizaba como inútiles a las huelgas parciales que estallaban en diversos gremios y planteaba la necesidad de unificarlas en una huelga general. El artículo constataba que «desde algún tiempo a esta parte», cobraban fuerza las huelgas que ponían de manifiesto «clara y patentemente que la masa obrera del mundo entero, va despertando de su letargo y empieza a comprender sus derechos que por ley natural pertenecen a todo hombre». Las huelgas parciales, sin embargo, nunca habían sido capaces de traer mejoras a los trabajadores: eran criticadas, además, por las limitaciones de sus reclamos. La alternativa era, entonces, dejar de lado «toda clase de huelga pacífica» e impulsar «las huelgas generales y violentas para de una vez por todas tomar nuestros derechos como productores que somos y vivir entonces en una nueva era de felicidad».

La iniciativa fue tempranamente criticada por los socialistas, que advertían que se trataba de una articulación de gremios adversaria de la Federación por ellos dirigida. Desde las páginas de *El Tiempo*, ya en marzo Adrián Patroni criticó la iniciativa: según el dirigente socialista, ya existía una federación obrera, por lo cual aquellos gremios aun no federados no tenían más que sumarse a la misma. La iniciativa, en realidad, encubría según Patroni a aquellos que «a cada paso combaten las huelgas por creerlas de resultados contraproducentes, pero aconsejan la huelga general, como medio seguro para obtener grandes mejoras para la clase obrera».[54]

Además de los gremios que se articulaban en torno a *La Unión Gremial*, un papel destacado en la experiencia de la Convención fue jugado por la sociedad de panaderos. En el número 5 de *El Obrero Panadero* se convocaba a las reuniones preparatorias con un extenso artículo que desarrollaba toda una caracterización de la situación del movimiento obrero de la época tal como lo interpretaban en la sociedad. La nota hacía referencia a «las huelgas que de un tiempo a esta parte se vienen verificando y el poco resultado alcanzado por casi todas ellas», situación que había llevado a la sociedad a «llamar a una reunión a los representantes de todas las otras corporaciones obreras para tomar medidas aptas a evitar las huelgas parciales de cada gremio y provocar, cuando se crea oportuno, una huelga general de todos los gremios». La misma era vista como el corolario que debía tener cualquier huelga iniciada por un gremio particular que encontrara un rechazo por parte de la patronal: de ese modo, según el órgano de los panaderos, «frente a la solidaridad de toda la clase obrera, la burguesía deberá ceder y declararse vencida».[55]

Durante el otoño de 1896 se desarrollaron las reuniones preparatorias: *La Prensa* informaba que el 14 de marzo tuvo lugar una reunión, a la cual estaban invitadas las sociedades de albañiles, panaderos, yeseros, marmoleros, carpinteros, vidrieros, talabarteros, estibadores, marineros, peones de la ribera, sastres, fideleros, constructores de carruajes y carpinteros galponeros. Una nueva reunión tuvo lugar el 26 de mayo y el domingo 7 de junio se convocó a una conferencia impulsada por «las sociedades iniciadoras de la Convención obrera»: panaderos, albañiles, yeseros, marmoleros y estibadores. Según las crónicas, la reunión contó con una importante concurrencia de más de mil personas.[56] La discusión fue abierta por el secretario de la sociedad de panaderos, y luego tomó la palabra el de la sociedad de albañiles, Fernando Balmelli, quien «expuso el objeto de la asamblea y los propósitos de la "Convención obrera" de despertar entre la clase trabajadora la idea del bienestar relativo a que tiene derecho y enseñarle a tomar con sus propias manos el mejoramiento de sus intereses». Siguiendo la línea desarrollada en los trabajos preparatorios previos, Balmelli argumentó que las huelgas parciales no habían dado «sino resultados ridículos» y que los trabajadores debían «meditar y estudiar con detención la posibilidad de una huelga general, que podría iniciarse después de ser preparado suficientemente el terreno». Como era habitual en las reuniones y asambleas donde influían los militantes anarquistas, se declaró «la palabra libre» y los concurrentes fueron invitados a expresar sus opiniones: según la crónica la reunión se extendió durante algunas horas, hasta terminar con incidentes «cuando se le ocurrió a un desconocido subir a la mesa y

54. «Reuniones de trabajadores», *El Tiempo*, 2 de marzo de 1896.

55. «Convención de las Sociedades Obreras de Resistencia», *El Obrero Panadero*, año II, núm. 5, 8 de marzo de 1896.

56. «Convención de las sociedades obreras de resistencia», *La Prensa*, 14 de marzo de 1896; «Movimiento obrero», *La Prensa*, 8 de junio de 1896.

desafinar hablando de bombas y cuchillos». En ese momento intervino la policía y se produjeron incidentes cuando muchos de los concurrentes defendieron al orador, evitando que fuera detenido.[57]

✠✠✠

A pesar de su importancia, la reunión del 8 de junio fue en realidad el punto más alto al que pudo llegar la Convención, que fue desarticulándose en los meses sucesivos, debido fundamentalmente a las contradicciones que atravesaban a los diferentes sectores que la conformaban. A pesar de sus límites, tanto la experiencia de la Convención como la del periódico *La Unión Gremial* ponían de manifiesto de todos modos que hacia mediados de la década de 1890 ya estaban planteadas buena parte de las discusiones que marcarían todo un período del movimiento obrero local, en torno a cuestiones de enorme importancia como la articulación de las diferentes sociedades gremiales, la actitud a adoptar frente a las huelgas y la conveniencia o no de la huelga general.

Se trataba, en suma, de un conjunto de debates que mostraban los progresos y los límites del proceso de unidad de la clase obrera que tenía lugar en esos años finales del siglo XIX en Buenos Aires. En este capítulo hemos intentado mostrar cómo, para mediados de la década de 1890, los trabajadores de la ciudad habían desenvuelto una acelerada experiencia de avances organizativos en torno a sociedades que los agrupaban para defenderse de los avances patronales y obtener sus reivindicaciones. Si bien en algunos casos las sociedades habían precedido a los conflictos, en buena medida fue la propia agitación huelguística la que sentó las bases para que las primeras comisiones y agrupamientos obreros, surgidos para llevar adelante un determinado reclamo, se convirtieran en la base de sociedades gremiales más estables. A través de la difusión de circulares y manifiestos, de la organización de piquetes de huelga, del mantenimiento de cajas de resistencia y de la realización de reuniones y asambleas periódicas, las nacientes sociedades gremiales de la ciudad fueron consolidándose en diferentes oficios: si el contexto de reflujo de los años 1890 a 1892 marcó un límite a ese primer desarrollo, muchas de ellas fueron capaces de mantener una actividad permanente y el nuevo ascenso de luchas que tuvo lugar a mediados de la década mostró un cuadro en el cual la mayor parte de los gremios de la ciudad contaba con una asociación de resistencia.

En este capítulo hemos observado, además, el modo en que en este mismo período esas sociedades gremiales de diferentes oficios establecieron muy pronto relaciones entre sí: no solo porque en todo momento jugó un papel destacado el ejemplo de los gremios más avanzados para estimular a la acción a los más rezagados, sino porque además muy tempranamente se

57. «Movimiento obrero», *La Prensa*, 8 de junio de 1896.

planteó el problema de avanzar en una articulación de las distintas sociedades. Los primeros en darle impulso a esta iniciativa fueron los militantes socialistas, que ya en 1890 intentaron impulsar una Federación Obrera que tuvo el indiscutible mérito de plantear la necesidad de que las diferentes sociedades se vincularan entre sí. Pero incluso desde las filas opositoras a los socialistas se planteó la cuestión de la articulación entre los diferentes gremios.

En efecto, en un cuadro en el estallaban huelgas impulsadas por numerosas sociedades gremiales de diferentes oficios y con distintos grados de organización, se fueron desenvolviendo diferentes posiciones acerca de la necesidad de articular esa agitación obrera. Los socialistas reivindicaban las huelgas en la medida en que expresaban un desarrollo en la conciencia de clase y sacaban a los trabajadores de la pasividad, pero consideraban que se trataba de una forma de lucha arcaica. Para ser exitosas, las huelgas debían prepararse con cuidado y ser siempre parciales, es decir concentradas en un determinado oficio o en ciertos patrones dentro de una determinada rama, asegurando mientras tanto que el resto de los trabajadores colaborase con su apoyo y solidaridad para el triunfo de la huelga. La huelga general era por lo tanto criticada, en la medida en que se la consideraba una medida sin perspectivas de éxito, que solo lograría debilitar la fuerza acumulada por las sociedades obreras. La articulación entre las diferentes sociedades obreras era un objetivo fundamental para organizar de la mejor manera la actividad huelguística: la Federación buscaba en este sentido centralizar las fuerzas obreras para impulsar con éxito las diferentes huelgas parciales y representaba además un paso más en el desarrollo de la conciencia de clase, que mejoraba el campo para la construcción de la fuerza política, el partido, que era visto como la auténtica herramienta que permitiría el mejoramiento de los trabajadores, a través de la acción política.

Los gremios nucleados en torno al periódico *La Unión Gremial*, muchos de los cuales confluirían poco después en la experiencia de la «Convención obrera», ofrecían una caracterización y una línea de intervención distintas. Partían, al igual que los socialistas, de una valoración crítica de la sucesión de huelgas desarticuladas y sin relación entre sí que surgían en diferentes gremios obreros de la ciudad en un contexto de reanimamiento de la actividad huelguística. Esa crítica, sin embargo, los llevaba a conclusiones diferentes: en este caso se planteaba un cuestionamiento global de las huelgas parciales y una reivindicación de la huelga general. La articulación de los diferentes gremios, que se planteaba con un nivel de centralización y reglamentación menor que el impulsado por los socialistas, era entendida en este caso como un mecanismo para promover una paralización del trabajo en todos los oficios.

Capítulo 7

Organizadores y «antiorganizadores». Los anarquistas y el movimiento obrero de Buenos Aires a fines del siglo XIX

El objetivo de este capítulo es reconstruir algunos ejes fundamentales del desarrollo del anarquismo local en el período 1885-1896, en su relación con el proceso de estructuración de la clase obrera. Si bien el momento de máximo desarrollo del anarquismo argentino llegaría durante la primera década del siglo XX, los últimos quince años de la centuria anterior representaron una etapa de importante crecimiento para el movimiento libertario local, particularmente en la ciudad de Buenos Aires, con la aparición de numerosas publicaciones y agrupamientos políticos.

El desenvolvimiento del anarquismo local en este período estuvo marcado por el desarrollo de importantes polémicas que enfrentaron no solo a los ácratas con las incipientes agrupaciones socialistas que actuaban en la ciudad, sino también a los propios militantes libertarios entre sí. Tal como ha señalado Iaacov Oved, la discusión central que dividió al anarquismo argentino en estos años no se centró «en cuestiones abstractas y distantes, como la imagen de la sociedad del futuro, sino en problemas mucho más concretos, relativos a la táctica de la acción cotidiana: el uso de medios y métodos organizativos» (Oved 2013, pág. 47). En efecto, en Argentina tendría menor peso la polémica entre los defensores del *colectivismo* de raigambre bakuniniana y los exponentes del *comunismo anárquico* inspirado en Kropotkin, y las principales disputas surgieron en torno a la cuestión de la organización en las filas obreras y a la posición a adoptar frente a las huelgas desarrolladas por los trabajadores.

El período 1888-1896 estuvo marcado mayoritariamente por el predominio de la corriente llamada «antiorganizadora», cuyo principal expo-

nente –pero no el único– fue el periódico *El Perseguido*.[1] Estos militantes desarrollaron una fuerte polémica con los primeros grupos socialistas que estaban surgiendo a comienzos de la década de 1890 en el país, pero también con aquellos grupos anarquistas que defendían la necesidad de estructurar vínculos organizativos estables entre los trabajadores, en la forma de sociedades de resistencia. Los «antiorganizadores» desenvolvieron una intensa actividad, fundamentalmente en los años que van desde 1890 hasta 1893-1894, a partir del funcionamiento de los llamados «grupos de afinidad», de existencia muchas veces efímera, que nucleaban a militantes con el objeto de desarrollar actividades de propaganda y agitación de sus ideas. A partir de 1894 se observa un cambio de época, con la progresiva consolidación de los anarquistas «organizadores», nucleados en diferentes publicaciones periódicas y más activos en el seno de diferentes sociedades gremiales.

Nuestra hipótesis es que los ciclos de ascenso y reflujo de las luchas obreras establecieron un contexto general que enmarca el desarrollo de unos y otros sectores al interior del anarquismo: fue fundamentalmente durante el período de retroceso de las huelgas y los conflictos que se extendió entre 1890 y 1893 que el sector antiorganizador conoció mayor desarrollo. Como veremos, uno de los principales puntos de divergencia a partir de los cuales se puede observar el avance de los «organizadores» desde 1894-1895 es la posición a adoptar frente a las huelgas y las sociedades gremiales. Al mismo tiempo señalamos que las posiciones desarrolladas por las corrientes anarquistas tuvieron un determinado impacto en el ciclo de las luchas obreras y en el proceso de delimitación de su identidad de clase: el planteo de *El Perseguido* promovió tendencias de lucha y radicalización que coadyuvaron a demarcar una conciencia de clase, pero su repudio a la organización reivindicativa, a las huelgas y a una propia identidad explícitamente obrera se convirtieron en una traba para el desarrollo de esa identidad y en un factor que llevó a la crisis a la corriente antiorganizadora a mediados de la década.

El avance de los socialistas en los años centrales de la década de 1890 fue un factor importante que explica el esfuerzo de los anarquistas organizadores para disputar la hegemonía de los individualistas, en la medida en que entendían que la misma dejaba el campo libre para el desarrollo de sus adversarios socialistas en las filas obreras. No se trató de un proceso mecánico: los militantes anarquistas partidarios de la organización tuvieron que dar una fuerte lucha política para alcanzar un predominio hacia

1. Si bien priorizamos la utilización del término «antiorganizador» para referirnos a esta vertiente de la militancia libertaria, por ser el más estricto, en ocasiones usamos en forma indistinta también el concepto de «individualista», como ha sido habitual en los trabajos académicos dedicados a este tema.

la segunda mitad de la década. Se trata de un proceso que se completaría recién en los últimos años de la década de 1890, en torno a la consolidación del periódico *La Protesta Humana*, en un período que queda por fuera de los alcances este libro. Señalamos en este capítulo, de todos modos, los primeros pasos del avance de los organizadores, mostrando que hacia 1896 ya estaba cobrando fuerza la tendencia que se cristalizaría en torno a la publicación de dicho periódico.

El contexto del anarquismo internacional y los primeros grupos libertarios en Argentina, 1870-1890

Si bien ha sido habitual señalar los vínculos que unen al movimiento anarquista de los siglos XIX y XX con tradiciones libertarias presentes en corrientes políticas más antiguas, es indudable que la delimitación de un ala opositora a la dirección de la Primera Internacional, organizada en torno a Mijail Bakunin (1814-1876), representa un punto de partida a partir del cual el anarquismo se articuló como una corriente política definida que tendría un papel protagónico en la trayectoria del movimiento obrero contemporáneo. Bakunin y su grupo, la «Alianza Internacional de la Democracia Socialista», se integraron a la AIT recién en 1869, luego de anunciar su disolución pública y plantear la integración de sus secciones a las filas de la Internacional. En realidad, los grupos de la «Alianza» se mantuvieron fieles a Bakunin, en el interior de la AIT, y plantearon una lucha política con la dirección marxista. Así es que, si en los primeros congresos de la AIT las principales divergencias habían sido las que enfrentaron a los partidarios de Marx con los seguidores de Proudhon, hacia fines de la década de 1860 el principal enfrentamiento ya era el que separaba a los marxistas de los anarquistas partidarios de Bakunin.

A comienzos de la década de 1870 el conflicto entre ambos sectores al interior de la Internacional se hizo más agudo. En 1871, una conferencia especial realizada en Londres y dominada por los marxistas, con Bakunin ausente, logró imponer una serie de resoluciones dirigidas contra este y sus partidarios, que realizaron un congreso especial en Sonvilliers, y al año siguiente otro en la localidad de Rímini, en Italia. En 1872 tuvo lugar el congreso de la Internacional en La Haya, donde el grupo marxista aprobó trasladar el Consejo General a Nueva York y después disolver la organización. A partir de este momento, la polémica entre anarquistas y marxistas ya no se desenvolvió en el seno de la misma organización: los militantes que se definían como «antiautoritarios» realizaron, también en 1872, un congreso en la localidad de Saint-Imier, que se presentaba como continuidad de la vieja estructura y del «espíritu original» de la Internacional pero en la que no participaban los partidarios de Marx: se aprobó allí la creación de una «unión libre de federaciones». Esta internacional «antiautoritaria», de

todos modos, si bien se basaba en un acuerdo general en torno a rechazar la «acción política» y la idea de un «estado de la clase obrera», no estaba exenta de contradicciones internas.

La nueva internacional realizó un congreso en Ginebra, en 1873, donde primó la búsqueda de un compromiso entre las diversas posiciones, y al año siguiente otro en Bruselas, donde se pusieron en evidencia importantes divergencias en torno a cuestiones como la acción política, la dictadura del proletariado, el destino del Estado y las características del período de transición antes de alcanzar una sociedad basada en la organización comunal. En 1876 se realizó un congreso en Berna y al año siguiente otro en Verviers: si en ellos podía observarse ya un mayor predominio de las ideas anarquistas, era al costo de un debilitamiento en términos organizativos y una reducción de sus filas. Esta hegemonía libertaria no implicaba, por otra parte, un predominio de las viejas posiciones de Bakunin, cuya influencia había comenzado a reducirse en los años anteriores a su muerte en 1876. En efecto, si una década antes el grupo ligado a Bakunin había desplazado al viejo mutualismo proudhoniano como principal oposición al «autoritarismo» marxista, en los años sucesivos se desarrollaría una nueva generación de militantes que aportarían una serie de modificaciones al pensamiento libertario. Un papel fundamental en esta nueva etapa lo jugaría el príncipe ruso Piotr Kropotkin (1842-1921), un antiguo miembro de la aristocracia zarista, que había sido en su juventud parte de la corte y vivió varios años en Siberia, donde se desarrolló como geógrafo y se acercó a las ideas darwinistas. Se vinculó al anarquismo a comienzos de la década de 1870, luego de visitar a los relojeros libertarios de la región del Jura, y desde entonces se convirtió en uno de los principales referentes libertarios a nivel internacional.

Diversos autores han mostrado que uno de los elementos fundamentales para entender el pensamiento de Kropotkin es su intento de vincular el anarquismo con el desarrollo científico de la época (véase Cahm 1989). La principal diferencia de Kropotkin con el pensamiento de Bakunin, no obstante, estaba relacionada con el modo en que entendían el funcionamiento de la sociedad posrevolucionaria. Kropotkin, en efecto, fue uno de los principales referentes de lo que se dio en llamar *comunismo anárquico*, por oposición al *colectivismo* defendido por los bakuninistas. Mientras el reclamo de los colectivistas era «para cada uno el producto de su trabajo», los comunistas consideraban que ello perpetuaría las desigualdades, y reclamaban que el reparto de la riqueza no estuviera basado en lo producido por cada uno sino en la fórmula «a cada uno según su necesidad», en tanto no era justo determinar la retribución del trabajo de acuerdo con el trabajo real realizado por cada individuo. Al mismo tiempo que implicaba la perspectiva de una sociedad «comunista», antes que colectivista, el

comunismo anarquista conllevaba también una crítica a cierto contenido «clasista» del primer anarco-colectivismo: comenzaba a hablarse más de la rebelión del «pueblo» antes que de los obreros, y se proponía un ideal basado menos en algún tipo de predominio de los gremios y sindicatos que en una más abstracta anarquía.

Al mismo tiempo que se procesaban estos cambios a nivel teórico, fueron produciéndose transformaciones también en el plano organizativo, con el debilitamiento de la Internacional de Saint-Imier y el inicio de un nuevo ciclo en el desarrollo del movimiento libertario marcado por una fuerte dispersión de grupos y tendencias. Tal como señala Zaragoza Ruvira, «en la historia del anarquismo europeo el Congreso de Londres de 1881 supuso el final de la experiencia de participación directa en el movimiento obrero según las líneas de la Primera Internacional y del Congreso de Saint-Imier» (Zaragoza Ruvira 1996, pág. 109).

Desde entonces los anarquistas actuaron fundamentalmente en pequeños grupos y cobró fuerza la idea de impulsar la llamada «propaganda por los hechos». Nettlau (1977) lamentaba que ese período fuera recordado fundamentalmente como el de predominio del terrorismo: la consecuencia fue, desde su perspectiva, que «la opinión pública fue inducida y se habituó a creer que eso era lo único que sabían hacer los anarquistas», de tal modo que los posicionamientos teóricos libertarios fueron relegados y se consideró que no podían manifestarse por otra vía que la violencia.

Aunque se desenvolvieron en forma casi simultánea, sería un error asimilar directamente el desarrollo del comunismo anárquico y la disgregación de las grandes organizaciones internacionales, la proliferación de pequeños grupos y el impulso a la propaganda por los hechos. Kropotkin, en realidad, consideraba que los actos de violencia solo eran legítimos si formaban parte de una lucha revolucionaria con fines anarquistas dirigida contra una forma específica de opresión. Entendía, de todas maneras, la desesperación que llevaba a los actos terroristas, y se negaba a condenarlos, reconociendo que era el Estado el que fomentaba el terrorismo en el pueblo. Según Marshall, Kropotkin defendía más bien el ataque violento contra objetivos económicos (sabotajes, etc.), antes que contra individuos, fuera cual fuese su posición en el Estado, y defendía el trabajo en las sociedades gremiales (Marshall 1992, págs. 315-316). Mientras la mayor parte del movimiento anarquista europeo mostraba en la década de 1880 un progresivo giro hacia posiciones comunista-anárquicas, que en algunos casos iban acompañadas de planteos contrarios a la organización, el anarquismo español conocía un desarrollo peculiar, a partir de la fundación de la Federación de Trabajadores de la Región Española en 1881 y el desarrollo de un movimiento de orientación colectivista. La experiencia de la FTRE se originaba en una peculiar experiencia de fusión del anarquismo con el sin-

dicalismo, que tuvo su principal bastión en la más industrializada ciudad de Barcelona.

La influencia de Errico Malatesta en los orígenes del anarquismo argentino

El primer grupo anarquista de Buenos Aires del cual se tiene algún registro es el «Centro de Propaganda Obrera», fundado en 1876, posiblemente por bakuninistas miembros de la Internacional disuelta en ese mismo año. En 1879 el grupo publicó un folleto titulado «Una idea», que incluía el «pacto» de Saint-Imier de 1872 y es considerado una de las publicaciones pioneras del anarquismo en el país (Zaragoza Ruvira 1996, pág. 81). A partir de 1880, en cualquier caso, puede advertirse el desarrollo de una serie de grupos anarquistas vinculados a los cambios que tenían lugar en el movimiento libertario a nivel internacional. En el marco de un activismo reducido, jugó un papel fundamental la tarea militante de una serie de cuadros europeos que llegaron al país con una experiencia previa de activa participación en el movimiento anarquista y desenvolvieron en Buenos Aires los planteos del comunismo anárquico que comenzaba a dominar a nivel internacional. Uno de los primeros de ellos fue el italiano Ettore Mattei: nacido en Livorno en 1851, se había vinculado con la Internacional tempranamente, hacia fines de la década de 1860. Debido a su actividad política debió abandonar su país, exiliándose primero en Marsella y luego en la Argentina. Al llegar al país Mattei se vinculó con otros anarquistas italianos y jugó un papel fundamental en la organización del «Círculo Comunista Anárquico», un grupo pequeño, formado mayormente por obreros panaderos, ebanistas y grabadores, que se trazó como objetivo fundamental desarrollar tareas de propaganda. El grupo celebraba reuniones y conferencias de debate y distribuía en Buenos Aires la prensa libertaria europea. Según Oved (2013), el Círculo estaba influido fundamentalmente por *La Révolte* de París, animada por Kropotkin y Reclus, y por *La Questione Sociale*, editada por Malatesta en Italia. Abad de Santillán (1933) caracteriza al grupo como afín a los nuevos tiempos que corrían en el movimiento libertario internacional: lo definía como un «hijo espiritual de la Internacional italiana orientada por Cafiero y Malatesta» y partidario, desde su propio nombre, del comunismo anárquico. También jugó un papel activo, desde su llegada al país en 1885, el librero belga Émile Piette, que había estado vinculado al movimiento libertario desde los tiempos del congreso de Verviers. Piette fundó la Librería Internationale, en Barracas al Sur, que se convertiría en un importante centro de difusión de materiales de propaganda anarquista y en un punto de reunión de los militantes ácratas, particularmente los de origen francés (VVAA 2007, pág. 511).

En cualquier caso, todos los autores e investigadores, incluidos los propios cronistas anarquistas como Max Nettlau y Abad de Santillán, coinciden en señalar que la llegada al país de Errico Malatesta, en 1885, tuvo un impacto decisivo y contribuyó a fortalecer y ampliar la influencia de los anarquistas en el medio local. Nacido en la provincia italiana de Caserta en 1853, Malatesta fue uno de los más notables dirigentes anarquistas a nivel internacional, y al momento de su llegada al país ya era un referente notorio del movimiento libertario italiano y europeo. Se había vinculado con el anarquismo al calor del impacto de la Comuna de París y jugó un papel importante en el congreso de Rímini, en 1872, cuando la Federación italiana rompió con el Consejo de Londres y selló el alineamiento con el anarquismo de los internacionalistas italianos en su lucha con el sector marxista. Destacado agitador, periodista, orador y propagandista, Malatesta se convirtió muy pronto en uno de los más importantes referentes del movimiento libertario de la época que siguió al declive de la influencia de los seguidores de Bakunin. Si bien era defensor del planteo comunista anárquico, el pensamiento de Malatesta mostraba matices con el de otros libertarios de esa misma orientación, como Kropotkin. Según Nettlau, el anarquista italiano desarrollaba una comprensión «a la vez muy libertaria y muy realista» que diferenciaba diversos grados de comunismo, aceptando incluso «un colectivismo transitorio», atendiendo a «las situaciones reales, las disposiciones de los individuos y la abundancia de los productos particulares» (Nettlau 1977, pág. 137). A ese «realismo», distintivo del pensamiento de este anarquista italiano, se agregaba una crítica del «cientificismo» sostenido por Kropotkin o por Eliseo Reclus, en quienes la idea de «progreso» ocupaba un lugar central. La perspectiva de Malatesta, en cambio, cuestionaba la idea de «armonía natural» y otorgaba un lugar más destacado a la voluntad y la capacidad transformadora de la acción de los individuos para revertir lo inarmónico de la sociedad (Marshall 1992, págs. 317-340; Turcato 2012). Hacia la década de 1880, cuando luego del congreso realizado en Londres en 1881 comenzó a cobrar fuerza el sector «individualista», Malatesta se convirtió en uno de los principales defensores de la necesidad de la organización, si bien su posición favorable al comunismo anárquico y sus posturas más moderadas respecto a los planteamientos más doctrinarios y extremistas, junto a su personalidad como dirigente de gran prestigio, le permitirían conciliar a sectores con posiciones divergentes.

En esos años, «Malatesta desarrolló un gran esfuerzo de propaganda por Italia con la intención de reconstruir la estructura de la Internacional y de combatir la opción socialista y publicó en Florencia el periódico *La Questione Sociale*» (Zaragoza Ruvira 1996, pág. 90). Esta actividad le valió una sistemática persecución policial: en 1883 debió afrontar, junto con otros compañeros, un juicio en el que se lo acusaba de terrorismo, que lo

condenó a la cárcel. Fue cuando supo que se le había negado la apelación que Malatesta decidió huir de Italia y se dirigió a la Argentina. Su llegada al país, junto a un grupo de compañeros de militancia, causó un gran impacto en los medios obreros de la ciudad. Su actividad se organizó en torno a un «Círculo de Estudios Sociales», que se reunía en los altos del café Grütli de la calle Cerrito 168. En agosto de 1885 apareció el primer número de un periódico en italiano, titulado *La Questione Sociale* al igual que el editado en Florencia, del cual alcanzaron a aparecer unos catorce números.

En los primeros números de la publicación se advierte una insistencia en la búsqueda de establecer una polémica con *L'Amico del Popolo*, el periódico que publicaban los republicanos italianos de la ciudad. Con artículos extensos, fundamentalmente de carácter teórico («La propiedad», «Propiedad y familia», «Monarquía y república»), *La Questione Sociale* desarrollaba los argumentos que a su juicio mostraban la superioridad de su programa por sobre los limitados planteamientos republicanos, haciendo los máximos esfuerzos por lograr que dicho periódico se interesase en entablar una polémica abierta con ellos.[2] El objetivo, no obstante, no llegaría a buen puerto, en la medida en que *L'Amico del Popolo*, un periódico más consolidado en la ciudad y con una audiencia mucho mayor, no parecía mostrarse dispuesto a polemizar con el grupo comunista anárquico. En el número 10, *La Questione Sociale* anunciaba que una reunión extraordinaria del Círculo Socialista realizada el 23 de noviembre había resuelto «transformar la forma del periódico». El «Avviso», que aparecía en primera página, confirmaba que al momento de lanzar la publicación había tenido lugar un debate entre los miembros del grupo: si bien algunos se inclinaban por priorizar la publicación de folletos de propaganda, se había optado en ese momento por publicar un periódico, «porque se esperaba arrastrar a nuestros adversarios, y en especial a los republicanos, a una polémica seria, que no podría sino haber dado resultados para nuestro partido». Luego de diez números, sin embargo, concluían que habían «fallado en ese objetivo, porque los republicanos no quieren saber de discusiones, y el resto del público es muy indiferente». La decisión del Círculo, en este contexto, había sido la de dejar de publicar un periódico y dedicarse a la edición sistemática de opúsculos, dedicados a tratar «el programa comunista anárquico en toda su extensión y bajo todos los puntos de vista».[3]

2. En el número 3 se denunciaba que el periódico republicano caracterizaba a *La Questione Sociale* como «el órgano de Malatesta». Para los libertarios, era «un síntoma de la enfermedad republicana de restringir todo a los límites de uno o pocos individuos (...). Nuestro periódico es órgano del Círculo Socialista, del cual Malatesta no es más que un miembro». *La Questione Sociale*, núm. 3, 11 de octubre de 1885.

3. «Avviso», *La Questione Sociale*, núm. 10, 29 de noviembre de 1885.

En julio de 1887 apareció un nuevo periódico anarquista, editado por Ettore Mattei y titulado *Il Socialista*. El órgano aparecía los domingos, tenía una periodicidad semanal, y se anunciaba su disponibilidad en la librería de Émile Piette. Su contenido constaba fundamentalmente de artículos de propaganda y difusión programática y teórica, escritos por importantes figuras del movimiento libertario internacional. También informaban sobre folletos y otros materiales de propaganda que estaban disponibles para los lectores interesados: obras de Malatesta, Cafiero, Kropotkin, Merlino, así como los periódicos *Le Revolte*, de París, *El Productor*, de Barcelona, *Vorwärts* y *El Tipógrafo*, de Buenos Aires, con el cual desarrollaron una polémica en el número 8, de noviembre de 1887. Aunque tenía una breve sección de «Noticias», prácticamente no aparece información sobre la Argentina, al menos en los números que han quedado disponibles hasta la actualidad.

Si bien, como señala Zaragoza Ruvira, en *Il Socialista* no se hace ninguna referencia a Malatesta –lo cual puede deberse a que en ese período el militante italiano se encontraba en la Patagonia– todo parece indicar que el funcionamiento de los diferentes grupos libertarios de la ciudad fue complementario antes que competitivo. La actividad del «Círculo de Estudios Sociales» no sustituyó el funcionamiento del «Círculo Comunista Anárquico»: durante la segunda mitad de la década de 1880 ambos grupos colaboraban entre sí y con los núcleos de anarquistas de origen español y francés. En este contexto, las reuniones de propaganda realizadas por los grupos libertarios jugaron un papel destacado en la difusión de las ideas anárquicas. Aún más importante, la actividad desarrollada por Malatesta, con su fuerte énfasis en la importancia de estrechar los lazos organizativos entre los trabajadores, empalmó con el contexto de agitación obrera que, como vimos en el segundo capítulo, se desarrolló en la ciudad desde comienzos de 1888.

A comienzos de 1889, Malatesta publicó un manifiesto titulado «Los socialistas residentes a Buenos Aires a los habitantes de la República Argentina»: el martes 29 de enero de 1889, *La Prensa* señalaba que el mismo circulaba «en hoja suelta, impresa en español, italiano y francés».[4] El manifiesto comenzaba con una fuerte denuncia a la persecución policial que comenzaban a experimentar los militantes obreros en esa ciudad de Buenos Aires que conocía un primer ciclo de fuerte agitación huelguística. Agregaba que no había pasado aún un siglo desde que «el sol de Mayo aclaraba al pueblo argentino vencedor contra el despotismo» cuando ya «la libertad de los ciudadanos está a merced de la policía, ya la constitución es pisoteada en lo que se refiere a la consacración [sic] de los derechos del pueblo».

El manifiesto continuaba saliendo al cruce de la idea, que como vimos se extendía entre la prensa comercial y la propia oligarquía, de que no po-

4. «El socialismo en Buenos Aires», *La Prensa*, 29 de enero de 1889.

dría existir el socialismo en Argentina, y que todo su desarrollo era responsabilidad de «cabecillas extranjeros». Malatesta planteaba que, efectivamente, «los que han propagado primeros las ideas socialistas en la República Argentina son extranjeros», pero que ello no significaba nada porque en el país «todo, empezando por la población que se puede considerar casi toda extranjera, todo ha venido de afuera». En cualquier caso, se trataba de un proceso irreversible: el pensamiento socialista sería ya parte irremplazable de la vida del país, en tanto era «consecuencia fatal de las actuales instituciones económicas». La Argentina, en efecto, no estaba al margen del desenvolvimiento capitalista, que concentraba riqueza en un polo y cada vez más miseria en otro.

El manifiesto concluía con un planteamiento programático, que ponía de relieve el punto de vista comunista anárquico defendido por Malatesta y al mismo tiempo su carácter más «flexible» o incluso ecléctico, mencionado como vimos por diversos estudiosos del movimiento libertario. Según el texto, al «estado de cosas» vigente en la sociedad contemporánea debía oponerse el planteo de «poner en común, por lo menos, todos los medios de producción, y haciendo de manera que los productos, en vez de servir a la especulación, como hoy, sirvan directamente a satisfacer las necesidades de todos». El manifiesto sostenía que dicha solución era ya «la convicción profunda de la parte más inteligente del proletariado del mundo entero, como también de muchos hombres de ciencia», entre los cuales mencionaba a «Bakunin, Marx, Reclus, Kropotkin, Engels, De Paepe» y otros. El manifiesto concluía de la siguiente forma:

> «La sociedad actual está condenada a morir y no se salvará con pequeñas ni con grandes persecuciones, como de otra parte no se salvaría tampoco con liberalidades y concesiones. Puede solamente, y hasta cierto punto, elegir la manera de morir, y es para presentar a la burguesía argentina, nueva todavía a las cuestiones sociales, el terrible dilema de su porvenir que hemos escrito esta hoja. La burguesía es hija de la revolución: se ha formado y ha venido grande de y por la libertad; es a la libertad que ella debe sus glorias y sus ideales y a causa de la lucha combatida por la libertad es que ella representa en la historia algo más de la codicia y del brutal egoísmo que son hoy sus caracteres principales. O quedará fiel a la bandera liberal... o morirá porque ha llegado el momento histórico de su fin, pero podrá morir con honor sin renegar de la bandera histórica de sus padres. O tomará de la edad media, como lo están haciendo todas las burguesías de los otros países, los medios de represión, suprimirá la libertad, levantará cadalsos... y morirá deshonrada después de haber provocado represalias terribles. Que elija! De todos modos el porvenir es de la paz y el bienestar general».[5]

Los años de *El Perseguido*: el pensamiento comunista-anárquico y «antiorganizador» en Buenos Aires

En septiembre de 1889, Errico Malatesta abandonó definitivamente la Argentina: su partida coincidió con el cierre del ciclo de fuerte agitación obrera que se había iniciado en la ciudad a comienzos del año anterior. Aunque la coincidencia entre el alejamiento de Malatesta y el cierre del ciclo de ascenso obrero fue casual, las consecuencias de ambos fenómenos actuaron en un sentido confluyente, en la medida en que a partir de 1890 se abriría una nueva etapa para el movimiento libertario local, caracterizada por el predominio de grupos anarquistas contrarios a la organización. Con la partida de Malatesta los anarquistas partidarios de la organización y la actividad en el seno del movimiento obrero perdían a un cuadro fundamental, precisamente en el momento en el cual el reflujo y la retracción de la actividad obrera abrían paso al desarrollo de la orientación individualista, que dejaría su sello en los años sucesivos. En esta sección analizamos los principales rasgos del pensamiento político de esta etapa del anarquismo local: la defensa de los planteos comunista anárquicos, la crítica al colectivismo y a los partidarios de la organización, y la reivindicación de los llamados «grupos de afinidad» y la actividad propagandística y pedagógica en las «reuniones de controversia» como principal eje de la actividad de difusión de las ideas libertarias.

Este período está dominado por *El Perseguido*, la principal publicación periódica de los anarquistas individualistas de Buenos Aires, cuyo primer número apareció en mayo de 1890 y se publicó durante siete años, con periodicidad quincenal bastante rigurosa durante los primeros tiempos, y más esporádicamente más tarde. Si bien fue indudablemente el más importante, y por ello el que concentrará nuestra atención en esta sección, *El Perseguido* no fue el único periódico individualista publicado en este período. La propia orientación de los antiorganizadores, predispuestos a funcionar en torno a grupos de existencia efímera y nombres cambiantes, llevaba a la aparición y desaparición de publicaciones de manera habitual. Otros órganos de prensa característicos del pensamiento antiorganizador en los primeros años de la década fueron *La Miseria*, editado por un grupo que rompió con *El Perseguido* durante 1890; *La Liberté*, publicado en francés

5. El manifiesto nos fue facilitado por el investigador italo-canadiense Davide Turcato, especialista en la obra de Errico Malatesta. Una parte del mismo también apareció en el diario *La Prensa* del 29 de enero de 1889, con el título «El socialismo en Buenos Aires».

por Pierre Quiroule (Joaquín Falconet) entre enero y abril de 1893 y marzo y septiembre de 1894; *Lavoriamo* y *La Riscossa*, editados en italiano en 1893. Hacia mediados de la década aparecieron otros periódicos de vida breve, en el marco de una crisis del anarquismo individualista que se reflejaba en las dificultades que encontraba *El Perseguido* para mantener su periodicidad habitual y lo llevarían a dejar de aparecer poco después. Entre estos debemos mencionar a *Le Cyclone*, del cual se editaron cuatro números, en francés, entre 1895 y 1896 y *El Revolucionario*, editado por grupos de afinidad de la zona de Barracas en 1895. En los casos de *La Voz de Ravachol* y *Caserio*, desde su propio título homenajeaban a militantes anarquistas responsables de actos terroristas y perseguidos en esos años: en ambos casos publicaron apenas unos pocos números, entre fines de 1895 y comienzos de 1896.[6]

«Todo para todos sin excepción»: la defensa del comunismo anárquico y la polémica con los colectivistas

El desarrollo de la tendencia individualista en Buenos Aires estuvo fuertemente vinculado a la actividad de un conjunto de inmigrantes españoles que habían llegado al país en los últimos años de la década de 1880: cabe mencionar entre ellos a los hermanos Manuel y José Reguera, Victoriano San José, Indalecio Cuadrado, entre otros, aunque sin duda la figura más destacada fue Rafael Roca. Nacido en 1859, Roca había iniciado su actividad de propaganda en España, donde participó en periódicos comunistas anárquicos como *La Justicia Humana* y *Tierra y Libertad*. Según el obituario publicado en *El Perseguido* luego de su temprana muerte en 1893, en su país natal Roca debió enfrentar «la persecución no solo de la policía, sino también de los colectivistas a quienes él combatía por su organización y teorías antianarquistas», debido a lo cual debió exiliarse en Francia y residió muchos años en París, hasta que en 1888 llegó a Buenos Aires.[7] A pesar de que su salud ya se encontraba quebrantada, Roca se mostró muy activo desde su llegada a la ciudad, y su actividad política se hizo sentir muy rápidamente: estuvo, en efecto, entre los impulsores de un «manifiesto» comunista anárquico publicado a fines de 1889 y secuestrado por la policía, que costó la prisión de tres militantes y la obligación de huir del país para otros, entre ellos Roca. En la capital uruguaya continuó con su actividad propagandística, publicando *La Voz* hasta que regresó a Buenos Aires

6. En el período se editaron también algunos periódicos individualistas fuera de Buenos Aires, como *La Anarquía*, de La Plata o *Demoliamo* y *La Libre Iniciativa*, de Rosario.

7. «Rafael Roca», *El Perseguido*, año IV, núm. 61, 18 de junio de 1893.

a mediados de 1890, integrándose a la redacción de *El Perseguido* a partir del número 5 y convirtiéndose en uno de sus principales publicistas.

Como Roca, este núcleo de anarquistas españoles traía de su país de origen una trayectoria de fuerte polémica con los militantes colectivistas nucleados en la Federación de Trabajadores de la Región Española: uno de los primeros grupos individualistas de Buenos Aires, por ejemplo, y principal artífice de la publicación de *El Perseguido*, llevaba el nombre de «Los Desheredados», el mismo que había adoptado una ruptura de la FTRE que se había escindido en el congreso de Sevilla realizado en 1882. En este cuadro, no resulta sorprendente advertir que desde las páginas de *El Perseguido* la defensa de los planteamientos comunista-anárquicos fuera de la mano de una fuerte polémica no solo con los planteos marxistas, sino también con los puntos de vista de los colectivistas españoles.

Ya en el número 1 se planteaba que «la necesidad del comunismo anárquico» estaba dada por el hecho de que «las necesidades del hombre son inferiores a sus facultades»: para *El Perseguido*, la naturaleza había hecho a los hombres «similares pero no idénticos», de manera que «cada uno puede satisfacer sus necesidades como mejor le plazca».[8] Los marxistas, a los ojos de *El Perseguido*, pretendían «convertir la propiedad privada en propiedad del Estado, dejando libres los instrumentos de trabajo para que los esclavos puedan manejarlos libremente las horas que el Estado les mande», mientras que a cambio el Estado les abonaría «en *bonos de trabajo* el importe de su actividad, salvo las sisas, que son indispensables para mantener a los *nuevos redentores*». Los colectivistas, por su parte, planteaban según *El Perseguido* «que después de hacer la expropiación de todo, convertidos todos en productores, cada colectividad de oficio percibirá el producto íntegro de su trabajo», lo cual «a primera vista parecerá una cosa muy justa y fácil». Desde la perspectiva de los anarquistas individualistas, no obstante, una mirada más profunda mostraba que «estando tan enlazados los trabajos de todos los oficios, no es posible definir cuál es el producto que corresponde a cada colectividad», además de que sería imposible determinar el aporte de cada individuo particular. Sobrevendría así, por lo tanto, un conflicto entre diferentes colectividades obreras y al propio interior de estas, para determinar la magnitud del «producto íntegro» del trabajo de cada obrero. La consecuencia, siempre según la lectura de los editores de *El Perseguido*, es que se haría necesaria la intervención del Gobierno «para convencer a todos que la razón era la fuerza».[9]

Otra defensa del comunismo anárquico podía encontrarse en el manifiesto inicial de *La Riscossa*, un periódico de corta vida publicado en idioma italiano. En su número inicial, de octubre de 1893, *La Riscossa* planteaba

8. *El Perseguido*, núm. 1, 18 de mayo de 1890.

9. «Teorías resueltas», *El Perseguido*, año II, núm. 32, 29 de noviembre de 1891.

que su objetivo era «que todo pertenezca a todos, que las máquinas sean dadas a los trabajadores que las hacen productivas, y que sean expropiadas a los patrones actuales, que se enriquecen con las fatigas del obrero (...) que las tierras sean quitadas a los ociosos propietarios, que se quedan en la ciudad en el lujo y la orgía, y que sean entregadas a los campesinos, que la cultivan y le sacan frutos». El fin de su lucha, resumían, era «que todos los instrumentos de trabajo sean posesión de los trabajadores libremente asociados, y que todas las fuentes naturales y artificiales de riqueza y producción, y la producción misma, sean declaradas propiedad de todos». La fórmula se completaba agregando al planteo comunista el punto de vista anárquico: «sin completa libertad no hay completa igualdad, así como sin completa igualdad no es concebible verdadera libertad». En consecuencia, «así como no es posible lograr la igualdad sin suprimir a los patrones, quitándoles todo lo que injustamente poseen, es decir el privilegio económico que se llama propiedad, no es posible reivindicar la libertad sin eliminar a los gobernantes, quitándoles el gobierno, que es el privilegio político para oprimir a los demás».[10]

Como ya apuntamos más arriba, otra diferencia de buena parte de los comunistas anárquicos con los marxistas y los colectivistas era una interpretación de la sociedad que otorgaba menos peso a los clivajes de clase y a los determinantes estructurales para establecer las delimitaciones de campos sociales y políticos. A fines de 1894, por ejemplo, *El Perseguido* reprodujo un artículo que destacaba que los socialistas y los colectivistas entendían «por burguesía a la clase poseedora, el conjunto de los poseedores del suelo y del numerario», lo cual era considerado como una clasificación vaga, en tanto «un asalariado que compra un título de renta cualquiera viene a ser burgués»:

> «La anarquía, al contrario, considera la cuestión con un punto de vista notablemente más elevado; según el anarquista, el burgués no es el hombre que posee, pero es según la justa expresión de Flaubert: *todo hombre que piensa malamente* (...). Esta clase de burgués existe en todas las clases de la sociedad, se los encuentra bajo el frac y bajo la blusa».[11]

Resulta interesante destacar, de todas maneras, que además de desarrollar esta crítica a los colectivistas por la consecuencia de su planteo sobre la obtención del producto íntegro del trabajo, que recuperaba las tradicionales argumentaciones de los comunistas en los debates internos del

10. *La Riscossa*, núm. 1, 14 de octubre de 1893.

11. «La Burguesía», *El Perseguido*, año V, núm. 71, 11 de noviembre de 1894, cursivas del original.

anarquismo, *El Perseguido* reforzaba la crítica haciendo énfasis en el problema de la organización, que se constituiría –más que el debate teórico sobre colectivismo y comunismo a propósito de la sociedad pos revolucionaria– en el punto nodal de la delimitación política para el anarquismo argentino. El planteo antiorganizador era en este sentido derivado como una consecuencia lógica del punto de vista comunista-anárquico, en oposición a la interpretación colectivista.

Según *El Perseguido*, en efecto, los colectivistas españoles eran «los primeros y más estúpidos hipócritas que se han presentado a mistificar la palabra *anarquía*». Para los individualistas de Buenos Aires, la defensa de las organizaciones era directamente incompatible con la reivindicación de anarquistas: concluían en forma tajante que no cabían términos medios: «o es anarquista y en este caso tendrá que convenir en que no cabe esa idea sino dentro del comunismo, o es autoritario y opuesto a la libertad».[12]

Algún tiempo después, en el número 66 del 11 de noviembre de 1894, se publicaba una carta de un obrero rosarino a un compañero de Buenos Aires, socialista, en el cual el primero defendía al anarquismo y se definía como colectivista. Una posdata de la redacción de *El Perseguido* resumía la interpretación sobre la diferencia entre el colectivismo y el comunismo anárquico que defendían los editores de la publicación:

> «El colectivismo y la anarquía son completamente opuestos por la razón de que el colectivismo, o sea a cada uno el producto íntegro del trabajo, fomenta el privilegio y con él, las discordias, las especulaciones, el crimen y todos los males que aquejan a la humanidad como en la sociedad presente. Para subsistir el privilegio con sus fatales consecuencias según acabamos de manifestar, precisa una autoridad que lo sostenga y como quiera que la anarquía es la negación de toda autoridad, de aquí resulta que el colectivismo es incompatible con la anarquía; mientras que el comunismo, o sea todo para todos y sin excepción; producir según las fuerzas de cada uno y consumir según sus necesidades, echa por tierra todo principio de autoridad y establece por sí la libertad e igualdad; pues esta deriva de aquella y aquella de esta; son inseparables con la propiedad individual y la autoridad, una depende de otra».[13]

12. «Teorías resueltas», cursivas del original.

13. «Tribuna libre», *El Perseguido*, año IV, núm. 66, 11 de noviembre de 1894.

«Muera toda autoridad»: la crítica individualista a las organizaciones

El 7 de septiembre de 1890, en ocasión de una «reunión de controversia» realizada en el local del Vorwärts, un militante de *El Perseguido* «de idioma castellano» – posiblemente Rafael Roca – planteó una crítica al proyecto de federación que estaba en discusión. El eje de su cuestionamiento fue que las federaciones estaban basadas «en un principio político autoritario»: fueran obreras o burguesas, todas ellas implicaban un sistema de jerarquías y autoridades, que debía ser rechazado. La lógica de la crítica era que, más allá de su composición social, las organizaciones compartían un «principio autoritario» que los anarquistas no podían aceptar. Al colocar el problema en la cuestión de la forma, no advertían una diferencia sustantiva entre las organizaciones de los trabajadores y las de la burguesía. Incluso proponían una curiosa comparación, planteando que el comité local era equivalente al municipio, el comité central al consejo de ministros, el congreso a las cámaras de diputados y los reglamentos a las leyes.[14]

Desde la perspectiva de *El Perseguido*, la organización era en sí misma un ambiente de corrupción que destruía los instintos de lucha que surgían de los explotados y por lo tanto debía ser combatida. Era la idea de que la organización bloqueaba las «iniciativas» y las tendencias de lucha que surgían de los trabajadores el argumento principal que ordenaba la denuncia de las sociedades gremiales: *El Perseguido* denunciaba, por ejemplo, que las palabras de orden de estas asociaciones eran siempre «calma y legalidad», con lo cual cuando un movimiento se desarrollaba los comités eran vistos como un factor de bloqueo y desgaste que conducía a la derrota. Eso se debía, según la mirada libertaria, a que los asociados «hacen de su sociedad un ídolo intangible» y por lo tanto estarían «más bien dispuestos a comprometer sus reivindicaciones antes de comprometer su sociedad». La conclusión era clara: «no hay términos medios; la organización forma un ambiente corrompido, y el dilema que impone es de aclimatarse, es decir corromperse, o salir lo más pronto de ella».[15]

Los anarquistas antiorganizadores tenían claro que sus adversarios políticos los acusaban de ser incapaces de desarrollar una actividad propagandística por su repudio a cualquier forma de organización. Es por ello que, junto a la crítica, se encontraban en la necesidad de desenvolver una explicación acerca del tipo de asociación que reivindicaban y que les permitiría, desde su perspectiva, llevar adelante su agitación y propaganda. A

14. «Reuniones de controversia», *El Perseguido*, núm. 6, 28 de septiembre de 1890. La crítica a las organizaciones no se limitaba a las federaciones: se extendía desde las sociedades gremiales a los partidos y congresos obreros.

15. «Organizaciones y huelgas», *El Perseguido*, año VI, núm. 76, 27 de enero de 1895.

poco de comenzar su publicación, en diciembre de 1890, *El Perseguido* publicó un largo artículo que constituía el primer intento de desarrollar extensamente la propuesta planteada por los anarquistas opuestos a las sociedades de resistencia y federaciones gremiales. La alternativa que creían haber encontrado «para salir del rutinarismo autoritario» y encontrar «un modo de unión que concordara en un todo con los principios comunistas anárquicos» eran los llamados *grupos de afinidades*, que según *El Perseguido* eran aún incomprendidos por muchos trabajadores, que aún no podían «desprenderse de las preocupaciones autoritarias».[16]

La clave del funcionamiento de los grupos de afinidad era su carácter efímero: según *El Perseguido*, los individuos debían unirse todas las veces que quisieran llevar un acto a cabo pero una vez realizado el mismo el grupo debía disolverse. Los integrantes de un grupo no tenían por qué compartir ideas sobre todas las cuestiones que interesaban a los explotados, sino simplemente sobre aquella actividad que los convocaba. Los grupos surgían, en este sentido, más bien como un «mal necesario», en aquellos casos en que se necesitaba algún tipo de acción conjunta entre varios individuos para lograr un determinado fin. En la medida en que la organización de grupos se debía únicamente a la «voluntad espontánea» de los individuos que buscaban realizar un objetivo determinado, estaban fuera de cuestión cualquier tipo de reglamento, organización jerárquica o autoridades permanentes. Los grupos no eran otra cosa que un conjunto de individuos «en acción común para realizar algo», de modo tal que no podían concebirse «grupos sin acción». Una vez realizada la tarea que los había reunido, el grupo debía quedar disuelto, «si otro trabajo no atrae a los individuos».[17]

En momentos de mayor auge de la lucha de clases, y cuando era más notable el acercamiento de trabajadores a las sociedades de resistencia, los militantes antiorganizadores llegaron a plantear algunas posibilidades de organización «intermedia», a medio camino entre los grupos de afinidad y las sociedades gremiales de resistencia. Entendiendo que existían quienes buscaban «la unión de los trabajadores para conseguir el mejoramiento económico» proponían que aquellos obreros de cada gremio dispuestos a tomar la iniciativa convocasen a reuniones de trabajadores de su oficio, donde cada quien pudiera «emitir libremente su opinión sobre la cuestión social, tanto si es del gremio como si no lo es». En esas reuniones, de todos modos, no debía hacerse lista de asociados ni establecer cuotas de ninguna clase, sino limitarse a juntar donaciones voluntarias para los gastos más urgentes. El objetivo de ese tipo de reuniones sería precisa-

16. «Grupos de afinidades», *El Perseguido*, núm. 12, 21 de diciembre de 1890.

17. «Organización de los grupos», *El Perseguido*, año III, núm. 48, 25 de septiembre de 1892.

mente el de mostrar, a través de la discusión y la propaganda, que no sería «con reglamentos, con sociedades de resistencia, con aumento de jornal ni con disminución de horas de trabajo que pueden mejorar sus condiciones de esclavos del capital» sino «solamente destruyendo el sistema de organización social que convierte a unos en explotadores de otros y cambiándolo por otro en que todos sean productores y consumidores libres en común».[18]

La idea de los grupos de afinidad le permitió al anarquismo individualista darse una cierta estructuración organizativa que no fuera incompatible, desde su propia interpretación, con sus perspectivas libertarias. Debido a su propio carácter efímero y a su tendencia a adoptar diferentes denominaciones, resulta dificultoso elaborar un cuadro del conjunto de grupos que actuaron en Buenos Aires en esos primeros años de la década de 1890. Zaragoza Ruvira enumera a algunos cuya actividad resultó más destacada, como el citado «Los Desheredados», que tuvo un papel fundamental en la edición y difusión de *El Perseguido*, y otros como «La Expropiación», «Los Hambrientos», «Juventud Comunista Anárquica» y «Tierra y Libertad» (Zaragoza Ruvira 1996, págs. 135-137).

En cualquier caso, el período de apogeo del anarquismo individualista fue en los años inmediatamente posteriores a la crisis de 1890: a comienzos de 1892, por ejemplo, *El Perseguido* trazaba un balance positivo del desarrollo del anarquismo de vertiente individualista en Buenos Aires, destacando el desenvolvimiento de los diversos grupos de afinidad que se desarrollaban en la ciudad:

> «Grupos de compañeros –sostenían– han estado constantemente lanzando manifiestos, folletos, celebrando reuniones de controversia y haciendo toda clase de trabajos imposibles de enumerarlos todos, que procediendo por propia voluntad, llevan la propaganda por todas partes procediendo espontáneamente en todas las cosas sin consultar ni esperar la aprobación de nadie».

El artículo subrayaba que no se había perdido «ni un minuto en hacer un reglamento que debía ser violado a los pocos días, ni en elegir un presidente ni comisionado de ninguna clase». Al mismo tiempo recordaba que la vida efímera de la mayor parte de los grupos no era un síntoma de dificultades sino, antes bien, una manifestación de la vitalidad del espíritu comunista anárquico:

> «No es extraño ver funcionando al mismo tiempo diez, quince o veinte grupos cada uno con su objeto determinado y observar en otros momentos cuatro o seis solamente, por haberse disuelto los demás para organizarse otros nuevos (...). Tan pronto los individuos forman parte de unos grupos como de otros, a veces de varios al mismo tiempo y otras veces de ninguno».[19]

18. «Las organizaciones obreras», *El Perseguido*, año VI, núm. 89, 23 de agosto de 1895.

Cuestiones de táctica y polémicas con los socialistas

Los anarquistas individualistas desenvolvían una crítica a la idea, fuertemente defendida por los socialistas, de que a los trabajadores les faltara «unión». Para los editores del periódico libertario, no hacían falta «unión», ni organizaciones, ni «madurez», sino «coraje» y «audacia», y era allí donde se encontraba el aporte que podían hacer los anarquistas, a través de su propaganda y su prédica política. La posibilidad de llevar adelante una transformación revolucionaria residía en los mismos explotados. Los anarquistas debían ocuparse de despojarlos de ataduras organizativas que redundaban en comportamientos conservadores y de darle al pueblo la audacia que le hacía falta para llevar a cabo la «Revolución expropiativa, la que ha de fundar con sólida base la Sociedad Comunista-Anárquica».[20]

Un artículo del 22 de febrero de 1891, que llevaba como título «Táctica revolucionaria: una respuesta» –en referencia a una serie de notas tituladas «Nuestra táctica», publicadas por Germán Avé Lallemant en *El Obrero*– desarrollaba aún más esta perspectiva, en polémica con los socialistas. El artículo sostenía que la táctica fundamental para llegar al objetivo de la «expropiación» era la difusión constante de la propaganda anarquista entre los explotados. Según *El Perseguido*:

> «... si somos verdaderamente anarquistas, no tenemos más que propagar sin cesar entre el pueblo, esto es: en la casa, en el taller, en la taberna o el café; en reuniones o conferencias públicas o privadas; propagar clara y simplemente la expropiación de todos los productos que existen almacenados por unos pocos acaparadores en detrimento de la humanidad entera».[21]

A lo largo de todo el período se observa en *El Perseguido* y otros periódicos individualistas esta confianza, un tanto ingenua, en las posibilidades de esta difusión propagandística y pedagógica de las ideas anarquistas entre los trabajadores y el pueblo. Resulta interesante subrayar este énfasis

19. «Desenvolvimiento anárquico», *El Perseguido*, año III, núm. 34, 1 de enero de 1892.

20. «Lo que le falta», *El Perseguido*, núm. 6, 28 de septiembre de 1890.

21. «Táctica revolucionaria: una respuesta», *El Perseguido*, año II, núm. 16, 22 de febrero de 1891.

en la actividad propagandística porque pone de manifiesto que, a pesar del carácter belicoso de sus planteamientos, la propuesta de los anarquistas antiorganizadores de Buenos Aires de la primera mitad de la década de 1890 apenas dio lugar a actos violentos. Aun cuando la «propaganda por los hechos» era reivindicada en el papel, e incluso se celebraban los actos terroristas realizados en esos años por parte de anarquistas en Europa, lo cierto es que el eje de la actividad de los individualistas argentinos estaba puesto en la confianza en la capacidad redentora de la propaganda y la difusión pedagógica de los planteos libertarios como vía fundamental para abrir paso a la revolución social.

En el artículo antes citado, por ejemplo, se planteaba la convicción de que «si nosotros nos multiplicamos aquí y allá, haciendo o sosteniendo periódicos, hojas sueltas o manifiestos; es seguro que después del cambio de ideas que las discusiones nos reportarán, habremos conseguido un modo o acuerdo hasta cierto punto general». Al mismo tiempo, debido a esa agitación «que natural y espontáneamente producirán nuestros movimientos», el «espíritu revolucionario» se impregnaría en amplios sectores de trabajadores. De ese modo se llegaría, de modo no premeditado, al estallido tan esperado.[22]

Hay que tener en cuenta esta confianza en las capacidades pedagógicas de la propaganda para comprender la importancia que daban los antiorganizadores al problema de la «libre discusión» en las reuniones obreras. Zaragoza Ruvira sostiene que entre 1891 y 1894 se celebraban en Buenos Aires un promedio de quince reuniones semanales. Aunque se trata de una cifra difícil de comprobar, es indiscutible que este tipo de reuniones de discusión ocupaba un lugar fundamental en la actividad cotidiana de los núcleos libertarios, en las cuales se destacaban los principales militantes anarquistas activos en el período, como Rafael Roca, Francisco Denambride, Zacarías Rabassa y Bernardo Sánchez, entre otros. Es preciso distinguir, de todas formas, aquellas reuniones convocadas por los propios grupos libertarios de aquellas «controversias» que se entablaban con militantes socialistas: si en algunas ocasiones –sobre todo tempranamente, en 1890 y 1891– hubo asambleas de debate convocadas de manera conjunta por militantes de ambas posiciones políticas, más tarde lo habitual era que fueran los anarquistas quienes irrumpían en reuniones convocadas por los socialistas, intentando impulsar un debate público que estos últimos rechazaban. En efecto, el punto de la «palabra libre» en las reuniones obreras se convertiría durante este período en una cuestión planteada como delimitación de campos entre anarquistas y socialistas, en estrecha vinculación con la discusión sobre el carácter «autoritario» de todo tipo de organización: mientras los socialistas defendían el criterio de que en

22. Ibíd.

cada reunión o acto debían tomar la palabra solamente los convocantes y aquellos que previamente se hubieran acordado como oradores, los individualistas defendían el derecho a la «libertad de palabra», esto es a que cualquiera pudiera intervenir, todas las veces que lo considerara necesario, para defender sus ideas. En realidad, había algo más que un simple debate sobre formas de organización de las discusiones en las asambleas. El reclamo por la «palabra libre» era, por lo tanto, también una herramienta para la lucha política en la medida en que los anarquistas eran capaces de bloquear, a través del constante reclamo por el uso de la palabra, la realización de los *meetings* convocados por sus adversarios políticos.[23]

El anarquismo porteño ante las huelgas y las sociedades gremiales: polémicas internas y avance de los «organizadores»

Los antiorganizadores y su crítica a las huelgas

La crítica a todo tipo de organización permanente y la confianza en la acción pedagógica de la propaganda traían como consecuencia la crítica a las acciones huelguísticas por diferentes reivindicaciones que llevaban adelante distintos colectivos obreros. Los anarquistas indivualistas, en efecto, se oponían a las huelgas, en primer lugar, porque consideraban que no redundaban en ningún beneficio para los explotados: entendían que un eventual aumento de salarios solo podría mejorar la situación en forma temporaria, porque los patrones subirían el precio de los productos y la conquista obtenida desaparecería. Se trataba de una visión sumamente simplista de la estructura económica de la sociedad, pero que por otra parte se encontraba extendida en un período que había estado marcado por una importante carestía y donde buena parte de la conflictividad obrera –sobre todo antes de 1894-1895– tuvo como eje la demanda de incremento salarial.

En una época en que las huelgas solían definirse en favor de los patrones o de los obreros simplemente en razón de quién pudiera resistir más tiempo ante la falta de trabajo, *El Perseguido* reforzaba su argumento sosteniendo que en las huelgas los obreros entraban a la lucha «en condiciones desiguales», en tanto los patrones estaban en condiciones de resistir mucho tiempo más, y por ende salir victoriosos. Para *El Perseguido*, en suma, las huelgas representaban un «círculo vicioso», en la medida en que solo podían «procurar una mejora relativa y pasajera cuando establecen el des-

23. «Rebencazos», *El Perseguido*, año VI, núm. 75, 18 de enero de 1895.

equilibrio entre las corporaciones favoreciendo a unas y desfavoreciendo a otras».[24]

En la perspectiva de los anarquistas individualistas, las huelgas no contribuían a un desarrollo de la conciencia de clase sino que lo debilitaban. Según *El Perseguido*, las huelgas negaban «el principio de solidaridad»; una huelga, incluso ganada, no daba resultados positivos: en todo caso podría verse favorecido, en forma temporal, el oficio que hubiese desarrollado una huelga exitosa, pero este desenlace favorable no era una victoria sobre los patrones sino más bien contra la clase obrera tomada en su conjunto. Según el periódico, quien analizase las huelgas teniendo en cuenta el punto de vista «del bien general», se veía obligado a reconocer que no podían «cambiar nada al mal estado social que agobia a la clase obrera en general, sino favorecer a unos, y esto todavía momentáneamente, y perjudicar a los demás».[25]

Lo que se planteaba era una tarea proselitista y pedagógica para explicar a los trabajadores la diferencia entre los intereses de su gremio y aquellos, más elevados, del comunismo anárquico. Se oponían, incluso, a la solidaridad pecuniaria con los gremios que se encontraban en huelga, práctica muy común en la época: para *El Perseguido*, «el pedir, más que humillante es vergonzoso y la solidaridad pecuniaria es ridícula entre hambrientos». La única alternativa que podía plantearse era «apropiarnos de lo que necesitamos sustituyendo a la solidaridad por el dinero, la solidaridad de los actos».[26]

La oposición a la reivindicación de la jornada de ocho horas era un corolario lógico. Siguiendo el mismo razonamiento, *El Perseguido* argumentaba que la jornada de ocho horas no reportaría ningún beneficio a los trabajadores, en la medida en que «disminuyendo la mano de obra, los fabricantes tendrán buen cuidado de subir el precio a los artículos de primera necesidad, lo que ayudará a aumentar la miseria del obrero». Los capitalistas, por otra parte, tenían a su mano «el monopolio de la maquinaria para poder suplir en cincuenta veces más la producción suprimida de la mano de obra» en caso de que fuera obtenida la jornada de ocho horas.[27]

Esto no significaba que los antiorganizadores adoptaran siempre una actitud hostil a los gremios que se encontraban en plena lucha, en primer lugar porque defendían el derecho de «cada uno a defender su bien propio». Por otra parte, quienes hacían una reivindicación permanente de la ruptura con la pasividad a la que el régimen social sometía a los explotados consideraban progresiva cualquier reacción que llevara a la acción. En un razonamiento curiosamente similar al que desarrollarían algún tiempo después los socialistas bajo la influencia de Juan B. Justo, los anarquistas individualistas consideraban de algún modo a la huelga como una primera forma de reacción frente a las injusticias, cuyas limitaciones podían llevar a los huelguistas a hacer un balance que les permitiera encarar una forma de lucha superior:

> «... el que es activo puede errar desde el momento que hace algo, pero en lo sucesivo el desengaño sufrido le servirá de estímulo para perfeccionarse y salirse del mal camino para entrar resueltamente en el bueno. Pero de aquellos que nunca se indignan y todo lo sufren impasiblemente y todo lo dejan tal como está y no hacen nada con miras de un cambio, estos no son sino momias que sirven más bien de estorbo que no de compañeros, y entre estos y los huelguistas nuestras simpatías son para los huelguistas».[28]

Los anarquistas ante las sociedades gremiales

En directa relación con la posición a tomar respecto a las huelgas estaba el posicionamiento de los anarquistas con relación a las sociedades gremiales que surgían entre los trabajadores de diferentes oficios en la ciudad. En la medida en que eran fuertemente críticos de las huelgas y que la matriz ideológica que los definía como grupo era una radical oposición a las organizaciones permanentes, no es sorprendente que los editores de *El Perseguido* fueran duros críticos de las sociedades de resistencia. Para este periódico, se trataba de organizaciones que no presentaban ninguna utilidad: en caso de que un colectivo de trabajadores decidiera impulsar una huelga, no necesitaba nuclearse en sociedades de resistencia sino que era suficiente con la «acción espontánea». Una huelga particular podría ganarse en momentos de mucha demanda de trabajo, con la mera unión voluntaria y coyuntural de un colectivo de trabajadores: la pretensión de hacer permanente esa organización en el período posterior era caracterizada como un reflejo de la pura «ambición de ignorantes y charlatanes». *El Perseguido* subrayaba que no habría posibilidad de defender a través de este tipo de sociedades las condiciones salariales y laborales en los períodos de escasa demanda de trabajo, durante los cuales cualquier conquista obtenida se perdería.[29]

Al igual que ocurría con la crítica a las huelgas, el cuestionamiento a las sociedades gremiales cobraba importancia en las páginas del periódi-

24. «Las huelgas (conclusión)», *El Perseguido*, año III, núm. 49, 9 de octubre de 1892.
25. «Las huelgas», *El Perseguido*, año III, núm. 48, 25 de septiembre de 1892.
26. «Organizaciones y huelgas», *El Perseguido*, núm. 78, marzo de 1895.
27. «El 1º de Mayo», *El Perseguido*, año IV, núm. 69, 22 de abril de 1894.
28. «Las huelgas (conclusión)».
29. Ibíd.

co en los momentos de mayor ascenso obrero, cuando se hacía evidente que nuevos gremios se dotaban de sociedades de resistencia y se planteaba el problema de la política a adoptar frente a ellas. A fines de enero de 1895 *El Perseguido* comenzó a publicar una serie de artículos bajo el título «Organizaciones y huelgas» que ponían de manifiesto no solo la posición crítica del periódico respecto a ambos fenómenos sino al mismo tiempo el hecho de que el asociacionismo obrero estaba conociendo un importante desarrollo en la ciudad de Buenos Aires, ante el cual las posiciones de los anarquistas individualistas conocían mayores dificultades para desenvolverse. «Aquí también en la Argentina», admitía el periódico, «por impulso de unos ambiciosos o ilusionados, la idea de organizarse los obreros en sociedades de resistencia, y de hacer huelgas pacíficas, ha tomado un camino que creemos bien hacer resaltar su perniciosidad».[30]

En el marco de la reactivación de las luchas obreras, se volvía a plantear que la organización llevaba al rutinarismo y a coartar, en lugar de potenciar, la iniciativa de los trabajadores: se criticaba particularmente el camino recorrido por muchas sociedades incipientes, que consistía en recaudar fondos para poder preparar una eventual declaración de huelga en la cual los trabajadores tendrían dificultades para resistir la presión de los patrones.[31] *El Perseguido* resumía su posición planteando que consideraban que las sociedades gremiales «permanentes» no tenían razón de ser, en primer lugar porque acostumbraban a los trabajadores «a no salir del círculo vicioso que les han trazado sus opresores manteniéndola siempre en el terreno del autoritarismo». Era sobre todo esa dinámica organizativa que llevaba a las sociedades a nombrar secretarios, presidentes, estatutos, etc., lo que era particularmente cuestionado por los militantes libertarios, en tanto entendían que solo lograba «matar la iniciativa» de la mayoría de los trabajadores, que «duermen descansados esperándolo todo de la acción tutelar de aquélla».[32]

Le Cyclone, periódico individualista en lengua francesa, era otro ejemplo de esta crítica a las sociedades de resistencia. A fines de 1895, cuando ya se encontraba muy avanzado el proceso de organización de sociedades gremiales en numerosos oficios de la ciudad, el periódico llamaba «a los compañeros que aún permanecen sindicalizados a redoblar la apuesta descentralizadora».[33] En la misma línea, a comienzos del año siguiente el órgano libertario francés advertía que, si bien la intención de los trabaja-

30. «Organizaciones y huelgas», *El Perseguido*, año VI, núm. 76, 27 de enero de 1895.

31. «Las organizaciones obreras», *El Perseguido*, año VI, núm. 89, 23 de agosto de 1895.

32. «Los gremios», *El Perseguido*, año III, núm. 50, 23 de octubre de 1892.

33. «Mouvement social», *Le Cyclone*, núm. 3, 28 de diciembre de 1895, traducción nuestra.

dores al ingresar en las sociedades gremiales era honesta, pues buscaban mejorar su situación económica, dentro de ellas eran campo de maniobra de «los ambiciosos que toman las riendas de los gremios y prohíben, a través de absurdos reglamentos, todas las discusiones, las cuales, según ellos, no son de interés de los agremiados». La conclusión era que los trabajadores debían rechazar esos ámbitos donde primaban «las lecturas de reglamentos nuevos, unos más tontos que otros, la enloquecedora monotonía de las reuniones y la continua sucesión de cotizaciones mensuales, que en general no sirven sino para entretener a aprovechadores».[34]

Del mismo modo que entendían que se debía diferenciar la posición sostenida sobre las huelgas de aquella desarrollada respecto a los huelguistas, los anarquistas individualistas intentaban distinguir su crítica a cualquier tipo de organización permanente en general y a las sociedades gremiales en particular de la postura a adoptar respecto a las sociedades realmente existentes, en los cuales debían dar una lucha política y no declararse prescindentes.[35] Así como las huelgas podían tener un carácter progresivo solo en la medida en que llevaban a los trabajadores a la acción, los militantes debían intervenir en los gremios para lograr que se convirtieran en «escuelas revolucionarias», donde los trabajadores practicaran «en todas sus acciones el modo de obrar más liberal que hasta hoy se ha conocido».[36]

Dado que consideraban que la libre discusión era el modo principal a través del cual se desarrollaría la conciencia comunista anárquica entre los explotados, los militantes libertarios pensaban que el único aspecto positivo que podrían ofrecer estas organizaciones obreras era la posibilidad de dar ocasiones para desarrollar ante una audiencia obrera este tipo de posiciones. A partir de estas consideraciones, e insistiendo en ese permanente énfasis en las posibilidades que abría la labor propagandística y pedagógica sobre los trabajadores, *El Perseguido* recomendaba a sus seguidores intervenir en las sociedades gremiales para promover la difusión de las ideas comunista-anárquicas y cuestionar las formas organizativas que consideraban «autoritarias».

34. «Rétrospective», *Le Cyclone*, núm. 4, 20 de enero de 1896, traducción nuestra.

35. *El Perseguido* aclaraba explícitamente que «cuando hablamos en contra de las sociedades estatuitas, no queremos decir que en los gremios no hay nada que hacer y que deben quedarse inertes y en un silencio sepulcral; ni tampoco queremos decir que sin ton ni son deben lanzarse a la calle para armar alboroto y gritería (como lo han dicho y lo van diciendo algunos ignorantes)». «Los gremios», *El Perseguido*, año III, núm. 50, 23 de octubre de 1892.

36. «Los gremios», *El Perseguido*, año III, núm. 50, 23 de octubre de 1892.

El avance de los «organizadores»

A medida que la actividad obrera se fue revitalizando, encontramos a *El Perseguido* en una posición cada vez más incómoda, profundizando los ataques a los episodios huelguísticos que se hacían más asiduos y al mismo tiempo contaban con una influencia cada vez menor de los militantes antiorganizadores. En la sección «Rebencazos», tradicionalmente dedicada a comentarios irónicos, del número del 1 de enero de 1892, por ejemplo, podía leerse que los trabajadores del ferrocarril de Campana habían concluido una huelga de unos quince días, sin obtener ninguna conquista, ante lo cual *El Perseguido* acotaba que «les esta[ba] bien empleado. ¿Quién les manda pedir aumento de jornal? Si no les alcanza para comer que se coman a los accionistas de la compañía [sic] y con eso disminuyen sus verdugos al mismo tiempo que satisfacen sus necesidades».[37] En un artículo de la misma sección de mediados de ese año, con referencia a una huelga en una fábrica de cigarros, se planteaba que «lo mejor en estos casos es, cuando surge una cuestión con un patrón, en el mismo momento, romperle un brazo, una pierna o la tapa del pecho, y después si se pierde la huelga no se ríe el patrón y tiene cuidado para otra vez».[38] En diciembre de 1894 se cuestionaba la huelga llevada adelante por los trabajadores de los talleres mecánicos de Basch y Rodríguez como «una gran macana». En este caso *El Perseguido* incluía por primera vez una distinción que señalaba que las huelgas, en caso de hacerse, debían ser «violentas», lamentando que los obreros todavía creyeran «en la legalidad, en las sociedades de resistencia y nada más».[39] También *Le Cyclone* aclaraba que «no condenaban las huelgas», pero que ellas debían tener «el carácter de rebelión del pobre contra el rico, del gobernado contra el gobierno, del explotado contra el explotador»: se trataba de «ir a la huelga, pero no respetar las formalidades legales, como reclaman los socialistas burgueses y los dirigentes burgueses».[40]

Hacia 1894-1895 se hacía evidente que la crítica de los individualistas a quienes buscaban desarrollar las sociedades de resistencia no implicaba solamente una polémica con los socialistas sino también con aquellos anarquistas que actuaban dentro de las asociaciones obreras. *El Perseguido* daba cuenta, en efecto, de la existencia de un debate entre los anarquistas con todo un sector de militantes que era partidario de promover las sociedades gremiales: el periódico lamentaba que hubiese anarquistas que planteasen «que el movimiento de los gremios obreros puede ser de un

37. «Rebencazos», *El Perseguido*, año III, núm. 34, 1 de enero de 1892.
38. «Rebencazos», *El Perseguido*, año III, núm. 43, 16 de junio de 1892.
39. «Rebencazos», *El Perseguido*, año V, núm. 73, 12 de diciembre de 1894.
40. «Retrospective».

gran provecho para la revolución social, si los anárquicos entran en esas sociedades estatuitas y favorecen su organización».[41]

Ocurre que del mismo modo que la oposición a las huelgas dificultaba seriamente el desarrollo de los anarquistas individualistas en un período en el que crecientes sectores obreros desarrollaban conflictos reivindicativos, la hostilidad a las organizaciones en general y a las sociedades gremiales en particular los colocaba en una posición muy difícil frente al desenvolvimiento de sociedades de resistencia en la casi totalidad de los oficios de la ciudad. Si en 1890 se había producido un cambio de ciclo con la partida de Malatesta y el desarrollo de diversos núcleos de militantes de orientación antiorganizadora que hegemonizaron el movimiento libertario en los años de reflujo, para 1893 la situación estaba volviendo a sufrir un cambio. Durante ese año los anarquistas antiorganizadores sufrieron un fuerte golpe con la muerte de dos de sus principales referentes, Rafael Roca y Luigi Gervasini, que murieron muy jóvenes, por distintas enfermedades, con pocos meses de diferencia. A esto se sumó un clima de persecución contra los anarquistas, al calor del impacto generado por una serie de atentados realizados en Europa, que se plasmó en algunas espectaculares denuncias de «complots» que incluían la preparación de explosivos –nunca probados– artículos en los principales periódicos comerciales y, como corolario, una fuerte represión gubernamental. En un año dominado por el estado de sitio declarado por el gobierno como respuesta a los levantamientos de la Unión Cívica Radical, se produjo un importante avance represivo contra las fuerzas libertarias locales. En diciembre de 1893 fueron detenidos y deportados, por orden del ministro del Interior Manuel Quintana, un grupo de militantes anarquistas que había tenido una destacada participación en el movimiento libertario en esos años, entre los cuales se contaban Bernardo Sánchez, José Ragazzini y Francisco Denambride.

El anarquismo individualista porteño acusó el golpe. Con la desaparición de Rafael Roca y las deportaciones de otros militantes, *El Perseguido* se vio desprovisto de algunos de sus principales redactores: el impacto de la pérdida puede observarse al analizar los periódicos del período posterior, que comenzaron a salir más esporádicamente y con artículos de menor elaboración. El cambio de época en el movimiento libertario, de todos modos, no estaba relacionado solamente con el clima de represión y persecución, sino fundamentalmente con la situación difícil que se les abría a los antiorganizadores para llegar a la clase trabajadora en momentos en que empezaban a reactivarse las huelgas y sociedades obreras.

En este cuadro los socialistas lograban, como veremos en el siguiente capítulo, ampliar su influencia en las nacientes sociedades obreras. El problema fue advertido muy tempranamente por Eduardo Gilimón, un tes-

41. «Los gremios», *El Perseguido*, año III, núm. 50, 23 de octubre de 1892.

tigo y participante privilegiado de estos acontecimientos –había comenzado su militancia en las filas socialistas, donde llegó a ser director de *La Vanguardia*, y luego se convertiría en uno de los principales referentes del movimiento anarquista local– quien planteaba en sus memorias escritas a comienzos del siglo XX que la lucha política con los socialistas tuvo un papel fundamental a la hora de explicar el cambio de táctica en muchos militantes libertarios. Gilimón caracterizaba, en efecto, que la acción de los socialistas fue «un factor importante en el triunfo decisivo de los organizadores», en tanto los anarquistas «veían al pueblo ir a engrosar las sociedades obreras fundadas por sus adversarios» y temían que «llegase un momento en que la propaganda del anarquismo no se pudiese efectuar con probabilidades de éxito por estar sugestionados y catequizados los trabajadores por los propagandistas socialistas» (Gilimón 1971, págs. 31-32).

Oddone (1949) y también Oved (2013) vincularon el giro en la orientación política de los anarquistas en la llegada al país de Pietro Gori, destacado propagandista libertario italiano que llegó al país en 1898 y jugó un papel fundamental en la consolidación del anarquismo como una fuerza influyente en el movimiento obrero local del cambio de siglo. Pero si la importancia de Gori es indiscutible, no hay que perder de vista que el cambio de orientación estaba procesándose desde antes de su llegada al país. Zaragoza Ruvira caracterizó que es hacia mediados de 1894 cuando puede advertirse ya, de modo sostenido, «una ofensiva de los organizadores» que parecían temer «por el futuro del movimiento o por el callejón sin salida al que los individualistas lo podrían llevar con su apología del terrorismo y de la violencia». Según Zaragoza Ruvira, por otra parte, el debate en Argentina replicaba lo que ocurría en Europa, donde «acababan los días del individualismo y una "nueva táctica" se abría camino, promovida, entre otros, por los anarcosindicalistas franceses y por Malatesta» (Zaragoza Ruvira 1996, pág. 158).

Las dificultades que enfrentaban los antiorganizadores eran evidentes. *La Anarquía* trazaba un balance muy sombrío de lo ocurrido durante el año 1896: se lamentaban del «gran desaliento moral y material» que encontraban en el movimiento obrero, así como del «indiferentismo que se ha apoderado de los compañeros de América». El retroceso de los militantes libertarios de orientación individualista era admitido por los editores del periódico platense y podía observarse en las caídas notadas en las listas de suscripción de su publicación y de otras de similar orientación.[42] En 1896, por otra parte, se produjo una escisión en el comité redactor de *El Perseguido*, que de hecho no logró salir a luz entre abril y diciembre de ese año, precisamente un período en el cual la aguda conflictividad social llevó

42. «A los anarquistas de toda la República», *La Anarquía*, año III, núm. 19, 1 de enero de 1897.

a una generalización de la actividad huelguística y a profundas discusiones en el seno de las filas libertarias. Quienes abandonaron el periódico, encabezados por Manuel Reguera y con la participación de Gregorio Inglán Lafarga –quien luego sería director de *La Protesta Humana*– comenzaron a editar *La Revolución Social* en febrero de 1896. El nuevo periódico reivindicaba el comunismo anárquico y no llegaba a plantear una ruptura con la orientación individualista, pero tenía un tono más moderado que *El Perseguido*, que obedecía a ese nuevo contexto que impactaba sobre las posiciones de los libertarios de Buenos Aires.

En su primer número, *La Revolución Social* planteaba una postura crítica respecto a las huelgas entonces en curso, dirigidas por los socialistas. El periódico señalaba su desagrado con la dinámica que tomaban las huelgas, en las cuales no se permitía que obreros de otros oficios participasen en las asambleas de huelguistas y se dedicaban muchos esfuerzos a recaudar fondos «que no llegan a unos miserables pesos para oponerse así a los millones que han proporcionado con su sudor a los patrones». Las posiciones de este periódico, no obstante, mostraban matices respecto a los planteamientos más intransigentes de los anarquistas individualistas en el período anterior. Respecto a la huelga general, el periódico advertía a los trabajadores «que no se ablandan guijarros con ruegos», poniendo de manifiesto que entendían que los trabajadores debían estar preparados para enfrentar la resistencia de los burgueses con métodos violentos.[43] A fines de agosto, anunciaba que «no somos y somos [sic] partidarios de las huelgas»: por un lado se manifestaban en contra de las huelgas que se limitaban a reclamar aumento salarial o reducción de horas de trabajo, en tanto en esos casos «el lápiz soluciona el problema» a través de aumentos de precios u otras medidas por las cuales los patrones descargaban los cambios sobre los trabajadores. Por otro lado, los editores argumentaban que apoyaban las huelgas en los casos en que tomaran un carácter generalizado y revolucionario, cuando «los obreros, en fin, abandonan el trabajo y todos por todas partes se lanzan a la conquista de su pan y su libertad, sin timoneros, sin cabecillas y si se presentan los descabeza». La que reivindicaban era

> «... la huelga que se hace y se abra paso por la tremenda y no le arredre el sable del polizonte, el plomo del soldado ni el estruendo del cañón, que luche, y luche puñal en mano, la dinamita, la tea incendiaria, que la carnicería y el fuego asolador no cese entre gritos y lamentos hasta reducir en escombros y cenizas los palacios, cuarteles, audiencias, títulos de propiedad de nobleza y privilegios manchados y pestilentes con la grasa de toda la burguesía y sus auxiliares, concluyendo para siempre

43. «La huelga general», *La Revolución Social*, núm. 6, 31 de mayo de 1896.

> con esa langosta devastadora que tantos siglos se ha robustecido con el sudor, las lágrimas y la sangre del proletariado, quedando la humanidad libre y emancipada de todos sus derechos naturales...».[44]

En cualquier caso, en las páginas de *La Revolución Social*, como en otros órganos libertarios de este período, se advertía el fuerte impacto generado por la gran movilización obrera de esa primavera de 1896. A diferencia de lo que ocurría con periódicos libertarios en el período inmediatamente anterior, las crónicas de la huelga ocupaban un lugar muy destacado. Como era habitual, lamentaban que las huelgas se mantuvieran en el marco de la legalidad, pero celebraban en cualquier caso, que en las reuniones que se celebraban diariamente los anarquistas se encargaban «de templar las reblandecidas fibras que los socialistas con sus arengas se ocupan en enfriar». En septiembre otro importante artículo de fondo sentaba una posición crítica respecto a las huelgas, pero para concluir que se trataba en última instancia de un debate secundario porque lo fundamental era el levantamiento y la reacción de los trabajadores que estaba en pleno desarrollo. El periódico recordaba que la generalización de las huelgas que tenía lugar en el país no era un fenómeno nuevo a nivel internacional, y que los anarquistas ya habían marcado desde tiempo atrás sus limitaciones y «los funestos resultados del sistema de emanciparse por partes», motivo por el cual eran partidarios de «la total reforma de la sociedad por el procedimiento de la Revolución Proletaria». Planteaban a continuación, de todas formas, que en cierto sentido la revolución social no era «otra cosa que una formidable y violenta huelga general del trabajo», dando a entender que la diferencia era precisamente el comportamiento violento e insurreccional que debía tener la movilización de los explotados. El punto fundamental que se quería destacar, de todas formas, era la reacción obrera que estaba en curso:

> «Bueno es, empero, que nuestros compañeros de infortunio den señales de vida y se preocupen de la desgracia que al mundo productor nos ha cabido en suerte; esto es lo primordial; la manera como hemos de solucionar nuestras insoportables gabelas, pertenece al orden secundario, y se encargará muy doctamente de demostrárnoslo las instituciones reinantes, evitándonos la discusión».[45]

Si en *La Revolución Social* ya se advertía el cambio de época, otros periódicos eran más explícitos: una de las publicaciones que jugó un rol desta-

44. «Sobre las huelgas», *La Revolución Social*, núm. 10, 30 de agosto de 1896.

45. «La cuestión palpitante», *La Revolución Social*, núm. 11, 16 de septiembre de 1896.

cado en este período fue *L'Avvenire*, redactado en idioma italiano, que había comenzado editándose en San Pablo entre noviembre de 1894 y agosto de 1895 y luego empezó a aparecer en Buenos Aires, cuando sus editores debieron exiliarse en nuestro país. El primer número se lanzó en noviembre de 1895 y continuó publicándose hasta 1903, convirtiéndose así en el segundo periódico anarquista de mayor duración en Argentina (Zaragoza Ruvira 1996, pág. 161).

L'Avvenire se convirtió en uno de los referentes de un explícito llamado a cambiar el rumbo y reorientar la actividad del anarquismo local. Si bien admitía que las características mismas del pensamiento libertario, muy amplio y muy vasto, dificultaban la delimitación de un determinado programa de lucha, a mediados de 1896 *L'Avvenire* subrayaba que «ciertos hechos han demostrado lo suficiente que no se puede dejar nada de lado, que sobre todo no se puede permanecer segregados del movimiento obrero, dentro del cual debemos buscar nuestra fuerza». El periódico consideraba que tan imprudente como «determinar sistemas que a fuerza de sistematización se atrofian» era «rechazar a priori todos los sistemas, porque eso se convierte en un nuevo sistema: el de la negación». Y continuaba advirtiendo que «la manía de la novedad, la exagerada intolerancia, nos han conducido muchas veces a este error, debido al cual nos hemos encontrado muchas veces aislados, fuera del campo de batalla en el cual debemos permanecer siempre».[46]

El principal problema, caracterizaban los editores, era que habían «descuidado mucho las organizaciones obreras» y ello había sido aprovechado por los socialistas, que se habían «apoderado y tienden a apoderarse cada vez más de las organizaciones obreras acariciándolas, engañándolas, adulándolas para arrastrarlas a secundar sus ambiciosos objetivos». Reconocía que los socialistas se habían «introducido en todas estas sociedades o las han creado, y crean cada vez que pueden, forman parte de las comisiones directivas, intentan tener el control de su prensa».

En este punto la reorientación propuesta por *L'Avvenire* era clara: constituía un error que los anarquistas se limitasen a criticar las sociedades obreras y «pedir su demolición». A pesar de esas protestas las sociedades gremiales proseguían su curso y crecían día a día. Incluso había ocurrido que en muchas sociedades se prohibía la palabra a los anarquistas, «creyéndolos enemigos acérrimos de los obreros». Se planteaba por lo tanto que los militantes libertarios diesen un giro en su intervención, dándose la tarea de «penetrar en todas las sociedades obreras para oponer a la obra mistificadora de los socialistas autoritarios la propaganda incesante, lógica, ardiente de la idea anarquista». La participación de los anarquistas

46. «La propaganda nelle associazioni operaie», *L'Avvenire*, núm. 11, 22 de agosto de 1896.

debía procesarse incluso en aquellas sociedades que no respondían a sus ideas, del mismo modo que tenían planteado desarrollar su actividad política y vivir en un mundo «que es la negación de nuestro ideal». A diferencia de los militantes de vertiente individualista, los editores de *L'Avvenire* argumentaban que las «asociaciones viven y crecen por necesidad histórica y económica», y que aunque tuviesen «muchos defectos, porque en una sociedad defectuosa y corrupta como la nuestra nada puede ser perfecto», contenían «el germen de la solidaridad futura, principio que nosotros debemos tratar de desarrollar en estas asociaciones».

Sobre la base de estas consideraciones, se planteaba la tarea de dedicarse «con empeño a esta tarea de propaganda, actuando de manera de no despertar ni desconfianza, ni ira, ni reacciones de parte de las mayorías inexpertas, y buscando ganar simpatías y adhesiones». Actuando de ese modo, confiaban los anarquistas de *L'Avvenire*, «en poco tiempo la base de operaciones de los socialistas sería removida y podríamos consolidar la nuestra, de manera de encontrar el punto de apoyo para derribar el muro de opresión que somete a la humanidad». Concluían:

> «Que nuestra consigna sea: ¡hacia las sociedades obreras! Y que en todas ellas se trate de formar un grupo especial para hacer fuerza en las discusiones, en las deliberaciones, para distribuir periódicos, opúsculos, etc y para conquistar siempre nuevos compañeros».[47]

Junto con *L'Avvenire*, el otro periódico que jugó un papel fundamental en la reorientación del anarquismo local a mediados de la década de 1890 y preparó el camino para la definitiva consolidación de los «organizadores» fue *El Oprimido*, editado por el anarquista irlandés Juan Creaghe en Luján y en Buenos Aires a partir de 1894. Creaghe constituye una de las figuras más importantes del movimiento libertario local del período: nacido en Dublin en 1841, estudió medicina en su país antes de emigrar a Estados Unidos a mediados de la década de 1860. Retornó luego a Europa y ya volcado a las ideas anarquistas trabajó como médico en barrios obreros de Sheffield, donde editó el periódico *The Sheffield Anarchist*, a comienzos de la década de 1890. En 1892 llegó a la Argentina y se instaló en la ciudad de Luján, donde tenía su consultorio médico y animaba reuniones y círculos libertarios: en 1894 comenzó a editar *El Oprimido*, que pronto se convirtió en eje de un debate dentro de las filas anarquistas en torno a la cuestión de la moral revolucionaria (véase Zaragoza Ruvira 1996, págs. 174-179).

Para *El Oprimido*, las huelgas podían no ser «racionales» pero eran inevitables, y no tenía sentido oponerse a ellas: aunque «el raciocinio las rechaza», la organización social vigente «las determina de modo fatal». En la

47. Ibíd.

medida en que no se cambiara «por completo el régimen existente», las huelgas serían imposibles de evitar, y representaban además «la única arma eficaz que el obrero puede oponer a la avaricia del capitalista». Esta perspectiva, que advertía el lugar que ya ocupaba de manera indiscutible la conflictividad obrera en Buenos Aires, le permitió al periódico publicado por Creaghe plantear una perspectiva que lograba empalmar mejor con las tendencias que surgían entre los trabajadores.

El Oprimido sostenía, en efecto, que eran infructuosas todas las argumentaciones que pretendiesen hacer ver a los trabajadores la inutilidad de las huelgas. Dijeran lo que dijesen los anarquistas,

> «... lo que el obrero sabe, lo que ve, lo que palpa, es que desde el momento que se descuenten dos pesos cada semana, se le añadirán más miserias a las muchísimas que tiene ya que soportar, y por esto protesta, se rebela, se declara en huelga con la esperanza de poner coto a las demasías del insaciable explotador».[48]

En este contexto, la posición que debían asumir los anarquistas era intervenir en el movimiento huelguístico –y por extensión, también en las sociedades gremiales– para darle un carácter revolucionario a la inevitable reacción obrera frente a los ataques de los explotadores. Creaghe sostenía que combatir las huelgas era «malgastar tiempo y esfuerzos que pueden ser debidamente aprovechados». Se trataba de «impulsarlas, darles nuestro apoyo, hacerlas revolucionarias, no precipitarlas sin tón ni són, ni dejarlas faltas de recursos, ni considerarlas fracasos porque mientras ha durado no se ha hecho un ramillete de cabezas de burgueses». El objetivo debía ser impulsar las protestas, «no negar jamás los recursos para que pueda ser eficaz y juzgarla a toda hora desapasionadamente». Para Creaghe, tenía que ver con todo un modo de encarar la relación con los trabajadores: los anarquistas no debían «arrastrar al pueblo, sino empujarle». Llamaba a los anarquistas a «no engañar a los trabajadores asegurándoles que su mejora depende de reunir fondos bastantes para luchar contra el enemigo, ni presentar como cosa fácil la constitución de una potente organización donde cobijarnos todos y de la cual podamos valernos para todas nuestras luchas». En este cuadro, concluía,

> «... toda lucha entre el capital y el trabajo, toda huelga pequeña o grande, salga triunfante o derrotada, será de resultados excelentes porque enconará más los ánimos entre obreros y capitalistas, porque nos adiestraremos en la pelea y porque, al fin,

48. «Las huelgas», *El Oprimido*, núm. 18, 23 de agosto de 1896.

> nos hará comprender que el camino más corto y más despejado para llegar a la sociedad igualitaria por todos anhelada es el de la revolución social».[49]

La posición favorable a intervenir y desarrollar las huelgas implicaba también la decisión de participar en las sociedades gremiales. Para el periódico era fundamental que los anarquistas hicieran «causa común con los huelguistas», aun cuando ello los obligase a sumarse a las sociedades de resistencia, en la medida en que solo si eran capaces de ejercer su influencia sobre ellas podrían «empujar a la masa por las vías revolucionarias, que son las más prácticas para llegar a la meta de nuestras aspiraciones, o sea conseguir que el proletariado se vea de una vez para siempre libre de las garras de la explotadora burguesía».[50] En el número siguiente, la nota principal planteaba que

> «... a nosotros nos toca ahora no abandonar a los obreros unidos, penetrar en el seno de sus corporaciones para ayudarles en la tarea emprendida, aprovechando toda ocasión propicia para inculcarles nuestras regeneradoras ideas, valiéndonos siempre de argumentos razonables, convincentes, en la seguridad que, obrando así, les acostumbraremos en la táctica enérgica, revolucionaria, indispensable para la conquista de toda reforma en el orden económico, y además haremos un buen número de prosélitos que vendrán a ayudarnos en nuestra tarea, ardua por cierto, de hacer comprender a la masa aquella verdad solemne de que para conseguir su completa emancipación tiene que derribar de sus pedestales a los ídolos de la sociedad presente y establecer el anarquismo en su más adelantada escuela».[51]

Al concluir con una derrota la «huelga grande», hacia fines de 1896, los periódicos partidarios de la organización dejaron ver cierta inquietud por el desenlace y volvieron a plantear sus posiciones respecto a los límites de la huelga como herramienta de lucha. En su número del 20 de septiembre, *El Oprimido* cuestionó el fracaso de la huelga de los panaderos y lamentó que «los pobres esclavos» hubieran vuelto «a ponerse otra vez bajo el yugo», recordando que nunca podría conseguirse nada «con huelgas pacíficas dentro de la legalidad burguesa». A pesar de este balance, el periódico dejaba claro que continuaba promoviendo la intervención activa en las organizaciones obreras. En efecto, aunque reconocían que el movimiento

49. Ibíd.
50. «Movimiento social», *El Oprimido*, núm. 18, 23 de agosto de 1896.
51. «Movimiento fructífero», *El Oprimido*, núm. 19, 6 de septiembre de 1896.

huelguista tocaba a su término, recordaban a los militantes que aun cuando hubiera concluido el conflicto no debían alejarse de las sociedades de oficios: «antes al contrario», recomendaban, era «conveniente enrolarnos en ellas y ejercer allí en todo lo posible nuestra influencia en el terreno de las ideas».[52]

L'Avvenire, por su parte, sacó como consecuencia de la huelga un balance crítico del comportamiento de las sociedades de resistencia respecto a la huelga general. A diferencia de lo que ocurría con los planteos de los anarquistas individualistas, el periódico en este punto cuestionaba a las asociaciones gremiales por no haber llevado a fondo el planteo huelguístico, unificando los diferentes conflictos parciales en una huelga general. Los editores de *L'Avvenire* consideraban que ninguna de las sociedades de resistencia había «demostrado estar a la altura de las circunstancias» ni «comprendido la importancia del movimiento», que era «propicio para alimentar la llama de la sublevación que nunca como ahora sopló en la clase obrera»; denunciaban que ninguna había sabido «aprovecharse de circunstancias tan favorables para tomar parte en esa lucha que está escrita en sus programas». Lo interesante del balance trazado por *L'Avvenire*, que da cuenta de la reorientación que estaba en curso en el trabajo de los anarquistas, es que el cuestionamiento a las sociedades de resistencia no se planteaba en relación al hecho de que fomentaran la organización para las luchas reivindicativas, como era común en los planteos de los individualistas, sino en cuanto a la incapacidad que habrían mostrado para llevar adelante una radicalización de la actividad huelguística.[53]

✠✠✠

Los balances que trazaban periódicos como *El Oprimido* y *L'Avvenire*, a fines de 1896, son una muestra del cambio de época que estaba culminando de procesarse en las filas del movimiento libertario local. El ascenso huelguístico de 1888 y 1889 había permitido a los primeros núcleos anarquistas de Buenos Aires vincularse más estrechamente con el movimiento obrero, llegando incluso a actuar en conjunto con militantes socialistas en el marco de diversos conflictos. Se trató de un proceso en el cual jugó un papel predominante Errico Malatesta, quien puso sus dotes de agitador y propagandista al servicio de un intento de fusionar a los nacientes núcleos libertarios locales con las comisiones y sociedades obreras que estaban en pleno desarrollo. Luego de la partida de Malatesta se abrió en el movimiento anarquista local un período de crisis y dispersión: en los años posteriores cobró fuerza la corriente individualista, que defendía una postura

52. *El Oprimido*, núm. 20, 20 de septiembre de 1896.
53. «Le Associazioni Operaie di Buenos Aires e gli scioperi», *L'Avvenire*, año II, núm. 12, 13 de septiembre de 1896.

fuertemente opuesta a la actividad huelguística y a la participación en las sociedades gremiales.

En Argentina, como vimos, la línea divisoria entre diferentes grupos anarquistas no pasó tanto por la divergencia entre colectivistas y comunistas anárquicos acerca de las características que debía tomar la sociedad posrevolucionaria, sino en torno a la cuestión de la necesidad o no de la organización. Estos debates, en cualquier caso, deben ponerse en relación con el contexto más general en el cual se producían: un marco de retroceso de la agitación obrera que se extendió por lo menos entre 1890 y 1893. El período de reflujo coincide con los años de mayor desarrollo de *El Perseguido*, la publicación de orientación individualista más destacada y en torno de la cual se agruparon los más destacados militantes libertarios antiorganizadores en el período.

En *El Perseguido*, aún más que en otros periódicos libertarios, los planteamientos comunista anárquicos y contrarios a la organización llevaban no solo a un rechazo de las sociedades gremiales y las acciones huelguísticas sino incluso a una interpelación que no se dirigía a los trabajadores en términos de clase sino en un nivel más general de «oprimidos» y «explotados». En este sentido, el papel jugado por los anarquistas antiorganizadores en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores de la urbe fue contradictorio. Por un lado, desarrollaron una fuerte agitación política para superar las limitaciones de la conciencia de oficio o corporativa de los diferentes gremios. Por el otro, sin embargo, no lo hacían para plantear una identidad que los unificara como «trabajadores» sino con una perspectiva que buscaba desarrollar una conciencia «comunista anárquica» entre los «explotados». Tal como ha señalado Juan Suriano, de todos modos, en el contexto de fuerte represión y profunda crisis económica y social, «aun cuando el comunismo anárquico local no era clasista, de hecho la práctica anarquista incentivó la lucha de clases al impulsar el enfrentamiento entre capital y trabajo como dos elementos sin posibilidad de conciliación» (Suriano 2001, pág. 54).

Cuando hacia 1894 comenzó a reactivarse la agitación obrera y la actividad huelguística dio nuevo vigor al proceso de organización en torno a sociedades de resistencia y de delimitación de una identidad clasista, los anarquistas antiorganizadores se encontraron con serias dificultades para empalmar con los reclamos de un movimiento obrero que ponía en primer lugar la lucha por sus reivindicaciones. Desde 1894 comenzamos a encontrar evidencias de un giro en las posiciones de diversos núcleos libertarios, que advertían que los planteamientos individualistas los colocaban en una posición desventajosa para acercarse al movimiento obrero en una etapa en la cual se reactivaba la agitación huelguística y los socialistas desarrollaban una intensa actividad. A través de periódicos como *El*

Oprimido, *L'Avvenire*, *La Questione Sociale* y *La Revolución Social* comenzó a perfilarse la tendencia «organizadora», que proponía una nueva perspectiva respecto a la táctica a adoptar frente a las huelgas y a las sociedades gremiales. Si bien compartía con los planteos individualistas el punto de vista comunista anárquico y no dejaba de considerar que las luchas reivindicativas no eran el objetivo último de los militantes libertarios, la nueva tendencia, cuyo más claro exponente fue en este período el médico irlandés Juan Creaghe, impulsaba una política de activa participación en las sociedades gremiales, al tiempo que valoraba más positivamente las huelgas, en particular la huelga general, como episodios que podían fortalecer las tendencias de lucha de los trabajadores en el camino de la revolución social.

Si ya desde mediados de 1894 se encuentran rastros de estos replanteos en un conjunto de periódicos libertarios, en el bienio posterior el proceso se profundizó, al calor de la aceleración de la agitación huelguística y las crecientes dificultades que enfrentaban los individualistas. El proceso de consolidación de los organizadores en el seno del movimiento anarquista local se profundizaría en los años siguientes, particularmente en torno a la publicación de *La Protesta Humana*, cuyo primer número apareció en junio de 1897. Si en trabajos como los de Gonzalo Zaragoza Ruvira o Iaacov Oved este avance de la tendencia organizadora ha sido detalladamente estudiado, en este capítulo buscamos subrayar que para el cierre del período inmediatamente anterior, que es el objeto de estudio de este libro, ya se habían dado pasos decisivos en el sentido de un vuelco de la actividad anarquista que se alejaba de los postulados individualistas y se vinculaba más estrechamente al movimiento obrero. Con esa reorientación, el anarquismo local se encontraría en mejores condiciones de disputar una hegemonía en el seno de la clase trabajadora al naciente socialismo local. Tal como señalara Gilimón, de todos modos, la actividad y la presencia –que se mantuvo en los años posteriores, si bien en posiciones marginales– del anarquismo de orientación antiorganizadora no dejó de tener consecuencias en las características que adoptó el movimiento libertario local en su conjunto. En efecto, si bien no habían conseguido imponer sus perspectivas, «obligaron con su tenaz campaña a los organizadores a conservar dentro de los gremios obreros fuertemente marcada su filiación y tendencia anárquica», en tanto «la crítica pertinaz, la censura constante, impidió que los organizadores cayeran dentro de las sociedades de resistencia en el gremialismo más estrecho, y conservaron su carácter de anarquistas dando a las sociedades de resistencia en que actuaban un marcado carácter anárquico» (Gilimón 1971, pág. 32).

Capítulo 8

La lucha de clases en los noventa y la formación del Partido Socialista. De las agrupaciones al partido

Este capítulo busca proveer una interpretación global del complejo proceso, de más de una década, que precedió a la constitución formal del Partido Socialista en 1896, superando las limitaciones de una historiografía previa que por lo general se concentró en una historia institucional o en una discusión más vinculada a la historia intelectual sobre la recepción del marxismo en el país. Buscamos aquí desarrollar un análisis que ponga en relación la formación del Partido Socialista con el proceso de formación de la clase obrera que se desarrollaba al mismo tiempo.

Con este fin desarrollamos un análisis del grupo de socialistas alemanes que constituyó en 1882 el Verein Vorwärts, para destacar el salto que se produjo hacia 1888 y 1889 cuando, al calor del proceso huelguístico local, el impacto de las resoluciones del Congreso de París y la incorporación al elenco dirigente de Germán Avé Lallemant, jugaron un papel destacado en las huelgas y se instalaron como referencia política para un sector más amplio luego de la realización del acto del 1° de Mayo de 1890, la publicación del periódico *El Obrero* y la creación de la primera Federación Obrera. Como vimos en el sexto capítulo, los primeros pasos de la Federación y del periódico se desarrollaron precisamente en el momento en que el ciclo de ascenso obrero llegaba a su fin y cuando la desocupación y la recesión impactaban fuertemente en las filas obreras. La emigración de José Winiger a Brasil, junto a la partida de Germán Avé Lallemant a San Luis, por otra parte, debilitaron aún más al núcleo de socialistas locales. En este cuadro, marcado además por el desarrollo del anarquismo individualista ligado a *El Perseguido*, comenzaron a surgir diferencias en las propias filas socialistas. La discusión se planteó en primer término entre el grupo editor de *El Obrero* y los militantes alemanes nucleados en el Verein Vorwärts. Hacia fines de 1892, *El Obrero* dejó de publicarse y poco después la propia Fe-

deración terminó por disolverse, nuevamente en el marco de disensiones entre los militantes socialistas. Hacia fines de 1893 un grupo mayoritario decidió transformar la «Sección varia» de la Federación, la única que realmente tenía una actividad real, en una «Agrupación Socialista». Se trataba de un cambio de orientación que reconocía los límites de la línea que habían seguido en los años previos y los había llevado a intentar crear una organización que no tenía claros los límites entre lo gremial y lo político. Al transformarse en «Agrupación Socialista» buscaban sentar las bases de una organización centrada en la actividad política: si reconocían de este modo que las condiciones no estaban dadas para desarrollar vínculos más estrechos entre las sociedades gremiales y el socialismo, al mismo tiempo refrendaban la convicción de que sí era posible constituir en el país una organización política independiente de la clase trabajadora. Otro sector intentó, en forma efímera, mantener con vida la Federación y su periódico, una empresa que no duró más de algunos meses.

1893 constituyó, en este cuadro, un año de transición. La debilidad y la fragmentación de los pequeños núcleos llegó a su punto más álgido, en un contexto marcado además por un fuerte reflujo de las luchas obreras y un escenario político dominado por los levantamientos radicales y la represión gubernamental. También se observa un cambio de época en cuanto a los cuadros más activos en el movimiento: los dirigentes más destacados del período anterior (Lallemant, Winiger, Mauli, Kühn, Seyffert, etc.), si bien en la mayor parte de los casos siguieron militando, ya no tendrán un papel tan destacado en la etapa posterior, dominada sin dudas por la figura de Juan Bautista Justo. La historiografía «canónica» del socialismo no se equivoca en este punto cuando destaca a la fundación de *La Vanguardia* como el punto de partida de la constitución del PS. El periódico actuaría, en los dos años posteriores, como el eje en torno del cual se fue estrechando el vínculo entre los diferentes grupos que llevó a la consolidación del partido.

No se trató, sin embargo, de un proceso lineal y carente de tensiones internas; por el contrario, estuvo marcado por un conjunto de debates a partir de los cuales se fueron forjando las características fundamentales del socialismo local. El capítulo examina en detalle el decisivo bienio 1894-1896, en el cual se procesó este fenómeno de aglutinamiento en torno a *La Vanguardia*. El análisis busca poner en cuestión, en primer lugar, la idea de un Partido Socialista desvinculado del movimiento huelguístico y de la clase trabajadora. En segundo lugar, mostrar que una compleja lucha entre distintas tendencias y orientaciones políticas estaba en desarrollo en el naciente socialismo argentino en todo el período que se extiende desde 1893 hasta fines del siglo. Dicha lucha política –que sería un error reducir a un simple enfrentamiento entre «marxistas» y «reformistas»– mostraba

múltiples aristas y los alineamientos entre distintos grupos no se reproducían en forma similar en torno a las diferentes cuestiones en discusión. En tercer lugar, plantear que el desenlace de estas luchas políticas no puede analizarse si no es en relación con el contexto de luchas y conflictos obreros, y esto en un doble sentido: si, por un lado, el papel de los socialistas influyó en las características de esas luchas, por otro lado esa conflictividad afectó de diversas maneras los posicionamientos al interior del Partido que llevaron a la consolidación de la línea «justista».

La primera generación del socialismo local: entre *Vorwärts* y *El Obrero*

El lugar del Verein Vorwärts

Los primeros introductores del marxismo en la Argentina fueron militantes europeos, particularmente franceses entre los cuales se contaban exiliados de la Comuna de París, que intentaron establecer en la década de 1870 los primeros núcleos socialistas en el país. Tal como han mostrado Falcón (1984) y más recientemente Tarcus (2007b), sin embargo, esta primera recepción del marxismo en nuestras tierras, vinculada a la experiencia de la Primera Internacional, no logró echar raíces duraderas en este período. Fue recién en la década de 1880 cuando puede encontrarse el punto de inicio de una actividad política socialista que ya no perdería el hilo de continuidad. Si en la década anterior habían jugado un papel destacado los inmigrantes franceses vinculados a la experiencia de la Comuna, quienes tomaron un rol protagónico en esta nueva etapa fueron un núcleo de socialdemócratas alemanes, que se habían visto forzados al exilio por las persecuciones del canciller Bismarck y sus leyes de excepción.

La actividad organizada de los socialistas alemanes en nuestro país comenzó en 1882, cuando un grupo de exiliados formaron el *Verein Vorwärts* (Asociación «Adelante») siguiendo la iniciativa de Karl Mücke, un militante que había trabajado en la redacción de *Der Sozialdemokrat*, el principal órgano del Partido Socialdemócrata alemán, que se publicaba entonces en Suiza y era enviado de contrabando a Alemania (VVAA 2007, pág. 446). El 2 de octubre de 1886 el grupo comenzó a editar un periódico semanal, llamado *Vorwärts. Organ für die Interessen des arbeitenden Volkes* (*Adelante. Órgano para la defensa de los intereses del pueblo trabajador*), del cual aparecerían 696 números hasta su desaparición en marzo de 1901.

La actividad de los socialistas alemanes marcó toda una primera etapa del socialismo en Argentina. En los primeros años la actividad del Verein giró fundamentalmente en torno a la propia comunidad de inmigrantes alemanes, a través de la realización de reuniones, charlas y otras actividades sociales y recreativas. En los últimos años de la década, el ciclo ascen-

dente de la conflictividad obrera les permitió a los militantes socialistas vincularse de un modo más activo con los trabajadores de la ciudad, dando lugar a un primer salto en el desarrollo del socialismo local. Como vimos en el segundo capítulo, los socialistas alemanes intervinieron de modo decidido en los conflictos obreros de los años 1888 y 1889, facilitando su local como punto de reunión de asambleas obreras e incluso actuando en conjunto con militantes de orientación libertaria. En este contexto, el Verein Vorwärts, bajo el impulso de uno de sus principales dirigentes, el suizo José Winiger, encaró de forma exitosa los preparativos de la manifestación del 1° de Mayo de 1890, que les permitiría salir de los límites de su actividad previa, restringida fundamentalmente al marco de la comunidad alemana, y convertirse en una referencia para el naciente movimiento obrero.

Germán Avé Lallemant y la experiencia de El Obrero

A pesar de las dificultades abiertas a partir de 1890, los socialistas encararon este período con amplias expectativas: además de plantear la constitución de la primera Federación Obrera, promovieron la publicación de un periódico semanal en español, que fuese al mismo tiempo el órgano de la naciente Federación y también una herramienta de propaganda de las ideas socialistas. El periódico, titulado *El Obrero*, contó con 88 ediciones, entre el 12 de diciembre de 1890 y el 14 de septiembre de 1892.

Este período estuvo dominado por quien sería una de las figuras más destacadas de la primera etapa del socialismo argentino: Germán Avé Lallemant, un ingeniero de minas y agrimensor nacido en Lübeck, Alemania, en 1835, que abandonó su país a los 25 años y llegó a Buenos Aires en 1868, luego de un viaje que lo llevó por Europa y Brasil. Al llegar a nuestro país Lallemant se radicó en la provincia de San Luis, donde desarrolló una importante actividad científica y profesional y contrajo matrimonio con una mujer de la elite local. Aunque algunos autores habían señalado que la vinculación de Lallemant con el marxismo había comenzado en Europa, antes de su llegada a Sudamérica, todo indica en cambio que la conversión de Lallemant al marxismo tuvo lugar recién a fines de la década de 1880, en coincidencia con sus primeras colaboraciones con el *Vorwärts*, que datan de 1888. En 1890 Lallemant se trasladó a Buenos Aires y jugó un rol fundamental en la edición de *El Obrero*: si bien en febrero de 1891, luego de hacerse cargo de los primeros siete números de la publicación, Lallemant retornó a San Luis por motivos laborales y dejó la dirección en manos de otros socialistas alemanes, continuó colaborando con el periódico hasta su

desaparición en 1892, y escribió también en otras publicaciones, como *El Socialista* e incluso *La Vanguardia*.[1]

Las contribuciones de Lallemant a los primeros números de *El Obrero* constituyen la intervención más importante de su carrera política. Allí analizó la crisis de 1890, desarrolló una interpretación sobre la historia argentina y consideró las tareas y el programa que debían plantearse los socialistas en nuestro país. En el marco de la grave crisis económica, social y política que recorría el país, el ingeniero alemán consideraba, en primer término, que los principales afectados serían los miembros de la pequeña burguesía, «amenazados de ruina (...), de perder su pequeño capital y verse hundidos a los rangos del proletariado»; creía, por su parte, que los trabajadores no verían modificada su situación, dado que para ellos no regía sino «la ley de hierro de los salarios». La primera consecuencia de este análisis era que cualquier modificación «en el organismo gubernamental» que dejara inalterada la propiedad burguesa no cambiaría la suerte de los trabajadores.[2]

Esto no implicaba, sin embargo, «aconsejar la abstención o la indiferencia de la clase obrera en materia política». Porque si bien los cambios gubernamentales no modificarían la condición de los trabajadores en tanto clase explotada por el capital, sí podrían crear mejores condiciones para la construcción de un partido de la clase que les permitiese participar en las luchas políticas. En este sentido, la realización del «régimen de la democracia burguesa pura», con el establecimiento del sufragio universal y, sobre todo, la naturalización de los extranjeros, crearía mejores condiciones para formar «independientemente de todos los partidos burgueses, el Partido obrero, y reunir a la clase proletaria diseminada en las diversas fracciones políticas». A partir de esta perspectiva, *El Obrero* saludaba como un paso positivo el movimiento de la Unión Cívica.[3]

El análisis de Lallemant en las páginas de *El Obrero* no se limitó, sin embargo, a examinar las vicisitudes de la crisis económica y política. Siguiendo el camino trazado en una serie de artículos publicados pocos meses antes en el semanario *Vorwärts*,[4] en los primeros números de *El Obrero* Lallemant desarrolló el primer intento de interpretación de la sociedad y la economía argentinas con las herramientas teóricas del marxismo. En una se-

1. Además, se convirtió, entre 1894 y 1909, en un corresponsal regular de *Die neue Zeit*, la revista teórica de la socialdemocracia alemana editada por Karl Kautsky en Stuttgart.

2. «El proletariado y la crisis económico-política», *El Obrero*, núm. 1, 12 de diciembre de 1890.

3. Ibíd.

4. Germán Avé Lallemant, «Beiträge zu einer Kulturgeschichte Argentiniens: Historische Studie von GAL», *Vorwärts* núm. 174, 26 de abril de 1890, núm. 176, 10 de mayo de 1890, y núm. 177, 17 de mayo de 1890.

rie de artículos que llevaron como título «Los elementos de producción en la República Argentina», que aparecieron en el verano de 1891, Lallemant trazaba las líneas fundamentales de su interpretación de la sociedad argentina, esbozando varios aspectos que estarán presentes en sus trabajos posteriores. Allí el ingeniero alemán ponía de manifiesto su conocimiento de la obra de Marx, en particular el primer tomo de *El Capital*, y se lanzaba a analizar con esas herramientas la formación social de nuestro país.

Según Lallemant, uno de los principales factores determinantes de la productividad del trabajo eran las «condiciones naturales», que podían dividirse en «riqueza natural en medios de subsistencia, es decir, fertilidad del suelo y pesca abundante» y «riqueza natural en medios de trabajo, tales como saltos de agua, ríos navegables, maderas y leña, metales y sobre todo carbón y otros combustibles fósiles». Esta división era fundamental para nuestro autor, dado que aquellos países con riqueza del primer tipo estarían especialmente favorecidos para el desarrollo de la ganadería y la agricultura, mientras que los que poseyeran riqueza natural en medios de trabajo serían aquellos capaces de desenvolver las industrias. Lallemant llegaba así a concluir que la producción capitalista había «creado una división territorial internacional del trabajo», en la cual Argentina ocupaba el lugar de país agrario.[5]

Se trata de un elemento decisivo en su interpretación, que es posible volver a encontrar en artículos más tardíos como los escritos para *La Agricultura*, que no era una publicación socialista, sino un periódico editado por miembros de la *elite*, en la cual Lallemant y otro socialista, Antonino Piñero, tuvieron una participación destacada. Allí, en efecto, es posible volver a encontrar una suerte de «determinismo» geográfico, basado en la mencionada «división territorial internacional del trabajo», que constituye uno de los ejes de su interpretación. Nuestro autor desarrollaba una crítica muy fuerte a la clase de los estancieros y latifundistas, «verdadera desgracia para el país», pero defendiendo al mismo tiempo la necesidad del latifundio y oponiéndose en todo momento a la división de la tierra en pequeñas parcelas. Lallemant se manifestaba como un firme defensor de la agricultura, y su principal crítica a los hacendados era, precisamente, que priorizaban la ganadería y dejaban a aquella en manos de chacareros y colonos. Para Lallemant, el problema con los grandes hacendados no era el hecho de que contaran con grandes extensiones de tierra sino su actitud «derrochadora», su ausentismo y su escasa propensión a la inversión (reproducido en Paso 1974).

En 1895, sostendría que «una cosa es la sociedad de latifundistas y otra cosa muy distinta es la explotación de latifundios». Fiel a una concepción

5. «Los elementos de producción en la República Argentina», *El Obrero*, núm. 9, 21 de febrero de 1891.

que valoraba positivamente todo avance del capitalismo en tanto preparaba las condiciones para el advenimiento del socialismo, Lallemant defendía este proceso de concentración de la propiedad territorial y manifestaba su abierta hostilidad al fraccionamiento de la tierra en pequeños lotes que serían entregados a los colonos. Observaba con decepción que los colonos inmigrantes terminaban pagando por la tierra mucho más que los capitalistas más grandes, y trabajaban por un ingreso que era menor al que los estancieros pagaban a sus propios peones, como consecuencia de la extrema «autoexplotación» a la que el colono se sometía a sí mismo y a su familia. Lallemant consideraba inaceptable fomentar una colonización que traería como resultado una tal degeneración de la población que de todos modos sería, eventualmente, expropiada por el capital en su avance incontenible y condenada a la proletarización, pero en un momento en que carecería «de fuerzas físicas e intelectuales» con las que contribuir a la estructuración de su clase. La colonización, entonces, no solo retardaba el desarrollo de las fuerzas productivas sino que hacía peligrar la estructuración de la clase obrera.[6]

El interés por los artículos dedicados al problema agrario o a la caracterización de la formación social argentina no debe hacernos descuidar las intervenciones más propiamente políticas de Lallemant en *El Obrero*, y particularmente la polémica con los anarquistas que se desarrolló en el marco de los preparativos para la celebración del 1° de Mayo de 1891, convertidos en escenario de una dura lucha política. Según Lallemant, la principal diferencia entre socialistas y anarquistas era el «voluntarismo» de los segundos: mientras que los marxistas desarrollaban una estrategia basada en su conocimiento científico de la realidad, los anarquistas volvían en realidad a los planteos del socialismo utópico, en tanto sus «proyectos de redención social» no tomaban en cuenta los hechos y se basaban en un «dogma de justicia eterna» que los marxistas no podían sino rechazar.[7] La contradicción entre la necesidad de evitar el «voluntarismo» y la importancia de intervenir en la actividad política era, en realidad, tan solo aparente: existía una necesidad «moral» de participar en la lucha política para acelerar el ritmo de un desarrollo que estaba determinado por las leyes de la evolución social. En tanto «la marcha de los acontecimientos» llevaba a la sociedad a acercarse cada día más al socialismo, la tarea de los socialistas –que eran conscientes de esas fuerzas de desarrollo gracias a la concepción materialista de la historia– era contribuir a acelerar ese desenvolvimiento.[8]

6. German Avé Lallemant, «¿Colonización o latifundios?», *La Agricultura*, 1895, reproducido por Paso (1974).

7. «El socialismo científico y el anarquismo», *El Obrero*, núm. 4, 17 de enero de 1891.

8. «Nuestra táctica», *El Obrero*, núm. 20, 9 de mayo de 1891.

Dado que sus objetivos eran «la abolición de las clases sociales y la igualdad de todos los hombres ante los medios de desarrollo y de acción», la socialdemocracia debía ser considerada, según Lallemant, como un movimiento revolucionario. Esto no implicaba, sin embargo, una táctica que llevase a la toma violenta del poder estatal y el derrocamiento de la burguesía. Desde su perspectiva, el carácter científico de la doctrina hacía posible llevar adelante una revolución que transformase el régimen político, económico y social sin ningún tipo de violencia o «brutalidad». De hecho, para Lallemant, la violencia solo tendría lugar si la burguesía se opusiese a este desarrollo de los acontecimientos. Consideraba incluso como algo posible que la burguesía «renunciase voluntariamente» a sus privilegios, lo cual evitaría cualquier necesidad de violencia revolucionaria.[9]

En tanto los socialistas debían «adaptar su táctica a las circunstancias», una táctica violenta solo podría ser admitida en aquellos «países incivilizados», donde la burguesía se negara a conceder incluso aquellos derechos democráticos más básicos que permitieran desarrollar una propaganda socialista entre los trabajadores. Las cosas serían diferentes en aquellos «países civilizados donde rige el sistema del libre sufragio general y de la democracia burguesa». Si bien admitía que «los medios de táctica de que hemos podido valernos aquí han sido pocos», Lallemant consideraba a la Argentina como un país de la segunda clase: es decir uno donde los métodos anarquistas estaban absolutamente fuera de lugar. Las consecuencias prácticas de esta delimitación política eran claras: planteaba que no había posibilidad de pensar en una cooperación con el anarquismo, en tanto es-

9. «Contra el anarquismo», *El Obrero*, núms. 13 y 14, 21 y 28 de agosto de 1891. Los artículos de Lallemant sobre táctica socialista se publicaban no solo en el marco de una disputa política con los anarquistas en Argentina, sino también pocos meses después de la aparición, en *Die Neue Zeit*, de la crítica de Marx al programa aprobado por la socialdemocracia en 1875 en el Congreso realizado en Gotha. En ese texto, conocido popularmente como «Crítica del Programa de Gotha», y publicado siguiendo las instrucciones de Friedrich Engels, Marx planteaba la necesidad histórica de la «dictadura del proletariado» como un paso indispensable para el derrocamiento de la burguesía y la construcción de una sociedad comunista. Lallemant, como otros líderes socialistas de la época, se encontró en una posición incómoda, en tanto debía conciliar las tesis de Marx con su propio esquema táctico, que daba prioridad a una transición gradual y pacífica hacia el socialismo. Encontró una manera, de todas formas, de reconciliar ambas argumentaciones: la «dictadura del proletariado», según Lallemant, no tenía nada que ver con la instauración de un régimen violento. Por el contrario, «quiere decir simplemente en este caso una época de transición, en que el proletariado en poder de los elementos de fuerza del Estado, llevará adelante la socialización de los medios de producción y la instalación de las instituciones de regularización de esta, operación que necesita un cierto tiempo naturalmente». «Nuestra táctica».

te había «prestado una poderosísima arma a los gobiernos de la burguesía, para poner en juego toda clase de medidas violentas».[10]

Crisis y rupturas entre los socialistas alemanes

Si la polémica entre *El Obrero* y los anarquistas alcanzó su punto más alto en las semanas previas al acto del 1° de Mayo de 1891, poco después comenzaría a ponerse de manifiesto una crisis dentro del propio campo de los socialistas alemanes, que hasta entonces habían actuado de manera unificada en la formación de la incipiente Federación Obrera. En efecto, el 24 de mayo de 1891 el *Verein Vorwärts* anunció su separación de la Federación, aunque la polémica abierta se inició un par de meses más tarde, con motivo del primer congreso.[11]

La base de la ruptura eran las dificultades de este núcleo pionero de socialistas para profundizar el desarrollo de su actividad en el marco del reflujo de las luchas obreras que se había abierto a partir de 1891. El debate giraba, en efecto, en torno a los problemas que encontraban los socialistas para impulsar la organización de los trabajadores y ponía en primer plano, además, la cuestión del vínculo entre la acción gremial y la lucha política. Para el *Vorwärts*, en el primer congreso se había puesto de manifiesto que no estaban dadas las condiciones para la creación de una Federación Obrera, debido a la situación de la clase trabajadora local: el orden del día del congreso, decían, «estaba calculado más para una asamblea popular berlinesa que para un encuentro de trabajadores en la *wild, wild South America*». Los editores del *Vorwärts* consideraban que el intento de construir una Federación era prematuro: «no puede pensarse», advertían, «que los trabajadores de Argentina, tan heterogéneos, totalmente carentes de formación, totalmente diversos no solo en cuanto al lenguaje, sino también en cuanto al modo de vida y la cultura, puedan hacer causa común».[12]

La respuesta del grupo organizador de la Federación Obrera y editor de *El Obrero* estuvo a cargo de Germán Avé Lallemant, quien envió al *Vorwärts* un artículo que fue publicado a fines de octubre, con la aclaración, por parte de los editores, de que conservaban el punto de vista original expresado en el artículo de agosto. Lallemant criticaba la postura adoptada por el *Vorwärts* respecto del Congreso: si bien admitía la existencia de dificultades, defendía el trabajo realizado y consideraba, con una argumentación propia de su estilo, que la crítica elaborada por el *Vorwärts* no solo coincidía

10. «Contra el anarquismo».

11. Mencionada en la historiografía por Martínez Mazzola (2004) y Tarcus (2007b), hasta ahora esta discusión había sido reconstruida exclusivamente a partir de las intervenciones escritas en *El Obrero*. Aquí agregamos un análisis de artículos publicados en el *Vorwärts*.

12. «Zur Klärung!», *Vorwärts*, núm. 242, 22 de agosto de 1891.

con la realizada por los anarquistas, sino que tenía la misma base teórica y filosófica.[13]

A comienzos de 1892, el debate volvió a tomar fuerza: luego de varios artículos breves, *El Obrero* editó una crítica más amplia y desarrollada a las posiciones del periódico alemán. Allí se señalaba que el problema fundamental que debía aclararse era si estaban dadas las condiciones, en la Argentina de entonces, para plantearse la organización de los trabajadores: sostenían que «las condiciones económicas bajo las cuales existe en este país el proletariado deben ser el punto de partida de la propaganda» en tanto «el movimiento obrero moderno, o sea el socialismo, nace de la organización capitalista de la producción, y se distingue esencialmente de las luchas de clase anteriores». Según *El Obrero*, planteadas las cosas en términos de un análisis materialista, no cabía duda de que en la Argentina estaban dadas las condiciones para la organización de un movimiento socialista.[14]

El mismo día que aparecía este último artículo en *El Obrero*, se publicó, en el número 265 del *Vorwärts*, una larga nota dedicada a criticar a sus compatriotas de la Federación Obrera, y en particular a su «líder intelectual», es decir Germán Avé Lallemant. Los editores del *Vorwärts* insistían en que no había condiciones para el desarrollo del movimiento en Argentina: sostenían, en primer lugar, que Argentina no era todavía «un Estado puramente capitalista» y que en consecuencia no podían todavía «estar presentes las consecuencias que acarrea un Estado puramente capitalista». En segundo término, argumentaban que la población era «tan heterogénea en cuanto al idioma y al modo de vida que también esta circunstancia se convierte en un obstáculo para el movimiento obrero». Para el *Vorwärts*, por lo tanto, *El Obrero* pecaba de voluntarismo, incapaz de entender que «el socialismo no se importa, no se fabrica, como tampoco se fabrica la revolución social».[15]

La caracterización del *Vorwärts* sobre el futuro de la Federación tenía algo de profético: como sabemos, la profundización de la crisis llevaría, en la segunda mitad de 1892, a la desaparición de *El Obrero* y a la disolución de la Federación Obrera. El intento de construir una organización gremial con una definición política socialdemócrata había llegado a un límite. Así las cosas, en diciembre de 1892 la Federación se declaró disuelta y los militantes agrupados en la «Sección Varia» decidieron, por mayoría, transformarse en la Agrupación Socialista de Buenos Aires.

13. «Betrachtungen über den Ersten Argentinischen Arbeiterkongress», *Vorwärts*, núm. 252, 31 de octubre de 1891.

14. «La obra de propaganda de la Federación Obrera y el *Vorwärts*», *El Obrero*, núm. 54, 30 de enero de 1892.

15. «Die Arbeiterbewegung in Argentinien», *Vorwärts*, núm. 265, 30 de enero de 1892.

Una nueva etapa: *La Vanguardia* y el proceso de unificación de los grupos socialistas, 1894-1895

Continuidades y rupturas de una etapa de transición

Si 1893 marca el punto más agudo de la dispersión de las nacientes fuerzas socialistas, es un año que representa al mismo tiempo el punto de transición hacia una nueva etapa. En efecto, a partir de entonces se abrió un período marcado por un lento pero sostenido desarrollo del socialismo local. Mientras en el período anterior ocuparon un lugar predominante los socialistas alemanes, transformando al *Vorwärts*, primero, y a *El Obrero*, más tarde, en los órganos de difusión de sus ideas, en el período que se abre hacia mediados de la década observamos que tomará el relevo una nueva generación de militantes, en la cual tendrán un papel más destacado un conjunto de jóvenes universitarios de origen argentino. Tal como señala Tarcus, la formación del Partido Socialista fue «el resultado de un proceso de convergencia y potenciación recíproca entre distintos grupos» que arranca a fines de 1892 y puede darse por culminado a mediados de 1896, con la realización del congreso constituyente del Partido Socialista Obrero Argentino (Tarcus 2007b, pág. 342).

La publicación de *La Vanguardia* jugó un papel fundamental en este proceso. El periódico surgió luego de una reunión convocada, a mediados de 1893, por algunos miembros de la vieja generación de militantes socialistas que habría culminado en un fracaso de no ser por la presentación de Juan B. Justo, un joven y destacado médico que ya había tenido algunos vínculos con las asociaciones socialistas pero pasaría a jugar un papel fundamental con la publicación del nuevo periódico, cuyo primer número logró salir a la calle, luego de superar diversas dificultades organizativas, el 7 de abril de 1894. Si han sido ampliamente mencionadas en la historiografía las caracterizaciones elaboradas por Justo en el primer editorial de *La Vanguardia*, permanece mucho menos explorado el papel jugado por el periódico en relación con el complejo proceso de estructuración de las fuerzas socialistas. En efecto, en los primeros números de la publicación tuvo lugar un intercambio de posiciones entre diferentes militantes que recuperaba varias de las discusiones que habían tenido lugar en el período inmediatamente anterior y, aunque no siempre de manera explícita, planteaba los problemas fundamentales que enfrentaban los socialistas locales. Los rasgos que debía adoptar la organización o los vínculos entre la actividad gremial y la política, en efecto, se ponían en directa relación con la cuestión fundamental de si estaban el capitalismo argentino en general y el proletariado local en particular lo suficientemente «maduros» como para que se constituyera una organización socialista independiente. En relación con ello surgía el problema de la relación a adoptar frente a otras fuer-

zas políticas y la llamada «cuestión de las alianzas», que ocuparía un lugar destacado en las discusiones de este período. Este conjunto de problemas, que ya venían siendo discutidos en los años anteriores y no siempre con posicionamientos unívocos, cruzó el período 1894-1896 y en el marco de esas discusiones se fue consolidando el naciente socialismo argentino.

La historiografía existente sobre este punto ha estado marcada durante un largo período por una suerte de contrapunto entre dos interpretaciones: en efecto, frente a la historiografía «canónica» del socialismo, que pretendía mostrar una continuidad sin fisuras entre el primer período y el que se abrió a partir de 1893-1894, surgió una interpretación que buscó reivindicar a los llamados «marxistas del noventa», una generación de pioneros –cuya figura más representativa sería Avé Lallemant– que habría desarrollado un planteamiento «revolucionario» que luego habría sido frustrado por el predominio del reformismo «justista». Se trató de un proceso más complejo. En primer término porque hay un indiscutible hilo de continuidad marcado, entre otras cosas, por la propia «Agrupación Socialista», constituida a fines de 1892 por un grupo mayoritario de militantes de la primera Federación Obrera. La Agrupación se convirtió, poco más tarde, en el «Centro Socialista Obrero» (CSO), que a través de *La Vanguardia* se transformaría en el eje en torno del cual se articulará el proceso de fusión de los distintos grupos que terminó dando lugar a la constitución del Partido. Eso no significa, sin embargo, que haya sido un proceso exento de contradicciones y debates. La articulación de los diversos grupos, en realidad, se extendió por varios años en un complejo proceso marcado por debates internos, que expresaban tensiones entre los diferentes grupos. La renovación de cuadros dirigentes en las filas socialistas no implicó, por otra parte, un reemplazo en términos lineales de los miembros más destacados de la generación pionera, la mayor parte de los cuales siguió participando de manera activa en la nueva etapa.

El proceso de «convergencia y potenciación recíproca entre distintos grupos», mencionado por Tarcus, hace referencia no solo al Vorwärts y a la Agrupación, los núcleos que habían tenido una participación activa en el período anterior, sino también a dos nuevos grupos que surgieron en ese contexto con el objetivo de organizar a los militantes socialistas de origen francés e italiano, y un conjunto de nuevos centros socialistas que comenzaron a abrirse en distintas localidades de la ciudad y sus alrededores. El lugar que jugaron unos y otros grupos en el proceso de «convergencia», no obstante, fue desigual, en la medida en que es posible observar cómo la creciente articulación implicaba una progresiva marginación de los grupos «nacionales» y un aumento de la influencia del CSO, de su periódico y de los nuevos locales barriales que impulsaba. La situación de los tres grupos nacionales no era la misma: Les Egaux había surgido en 1891 y estaba estrechamente vinculado a la Agrupación Socialista, particularmente a través de Carlos Mauli, uno de sus miembros más destacados. Todo indica, sin embargo, que su actividad se fue deshilachando, y pareciera que deja de existir en 1896, aunque no hay claras evidencias de algunas discusiones internas y su publicación no ha quedado disponible para la investigación. En el caso del Vorwärts, mantuvo una relación de cierta marginalidad con respecto al partido aunque nunca con una ruptura explícita: si seguía siendo el grupo más importante en términos numéricos, ya no ejercía una significativa influencia política y fue replegándose a cuestiones más vinculadas a la pertenencia nacional de sus asociados. El Fascio dei Lavoratori es el grupo nacional de aparición más tardía: fue fundado a comienzos de 1894 y resolvió, en sus primeras reuniones, adoptar para sí el programa del Partido Socialista italiano aprobado el año anterior en el congreso de Reggio Emilia. Sería con el Fascio, como veremos, con quien el grupo dirigente del partido entablaría un conflicto más explícito, que incluyó la renuncia de uno de sus miembros al comité ejecutivo y varias polémicas abiertas en torno a la cuestión de la nacionalización de los militantes del partido. No hay que perder de vista, por otra parte, que también surgieron roces y polémicas al interior del CSO, fundamentalmente cuando comenzó a expandirse a diferentes barrios de la ciudad, creando nuevos locales y agrupaciones. Como veremos, es posible advertir tensiones entre el propio grupo editor de *La Vanguardia* y en el seno de las asambleas del CSO, así como polémicas más o menos explícitas con los militantes de diferentes grupos barriales.

El problema de la independencia política y la delimitación con el radicalismo

Una cuestión fundamental, que en realidad era condición de todas las restantes discusiones, era la de determinar si estaban dadas, en la Argentina de comienzos de la década de 1890, las condiciones para agrupar a los trabajadores en una organización socialista independiente, separada de otros movimientos políticos. Como hemos visto, era un punto que había estado en el centro de la discusión entre *Vorwärts* y *El Obrero* en la etapa inmediatamente anterior. En buena medida, el problema se planteó en términos de la posición a adoptar frente al radicalismo, un movimiento que se había convertido en una referencia para amplios sectores populares, en los cuales el naciente socialismo debía disputar su influencia política. La discusión estaba cruzada no solo por la valoración que se hiciera del partido radical, sino por la caracterización que se trazara del grado de desarrollo del capitalismo en el país y, en relación con ello, de su proletariado.

En la sección previa hemos analizado el modo en que *El Obrero*, particularmente desde la pluma de Avé Lallemant, valoró de manera positiva la

aparición de la Unión Cívica, caracterizándola como la expresión política del desenvolvimiento económico que tenía lugar en el país. Dicha valoración –que por otra parte conoció diversos matices al ritmo de la evolución de los posicionamientos del propio radicalismo– no era contradictoria, en la perspectiva del núcleo de editores del periódico, con la estructuración de una organización propia e independiente de los socialistas. En el marco de la crisis de la primera Federación Obrera, que coincidió como hemos visto con un reflujo de la agitación obrera, una retracción de la actividad huelguística y un contexto de fuerte protagonismo de la Unión Cívica Radical, se llegó a plantear de todos modos la posibilidad de que los socialistas actuaran en el seno del propio radicalismo en lugar de avanzar en la estructuración de una organización socialista independiente. En mayo de 1893, por ejemplo, *La Prensa* informaba que una reunión de socialistas había debatido y aprobado por unanimidad que en adelante «todos los miembros del Partido concurrirían a las reuniones del Partido Radical, para influenciar en dichos centros el sufragio universal y propagar la naturalización de los extranjeros, facilitando así la representación de la clase obrera ante los poderes públicos, como en los países de Europa».[16]

El debate atravesó todo este período fundacional del socialismo local, en muchos casos a través de intervenciones en las propias páginas de *La Vanguardia*. Uno de los principales defensores de la necesidad de trabajar en conjunto con el radicalismo fue precisamente Lallemant, quien profundizó muchas de las caracterizaciones que había elaborado en el período 1890-1891 y ubicaba a la UCR como la expresión «inconsciente» del desarrollo necesario de la evolución política en el país. En julio de 1894, todavía podía leerse en las páginas de *La Vanguardia* un artículo titulado «La situación actual. Crisis, radicalismo y democracia», que con la firma «L.» planteaba una reivindicación de la Unión Cívica Radical. Reproduciendo el razonamiento que se había desenvuelto en las páginas de *El Obrero*, el artículo planteaba que el radicalismo era «el elemento revolucionario en la República Argentina, nacido de la crisis económica, y encargado de transformar nuestras instituciones políticas en formas estrictamente ajustadas a los intereses capitalistas», ello aun cuando se admitía que en sus filas revistaba «la inmensa mayoría de los miembros de la clase de la pequeña burguesía». El articulista consideraba que los propios radicales no advertían «el origen del motivo que les impele a la lucha contra la tiranía», lo que convertía al radicalismo en «el portador inconsciente de los fines, propósitos y objetos del puro capitalismo».[17]

16. «Reunión socialista», *La Prensa*, 16 de mayo de 1893.

17. «La situación actual. Crisis, radicalismo y democracia», *La Vanguardia*, núm. 16, 21 de julio de 1894.

Este debate sobre la posición a tomar respecto al radicalismo no puede desvincularse de la discusión sobre las condiciones de posibilidad para la estructuración independiente de una organización socialista en el país, que estaba en curso en las páginas de los primeros números de *La Vanguardia* y en cuyo contexto se inscribía el artículo que acabamos de analizar. Poco antes de su publicación, luego del acto del 1° de Mayo de 1894, que no resultó un éxito de convocatoria e incluyó algunos incidentes, los editores de *La Vanguardia* habían publicado un artículo muy crítico sobre el grado de desarrollo de la conciencia de clase en el país y las dificultades que eso abría para el desenvolvimiento de los socialistas. El artículo planteaba que los trabajadores locales vivían «en una situación tan baja, tan indigna de hombres, que difícilmente llegan a desarrollar su razón de una manera sana y completa», debido a lo cual solo un pequeño número de trabajadores poseía «nociones positivas y exactas y puede aprovecharlas para mejorar su situación». La conclusión era que los socialistas debían todavía avanzar con cautela: no se podía aún «pensar en un gran movimiento de la opinión obrera, cuando vemos que una gran parte de los trabajadores son todavía incapaces de toda organización como los salvajes o los semicivilizados».[18]

Era precisamente en ese mismo número 5 que los editores de *La Vanguardia* daban a conocer una carta que les fuera enviada por Germán Avé Lallemant, quien daba su posición sobre las tareas que se planteaban a los socialistas en la nueva etapa. Los redactores del periódico destacaban, en primer lugar, que el ingeniero alemán, ya instalado nuevamente en San Luis, coincidía con ellos en la «necesidad de que también en este país los obreros socialistas entren en la lucha política». Debajo de la «conformidad de ideas» sobre este punto fundamental, que intentaban destacar los redactores de *La Vanguardia*, y a pesar de que no querían polemizar en forma directa con el pionero del socialismo local, existía no obstante una tensión en torno a la cuestión de la postura a adoptar frente a otros agrupamientos políticos, y en particular con el radicalismo. En efecto, haciendo referencia a una carta de Engels al socialista italiano Filippo Turati, que había sido publicada en el primer número del periódico, Lallemant manifestaba que creía «que la acción política daría muy buenos resultados. Pero no la censura platónica hecha desde el paraíso del teatro político sobre los partidos burgueses, no la murmuración de los débiles y de los oprimidos, sino la participación activa, exactamente como la que aconseja Engels en su carta». Se despedía agregando que ya estaba «cansado de teorizar», quizás poniendo de relieve de ese modo que prefería ocupar un lugar menos destacado en las tareas que se abrían en el nuevo período. A continuación de los párrafos de la carta de Lallemant, los editores de *La Vanguardia* aclaraban que, desde su perspectiva, lo que aconsejaba Engels a Turati era «que

18. «Empecemos», *La Vanguardia*, núm. 5, 5 de mayo de 1894.

el partido socialista italiano contribuyera al triunfo de la república en Italia como partido independiente, unido a los republicanos solo en el momento de la acción en favor de ese fin bien determinado». No debía perderse de vista, señalaban, que «una vez establecida la república» los socialistas debían «continuar la lucha por las nuevas reformas necesarias para preparar el triunfo del socialismo».[19]

En el número 8, publicado a fines de mayo, los editores de *La Vanguardia* dieron a conocer un artículo titulado «Los socialistas en la política argentina» que dejaba sentada la posición dominante entre el núcleo impulsor del periódico. El artículo consideraba que todos estaban de acuerdo con la necesidad de darse una organización, por lo cual correspondía avanzar en dar pasos concretos para lograrla. *La Vanguardia* zanjaba así la cuestión acerca del nombre –ya fuera «centro», «grupo», o «partido»– que debía darse a tal organización política: lo fundamental, sostenían, era avanzar en desarrollarla prácticamente y al calor de su desenvolvimiento se irían definiendo los alcances y límites de la iniciativa.

El «centro político» que debía consolidarse tendría que incluir en su seno a «todos los trabajadores socialistas de pensamiento y acción» del país y ser capaz de tener en cuenta «las circunstancias locales, y la dirección que ellas deben imprimir a nuestra conducta política». Fundamentalmente debería ser capaz de advertir que la naciente organización política tenía lugar «en una región cuyo desarrollo económico es todavía muy incompleto, y cuyas prácticas políticas son semibárbaras», de modo tal que «la acción revolucionaria del partido socialista es y será tal vez por muchos años completamente utópica».[20]

Si la cuestión del vínculo con el radicalismo no había sido objeto de un debate abierto en 1894, más allá de los señalamientos críticos de los editores de *La Vanguardia* a la interpretación que hacía Lallemant del intercambio epistolar entre Engels y Turati, algunos meses más tarde, cuando ya se había dejado sentado un planteo que defendía la necesidad de avanzar en la estructuración propia de los socialistas, el periódico retomó el problema. El 16 de febrero de 1895, un editorial titulado «El radicalismo y la clase obrera» sentaba una posición manifiestamente distinta a la del ingeniero alemán, pocas semanas después de concluido el debate con Eduardo Pittaluga, analizado en el cuarto capítulo. El editorial, publicado en ocasión de un importante triunfo obtenido por el radicalismo en las elecciones legislativas de la capital, donde obtuvo un diputado y un senador, planteaba que el programa de la UCR se reducía «a un cúmulo de palabras huecas y sonoras que no dicen nada como principios ni como fines determinados para el mejoramiento de la clase trabajadora» y que se trataba de un partido que no estaba dispuesto a aplicar ninguna de las medidas que necesitaban los trabajadores, como la reducción de la jornada de trabajo, la protección del trabajo femenino, la supresión del clero o los impuestos indirectos, etc. La conclusión era clara: los trabajadores debían agruparse en un partido independiente, e «ir a la lucha política para llevar al Congreso no a diputados que solo aceptan cobrar sus dietas y pasar su tiempo en los hipódromos, garitos o en negocios clandestinos» sino a «genuinos representantes» de la clase obrera que fueran capaces de desarrollar su programa.[21]

19. «Los obreros en la política argentina. Una opinión digna de ser escuchada», *La Vanguardia*, núm. 5, 5 de mayo de 1894.

20. «Los socialistas en la política argentina», *La Vanguardia*, núm. 8, 26 de mayo de 1894.

En el número del 9 de marzo Lallemant («Catilina») publicó una respuesta. La base de su argumento era que existía una correlación directa entre el grado de desarrollo histórico del país –que correctamente caracterizaba como más atrasado que las metrópolis europeas con las cuales lo comparaba– y las fuerzas políticas que debían impulsar el progreso en cada uno de esos estadios. Caracterizaba que la Argentina se encontraba atravesando «la fase histórica por la cual Estados europeos en su evolución económica y política han pasado ahora unos 50 u 80 años atrás, naturalmente con aquellas modificaciones que resultan de su carácter de país colonial y tributario del capital europeo», y en ese cuadro el radicalismo aparecía como «el factor histórico de que se vale la fuerza de evolución para echar abajo la forma política anticuada que opone una traba muy perjudicial al desenvolvimiento económico y social del país». Lallemant entendía que los editores de *La Vanguardia* se esforzaban «en nadar contra la corriente de la evolución histórica inútilmente, en lugar de seguir una táctica acomodada a las tendencias políticas del momento». Llegaba a plantear en este punto una autocrítica respecto a la política desarrollada por los socialistas en el período anterior, con una argumentación que llevaba al extremo el razonamiento «etapista» sobre el desarrollo del capitalismo en el país y correlación con el desenvolvimiento de las fuerzas políticas:

> «Todos hemos errado en cuanto a la marcha sucesiva del desenvolvimiento lógico de la clase obrera en este país. Este desenvolvimiento sigue gradualmente de etapa en etapa con una fatalidad inevitable. No es posible arribar a la cuarta de estas etapas sin haber pasado por la primera, segunda y tercera. No se formarán masas de obreros socialistas, sin que estas hayan pasado por la escuela democrática, como no se enseñará a un hombre las leyes sociales sin que sepa leer y escribir (...). No podemos atraernos las grandes masas obreras sin que estas

21. «El radicalismo y la clase obrera», *La Vanguardia*, año II, núm. 7, 16 de febrero de 1895.

> hayan cumplido su primera misión histórica en las filas del radicalismo, derramando su sangre en pro de las instituciones democráticas. Después vendrán a nuestro partido».

Lallemant caracterizaba que los socialistas serían echados «a rebencazos» de los comicios electorales, si intentaran presentarse como un partido político independiente. En una curiosa comparación histórica, planteaba explícitamente que no era posible constituir en el país un partido socialista obrero, «como no ha sido posible formar este partido en Europa antes de la revolución burguesa del 48, y como no es posible constituirlo en Rusia, porque allí tampoco rige la democracia burguesa todavía». La tarea que correspondía a los socialistas, mientras tanto, era de neto corte propagandístico: debían limitarse a «acelerar la evolución, instruyendo a los obreros sobre los propósitos de la democracia burguesa y la socialista».[22]

La respuesta de los redactores de *La Vanguardia* no se hizo esperar y apareció en el número siguiente, con una nota sin firma titulada «El partido radical y los socialistas». El artículo contenía, en germen, buena parte de las contradicciones que marcarían al socialismo argentino en su relación con el partido radical. Ocurre que si, por un lado, *La Vanguardia* defendía la necesidad de estructurar un partido de clase independiente en lugar de engrosar las filas radicales, no se concluía que el radicalismo o algún otro partido burgués fuera incapaz de desarrollar las tareas progresistas que consideraban propias. Los editores de *La Vanguardia* aclaraban que de ningún modo podían «negar la teoría de la evolución», que debía guiar su conducta en todo momento. La alternativa para conciliar ambos aspectos –la posibilidad de fundar un partido socialista independiente y el reconocimiento de que la evolución mostraba a un país en un estadio todavía prematuro de su desarrollo capitalista– era resuelta por la vía de proponer al partido socialista como un «educador» de las masas, capaz de acelerar el ritmo de esa evolución. En uno de los párrafos finales, en efecto, se resumía buena parte de esa vocación «pedagógica» que, tal como ha señalado Aricó (1999), el socialismo se reservaba para sí mismo respecto a la burguesía argentina y sus partidos:

> «Para que la burguesía (cualquiera sea el partido que la dirija) implante todas las reformas previas reclamadas por el socialismo, se necesita que los trabajadores la empujen y la obliguen a hacerlo. Y la obtención de esas reformas dará lugar lógicamente a que la clase trabajadora busque y alcance al fin otras más fundamentales que la emancipación por completo del yugo capitalista».[23]

22. «El radicalismo y la clase obrera», *La Vanguardia*, año II, núm. 10, 9 de marzo de 1895.

El avance en la articulación de los grupos socialistas que llevaba a la unificación y constitución del partido fue en paralelo, en este punto, con una consolidación de la posición hegemónica de *La Vanguardia* respecto a la relación con el radicalismo. En abril de 1895 un artículo de Adrián Patroni advertía que en los años previos eran permanentes las «reuniones de propaganda que tenían lugar en todas las parroquias», con un protagonismo destacado de «los caudillos, convertidos en fogosos oradores»; la sensación, según Patroni, era que «todos eran radicales». Señalaba, no obstante, que los últimos resultados electorales mostraban una crisis del radicalismo: para Patroni esta derrota serviría de enseñanza «para alejar a los obreros de esos partidos burgueses».[24]

Hacia 1896, el debate estaba ya virtualmente saldado: la presentación de los socialistas en las elecciones legislativas de marzo de ese año, en el contexto de la grave crisis que atravesaba el radicalismo que llevó incluso al suicidio de Alem, mostraba que ya estaba consolidada la posición que reivindicaba la necesidad de intervenir en forma independiente en la arena política. A fines de febrero de 1896, a pocos días de los comicios, un artículo con el inconfundible título de «La debacle radical» caracterizaba que dicho partido, una «aglomeración de sentimentales, demagogos y aventureros políticos», había podido existir «mientras la perspectiva de una revolución inmediata le daba probabilidades de tener pronto muchos puestos que repartir, y lo obligaba al mismo tiempo a ser de una intransigencia absoluta». Concluida esa etapa, con el cierre de la aguda crisis política de los primeros años de la década, el radicalismo había entrado en crisis: según *La Vanguardia*, carecía de principios para ser un «partido de principios» y le faltaba «un jefe de autoridad reconocida» para ser un «partido personal». Los socialistas concluían señalando que valoraban positivamente «todo cambio que aclare la situación» y por lo tanto celebraban la «desaparición de la escena del actual partido radical». Así el pueblo se vería «libre de una falsa atracción» y aumentaría el número de trabajadores que comprenderían que su lugar estaba en las filas socialistas.[25]

23. «El partido radical y los socialistas», *La Vanguardia*, año II, núm. 11, 16 de marzo de 1895.

24. «Una cosa es entusiasmo y otra es convicción», *La Vanguardia*, año II, núm. 14, 6 de abril de 1895.

25. «La debacle radical», *La Vanguardia*, año III, núm. 9, 29 de febrero de 1896. Una semana después del suicidio de Leandro Alem, a comienzos de julio de 1896, *La Vanguardia* publicó un artículo en la misma línea del anterior, que caracterizaba que con la desaparición de su máximo líder se cerraba el ciclo de ese partido

Los primeros pasos: del programa común al «comité central»

El importante debate respecto a la caracterización del radicalismo, que implicaba una determinada concepción sobre las posibilidades de desarrollo de una organización socialista independiente, se zanjó en el período 1894-1895 en el sentido de lo propuesto por el núcleo editor de *La Vanguardia*. Si la conclusión era la necesidad de avanzar en la organización de los socialistas, ello abría al mismo tiempo otro debate, acerca de las características que debía adoptar esta organización. Como vimos, desde mediados de 1894 la línea de *La Vanguardia* giró en torno a un planteo de avance de tipo «pragmático», que al tiempo que reconocía la necesidad de consolidar un partido independiente, advertía las dificultades inmediatas para ello y proponía una línea de trabajo más cauta. En el número 12, publicado a fines de junio de 1894 un artículo titulado «El Partido Socialista en Buenos Aires», escrito nuevamente por Esteban Giménez, sostenía que la actitud que debía caracterizar a los socialistas –a diferencia de los anarquistas– era no basarse en «idealismos» sino tareas prácticas. La principal de estas tareas, en las condiciones locales, era delimitar a los trabajadores de la burguesía:

> «Aquí, donde los trabajadores están completamente confundidos con los partidos burgueses, que no tienen programas propiamente dichos, ni defienden idea concreta alguna, la lucha política entablada por los socialistas, encontrará un poderoso objetivo en la necesidad de separar del lado de sus enemigos, los explotadores, a los explotados, cuya inconsciencia les lleva a cometer los extravíos más lamentables».

Con ese objetivo, la tarea inmediata que se planteaba era la continuar con la unificación de las fuerzas de los grupos socialistas.[26] Fue esta táctica de avance, cauto pero firme, en la articulación de los diferentes grupos socialistas, la que primó en el período inmediatamente posterior.

A comienzos de 1894 la Agrupación Socialista, Les Egaux y el recién fundado Fascio dei Lavoratori habían acordado un programa que sirviera como base para el proceso de articulación de los distintos grupos.[27] Un siguiente paso fue la inauguración de un local que pudiera actuar como centro de la actividad política. A fines de junio de 1894 *La Vanguardia* anunció que la Agrupación Socialista había adquirido un local ubicado en la calle

político. «Muerte del radicalismo», *La Vanguardia*, año III, núm. 28, 11 de julio de 1896.

26. «El Partido Socialista en Buenos Aires», *La Vanguardia*, núm. 12, 23 de junio de 1894.

27. «El programa del Partido Socialista», *La Vanguardia*, núm. 4, 1 de mayo de 1894.

Chile 959, donde se instaló el Centro Socialista Obrero. Si bien en los años siguientes el local debió trasladarse en más de una ocasión –hacia fines de 1894 se instaló en la calle Europa 1971 y el año siguiente volvió a mudarse, ubicándose en los bajos de la calle Victoria 1398– su presencia ya sería permanente y se convertiría en el eje de la actividad socialista en la ciudad. En la medida en que centralizaba buena parte de las actividades de los socialistas, el local permitía estrechar los vínculos de los militantes de la ciudad y así contribuyó a consolidar el proceso de articulación de las fuerzas del socialismo local.[28]

La coordinación, sin embargo, era todavía demasiado laxa y no resolvía el problema del modo de articular y centralizar la actividad de los nacientes pero dispersos núcleos socialistas. Hacia fines de 1894 se dio un paso más: en su reunión del 11 de noviembre, el CSO aprobó una proposición del grupo Les Egaux para crear un «comité central» de las organizaciones socialistas. En los meses siguientes se avanzó en la realización de reuniones preparatorias y en abril quedó constituido el nuevo organismo, que articulaba a delegados de los diferentes núcleos existentes en la sociedad y conservaba por ello un carácter federativo: lo constituían quince miembros, tres por cada grupo. Poco después se sumaron tres delegados del Centro Socialista Revolucionario de Barracas, fundado en junio de 1895. La fundación de este centro representaba un nuevo paso en la política que se habían dado los militantes nucleados en el CSO de extenderse a diferentes barrios de la ciudad y la periferia, fundando locales que funcionaran como un polo de reagrupamiento de los trabajadores de la zona. En la misma línea, el 22 de julio se fundó el Centro Socialista de Balvanera, y en los meses siguientes se abrieron centros en Quilmes, Los Corrales (Parque Patricios) y La Plata, entre otros. La actividad de los militantes del CSO iba ampliando así el radio de influencia del socialismo local, al tiempo que incrementaba la cantidad de agrupaciones vinculadas al partido y reducía el peso relativo de las sociedades nacionales al interior del mismo.[29]

28. Hacia mediados de 1895 ya funcionaban en el mismo local la redacción de *La Vanguardia*, el comité central, el Fascio dei Lavoratori, el Centro Socialista Obrero, el Centro Socialista Universitario, Les Egaux, y las sociedades gremiales de Carpinteros y Toneleros y Hojalateros.

29. «Estrechemos las filas», *La Vanguardia*, año II, núm. 40, 5 de octubre de 1895.

Tensiones y debates internos detrás de «la hipótesis de Justo», 1895-1896

La Convención y el «comité ejecutivo»

Si a fines de 1894 el avance del proceso de articulación entre los diferentes centros y agrupaciones socialistas había planteado la necesidad de constituir un organismo federativo como el comité central, que reuniese a delegados de los diferentes grupos, un año más tarde parecía necesario dar un paso más en el proceso de fusión y centralización del naciente partido para dar lugar a un órgano de dirección ejecutivo. Con este objetivo, en la segunda mitad de 1895 se planteó la convocatoria a una «Convención»: su objetivo principal era constituir un «comité ejecutivo» que no estaría ya compuesto por delegados de las distintas asociaciones sino que debía ser electo por el conjunto de los delegados. Junto con ese objetivo unificador, la reunión tenía como otra de sus tareas principales resolver la participación del Partido en las elecciones de comienzos de 1896.

La Convención se realizó el 13 de octubre: *La Vanguardia* informaba que contó con 25 delegados, aunque sin aclarar quién fue en representación de cada grupo. Las tensiones internas se pusieron de manifiesto, si bien siempre de manera más o menos velada, en torno a la cuestión de la nacionalización de los militantes, un reclamo fundamental del CSO que encontraría fuerte resistencia en otros centros socialistas. La naturalización era esgrimida por *La Vanguardia* como un paso fundamental para encarar la lucha electoral, en tanto los trabajadores debían nacionalizarse para poder contar con los derechos políticos. En este sentido, los militantes del CSO no solo desenvolvían una campaña para impulsar a los trabajadores a nacionalizarse, sino que subrayaban la necesidad de que lo hicieran los propios militantes socialistas, y particularmente los dirigentes. Desde su perspectiva, el planteo sobre la necesidad de encarar una lucha política en el terreno electoral carecía de sentido si los propios militantes socialistas no contaban con la ciudadanía que les permitía, aun bajo el fraudulento sistema electoral argentino, participar en las elecciones. La reivindicación de la nacionalización, de todas formas, encubría también una disputa política entre los grupos: al exigir que la ciudadanía argentina fuera un requisito para poder ser parte de los órganos dirigentes del naciente partido, los militantes del CSO lanzaban un tiro por elevación contra los referentes de otros grupos que no contaban con la ciudadanía argentina y por ende quedaban excluidos, en lo inmediato, de la dirección.

La crónica publicada en *La Vanguardia* reseñaba escuetamente que el Fascio dei Lavoratori presentó una moción «para que pudieran formar parte del comité ejecutivo aunque no se tuvieran los derechos políticos»: luego de una discusión, cuyos detalles no eran explicitados en el periódico, el

punto fue rechazado. Otro debate importante, que los redactores del periódico presentaban estrechamente vinculado al anterior, era con la cuestión electoral. A propuesta del Centro Socialista de Balvanera se puso a discusión, y fue aprobado por unanimidad, que el Partido se presentase a las elecciones legislativas de comienzos de 1896. Se planteó entonces la «cuestión de las alianzas» y «después de un pequeño debate se resolvió ir a la lucha con candidatos propios, no aceptando coaliciones con los partidos políticos "burgueses"».[30]

La Convención representó un éxito para el núcleo que se agrupaba en el Centro Socialista Obrero y editaba *La Vanguardia*, en general, y del propio Juan B. Justo en particular, que acaba de retornar de un largo viaje por el exterior y volvía a ocupar una posición dirigente en el periódico, luego de la tumultuosa salida de Eduardo Gilimón.[31] El editorial del periódico, en efecto, celebraba la realización y las resoluciones de la Convención como un importante paso adelante. *La Vanguardia* destacaba que el CSO hubiera resuelto que todos sus socios debían tener los derechos políticos –nacionalizarse– y que, aún más importante, la Convención estableciera que el mismo requisito era necesario para ser miembro del comité ejecutivo. Para los editores del periódico, se trataba de dos resoluciones que mostraban un crecimiento cuantitativo del Partido y al mismo tiempo establecían que sus propósitos «se hacen más claros y nuestros procedimientos más serios». En el mismo sentido debe interpretarse el cambio de nombre resuelto por la Convención: el «Partido Socialista Obrero *Internacional*» se convertía en «Partido Socialista Obrero *Argentino*», en la línea del énfasis puesto en la necesidad de «nacionalizar» la actividad de los socialistas argentinos. El editorial de *La Vanguardia* ponía de manifiesto, además, que la cuestión de la nacionalización encubría también una disputa política entre los distintos agrupamientos que estaban en proceso de articulación en el período. Sostenía, en efecto, que la composición del comité ejecutivo garantizaba «que los grupos socialistas que aún no tienen una organización estrictamente política, serán dirigidos por hombres que han roto de hecho con toda preocupación y con todo interés contrarios a nuestro partido, que conocen el medio en que actúan y están asimilados a él».[32]

30. «Convención del Partido Socialista», *La Vanguardia*, año II, núm. 42, 19 de octubre de 1895. Al término de las sesiones, luego de un debate y un cuarto intermedio, se votó el comité ejecutivo, que pasaría a reemplazar al antiguo comité central como órgano máximo del socialismo local.

31. Gilimón, conocido en ese momento como Eduardo García, dejó las filas socialistas en medio de un escándalo, acusado por el Partido de haber robado dinero de la caja del periódico. Se convertiría luego, como hemos visto, en un destacado dirigente del anarquismo local. Véase «Triste experiencia», *La Vanguardia*, año II, núm. 40, 5 de octubre de 1895.

32. «Adelante», *La Vanguardia*, año II, núm. 42, 19 de octubre de 1895.

Las tensiones internas que surgían como resultado de las resoluciones adoptadas por la Convención se pusieron de manifiesto pocas semanas más tarde, cuando Eneas Arienti, del Fascio dei Lavoratori, no se presentó a la primera reunión del flamante comité ejecutivo y comunicó que su agrupación «había resuelto no tener representación» en el mismo con el objetivo de «conservar su libertad de propaganda». A pesar de que luego de la Convención los miembros del comité ejecutivo ocupaban esa posición a título personal, el Fascio seguía interpretando que Arienti estaba en ese organismo «en representación» de su agrupación.[33]

Las elecciones de marzo de 1896 y los debates internos

La primera participación electoral socialista, en las elecciones legislativas de marzo de 1896, constituyó otro episodio en este proceso de articulación y fusión que llevó al surgimiento del partido. En primer lugar porque fue la primera ocasión de llevar a la práctica –con resultados muy negativos– el planteamiento que consideraba a la lucha política, en particular por el camino de la participación electoral, como la principal vía de desarrollo de la actividad socialista. Pero además porque, en sus preparativos, la campaña electoral socialista dio lugar a una nueva manifestación de las tensiones internas entre los diferentes grupos.

El propio proceso de elección de candidatos, en efecto, reavivó los debates que habían surgido en ocasión de la Convención, pocos meses antes. El procedimiento elegido por el comité ejecutivo para seleccionar a quienes debían representar al socialismo en las elecciones parlamentarias establecía que las distintas agrupaciones debían mandar una propuesta de cinco precandidatos; luego sería una asamblea general del partido, pero en la cual solo podrían participar aquellos militantes que contaran con los derechos políticos, la que elegiría los cinco candidatos. La crítica no provino esta vez del Fascio dei Lavoratori sino del Centro Socialista Revolucionario de Barracas, que cuestionó el método de elección. En su edición del 8 de febrero de 1896, *La Vanguardia* publicó una respuesta de Justo, en nombre del comité ejecutivo, a la nota de los militantes de Barracas, donde reivindicaba la metodología decidida por el máximo órgano del partido, señalando que

> «... el procedimiento adoptado garantiza el origen de las candidaturas en la opinión genuina del partido, da intervención a todos sus miembros en la designación de los candidatos, y reserva la elección de los candidatos definitivos para los que van a sostenerlos personalmente en los comicios; los compañeros que se han tomado más trabajo por nuestra causa, y más eficazmente luchan por su triunfo, deben tener derechos que compensen sus esfuerzos».[34]

El domingo 8 de febrero se realizó la asamblea para elegir a los candidatos. Un análisis de los candidatos propuestos por los diferentes centros permite trazar un cuadro más preciso de las tensiones internas y de los alineamientos de los diferentes referentes. Lo primero que resulta notable es advertir que el Centro Socialista Obrero y el Centro Socialista de Balvanera propusieron exactamente a los mismos nombres: Juan B. Justo, Adrián Patroni, Esteban Giménez, Germán Avé Lallemant y José Ingenieros. El Centro Socialista de San Bernardo votó casi exactamente igual, con la excepción de Lallemant; en su lugar proponían a Ricardo Cardalda. Tres de esos cinco fueron propuestos también por el Centro Socialista de Pilar, por el Club Vorwärts y por la Agrupación Carlos Marx de Los Corrales. El único grupo que votó en forma manifiestamente discordante fue el Centro de Barracas: entre sus precandidatos no se encontraba ninguno de los cinco que habían sido propuestos por el CSO, y fue la única agrupación que no propuso a Justo. Finalmente, luego de varias votaciones, resultaron electos como candidatos a diputados Juan B. Justo, Germán Avé Lallemant, Gabriel Abad, Adrián Patroni y Juan Schäfer.[35]

La asamblea resolvió aprobar un programa electoral que resumía lo fundamental del programa mínimo. Además, la dirección resolvió editar un manifiesto titulado «El Partido Socialista Obrero Argentino Al Pueblo». El texto, dirigido a los «trabajadores y ciudadanos», denunciaba a «una clase rica inepta y rapaz que oprime y explota al pueblo argentino», provocando sufrimientos y padecimientos a los trabajadores mediante una expoliación que sería «cada día más bárbara y más cruel si el pueblo no se da cuenta de ella». El Partido Socialista hacía su entrada en la arena electoral para presentar una alternativa sustancialmente distinta: no pretendía representar «los intereses de todo el mundo, sino los del pueblo trabajador, contra la clase capitalista opresora y parásita». Los socialistas no hacían «creer al pueblo que puede llegar al bienestar y a la libertad de un momento a otro», pero aseguraban la victoria si los trabajadores se decidían a encarar «una lucha perseverante y tenaz», no por la vía del «fraude ni la violencia» sino por la de la «inteligencia y la educación».[36]

33. «Movimiento socialista. Comité ejecutivo», *La Vanguardia*, año II, núm. 44, 2 de noviembre de 1895.

34. «Una disidencia», *La Vanguardia*, año III, núm. 6, 8 de febrero de 1896.

35. «Movimiento socialista. La asamblea del domingo. Proclamación de los candidatos del Partido Socialista Obrero Argentino», *La Vanguardia*, año III, núm. 7, 15 de febrero de 1896.

36. «El Partido Socialista Obrero Argentino Al Pueblo», *La Vanguardia*, año III, núm. 9, 29 de febrero de 1896.

El congreso constituyente (junio de 1896)

El resultado de las elecciones de marzo fue decepcionante para los socialistas: en una jornada marcada por los mecanismos fraudulentos que eran habituales en la época, su lista obtuvo apenas algunos centenares de votos, incluso menos de lo esperado por los propios dirigentes. La valoración realizada por el periódico y la dirección del partido, no obstante, era positiva: además de denunciar que los resultados debían ser analizados en relación con los mecanismos de fraude impulsados por los partidos tradicionales, se reivindicaba la participación en las elecciones, sosteniendo que se había sentado un precedente importante en el camino de desarrollar la acción política de los trabajadores. El 14 de marzo un artículo de fondo *de La Vanguardia* caracterizaba la situación que se abría para el naciente Partido luego de las elecciones: para los editores del periódico, se trataba ahora de poner «manos a la obra» en las tareas organizativas y dedicarse a la preparación del congreso constituyente, que debía sellar la conformación del Partido como una fuerza organizada en el país.[37]

El 9 de mayo *La Vanguardia* publicó el informe presentado por el comité ejecutivo al congreso, que además de un balance de la actividad realizada en los años previos trazaba un cuadro de la composición de las agrupaciones integradas al partido. Como se observa en el cuadro 8.1, la fuerza militante de conjunto del socialismo local era aún muy reducida, menor al millar de militantes. El Verein Vorwärts, con 260 socios, aparecía con gran diferencia como el centro con mayor cantidad de afiliados, aunque su intervención en la dinámica interna del Partido era ya bastante reducida. Los diversos «centros socialistas», surgidos en los años anteriores, tenían un número menor de socios pero mostraban un desarrollo importante. El dato referido al «total de socios con derecho a ciudadanía», que el informe detallaba explícitamente, resulta de crucial interés a la luz del conjunto de debates que venimos analizando en este capítulo: se observa cómo la proporción de socios nacionalizados era notablemente inferior en el Verein Vorwärts o en Les Egaux –lamentablemente no hay datos del Fascio dei Lavoratori– que en los «centros socialistas» de más reciente fundación. Pero además es posible advertir que eran muchos más los argentinos o naturalizados en el Centro Socialista Obrero (77 %) o en el Centro Socialista Universitario (90 %) que en los centros ubicados en los barrios obreros, como el Centro de Barracas (49 %) o el de Los Corrales (29 %). Estas cifras, informadas por el propio comité ejecutivo, ponen de manifiesto que las discusiones sobre la obligatoriedad de contar con los derechos políticos para poder participar en diversas instancias de dirección no expresaban solamente un planteo programático favorable a la naturalización de los militantes para poder desenvolver la lucha político-electoral, sino también una puja política entre las diversas agrupaciones que constituían el naciente partido. Eran precisamente las agrupaciones que contaban con una mayor proporción de extranjeros las que manifestaban más firmemente su cuestionamiento al requisito impuesto por los dirigentes nucleados en el CSO.

37. *La Vanguardia*, año III, núm. 11, 14 de marzo de 1896.

El papel hegemónico jugado por estos últimos se pone también en evidencia al observar la nómina de delegados al congreso. Se observa, en primer lugar, que la cantidad de delegados no era directamente proporcional a la cantidad de miembros afiliados a cada agrupación: el Vorwärts, por ejemplo, contaba con casi diez veces más socios que la mayor parte de los centros, pero solo enviaba un delegado más que el resto. En segundo término, es posible advertir que la representación de diversos centros socialistas del interior quedaba delegada en destacados dirigentes de la capital: Carlos Altgelt y Meyer González en nombre de San Fernando y Tigre, Adrián Patroni en representación de Paraná, Leopoldo Lugones y Ángel Giménez por parte de Córdoba o Roberto Payró en nombre del centro de Tucumán.[38]

El congreso se realizó los días 28 y 29 de junio, en el salón del club Vorwärts, que era por entonces el local más amplio de que disponían las agrupaciones socialistas. Al inicio Justo informó, en nombre del comité ejecutivo, sobre el proyecto de estatutos, la declaración de principios y el programa mínimo, los tres puntos centrales que pretendían impulsarse en el congreso. Justo planteó que el objetivo del comité ejecutivo con sus propuestas era «caracterizar al Partido Socialista Obrero en su doble faz de movimiento de clase y de movimiento económico»:

> «El Partido Socialista –señaló– es ante todo el partido de los trabajadores, de los proletarios, de los que no tienen nada más que su fuerza de trabajo; las puertas del Partido están sin embargo abiertas de par en par para los individuos de otras clases que quisieran entrar, subordinando sus intereses a los de la clase proletaria. Lo que es importante es patentizar nuestra independencia de todo interés capitalista o pequeño burgués; sin creer por eso que en todos los casos y en todas las cuestiones sean opuestos a los nuestros».[39]

Un lector del número de *La Vanguardia* que siguió al congreso podía encontrar un relato de lo acontecido en los dos días de sesiones. El proyecto de estatutos fue aprobado en general y luego se discutieron algunos

38. «El próximo Congreso», *La Vanguardia*, año III, núm. 19, 9 de mayo de 1896.
39. «El primer Congreso Socialista Obrero Argentino», *La Vanguardia*, año III, núm. 27, 4 de julio de 1896.

Agrupación	A	B	C	Delegados al Congreso
Vorwärts	260	60	23 %	Alwin Kahle, Juan Schaefer, S. Feldman
Centro Socialista Obrero	67	52	77 %	Juan B. Justo, Domingo Risso
Centro Socialista Obrero de Barracas al Norte	55	27	49 %	Antonino Piñero, Ramón Potau
Centro Socialista Universitario	43	39	90 %	José Ingenieros, Nicanor Sarmiento
Centro Socialista de San Bernardo	17	5	29 %	Andrés Abella, L. González
Agrupación Carlos Marx de Los Corrales	17	5	29 %	Antonio Chacón
Centro Socialista del Pilar	36	31	86 %	Ángel de Janiselli, Vicente Rosáenz
Centro Socialista de Balvanera	s/d	s/d		Santiago Risso, Francisco Dagnino
Centro Socialista de Quilmes	24	15	62 %	José A. Lebrón, Bottari
La Plata (¿Tolosa?)	30	16	53 %	Alberto Manresa Herrero, Miguel Fondevila
San Antonio de Areco	15			José Piccaluga, Miguel Pizza
San Fernando y Tigre				Carlos Altgelt, Meyer González
Club Vorwärts de Rosario	40	10	25 %	N. Frank
Centro Unión Gremial Obrera Socialista (Paraná)	193	103	53 %	Adrián Patroni, Antonio Varela
Córdoba	103	38	36 %	Leopoldo Lugones, Ángel Giménez
Tucumán				Roberto J. Payró
Les Egaux (**)	15	1	7 %	Jorge Ballet, Enrique Thull
Fascio dei Lavoratori	(*)	(*)		Carlos Mauli, Eneas Arienti
Junín	(*)	(*)		Juan Toulouse

Cuadro 8.1 – Agrupaciones socialistas y sus delegados al Congreso constituyente de 1896. A= Total socios; B= Total de socios con derechos de ciudadanía; C= Porcentaje de socios con derechos de ciudadanía. (*) No se menciona. (**) [aparece en un número posterior, dice que se ha reconstituido] respecto al cierre de Les Egaux, en el número del 16 de mayo *La Vanguardia* informaba que la agrupación había enviado una nota «en la que nos pide rectifiquemos lo dicho con respecto a ella, es decir: que no ha sido disuelto ese centro». La nota señalaba que «sus trabajos habían quedado paralizados por la intromisión de elementos disolventes, pero que hoy se reúne con regularidad sus adherentes todos los viernes en la calle de Pozos 1712». En cualquier caso, todo indica que su actividad es muy marginal.
Fuente: La Vanguardia.

artículos en particular. Luego del receso del mediodía, se debatió el artículo 8 , que permitía al Partido realizar alianzas con otras fuerzas políticas, «siempre que se respete íntegro nuestro programa». Según el informe, el debate sobre este punto insumió más de dos horas y dividió fuertemente a los delegados. A favor se manifestaron Payró, Altgelt, Lebrón, Risso y Potau; en contra lo hicieron Ingenieros, Lugones, Pizza, Manresa, Patroni, Chacón, Arienti y Dagnino. Finalmente el artículo fue modificado radicalmente, estableciendo que serían expulsados del partido «las agrupaciones o afiliados que acepten alianzas con los demás partidos». En la misma jornada se eligió la redacción de *La Vanguardia*, a partir de ahora considerado «órgano oficial del partido»: resultaron electos Patroni, Giménez, Kühn, Nicanor Sarmiento y Meyer González. Al día siguiente el congreso continuó discutiendo el programa mínimo, al cual se agregaron una serie de artículos.

Al término del congreso se procedió a elegir el nuevo comité ejecutivo. Resultaron elegidos Hipólito Curet, N. Baldovino, José Ingegnieros, José A. Lebrón, Antonino Piñero, Miguel Pizza y Juan Schäfer, como titulares; Santiago Feldman, Francisco Cúneo y Juan Toulouse, como suplentes. Adrián Patroni, por su parte, fue nombrado «redactor en jefe» de *La Vanguardia*. Si se tiene en cuenta que el comité ejecutivo inmediatamente anterior al congreso estaba integrado por Justo, Lebrón, Patroni, Pizza, Schäfer y Pizza, se observa que el único excluido era precisamente Justo, además de Patroni que de todas formas era designado como editor del periódico. Aunque para los lectores del informe publicado en *La Vanguardia* no era posible advertirlo, debido a que ciertos aspectos cruciales de los debates habían sido soslayados, el congreso había significado en efecto un retroceso para el principal dirigente del socialismo local.

En efecto, si la primera de las discusiones que había dividido a los delegados –en torno a la cuestión de las alianzas con otros partidos– era mencionada en la crónica publicada en el periódico, que mostraba que la posición de Justo había sido derrotada, *La Vanguardia* no hacía referencia a otro debate importante que se desenvolvió en el congreso, sobre el tramo final de la declaración de principios. El borrador de la declaración había sido escrito por Justo, y abordaba el problema central de la táctica a seguir por los socialistas, estableciendo como vía principal la parlamentaria. En el congreso, sin embargo, su propuesta fue rebatida por un conjunto de delegados, encabezados por José Ingegnieros y Leopoldo Lugones. Unos y otros estaban de acuerdo en la parte que caracterizaba que «esta revolución, resistida por la clase privilegiada, puede ser llevada a cabo por la fuerza del proletariado organizado», pero divergían en las frases subsiguientes. La versión de Justo planteaba que

> «... mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos, esa fuerza (la del proletariado organizado) consistirá en la aptitud del pueblo para la acción política y la asociación libre».

La de sus oponentes planteaba, en cambio, que

> «... mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza».

También había una divergencia con la frase final de la declaración, que remataba el razonamiento inmediatamente anterior. La propuesta de Justo planteaba que

> «... este es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen».

La enmienda de Ingenieros y Lugones, que resultó aprobada, señalaba que

> «... por este camino el proletariado podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza, y se formará una conciencia de clase, que le servirá para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente» (reproducidos en Falcón 1979).

El saldo del congreso debe analizarse en el cuadro del complejo proceso de articulación y fusión que dio lugar a la fundación del Partido Socialista hacia mediados de la década de 1890. En la segunda mitad de 1895, luego de un período de transición durante el cual Justo no había estado en el país, la Convención había representado un avance para las posiciones justistas, en la medida en que refrendó la postura que requería la nacionalización de los militantes para poder participar en los organismos de dirección. No se trataba, de todas formas, de un debate cerrado. Poco menos de un año después de la Convención, el congreso constituyente de junio de 1896 culminó con un resultado contradictorio. Por un lado permitió consolidar la unificación de los diferentes grupos, dando nacimiento formal al Partido con la aprobación de sus estatutos y la realización de un congreso fundacional en regla. Por otro lado, el congreso implicó un revés para Justo, quien no logró imponer su versión de declaración de intenciones en los tramos

decisivos vinculados a la táctica política, y se vio derrotado también en el debate sobre la cuestión de las alianzas con otros partidos y sobre los derechos partidarios de los extranjeros. Tal como ha señalado Falcón (ibíd. y 2011), si bien los alineamientos de los diferentes delegados no siempre fueron similares, en conjunto los temas en debate tenían en común que mostraban una tendencia opositora a las propuestas de Justo, que salió del congreso derrotado y rechazó integrar los organismos de dirección.

Coincidimos con Falcón cuando señala que la cuestión de los derechos políticos en realidad encubría una lucha política más amplia, cuyo origen el autor ubica en el debate sobre el modo de elegir a los candidatos de las elecciones en 1896 pero que, como vimos, puede incluso remontarse al período inmediatamente anterior. La discusión no era puramente teórica o programática, en la medida en que dentro de ciertas agrupaciones del Partido la proporción de extranjeros no nacionalizados era muy superior a la de otras. Según Falcón, «la campaña por la ciudadanización llevada adelante por la dirección socialista aparecía como correcta» pero tomaría enseguida «un carácter de "argentinización forzosa" con claros ribetes burocráticos y discriminatorios para los militantes extranjeros». El artículo 7 del estatuto aprobado en 1896, en efecto, establecía que

> «En las cuestiones políticas (actitud del Partido en las elecciones, designación de candidatos, etc.) solo resolverán los miembros del partido que tengan los derechos políticos, y las mujeres adherentes, despojadas por ley de estos derechos. Los demás miembros del Partido tendrán su campo de acción en la propaganda, en las tareas administrativas de las agrupaciones, etc.» (Falcón 1979).

Además, se establecía que en caso de «voto general» interno, la dirección iba a decidir si podían votar todos o solo los nacionalizados y se confirmaba la decisión tomada en los meses anteriores respecto a que para ser miembro del comité ejecutivo era obligatorio contar con los derechos políticos. En el fondo la cuestión no era legal, sino política, porque se estaban creando dos «niveles» de militantes: solo aquellos argentinos o naturalizados estaban en condiciones de establecer la línea política de la organización. En particular, la medida «aparecía como una maniobra burocrática contra los socialistas de Barracas, que no se limitaban a reclamar iguales derechos partidarios para los extranjeros sino que manifestaban su oposición a otros aspectos de la política de la dirección» (ibíd.). Sería en torno a este grupo, de hecho, que se formaría la fracción «colectivista» que rompió con el partido en 1898. En efecto, una fracción rupturista abandonó las filas socialistas en agosto de 1898, poco antes del congreso, denunciando la discriminación contra los extranjeros y planteando que el partido ha-

bía «dado muerte al movimiento económico, para formar en nombre del socialismo un partido político cualquiera».

Para completar el cuadro de las discusiones internas que se procesaban en el contexto de la formación del Partido Socialista en la segunda mitad de la década de 1890, debemos analizar precisamente la cuestión del «movimiento económico», es decir el vínculo con las sociedades obreras y la cuestión de la huelga general, que como veremos representaba otro de los debates fundamentales en este período.

Los socialistas y el movimiento obrero: el vínculo con las sociedades gremiales y la cuestión de la huelga general

Desde fines de la década de 1880, los socialistas habían caracterizado el avance en la agremiación de los trabajadores como un paso positivo que ponía de manifiesto una evolución en el desenvolvimiento de la sociedad argentina que daba lugar a contradicciones sociales de tipo moderno. Desde su perspectiva, la actividad de las sociedades de resistencia desenvolvía una delimitación clasista entre los trabajadores de la ciudad que debía ser reivindicada. Los socialistas, por otro lado, debían enfrentar en el seno de las sociedades de resistencia la influencia de militantes de orientación libertaria. Si en un principio pudieron lograr un importante avance, la reorientación de los anarquistas en el sentido de intervenir en las sociedades gremiales y abandonar progresivamente la perspectiva individualista llevó, hacia 1895-1896, a un escenario de fuerte competencia entre militantes de una y otra definición política.

Es en este cuadro que debemos analizar un aspecto del congreso constituyente del Partido que dejamos relativamente inexplorado en la sección anterior: el hecho de que participaron en él, de manera orgánica, un conjunto importante de sociedades gremiales de la ciudad. En efecto, una de las características más destacadas de la convocatoria al congreso fue que el comité ejecutivo no limitó la invitación a la militancia de las agrupaciones socialistas que ya venían articulando su actividad en los años previos, sino que la extendió a las asociaciones gremiales activas en el seno del movimiento obrero del período.

El proceso de convocatoria a las diferentes sociedades gremiales no estuvo exento de debates e intercambios: la iniciativa tomada por los socialistas se convirtió de hecho en un factor de delimitación de campos políticos en el seno de las asociaciones obreras. A comienzos de abril, el comité ejecutivo envió una circular firmada por Justo a las diferentes sociedades obreras, que fue reproducida por *La Vanguardia*. La invitación informaba que

> «... La fórmula de admisión a este congreso es la misma adoptada para los congresos obreros internacionales que se celebran en Europa: en el terreno de la lucha de clase que sostiene el proletariado para llegar a su emancipación, reconocer la necesidad de la acción política y de la organización gremial».

La circular aclaraba, de todos modos, que la adhesión al congreso no implicaba la adhesión al Partido: los delegados de las sociedades obreras solo tendrían voz y voto en la discusión de las «cuestiones económicas», a menos que hicieran «una declaración expresa de adhesión a nuestra organización política». Las sociedades que aceptaran la invitación podían enviar al congreso un delegado por cada cien socios o fracción superior a cincuenta; se les solicitaba, además, que enviaran antes de fines de abril «las proposiciones que a vuestro nombre hayan de ser presentadas».[40]

El congreso fundacional dedicó la última parte de la segunda sesión a las «cuestiones económicas», con participación de las sociedades gremiales. Según la crónica de *La Vanguardia* se plantearon una serie de discusiones a partir de propuestas hechas por los distintos delegados presentes. Una moción de la sociedad de talabarteros que planteaba que las huelgas debían ser sostenidas «por sacrificio propio, y no por cajas de resistencia», fue rechazada por unanimidad. El congreso declaró que, por el contrario, «para el triunfo de una huelga deben emplearse todos los fondos de las sociedades gremiales confederadas». El CSO, por su parte, planteó el tema del trabajo por pieza o a destajo. El informe publicado en el periódico señalaba que se había concluido por caracterizar ese mecanismo como «una de las causas del malestar de la clase trabajadora», debido a lo cual se aprobó en forma unánime reclamar la abolición del sistema y comprometer a las sociedades representadas a luchar por tal reforma. Otro punto importante en el debate tuvo que ver con la posición a adoptar respecto a la «legislación favorable a los trabajadores». El tema fue planteado por Juan Schäfer, uno de los miembros del comité ejecutivo, y el congreso aprobó una resolución que promovía la acción política y la participación electoral en apoyo al Partido Socialista.[41]

Los socialistas y las huelgas: un problema decisivo

La participación de numerosas sociedades gremiales en el congreso de 1896 era el corolario de la intervención activa que tenían los socialistas en el seno del movimiento obrero de la época. Se trata de un aspecto importante que no siempre ha atraído la suficiente atención de los investigadores: no

40. «El próximo congreso», *La Vanguardia*, año III, núm. 15, 11 de abril de 1896.
41. «El primer Congreso Socialista Obrero Argentino».

solo porque muestra que los socialistas tuvieron una participación destacada en las sociedades de resistencia de este período temprano, sino también porque es preciso analizar el modo en que esa intervención también marcó y contribuyó a delimitar algunas posiciones políticas que caracterizarían al socialismo local por un largo período.

Las primeras posiciones de los socialistas de Buenos Aires respecto a la cuestión de las huelgas debemos rastrearlas en el contexto del primer gran estallido huelguístico que tuvo lugar en la ciudad, en el bienio 1888-1889. Como hemos visto en el segundo capítulo, en ese momento la prensa comercial atribuyó la agitación obrera a la acción de «cabecillas extranjeros», en particular a los propios militantes socialistas nucleados en el Verein Vorwärts. Fue en este cuadro que el periódico de los socialistas alemanes salió al cruce de las acusaciones para plantear, en primer término, que era «un honor decididamente excesivo» atribuir las huelgas a la acción del Verein: las causas de la agitación, en realidad, debían buscarse en el agudo proceso inflacionario que atravesaba el país en el período, trayendo como consecuencia un deterioro salarial y movilizando a los trabajadores a salir a la lucha por sus reclamos. El *Vorwärts* caracterizaba a las huelgas «como un mal necesario, como un producto de las circunstancias sociales actuales»: las mismas eran inevitables en el capitalismo, en tanto representaban «a menudo el único medio de los trabajadores para defenderse de una excesiva opresión por parte del capital». Las huelgas existían más allá de la voluntad de los socialistas, que no tenían como tarea provocarlas e incluso a menudo las habían «desaconsejado». Consideraban, de todas formas, que el conjunto del movimiento de agitación obrera, aun cuando no consiguiera una victoria en sus demandas, ayudaba al desenvolvimiento de la propaganda socialista.[42]

El período de edición de *El Obrero* –desde fines de 1890 hasta la primavera de 1892– coincidió con un período de retracción de la actividad huelguística, y es por ello que la cuestión de las huelgas no ocupó un lugar destacado en sus páginas, como sí lo hicieron el debate con los anarquistas respecto a cuestiones de táctica política o las caracterizaciones sobre la crisis económica y el papel de la Unión Cívica Radical. En el contexto de la gran huelga de zapateros de la primavera de 1892 volvemos a encontrar una reflexión de los socialistas sobre el problema de las huelgas, en las páginas del *Vorwärts*. Los socialistas alemanes aclaraban entonces que sentían «toda la simpatía hacia los huelguistas», pero que debían caracterizar a la huelga como «precipitada e irreflexiva». La caracterización se basaba en la posición que, como hemos visto, sostenía el Verein respecto al «estado embrionario» de desarrollo que tenía el movimiento obrero local. Para

42. «Die Streiks und die Sozialisten», *Vorwärts*, núm. 100, 17 de noviembre de 1888.

el *Vorwärts*, la situación miserable de los trabajadores zapateros se debía a que no habían «sabido valer sus intereses» en años previos, y ahora era imposible pretender recuperar el terreno perdido en un solo conflicto. De todas formas, los socialistas alemanes caracterizaban que aun si la huelga concluyera con un fracaso –como de hecho ocurrió– no «carecería de utilidad», en tanto sería una «advertencia para los patrones» y para los propios obreros, que en el futuro serían «más sagaces gracias a la experiencia hecha ahora».[43]

La postura de los socialistas respecto a la huelgas y las sociedades gremiales debe ponerse en relación con su caracterización sobre la madurez de las condiciones para desarrollar un agrupamiento propiamente socialista en el país, que como vimos era uno de los puntos fundamentales que habían sido debatidos en este período. En este sentido, uno de los tópicos más sistemáticamente abordados por los socialistas era la defensa de la existencia de una «cuestión social» en el país. Numerosos artículos de *La Vanguardia*, por lo general salidos de la pluma de Patroni, polemizaban en este punto con la interpretación de los periódicos comerciales, que insistían en que los trabajadores vivían una buena situación en el país y acusaban de las huelgas a la acción de «cabecillas y agitadores extranjeros». *La Vanguardia* argumentaba sistemáticamente que el avance del desarrollo capitalista en el país había cerrado las posibilidades de ascenso social para los trabajadores –lo cual se agravaba en el marco de la crisis– y por ello explicaba el desarrollo de las huelgas, que eran justas e inevitables, así como la expansión de las sociedades gremiales.

Si las huelgas eran un producto inevitable del desarrollo capitalista, y debían ser no solo defendidas de los ataques patronales sino incluso reivindicadas como un síntoma del avance de una delimitación clasista por parte de los trabajadores, constituían al mismo tiempo, desde la perspectiva de los socialistas, un método «atrasado» de la lucha de clases. Las huelgas eran vistas como una forma «arcaica» de la lucha del proletariado, en comparación con la vía política, que era entendida como el método más avanzado de acción que debían impulsar los socialistas. En un editorial de enero de 1895, por ejemplo, aparecido en el marco de la aguda conflictividad huelguística de ese verano, *La Vanguardia* celebraba la generalización de la agitación obrera, reivindicando que había «bastado la propaganda socialista de obreros inteligentes para iniciar el movimiento repetido de las huelgas». El periódico desarrollaba la idea de que los trabajadores contaban con «dos medios legales para luchar con éxito en frente a la clase explotadora de su trabajo y de su fuerza: las huelgas y la acción política». Mientras las primeras podrían traer como resultado mejoras transitorias,

43. «Zum Streik der Schuhmacher», *Vorwärts*, núm. 307, 19 de noviembre de 1892.

en la medida en que fueran impulsadas «en el momento propicio e inteligentemente dirigidas», la acción política era el camino que permitía alcanzar «poco a poco reformas de un orden más radical y permanente que les acercan al día tan anhelado de su emancipación económica».[44]

La acción política, que debía constituir «el método regular de lucha de toda clase trabajadora preparada para su emancipación», era interpretada siempre como sinónimo de acción legislativa. Un editorial de fines de 1895 argumentaba, en efecto, que incluso cuando se trataba de mejoramiento de salarios y de acortamiento de la jornada laboral, la vía legislativa resultaba más eficaz que la lucha gremial:

> «Hacer bajar el oro es el mejor modo de levantar los salarios. Suprimir los impuestos de consumo equivaldría para los obreros a un gran aumento en sus entradas. La duración de la jornada de trabajo puede y debe ser reglamentada por la ley (...). Si la máquina nivela a todos los trabajadores, el voto nivela a todos los ciudadanos, y la voluntad del último obrero vale tanto en las urnas como la del más encumbrado personaje. En el terreno político es donde los trabajadores, para triunfar, no tienen sino que acogerse a la ley».[45]

La «huelga grande» y su impacto en las caracterizaciones socialistas

Los socialistas llegaron a la gran huelga de la primavera de 1896 con una posición elaborada respecto al lugar secundario que debían jugar las huelgas en la táctica y estrategia de su Partido. Esto no implicó que los socialistas no jugaran un papel destacado en el conflicto: como vimos en el quinto capítulo, la huelga de los mecánicos y ferrocarrileros, que fue la más extensa y el núcleo de la agitación huelguística de esa primavera, fue dirigida en gran medida por militantes socialistas, y la actividad propagandística de sus dirigentes en el local del barrio de Barracas fue incansable. La caracterización de las huelgas que habían elaborado los socialistas, no obstante, implicó una cerrada negativa a generalizar el conflicto a todos los gremios, en tanto eran fuertemente críticos de la huelga general y la consideraban un mecanismo incapaz de proveer a un triunfo de las reivindicaciones obreras y proclive a favorecer los planteamientos anarquistas. La larga extensión del conflicto y su culminación con una derrota, por otra parte, contribuyó a reforzar la lectura que interpretaba a las huelgas como un mecanismo poco eficaz para los objetivos de la clase obrera.

44. «Huelgas y acción política», *La Vanguardia*, año II, núm. 2, 12 de enero de 1895.

45. «Las huelgas son una forma atrasada de la lucha de clases. El voto es la gran arma del trabajador», *La Vanguardia*, año II, núm. 51, 21 de diciembre de 1895.

El 22 de agosto de 1896, con la huelga ya iniciada, *La Vanguardia* publicó un artículo de fondo titulado «Las huelgas y los socialistas», escrito por Antonino Piñero («Forward»). El mismo partía de criticar a aquellos que erróneamente planteaban que las huelgas eran una creación de los socialistas. Para Piñero, las huelgas eran «el resultado de hechos económicos perfectamente visibles y de un progreso intelectual del que debemos felicitarnos», y no eran aceptadas por los socialistas «sino como un medio para mantener latente el espíritu de protesta, de disciplina y de mejoramiento colectivo». Piñero retomaba el argumento que consideraba que las huelgas eran un «sistema atrasado» para obtener mejoras, y que traían muchas veces «resultados contraproducentes», debido a lo cual recomendaban la lucha política «como un medio más eficaz y más pacífico», que se valiera del «arma facilitada por la misma burguesía, el voto». Lo más novedoso de los planteamientos desarrollados en el marco de la huelga es que los socialistas comenzaban a desenvolver, en directa relación con los anteriores, un argumento nuevo, que señalaba que su intervención en los conflictos huelguísticos buscaba principalmente lograr que los mismos fueran «pacíficos y ordenados». Piñero hacía notar «a los burgueses» que si los socialistas jugaban un papel activo en las reuniones obreras era para «instruirles y recomendarles que aprendan a observar, que aprendan a pensar, que ilustren su inteligencia y se formen conciencia de lo que ellos valen y de lo que ellos representan, como productores de la riqueza, como trabajadores».[46]

A medida que la huelga se iba debilitando y se vislumbraba la posibilidad cierta de que culminase con una derrota, *La Vanguardia* otorgó un lugar más destacado a argumentar acerca de las «enseñanzas» que los trabajadores debían sacar del conflicto. Un artículo de Esteban Giménez, por ejemplo, sostenía que los límites que enfrentaba la huelga debían servir como experiencia a los trabajadores para que tuvieran claro cuál era el camino a tomar «para adquirir el logro de sus aspiraciones». Según Giménez, la clase obrera debía comprender que su tarea era «apoderarse total o parcialmente del poder político que hoy deja por completo en manos de la clase rica»: en ese caso ya no habría necesidad de huelgas, que se verían sustituidas por reformas políticas y económicas de carácter permanente.[47]

La Vanguardia publicó a comienzos de octubre una intervención de Juan B. Justo respecto a la cuestión de las huelgas en una conferencia dictada en el Centro Socialista de Tigre. Desde su perspectiva, las huelgas eran el primer paso en la lucha del proletariado: aun cuando fracasaran, eran «en principio buenas para la clase obrera», en la medida en que sacaban

46. «Las huelgas y los socialistas», *La Vanguardia*, año III, núm. 34, 22 de agosto de 1896.

47. «Huelgas y lucha de clases. El gobierno, en manos de la burguesía. La acción política», *La Vanguardia*, año III, núm. 36, 5 de septiembre de 1896.

a los trabajadores de la pasividad o la inacción y contribuían a fortalecer «los sentimientos y hábitos de solidaridad» y a experimentar cómo el gobierno se ponía «servilmente al servicio de los patrones». Las huelgas incluso permitían que los trabajadores comprendieran mejor «las relaciones económicas», advirtieran el peso de la competencia extranjera y vieran «la necesidad de que la acción obrera sea internacional». La huelga, sin embargo, era también para Justo «una forma de lucha rudimentaria». En su argumentación agregaba la idea de que constituía en realidad una «acción negativa y pasiva», porque en un conflicto huelguístico los trabajadores se reunían «para no hacer». La lucha política –y, agregaba Justo, la asociación cooperativa– eran por el contrario un «esfuerzo activo», a través del cual los trabajadores estarían en condiciones de adquirir «los conocimientos y la disciplina que le hacen falta para llegar a su emancipación».[48]

El 5 de septiembre, *La Vanguardia* publicó un importante artículo de Piñero que ponía de manifiesto el impacto que la propia huelga estaba generando en el sentido de profundizar algunos elementos de la caracterización de los socialistas. El artículo llevaba por título «Hay que diferenciarse. Trabajadores y anarquistas», y abordaba los problemas que, a su entender, encontraban los socialistas en su intervención en el movimiento obrero. ¿Qué debían hacer los socialistas para enfrentar a estos adversarios políticos? Según Piñero, no bastaba «echar a los anarquistas de las reuniones, ni privarles la entrada, tampoco el uso de la palabra». Era preciso, antes bien, «diferenciarse de ellos por la seriedad, por la comprensión de los verdaderos intereses, y sobre todo por la táctica que encamine la acción colectiva al logro de las aspiraciones obreras». Lamentaba, no obstante, que los trabajadores fuesen partidarios de la huelga, y también de la huelga general, «el mayor desatino que puede recomendarse», al igual que los anarquistas. Según Piñero,

> «... mientras las cosas sigan así, con la sociedad gremial, que es muy buena, y con la huelga que es y no es buena según los casos, los anarquistas serán el azote de los trabajadores, sus peores enemigos, al mismo tiempo que los mejores servidores de la clase capitalista. Para diferenciarse de ellos, para eliminarlos sin recurrir a la fuerza de los gendarmes, el único medio es hacer algo más serio y práctico de lo que se hace hasta ahora, es preciso que los trabajadores echen a la espalda sus preocupaciones de nacionalidad y de patriotismo, se afilien al joven partido socialista, y recurran a la lucha de clase en el campo de

48. «La acción obrera», *La Vanguardia*, Año III, núm. 40, 3 de octubre de 1896.

> la política, como el medio más eficaz de obtener mejoras permanentes y progresivas».[49]

Cuando la huelga cumplía nueve semanas, el balance que trazaba el periódico socialista era cada vez más sombrío. El conflicto se había extendido durante «sesenta y nueve días de hambre y sufrimientos», en los cuales se había puesto a prueba «cuán pesada y oprobiosa es la tiranía que ejerce el capital» y se había consolidado «un acopio de odio profundo contra esa maldita clase que no se conforma solo con robarnos la mejor parte del producto de nuestro trabajo, sino que quiere privarnos del derecho de pensar y de luchar en pro de nuestra causa». A pesar de los sufrimientos, la lucha había servido para que muchos trabajadores se quitasen «esa espesa venda que aún cubría su vista». *La Vanguardia* advertía, sin embargo, que el resultado habría sido distinto si los obreros hubieran planteado la lucha en el terreno político: la experiencia debía servir

> «... para convencer a los compañeros de que este sistema de lucha es muy costoso; que los trabajadores nos hallamos en condiciones desventajosas para batir en el terreno económico a los capitalistas; y en cambio en la lucha política, para votar no se precisa sacrificio alguno, no hay que perder más que un par de horas para depositar la boleta en una urna—y los beneficios son incalculables. ¿Qué sucedería si la clase trabajadora tuviera en estos momentos sus representantes en el congreso?».[50]

El 24 de octubre, cuando ya el movimiento estaba finalizado, *La Vanguardia* editó un extenso artículo de fondo, firmado por Augusto Kühn, en el cual planteaban su intención de «decir algunas cosas que no queríamos decir cuando los obreros se hallaban en plena lucha». Según Kühn, el desenlace de la huelga había revelado, en primer término, cuán necesaria era la federación de los diferentes gremios. Una eficaz articulación de todas las sociedades de resistencia, desde la perspectiva de *La Vanguardia*, habría permitido un mejor desenvolvimiento del conflicto, pero no porque asegurase la paralización del trabajo en todos los oficios sino, al contrario, porque podría haber «evitado que declarándose en huelga tantos gremios a la vez, casi no hubiera quien ayudase pecuniariamente a los huelguistas». En este punto, una de las principales conclusiones que sacaban los socialistas era una reafirmación de su postura respecto a la inutilidad de la huelga general como mecanismo de lucha. Para *La Vanguardia*, la generalización

49. «Hay que diferenciarse. Trabajadores y anarquistas», *La Vanguardia*, año III, núm. 36, 5 de septiembre de 1896

50. «Movimiento gremial. La huelga de los ferrocarrileros», *La Vanguardia*, año III, núm. 42, 17 de octubre de 1896.

del conflicto en tantos gremios, de manera simultánea, no había sido algo positivo sino un factor que había contribuido a deteriorar las posibilidades de obtener una victoria. Kühn consideraba que si los gremios hubieran contado con una mayor articulación previa, podrían haber trazado un plan para llevar adelante el conflicto que asegurase que «siempre existiera una masa de obreros que por estar ocupados, podrían ayudar materialmente a los huelguistas».

Otra de las causas de la derrota, según *La Vanguardia*, había sido la falta de un decidido apoyo a la huelga por parte de sectores de la opinión que, «no siendo obreros, tampoco tienen gran interés en que ellos saquen la peor parte en sus luchas», como por ejemplo «los pequeños comerciantes y parte de la llamada inteligencia», que habían tenido una posición neutral. Según los socialistas, se había dificultado recabar un mayor apoyo entre estos grupos debido a la ausencia de una «buena estadística obrera», es decir una adecuada recopilación de cifras e información precisa sobre las condiciones de explotación sufridas por los trabajadores: «las cifras», consideraba *La Vanguardia*, «cantan verdades que entran en muchas partes donde la más entusiasta prédica no impresiona».[51] La importancia dada a este punto por los socialistas fue tal que el propio Patroni, sobre la base de estas consideraciones, se dedicó precisamente en este período a elaborar, sobre la base de consultas realizadas a las sociedades obreras, su conocido trabajo sobre *Los trabajadores en la Argentina*.

✠✠✠

En 1888, cuando la agitación huelguística impactó a la opinión pública porteña, no faltaron los editorialistas que acusaron a los socialistas alemanes del Verein Vorwärts de ser los cabecillas del movimiento, aunque su influencia era en realidad mucho más limitada. Ocho años más tarde, cuando la «huelga grande» conmovió a la ciudad de Buenos Aires y a varios otros puntos del interior, los socialistas de la ciudad ya jugaban un papel mucho más destacado en el seno de la clase obrera local y eran protagonistas de varios de los más importantes conflictos gremiales. Entre uno y otro episodio transcurrió menos de una década: fue no obstante un período el cual el socialismo conoció un importante proceso de desarrollo y se consolidó como una de las fuerzas políticas más importantes del movimiento obrero local.

Del mismo modo que con el estudio del anarquismo presentado en el capítulo previo, aquí hemos intentado analizar ese período formativo del socialismo local en estrecha relación con el salto que conoció el proceso de formación y estructuración de la clase trabajadora de Buenos Aires que

51. «Las huelgas y la estadística obrera», *La Vanguardia*, año III, núm. 43, 24 de octubre de 1896.

constituye el objeto de estudio del presente libro. Los socialistas jugaron un papel destacado en ese proceso, en la medida en que contribuyeron con su actividad política a reforzar una delimitación clasista entre los trabajadores de la ciudad. Se trató de una influencia que tuvo lugar en varios niveles: a través de su agitación y su propaganda, en primer término, mediante las cuales los militantes socialistas insistían en poner de relieve el antagonismo de clase que surgía como consecuencia del desarrollo capitalista. Pero también en el plano organizativo, tanto en torno a las sociedades gremiales como a la propia organización política socialista: si, como hemos visto, la cuestión del grado de desarrollo del capitalismo local fue objeto de debates, hacia mediados de la década de 1890 ya se había impuesto entre los socialistas una posición que sostenía que, más allá de los límites del desarrollo económico del país, la delimitación de clase entre el proletariado y la burguesía ya había evolucionado lo suficiente como para plantear la tarea de la organización de los trabajadores en un partido propio.

Si los socialistas contribuyeron con su actividad política a reforzar el proceso de delimitación de una identidad obrera, la aguda conflictividad de este período también impactó, a su turno, en esta naciente corriente política, diseñando así un conjunto de rasgos que caracterizarían al socialismo local por un largo período. En efecto, la fuerte agitación huelguística que recorrió a la ciudad de Buenos Aires a lo largo de estos años llevó a los socialistas a plantearse tempranamente la cuestión de la relación entre la construcción de una organización política y el desarrollo de las organizaciones gremiales. Si en un primer momento (1890-1891), los socialistas intentaron desarrollar una actividad que confundía lo gremial y lo político en una misma organización, pronto advirtieron que debían desarrollar una alternativa más compleja. Hacia mediados de la década, ya cobraba fuerza una perspectiva que entendía ambas esferas como diferenciadas: mientras las sociedades y federaciones gremiales debían encarar la lucha reivindicativa, quedaba para el partido la tarea de desenvolver la actividad propiamente política. Esta diferenciación, de todas maneras, incluía una distinción en cuanto a la importancia asignada a cada ámbito de actividad: conforme se desarrollaba la influencia anarquista «organizadora» en numerosas sociedades gremiales, en efecto, los socialistas reforzaron una caracterización que entendía a la actividad gremial en general y a las huelgas en particular como una forma «atrasada» de acción obrera.

Hacia mediados de la década de 1890, en suma, ya podía advertirse cómo se consolidaba, en el socialismo local, un planteo que combinaba un fuerte énfasis en la necesidad de que los trabajadores se organizaran en un partido propio –aun cuando se admitía que el desarrollo del capitalismo en el país era todavía incipiente– con un insistente llamado a concen-

trar la actividad de ese partido en torno a la llamada «lucha política», que era entendida como sinónimo de participación electoral. La enconada lucha contra los militantes anarquistas, que disputaban a los socialistas la influencia sobre el movimiento obrero local, llevó al Partido a reforzar la crítica a las huelgas y a la acción de las sociedades gremiales en el plano reivindicativo, profundizando la prédica a favor de la nacionalización de los inmigrantes y la participación electoral.

Como hemos visto, la consolidación de esta perspectiva en el seno del socialismo local no fue un proceso lineal ni exento de debates internos, aunque también es cierto que en ningún momento surgió una oposición a esta línea capaz de plantear una propuesta alternativa y de reagrupar en torno a ella a todo un sector del Partido. Luego del congreso constituyente de junio de 1896, que había representado un paso atrás para Juan B. Justo al cuestionar sus propuestas en varios aspectos centrales, comenzó un proceso lento pero sostenido a través del cual el principal dirigente del socialismo local fue recuperando posiciones. Poco menos de un mes después del congreso, el 18 de julio, *La Vanguardia* publicó un largo artículo titulado «Las alianzas», que abordaba precisamente una de las cuestiones que había sido objeto de debate en el congreso, y representa uno de los primeros intentos de Justo de recuperar posiciones en favor de su postura, a través de la pluma de Esteban Giménez. El artículo partía de señalar que el tema de las alianzas era «principalmente una cuestión de oportunidad» y se cuidaba de señalar que encontraba «muy provechosa *por ahora* la resolución del Congreso contraria a las alianzas» (cursivas nuestras). Su objetivo, no obstante, era argumentar su «opinión contraria a los oradores antialiancistas del Congreso». El artículo concedía que en la etapa de desarrollo en que se encontraba aún el Partido, «todavía en gestación», y dado que eran «tan nulas la conciencia y la educación política del pueblos», las alianzas podrían ser una «causa que impida el crecimiento de nuestras filas y un medio fácil de prosperidad para aventureros». En un grado superior de desarrollo del partido, en cambio, la situación cambiaría: en ese caso las alianzas «no solo dejarían de poder acarrearnos el descrédito y la animadversión ante el pueblo (...) sino que, sacándonos de la esterilidad, prestaría consistencia y valor a nuestras fuerzas empeñadas en objetos de resultados prácticos y evidentes».[52]

En los años sucesivos, Justo lograría cerrar la mayor parte de los frentes de crítica y consolidar, en el segundo y tercer congreso, su influencia sobre el Partido. La vida política del socialismo local nunca estaría exenta de debates y fraccionamientos internos, que llevaron a rupturas tan importantes como la del *sindicalismo revolucionario* en la primera década del siglo XX o la de los socialistas internacionalistas una década más tarde. No

52. «Las alianzas», *La Vanguardia*, año III, núm. 29, 18 de julio de 1896.

es menos cierto, de todos modos, que las perspectivas políticas de Justo serían sin duda dominantes en la actividad del Partido Socialista: tal como hemos mostrado en este capítulo, buena parte de esa orientación se había consolidado en los años formativos de la década de 1890.

Palabras finales

Cuando se estaba cerrando la «huelga grande» de 1896, *La Vanguardia* trazó una mirada de conjunto sobre la acelerada experiencia que, a su juicio, habían realizado los trabajadores de la ciudad de Buenos Aires en el período inmediatamente anterior. Según el periódico socialista, en el marco de conflictos y huelgas los obreros habían

> «... aprendido muchas cosas; la mayoría de ellos, antes tenían una idea más elevada de los patrones; pero poco a poco han ido apreciando la realidad (...). Miles de los que hoy están en la lucha, antes creían que los patrones eran buenas personas, que hacían un bien a los obreros con proporcionarles trabajo; pero ahora comprenden de una manera clara y terminante, que el fin que se proponen todos los patrones es ganar mucho dinero explotando lo más que sea posible a los trabajadores. Han comprendido que el gobierno solo es un tutor de la clase rica, estando incondicionalmente a su exclusivo servicio. Han comprendido que están solos en la lucha, que su triunfo será un hecho cuando tengan unión y consciencia».[1]

Si algunas de las conclusiones más optimistas de los socialistas podrían revelarse luego como prematuras, no es menos cierto que *La Vanguardia* no se equivocaba al caracterizar que en un período muy breve de tiempo los trabajadores locales habían fortalecido una fuerte conciencia de clase y consolidado un conjunto de organizaciones que los colocaban como un actor con peso propio. Esta presencia obrera en la ciudad de Buenos Aires, que irradiaba su influencia sobre el conjunto del país, podía advertirse en la multiplicidad de huelgas que agitaban año tras año a las diferentes industrias y ocupaciones, en la aparición de numerosas sociedades gremiales de resistencia, en la edición de decenas de periódicos obreros de diferente orientación política y también en la creciente preocupación con que los órganos de prensa de la clase dominante, las autoridades del país y las organizaciones patronales observaban la llamada «cuestión obrera». La

1. *La Vanguardia*, año III, núm. 40, 3 de octubre de 1896.

virtual huelga general que, extendiéndose a numerosos oficios a partir del conflicto iniciado por los trabajadores ferroviarios y mecánicos, sacudió a Buenos Aires y a Rosario en la segunda mitad de 1896, constituyó en este contexto el punto de llegada de una etapa que había comenzado a fines de la década anterior y hemos intentado reconstruir en este libro.

El marco en el cual tuvo lugar este proceso fue la consolidación de un capitalismo dependiente en el país, que avanzó a paso firme desde el último tercio del siglo XIX. La estructuración de un mercado de trabajo de características capitalistas, la proletarización de la población local y sobre todo inmigrante y el progresivo cierre de las posibilidades de ascenso social ya eran una realidad palpable hacia mediados de la década de 1880. En el contexto de una acelerada expansión demográfica, la ciudad de Buenos Aires conoció un crecimiento espectacular que dio lugar a una progresiva diferenciación espacial y social entre sus distintos barrios. En el puerto, en los talleres ferroviarios, en la industria de la construcción, en una multiplicidad de fábricas y talleres pero también en las menos visibles piezas de los conventillos donde se desarrollaba el trabajo a domicilio, miles y miles de trabajadores y trabajadoras experimentaban unas condiciones de explotación muy gravosas en el marco de ese desarrollo capitalista que desembocó en una enorme crisis hacia los años finales de la década de 1880. Estos grandes cambios, que representaron una experiencia difícil y traumática para centenares de miles de trabajadores y trabajadoras, fueron el telón de fondo del cuadro donde se procesó el origen de la clase obrera argentina.

El análisis de esas transformaciones estructurales, sin embargo, no basta para explicar el proceso de conformación de una clase, sino que resulta indispensable además estudiar el proceso de enfrentamientos sociales a partir del cual esos trabajadores comenzaron a forjar una experiencia colectiva que los unificaba. Hemos argumentado aquí que ciertas características que el desarrollo desigual y combinado del país imprimió al mercado de trabajo, como el fuerte peso de la estacionalidad, la temporalidad y la movilidad entre diferentes oficios, tuvieron un impacto en las características del proceso de formación de la clase obrera, dando lugar a un menor peso del elemento corporativo propio de los diferentes oficios que caracterizó a etapas tempranas del movimiento obrero en otros países. En efecto, en el caso de la ciudad de Buenos Aires, encontramos a lo largo de todo el período una fuerte tendencia de los trabajadores a superar en su acción los límites de los diferentes gremios y desenvolver una acción colectiva más amplia. La experiencia de La Fraternidad, el gremio que reunía a los maquinistas y foguistas de ferrocarriles y evitó en casi todos los conflictos tender lazos con los trabajadores de otros oficios, se muestra en este punto como una excepción antes que una regla. De surgimiento más tardío al de las metrópolis europeas, el movimiento obrero de Buenos Aires nació

con rasgos más similares a ese *new unionism* que se generalizaba en Gran Bretaña a comienzos de la década de 1890, basado en la acción masiva de trabajadores de escasa calificación de diferentes oficios, antes que con la tradición anterior, donde el peso corporativo de los diferentes gremios jugaba un papel más destacado.

En efecto, a lo largo de este libro hemos mostrado cómo la conflictividad de unos gremios actuó como un fermento para la movilización de trabajadores de otros oficios, dando lugar a una tendencia a la unificación de la actividad obrera. Si en muchos casos se trataba de un «contagio» que tenía que ver con los vínculos que existían entre trabajadores de diferentes oficios debido a las características estructurales de un mercado de trabajo donde la estacionalidad y la inestabilidad laboral hacían que para muchos trabajadores el paso de un oficio a otro fuera habitual, en otras ocasiones alcanzaba a trabajadores sin vínculos previos en la esfera de las actividades productivas, lo cual pone de manifiesto el papel que jugaba la experiencia de los enfrentamientos sociales a la hora de delimitar una identidad clasista entre los trabajadores de la ciudad. A pesar del enorme peso demográfico de la población extranjera, las diferencias nacionales entre los trabajadores inmigrantes de distintos países no constituyó una traba para el establecimiento de lazos que los unieran en tanto explotados: hemos visto a lo largo de este libro, en efecto, cómo el clivaje de clase jugó un papel determinante en la estructuración de lazos de sociabilidad entre los recién llegados de diferentes nacionalidades.

Así es que, durante estos años, la clase obrera de Buenos Aires avanzó en diferentes «grados de unidad»: si en el ciclo huelguístico de 1888 y 1889 fueron fundamentalmente los trabajadores de una empresa o de un determinado oficio los que salieron a la lucha en reclamo de un aumento salarial o en defensa de sus primeras organizaciones, ya en el marco del ascenso obrero de 1894-1896 observamos que eran dominantes los reclamos por la reducción de jornada y contra el trabajo a destajo, al tiempo que encontramos mayores acciones conjuntas de distintos oficios, llegando hasta una virtual huelga general en 1896. Hemos otorgado un lugar especial al análisis de estos ciclos de conflictividad obrera, poco estudiados en la historiografía previa –más allá del trabajo pionero de Marotta (1960) o los aportes más generales, en términos de periodización, de Korzeniewicz (1989)– dado que entendemos que permiten echar luz sobre una serie de procesos de movilización y agitación muy agudos que tendrían consecuencias muy importantes para la estructuración histórica de la clase trabajadora local.

En efecto, hemos visto que fue en un lapso de pocos años, al calor de los ciclos de agitación huelguística, que se conformaron y consolidaron decenas de sociedades gremiales en casi todos los oficios de la ciudad. La mayor parte de ellas dejaban sentado en sus mismos estatutos que buscaban nu-

clear a todos los trabajadores de un determinado oficio, más allá de su calificación, y que surgían como asociaciones «de resistencia», es decir orientadas abiertamente a defender los derechos de sus miembros a través de un enfrentamiento con los empresarios. Además del activo papel que jugaban en las huelgas y conflictos gremiales, las sociedades de resistencia desarrollaron una intensa actividad en otros aspectos de la vida social del gremio y del movimiento obrero. Los locales de algunas de las principales sociedades –como la de panaderos o la de albañiles– eran un punto de referencia para todo el movimiento obrero de la ciudad, donde se llevaban adelante numerosas reuniones de trabajadores en conflicto de diferentes oficios. Además de las reuniones de comisión directiva y las asambleas ordinarias, la vida cotidiana de los locales sociales incluía reuniones y actos convocados con el objetivo de celebrar los aniversarios de la sociedad u otros avances realizados por el gremio, el préstamo del local social a otras sociedades obreras, la organización de eventos sociales, etc. En ocasiones, las actividades de las sociedades gremiales se desarrollaban más allá de las puertas de los locales y se extendían a calles y plazas de la ciudad de Buenos Aires. Fueran con el objetivo de sumar apoyos a un conflicto gremial en curso, demostrar su respaldo o su oposición a determinadas iniciativas legislativas o celebrar aniversarios y fechas importantes para los trabajadores, estas movilizaciones eran una ocasión de encontrar a la naciente clase trabajadora de la ciudad en movimiento, ocupando el espacio público y haciendo sentir su presencia ante otros sectores sociales.

En este libro no nos limitamos, de todos modos, a un examen de los avances realizados por los trabajadores en la consolidación de sus organizaciones gremiales sino que extendimos el análisis a los primeros pasos desarrollados por las diferentes corrientes políticas activas en el mundo del trabajo, buscando superar así investigaciones previas que se concentraron en uno u otro aspecto parcial sin avanzar en un análisis de conjunto. El proceso de constitución de la clase obrera no puede analizarse sin tener en cuenta el modo en que ese naciente proletariado desenvolvió, desde los primeros años de su desarrollo, un conjunto de puntos programáticos que planteaban un antagonismo con la burguesía y se trazaban un conjunto de estrategias para la superación del régimen capitalista. En tanto la formación de la clase obrera argentina se produjo en un período posterior al de otros países, y al mismo tiempo en el marco de una masiva inmigración europea, las corrientes políticas que desarrollaban su acción en el seno del movimiento obrero a nivel internacional tuvieron su influencia en nuestro país desde una fecha muy temprana y deben ser consideradas un actor fundamental que contribuyó a ese proceso acelerado de delimitación de una identidad de clase. Los señalamientos de ciertos autores revisionistas, en el sentido de que en sus orígenes el movimiento obrero argentino había sido una «flor exótica» importada del extranjero, recuperaban en este punto los planteos desarrollados tempranamente por la clase dominante, llevados al extremo con la sanción de la ley de Residencia pero que, como vimos en este libro, tuvieron antecedentes en los años inmediatamente posteriores. Pero, ¿no era acaso también una «flor exótica» el desarrollo capitalista impulsado a partir de una estrecha asociación con el capital extranjero? El mérito histórico del movimiento obrero argentino fue haber desarrollado en un período muy temprano una serie de conquistas políticas y organizativas que lo pusieron al nivel de sus contrapartes de otros países con trayectorias mucho más extensas.

La primera generación de militantes políticos llegados al país, vinculada a la experiencia de la Primera Internacional, encontró dificultades para su desarrollo debido al cuadro aún embrionario de la estructura capitalista y de un proletariado en formación. Hacia mediados de la década de 1880, sin embargo, la situación había cambiado y los militantes de la izquierda encontraron un campo de acción mucho más amplio. En este marco, todo un grupo de anarquistas, vinculados con los italianos Errico Malatesta y Ettore Mattei, jugaron a partir de 1885-1886 un papel importante en el proceso de movilización obrera en la medida en que buscaron ligar su acción a la de las nacientes organizaciones gremiales, e incluso a la de los militantes socialistas. En algunos casos, como en la sociedad de panaderos, fueron ellos mismos los protagonistas del proceso de creación de asociaciones de resistencia. A pesar de que el planteo clasista ocupaba en su programa un lugar secundario y que se oponían a la construcción de sociedades gremiales por considerar que se trataba de un objetivo «reformista», incluso los militantes anarquistas contrarios a la organización, nucleados en torno a *El Perseguido* y hegemónicos dentro de las filas libertarias en la primera mitad de la década de 1890, jugaron un rol importante en el proceso de formación de la clase obrera local. Su actividad fue importante en el sentido de profundizar las tendencias existentes en todo un sector de la clase obrera para romper sus vínculos con sociedades policlasistas, de base nacional o étnica, y estimular una radicalización política que, en un contexto de grave crisis económica y social, trazó una fuerte separación entre los obreros y otros grupos sociales. Los socialistas, por su parte, lograron salir de una primera etapa limitada a grupos de propaganda y entroncaron con la clase obrera, contribuyendo a su propio proceso de formación y haciendo surgir muy tempranamente un partido de clase independiente, luego de saldar importantes debates al respecto.

El vínculo entre izquierda y clase obrera, por otro lado, debe ser analizado en ambas direcciones. Del mismo modo que señalamos que hay que tener en cuenta el papel de los militantes políticos en el proceso de conformación de la clase obrera, también intentamos mostrar cómo los en-

frentamientos de clase que marcaron al período, con sus flujos y reflujos, marcaron el desarrollo de las corrientes políticas que intervenían en el movimiento obrero. Se trató por otro lado de un impacto que tendría consecuencias de largo plazo, dando forma a ciertos rasgos típicos del socialismo y el anarquismo argentino durante varias décadas. Creemos en este punto que el análisis desarrollado en este libro puede contribuir a superar una historiografía previa que en muchos casos se limitó a analizar la historia de las corrientes de izquierda desde un plano limitado a la historia de las ideas, sin vincularla con el contexto en el cual esas corrientes desenvolvían su actividad.

El primer impacto en este sentido es el mencionado ascenso huelguístico de 1888-1889, que no solo fue impulsado por los militantes socialistas y anarquistas sino que reforzó su posición en el seno de la clase obrera. Es un período en el cual, además, se produjeron numerosas acciones conjuntas entre ambas corrientes políticas. El reflujo iniciado en 1890 debilitó a la naciente Federación Obrera impulsada por los socialistas: en este sentido se observa un cierto «desfasaje», dado que el avance realizado por los socialistas, con la fundación de la nueva federación y la edición de un periódico, tenía lugar cuando el ciclo de ascenso huelguístico se había cerrado. Es por eso que la Federación atravesó serias dificultades y el movimiento socialista sufrió algunas rupturas en los años 1892 y 1893. En el marco de este reflujo –agravado además por la salida del país de Errico Malatesta– se produjo también un reacomodamiento en las filas del anarquismo, cobrando fuerza en este período la vertiente «antiorganizadora».

Pero cuando bajó el desempleo, comenzó a reactivarse la actividad económica y volvió a cobrar fuerza la agitación obrera, a partir de 1894, se puso en evidencia que los anarquistas individualistas se encontraban con serias dificultades para confluir con el ascenso de lucha de los trabajadores. La principal reivindicación de las huelgas del período, la reducción de la jornada, era vista por los libertarios como un reclamo «reformista», y por lo tanto rechazado. También se oponían a las huelgas mismas, considerando que eran una medida limitada a los marcos del régimen social vigente y que debía plantearse una alternativa revolucionaria. Estos planteos fueron aislando al grupo editor de *El Perseguido*, que perdió fuerza y activismo en el período 1894-1896. En este marco, los socialistas estuvieron en mejores condiciones para empalmar con el ascenso de la lucha obrera. Su fuerte énfasis en la delimitación de una identidad de clase, en la lucha por la jornada de ocho horas y en la consolidación de sociedades de resistencia, les permitió confluir con el importante ascenso obrero. El proceso de fusión de diferentes grupos y de crecimiento organizativo que conoció el socialismo en estos años no puede separarse del contexto de agitación obrera que lo enmarcó, y al mismo tiempo sus planteos permitieron a los militantes

socialistas intervenir, en muchos casos de manera dirigente, en diferentes sociedades obreras. Una conclusión importante que se desprende de nuestra investigación apunta a señalar que durante este período temprano el socialismo argentino tuvo una fuerte composición obrera y una clara inserción en las sociedades gremiales.

Si la influencia de los anarquistas «antiorganizadores» se vio fuertemente debilitada, los socialistas debieron sin embargo enfrentar el creciente desafío de otros adversarios políticos. Por un lado los agrupamientos anarquistas «organizadores», que volvieron a tomar fuerza a mediados de la década de 1890 al calor de la reactivación de la actividad obrera: en torno a periódicos como *El Oprimido* o *L'Avvenire* se empezó a perfilar una reorientación de la línea libertaria, que criticaba la actitud prescindente que adoptaba *El Perseguido* respecto a las huelgas y a los reclamos obreros. Por otro lado, es importante destacar el peso que adquirían en el seno del movimiento gremial porteño diferentes sociedades de resistencia que no se alineaban decididamente ni con el socialismo ni con el anarquismo, y ponían en primer plano la necesidad de consolidar las organizaciones gremiales, defender las huelgas y reclamar la reducción de la jornada laboral. Si se diferenciaban de los socialistas porque criticaban su preocupación por la «participación política» y defendían la reivindicación de la huelga general, también se distinguían de las versiones más doctrinarias del anarquismo, al subrayar un fuerte componente clasista y defender la lucha reivindicativa. El análisis de los posicionamientos de este sector del movimiento obrero local que desarrollamos en este libro sugiere que en fecha tan temprana como la última década del siglo XIX ya se planteaba una línea de orientación sindicalista y relativamente «apolítica», que tendría un desarrollo muy importante en las décadas posteriores.

El propio desenlace de la huelga de 1896, por último, impactó sobre el desarrollo posterior de las corrientes. Por el lado del socialismo, jugó un papel decisivo en el proceso que llevará a Justo a dominar las divergencias internas que habían surgido en el congreso constituyente y que le asegurarán el control interno del Partido hacia fines del siglo. La derrota de la «huelga grande», en efecto, abrió un período de retracción de la conflictividad obrera y debilitamiento de las sociedades de resistencia que se extendió por lo menos hasta 1899-1900. En este marco, se fortaleció en el PS la argumentación que caracterizaba a las huelgas como una forma de lucha «primitiva» y de escasa utilidad y ponía en primer plano la necesidad de impulsar la lucha política. Es así como ya a fines del siglo XIX vemos que están cristalizando los elementos característicos del socialismo argentino: por un lado un fuerte énfasis en la necesidad de que los trabajadores tengan su propio partido y desarrollen una lucha política –lo cual implicaba una diferenciación respecto a la Unión Cívica Radical– y por el otro, una

interpretación de esa lucha política en clave fuertemente reformista y parlamentaria y una subordinación de la lucha huelguística y reivindicativa, en parte como reacción al peso de los anarquistas en las sociedades gremiales.

Los acontecimientos de 1894-1896 también marcaron en forma decisiva al anarquismo local. El ascenso obrero puso de manifiesto que el planteo de los antiorganizadores se revelaba como una traba para una confluencia con el movimiento obrero, y al calor de las luchas de esos años cobró fuerza una nueva generación de militantes que caracterizó que era necesario intervenir en forma activa en las nacientes sociedades de resistencia, en lugar de denunciarlas, e impulsar las luchas reivindicativas de los trabajadores. Los anarquistas de esta orientación confluyeron en muchos casos con militantes gremiales sin una definida pertenencia ácrata pero que se oponían a la política de los socialistas, en experiencias como la del periódico *La Unión Gremial* o la llamada «convención obrera», en las cuales aparece ya planteada una orientación clasista y partidaria de la huelga general, al tiempo que hostil a la lucha política que era entendida como sinónimo de participación electoral. En los años posteriores a la huelga de 1896 los militantes anarquistas organizadores cobrarían fuerza en torno a la publicación de *La Protesta Humana* y aumentarán su influencia sobre el movimiento obrero, al tiempo que, como vimos, el socialismo desarrollaba un movimiento de consolidación de sus posiciones políticas en torno a la línea justista al costo de debilitar su trabajo en el seno de la clase trabajadora.

En suma, como señalaba Falcón en su trabajo pionero, «la experiencia vivida en la década del noventa [creó] las condiciones para la etapa posterior». Fue en esos años, cuando «las manifestaciones de la lucha de clases se habían definitivamente generalizado y hecho permanentes», que tuvo lugar un decisivo salto para la historia del movimiento obrero local (Falcón 1984, págs. 90-91). En los años posteriores, este desarrollo se profundizaría y en la primera década del siglo XX la clase obrera argentina llevaría adelante enormes acciones de lucha que pusieron en crisis al propio régimen político y fueron un factor que condicionó la búsqueda de una salida a través de la ley Sáenz Peña. En este libro hemos intentado contribuir a mostrar que buena parte de ese desarrollo se había gestado en el período previo, cuando al calor de la primera gran crisis del capitalismo argentino se puso en cuestión la estabilidad del «orden y el progreso» oligárquicos e hizo su escena una clase trabajadora que a partir de entonces, sería un protagonista indiscutido de la escena del país.

Referencias

Fuentes

Manuscritas

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI). Fondo Nicolás Repetto.

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI). Fondo Enrique Dickmann.

Biblioteca Nacional. Fondo Dardo Cúneo.

Archivo General de la Nación. Fondo Alfredo Torcelli.

Impresas

Publicaciones oficiales

Censo Municipal, 1887.

Primer Censo Nacional, 1869.

Segundo Censo Nacional, 1895.

Tercer Censo Nacional, 1914.

Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires, 1891-1896.

Publicaciones periódicas†

- Publicaciones periódicas comerciales (*)

La Prensa (1887-1896)

La Nación (1888-1889, 1895-1896)

El Censor (1888-1889)

Figaro (1888-1889)

†. Todas son de Buenos Aires excepto en los casos que se aclara lo contrario. (*) Entre paréntesis se mencionan las fechas consultadas. (**) Entre paréntesis se indica el período durante el cual fue publicado el periódico, aunque no en todos los casos ha quedado disponible la colección completa.

El Nacional (1888-1889)
El Argentino (1890-1892)
Sud-América (1887-1890)
La Patria (1890)
El Diario (1886-1887)
L'Amico del popolo (1893)
The Review of the River Plate (1894-1896)

- Publicaciones periódicas de grupos socialistas (**)

Vorwärts (1886-1901)
El Obrero (1890-1892)
El Socialista (1893)
El Obrero, segunda época (1893)
La Vanguardia (1894-)
La Rivendicazione (1896)
La Montaña (1897)
El Socialista, de Paraná (1896)
El Socialista, de Madrid (1887-)
Almanaque Socialista de La Vanguardia (1899-1900)

- Publicaciones periódicas de grupos anarquistas (**)

La Questione Sociale (1885-1886)
Il Socialista (1887)
El Perseguido (1890-1896)
La Miseria (1890)
La Liberté (1893-1894)
Lavoriamo (1893)
La Riscossa (1893-1894)
La Anarquía, de La Plata (1895-1897)
La Lucha, de La Plata (1894; antecesor de *La Anarquía*)
L'Avvenire (1895-1903)
Le Cyclone (1895-1896)
El Oprimido, de Luján (1894-1897)
La Questione Sociale (1894-1896)
Caserio (1896)
La Revolución Social (1896-1897)
La Voz de la Mujer (1896-1897)
La Autonomía. La Autonomía Individual (1897)
Almanaque Popular de La Questione Sociale (1895-1899)

La Voz de Ravachol (1895)
La Libre Iniciativa (1895-1896)

- Publicaciones periódicas de sociedades gremiales (**)

La Unión Gremial (1895-1896)
El Mecánico (1896)
El Obrero Panadero (1894-1902)

- Otras publicaciones (*)

Boletín de la Unión Industrial Argentina (1887-1889 y 1896)
Guía Kraft (1887)
El Pabellón Español (1891)
El Obrero Cosmopolita (1889)
El Unionista (1889)
El Bien del Pobre (1890).

Bibliografía

Abad de Santillán, Diego (1930). *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*. Buenos Aires: Argonauta (véase página XXV).

Abad de Santillán, Diego (1933). *La FORA: ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*. Buenos Aires (véase páginas XXV, 96, 234).

Adelman, Jeremy (1992). «The Political Economy of Labour in Argentina, 1870-1930». En: *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*. Londres: Macmillan Press (véase páginas 19, 20).

Alonso, Paula (2000). *Entre la revolución y las urnas: los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*. Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés (véase páginas 43, 78).

Alonso, Paula, comp. (2004). *Construcciones impresas: panfletos, diarios y revistas en la formacioìn de los estados nacionales en Ameìrica Latina, 1820-1929*. Buenos Aires: FCE (véase página 45).

Alsina, Juan (1895). *La inmigración europea en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Calle México 1422 (véase páginas 2-4).

Alsina, Juan (1905). *El obrero en la República Argentina*. 2 vols. Buenos Aires (véase páginas 12, 17, 23).

Álvarez, Juan (1914). *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires: J. Roldán (véase páginas XXVIII, 47).

Andreassi Cieri, Alejandro (1997). *La rebelión de los metecos. Conflictividad laboral y social en Buenos Aires, 1895-1910*. Barcelona: CIMS (véase páginas 18, 26).

Aricó, José (1999). *La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana (véase página 284).
Armus, Diego, comp. (1984). *Sectores populares y vida urbana*. Buenos Aires: CLACSO (véase página XXXI).
Armus, Diego, comp. (1990). *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*. Buenos Aires: Sudamericana (véase página XXXI).
Baily, Samuel (1982). «Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires, 1858-1918». En: *Desarrollo Económico*, n.º 84: Buenos Aires (véase página XXX).
Balestra, Juan (1986). *El noventa: una evolución política argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica (véase páginas 43, 78).
Barba, J. (1895). «El ahorro del obrero». En: *La Unión Gremial*: Buenos Aires (véase página 195).
Belloni, Alberto (1960). *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*. Buenos Aires: Peña Lillo (véase página XXVII).
Bertoncello, Rodolfo (2010). «Configuración espacial de una metrópoli». En: *Dinámica de una ciudad: Buenos Aires, 1810-2010*. Buenos Aires: Dirección General de Estadística y Censos (véase página 7).
Bil, Damián (2007). *Descalificados*. Buenos Aires: Ediciones RyR (véase página 25).
Bilsky, Edgardo (1984). *La Semana Trágica*. Buenos Aires: CEAL (véase página XXXIII).
Bilsky, Edgardo (1985). *La FORA y el movimiento obrero*. 2 vols. Buenos Aires: CEAL (véase página XXXIII).
Bilsky, Edgardo (1987). *Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*. Buenos Aires: Biblos (véase página XXXIII).
Bilsky, Edgardo (1992). «Ethnicité et classe ouvrière: les travailleurs juifs à Buenos Aires (1900-1930)». En: *Le Mouvement social*, n.º 159: París (véase página XXXIII).
Botana, Natalio (1977). *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana (véase páginas 43, 78).
Bourdé, Guy (1973). «La condition ouvrière à Buenos Aires à la fin du XIXe et au debut du XXe siècle». En: *Le Mouvement Sociale*, n.º 84: París (véase página XXVIII).
Bravo, Mario (1915). «Organización, programa y desarrollo del partido socialista en la Argentina». En: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, n.º 56: Buenos Aires (véase página XXV).
Cahm, Caroline (1989). *Kropotkin and the rise of revolutionary anarchism, 1872-1886*. Nueva York: Cambridge University Press (véase página 232).
Camarero, Hernán (2010). «Félix Weil y un libro pionero sobre la historia del movimiento obrero y las izquierdas en la Argentina». En: *The International Newsletter of Communist Studies Online*. The European Workshop for Communist Studies and The Mannheim Centre for European Social Research (MZES), vol. XVI, n.º 23: Köln, págs. 60-68 (véase página XXVI).

Camarero, Hernán y Carlos Herrera (2005). «El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas». En: *El Partido Socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo (véase páginas XXVI, XXXIII).
Casaretto, Martín (1946). *Historia del movimiento obrero argentino*. Buenos Aires (véase página XXVI).
Chueco, Manuel (1886/1896). *Los pioneers de la industria nacional*. 2 vols. Buenos Aires: Imprenta de la Nación (véase páginas 21, 24).
Contreras, Miguel (1941). *El 1º de Mayo en la Argentina. Notas sobre sus orígenes, significado y proyecciones*. Buenos Aires: Editorial Problemas (véase página 95).
Cortés Conde, Roberto (1976). «Tendencia de la evolución de los salarios reales en Argentina, 1880-1910. Resultados preliminares». En: *Económica*, n.º 2-3: Buenos Aires (véase página XXVIII).
Cortés Conde, Roberto (1979). *El progreso argentino (1880-1914)*. Buenos Aires: Sudamericana (véase páginas XXVIII, 78, 81).
Cortés Conde, Roberto (1989). *Dinero, deuda y crisis. Evolución monetaria y financiera en Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana e Instituto Torcuato Di Tella (véase página 43).
Cúneo, Dardo (1943). *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*. Buenos Aires: Americalee (véase página XXVI).
Cúneo, Dardo (1945). *El primer periodismo obrero y socialista en la Argentina*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase página XXVI).
Daireaux, Emilio (1888). *Vida y costumbres en el Plata*. 2 vols. Buenos Aires: Lajouane (véase páginas 7, 13).
D'Amico, Carlos (1952). *Buenos Aires, sus hombres, su política (1860-1890)*. Buenos Aires: Editorial Americana (véase página 9).
Dávila, Francisco (1886). *La babel argentina. Palido bosquejo de la ciudad de Buenos Aires en su triple aspecto material, moral y artístico*. Buenos Aires: El Correo Español (véase páginas 10, 28).
Devoto, Fernando (1984). «Las sociedades italianas de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe». En: *Studi Emigrazioni*, n.º 75: Roma (véase página XXX).
Devoto, Fernando (1992). «La experiencia mutualista en la Argentina: un balance». En: *Asociacionismo, Trabajo e Identidad Etnica. Los italianos en una perspectiva comparada*. Buenos Aires (véase página XXX).
Devoto, Fernando (2004). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana (véase página XXX).

Devoto, Fernando y Gianfausto Rosoli, comps. (1985). *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos (véase páginas XXX, 46).
Dickmann, Adolfo (1926). «Treinta años de acción socialista. La historia del Partido a través de sus congresos ordinarios y extraordinarios». En: *La Vanguardia*: Buenos Aires (véase página XXV).
Dickmann, Enrique (1913). *Historia del 1º de Mayo en la República Argentina*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase páginas XXV, 95).
Dickmann, Enrique (1946). *El Partido Socialista Argentino en los congresos internacionales*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase página XXVI).
Dickmann, Enrique (1949). *Recuerdos de un militante socialista*. Buenos Aires: Claridad (véase páginas XXVI, 170).
Dorfman, Adolfo (1986). *Historia de la industria argentina*. Buenos Aires: Solar y Hachette (véase página 21).
Falcón, Ricardo (1979). «Luchas de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino. 1896-1900». En: *Apuntes para la historia del movimiento obrero y antiimperialista latinoamericano*, n.º 1: Ámsterdam (véase páginas XXXIII, 296, 297).
Falcón, Ricardo (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Buenos Aires: CEAL (véase páginas XXXIII, XXXV, 45, 208, 269, 318).
Falcón, Ricardo (1986). *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*. Buenos Aires: CEAL (véase página XXXIII).
Falcón, Ricardo (2011). «Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II». En: *Cuadernos del Ciesal*, n.º 10: Buenos Aires (véase página 297).
Feijoo, María del Carmen (1990). «Las trabajadoras porteñas a comienzos de siglo». En: *Mundo urbano y cultura popular*. Comp. por Diego Armus. Buenos Aires: Sudamericana (véase página XXX).
Feijoo, María del Carmen (1991). *Las mujeres y la vida en las ciudades*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (véase página XXX).
Ferns, Henry (1992). «The Baring Crisis Revisited». En: *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, n.º 2: Nueva York (véase página 43).
Ford, Alec (1956). «Argentina and the Baring Crisis of 1890». En: *Oxford Economic Papers*, vol. VIII: Oxford (véase páginas 43, 78).
Gallo, Ezequiel (1980). «Un quinquenio difícil. Las presidencias de Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña (1890-1895)». En: *La Argentina del ochenta al Centenario*. Comp. por Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo. Buenos Aires: Sudamericana (véase página 78).
Gallo, Ezequiel y Silvia Sigal (1963). «La formación de los partidos políticos contemporáneos: la Unión Civica Radical (1890-1916)». En: *Desarrollo Económico*, vol. 3, n.º 1-2: Buenos Aires (véase página 43).
García Costa, Víctor (1992). *Eduardo Pittaluga, precursor de la legislación obrera argentina*. Buenos Aires: CEAL (véase páginas 123, 125).

Gerchunoff, Pablo, Fernando Rocchi y Gastón Rossi (2008). *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*. Buenos Aires: Edhasa (véase páginas 43, 78).
Germani, Gino (1966). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós (véase página XXVII).
Ghioldi, Américo (1933). *Juan B. Justo. Sus ideas históricas, sus ideas socialistas, sus ideas filosóficas*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase página XXVI).
Gilimón, Eduardo (1911). *Hechos y comentarios*. Buenos Aires: Imprenta B. Puey (véase página XXV).
Gilimón, Eduardo (1971). *Un anarquista en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: CEAL (véase páginas 48, 187, 256, 265).
Godio, Julio (1972). *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases 1880-1910*. Buenos Aires: Erasmo (véase página XXVIII).
González, Ricardo (1984). *Los obreros y el trabajo. Buenos Aires, 1901*. Compilación de artículos y documentos del diario *La Prensa*. Buenos Aires: CEAL (véase páginas 14, 18, 29, 34-36).
Gutiérrez, Leandro (1981a). «Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914». En: *Revista de Indias*, vol. XLI, n.º 163-164: Madrid (véase páginas XXIX, 40).
Gutiérrez, Leandro (1981b). *Vida y experiencia de los sectores populares, Buenos Aires 1880-1914*. Buenos Aires (véase página XXIX).
Gutiérrez, Leandro y Juan Suriano (1992). «Workers' Housing and Living Conditions in Buenos Aires, 1880-1930». En: *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*. Londres: Macmillan Press (véase página 14).
Guy, Donna (1981). «Women, Peonage, and Industrialization: Argentina, 1810-1914». En: *Latin American Research Review*, vol. 6, n.º 3: Nueva York (véase página XXX).
Helguera, Dimas (1893). *La producción argentina en 1892. Descripción de la industria nacional. Su desarrollo y progreso en toda la República. Ampliación del retrospecto publicado en La Prensa el 1/1/1893*. Buenos Aires: Editores Goyoaga y Cía (véase páginas 23, 27, 32).
Hernández Arregui, Juan José (1972). *Peronismo y socialismo*. Buenos Aires: Hachea (véase página XXVII).
Hobsbawm, Eric (1983). *Marxismo e historia social*. México, DF: Universidad Autónoma de Puebla (véase página XXXVI).
Hodge, John (1970). «Carlos Pellegrini and the Financial Crisis of 1890». En: *The Hispanic American Historical Review*, vol. 50, n.º 3: (véase página 43).
Iñigo Carrera, Juan (2007). *La formación económica de la sociedad argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi (véase páginas XXXI, 48).

Iñigo Carrera, Nicolás (2004). *La estrategia de la clase obrera. 1936*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo (véase página 184).
Iscaro, Rubens (1958). *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*. Buenos Aires: Anteo (véase página XXVI).
Iscaro, Rubens (1961). *Breve historia del 1º de Mayo*. Buenos Aires: Anteo (véase página 95).
Kabat, Marina (2005). *Del taller a la fábrica*. Buenos Aires: Ediciones RyR (véase página 28).
Korol, Juan Carlos e Hilda Sábato (1987). «La industrializacion trunca: una obsesion argentina». En: VIII Simposio Internacional de Historia Economica. CLACSO. Buenos Aires (véase página XXX).
Korzeniewicz, Roberto (1989). «Labor Unrest in Argentina, 1887-1907». En: *Latin American Research Review*, vol. 23, n.º 3: Nueva York (véase página 313).
Kritz, Ernesto (1985). *La formación de la fuerza de trabajo en la Argentina, 1869-1914*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Población (véase página XXX).
Kühn, Augusto (1916). «Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina». En: *Tiempos Nuevos*, n.º 1 al 7: Buenos Aires (véase página XXV).
Kühn, Augusto (1918). «Los comienzos de la lucha proletaria y socialista en la Argentina». En: *Almanaque del Trabajo para el año 1918*: Buenos Aires (véase página XXV).
Kühn, Augusto (1926). «Páginas de la historia revolucionaria argentina. Espigando». En: *Correspondencia Sudamericana*, n.º 2: Buenos Aires (véase página XXV).
Lattes, Alfredo, ed. (2010). *Dinámica de una ciudad: Buenos Aires, 1810-2010*. Buenos Aires: Dirección General de Estadística y Censos (véase página 8).
Liernur, Francisco y Graciela Silvestri (1993). *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana (véase página XXXI).
Lobato, Mirta Zaida (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa (véase página XXX).
Lobato, Mirta Zaida (2009). *La prensa obrera: Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa (véase páginas XLII, 92).
López, Alfredo (1971). *Historia del movimiento social y la clase obrera argentina*. Buenos Aires: Peña Lillo (véase página XXVII).
Mafud, Julio (1976). *La vida obrera en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Proyección (véase página 28).
Maro, Cristóbal (2005). «Los socialistas y la huelga grande de 1896. Indicios para el análisis de una crisis de representación». En: X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Rosario (véase página 154).

Maro, Cristóbal (s.f.). «Las utopías de fin de siglo. Adrián Patroni, los socialistas y los trabajadores en el Río de la Plata». Tesis de magíster. Sevilla: Universidad Pedro de Olavide (véase página 154).
Marotta, Sebastián (1960). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1857-1907*. Buenos Aires: Editorial Lacio (véase páginas XXVI, 44, 45, 59, 66, 71, 187, 208, 313).
Marotta, Sebastián (1961). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1907-1920*. Buenos Aires: Editorial Lacio (véase página XXVI).
Marotta, Sebastián (1970). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1920-1935*. Buenos Aires: Editorial Calomino (véase página XXVI).
Marshall, Peter (1992). *Demanding the impossible: a history of anarchism*. Londres: Harper Collins (véase páginas 233, 235).
Martel, Julián (1891). *La bolsa (estudio social)*. Buenos Aires: Imprenta artística «Buenos Aires» (véase página 85).
Martínez Mazzola, Ricardo (2004). «Campeones del proletariado. *El Obrero* y los comienzos del socialismo en la Argentina». En: *Políticas de la Memoria*, n.º 4: Buenos Aires (véase páginas XXXIII, 275).
Marx, Karl (1987). *Miseria de la filosofía. Respuesta a la «Filosofía de la miseria» del profesor Proudhon*. Buenos Aires: Cartago (véase páginas XXXVII, 75).
Meiksins Wood, Ellen (1995). *Democracy Against Capitalism. Renewing Historical Materialism*. Nueva York: Cambridge University Press (véase página XXXVIII).
Munck, Ronaldo (1988). «Mutual Benefit Societies in Argentina: Workers, Nationality, Social Security and Trade Unionism». En: *Journal of Latin American Studies*, vol. 30, n.º 3: Nueva York (véase página XXX).
Nari, Marcela (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político: Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos (véase páginas XXX, 28).
Nettlau, Max (1977). *La anarquía a través de los tiempos*. Madrid: Júcar (véase páginas 233, 235).
Oddone, Jacinto (1934). *Historia del Socialismo Argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase páginas XXVI, 208).
Oddone, Jacinto (1949). *Gremialismo proletario argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase páginas XXVI, 56, 187, 208, 256).
Oved, Iaacov (1976). «El trasfondo histórico de la ley 4.144, de Residencia». En: *Desarrollo Económico*, vol. 16, n.º 61: Buenos Aires (véase página XXVIII).
Oved, Iaacov (2013). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi (véase páginas XXVIII, 229, 234, 256).
Palacín, Manuel (1946). *Breve historia del Partido Socialista*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase página XXVI).
Pan, Luis (1956). *Juan B. Justo y la fundación del Partido Socialista*. Buenos Aires: La Vanguardia (véase página XXVI).

Pan, Luis (1964). *Justo y Marx. El socialismo en la Argentina*. Buenos Aires: Monserrat (véase página XXVI).
Panaia, Marta y Lidia Knecher, comps. (1994). *La mitad del país: la mujer en la sociedad argentina*. Buenos Aires: CEAL (véase página XXX).
Panettieri, José (1967). *Los trabajadores*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez (véase páginas XXVII, 9, 13).
Panettieri, José (1983). *Devaluaciones de la moneda (1822-1935)*. Buenos Aires: CEAL (véase página 30).
Panettieri, José (1984). *La crisis de 1890*. Buenos Aires: CEAL (véase página 43).
Pascucci, Silvina (2007). *Costureras, monjas y anarquistas. Trabajo femenino, Iglesia y lucha de clases en la industria del vestido (Buenos Aires, 1890-1940)*. Buenos Aires: Ediciones RyR (véase página 27).
Paso, Leonardo, ed. (1974). *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*. Buenos Aires: Testimonios (véase páginas XXVIII, 272, 273).
Patroni, Adrián (1895a). «Un caso concreto». En: *La Vanguardia*, n.º 13: (véase página 123).
Patroni, Adrián (1895b). «Una prueba más». En: *La Vanguardia*, n.º 5: Buenos Aires (véase página 121).
Patroni, Adrián (1898). *Los trabajadores en Argentina*. Buenos Aires (véase páginas XXII, XXVIII, 6, 30).
PEN (1894). «La reunión de obreros albañiles». En: *La Prensa*: Buenos Aires (véase página 119).
Pianetto, Ofelia (1984). «Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922». En: *Desarrollo Económico*, vol. 24, n.º 94: Buenos Aires (véase página XXX).
Poy, Lucas (2013). «Ricardo Falcón (1945-2010). Alcances y límites de una propuesta historiográfica para el estudio del mundo de los trabajadores en Argentina». En: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n.º 3: Buenos Aires (véase página XXXIII).
Poy, Lucas y Daniel Gaido (2011). «New Research on the History of Marxism in Argentina». En: *Historical Materialism. Research in Critical Marxist Theory*, vol. 19, n.º 1: Londres (véase página XXVI).
Puiggrós, Rodolfo (1965). *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*. Vol. 1. Buenos Aires: Jorge Álvarez (véase página XXVII).
Rapoport, Mario y María Seoane (2007). *Buenos Aires. Historia de una ciudad*. Buenos Aires: Planeta (véase página 7).
Ratzer, José (1970). *Los marxistas argentinos del 90*. Córdoba: Pasado y Presente (véase página XXVIII).
Rawson, Guillermo (1885). «Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires». En: *Escritos y discursos del doctor Guillermo Rawson*. Buenos Aires (véase página 8).

Recalde, Héctor (1985). *La iglesia y la cuestión social*. Buenos Aires: CEAL (véase página 104).
Reguera, José (1909). «De *El Perseguido* a *La Protesta*». En: *La Protesta*, n.º 1549-1551: Buenos Aires (véase página XXV).
Rivero Astengo, Agustín (1944). *Juárez Celman: 1844-1909. Estudio histórico y documental de una época argentina*. Buenos Aires: Kraft (véase página 51).
Rocchi, Fernando (2006). *Chimneys in the desert: industrialization in Argentina during the export boom years, 1870-1930*. Stanford: Stanford University Press (véase páginas XXX, 21, 22, 24, 60).
Rock, David (1977). *El radicalismo argentino 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu (véase página 78).
Romero, Luis Alberto (1987). «Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad». En: *Desarrollo Económico*, vol. 27, n.º 106: Buenos Aires (véase página XXXII).
Romero, Luis Alberto (1988). *Los sectores populares urbanos como sujetos históricos*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (véase página XXXII).
Sábato, Hilda (1985). «La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires». En: *Desarrollo Económico*, vol. 24, n.º 96: Buenos Aires (véase páginas XXX, 16, 18, 30, 41).
Sábato, Hilda (1998). *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana (véase página 44).
Sábato, Hilda y Luis Alberto Romero (1992). *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880)*. Buenos Aires: Sudamericana (véase página XXX).
Santos Martínez, Pedro (2000). «El R. P. Grote, los "Círculos de obreros" y el doctor Alfredo Palacios». En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n.º 72-73: Buenos Aires (véase páginas 104, 107).
Scobie, James (1972). «Buenos Aires as a Commercial-Bureaucratic City, 1880-1910: Characteristics of a City's Orientation». En: *The American Historical Review*, vol. 77, n.º 4: Nueva York (véase página XXVIII).
Scobie, James (1975). «Patterns of Urbanization in Argentina, 1869-1914». En: *Latin American Research Review*, vol. 10, n.º 2: Nueva York (véase página XXVIII).
Scobie, James (1977). *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires: Solar y Hachette (véase páginas XXVIII, 7, 10, 14, 15, 33).
Silvestri, Graciela (2003). *El color del río: historia cultural del paisaje del Riachuelo*. Buenos Aires: Prometeo (véase páginas 7, 33).
Solomonoff, Jorge (1971). *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*. Buenos Aires: Proyección (véase páginas XXIII, XXVIII, 19).
Sommi, Luis (1957). *La revolución del 90*. Buenos Aires: Pueblos de América (véase página 43).

Spalding, Hobart (1970). *La clase trabajadora argentina. Documentos para su historia, 1890-1912*. Buenos Aires: Galerna (véase páginas XXVII, 212).
Spencer Wellhofer, Ernest (1975). «Political Party Development in Argentina. The Emergence of Socialist Party Parliamentarianism». En: *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, vol. 17: Miami (véase página XXVIII).
Storni, Pablo (1908). «La industria y la situación de las clases obreras en la capital de la República». En: *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, n.º 4-6: Buenos Aires (véase páginas 34, 39).
Suriano, Juan (2001). *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1880-1910*. Buenos Aires: Manantial (véase páginas XXXII, 264).
Suriano, Juan (2003). «La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo». En: *Entrepasados*, n.º 24-25: Buenos Aires (véase páginas XXXV, 82, 85).
Suriano, Juan (2006). «Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores». En: *La historia económica argentina en la encrucijada*. Comp. por Jorge Gelman. Buenos Aires: Prometeo (véase páginas XXXI, XXXII).
Suriano, Juan (2009). «¿Cuál es hoy la historia de los trabajadores en la Argentina?» En: *Mundos do Trabalho*: Florianópolis (véase página XXXIII).
Suriano, Juan y Leandro Gutiérrez (1985). «Vivienda, política y condiciones de vida de los sectores populares. Buenos Aires 1880-1930». En: *La vivienda en Buenos Aires*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires (véase página XXXI).
Tarcus, Horacio (2004). «¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890». En: *Políticas de la Memoria*, n.º 4: Buenos Aires (véase página XXXIII).
Tarcus, Horacio (2007a). «Entre Lasalle y Marx. Los exiliados alemanes en la Argentina de 1890 y la recepción del socialismo europeo». En: *Políticas de la Memoria*, n.º 5: Buenos Aires (véase página XXXIII).
Tarcus, Horacio (2007b). *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI (véase páginas XXXIV, XXXV, 103, 208, 269, 275, 277).
Tarcus, Horacio, Jessica Zeller y Sandra Carrera (2008). *Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino: Antología del Vorwärts, (1886-1901)*. Buenos Aires: CeDInCI Editores y Buenos Libros (véase páginas XXXIV, 62, 93).
Tex (1896). *Huelgas en la Argentina. Sus causas y medios de combatirlas* (véase páginas XXIV, 11).
Thompson, Edward (1989). *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*. Barcelona: Crítica (véase página XXXVII).
Turcato, Davide (2012). *Making sense of anarchism: Errico Malatesta's experiments with revolution, 1889-1900*. Londres: Palgrave (véase página 235).

Viguera, Aníbal (1991). «El 1º de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950. Evolución y usos de una tradición». En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, vol. 3: (véase página 95).
Viñuales, Graciela (1984). «Ideas y realidades de la arquitectura residencial en Buenos Aires a fines del siglo XIX». En: *Sectores populares y vida urbana*. Comp. por Diego Armus. Buenos Aires: CLACSO (véase páginas 7, 14).
VVAA (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Coord. por Horacio Tarcus. Buenos Aires: Emecé (véase páginas XXXIV, 97, 170, 234, 269).
Walter, Richard (1977). *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*. Austin: University of Texas (véase página XXVIII).
Walter, Richard (1980). «The Socialist Press in Turn of the Century Argentina». En: *The Americas*, vol. 37, n.º 1: (véase página XXVIII).
Weil, Felix (1923). *Die Arbeiterbewegung in Argentinien. Ein Beitrag zu ihrer Geschichte*. Leipzig: Hirschfeld (véase página XXVI).
Weinstein, Donald (1978). *Juan B. Justo y su época*. Buenos Aires: Fundación Juan B. Justo (véase página XXVIII).
Woodbury, Ronald Glen (1971). «The Argentine Socialist Party in Congress. The Politics of Class and Ideology, 1912-1930». Tesis doctoral. Nueva York: Columbia University (véase página XXVIII).
Zaragoza Ruvira, Gonzalo (1972a). «Enrique Malatesta y el anarquismo argentino». En: *Historiografía y bibliografía americanista*, vol. XVI, n.º 3: Sevilla (véase página XXVIII).
Zaragoza Ruvira, Gonzalo (1972b). «Orígenes del anarquismo en Buenos Aires, 1886-1901». En: *Anales de la Universidad de Valencia*. Valencia: Universidad de Valencia (véase página XXVIII).
Zaragoza Ruvira, Gonzalo (1976). «Anarquistas españoles en Argentina a fines del siglo XIX». En: *SAITABI*: Valencia (véase página XXVIII).
Zaragoza Ruvira, Gonzalo (1996). *Anarquismo argentino 1876-1902*. Madrid: Ediciones de la Torre (véase páginas XXVIII, 233-235, 246, 256, 259, 260).
Zeller, Jessica (2007). «Entre la tradición y la innovación. La experiencia del *Vorwärts* en Buenos Aires». En: *Políticas de la Memoria*, n.º 5: Buenos Aires (véase página XXXIII).

Índice de autores

Álvarez, Juan, XXVIII, 47, 321

Abad de Santillán, Diego, XXV, 96, 234, 321
Adelman, Jeremy, 19, 20, 321
Alonso, Paula, 43, 45, 78, 321
Alsina, Juan, 2–4, 12, 17, 23, 321
Andreassi Cieri, Alejandro, 18, 26, 321
Aricó, José, 284, 322
Armus, Diego, XXXI, 322, 324, 331

Baily, Samuel, XXX, 322
Balestra, Juan, 43, 78, 322
Barba, J., 195, 322
Belloni, Alberto, XXVII, 322
Bertoncello, Rodolfo, 7, 322
Bil, Damián, 25, 322
Bilsky, Edgardo, XXXIII, 322
Botana, Natalio, 43, 78, 322
Bourdé, Guy, XXVIII, 322
Bravo, Mario, XXV, 322

Cúneo, Dardo, XXVI, 323
Cahm, Caroline, 232, 322
Camarero, Hernán, XXVI, XXXIII, 322, 323
Carrera, Sandra, XXXIV, 62, 93, 330
Casaretto, Martín, XXVI, 323
Chueco, Manuel, 21, 24, 323
Contreras, Miguel, 95, 323
Cortés Conde, Roberto, XXVIII, 43, 78, 81, 323

D'Amico, Carlos, 9, 323
Dávila, Francisco, 10, 28, 323
Daireaux, Emilio, 7, 13, 323
Devoto, Fernando, XXX, 46, 323, 324
Dickmann, Adolfo, XXV, 324
Dickmann, Enrique, XXV, XXVI, 95, 170, 324
Dorfman, Adolfo, 21, 324

Falcón, Ricardo, XXXIII, XXXV, 45, 208, 269, 296, 297, 318, 324
Feijoo, María del Carmen, XXX, 324
Ferns, Henry, 43, 324
Ferrari, Gustavo, 324
Ford, Alec, 43, 78, 324

Gaido, Daniel, XXVI, 328
Gallo, Ezequiel, 43, 78, 324
García Costa, Víctor, 123, 125, 324
Gelman, Jorge, 330
Gerchunoff, Pablo, 43, 78, 325
Germani, Gino, XXVII, 325
Ghioldi, Américo, XXVI, 325
Gilimón, Eduardo, XXV, 48, 187, 256, 265, 325
Godio, Julio, XXVIII, 325
González, Ricardo, 14, 18, 29, 34–36, 325

Gutiérrez, Leandro, XXIX, XXXI, 14, 40, 325, 330
Guy, Donna, XXX, 325

Helguera, Dimas, 23, 27, 32, 325
Hernández Arregui, Juan José, XXVII, 325
Herrera, Carlos, XXVI, XXXIII, 323
Hobsbawm, Eric, XXXVI, 325
Hodge, John, 43, 325

Iñigo Carrera, Juan, XXXI, 48, 325
Iñigo Carrera, Nicolás, 184, 326
Iscaro, Rubens, XXVI, 95, 326

Kühn, Augusto, XXV, 326
Kabat, Marina, 28, 326
Knecher, Lidia, XXX, 328
Korol, Juan Carlos, XXX, 326
Korzeniewicz, Roberto, 313, 326
Kritz, Ernesto, XXX, 326

López, Alfredo, XXVII, 326
Lattes, Alfredo, 8, 326
Liernur, Francisco, XXXI, 326
Lobato, Mirta Zaida, XXX, XLII, 92, 326

Mafud, Julio, 28, 326
Maro, Cristóbal, 154, 326, 327
Marotta, Sebastián, XXVI, 44, 45, 59, 66, 71, 187, 208, 313, 327
Marshall, Peter, 233, 235, 327
Martínez Mazzola, Ricardo, XXXIII, 275, 327
Martel, Julián, 85, 327
Marx, Karl, XXXVII, 75, 327
Meiksins Wood, Ellen, XXXVIII, 327
Munck, Ronaldo, XXX, 327

Nari, Marcela, XXX, 28, 327
Nettlau, Max, 233, 235, 327

Oddone, Jacinto, XXVI, 56, 187, 208, 256, 327
Oved, Iaacov, XXVIII, 229, 234, 256, 327

Palacín, Manuel, XXVI, 327
Pan, Luis, XXVI, 327, 328
Panaia, Marta, XXX, 328
Panettieri, José, XXVII, 9, 13, 30, 43, 328
Pascucci, Silvina, 27, 328
Paso, Leonardo, XXVIII, 272, 273, 328
Patroni, Adrián, XXII, XXVIII, 6, 30, 121, 123, 328
PEN, 119, 328
Pianetto, Ofelia, XXX, 328
Poy, Lucas, XXVI, XXXIII, 328
Puiggrós, Rodolfo, XXVII, 328

Rapoport, Mario, 7, 328
Ratzer, José, XXVIII, 328
Rawson, Guillermo, 8, 328
Recalde, Héctor, 104, 329
Reguera, José, XXV, 329
Rivero Astengo, Agustín, 51, 329
Rocchi, Fernando, XXX, 21, 22, 24, 43, 60, 78, 325, 329
Rock, David, 78, 329
Romero, Luis Alberto, XXX, XXXII, 329
Rosoli, Gianfausto, XXX, 46, 324
Rossi, Gastón, 43, 78, 325

Sábato, Hilda, XXX, 16, 18, 30, 41, 44, 326, 329
Santos Martínez, Pedro, 104, 107, 329
Scobie, James, XXVIII, 7, 10, 14, 15, 33, 329

Seoane, María, 7, 328
Sigal, Silvia, 43, 324
Silvestri, Graciela, XXXI, 7, 33, 326, 329
Solomonoff, Jorge, XXIII, XXVIII, 19, 329
Sommi, Luis, 43, 329
Spalding, Hobart, XXVII, 212, 330
Spencer Wellhofer, Ernest, XXVIII, 330
Storni, Pablo, 34, 39, 330
Suriano, Juan, XXXI–XXXIII, XXXV, 14, 82, 85, 264, 325, 330

Tarcus, Horacio, XXXIII–XXXV, 62, 93, 103, 208, 269, 275, 277, 330, 331
Tex, XXIV, 11, 330
Thompson, Edward, XXXVII, 330
Turcato, Davide, 235, 330

Viñuales, Graciela, 7, 14, 331
Viguera, Aníbal, 95, 331
VVAA, XXXIV, 97, 170, 234, 269, 331

Walter, Richard, XXVIII, 331
Weil, Felix, XXVI, 331
Weinstein, Donald, XXVIII, 331
Woodbury, Ronald Glen, XXVIII, 331

Zaragoza Ruvira, Gonzalo, XXVIII, 233–235, 246, 256, 259, 260, 331
Zeller, Jessica, XXXIII, XXXIV, 62, 93, 330, 331

www.edicionesimagomundi.com

«La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación», escribía E. P. Thompson hace ya medio siglo en la apertura de *The Making of the English Working Class*. Lo que el historiador socialista británico postulaba en esa, su obra más clásica, referida al período constitutivo de la clase trabajadora en la Inglaterra de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, era la necesidad de examinar combinadamente los aspectos objetivos y subjetivos que allí habían operado. La palabra *formación* apenas puede traducir la riqueza contenida en el término inglés *making*. En cualquier caso, es la clave de bóveda de la apuesta interpretativa thompsoniana: «Formación, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento». Se trataba de reconstruir los caminos a través de los cuales se podía reconocer cómo una clase aparecía en la escena de la historia, aguijoneada por la expansión del capitalismo, al mismo tiempo que «se hacía» al calor de la lucha y bajo la forja de una conciencia de clase propia. Los debates en torno al lugar o poder explicativo que tienen la estructura social y el peso de las determinaciones, o bien la acción voluntaria del sujeto social, acabaron recorriendo toda la historiografía de la clase obrera en el mundo. Pero esos dilemas teóricos adquirieron particular intensidad cuando se refirieron a los fenómenos de constitución de dicha clase. ¿Cómo, cuándo, por qué, dentro de qué contextos estructurales y bajo qué dimensiones subjetivas, políticas y culturales, se formó la clase obrera? Esas siguen siendo preguntas muy inspiradoras y relevantes, a la vez que muy difíciles de abordar. Por eso, este libro de Lucas Poy, *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, en el cual cobran sustancia estos y otros interrogantes, es una obra importante y necesaria.

Del «Prólogo» de Hernán Camarero